



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

**De aldeas autónomas
al Estado tribal centralizado de Ullastret.
Análisis arqueológico de la organización
sociopolítica de los indigetes (S.VII-III a.C.)**

David Jesús Cebrián Martínez



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement 4.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento 4.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution 4.0. Spain License.**

De aldeas autónomas al Estado tribal
centralizado de Ullastret. Análisis arqueológico
de la organización sociopolítica de los indigetes
(S.VII-III a.C.)

Director: Dr. Joan Sanmartí Grego

Codirector: Dr. Jaume Noguera Guillén

Doctorando: David Jesús Cebrián Martínez

Programa de doctorado de Sociedad y Cultura: Historia, Antropología,
Arte y Patrimonio

Departamento de Historia y Arqueología

Facultad de Geografía e Historia



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Barcelona 2022

A mis padres, que supieron cómo estimular mis facultades críticas y despertar mi curiosidad por aprender. Así de sencillo

Índice general

Índice general	III
Índice de figuras	IX
Agradecimientos	1
Resumen	4
1 Punto de partida: aproximación al marco general de la tesis	7
1.1. A modo de reflexión inicial	7
1.2. Arqueología del Paisaje y territorialidad política: el marco teórico	10
1.3. El posicionamiento académico frente a la interpretación del pasado	13
1.4. El enfoque teórico: en defensa del materialismo histórico	15
1.5. El marco crono-paisajístico	18
1.6. La estructura del trabajo	20
1.6.1. Primer bloque de contenidos	20
1.6.2. Segundo bloque de contenidos	21
2 El estado de la cuestión	23
2.1. Breve reseña acerca del papel de la historiografía	23
2.2. El estado del conocimiento	23
2.3. Justificación del trabajo y perspectivas de futuro	31
3 La base metodológica de la investigación	33
3.1. objetivos y planteamientos	33
3.1.1. Objetivo central y objetivo subyacente	33
3.1.2. Objetivos específicos	34
3.1.3. Objeto de estudio	36
3.2. El planteamiento de la investigación	37
3.2.1. Estrategia metodológica	37
3.2.2. El método de análisis del paisaje y el territorio: propuestas y herramientas analíticas	41
3.2.3. Trabajo de gabinete	43
3.2.4. Las fuentes literarias	44
3.3. Hipótesis de trabajo y pregunta de investigación	45

4	Aldeas autónomas: la construcción de la comunidad política, la identidad colectiva y el territorio. El contexto preibérico en el Ampurdán	47
4.1.	Introducción	47
4.2.	La centralidad del territorio	49
4.2.1.	Territorio y paisaje: algunos apuntes para su estudio	49
4.2.2.	La centralidad del Ampurdán	50
4.2.3.	Niveles de análisis	50
4.3.	La estructuración del territorio: el papel del poblamiento en la formación de la comunidad política y la identidad	53
4.3.1.	La transformación política del territorio	54
4.3.2.	Una cuestión a debate: el rol del aumento demográfico y las migraciones en la evolución del poblamiento	56
4.3.3.	De la cabaña circular al habitáculo rectangular: Sant Martí d'Empúries	57
4.3.4.	Las aldeas autónomas de Ullastret. La Illa d'en Reixac y el Puig de Sant Andreu	62
4.3.5.	Más allá del parentesco: las relaciones políticas a través del parentesco	65
4.3.6.	Sabiduría, poder y gerontocracia asamblearia	67
4.3.7.	El establecimiento permanente de los focos: consideraciones sobre sus posibles causas	70
4.4.	Familia, linaje y clan. El cambio de estructura social	72
4.4.1.	El sustrato del Bronce Final	73
4.4.2.	El cambio de modelo social. Mutaciones en la estructura del clan cónico	74
4.4.3.	Tumbas y poder en Vilanera. El linaje	77
4.4.4.	La familia. ¿Cambio o adaptación?	82
4.5.	El giro económico: la transición desde un sistema de cultivo aislado al policultivo cerealícola	85
4.5.1.	Mijo y complejidad social. Un fenómeno a escala global	85
4.5.2.	El cultivo de artiga y los jardines	88
4.5.3.	La roturación de nuevos terrenos. La influencia de los primeros campos de cultivo permanente sobre la estructura política	90
4.6.	Las necrópolis. Una lectura sociopolítica del registro funerario	92
4.6.1.	Las necrópolis de Peralada y Camallera. Armamento y élite guerrera	94
4.6.2.	La Muralla N.E.	96
4.6.3.	La necrópolis de Vilanera. La evidencia material	97
4.6.4.	La necrópolis de Anglès	99
4.6.5.	Can Bech de Baix. Una comunidad local de frontera con una identidad social singular	100
4.7.	Resumen y Observaciones finales de este capítulo	106
5	Jefatura y etnogénesis: surgimiento y consolidación de un nuevo modelo político	109
5.1.	Introducción	109
5.2.	Análisis espacial y SIG	111
5.2.1.	Análisis espacial: geoprocetos, fuentes, tipos de datos y herramientas SIG	111
5.3.	Territorio étnico y territorios políticos. La conformación de la Indiketia	113
5.3.1.	Una propuesta teórico-metodológica	113

5.3.2.	Los polígonos Thiessen	115
5.3.3.	Coste de desplazamiento, movilidad y análisis fisiográfico del territorio	116
5.3.4.	La visibilidad y sus implicaciones en la construcción de la territorialidad	119
5.3.5.	La dinámica formativa de la Indiketia	123
5.4.	La red de caminos: una propuesta metodológica basada en el cálculo de rutas óptimas	125
5.5.	El patrón de asentamiento: el rol espacial de Ampurias y el sistema defensivo	128
5.5.1.	Breve apunte sobre la chora de Ampurias	132
5.6.	Niveles de integración sociopolítica: jerarquía, heterarquía y redes de poder	133
5.6.1.	Relaciones de poder verticales y horizontales. El equilibrio entre jerarquía y heterarquía	134
5.6.2.	El método de análisis etnogenético: redefiniendo la naturaleza competitiva de las redes de poder heterárquicas	136
5.7.	La eclosión de la Cultura Ibérica	137
5.7.1.	Cambio y transformación social en el S.VI a.C. La conformación de organizaciones sociopolíticas	137
5.7.2.	La transformación política del paisaje. La red de <i>oppida</i> y la jerarquización del patrón de asentamiento de la jefatura	139
5.7.3.	La organización sociopolítica: La élite guerrera	140
5.8.	El nuevo modelo político: las jefaturas complejas heterárquicas	141
5.8.1.	El marco teórico de la jefatura	142
5.9.	La jefatura de Ullastret	143
5.9.1.	El sistema defensivo	144
5.9.2.	Complejidad urbana y reurbanización en el S.V a.C.	147
5.9.3.	El Área de Captación de Recursos agrícolas (ACR)	149
5.9.4.	Análisis geoarqueológico	151
5.9.5.	La necrópolis del Puig de Serra: una tecnología de normalización	153
5.10.	La jefatura de Sant Julià de Ramis	155
5.10.1.	El oppidum de Sant Julià de Ramis	155
5.10.2.	Las defensas del oppidum y el primer trazado urbano	156
5.10.3.	El Área de Captación de Recursos de Sant Julià de Ramis	158
5.10.4.	El oppidum de la Creueta	160
5.10.5.	Los espacios funerarios	161
5.11.	Mas Castellar de Pontós. Cambio y transformación política	162
5.11.1.	¿Jefatura o núcleo fortificado secundario? Una cuestión debatible	163
5.11.2.	El edificio singular	164
5.11.3.	Anatomía urbanística del poblado fortificado	167
5.11.4.	El Área de Captación de Recursos y el modelo agrícola	169
5.12.	La jefatura de Peralada	171
5.13.	Los establecimientos rurales	173
5.13.1.	La granja de Mas Gusó	173
5.13.2.	El establecimiento agrícola de Saus II	173
5.13.3.	La aldea de Castell (S.VI a.C. Palamós)	174

5.13.4. El hábitat rural de Sant Sebastià de la Guarda	174
5.14. Etnogénesis. Una aproximación arqueológica a la formación de la identidad étnica de los indigetes	175
5.14.1. Los antecedentes teóricos de la investigación: la fundamentación de la etnogénesis	175
5.14.2. Los componentes principales de la etnogénesis	177
5.14.3. Las fuentes escritas. El etnónimo indigetæ	178
5.14.4. El dinamismo de la etnicidad	181
5.14.5. Frontera étnica-Frontera en Cadena-Frontera Ecológica	182
5.14.6. La cerámica de pintura blanca indikete. Un marcador étnico de la élite indígena .	183
5.15. Consideraciones finales del capítulo	185

6 La formación de estructuras estatales: el tránsito de un modelo heterárquico al Estado tribal centralizado de Ullastret (S.IV-III a.C.) **189**

6.1. Introducción	189
6.2. El contexto histórico del Ibérico Pleno	190
6.3. La articulación del espacio territorial	194
6.3.1. La transformación política del territorio y el paisaje social	194
6.3.2. El patrón de asentamiento	196
6.3.3. La centralidad del territorio	197
6.3.4. Estadística espacial I. El método Monte-Carlo y el análisis del vecino más próximo	199
6.3.5. Estadística espacial II. Medidas centrográficas	201
6.3.6. Las fronteras políticas de la Indigecia	204
6.4. Cambio social y urbanismo. La transformación urbana de los <i>oppida</i>	207
6.4.1. Qué es y cómo definir una ciudad	207
6.4.2. El rol central de Ullastret	210
6.4.3. La función de los templos en la construcción de la comunidad de culto	211
6.5. El surgimiento del Estado tribal centralizado de Ullastret	213
6.5.1. Reflexiones sobre el camino hacia el Estado de Ullastret	213
6.5.2. El concepto de Estado tribal centralizado de Ullastret. Su definición arqueológica	216
6.5.3. El modelo de organización administrativa tribal	220
6.6. Las instituciones políticas	223
6.6.1. El Senado tribal aristocrático	223
6.6.2. La asamblea pública	225
6.6.3. Poder y etnogénesis. (Re)definiendo la realeza ibérica: el linaje real clientelar . .	226
6.7. Relaciones de poder: los lazos políticos de dependencia clientelar	229
6.8. La dípolis de Ullastret. Un modelo urbano indígena	233
6.8.1. La Illa d'en Reixac	234
6.8.2. El Puig de Sant Andreu	235
6.8.3. El palacio de Ullastret	237
6.9. Los cráneos enclavados de Ullastret	240
6.10. Las unidades territoriales (¿pági?) del Estado tribal centralizado de Ullastret	242
6.11. Conclusión general del capítulo	245

7 Epílogo	249
7.1. Nota introductoria	249
7.2. Cuestiones metodológicas	249
7.3. Reflexiones crítico-interpretativas	250
7.4. Contribuciones más relevantes	253
7.5. Líneas de investigación futuras	254
Bibliografía	257

Índice de figuras

1.1. Principales elementos estructurales de la organización sociopolítica y la Arqueología del Paisaje	8
1.2. Mapa físico de la región de estudio, la Iberia septentrional	11
1.3. Esquema gráfico de la propuesta de modelos territoriales de la Indigecia en época ibérica	12
1.4. Periodización según paisajes y según tipologías al uso (Sanmartí 2004)	19
3.1. Idealización del esquema metodológico	38
3.2. Cursos de formación específica en el campo del análisis y la estadística espacial	42
4.1. Yacimientos citados en este capítulo	47
4.2. Principales asentamientos del territorio	53
4.3. Idealización de cabaña circular de La Fonollera. Ilustración realizada por el autor	55
4.4. Modelo idealizado de cabaña de planta rectangular en Sant Martí d'Empúries. Dibujo realizado por el autor	58
4.5. Comparación cuantitativa de la cerámica obrada a mano y a torno en las fases de Sant Martí. Gráfico: David Cebrián (Monografies emporitanes 9, 1999)	59
4.6. Alternancia de formas en la arquitectura vernácula de Sant Martí d'Empúries. Ilustración David Cebrián	60
4.7. Cucharón y simpulum de bronce. E-398, Can Bech de Baix, Agullana. Fotografía realizada por el autor	61
4.8. Niveles en que se estructuran las relaciones sociales. Esquema efectuado por el autor	66
4.9. Idealización de la posible correspondencia entre tipo de relación social y necrópolis. A) modelo de poblamiento disperso en el que una necrópolis es utilizada por uno o quizá más grupos familiares, caso de Anglès; B) patrón centralizado en el que una gran necrópolis concentra los enterramientos de un territorio local, como en Agullana; C) patrón organizado en torno a varios cementerios, hinterland ampuritano. Dibujo elaborado por el autor	68
4.10. Clan cónico según Sahlins (1972). Elaboración: David Cebrián	75
4.11. Planta general del sector 3 de Vilanera (Codina y Montalbán (2012). Modificada por el autor.	78
4.12. Detalle de una tumba con cubierta de piedras en Vilanera. Foto realizada por el autor	80
4.13. Representación gráfica (su stemma) de la familia extensa patrilocal según González et al. (1983). Elaboración propia.	83
4.14. Relación entre la familia extensa, formada por la unión de varias familias nucleares, y el monocultivo cerealícola. Modificado por el autor a partir de una idea de Fernández-Gözt (2014)	84
4.15. Esquema general de la producción según Marx (1970). Elaboración propia.	86
4.16. Modelo de cultivo de artiga. Idea original de Dominique Garcia (2000). Modificado por el autor	89

4.17. Modelo de cultivo bienal o de barbecho. Idea original de Dominique Garcia (2000). Modificado por el autor	91
4.18. Punta de lanza, hebilla de cinturón y fíbula. Necrópolis de Vilanera. Fotografía realizada por el autor	93
4.19. Agullana. Porcentajes de tumbas con utensilios metálicos: hierro y bronce. Elaboración propia (Toledo y Palol 2006)	101
5.1. Yacimientos citados en este capítulo. Elaboración propia	110
5.2. Territorialidad teórica en base a los polígonos Thiessen	115
5.3. Territorialidad teórica en base al coste de desplazarse por el paisaje	116
5.4. Cuencas hidrológicas de la zona de estudio	117
5.5. Cuenca visual de Ullastret	119
5.6. Cuenca visual de Pontós	120
5.7. Cuenca visual de Peralada	121
5.8. Cuenca visual de Sant Julià de Ramis	122
5.9. Cálculo de rutas óptimas. Los trazados representan las rutas en las que el esfuerzo para recorrer el terreno es menor	126
5.10. Gráfica de la ruta óptima entre Ullastret y Ampurias realizada con QGIS	126
5.11. El patrón espacial defensivo se observa en la relación entre la semicircunferencia y el posicionamiento de los <i>oppida</i>	129
5.12. Mapa de las entidades políticas territoriales en el que se simboliza la composición jerárquica de la heterarquía.	133
5.13. Imagen por satélite del Puig de Sant Andreu	139
5.14. Mapa realizado a partir de datos LIDAR y software QGIS	144
5.15. Imagen por satélite del lienzo de la muralla y las torres circulares número 2 y 3	146
5.16. Delimitación del área de captación de recursos de Ullastret	149
5.17. Delimitación del área de captación de recursos y capa Land-Corine de usos del suelo clasificada en cuatro categorías	151
5.18. ACR con los tipos litológicos	152
5.19. Complejo arqueológico de Sant Julià de Ramis	156
5.20. ACR de Sant Julià de Ramis	157
5.21. Mapa de pendientes reclasificado. Las zonas representadas de blanco se corresponden con pendientes inferiores al 12 %	159
5.22. Litologías en el ACR de Sant Julià de Ramis	159
5.23. Patrón de asentamiento de la jefatura	161
5.24. Mapa de Pontós	163
5.25. Imagen 3D del Camp de Dalt, obtenida a partir de datos LIDAR procesados con el software FugroViewer	167
5.26. Área de Captación de Recursos con el tipo de suelo y el porcentaje de cada uno de ellos . . .	169
5.27. Área de Captación de Recursos de Pontós con el área y el perímetro en kilómetros cuadrados	170
5.28. Mapa paleoetnológico de Iberia. Basado, con algunas modificaciones, en el de Sanmartí (2008)	176
5.29. Diagrama que simboliza las consecuencias político-territoriales de la relación dialéctica jefatura-etnogénesis	177

5.30. Diagrama con las principales fuentes para el estudio de la etnogénesis de los indiketas	179
5.31. Moneda con la leyenda ibérica de Untikesken. Archivo MAC-Ullastret	180
5.32. Cerámica de pintura blanca indikete. Archivo del MAC-Ullastret	184
6.1. Mapa de la Indigecia con los principales yacimientos del Ibérico Pleno, su tamaño y número de habitantes aproximado	191
6.2. Azada procedente del Puig de Sant Andreu. Foto del archivo del MAC Ullastret	192
6.3. Límites aproximados de la Indigecia	195
6.4. Península de Sa Coberterella, donde se sitúa el poblado indígena de Castell, Palamós. Fotografía realizada por el autor	196
6.5. Fotografías realizadas por el autor	197
6.6. Método estadístico Monte-Carlo. Gráfica realizada con el software R incorporado en el núcleo de QGIS	199
6.7. Análisis del vecino más próximo	201
6.8. Mapa con la media de las coordenadas y de la población	202
6.9. Trazado urbano del Puig de Sant Andreu y la Illa d'en Reixac. Imagen del archivo del MAC Ullastret	208
6.10. Fotografías pertenecientes al archivo del MAC Ullastret	211
6.11. Planta de detalle de los templos A y C en el área sagrada de Ullastret. Imagen: archivo MAC-Ullastret	212
6.12. Características generales del estado según Godelier (1998c), Grinin (2011), Martínez Peñas (2018) y Bondarenko (2014). Elaboración propia	214
6.13. Planimetría de detalle de la zona 14. Imagen: archivo MAC-Ullastret	215
6.14. Rasgos que definen al Estado tribal centralizado de Ullastret según el autor	217
6.15. Tesorillo de dracmas hallado en la zona 10 del edificio con funciones palaciales. Imagen cedida por el MAC de Ullastret	221
6.16. Instituciones políticas	223
6.17. Edificio singular (antiguo templo B, situado en los ámbitos 8 y 9). Posible sede del consejo de notables. Imagen antigua del MAC-Ullastret	224
6.18. Sala de reuniones aristocráticas y celebración de banquetes del palacio	228
6.19. Esquema general de las relaciones clientelares según Roymans (1990) y Fernández Götz (2014), con algunas modificaciones	230
6.20. Niveles en que se estructura la clientela territorial	231
6.21. 1) muralla S.IV a.C., 2) puerta de acceso número uno, 3) calle número 2 y 4) cisterna pública número dos	233
6.22. Trazado urbano de la Illa d'en Reixac obtenido a través de una prospección geofísica. Imagen del archivo del MAC Ullastret. Cedida gentilmente por Gabriel de Prado	234
6.23. Zona excavada y plano urbanístico del Puig de Sant Andreu. Archivo perteneciente al MAC Ullastret. Amablemente cedida por Gabriel de Prado	236
6.24. Fotografías realizadas por el autor	237
6.25. Poterna del palacio y escalera de acceso al adarve	238
6.26. Planta de detalle de los sectores de la zona 14, redefinida como conjunto palacial. Imagen: archivo MAC-Ullastret	239

6.27. Cráneo enclavado del Puig de Sant Andreu. Fotografía del archivo del MAC Ullastret	241
6.28. Concentración de silos en poblados indigetes. Musealizados para su presentación al público .	243

Agradecimientos

Realizar una tesis doctoral es el resultado de un esfuerzo y un trabajo colectivo, en el que intervienen académicos, instituciones, la pareja, la familia y los amigos más cercanos. Cada uno de ellos, en su esfera social, desempeñan una función clave para que el doctorando pueda llevar a cabo el proyecto de investigación en todas sus fases hasta alcanzar el objetivo de presentar la tesis.

Permítaseme que mis primeras palabras sean de homenaje para expresar mi agradecimiento al profesor y amigo que durante cinco años ha dirigido mi tesis, el Dr. Joan Sanmartí Grego, que, tristemente, falleció hace hoy dos semanas. Me considero privilegiado por haber tenido la oportunidad y la gran suerte de trabajar codo con codo con uno de los mejores maestros en el campo de la Arqueología y la Protohistoria. Joan era una persona de mente abierta y siempre dispuesta a debatir ideas y planteamientos arqueológicos desde una perspectiva rigurosamente científica y con gran elegancia académica. De hecho, una de sus frases más habituales en nuestras reuniones de trabajo y que con más cariño recuerdo es "me tendrás que convencer". Por todo ello, y mucho más, he tenido la enorme fortuna de haber podido disfrutar de debates que me han hecho crecer y madurar como investigador, enriqueciendo con su conocimiento mi enfoque y comprensión de los procesos históricos que articulan la línea discursiva de este caso de estudio. Estoy convencido de que su legado intelectual perdurará como uno de los más representativos del pensamiento arqueológico desarrollado durante el primer cuarto del siglo XXI. En el plano científico, el borrador final es fruto de sus siempre acertadas e importantes observaciones, sin las cuales este texto no hubiera visto la luz. En lo personal, me gustaría destacar el trato humano, el apoyo recibido en todos los sentidos y la disposición en todo momento para comentar y corregir con valiosos comentarios críticos, pero constructivos, el esquema previo de cada capítulo. Pero además, y no menos relevante, me siento enormemente complacido y afortunado con la libertad que he gozado para pensar y formular mis planteamientos de investigación. No obstante lo cual, debido a la repentina enfermedad de Joan no tuvimos la posibilidad de corregir todo el documento. Por ese motivo, no puedo dejar pasar la oportunidad de mencionar al codirector de este trabajo, el profesor Jaume Noguera Guillén, que acometió la difícil tarea de terminar la revisión de un borrador que no había dirigido él. Sus precisas observaciones han contribuido indudablemente a mejorar la aproximación y el análisis de algunos asentamientos indigetes, especialmente aquellos en los que realiza trabajos de campo, como por ejemplo Ullastret. El Dr. Noguera es un gran conocedor del área de estudio y ha sabido como mejorar los desarrollos de numerosas secciones, aportando tanto su valioso punto de vista como bibliografía importante que se había pasado por alto. Pero también, a su vez, hemos tenido la ocasión de intercambiar ideas y opiniones sobre un ámbito sociocultural en el que ambos estamos sumamente interesados.

En el apartado institucional, quisiera dedicar unas palabras de gratitud al Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología de la Facultad de Geografía e Historia, y a todos sus miembros por su cálida acogida y haber facilitado mi integración en la comunidad universitaria a través de la participación

en excavaciones -gracias al Dr. Noguera y al Dr. Sanmartí- y diferentes cursos organizados por el Departamento. En especial al Dr. Riera Mora por haberme permitido asistir a los seminarios sobre tecnologías SIG pertenecientes al máster en Estudios Avanzados en Arqueología de la Universidad de Barcelona. Al programa de doctorado en Sociedad y Cultura por haber admitido mi propuesta de investigación y a la comisión de doctorado por aprobar todos mis informes anuales. Por supuesto, extendiendo mi reconocimiento a todo el personal laboral de la facultad, en particular a Simón Campos, encargado del área de doctorado, que constantemente ha estado dispuesto a resolver dudas y ayudar en cuanto fuere necesario. Una mención específica por su contribución a todos los efectos se merece la sede del MAC de Ullastret. Tanto su director, Gabriel de Prado, como Ferran Codina, arqueólogo estrechamente vinculado al yacimiento, reiteradamente han respondido a mis solicitudes con una voluntad que va más allá de lo esperado, proporcionándome material del archivo del MAC, artículos, etc. Por otra parte, continuamente he disfrutado de permiso para recorrer el yacimiento sin ningún tipo de restricción.

Me parece oportuno señalar la enorme contribución de mi tutor en el curso de postgrado del CSIC en Tecnologías de Información Geográfica, el Dr. César Parcero. Sus consejos, referentes a cómo articular a nivel metodológico una propuesta de análisis espacial han sido, y serán, una fuente de inspiración inagotable, por la calidad de una formación que me ha permitido crecer profesionalmente y enriquecer mis perspectivas teóricas con aportes provenientes de la Arqueología del Paisaje. Y, desearía dejar constancia, igualmente, de la significativa aportación de mi compañera de doctorado, la Dra. Mireia Pinto Monte, mi mentora en la utilización de LaTeX; por resolver parte de los innumerables problemas, sobre todo en relación con el código y los comandos de LaTeX, que han surgido a lo largo de estos años usando este sistema de composición de textos. Agradecer también la colaboración desinteresada de mis amigos, Darryl October y Thomas Clarke, con los que he pasado momentos inolvidables discutiendo matices y corrigiendo los borradores de las ponencias en inglés que he presentado en congresos internacionales.

No querría dejar pasar esta oportunidad para expresar, aunque sea en un pequeño espacio, mi agradecimiento a algunos de los profesores que en mi largo periplo universitario -he cursado estudios en tres instituciones- han contribuido de manera constructiva al desarrollo de mi pensamiento en relación con nuestra disciplina y a un mejor entendimiento de la Arqueología como ciencia para analizar complejos culturales del pasado, dejando por ello una huella imborrable. En mi primera casa, la Universidad de Murcia, aprendí con el catedrático en aquella época, el Dr. D. Antonino González Blanco, y con el profesor Dr. Rafael González Fernández, la trascendencia de tomar un enfoque de corte antropológico, holístico, que integrará las fuentes literarias, la numismática o la epigrafía. En la Universidad de Cambridge, con Martin Millet y Simon Stoddart, pude profundizar en el valor de la teoría social como herramienta para articular análisis arqueológicos conducentes a comprender con mayor detalle cómo funciona la sociedad objeto de estudio. Sé que no menciono a la totalidad, pero sabrán entenderlo porque todos ellos saben que han aportado su granito de arena a la formación académica del que suscribe.

Me tomaré la licencia de dedicarle un comentario a mi pareja, Ascensión, por brindarme su apoyo incondicional y por haberme acompañado en este viaje. Con ella he realizado la mayoría de salidas de campo para visitar Ullastret y otros yacimientos de la región de estudio. Por su formación como antropóloga, hemos compartido acalorados debates en torno al papel de la estructura social en las sociedades pretéritas, el rol político de las relaciones de parentesco.... En definitiva, su apoyo, esencialmente el emocional, ha constituido un elemento fundamental para mantener el equilibrio en los momentos difíciles del trayecto.

He reservado de forma consciente el último párrafo para expresar mi agradecimiento a mi familia, la

piedra angular de mi proyecto de vida. Aquí entiendo por familia no solo a la estructura familiar clásica, que por supuesto ha sido y es una pieza central básica para mi desarrollo personal y profesional, por cuanto siempre me ha apoyado en mis proyectos y me ha dado alas para alcanzar mis metas, sino a todos aquellos amigos que me rodean y hacen que mi familia sea mucho más extensa. Sin ellos, simplemente, no sería quien soy, ni estaría donde estoy.

Resumen

Partiendo del materialismo histórico y el apoyo que aporta el cuadro teórico de la Arqueología del Paisaje, el texto aborda el estudio de la organización sociopolítica -objetivo central- de uno de los pueblos indígenas ibéricos, los indigetes. Para lograr este propósito, ha sido necesario retrotraer el análisis a comienzos de la Primera Edad del Hierro, periodo en el que se forman y consolidan los antecedentes de los desarrollos que permitirán la eclosión de la Cultura Ibérica a mediados del S.VI a.C.

El marco cronológico está bien definido. Comprende una línea temporal que se extiende desde la fundación de las primeras aldeas permanentes a mediados del S.VII a.C., hasta la primera mitad del S.III a.C., fecha de corte del trabajo. Por tanto, abarca 400 años de historia. El área geográfica se corresponde con el territorio denominado por las fuentes literarias como Indigecia, situada en el extremo noreste de la actual provincia de Girona. De hecho, el examen territorial llevado adelante contribuye al estado de la cuestión poniendo de manifiesto que la geografía política de la Indigecia, en contraposición al paradigma predominante en la línea historiográfica, evoluciona de manera paralela al proceso de jerarquización del orden social y el sistema de poder. Esto es, el mapa de la Indigecia dibuja un paisaje simbólico (territorio tribal) en el Ibérico Antiguo y un paisaje políticamente centralizado y unificado, delimitado por fronteras políticas, en el Ibérico Pleno.

El enfoque para analizar el complejo cultural de la Primera Edad del Hierro parte de la premisa que la formación social y su estructura de poblamiento no son una realidad aislada sin vínculos para desarrollar estrategias comunes, como parece señalar un paisaje funerario rico en matices y ajuares que por su composición indican que las aldeas autónomas comparten los circuitos de intercambio comercial para obtener items de procedencia foránea. Tomando como referente estas consideraciones, se ha propuesto para explicar este panorama la articulación de una comunidad política, antecedente de la posterior jefatura. Su función social y su papel histórico sería poner en marcha mecanismos de naturaleza supralocal para cohesionar a los grupos locales mediante la creación de lazos culturales y un cuerpo de creencias común, con la finalidad de estimular el sentimiento de identidad compartido, precedente de la etnogénesis. Yendo más lejos, la investigación ha desvelado indicios de jerarquía de rango en el registro funerario. La lectura de corte antropológico de las formas de enterramiento en Vilanera, aplicando para ello la teoría del valor de Marx para establecer la gradación del túmulo y los conjuntos de fosas conforme a criterios basados en el tiempo y trabajo empleado para la preparación del sepulcro, ha revelado un modelo de estratificación de rango consistente con los principios básicos del clan cónico, muy alejado de las estructuras igualitarias del Bronce Final. Según estas observaciones, la necrópolis refleja la materialización de un cambio en la estructura social. En el ámbito económico se vislumbra un escenario parecido. La introducción de los cereales de primavera, en especial el mijo, documentado en todos los yacimientos, favorece la transformación económica, acentuada por las alteraciones climáticas y los contactos coloniales. En lo esencial, se propone la confluencia en el devenir histórico de elementos y realidades que ponen en

funcionamiento una dinámica de cambio sociocultural.

La clave de bóveda para plantear la aproximación al horizonte Ibérico Antiguo la constituye la evaluación minuciosa de la territorialidad política y la primera ordenación jerárquica del paisaje social. Al respecto, se ha diseñado un método teórico-metodológico novedoso que se compone de tres indicadores espaciales, la visibilidad desde los *oppida*, mapa de costes y polígonos Thiessen, en combinación con el estudio fisiográfico del terreno, en concreto las cuencas hidrográficas, a fin de contrastar los límites de las unidades espaciales con los de una demarcación natural. Este planteamiento opera como una cadena de estructuras espaciales que permite valorar las pautas de comportamiento territorial para realizar un acercamiento a la configuración de la organización sociopolítica. A raíz de los resultados obtenidos, reforzados con la lectura a escala *intrasite*, se ha podido documentar un modelo de sociedad de jefatura compleja con una estructura de poder heterárquica. Su patrón locacional es una manifestación inequívoca de la existencia de un sistema defensivo bien organizado en torno a Ampurias, en el que cada núcleo fortificado cuenta con un territorio político que domina y protege, con una extensión teórica que se ajusta, según el análisis espacial, al espacio biofísico de la red hídrica en la que se emplaza.

También hay que observar una segunda interpretación del modelo de poblamiento, puesto en relación con la conformación de una frontera étnica, expresión de un proceso de etnogénesis que comienza a emerger a partir de la reproducción ideológica y del imaginario colectivo que provoca el surgimiento de jerarquías en el orden social indígena. Este trabajo presenta un concepto de etnogénesis que se desarrolla durante todo el periodo de la Cultura Ibérica por su relación dialéctica con el ordenamiento político en sus diferentes formas. Desde una postura materialista, es concebida como el marco en el que se producirá el conflicto social y tendrá lugar la legitimación del poder y la batalla por el liderazgo, toda vez que es la estructura donde reside la historia mitológica que justifica el presente y los lazos del grupo dirigente con el pasado que muestran la naturaleza sobrenatural de su fuente de poder.

Los indicios arqueológicos del Ibérico Pleno han sacado a la luz una creciente jerarquización social de la organización sociopolítica que conduce a la formación de estructuras estatales. La evaluación reflexiva de la información manejada permite atisbar el tránsito de una ordenación política descentralizada a una matriz social que se organiza de forma centralizada. El eje central para afrontar esta dinámica es el proceso de territorialización que reconstruye según patrones jerarquizados el paisaje social del S.IV a.C., puesto en evidencia por la amortización de los *oppida* de Pontós y Peralada; su consecuencia más notable es la concentración de poder en Ullastret como demuestra la enorme ampliación de su perímetro urbano, que pasa a desempeñar la función de capital. La reformulación del urbanismo en este asentamiento es la otra columna vertebral del análisis, puesto que tras examinar la edificación y contrastar los datos con las fuentes literarias, se ha identificado por primera vez la existencia de instituciones políticas propias de configuraciones estatales. El denominado templo B ha sido reinterpretado como la posible cámara del senado tribal. La zona 14 se ha redefinido como edificio palacial y residencia del príncipe (realeza). Mientras que la zona adyacente a los templos podría haber albergado la celebración de asambleas públicas.

Por último, para elaborar el modelo de estado, se ha optado por varias razones por el estado tribal. Cabría señalar entre ellas la organización en *populi* del mundo ibérico septentrional, la pervivencia de una estructura social clánica y del etnónimo *indigetae*, la correspondencia entre el nombre del grupo étnico y el del lugar central, y la reclamación de un territorio como atestiguan la reorganización del paisaje en el S.IV a.C. En función de todo ello, se propone la denominación de Estado tribal centralizado de Ullastret.

Capítulo 1

Punto de partida: aproximación al marco general de la tesis

1.1. A modo de reflexión inicial

El presente trabajo surge como resultado de una serie de reflexiones sobre los procesos de formación de la organización sociopolítica de los indígetes. Por ello se antoja fundamental hacer hincapié en una definición de lo que se entiende por formación social. Desde el punto de vista del materialismo histórico, la organización sociopolítica, reflejo de una sociedad jerarquizada, es la expresión de unas formas sociales concretas, cuya articulación responde a unas coordenadas históricas determinadas (Harnecker, 1976, 99). Pero además, como argüiré más adelante, su configuración interna se organiza con base en una concatenación de elementos estructurales (Harnecker, 1976, 99). Se trata, por consiguiente, de una realidad compleja con un marco constitutivo compuesto por una red de estructuras interconectadas, formada por el paisaje, las jerarquías políticas, la ideología, la etnogénesis, el poder o la base económica (Harnecker, 1976, 100). Así pues, para su estudio y para poder desarrollar una estrategia de investigación coherente, se deben considerar todos los elementos estructurales, habida cuenta que tomados en su conjunto constituyen la totalidad de la formación social.

Habiendo definido el que posiblemente sea el concepto principal del título, parece pertinente esbozar brevemente el significado del resto de su léxico, puesto que es una representación del argumento y la línea de exploración y estudio seguida en la elaboración de este trabajo. Hay dos aspectos del contenido textual que merece la pena valorar. Como se verá en su momento, existe una intención manifiesta de relacionar la primera parte del título "De aldeas autónomas al Estado tribal centralizado de Ullastret", con el término "evolución". Con ello se hace referencia a las unidades históricas que se corresponden con las distintas formas de organización sociopolítica que expresa la ordenación del paisaje. Asimismo, incorpora una noción de periodización en el seno del proceso sociohistórico para facilitar el enfoque metodológico y la comodidad discursiva. Considerando que la cuestión crono-cultural será abordada en otra sección, me limitaré a señalar el carácter evolutivo, aunque condicionado por la dinámica de transformación de la sociedad, de la realidad política y social.

Partiendo de una perspectiva amplia, la otra palabra clave es el etnónimo indígetes. Aquí es posible realizar varias lecturas complementarias. Por una parte, el término tiene una dimensión territorial con connotaciones políticas y culturales. Piénsese por ejemplo que Avieno, en su *Ora marítima*, menciona

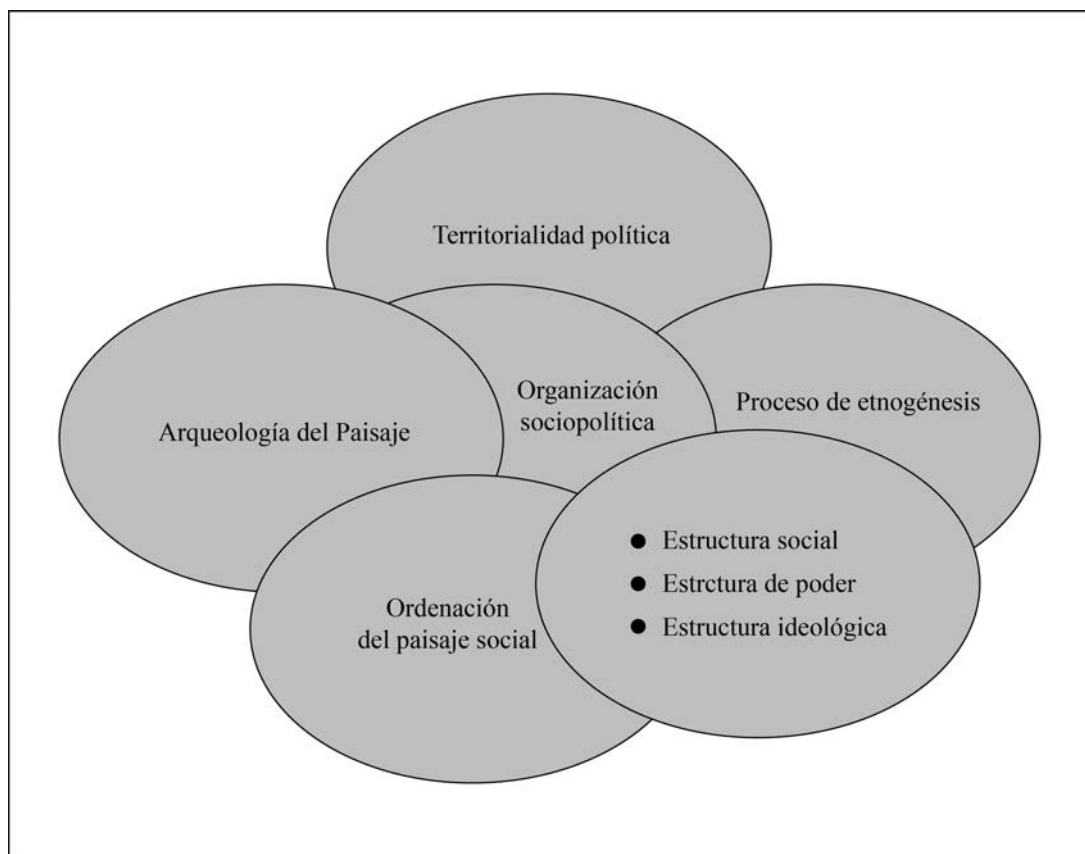


Figura 1.1: Principales elementos estructurales de la organización sociopolítica y la Arqueología del Paisaje

expresamente en el verso 530 el litoral de la Indigecia (Schulten, 1922, 308). En definitiva, alude a un contexto específico y delimitado espacialmente, cuya territorialidad teórica, configurada por medio de construcciones político-territoriales que irán ganando en complejidad, será examinada mediante métodos y técnicas de análisis espacial. De esta manera se entiende que constituye una región de estudio con rasgos propios y una personalidad diferenciada. Por otra parte, como es evidente, el etnónimo trae a colación la existencia de un grupo étnico y por tanto supone que debió ponerse en marcha un proceso de etnogénesis que según los indicadores arqueológicos manejados se desarrolla en paralelo y en relación con la organización sociopolítica. El enfoque para debatir la cuestión etnogénica, siguiendo la estela del modelo politizado de Roymans (1990, 2004, 2007), se centra en la conflictividad para comprender fenómenos sociales de gran transcendencia como la reproducción ideológica y las luchas de poder entre comunidades subétnicas, materializadas en el paisaje por vía de la aparición y amortización de núcleos fortificados. En resumidas cuentas, el análisis conjunto de la formación económico-social y la etnogénesis permite la creación de modelos explicativos de corte dialéctico para el abordaje de cada fase histórica analizada en este caso de estudio.

En otro orden de cosas, la primera página de este proyecto investigador se comenzó a escribir en la Universidad de Cambridge, donde fui admitido en la Facultad de Arqueología para cursar el Máster *European Prehistory* en el año 2015, bajo la supervisión de mis amigos Martin Millet y Simon Stoddart. En aquella época, orientado por Martin Millet, que había dirigido un proyecto de investigación junto a Simon Key en el *hinterland* de Tarragona entre 1985 y 1990, empecé a enfocar mi formación arqueológica hacia el estudio de la sociedad ibérica; en concreto fijé mi atención en Ullastret y el mundo ibérico

septentrional. El tema elegido para el trabajo final de máster (TFM) fue el estudio de la arquitectura doméstica aristocrática en el Puig de Sant Andreu -durante el Ibérico Pleno- y su vinculación con la estructura de poder. Para ello, como paso previo, me desplacé a la sede del Museo de Arqueología de Catalunya en Ullastret, donde realicé una estancia de tres semanas con Gabriel de Prado, director del museo. A partir de aquella experiencia se despertó mi curiosidad intelectual por indagar en otros aspectos de este mismo contexto cultural que no pudieron ser tratados en el TFM, como la territorialidad política y el proceso de territorialización, la relación espacial entre *oppida* y su papel en el paisaje social, la evolución de las formas políticas y el poder o la etnogénesis, por solo citar algunos ejemplos. Merced a la reflexión sobre estos y otros temas, surgió mi deseo de embarcarme en un proyecto de investigación de mayor envergadura y una serie de preguntas sobre las que he de reconocer que quedan en el camino más interrogantes e incógnitas que certezas. ¿Cómo se desarrolló la organización sociopolítica de los indigetes? y ¿cuáles son las causas de su constante transformación a lo largo del periodo ibérico? Las preguntas, aunque sencillas en su planteamiento, abren la puerta a cuestiones más complejas y de diversa índole ¿cuál es el significado político de la ordenación del paisaje? ¿cómo se estructura el poder? ¿cuál es la influencia de la etnogénesis en el proceso político y la reproducción mitológica? ¿orden jerárquico, heterárquico o ambos? ¿qué papel desempeña Ampurias en la dinámica social indígena?

No menos importante en el orden de la argumentación, la Universidad de Barcelona y mi director de tesis, Joan Sanmartí, me han dado la oportunidad de participar en excavaciones en los asentamientos del Puig de Sant Andreu y Burriac. El trabajo de campo en Ullastret no solo ha contribuido a poder conocer de manera más exhaustiva el yacimiento, sino que me ha permitido comprender la estructuración del espacio periurbano del asentamiento, incluyendo la necrópolis del Puig de Serra, y comprobar de primera mano aspectos tan relevantes para el análisis arqueológico como el alcance de la cuenca visual desde la cima de este centro de hábitat o su relación con el paisaje inmediato y el territorio.

Por lo demás, durante estos cinco años en Barcelona, he podido visitar asiduamente las comarcas gerundenses en las que se ubican la totalidad de los yacimientos mencionados en este trabajo, especialmente el Ampurdán. Gracias a ello he constatado en primera persona la topografía de la zona de estudio y he logrado examinar con la mirada propia de un arqueólogo los rasgos esenciales del paisaje y las características principales del territorio en cuestión, imaginando a nivel teórico cómo percibirían estos elementos los indigetes. De este modo he conseguido igualmente familiarizarme con el dinamismo de las estaciones en este área, observar el ciclo agrícola y el momento exacto en que madura el grano, entender la red hidrográfica, calcular las distancias entre asentamientos sobre el terreno, apreciar la visibilidad desde distintos puntos y visitar los pasos pirenaicos en la Sierra de la Albera que comunican la llanura ampurdanesa con la otra vertiente de los Pirineos. Fruto de este minucioso proceso de observación del entorno geográfico y el paisaje físico ha surgido un concepto clave para este caso de estudio, la centralidad del territorio, conducente a explicar con mayor detalle el papel central que desempeña el territorio en fenómenos como el aumento demográfico, la dinámica económica, el proceso de jerarquización o la elección de este territorio por parte de los colonos focesos para fundar el *port of trade* de Ampurias. Dado que la centralidad del territorio es analizada en una sección del capítulo 4 y otra del capítulo 6, no me quiero extender más sobre este asunto.

1.2. Arqueología del Paisaje y territorialidad política: el marco teórico

La Arqueología del Paisaje como enfoque de estudio permite enmarcar este caso de estudio en un espacio teórico y metodológico idóneo para analizar y explicar desde una perspectiva territorial-paisajística y diacrónica las transformaciones organizativas y sociales que dieron lugar al desarrollo de la sociedad y sus proyectos políticos, reflejados en el registro arqueológico a través de su expresión espacial, el paisaje. Dicho con otras palabras, la lectura de la estructuración del paisaje facilita la comprensión de la geografía política del territorio y, por tanto, la del orden social que establece su configuración en un periodo histórico determinado (Grau-Mira, 2007, 124). De forma concomitante, sus procedimientos analíticos posibilitan la creación de un marco adecuado para afrontar el estudio del sistema de poblamiento y la dimensión territorial de la etnogénesis, elementos esenciales -aunque no los únicos- para llevar a cabo una aproximación holística a la organización sociopolítica. Una consideración inicial: como bien ha destacado Parceró Oubiña, el paisaje no es meramente el escenario en el que se contextualiza el código de prácticas sociales, sino que constituye por sí solo un objeto de estudio (Parceró, 2002, 18). Por consiguiente, la principal variable estructural para abordar el núcleo temático central de este trabajo de investigación es el paisaje, que en ese sentido aquí se puede considerar como un objeto de estudio de corte metodológico, toda vez que conlleva implícitamente un método para la observación del paisaje y la territorialidad, el análisis espacial.

La Arqueología del Paisaje surge como consecuencia de la renovación teórica y práctica del concepto de espacio que traerían consigo las nuevas tendencias postprocesualistas (Parceró, 2002, 16; Grau-Mira, 2002, 19; Grau-Mira, 2004, 63). Su precedente inmediato se encuentra en la Arqueología del Territorio procesualista. Los numerosos estudios sobre territorios ibéricos desarrollados durante la década de los ochenta son un buen ejemplo de ello. Sin embargo, es bien conocido que el punto de partida para la elaboración de conceptualizaciones más complejas sobre el espacio se remonta a los inicios de la Arqueología Espacial, aunque se podría argüir en realidad que los primeros estudios espaciales comenzaron a publicarse con el auge de la *New Archaeology* en la segunda mitad del siglo pasado (Grau-Mira, 2002, 21; Parceró, 2002, 15). La diferencia fundamental de la Arqueología del Paisaje con respecto a sus predecesoras estriba en su concepción del espacio y el papel que se otorga al componente social y a la relación medio físico-sistema sociocultural. Para la primera generación de arqueólogos interesados en incorporar aspectos de la dimensión espacial a sus investigaciones, el espacio era concebido como el mero contexto ffsiográfico en el que se desarrollaba la acción humana, limitando su potencial para explicar y contextualizar los procesos de desarrollo histórico de los grupos sociales (Parceró, 2002, 15). La maduración de los estudios con un carácter o enfoque dirigido a la organización espacial se materializó con el surgimiento de la Arqueología Espacial, heredera de los trabajos pioneros de David Clarke y Hodder y Orton (Grau-Mira, 2002, 19; Parceró, 2002, 15). En primer lugar, se procede a revisar de manera sistemática los postulados anteriores. En segundo lugar, se produce una reformulación del propio concepto de espacio, que ahora es pensado como un elemento dinámico resultado de la acción social de la comunidad humana, a la vez que se replantea la relación que se establece entre el hombre y su medio ambiente natural, manifestada en principio mediante la actividad económica, pero a la que posteriormente se incorpora paulatinamente la esfera política (Criado-Boado, 1999, 5; Parceró, 2002, 15). En cualquier caso, esta corriente ha sido ampliamente criticada, aunque supuso un gran avance en



Figura 1.2: Mapa físico de la región de estudio, la Iberia septentrional

cuanto a la investigación espacial, por reproducir una concepción del espacio más cercana al pensamiento burgués moderno que a la realidad sociopolítica y cultural de las sociedades pretéritas (Criado-Boado, 1999, 5; Parceró, 2002, 15).

La Arqueología del Paisaje ha experimentado una gran evolución tanto a nivel epistemológico como metodológico a lo largo de las dos últimas décadas, con nuevos enfoques teóricos que han contribuido a reformular la realidad espacial para comprender los procesos sociales que subyacen en la ordenación del paisaje (Criado-Boado, 1999, 1; Grau-Mira, 2004, 63). Este desarrollo ha sido espoleado en buena medida por la incorporación de herramientas SIG, que han permitido analizar la información espacial para estudiar paisajes y territorios desde un punto de vista arqueológico (Grau-Mira, 2004, 63). La finalidad no es la reconstrucción integral de los paisajes antiguos, lo cual sería una entelequia intelectual, sino más bien examinar las pautas de la distribución espacial de los grupos humanos para poder reflexionar sobre aspectos socioculturales de interés que ayuden a dibujar el proceso histórico objeto de estudio (Parceró, 2002, 16; Grau-Mira, 2004, 63). Bajo el epígrafe de Arqueología del Paisaje se encuadra un extenso abanico de corrientes y planteamientos interpretativos, conformando una panoplia muy diversificada de perspectivas y aproximaciones (Grau-Mira, 2002, 20). Algo parecido ocurre con la orientación y el método para plantear una investigación, que dependen de la formación del investigador y su pericia para articular una estrategia de trabajo conducente a alcanzar los objetivos propuestos. En definitiva, la consolidación de la Arqueología del Paisaje ha dado paso al estudio de la construcción social del espacio.

Por otra parte, cuando se afronta un estudio que encaja en la escala teórica con la línea de acción de

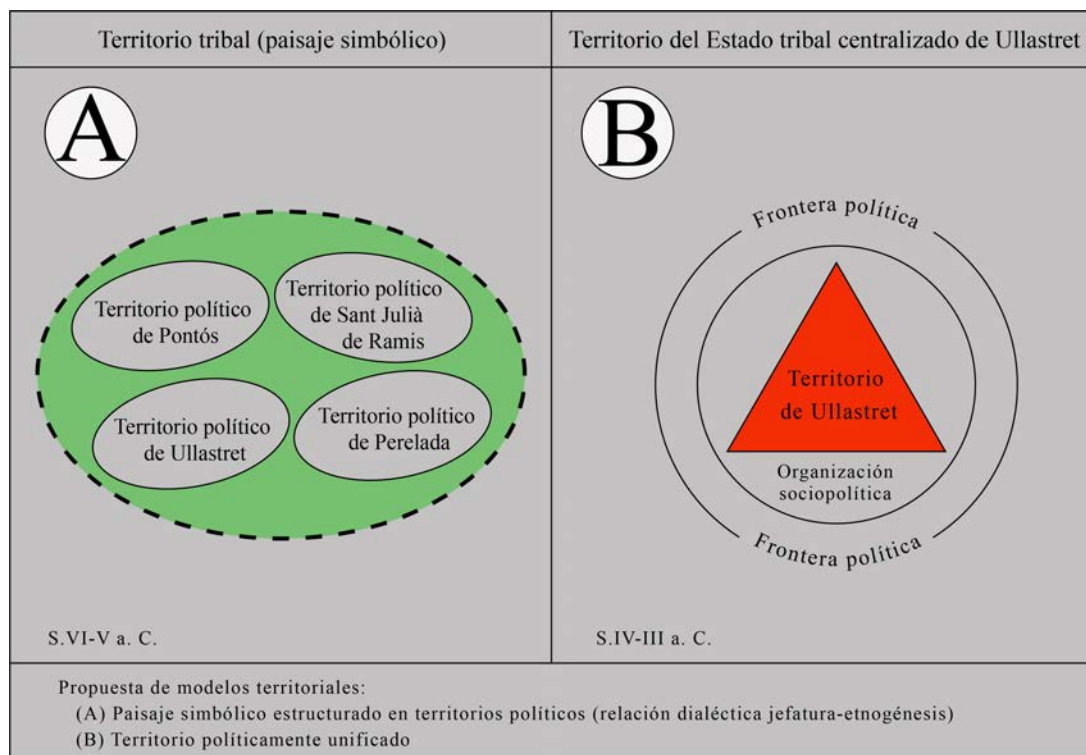


Figura 1.3: Esquema gráfico de la propuesta de modelos territoriales de la Indigecia en época ibérica

la Arqueología del Paisaje y de la Antropología del Territorio, se hace evidente la necesidad de incluir en el análisis la territorialidad política. Estoy de acuerdo con Felipe Criado con respecto a que con la jerarquización del paisaje el espacio se transforma en territorio en los modelos de sociedad guerrera y de estratificación de rango (Criado-Boado, 1993, 41).

El paisaje fortificado de los *oppida* revela la materialización de unas formas sociales que sugieren la implantación de fórmulas complejas para territorializar el espacio político. La territorialidad es un elemento de gran valor para el reforzamiento del sentimiento de pertenencia, pues determina la integración o exclusión del grupo mediante la creación de una barrera imaginaria que establece la dicotomía interior/exterior (Ther-Ríos, 2012, 11). Pero además, la territorialidad es una apropiación del medio natural para asegurar las actividades de subsistencia económica y la reproducción material de la comunidad (Ther-Ríos, 2012, 11). De ello se deduce su vinculación con el poder, la dominación política y la conflictividad social en los grupos jerarquizados.

La centralidad del territorio, mencionada con anterioridad, es una conceptualización amplia que se alinea con estas propuestas de la Antropología Territorial, para evaluar en detalle el papel socioeconómico del territorio en el proceso de iberización y la ordenación del primer paisaje jerarquizado en la zona de estudio (Ibérico Antiguo), y posteriormente su impacto en la formación de las primeras estructuras estatales. Así mismo, la configuración territorial viene determinada por el alcance del proyecto político y el grado de complejidad de la formación social (Grau-Mira, 2004, 64; Grau-Mira, 2007, 123). La importancia de la territorialidad fue puesta de manifiesto por Lévi-Strauss para tratar de explicar el carácter mágico-totémico de algunos aspectos de la caza y la pesca entre los pueblos indígenas de Sudamérica (Lévi-Strauss, 2000, 96 y 97). Si bien es cierto que no hace alusión expresamente a la territorialidad, señala de manera constante la trascendencia de la relación entre territorio y los procesos económicos a pequeña escala para la supervivencia física y cultural de los grupos étnicos (Lévi-Strauss, 2000, 96 y 97). A partir de

sus estudios de campo podemos inferir la relevancia de la territorialidad humana y su repercusión en la dinámica sociopolítica y económica del cuerpo social.

En resumidas cuentas, la construcción del paisaje social y la territorialidad política son fenómenos coetáneos que se complementan mutuamente para configurar el marco estructural de partida. El estudio en paralelo de estas dos realidades permite una aproximación a la matriz de relaciones espaciales a varias escalas y a una miríada de aspectos -base económica, esquema de poblamiento, instituciones políticas, realizaciones materiales o la evolución de las formas de parentesco y la etnogénesis- cuya huella y expresión en el espacio contribuye a definir el modelo de sociedad que dibujan los datos y el discurso arqueológico. El planteamiento seguido en la investigación y la propuesta teórico-metodológica formulada para abordar la cuestión territorial y la exploración del paisaje serán introducidas y explicadas en el capítulo tres (metodología).

1.3. El posicionamiento académico frente a la interpretación del pasado

Se han producido enormes progresos en los estudios protohistóricos durante las últimas dos décadas, donde se ha ahondado en la necesidad de reformular a fondo el concepto mismo de Protohistoria con la finalidad de reelaborar el marco de la Edad del Hierro, tomando en consideración que este periodo histórico no constituye un bloque monolítico y homogéneo, sino que destaca por su diversidad y la gran variedad de contextos socioculturales, pudiéndose hablar en palabras de J.D. Hill y Fernández Götzt, de *"different Iron Ages"* (Hill, 1989, 16; Fernández-Götzt, 2014, 2). La presente investigación se hace eco de este interesante debate y pretende modestamente contribuir a su desarrollo, partiendo del presupuesto de que el estudio de la organización sociopolítica, entendida en términos amplios como la totalidad social y sus estructuras, debería primar en la Arqueología Protohistórica sobre el papel que desempeña el individuo en la sociedad. Con ello el foco de atención se desplaza hacia otro escenario intelectual, la batalla de ideas entablada entre las corrientes procesuales y las postprocesuales. Un breve repaso por la teoría arqueológica servirá de ayuda para acotar la discusión.

El enfoque teórico de la llamada "arqueología procesual" surge a partir de los postulados de la *New Archaeology* impulsados por L.R. Binford (Hernando-Gonzalo, 1992, 17). Su mapa conceptual se fundamenta en explicar los procesos de cambio social mediante una metodología basada en principios supuestamente generales que cumplen una "función positiva o práctica" (Hernando-Gonzalo, 1992, 20; Criado-Boado, 1999, 4). Su propuesta cientifista es de marcado carácter funcionalista y pone el énfasis en la defensa de la "asepsia axiológica", esto es, abogan por un punto de vista epistemológico objetivista (Hernando-Gonzalo, 1992, 20; Criado-Boado, 1999, 4).

En contraposición, la "arqueología postprocesual", de la mano de I. Hodder, nace como un revulsivo frente a los planteamientos de corte procesualista (Hernando-Gonzalo, 1992, 23). De forma muy sucinta, su base epistemológica se define por su excesivo relativismo, lo que ha llevado a un subjetivismo extremo que en ocasiones puede llegar a desdibujar el propio registro arqueológico (Hernando-Gonzalo, 1992, 23; Parceró, 2002, 16). Más aún, se ha convertido en el paradigma dominante en Arqueología. En cualquier caso, integra a las principales escuelas de pensamiento y ha trazado el camino para desarrollar el campo de la teoría en nuestra disciplina (Hernando-Gonzalo, 1992, 23).

Tras la pertinente presentación del estado de la cuestión a nivel teórico, el siguiente objetivo es

abordar el peligro del presentismo y el papel asignado por el postprocesualismo al individuo en el desarrollo de la dinámica histórica. De modo resumido, busco incardinar mi trabajo en un tema candente y de vital importancia para el arqueólogo como científico social, el posicionamiento frente al pasado. Expresado en clave interrogativa ¿cómo afrontar la interpretación de los datos? Algunas tendencias postprocesuales le vienen otorgando a la figura del individuo una función decisiva en la reformulación de la Historia (Hernando-Gonzalo, 1992, 27). El resultado se ha visto plasmado, por ejemplo, en la Teoría de la Agencia, que emerge posiblemente como consecuencia del sistema de saber-poder (Foucault 1978 y 1980) postmoderno y sus formas ideológicas (Criado-Boado, 1999, 4). Como ha señalado Felipe Criado, se debe trascender la visión del "individuo autónomo", habida cuenta que refleja, y es producto a la vez, del mundo capitalista moderno (Criado-Boado, 1999, 3). Permítaseme reproducir las palabras ciertamente inspiracionales a este respecto de Fernández Götz: "the present emphasis of many archaeologist on individuals is simply a presentism arising from the central role accorded individuality today" (Fernández-Götz, 2014, 2).

Es cierto que se ha superado el mito de la neutralidad objetiva, pero ello no es óbice para pensar que todo vale en nuestra postura hermenéutica de partida. Para poder realizar una (buena) interpretación de un hecho, un proceso concreto o un contenido material determinado, esta debe de ser una propuesta con visos de plausibilidad y consistente con el contexto arqueológico y el modelo social que se ambiciona estudiar. Aunque, lógicamente, siempre existirán proposiciones alternativas igualmente validas, y estará sujeta a futuras correcciones y reformulaciones consecuentes con el desarrollo de la investigación y la aparición de nuevas fuentes de información.

Resulta absolutamente imprescindible evitar la extrapolación de parámetros modernos hacia épocas pretéritas, para conservar el valor como documento del registro arqueológico, que de lo contrario se perdería. La proyección de criterios y categorías inherentes a la contemporaneidad distorsiona el potencial narrativo de los datos, de por sí elusivo, y resta complejidad a los fenómenos del pasado analizados. Pero también, y al mismo tiempo, cuando conceptualizamos con la individualización como eje central, se devalúa nuestra aproximación a la sociedad protohistórica debido a un sesgo teleológico que entorpece la observación de la realidad que se anhela examinar e impide organizar un discurso coherente con los restos materiales que se quiere evaluar.

La Arqueología es una ciencia crítica para reflexionar sobre cómo afrontar el abordaje de los procesos históricos y los desarrollos de las sociedades de la antigüedad (Criado-Boado, 1999, 4), no para la naturalización del presente en el discurso científico, ejemplificado por la preeminencia del individuo en algunos trabajos calificados de postprocesuales. Proyectar la racionalidad económica del modelo capitalista, fruto de la revolución industrial, a un ámbito sociocultural imbuido por la religión, la mitología y la historia de los ancestros, por mencionar algunos elementos, es una mala praxis que empobrece los resultados. Se trata de universos articulados de forma muy divergente en todo lo que se refiere a las motivaciones y los modos de vida (Fernández-Götz, 2014, 2). Las diferencias entre ambos mundos no se limitan al campo de la tecnología, sino que abarcan en sentido amplio el conjunto de prácticas y comportamientos sociales, además de las mentalidades y las formas de percepción de la realidad (Fernández-Götz, 2014, 2 y 3). Es de igual modo lógico suponer que durante la Edad del Hierro percibirían e interpretarían los paisajes, tanto el político como el simbólico, con su propia escala de valores.

1.4. El enfoque teórico: en defensa del materialismo histórico

Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata

Friedrich Engels 1980, 1

Como bien indican, a la par que resumen, estas palabras de Engels, escritas en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, la esencia de la concepción materialista de la historia es el estudio de la reproducción del orden social, que comprende tanto el modelo económico como la reproducción, en términos generales, de las formas sociales características de cada periodo histórico (Engels, 1980, 1). Yendo un poco más lejos, este pasaje de Engels es una expresión de principios que refleja de manera muy acertada y aproximada las concepciones y puntos de vista de quien suscribe en relación con la teoría y praxis del materialismo histórico. Quiérese expresar con lo dicho que mi marco de pensamiento en el campo del materialismo se encuentra muy alejado del economicismo ortodoxo. Y confieso, de manera más específica, que tanto en las comunidades protohistóricas como en las llamadas tradicionales, la producción no es el eje central en la articulación de la organización sociopolítica (Rolland-Calvo, 2005, 26). Toda vez que se puede incidir en la importancia de aspectos múltiples en la estructuración del modelo de sociedad, como los valores religiosos (ideología), las prácticas sociales y rituales, las formas de estructura social y parentesco, las instituciones, o el poder y las jerarquías políticas, por mencionar algunos de los más representativos. Aunque debe convenirse que el sistema económico es un elemento fundamental para comprender la dinámica de los pueblos indígenas de la Edad del Hierro. El erudito manejado que sabe dominar con exquisita brillantez los métodos del cuadro conceptual marxista para transformar la herramienta teórica en pensamiento científico es Maurice Godelier, para quien la reproducción social ocupa en todo momento un lugar destacado en sus trabajos de investigación (Godelier 1974, 1991, 1998a, 1998b y 1998c).

El primer punto que merece particular atención es el enunciado de esta sección, en especial la referencia a la defensa de la interpretación materialista de la historia. El debate ideológico que se desarrolló durante décadas y confrontó a las categorías históricas del materialismo con la filosofía liberal del mercado libre, terminó con la hegemonía de los postulados clásicos del neoliberalismo. El dato en sí mismo es intrascendente y no debería ir más allá, sobre todo teniendo en cuenta que el materialismo histórico es un método científico y no una doctrina política. Por tanto, la cuestión de la militancia no es un rasgo consustancial a la metodología materialista para el estudio de realidades concretas, sino un aspecto de los movimientos sociales ajeno a la base epistemológica del paradigma de investigación. Pero la ideología dominante actual ha impuesto una (absurda) vinculación entre el método de análisis y los regímenes comunistas del siglo XX. El resultado de esta confluencia de factores es el intento vano de arrinconar a nivel intelectual un instrumento analítico útil para reflexionar sobre la Historia y los procesos históricos. La paradoja, en tal situación, radica en el hecho de que un número considerable de investigadores en el campo científico-social, desligados de toda relación con el marxismo y su método, recurren a elementos de aquel para explicar determinados fenómenos y elaborar sus planteamientos teóricos. Ello permite hacer la primera lectura: las técnicas y métodos del materialismo histórico no están mediatizadas por ningún tipo de carga ideológica, es un procedimiento riguroso y solo influido por la realidad estudiada. En caso

contrario, no sería ampliamente utilizado en las ciencias sociales.

La filiación investigadora del que suscribe, no supone en modo alguno la aceptación irreflexiva de todos los principios del materialismo sin un cuestionamiento previo de su validez para este caso de estudio. Considero que la pluralidad de enfoques es muy necesaria para articular discusiones constructivas y enriquecer el debate de ideas (Fernández-Götz, 2014, 3). Defiendo el criticismo conducente a la ampliación de conocimientos y poner en tela de juicio las verdades absolutas para avanzar de forma explícitamente científica y no caer en discursos dogmáticos (Fernández-Götz, 2014, 3). Por todo ello, tengo muy presente que la aproximación estructuralista es válida con frecuencia (Fernández-Götz, 2014, 3). Esto es, la estructura es importante. En todo lo concerniente a la utilización de fuentes, comparto la propuesta de los encuadres holísticos que han integrado en sus trabajos la interdisciplinariedad, incorporando en sus análisis elementos de la ciencia antropológica, la Sociología y la Historia Antigua (Fernández-Götz, 2014, 4). Este modelo ha sido desarrollado, entre otros, en el ámbito de la Protohistoria por Roymans (1990, 2004 y 2009), Sanmartí (2004, 2009a, 2009b y 2010), Fernández Götz (2014, 2015 y 2018), y Grau (2007, 2012, 2019a y 2019b).

Como se habrá intuido, analizar de forma exhaustiva y pormenorizada el esquema estructural y conceptual del materialismo histórico es una tarea que excede el cometido y los objetivos de este trabajo. En consecuencia, me limitaré a presentar de manera esquemática los puntos de encuentro con su método y las categorías centrales que han servido para articular y definir aspectos de la dinámica social. En el campo de la arqueología, esta corriente ha puesto el foco en la naturaleza conflictiva de los procesos históricos, pero también en la organización de jerarquías políticas de rango y la estructuración del poder y su sostén ideológico (Hernando-Gonzalo, 1992, 21; Rolland-Calvo, 2005, 11). En la base teórica se pueden distinguir categorías histórico-sociológicas de corte más general y modelos de desarrollo determinados para el análisis de realidades específicas, esto es, aplicables solo a etapas de la historia concretas (Harnecker, 1976, 143; Gándara, 2006, 20). El nivel de generalización en el materialismo es en su esencia y estructura completamente diferente de las leyes de índole universal y "ahistóricas" de la Nueva Arqueología y el positivismo (Gándara, 2006, 20). En la escala de generalizaciones se pueden mencionar, por citar tan solo algunos ejemplos, el carácter dialéctico de los procesos históricos, la conflictividad en el cambio social, la correlación de fuerzas y la correspondencia entre sistema económico y relaciones sociales (Gándara, 2006, 20). Para ilustrar lo anterior con un caso práctico en el campo de los estudios del mundo ibérico, Arturo Ruiz ha puesto de manifiesto la vinculación de la estructura económica con las formas de dependencia clientelar que configuran el armazón de las relaciones sociales y permiten tanto su mantenimiento como su reproducción cíclica (Ruiz-Rodríguez, 2018, 209). A su vez, por supuesto, cada periodo se define por sus propias categorías de análisis, delimitadas por su contexto social e histórico, además de por las condiciones materiales de existencia (Harnecker, 1976, 140; Gándara, 2006, 20). A este respecto, tomando unas palabras de Engels como mías, los hechos y fenómenos no tienden a repetirse, salvo en contadas excepciones, y en caso de que se produzcan responden a circunstancias materiales muy específicas de cada sistema sociocultural, con lo cual su significado es distinto (Engels, 1977, 93).

La dialéctica, como método para establecer relaciones entre componentes, ocupa un lugar importante en el presente trabajo. Así pues, me parece oportuno explicitar de forma sucinta cómo ha sido manejada e integrada en el discurso arqueológico. Su utilización está muy alejada del esquema clásico de Hegel y Fichte, basado en la confrontación de términos antagónicos (tesis-antítesis-síntesis). Mi concepción de la dialéctica se sitúa más en la línea de pensamiento de Engels, que la definió como la "ciencia de

la concatenación total de acontecimientos” (Engels, 1979, 1). Para él, la materia se encuentra en un movimiento constante, por tanto es dinámica, de modo que bajo condicionantes determinados experimenta transformaciones debido a la encadenación de factores que se produce mediante su interacción mutua e ininterrumpida (Engels, 1979, 22 y 57). Según mi entendimiento de estos fragmentos de la Dialéctica de la naturaleza, trasladados al campo de la arqueología, la dialéctica es la concatenación de hechos entrelazados que conforman el proceso histórico. Su expresión se manifiesta en el establecimiento de relaciones dialécticas que ligan a los principales elementos estructurales en un ciclo de retroalimentación continuo que permite la observación conjunta de los procesos de desarrollo fundamentales desde una perspectiva arqueológica. Como la propuesta en el capítulo cinco para explicar la interconexión de la jefatura con la etnogénesis, que facilita una lectura holística de los datos para englobar las condiciones sociopolíticas con la estructura mítica e ideológica; y la que se entabla de manera permanente entre el territorio-paisaje y la organización social, cuya materialización es la construcción de los paisajes políticos que se suceden desde la fase preibérica hasta el Ibérico Pleno.

Habiendo alcanzado este punto, lo más lógico es señalar brevemente cómo se han aplicado estos principios y procedimientos a nivel arqueológico en este caso de estudio. La categoría interpretativa para analizar las luchas para acumular y monopolizar el poder que reflejan las transformaciones en el paisaje es la conflictividad, con la que es posible abordar la dinámica social en su expresión política (Rolland-Calvo, 2005, 11). A decir verdad, fue Marx el primero en señalar el papel del conflicto en los procesos de cambio social (Marx, 1970, 37). Es un concepto central para realizar un acercamiento global y más efectivo a las relaciones de desigualdad y a la realidad que representa la sociedad según la magnitud de la escala de tensiones entre grupos sociales, para con ello comprender la naturaleza de las comunidades involucradas en la pugna de intereses (Rolland-Calvo, 2005, 11). Para valorar de manera completa el proceso de conflictividad política que desemboca en el surgimiento de estructuras estatales, resulta de interés retomar otro concepto marxiano, la correlación de fuerzas, que se encuadra en el marco de las relaciones de poder. El análisis del equilibrio de fuerzas existentes dentro y entre las jefaturas (capítulo cinco), que incluye la evaluación de distintos aspectos arqueológicos, como el nivel organizativo, la territorialidad política, las defensas y el grado de desarrollo urbanístico alcanzado por cada *oppida*, ha permitido inferir los posibles motivos para la atomización del poder en Ullastret (capítulo seis), que pasa a desempeñar un papel hegemónico. Los indicadores arqueológicos que sugieren la inclinación de la balanza de fuerzas hacia el lado de Ullastret son de diversa índole. Al respecto, tengo en mente la expansión del perímetro del Puig de Sant Andreu, la complejidad del sistema defensivo, la construcción de templos o la existencia de grandes casas aristocráticas en los dos centros de hábitat.

A modo de nota final, el sistema del materialismo histórico se fundamenta, y se apoya a la vez, en la exploración de múltiples variables, conducentes a reflexionar sobre la sociedad concebida en un sentido totalizador, esto es, abarcando la totalidad social. Cuando se trata de analizar una organización sociopolítica en época protohistórica, surgen elementos y cambios estructurales (lo primario), menos numerosos pero con un mayor calado histórico (Parcero, 2002, 17); y los coyunturales (lo secundario), de menor relevancia para investigar los fenómenos y formas de la realidad, pero que también aportan matices a la discusión (Parcero, 2002, 17). Además, no existe una fórmula metodológica preestablecida, por cuanto la estrategia investigadora se debe adaptar a las condiciones de fases determinadas de la historia. El proceso analítico se articula en una secuencia que consta de varios pasos:

Idea de partida ⇒ herramientas conceptuales ⇒ categorías ⇒ realidad (hipotética).

A partir de la esquematización anterior es factible hacer dos lecturas complementarias. En primer lugar, las categorías históricas del materialismo no constituyen un conjunto de partes inconexas, sino que se superponen dialécticamente para coexistir en el mismo contexto social, formando una unidad de análisis capaz de criticar y por consiguiente de construir explicaciones. En segundo lugar, su carácter científico lleva aparejado el hecho de no adelantar, ni anticipar, los resultados de la investigación. A saber, para poder realizar una aproximación crítica y vislumbrar las perspectivas y dimensiones de las (supuestas) realidades sociales objeto de estudio, es absolutamente necesario recorrer todas las etapas del método para así lograr producir conocimiento histórico mediante la observación de la evidencia material.

1.5. El marco crono-paisajístico

Resta por clarificar, siguiendo con la deconstrucción del título, un aspecto esencial implícito en el enunciado del trabajo: el marco crono-cultural.

La periodización merece una atención detallada por su importancia para establecer el orden cronológico de los hechos en una escala lineal -imaginaria- y comprender la relación temporal entre elementos estructurales dentro de un mismo sistema socio-cultural. En ese sentido, resulta crucial definir el horizonte cronológico con el objeto de contextualizar el proceso histórico en su dimensión temporal y observar la temporalidad de los acontecimientos y sucesos que conforman tal proceso.

Este proyecto de investigación se enmarca en el ámbito de la Protohistoria. Por tanto, en la línea del tiempo y en términos de datación, se corresponde con la Edad del Hierro. En relación con esto último, conviene matizar y explicar el alcance cronológico de este periodo histórico en esta tesis. Aunque el tema central es el análisis arqueológico de la organización sociopolítica de un pueblo indígena ibérico, decidí incluir un examen exhaustivo de la Primera Edad del Hierro (capítulo cuatro). La motivación es fácil de justificar. Tras un proceso de observación y reflexión, llegué a la conclusión de que esta fase y el Ibérico Antiguo formaban una unidad histórica con lazos de continuidad tan consistentes como los apreciables en los estadios del periodo ibérico. Por el contrario, a pesar de que la fecha de corte para el Ibérico Pleno se podría situar en el inicio de la conquista romana de *Iberia*, a raíz de la cual se abandonaron diversos *oppida* indigetes, he dejado de lado la evaluación de esta etapa. Resultaba utópico, a la par que inalcanzable, tratar de abarcar todos los desarrollos. De tal guisa que consideré pertinente, para una mejor comprensión del fenómeno de la iberización y la posterior formación de estructuras estatales, analizar la facies cultural de la Primera Edad del Hierro y renunciar a valorar el momento final de la hegemonía de Ullastret que, por lo demás, representa una realidad con unas claves internas muy diferentes a las del resto de épocas estudiadas.

Como sugiere Parcero Oubiña, es preciso ponderar cómo articulamos secuencias temporales para establecer criterios cronológicos conducentes a la creación de periodizaciones que ordenan y dividen tanto el objeto de estudio como el registro arqueológico (Parcero, 2002, 17). Debemos ser conscientes de que la compartimentalización de la Protohistoria es un constructo para facilitar la labor investigadora de los arqueólogos mediante la elaboración de escalas temporales (Parcero, 2002, 17; Fernández-Götz, 2014, 9). Por consiguiente, la segmentación cronológica no es una manifestación de las sociedades del pasado, ni de su conceptualización del tiempo (Parcero, 2002, 17; Fernández-Götz, 2014, 9). Pero permite el ordenamiento de la evidencia material para con ello simplificar el proceso de análisis y la interpretación de los datos (Fernández-Götz, 2014, 9). El modo habitual de construir una secuenciación histórica es a

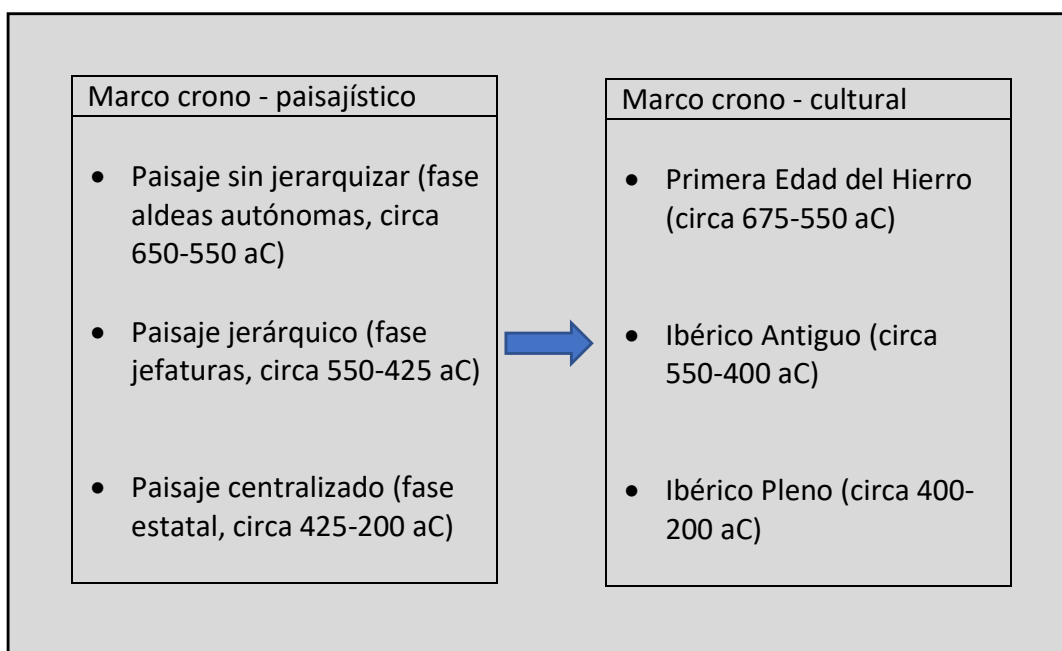


Figura 1.4: Periodización según paisajes y según tipologías al uso (Sanmartí 2004)

través del uso de tipologías y "fósiles directores", que se revelan en la presencia de determinadas formas y elementos en la cultura material mueble (Parcero, 2002, 17).

Sin cuestionar la validez de los objetos y artefactos para definir secuencias temporales, no deja de ser cierto que se puede argumentar su falta de "valor estructural" (Parcero, 2002, 17). Para ejemplificar lo dicho, basta con echar un vistazo a la problemática de la introducción del hierro en la región de estudio para plantear los límites cronológicos de la Primera Edad del Hierro. La aparición de los primeros ítems férricos ha sido documentada en la fase IIa (800-750 a.C.) de la necrópolis de Can Bech de Baix (Palol y Toledo, 2006, 244). Sin embargo, en el paisaje funerario del *hinterland* ampuritano y las aldeas autónomas de Sant Martí d'Empúries, el Puig de Sant Andreu y la Illa d'en Reixac, el hallazgo de escorias y utensilios de este metal no se remonta más allá de la segunda mitad del S.VII a.C. (Martín, 1998, 48; Castanyer et al., 2011, 57 y ss). Por ello resulta legítimo explorar otras vías, basadas en "elementos estructurales", para sugerir una escala de tiempo distinta a la del modelo clásico (Criado-Boado, 1993, 20; Parcero, 2002, 17). Sobre el particular, dos de las propuestas más atractivas para proponer una cronología alternativa de los acontecimientos son la periodización según "estructuras específicas de historicidad" de Marta Harnecker y según la secuencia de paisajes de Felipe Criado (Harnecker, 1976, 142; Criado-Boado, 1993, 34 y ss). También encontramos una dinámica temporal atrayente y en consonancia con la sucesión de paisajes en Parcero Oubiña (2002). Yo he optado, por razones similares a las ya esbozadas, por formular un contexto secuenciador crono-paisajístico fundamentado en la construcción de los tres paisajes evidenciados en el depósito material, que además es consistente, salvo ligeras modificaciones, con el marco crono-cultural presentado por Sanmartí para la zona catalana en diversos trabajos (2004, 2010). Por todo lo antedicho, propongo la siguiente secuenciación de paisajes:

Paisaje sin jerarquizar (circa 650-550 a.C.): es el primer paisaje sedentario, formado por aldeas autónomas. El rasgo esencial de la ordenación del paisaje en esta fase es la ausencia de elementos jerarquizantes en el patrón de asentamiento y las formas de organización del espacio. La datación se basa

en la formación de la estructura de poblamiento.

Paisaje jerárquico (circa 550-425 a.C.): se corresponde, en el esquema de modelos territoriales de la Indigencia, con el territorio tribal-paisaje simbólico. Lo he denominado, a efectos prácticos, jerárquico porque su atributo principal en relación con la matriz espacial del estadio anterior es la jerarquización de los territorios políticos de las emergentes jefaturas. El término *ante quem* lo proporciona la fundación de los *oppida* y el *post quem* la consolidación de los cambios estructurales en Ullastret, como la ampliación del perímetro amurallado.

Paisaje centralizado (circa 425-200 a.C.): hace referencia al paisaje políticamente unificado y centralizado que surge con la configuración de estructuras estatales y fronteras políticas.

1.6. La estructura del trabajo

La organización de los datos de investigación y la planificación del estudio se divide en dos bloques temáticos bien diferenciados por sus objetivos de partida. Cada uno de ellos constituye una unidad de contenidos coherente cuya finalidad es dotar de forma lógica a su estructura, que engloba los rasgos fundamentales para lograr la meta previamente planteada y definida. El trabajo termina con un epílogo conducente a reflexionar sobre cuestiones metodológicas y la línea de análisis desarrollada a lo largo del proceso de investigación.

1.6.1. Primer bloque de contenidos

El primer bloque de conocimiento es de corte más teórico y metodológico y consta de tres capítulos. En él se abordan y se exponen las cuestiones conceptuales clave y se hace hincapié en el método utilizado para llevar a cabo el estudio y alcanzar los objetivos de este proyecto, tanto el general como los específicos de cada periodo histórico analizado.

En este primer capítulo se elabora y realiza una aproximación al esquema general del texto, tratándose una serie de temas preliminares pero esenciales para comprender la dimensión teórica y algunos aspectos básicos relacionados con el planteamiento de la estrategia para afrontar la exploración de los datos desde una perspectiva territorial-paisajística. Para comenzar, se efectúa una breve reflexión inicial de los principales elementos estructurales a través de la deconstrucción del enunciado de la tesis. A continuación se establece y examina el marco teórico en el que se encuadra el trabajo, la Arqueología del Paisaje y la Antropología del Territorio. Acto seguido, se revisa el peligro del "presentismo" en nuestra disciplina académica y su papel en las corrientes postprocesualistas. Seguidamente se considera el enfoque teórico y se indaga en el significado de algunos de los conceptos elementales del materialismo histórico, en particular aquellos empleados en este caso de estudio. Con posterioridad se justifican las razones para proponer una periodización según la secuencia de paisajes documentados y finalmente, en esta sección, se hace un breve resumen de la estructura del trabajo.

El segundo capítulo está enteramente dedicado al estado de la cuestión. El propósito no es mostrar la historia de la evolución del conocimiento en el campo de los estudios de la Cultura Ibérica, objetivo en sí mismo inalcanzable dada la larga tradición de la historiografía en este ámbito académico. Tan solo se pretende valorar las aportaciones que más han contribuido a la recopilación de información para elaborar el trabajo y poner al descubierto las posibilidades que ofrecen la revisión crítica y el análisis historiográfico para construir líneas de razonamiento originales tendentes a articular el discurso arqueológico.

En el capítulo que cierra este bloque, el tercero, se recoge en términos generales el planteamiento de la investigación. La base de partida es la definición de los objetivos y su relación dialéctica con el objeto de estudio paisaje, para responder a **qué** se estudiará. Después de ello, se tratan las cuestiones metodológicas y de escala para explicitar **cómo** se llevará adelante la tarea investigadora. En este apartado se han tenido en cuenta varios aspectos de la dimensión metodológica, como la importancia del trabajo de gabinete, las técnicas de análisis espacial para la observación del paisaje o cómo y dónde obtener la documentación y la forma de procesarla. La estrategia de trabajo para analizar las fuentes documentales se fundamenta en un método sencillo basado en el siguiente orden de factores: **modelo** ⇒ **interpretación** ⇒ **modelo**. A saber, partiendo de un modelo de sociedad previo, se hace una reinterpretación de los datos susceptibles de ser sometidos a otro análisis para llegar a un nuevo modelo, que en un ciclo dialéctico permanente no es sino otro punto de partida, cuya única aspiración es abrir posibles vías de indagación. Por último, se formula una pregunta de investigación simple en su expresión pero que permite plantear una hipótesis de trabajo.

1.6.2. Segundo bloque de contenidos

El segundo bloque temático se compone igualmente de tres capítulos, cada uno relacionado con un periodo histórico. En los tres textos se conjugan contenidos eminentemente empíricos con otros de un marcado carácter teórico.

El cuarto capítulo se refiere al contexto preibérico en la zona de estudio. Esto es, la Primera Edad del Hierro. Se propone un modelo de sociedad en transición y en proceso de jerarquización, que he definido como una comunidad política, que culmina con el surgimiento del complejo cultural ibérico. Según la concepción de grupo social como totalidad, se ha desarrollado un modelo de investigación integral que comprende aspectos sociopolíticos, económicos y las primeras manifestaciones de la identidad. En primer lugar, se ha puesto el énfasis en temas de índole territorial, como la centralidad del territorio, y la estructuración del poblamiento. Más adelante, se identifica la evidencia funeraria que parece sugerir un posible cambio en la estructura social. Seguidamente, se presta atención al giro económico y la introducción del mijo en el sistema de cultivo cerealícola. Y, finalmente, se hace una lectura del fecundo y valioso paisaje funerario. Se finaliza con una síntesis de las principales aportaciones para poder representar y conceptualizar el modelo propuesto y los elementos que lo vinculan con la fase histórica siguiente, como la relación de la identidad colectiva con el posterior proceso de etnogénesis o la de la comunidad política con la subsecuente sociedad de jefatura.

El quinto capítulo se centra en el Ibérico Antiguo y la eclosión del sistema sociocultural ibérico. Su esquema es parecido al del anterior; comienza por la observación a escala macro (región), para posteriormente pasar a la escala semi-micro (local). Se plantea un modelo heterárquico de jefaturas y un diálogo dialéctico constante entre la organización sociopolítica y la etnogénesis. Para contrastar la validez del modelo se ha elaborado una propuesta teórico-metodológica apoyada en la combinación de cuatro indicadores espaciales conducentes al abordaje de la expresión espacial de las formas políticas. A tal efecto, se ha utilizado un amplio espectro de herramientas SIG. Con esta aproximación multidisciplinaria y las técnicas SIG se ha logrado, así mismo, realizar un acercamiento a la territorialidad teórica y la construcción del primer paisaje social jerarquizado, mediante el análisis de unidades fisiográficas, cálculo de cuencas visuales o mapas de coste de desplazamiento. Fruto de este trabajo se ha podido definir la Indigecia en su primer estadio como un territorio tribal, o paisaje simbólico en términos de la Arqueología del Paisaje, estructurado en territorios políticos (ver figura 1.3). Pero además, el método espacial propuesto

ha permitido también identificar otras estructuras espaciales en la ordenación territorial que subyace en la configuración de los *oppida*, como un sistema defensivo de rango regional. A su vez, este tipo de patrón es consistente con la creación de fronteras simbólicas, que sirven para fijar el espacio social de la unidad étnica. Los resultados obtenidos a escala comarcal se han tratado de verificar en la amplia escala local. Para ello se han analizado los principales asentamientos, sus atributos arquitectónicos más relevantes y su área de captación de recursos, tanto la agrícola como la litológica. En el último apartado, se procede a hacer un estudio en profundidad de la etnogénesis y sus formas de manifestación en las fuentes literarias y el registro territorial. Se ofrece, como en el capítulo anterior, una síntesis para comprender la dinámica del proceso histórico.

El sexto capítulo está enfocado a evaluar en toda su extensión uno de los grandes temas de debate, la formación de estructuras estatales durante el Ibérico Pleno. Su estructura es parecida a la de los dos anteriores; se compaginan varias escalas de análisis para desde el peldaño macro-regional pasar al nivel local. Partiendo del marco teórico propuesto por Sanmartí para la zona catalana y el cuerpo de la base documental, se abre la discusión y se plantea el tránsito del modelo heterárquico y descentralizado de la fase precedente hacia formas de lo que se ha dado en llamar estado tribal. Primeramente, se aborda la redefinición de la macro-estructura espacial y se propone un nuevo modelo territorial centralizado, reflejo del proceso de unificación política que engloba a los diferentes grupos sociales en una única organización sociopolítica (ver la figura 1.3 y la sección 6.3). El apoyo metodológico para dibujar la ordenación del paisaje gravita en torno al uso de herramientas de estadística espacial, como el método Monte-Carlo, el análisis del vecino más próximo y las medidas centrográficas. Para la lectura del proceso de territorialización se toman análogamente en consideración los cambios más significativos en el paisaje social, cuya materialización se muestra en la dinámica del poblamiento, que lleva pareja la amortización de centros fortificados y la aparición de nuevos núcleos de hábitat. Pero también, y a la vez, se ha llevado a cabo un estudio detenido de los rasgos arqueológicos indicativos de la existencia de formas complejas de organización estatal, con la finalidad de observar el grado de correlación entre elementos estructurales. En ese sentido, se han debatido asuntos cruciales para el desarrollo del eje central. Entre ellos cabe mencionar el papel del urbanismo, las instituciones y el ordenamiento político, las relaciones de dependencia clientelar y la división en unidades territoriales.

El séptimo capítulo, el último, ha sido concebido como una reflexión crítica estructurada en varias secciones que permitan ponderar la línea interpretativa seguida a lo largo del trabajo, el enfoque discursivo y algunos criterios metodológicos. Concluye con una propuesta de líneas de investigación futuras que considero importantes y que no se han tratado por quedar fuera del marco cronológico, pero que revisten importancia para dibujar el proceso histórico analizado en este caso de estudio.

Capítulo 2

El estado de la cuestión

2.1. Breve reseña acerca del papel de la historiografía

Un trabajo previo a la elaboración de cualquier aproximación arqueológica al pasado es la revisión crítica de la historiografía, esencial para poder esbozar el planteamiento de investigación. Ello se relaciona con dos aspectos cruciales para desarrollar el proyecto investigador. A saber, cómo afrontar la obtención de información a través de la documentación (epistemología), y cómo definir la naturaleza del objeto de estudio y los objetivos del trabajo (ontología). Más aún, conocer el estado del conocimiento es una parte fundamental de la metodología, por cuanto permite plantear preguntas y objetivos novedosos. Además, es de referencia obligada para sacar a la luz nuevos temas de interés, como la observación de la ordenación del paisaje de la Indigecia mediante el uso de herramientas de análisis espacial o la inclusión de la etnogénesis, para así participar en los debates desde una perspectiva original. Como es bien sabido, una valoración del estado de la cuestión y las contribuciones a la materia de estudio hace posible la identificación de lagunas en las fuentes bibliográficas especializadas, pone de manifiesto el estado del mapa de indicios para tratar de contribuir despejando incógnitas y revela los caminos que aún no han sido cartografiados por la historiografía, mostrando posibles vías hacia dónde dirigir la exploración.

2.2. El estado del conocimiento

Como ya he indicado, la finalidad de esta sección no es ofrecer un panorama completo en relación con el estado de la investigación de la Cultura Ibérica en la región de estudio. Por encima de todo, porque el corpus documental es enorme debido al avance experimentado por la ciencia arqueológica en los últimos 20 años a todos los niveles, en el que predomina la investigación a escala macro de las formas de organización territorial y los procesos de cambio social; consiguientemente, es prácticamente imposible abarcar todo el conocimiento publicado. Por las razones antes aludidas, me limitaré a evaluar las aportaciones más significativas y a mencionar los autores más importantes y los frentes investigadores que han enfocado su trabajo al análisis de aspectos relevantes para este caso de estudio. Un examen más exhaustivo y de mayor alcance de la historiografía excedería además los límites propuestos para desarrollar este apartado.

Sant Martí d'Empúries. La aldea de la Primera Edad del Hierro de Sant Martí d'Empúries y el *hinterland* funerario ampuritano han sido estudiados principalmente por el equipo de investigación del MAC de Empúries, actualmente dirigido por Marta Santos. La Plaza Mayor de Sant Martí fue excavada

de forma consecutiva entre los años 1994-1998. Fruto de este trabajo se publicó un volumen monográfico dedicado al yacimiento en la serie *Monografies Emporitanes* (número IX), de obligada referencia para conocer la cultura material, el incipiente trazado urbano y la ordenación espacial del asentamiento (Castanyer et al., 1999a, 1999b, 1999c, 2011; Aquilué et al. 2000 y 2012). Los estudios del paisaje funerario cuentan también con una larga tradición que se remonta a los trabajos pioneros de Martín Almagro en las necrópolis indígenas de Ampurias (Almagro 1955). Sin embargo, es a partir de los últimos 20 años que se vienen publicando de manera sistemática y rigurosamente científica los resultados de las excavaciones realizadas en los espacios funerarios de la zona de estudio (Palol y Toledo 2006; Santos 2009; Graells et al., 2010; Castanyer et al., 2011; Codina y Montalban 2012; Codina y Pullia 2018; Codina et al., 2021). La extraordinaria labor divulgadora puesta en marcha por diversas instituciones, a las que aludiré más adelante, ha permitido un acercamiento a la realidad de los materiales de ajuar y de construcción para túmulos y fosas, la planimetría de los recintos y la distribución espacial de los sepulcros. En lo referente al marco teórico de este periodo histórico, destacan el modelo de sociedad para la Primera Edad del Hierro de López Cachero (2007a y 2007b) y el de Joan Sanmartí (2004, 2010; Sanmartí et al., 2015).

Ullastret. Este es el centro de hábitat mejor conocido y el que más ha contribuido a nuestro conocimiento del sistema sociocultural de época ibérica, en su mayor parte debido a que es el único yacimiento que ha sido excavado con cierta extensión. Esto se debe en buena medida al excelente trabajo desarrollado durante muchos años por Miquel Oliva i Prat, que fomentó la excavación en extensión de numerosos sectores del Puig de Sant Andreu. Tras su prematuro fallecimiento, le sucedió en el cargo Aurora Martín, que continuó la labor de divulgar los resultados fruto de las innumerables actuaciones de campo realizadas a lo largo del periodo en el que dirigió la sede de este importante poblado ibérico (Martín 1976-78; Martín y Sanmartí 1976-78; Martín 1990; 1994; 1998; 2007; Martín y Plana Mallart 2012, etc). El núcleo investigador del MAC de Ullastret está formado actualmente por Ferran Codina y Gabriel de Prado, aunque recientemente han colaborado con Rosa Plana Mallart, con quien han publicado artículos que revisten un especial interés en el ámbito del urbanismo indígena (Codina et al., 2019c y 2019d). El volumen de documentación en esta línea pero desde una perspectiva más teórica es bastante completo y ha facilitado reconocer e identificar a nivel arqueológico los atributos esenciales del proceso de urbanización en la Illa d'en Reixac y el Puig de Sant Andreu (Barceló et al., 2002; Fernández Götz 2014; Smith 2016; Fernández Götz y Krausse 2016; Belarte et al., 2019). Se admite, sin ningún género de dudas, que tanto desde un enfoque sociológico como desde uno funcionalista, los rasgos urbanos de Ullastret, puestos en evidencia a través de la complejidad de la arquitectura doméstica y pública, el trazado urbano o sus diferentes áreas funcionales, son los característicos de una ciudad (Asensio et al., 2019; Codina et al., 2019c).

La actividad científico-investigadora del MAC de Ullastret ha sido muy dinámica durante la última década y ha suscitado la celebración de un congreso internacional sobre prospección geofísica (2012), y un proyecto de investigación en colaboración con la Universidad Paul Valéry de Montpellier, dirigido a prospectar el espacio periurbano existente entre los dos núcleos fortificados. Las campañas de prospección, que fueron complementadas mediante excavaciones arqueológicas en las zonas prospectadas, se realizaron entre 1997 y 2006 (Martín y Plana-Mallart 2012). Los trabajos de campo han desvelado vestigios de una intensa ocupación extramuros, caracterizada por la presencia de silos y un barrio artesanal enfocado a la producción metalúrgica (Martín y Plana-Mallart 2012). Por su parte, la reunión internacional de 2012 dará

lugar a la publicación de una obra fundamental para avanzar en el conocimiento del trazado urbanístico de la Illa d'en Reixac y poder realizar comparaciones con el del Puig de Sant Andreu, el volumen tercero de la serie Monografies d'Ullastret. Como resultado de estas y otras actuaciones, contamos con un abundante registro para abordar cuestiones centrales relacionadas con la etnogénesis de los indigetes y aspectos sociopolíticos, reflejados en la construcción de templos, casas aristocráticas y edificios singulares como el denominado templo B. De hecho, un elemento que define a este frente investigador es su constante preocupación por desarrollar una estrategia de divulgación científica tendente a la publicación de todas las novedades que surgen como consecuencia de las numerosas actuaciones de campo (por ejemplo Codina et al., 2007; 2008; 2012; 2017; 2019a; 2019b; 2019c; 2019d; 2020). En la actualidad las intervenciones arqueológicas están centradas en el estudio de la zona del istmo (Belarte et al., 2018, 2020a), en el marco del proyecto de investigación: Caracterización social y funcional de los asentamientos urbanos de la Iberia septentrional (PID 2019-106224GB100) y Origen i desenvolupament de les ciutats indigetes i laietanes: Ullastret i Ilturo (Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, ARQ001SOL-177-2022).

Sant Julià de Ramis. Aunque el poblado fue explorado en primera instancia por Francesc Riuró y Carles de Palol en la década de los treinta del siglo pasado, la montaña de Sant Julià de Ramis viene siendo excavada con regularidad en los últimos decenios por investigadores de la Universitat de Girona, concretamente desde el Laboratori d'Arqueologia i Prehistòria. Se ha dado cuenta de los resultados científicos en varias monografías de carácter expositivo y bien documentadas, que han ido publicándose y que recogen íntegramente los trabajos de excavación y las investigaciones efectuadas en el yacimiento, que abarcan las diferentes fases de ocupación (Burch et al., 2001, 2009, 2012). Se trata de documentos bien estructurados en los que se analiza de forma temática desde las estructuras domésticas y los ejes viarios hasta las defensas del *oppidum*, que son objeto de estudio en el volumen monográfico número cuatro de la serie *Excavacions arqueològiques a la muntanya de Sant Julià de Ramis* (Burch et al., 2012). Estos textos constituyen la base de referencia para estudiar este centro de ocupación y su complejo arqueológico, en el que cabe incluir dos pequeñas necrópolis, una situada en la misma montaña y otra en el Pla de l'Horta. El proyecto de investigación de Sant Julià de Ramis se ha visto reforzado por una intensa labor académica que comprende la publicación de artículos sobre este y otros asentamientos de las comarcas gerundenses relacionados con el pueblo indígena indigete (Casas 2007, 2010; Nolla 2007; Burch et al., 2010; Casas y Soler 2013; Aquilué 2001 y 2015).

Mas Castellar de Pontós. Este es uno de los yacimientos más excavados de la llanura ampurdanesa en los pasados ejercicios, y que además destaca por la calidad de los hallazgos y el ingente volumen de información que ha proporcionado para el conocimiento de la Cultura Ibérica. Está adscrito a la sede de Girona del MAC. Por ello, la primera autora de referencia es la prolífica arqueóloga Enriqueta Pons, aunque hay que remarcar que hace ya unos años que se jubiló. En cualquier caso, pronto comenzó una colaboración muy fructífera entre Pons y Asensio (Universidad de Barcelona), testimonio de la cual es una vasta bibliografía (Asensio et al., 2007, 2010; Asensio y Pons 2009 y 2016b; Asensio et al. 2016a y 2017b; también encontramos datos de interés en Buxó et al., 2000; Canal 2002; Sanmartí y Santacana 2005; Burch et al. 2010; Codina et al., 2019a). David Asensio es el investigador que se encarga de dirigir los trabajos de campo desde la jubilación de Pons. El yacimiento se divide en dos fases ocupacionales bien diferenciadas; una inicial, vinculada al poblado ibérico y la del establecimiento rural posterior, que excede la fecha de corte de este trabajo. En general, la calidad de los datos publicados sobre el núcleo fortificado es de bastante calidad, con lo cual se conoce relativamente bien algunos aspectos del aparato

defensivo, como la puerta y el corredor de entrada, y las características, a grandes rasgos, de los conjuntos de cultura material (especialmente relevantes en este sentido son los últimos trabajos publicados [Asensio et al., 2016a y 2017b]).

El único problema es que no se han llevado a cabo intervenciones arqueológicas en extensión, habida cuenta que "solo" se ha excavado una superficie de unos 2000 m² en el ángulo occidental del yacimiento. Por supuesto, aquí me estoy refiriendo exclusivamente a las actuaciones de campo realizadas en el sector del *oppidum* y el edificio singular, sin incluir la zona del establecimiento rural de finales del siglo III a.C. Este factor ha provocado que dispongamos de un margen limitado para la observación del panorama completo de la dinámica sociopolítica, quedando muchos interrogantes sin responder, como la identidad espacial del edificio singular hallado bajo la fortificación (este aspecto será analizado en el capítulo 5), o su relación con el poblado, que permanecen como incógnitas que la investigación tendrá que resolver en los próximos años. En todo caso, pese a que existen puntos de encuentro y desacuerdos en lo relativo a ciertos postulados defendidos por Pons y Asensio (ver capítulos 5 y 6), se debe resaltar el énfasis que siempre han puesto los citados investigadores en elaborar modelos interpretativos, que han aportado una gran riqueza de matices a la discusión teórica y han permitido comprender algunos de los desarrollos sociohistóricos de este importante recinto habitacional indígena.

Otros asentamientos importantes. Aquí en esta sección me gustaría hacer una sucinta referencia, puesto que un análisis más pormenorizado excedería los límites del objetivo de este capítulo, al resto de asentamientos de la estructura de poblamiento de la Indigecia y su rol como indicadores espaciales que permiten desarrollar planteamientos teóricos. Todos ellos son relevantes en la medida que están arrojando datos de peso para conocer en detalle la configuración espacial del paisaje social en sus diferentes fases de desarrollo. Entre ellos se podría mencionar a los denominados asentamientos de la costa, como el Castell (Begur), Castell Barri, El Fortin (Sant Feliu de Guíxols), Monbarbat, Puig Castellet, Turó Rodó, Castell (Palamós) y Sant Sebastià de la Guarda. Por otra parte, hay granjas agrícolas indígenas bien documentadas en el entorno geográfico de Ampurias, como Mas Gusó y Saus II. Estas unidades de hábitat están siendo principalmente estudiadas por el equipo de investigación de la Universitat de Girona y por la sede del MAC-Empúries (Burch et al., 2003, 2008, 2010; Aquilué 2001, 2015; Casas 2010, Casas y Soler 2013 y 2019, Casas y Varena 2016). Ahora bien, es cierto que la falta de contexto arqueológico en muchos de estos yacimientos es un problema acuciante, pero también es verdad que una de las ventajas del análisis espacial es que permite mediante el estudio de puntos en el espacio (asentamientos), establecer relaciones y definir patrones tanto para explicar fenómenos sociales y políticos como para realizar una aproximación a determinadas formas de la escala macro-regional; esto facilita la comprensión de aspectos sustanciales de la formación social que de otra forma podrían pasar inadvertidos o quizá serían difícil de identificar. Estoy pensando, por ejemplo, en el patrón de asentamiento, la articulación de fronteras y el sistema defensivo, el aumento demográfico o la construcción de paisajes para cada periodo histórico; pero también me refiero a la dialéctica entre una dinámica de descentralización (Ibérico Antiguo) y otra de centralización (Ibérico Pleno), cuya expresión política se manifiesta en el tránsito de un modelo de sociedad heterárquica a otra jerárquica, como ponen de manifiesto los cambios en la ordenación del paisaje que se reflejan en la aparición y amortización de núcleos de población. Por todo ello, aun cuando a veces no contamos con demasiados datos, este conjunto de yacimientos desempeña un papel esencial en este caso de estudio.

Las necrópolis. El paisaje funerario, al que ya me he referido anteriormente de forma sucinta, en

términos generales está muy bien estudiado, excepción hecha de la necrópolis de Ullastret, el Puig de Serra de Daro, lo cual no deja de ser un hecho muy llamativo si consideramos la importancia de este asentamiento para la organización sociopolítica y la estructura territorial de la Indigecia. A pesar de ello aporta dos claves cruciales para la línea de análisis de este trabajo: 1) aunque en el Pla de l'Horta hay evidencias, muy mal conservadas, de 6 o 7 enterramientos de época ibérica, este es en realidad el único ámbito funerario bien documentado para este periodo histórico, y 2) destaca su escaso número de fosas, 87, para una dípolis como Ullastret (Codina et al. 2016a; Sanmartí et al., 2016). Con la ayuda de los conceptos de norma y normalización de Foucault (1978, 1980), se ha podido hacer una lectura sociológica de estos datos conducente a proponer posibles formas de naturalización de la ideología y la estratificación social.

Por otra parte, el panorama para la Primera Edad del Hierro es bastante alentador, pues el registro funerario de la región de estudio ha sido objeto de un gran número de trabajos que llaman la atención por su calidad científica. El mayor lugar de enterramiento es Can Bech de Baix, donde se excavaron 475 fosas (Graells 2004 y 2010; Palol y Toledo 2006; Toledo 2012). El trabajo de referencia ineludible es sin duda la obra monográfica de Palol y Toledo (2006), en la que se recoge toda la evidencia arqueológica para realizar una revisión crítica y sistemática de la documentación existente. En el área de Ampurias se encuentran varias necrópolis indígenas. La de Parrallí, excavada por Almagro, se inscribe en el horizonte cultural del Bronce Final (Almagro 1995; Santos 2009; Aquilué et al., 2012). El yacimiento funerario de Vilanera viene siendo examinado de manera regular durante los últimos años (Agustí et al., 2004; Codina y Montalban 2012; Codina y Pullia 2018; Codina et al., 2021). La conocida área de enterramiento de la Muralla N.E., pese a tratarse de un espacio funerario de dimensiones reducidas, ha contribuido a nuestro conocimiento del complejo cultural de la Primera Edad del Hierro gracias sobre todo al hallazgo de un considerable catálogo de objetos funerarios, formado por vasos de importación, cerámicas protoibéricas, utensilios metálicos como broches de cinturón, cuchillos y restos de posibles cascos de bronce (Almagro 1995; Barberà 1990; Santos 2009; Aquilué et al., 2012). Hay otro escenario de estudio en relación con el contexto que estamos abordando, las necrópolis de Peralada y Camallera. Aquí el principal problema reside en la procedencia de los hallazgos, por cuanto se trata de vestigios descontextualizados. En ambos casos, el elemento más significativo del depósito arqueológico posiblemente sea el interesante lote de armamento, compuesto por fragmentos de espadas, cuchillos, alguna punta de lanza y de flecha, y una contera cónica de lanza (Palol 1948; Casas 1997; observaciones similares en Ruiz Zapatero 1985; Miró y Miró 1990; Graells et al., 2010; Pons 2012b).

La etnogénesis. El proceso de etnogénesis de los indigetes permanece todavía como una *terra incognita* prácticamente inexplorada hasta la fecha, aunque en el ámbito de la Protohistoria europea se están produciendo prometedores avances en la investigación etnogenética (Roymans 1990, 2004, 2009; Pohl 2002; Curta 2005; Crielaard 2009; Gehrke 2009; Fernández Götz 2014). En el escenario científico español se han hecho propuestas interesantes sobre la etnogénesis de los vettones en la esfera de los pueblos prerromanos celtibéricos, aunque donde más repercusión ha tenido esta línea de indagación es lógicamente en el entorno de los estudios de la Alta Edad Media peninsular (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís 2002; Ruiz Zapatero 2010; Fernández Götz y Ruiz Zapatero 2011; López Quiroga 2011; Mantel 2017).

Considero que la referencia fundamental a nivel teórico y metodológico, de la que además soy deudor en lo concerniente a la politización de la etnogénesis, es la obra monográfica de Nico Roymans sobre la

formación de la identidad étnica de uno de los pueblos germánicos que habitaban el delta del Rin-Mossa, los bátavos (Roymans 2004). En ella, Roymans lleva a la práctica de manera magistral un enfoque holístico en el que se integra en el mismo lenguaje discursivo áreas comúnmente vinculadas a la Historia Antigua, como la epigrafía y la numismática, con los componentes clásicos del registro arqueológico y un encuadre antropológico conducente a reconfigurar el proceso identitario de los bátavos y su marco político (Roymans 2004). Varios autores -entre los que me incluyo modestamente- como Ruiz Zapatero (2002, 2010 y 2011) y Fernández Götz (2011, 2014), por citar algunos ejemplos en el campo de la arqueología protohistórica, han continuado la estela trazada por el elegante texto de Nico Roymans en sus aproximaciones a la reconstrucción de grupos étnicos. En el estado actual del conocimiento, se reconocen elementos comunes en todas las dinámicas de creación de la identidad étnica, como la existencia de un grupo portador de la tradición; una estrecha interrelación entre el mito y la historia; un origen y pasado (ficticio o real) determinado por el culto a los ancestros; y la aparición de un sentimiento de pertenencia que permite identificarse como miembro de la comunidad (Snow 2002; Gehrke 2009; Roymans 2004, 2009; López Quiroga 2011; Ruiz Zapatero y Fernández Götz 2011). Estos, junto a otros parámetros, serán tenidos en cuenta en el momento de preparar la propuesta para evaluar los elementos indiciarios de la etnogénesis.

La jefatura. El debate para redefinir la teoría de la jefatura se ha desarrollado mayoritariamente en el contexto de las corrientes evolucionistas de la antropología americana (Nocete Calvo 1984; Earle 1991; Yoffee 1993; García Rubert 2015). Esta cuestión será abordada en la subsección 5.8.1. Así que aquí me limitaré a dar una breve pincelada complementaria. En la segunda mitad del siglo XX se produjeron dos revisiones críticas del modelo clásico evolucionista, que consideraba la evolución cultural como una progresión lineal (Yoffee 1993). La primera reformulación vendrá de la mano de los primeros autores neoevolucionistas, Leslie White, Service y Sahlins, cuya aportación más significativa fue sustituir el planteamiento basado en la evolución lineal por un esquema multilineal. Pero sin embargo, nunca se llegaría a producir una ruptura completa con las ideas previas, de modo que se siguió pensando la jefatura como un modelo de sociedad redistributiva (Sahlins 1972; Yoffee 1993; Earle y Johnson 2011; García Rubert 2015). Ello provocó una segunda redefinición del cacicato, que nos conduce al estado actual de la cuestión, en el que la inmensa mayoría de autores consultados sostienen que la jefatura es una forma de organización sociopolítica (Earle 1991; Kristiansen 1991; Yoffee 1993; Carneiro 2003; Earle y Johnson 2011; Bondarenko 2014; Martínez Peñas 2018; Paniego Díaz 2018). Este es uno de mis postulados de partida en el capítulo cinco, donde se hace frente al surgimiento de sociedades de jefatura en la estructura del Ibérico Antiguo.

Paisaje y estructura territorial. En el momento presente los estudios de paisajes pre y protohistóricos se han consolidado como una de las ramas de la arqueología con mayor proyección de futuro por su potencial para estudiar la dimensión espacial de los grupos sociales. Es más, se podría aseverar por el volumen de publicaciones que estos estudios han experimentado un gran desarrollo en décadas recientes (Parcero 2002; Criado Boado 1993, 1999; García Sanjuán 2005; Fábrega y Parcero 2019; Zamora Merchán 2006, 2013). Los focos de investigación más activos -principalmente, aunque no son los únicos- son el grupo ATLAS de la Universidad de Sevilla, dirigido por García Sanjuán; en Santiago de Compostela el núcleo del Incipit (CSIC), liderado por Felipe Criado y Parcero Oubiña; y el grupo de investigación Arqueología y Patrimonio Histórico (INAPH) de la Universidad de Alicante, al que está adscrito Ignasi Grau. En la línea de análisis del territorio son de obligada mención el Instituto de Arqueología Ibérica de

Jaén, que conducido inicialmente por Arturo Ruiz ha centrado su atención en las estructuras territoriales y la materialidad religiosa en la Campiña de Jaén (Ruiz Rodríguez 2000, 2002, 2018; Bellón Ruiz et al., 2008, 2013). En la zona catalana destaca por su labor investigadora el Grup de recerca sobre l'arqueologia de la complexitat i els processos d'evolució social de la Universitat de Barcelona (GRACPE), que ha focalizado sus esfuerzos e intereses académicos, bajo la dirección de Joan Sanmartí, en la observación de los niveles de jerarquía territorial que señalan procesos de cambio sociocultural en los pueblos indígenas de la costa catalana (Sanmartí 2009a, 2009b, 2010; Belarte et al. 2020a, 2020b; Asensio et al., 2019).

El panorama científico actual está dominado por investigaciones que abordan las formas de ocupación territorial de los *oppida* y otros asentamientos de menor envergadura y su relación con el paisaje social ibérico. Esto es, predominan las propuestas con una orientación jerárquica y una lectura del registro arqueológico vinculada a procesos de urbanización definidos por patrones de asentamiento piramidales y estructurados alrededor de un lugar central o capital, que desempeña la función de eje vertebrador de la ordenación del paisaje y el ordenamiento político. Para ejemplificar la relevancia de esta línea de trabajo en los estudios ibéricos basta recordar el papel del enclave de Puente Tablas en la Campiña de Jaén o el de Ullastret o Burriac en la Iberia septentrional. Y es además en este marco donde se inscriben las contribuciones más recientes para comprender la realidad compleja de la dinámica sociopolítica y territorial-paisajística de la región de estudio (Codina et al., 2019c; Asensio et al., 2019; Belarte et al., 2020a, 2020b).

En cuanto a la tendencia más innovadora en Arqueología del Paisaje, está siendo desarrollada por Ignasi Grau para analizar los paisajes ibéricos de la Contestania. Su línea de pensamiento y trabajo, con los que ha logrado resultados muy prometedores, se fundamentan en plantear cómo se organizan las formas de espacialidad de la sociedad para transformar el entorno del hábitat y las relaciones espaciales que se expresan en el paisaje, para proponer a través del uso social del espacio elementos de articulación de los modos de vida y el discurso ideológico. Es decir, ha puesto el acento en el análisis espacial de las comunidades ibéricas. Para ello, ha utilizado un gran número de técnicas geoespaciales aplicadas a la arqueología (Grau 2002; 2004, 2006, 2007, 2012; 2019a, 2019b). Cabría por último señalar en el mismo ámbito geográfico la excelente y larga trayectoria investigadora del equipo de la Universitat de València (Consuelo Mata, David Quixal, Andrea Moreno), que desde hace años desarrollan proyectos de investigación para evaluar en toda su dimensión la estructura territorial del poblado ibérico de Kelin.

Modelos de sociedad teóricos. A partir de la década de los años ochenta del siglo pasado se produce una gran renovación en la disciplina arqueológica, incentivada por las nuevas tendencias y perspectivas epistemológicas. Este punto de inflexión se vio pronto reflejado en el área de la Cultura Ibérica en las reflexiones teóricas en torno al modelo de sociedad. En este novedoso paisaje interpretativo destacan por su interesante y atractivo planteamiento antropológico los trabajos de Arturo Ruiz y Joan Sanmartí, conducentes a explicar los procesos de transformación social que tienen lugar en el mundo ibérico. Aunque ambos autores parten de postulados teóricos muy alejados entre sí, coinciden en hacer una lectura jerárquica de la evolución de las formas sociales y en haber desarrollado modelos de sociedad piramidales.

Partiendo desde el materialismo histórico, Arturo Ruiz ha propuesto un modelo de sociedad clientelar. Su línea de trabajo se ha centrado en el surgimiento y consolidación de la figura del príncipe ibero. Para ello ha analizado los cambios en las relaciones de parentesco aldeanas que conducen a la aparición de formas clientelares que sostienen la estructura de poder de la realeza ibérica. Un aspecto esencial para validar las construcciones teóricas es poder corroborar el modelo en distintos niveles y contextos

arqueológicos. En ese sentido, los datos de la Campiña de Jaén le han permitido elaborar un enfoque holístico para abordar el proceso a varias escalas de análisis. A este respecto, toda la evidencia parece apuntar a que la misma estratificación de rango clientelar se manifiesta por igual en el territorio político, la necrópolis de Baza y los santuarios territoriales, y la estructura urbana del *oppidum* de Puente Tablas.

Por su parte, el modelo de cambio sociocultural de Joan Sanmartí se nutre de las aportaciones teóricas del materialismo cultural y las corrientes de la escuela neoevolucionista. Este investigador le otorga un gran peso a la estructura demográfica y a las bases materiales y tecnológicas de la sociedad. El escenario central subyacente en su discurso arqueológico apunta como hipótesis principal al crecimiento de la población y la intensificación económica, factores que a su vez desencadenarían una serie de acontecimientos que pondrían en marcha los procesos de cambio social. Su trabajo hace especial hincapié en los diferentes grados jerárquicos presentes en la articulación territorial para explicar la configuración de sociedades estatales en los pueblos indígenas de la costa catalana. Según la expresión de su última formulación, las formas de organización política de estas sociedades sería la ciudad-estado.

Cabe indicar, por último, un modelo que cada vez se abre paso con más fuerza en nuestra especialidad, el heterárquico, que fue expuesto e introducido por primera vez en los estudios arqueológicos por Carol Crumley como alternativa a los sistemas de complejidad social jerárquicos basados en la existencia de un lugar central (Crumley 1979, 1995). En ellos se ha puesto el foco en la creación de marcos dialécticos donde confrontar elementos jerárquicos con otros de índole más heterárquica. Por lo tanto no deben ser considerados términos antagónicos. Con estos modelos se busca reclasificar los documentos materiales de manera distinta para identificar estructuras organizativas en red, en las que se desarrollan procesos históricos a escalas diferentes y en las que la toma de decisiones se produce en diversos niveles de organización, muchas veces alejados de los criterios clásicos de la centralización jerárquica (Crumley 1979, 1995; Duque Espino et al., 2010, 2015; Grau 2019a, 2019b).

Instituciones y revistas científicas. En primer término cabe destacar la sólida base de divulgación científica que existe en Cataluña y el esfuerzo que se realiza para hacer accesible y transmitir el conocimiento a la sociedad. A esta tarea ha contribuido indiscutiblemente RACO (Revistas Catalanas con Acceso Abierto), un repositorio en acceso abierto y formato electrónico que permite consultar artículos de revistas científicas catalanas o de aquellas relacionadas con el ámbito cultural catalán, cuya finalidad es por tanto difundir la generación de información académica y cultural. Es una base de datos esencial para buscar historiografía online.

Ya he mencionado en páginas anteriores la densa producción académica de las diferentes sedes del MAC en la provincia de Girona, materializada en la publicación de varias series monográficas y congresos que se ocupan de las investigaciones llevadas a cabo en los yacimientos bajo su circunscripción. A esta intensa actividad divulgadora se debe añadir la edición de dos revistas, *Empúries* y *Cypsela*, en las que se difunden contenidos relacionados con la Protohistoria y la Cultura Ibérica.

Como es lógico suponer, las universidades constituyen otro foco de divulgación científica. La sección de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona edita de forma semestral la revista *Pyrenae*, en la que se recogen los principales debates y resultados en el marco del Mediterráneo occidental. Además, cuenta con la serie miscelánea *Arqueo Mediterrània*, vinculada al área de arqueología de dicha institución. En ella se divulgan trabajos monográficos, actas de congresos internacionales o tesis doctorales. Por otra parte, la Universidad de Lleida publica de manera anual la *Revista d'Arqueologia de Ponent*, ligada al Departamento de Arqueología, Prehistoria e Historia Antigua. Esta plataforma divulgativa ha alcanzado

gran difusión en el universo académico y la esfera de los estudios arqueológicos.

Otras tres instituciones merecen atención. En primer lugar, el Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, organismo que organiza ciclos de conferencias y otras actividades de interés. Pero además, tiene un servicio de publicaciones encargado de editar la revista *Tribuna d'Arqueologia*. En segundo lugar, el Institut d'Estudis Catalans, cuya sección de Historia y Arqueología edita anualmente la revista *Catalan Historical Review*, en catalán e inglés, especializada en dar a conocer a nivel internacional temas de la historia catalana, pero en la que es fácil encontrar trabajos de arqueología. En tercer lugar, en el ámbito comarcal el Institut d'Estudis Gironins se ha convertido en una referencia imprescindible, puesto que gestiona la edición de la revista *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, enfocada principalmente a la divulgación de las novedades científicas de las comarcas gerundenses, aunque también abarca temáticas interconectadas con el contexto regional.

2.3. Justificación del trabajo y perspectivas de futuro

Una cuestión fundamental e inherente a cualquier estado de la cuestión es la identificación de líneas de trabajo que permanezcan inexploradas por la historiografía, para buscar objetivos, quizá en torno a temas conocidos y de actualidad, pero desde una perspectiva diferente que fomente el desarrollo del conocimiento y provoque la reflexión acerca de la realidad estudiada. Por lo demás, el análisis historiográfico hace posible la delimitación del objeto de estudio y reconocer problemáticas y preguntas que siguen sin resolver o plantear. Cabe por otro lado señalar que permite establecer el estado de los avances y los grandes vacíos en la investigación referentes al objetivo(s) y el objeto de estudio, para de este modo tratar de contribuir con creatividad y asegurar al mismo tiempo la originalidad de nuestra propuesta investigativa.

Para empezar, vaya por delante mi reconocimiento a los estudios previos y a todas las aportaciones que han mejorado el estado del conocimiento. Este caso de estudio no se hubiera podido materializar sin su valiosa contribución, tanto en lo relativo a los datos publicados como en lo referente a sus planteamientos e ideas, que siempre sirvieron de estímulo para incentivar la labor investigadora del que suscribe. Pero ello no es obstáculo para indicar que existen, según se deriva de la revisión crítica de la historiografía, lagunas de hondo calado en el tema particular de la organización sociopolítica de los indigetes. No me refiero con esto a que en el pasado se hayan hecho lecturas erróneas del registro material. Sin embargo, lo que sí me parece criticable es que la mayoría de iniciativas arqueológicas se centren en el contexto local de un yacimiento y por consiguiente pierdan de vista las posibilidades que ofrece el análisis de la totalidad; es decir, no se ha tratado el conjunto de la unidad social, la vinculación política inter-asentamientos o las relaciones espaciales entre los diversos *oppida* que conforman el paisaje político de la Indigecia. En resumen, aún no contamos en el campo de los estudios realizados hasta la fecha con ninguno dedicado íntegramente a la historia de la formación social de los indigetes. El presente trabajo pretende llenar el vacío existente en este área, proponiendo un proyecto que enfrente el proceso histórico de la formación y desarrollo de la sociedad y la organización social de este pueblo indígena. El otro ámbito investigador que aspira a cubrir esta tesis, relacionado con el objetivo secundario, es el de la etnogénesis y la creación de la identidad étnica, que como he mencionado anteriormente, constituyen un terreno sin explotar por el conjunto de publicaciones dedicadas a la arqueología del mundo ibérico en las tierras ampurdanesas durante la Edad del Hierro.

La definición de los objetivos conduce directamente a los criterios de selección del objeto de estudio,

el paisaje. Es cierto que se han analizado los diferentes paisajes que forman la Indigecia de manera individualizada. Ahora bien, hasta el momento no se ha elaborado una síntesis que considere el paisaje social en su conjunto como una unidad simbólica (capítulo 5) y política (capítulo 6). Y lo que a mi parecer es posiblemente más relevante y significativo, hasta el día de hoy no se han implementado estrategias para examinar el paisaje de la región de estudio por medio de técnicas y métodos geoespaciales; ni se ha formulado una metodología desde el punto de vista de la Arqueología del Paisaje y basada en el análisis espacial para debatir cómo se organiza la espacialidad social conjuntamente con la estructuración paisajística según patrones de territorialidad de los *oppida*. Este es el tercer gran vacío historiográfico que este trabajo viene a colmar, para lo que he creado un método de análisis espacial de carácter teórico-metodológico que explicaré en el siguiente capítulo (metodología).

El último aspecto en el orden de la argumentación es establecer de forma somera hacia dónde dirigir el progreso científico. Para potenciar la innovación me parece oportuno sugerir posibles objetivos en áreas estratégicas como las estructuras sociales y de parentesco. Demasiado a menudo, las observaciones están limitadas por la carencia de enfoques holísticos con una orientación antropológica que integren en el análisis las relaciones de parentesco, para tratar cuestiones esenciales como su papel en la configuración social de las relaciones de poder y la articulación del sistema ideológico. Por ello, creo que se deben incorporar a las próximas estrategias de investigación más estudios sobre la estructura social y la etnogénesis, puesto que estos aportan un marco teórico idóneo para encarar con éxito este tipo de dinámicas en las sociedades protohistóricas. Otra posible línea de acción para el futuro es la investigación de las estructuras campesinas. De momento los datos en la Indigecia son insuficientes para realizar esta clase de aproximaciones, pero es factible que en el futuro cercano tanto la documentación como las líneas de evolución del pensamiento permitan un acercamiento a un tema tan actual, sugestivo e interesante. De hecho, es un planteamiento que viene desarrollando Ignasi Grau en el área de la Contestania con muy buenos resultados. En último lugar pero no menos importante, me parece muy necesario, si las instituciones públicas se involucran y financian los proyectos, seguir haciendo prospecciones del territorio para poder analizar en profundidad el paisaje y la territorialidad política con la ayuda de herramientas espaciales. Estoy seguro de que con ello lograríamos una visión más completa de las complejas dinámicas de cambio sociocultural que refleja la materialidad del paisaje político.

Capítulo 3

La base metodológica de la investigación

3.1. objetivos y planteamientos

3.1.1. Objetivo central y objetivo subyacente

El primer paso a la hora de emprender un estudio exhaustivo sobre una realidad determinada es reflexionar sobre el alcance, la meta y la finalidad del programa de investigación conducente a este fin. Para lo cual es necesario formular una pregunta esencial. A saber ¿qué se aspira a lograr y cómo se pretende contribuir al conocimiento de un tema concreto? Para responder a esta pregunta es fundamental definir el objetivo general de la tesis, con el que se dota al trabajo de una estructura coherente y, además, se proporciona la orientación sobre cómo plantear la metodología y el enfoque de los temas de debate. Por lo tanto, puede ser considerado la columna vertebral que dibuja el diseño de todo el proceso investigativo. Como se ha visto en la deconstrucción del título llevada a cabo en el primer capítulo, ya se ha expresado con meridiana claridad la cuestión central de este caso de estudio: **estudiar la formación y desarrollo de la organización sociopolítica**. Aquí en este punto, antes de continuar con el desarrollo de la línea discursiva, se antoja pertinente explicitar cómo será esto puesto en práctica en la escala metodológica. La amplia conceptualización de la formación social como la totalidad de formas estructurales que han ido configurando el modelo de sociedad, conlleva implícitamente que el **objetivo de estudio es antropológico**.

Por lo tanto, el lector se habrá percatado a raíz de lo antedicho que no está frente a una propuesta de corte descriptivo, con un enfoque dirigido a recabar toda la evidencia material para realizar una revisión crítica y sistemática de la documentación arqueológica. Por el contrario, más bien se encontrará que partiendo de una síntesis en la que se explora la organización social de los indigetes a través de los elementos estructurales que integran el extenso registro empírico, se tratará de explicar los procesos de reproducción social (**objetivo subyacente**) y de transformación política que se evidencia en las expresiones materiales y espaciales de la sociedad ibérica en la región de estudio. Es por ello que numerosos desarrollos en este trabajo se centran en aspectos como la mutación de la estructura social hacia formas jerárquicas, las dinámicas de normalización de la estratificación de rango, el ordenamiento político, el papel de la agregación social en la etnogénesis o los niveles de integración sociopolítica mediante planteamientos antropológicos que dibujan la articulación del discurso arqueológico.

Una vez establecido el marco para la discusión, comienza una fase lógica dominada por el surgimiento de interrogantes relacionados con la ejecución y la viabilidad del proyecto ¿se trata de un objetivo realista?

Es más, a efectos de su análisis y abordaje ¿es realizable? y la que quizá sea la problemática más acuciante ¿permite el cuerpo de la evidencia afrontar el objetivo?

En las últimas décadas los estudios sobre la Cultura Ibérica han alcanzado un gran grado de solidez, como se ha podido observar en el estado del arte, con lo que es posible hacer lecturas en el territorio y el paisaje en lo que respecta a la configuración de la formación social y su evolución en la línea del tiempo (Grau-Mira, 2002, 21). Las numerosas actuaciones de campo en el ámbito espacio-temporal objeto de estudio han sacado a la luz un volumen considerable de información. La realidad histórico-arqueológica que denominamos *populi indigetæ* ha sido muy estudiada en relación con otros pueblos indígenas de la zona catalana. De facto, Ullastret es uno de los yacimientos mejor conocidos y excavados, habiendo proporcionado una enorme cantidad de datos y publicaciones científicas, con lo cual ha sido relativamente fácil seleccionar aspectos específicos para su análisis, como la organización sociopolítica. A ello hay que añadir las aportaciones teóricas y las contribuciones más recientes de autores como Roymans (2002, 2009), Arturo Ruiz (2002, 2018), Sanmartí (2009a, 2010, 2015) o Ignasi Grau (2019a, 2019b), junto a los trabajos de síntesis sobre los iberos (por ejemplo Quesada 2017), que han facilitado la comprensión de muchos de los fenómenos sociales asociados a la observación del objetivo principal.

En cualquier caso, he de reconocer, desde la humildad, que la aproximación holística resulta en muchas ocasiones inalcanzable por la propia dimensión, la naturaleza y el nivel de generalidad del objetivo central (Parceró, 2002, 24; Fernández-Götz, 2014, 1). Por lo demás, se ha de tener en cuenta también las limitaciones que impone el hecho de trabajar principalmente con el registro arqueológico, lo cual no deja de ser un condicionante cuando se intentan reconstruir determinados aspectos del pasado (Parceró, 2002, 24). Ahora bien, pese a las restricciones señaladas con anterioridad, es cierto que el análisis de la organización sociopolítica permite poner de manifiesto elementos significativos de índole política, social e ideológica. Por estas razones, aunque resulte prácticamente imposible alcanzar plenamente el objetivo planteado, es una tarea que se debe intentar, puesto que con ello se abren nuevas vías de investigación tanto para el presente como para el futuro (Fernández-Götz, 2014, 1).

3.1.2. Objetivos específicos

Si hacemos memoria (cf. capítulo 1, sección 1.4), recordaremos el papel fundamental de la dialéctica en este trabajo para el planteamiento metodológico de numerosos desarrollos. Su contribución es esencialmente la de actuar como eje articulador en el marco de la reconstrucción del proceso histórico. Su expresión más significativa se materializa por medio del establecimiento de una relación dialéctica permanente entre **objetivos-objeto-sujeto**; pero también se define a través de relaciones dialécticas con un tono más específico entre formas estructurales, cuyo propósito es estudiar el objetivo central y la dinámica evolutiva de la sociedad ibérica en el sentido amplio del concepto.

Pero además, y a la vez, la organización sociopolítica es un elemento histórico muy complejo que abarca todos los aspectos posibles del grupo social. Por ello, para su análisis ha sido necesario tener presente un número considerable de parámetros, como la estructuración del poblamiento, las necrópolis, el poder, la ideología, la economía, las defensas o el urbanismo. Estos, analizados en su conjunto, han permitido una aproximación, quizá fragmentaria en algunos casos, a la realidad sociopolítica de los indigetes y su evolución a través del tiempo. Por tanto, resulta fácil inferir el papel esencial que desempeñan los objetivos específicos en la construcción de este caso de estudio; su función metodológica es la vertebración, mediante una observación minuciosa del registro material y paisajístico, de todos los

procesos históricos que conducen a la configuración de la formación económico-social. Esto es, ayudan a definir y acotar el tema principal, complementando todas las dimensiones potenciales del objetivo.

En este punto me parece pertinente, antes de continuar con la explicación, realizar dos apreciaciones. En primer lugar, no existe un orden jerárquico en la articulación de los objetivos específicos. En consecuencia, todos asumen un rol destacado, en mayor o menor medida dependiendo del contexto de análisis, en la revelación de rasgos arqueológicos que apuntan a la transformación estructural en el complejo sistema societal. En segundo lugar, el énfasis se ha puesto en la organización política y social de los iberos, pero considerada en orden diacrónico, puesto que la investigación cubre el desarrollo de cuatro siglos, repartidos entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro. Lógicamente, como argüiré a su debido tiempo, se observa una línea de continuidad histórica que enlaza las distintas épocas al tratarse de un mismo espacio cultural, pero cada fase se caracteriza por sus propias condiciones materiales y sociales. Por consiguiente, las variables varían en función de la coyuntura y el periodo. A modo de ejemplo, el paisaje funerario es un factor fundamental durante la Primera Edad del Hierro, mientras que en el transcurso del Ibérico Pleno es prácticamente inexistente en la zona de estudio; lo cual en sí mismo, como se verá en su momento (cf. capítulo 5), constituye un indicio de un cambio de gran magnitud y enorme calado social.

Con el objeto de definir los objetivos y las estrategias para alcanzarlos, le he dado prioridad a los fenómenos sociales y los procesos que permiten discernir elementos relevantes de la organización sociopolítica, como la emergente jerarquización, la confrontación dicotómica existente en la dinámica de centralización y descentralización, la oposición dialéctica jerarquía-heterarquía o las luchas de poder y la conflictividad social que tiene lugar en el marco de la etnogénesis. El segundo criterio para seleccionar temas específicos de análisis es de corte historiográfico. Como se ha puesto de relieve en el estado del conocimiento, una de las líneas de investigación más consolidadas actualmente es la del estudio de los paisajes y territorios en el área cultural ibérica (Grau-Mira, 2002, 20). Especialmente importante son los ámbitos del Alto Guadalquivir, la costa catalana y la Contestania (Grau-Mira, 2002, 20). Estos proyectos se han focalizado principalmente en la estructuración del sistema de poblamiento, los patrones de asentamiento, el urbanismo y cuestiones de índole económica, para poder hacer lecturas de la organización sociopolítica y la sociedad que dibuja la ordenación del paisaje social (Grau-Mira, 2002, 21). Con el referente obligado de estas aportaciones, con las que hay numerosos puntos de coincidencia y pequeñas discrepancias en cuanto al discurso interpretativo, he propuesto una serie de objetivos específicos conducentes a facilitar la comprensión de la cuestión de fondo en este caso de estudio. Algunos de estos planteamientos son de tipo transversal, habida cuenta que forman parte del debate en todos los capítulos, mientras que otros se circunscriben a contextos concretos.

1. Análisis exhaustivo de la organización territorial, prestando especial atención a los modelos de ordenación espacial identificados en la Indigecia, la construcción de espacios simbólicos y políticos, además de la creación de límites y fronteras.

2. Estudiar la etnogénesis. Uno de los rasgos fundamentales del objetivo general es que conlleva implícitamente la existencia de un sujeto, el *populi indigetae*, que en este sentido puede ser considerado uno de los elementos centrales -sujeto de estudio- de la organización sociopolítica. Por ello, no solo se antojaba necesario, sino pertinente, incluir la formación del grupo étnico y el método de análisis etnogénético en la discusión sobre la configuración de las estructuras ibéricas.

3. Analizar la ordenación del patrón de asentamiento en el Ibérico Antiguo y Pleno, haciendo especial hincapié en la aparición de los primeros enclaves fortificados, los *oppida*, y la articulación del poblamiento

según pautas de localización espacial relacionadas con distintos elementos del paisaje-territorio.

4. Aproximación al desarrollo de las estructuras urbanas en el área de estudio. Se ha prestado particular interés al auge del urbanismo y la estructuración de los sistemas defensivos, para lo cual se cuenta con la publicación de numerosos trabajos de campo y un extenso *corpus* teórico con excelentes trabajos, algunos de los cuales se han enfocado al estudio de los rasgos urbanos de Ullastret.

5. Conocer, tal y como hemos visto en el estado actual del conocimiento, las diferentes propuestas teórico-sociales sobre el mundo ibérico, según la línea de conformación de sociedades aristocráticas, para a partir de estas formulaciones y el apoyo de la evidencia material construir un discurso sobre la base de un modelo de sociedad jerárquica con atributos urbanos, en consonancia con el objetivo anterior y las principales líneas de investigación sobre la Cultura Ibérica.

6. Examinar el paisaje funerario, especialmente abundante para la Primera Edad del Hierro, pero sin olvidar la necrópolis de Puig de Serra, para abordar cuestiones esenciales para comprender el objetivo central, como la estructura social, el sistema de saber-poder (Foucault 1980), junto a la implantación y naturalización del nuevo paradigma ideológico que parece surgir a la par que se consolida la sociedad ibérica.

7. Investigar a nivel general la estructura económica, la difusión y llegada de nuevos cereales de primavera, como el mijo, los posibles tipos de agricultura y las herramientas agrícolas, tanto en la fase preibérica como en la ibérica, puesto que se observan diferencias importantes entre estos dos periodos. A escala de asentamiento, se ha analizado el área de Captación de Recursos de los principales *oppida* utilizando un software SIG, mediante la creación de mapas de usos del suelo y litológicos, complementando de esta forma el estudio más global de la economía.

8. Enfocar la observación de todas las variables mencionadas con anterioridad de forma diacrónica, considerando en algunos casos el carácter evolutivo de ciertas estructuras socioeconómicas y el poblamiento, con el fin de proponer una secuencia de desarrollo histórico coherente con los temas bajo discusión y la evidencia material.

3.1.3. Objeto de estudio

Habiendo establecido en la sección 1.2 el marco teórico en el que se encuadra este proyecto de investigación, la Arqueología del Paisaje, resulta fácil inferir que el objeto de estudio principal es el paisaje, que a su vez tiene la facultad de ser también un objetivo. Este último, además, es un elemento que por sus características intrínsecas ha ayudado a precisar el espacio geográfico de la Indigecia para crear una región de estudio determinada, donde ha sido posible contextualizar los objetivos y el sujeto de estudio en su dimensión espacial y temporal. Por otra parte, el paisaje es una realidad compleja, pero con el potencial para hacer frente a cuestiones concretas y generales de los objetivos y el sujeto, permitiendo de ese modo la delimitación y definición de los planteamientos que se pretenden abarcar. Cabría, por tanto, aseverar que a lo largo del trabajo se ha establecido un diálogo constante entre objetivos, objeto y sujeto, como resultado del amplio significado que tiene el concepto de organización sociopolítica dentro de la sociedad con la que interactúa, por cuanto engloba a la mayoría de estructuras que forman el sistema sociocultural. En definitiva, ha primado en el esquema metodológico la vinculación del objetivo con el objeto y el sujeto, para con ello profundizar en su conocimiento y comprender las dinámicas y procesos que dibujan la articulación de la formación social y su evolución en el ámbito de la Edad del Hierro.

La elección del objeto paisaje no ha sido aleatoria, sino que más bien responde a una reflexión de

carácter interrogativo sobre la estrategia para alcanzar el objetivo propuesto: ¿qué elementos de trabajo pueden contribuir a lograr las metas marcadas? ¿dónde buscar la evidencia arqueológica que refleja la organización política del grupo social? y ¿cómo reconstruir -parcialmente- la estructuración de la sociedad? Con el propósito de tratar estas cuestiones se hace necesario un objeto de estudio dinámico y con la capacidad de operar a varias escalas como el paisaje (Parcero, 2002, 16), cuya matriz espacial es la expresión de las formas organizativas de la sociedad en su conjunto.

El grupo humano tiende a representar su mundo mediante un "código espacial" que se manifiesta en la construcción social que se lleva a cabo en el medio físico (Criado-Boado, 1999, 10). De modo que las remodelaciones que se realizan en la realidad espacial equivalen a transformaciones en el sistema sociocultural (Criado-Boado, 1999, 10). Por ello, como ha señalado Parcero Oubiña, la aproximación al estudio del paisaje conduce a la observación de la formación social que lo ha creado, estableciéndose una correlación entre la dinamización de ambos (Parcero, 2002, 16). En cierto sentido, la ordenación del paisaje y la articulación sociopolítica comparten un patrón de organización que se da a conocer a través de "regularidades espaciales" en el territorio (Criado-Boado, 1999, 10). De hecho, según Ignasi Grau, este objeto de estudio permite formular modelos teóricos sociales para "...comprender los procesos sociopolíticos que subyacen a la construcción del paisaje" (Grau-Mira, 2004, 63). En resumidas cuentas, la configuración del paisaje es una expresión de las "formas espaciales" de la sociedad, que tiende a trazar en el espacio aspectos relacionados con su trayectoria histórica, su estructura política y el ejercicio del poder, factores con los que se pueden realizar lecturas sociales del registro arqueológico vinculadas con los objetivos de partida (Grau-Mira, 2004, 73; Grau-Mira, 2007, 119 y 124).

Como se podrá observar en los capítulos siguientes, he intentado adaptar los enfoques teóricos sobre el paisaje citados anteriormente a las particularidades de este caso de estudio, como la distribución intencional de los asentamientos y la vertebración territorial de la Indigecia. Partiendo de la premisa de que las modificaciones del entorno físico y de vida indican el surgimiento de una nueva realidad social (Criado-Boado, 1999, 7), se ha analizado la sucesión de paisajes -a la que ya he aludido- desde el punto de vista del cambio sociocultural (Criado-Boado, 1999, 10). En ese sentido, los indicios más representativos parecen ser la emergencia de núcleos fortificados, que se materializa cuando surgen las primeras jefaturas, y el proceso de territorialización que desembocará en la unificación política del espacio social durante el periodo conducente a la formación estatal de Ullastret. De facto, en la arquitectura espacial del paisaje se reconocen las estrategias defensivas de la comunidad y pautas de integración sociopolítica y étnica que han permitido reflexionar sobre diversos fenómenos sociales del mundo indigete, como las motivaciones para desarrollar un modelo de ocupación territorial determinado o las razones para la creciente jerarquización social.

3.2. El planteamiento de la investigación

3.2.1. Estrategia metodológica

El diseño metodológico, como en la mayoría de tesis doctorales, guarda una estrecha vinculación con los objetivos propuestos al comienzo de este capítulo y el objeto de estudio. En realidad, estos tres elementos forman el núcleo del proceso de investigación y por consiguiente están interrelacionados. A este respecto, el método se encuentra subordinado al tema de discusión central, que a su vez depende de los enfoques paisajístico-territoriales para poder hacer una valoración del mismo en detalle. La estrategia

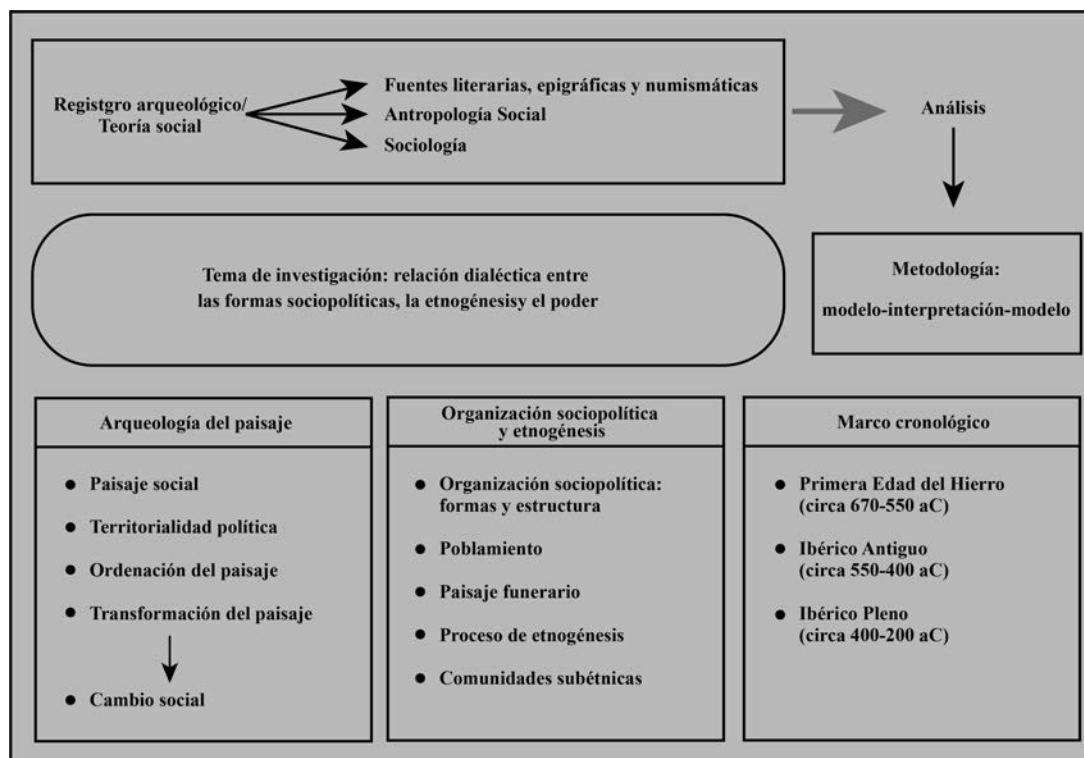


Figura 3.1: Idealización del esquema metodológico

indagatoria elaborada no supone propiamente hablando una novedad en relación con otros estudios sobre el mundo ibérico. Sin embargo, como veremos más adelante, mediante la utilización de los Sistemas de Información Geográfica se ha podido desarrollar una táctica de aproximación para realizar análisis arqueológicos de relevancia para los fines planteados. Para la evaluación del registro material en sentido amplio he formulado una secuencia de trabajo, introducida brevemente en el primer capítulo, sencilla en su confección pero lógica, fundamentada en la sucesión de los siguientes pasos básicos que explicaré a continuación:

modelo de partida ⇒ interpretación de los datos ⇒ nuevo modelo social

Me parece pertinente recalcar que la idea subyacente en esta secuencia metodológica es la integración de los datos en un esquema interpretativo a partir del cual se puedan elaborar nuevos modelos sociales (Parcero, 2002, 23). Con ello no se ha buscado proponer definiciones absolutas, ni verdades inamovibles (Parcero, 2002, 23), sino hacer gala de una hoja de ruta para diseñar cómo progresar secuenciadamente hacia los objetivos. En consecuencia, las propuestas de sociedad para los tres periodos históricos analizados constituyen, a decir verdad, un punto de salida para llevar a cabo otros análisis y continuar reformulando preguntas, más que una finalidad en sí misma (Parcero, 2002, 23 y 25). Por otra parte, he optado por la creación de modelos porque permiten la conformación de un "marco contextual" en el que encuadrar la documentación y preparar el escenario para la fase interpretativa inherente a cualquier proyecto de investigación (Parcero, 2002, 25).

Con este telón de fondo, surge la cuestión esencial de cómo elaborar las síntesis analíticas a las que he hecho referencia. A grandes rasgos, el proceso comienza tomando en consideración tres elementos fundamentales para construir un modelo (Parcero, 2002, 24). El primer factor o componente es explorar en profundidad la base documental existente sobre el objetivo y el objeto de estudio, esto es, conocer al dedillo el registro arqueológico (Parcero, 2002, 24). De tal forma que para abordar la configuración

del paisaje político se requiere disponer de información acerca de la distribución de asentamientos, sus características urbanísticas y defensivas, etc. Pero además, se debe tener muy presente las interpretaciones previas que han hecho diversos autores con respecto a los mismos datos y sus propuestas teóricas, tomadas según ha indicado Parceró Oubiña "de modo crítico" (Parceró, 2002, 24), puesto que representan un cuadro de referencia imprescindible para materializar y concretar las formas del modelo en cuestión. El otro elemento de partida que se ha de tener en cuenta es el contexto. Es necesario incorporar los datos en un campo discursivo bien estructurado para hacerlos comprensivos mediante la articulación de su contexto histórico (Parceró, 2002, 24). Recurriendo a la combinación de estos tres componentes es posible definir el estado del conocimiento y el modelo de partida con el que se va a trabajar para sugerir una nueva síntesis o matizar aspectos específicos de las ya existentes.

Habiéndose establecido los parámetros del punto de partida, el siguiente nivel de análisis en el teatro de operaciones metodológico con miras a formular un modelo viene determinado por la simbiosis entre la formación social (objetivo) y la etnicidad (relacionada con el sujeto de estudio), que a su vez delimita el alcance y rango del objeto general de trabajo (paisaje). Es de sobra conocida cuando se afronta el estudio de entidades sociales prerromanas la distinción entre macrocategorías, por ejemplo germanos e iberos, y microcategorías, que se corresponden con pueblos indígenas estructurados en torno a una organización sociopolítica (Roymans, 2004, 3). Sin embargo, según la impresión de conjunto transmitida por la historiografía, las macrocategorías como germanos y celtas son un constructo ideado por las fuentes grecorromanas para categorizar una realidad que era por entero ajena a las formaciones políticas protohistóricas (Wells, 2001, 7; Roymans, 2004, 2). Tal y como ha criticado de manera acertada Parceró Oubiña, la mayoría de corrientes histórico-culturales ha puesto generalmente el foco de atención en puntos de observación a gran escala, lo que ha motivado que en ocasiones se pase por alto la microhistoria social y las comunidades que la protagonizan (Parceró, 2002, 21). Por todo ello, me ha parecido conveniente desarrollar un enfoque "micro" (grupo social), con el objetivo de obtener lecturas más próximas a las sociedades que conforman la historia de la Edad del Hierro, para lo que además disponemos de una documentación más completa y exhaustiva (en la misma línea Parceró-Oubiña 2002, 22). En todo caso, no quiero expresar aquí que los planteamientos a gran escala no sean válidos para discernir tendencias y abordar procesos históricos concretos, habida cuenta que son métodos complementarios y permiten dar respuesta a distintos tipos de cuestiones (Fernández-Götz, 2014, 7).

Estos antecedentes conducen a un asunto crucial en el momento de pensar los criterios metodológicos para un acercamiento al objetivo principal de la tesis, la problemática de la escala. Según ha señalado Felipe Criado, esta se deberá concretar en la primera fase de la propuesta metodológica con el fin de definir la ruta que se va a emplear para lograr los objetivos marcados (Criado-Boado, 1999, 13). Resulta evidente que siendo el tema central de investigación la organización sociopolítica, la escala de trabajo que más he utilizado sea la regional (macroespacial en la antigua Arqueología Espacial), puesto que con ella he podido analizar la región de estudio en su conjunto para buscar pautas en la ordenación del paisaje y la territorialidad derivadas de la configuración de la formación social (ver siguiente apartado). Más aún, la implementación de la escala supralocal para valorar la evidencia arqueológica hace posible la integración de toda la estructura de poblamiento en una unidad de análisis como el paisaje, con la que es factible realizar comparaciones entre asentamientos y explorar, mediante el uso de herramientas SIG, el papel político desempeñado por cada una de las comunidades locales (subétnicas) que componen el cuerpo social. Este trasfondo justifica que todos los capítulos del bloque de contenidos comiencen, precisamente,

por estudiar las formas y elementos del paisaje y el territorio.

La segunda fase en la creación de un modelo consiste, siguiendo en este punto las propuestas de Felipe Criado, en articular diferentes niveles investigativos para reconocer patrones estructurales en la base de datos (Criado-Boado, 1999, 13). De hecho, para examinar las sociedades protohistóricas se requiere preparar una perspectiva multiescalar que contemple el máximo número de variables relacionadas con el tema central del proyecto, lo que estimula el surgimiento de objetivos secundarios pero importantes (Roymans 1990, 5; Parcero-Oubiña 2002, 28; Fernández-Götz 2014, 8). Con esta orientación multinivel se trata, dentro de lo posible, de corroborar si las formas de ordenamiento espacial observadas en el paisaje y el territorio se reproducen en otros espacios significativos de la comunidad (Parcero, 2002, 28). Para llevar a la práctica este segundo tipo de enfoque se necesita trabajar a escala microespacial o *intrasite*. Por este motivo se ha analizado el proceso de complejidad urbana, identificándose una posible unidad arquitectónica con funciones palaciales en el Puig de Sant Andreu, se ha estudiado la edificación monumental, representada por medio de los templos de Ullastret, los sistemas defensivos de los *oppida*, etc. El análisis *intrasite* ha sido completado con la elaboración del Área de Captación de Recursos agrícolas (usos del suelo) y litológicos de los principales asentamientos. Debería también mencionar, por su pertinencia, que resultaba del todo imposible investigar ambas escalas por igual (Parcero, 2002, 29). Primero por el vasto volumen de trabajo y, segundo, porque el registro urbano es muy limitado, si exceptuamos el yacimiento de Ullastret. Sea como fuere, el nivel microespacial ha aportado claves interesantes para la discusión, por cuanto ha revelado indicios de jerarquización que también se dibujan en las estructuras espaciales.

La tercera fase para trazar el modelo se caracteriza por reflexionar sobre procesos sociohistóricos de largo alcance, que por su envergadura e implicaciones sociales son un referente estructural para construir la historia de la organización sociopolítica. Estos, una vez analizados minuciosamente, son introducidos en la discusión gradualmente según vaya avanzando el discurso. Lógicamente, el trabajo cubre una periodización extensa, con lo cual los procesos y su base material varían de un periodo a otro. En mi opinión, no parece razonable enumerarlos todos, puesto que sería una tarea ingente. Me limitaré a subrayar sucintamente los más relevantes.

En la Primera Edad del Hierro, la abundante documentación relativa al mundo funerario ha permitido conocer las líneas maestras para comprender la reproducción de la estructura social. También ocupa un lugar destacado el análisis económico, definido por la transición hacia el policultivo cerealícola, hecho avalado por el hallazgo de restos carpológicos recuperados en enclaves domésticos, en especial cereales de primavera como el mijo. En el capítulo quinto, cuyo eje cronológico coincide con el Ibérico Antiguo, se ha enfatizado la importancia de la eclosión de sociedades de jefatura y su relación con la dinámica etnogenética, además de poner en valor los dos niveles de integración sociopolítica, la jerarquía y la heterarquía. Los principales elementos estructurales para el periodo del Ibérico Pleno son la formación de estructuras estatales y la aparición de instituciones políticas.

En el último peldaño de esta estrategia metodológica se encuentra la fase interpretativa (Criado-Boado, 1999, 13). En el desarrollo de esta etapa he intentado en todo momento plasmar de manera ecuánime y abierta el resultado de los debates efectuados en las diferentes secciones de la tesis, tratando con el máximo rigor los temas objeto de discusión. Así pues, he procurado mantenerme al margen de los postulados subjetivistas de las corrientes postprocesualistas, tal y como indicaba al comienzo de este documento. La lectura de los datos se ha traducido en un trabajo de síntesis, paso vital para hacer propuestas y sugerir modelos sociales plausibles. Reconociendo, eso sí, que un mismo fenómeno puede

tener numerosas explicaciones. Por ello mismo, los modelos presentados no responden a una interpretación cerrada e inmóvil de los hechos. Al contrario, constituyen una vía de razonamiento para confrontar con los objetivos y otros planteamientos teóricos, por lo que estarán siempre sujetos a revisiones, tantas veces como sea necesario, a fin de matizar o cambiar aquellos aspectos que puedan resultar controvertidos, erróneos o mal enfocados.

El propósito de este planteamiento es la integración de dos escalas de análisis y los procesos sociales más relevantes en un esquema metodológico coherente, con el objetivo de observar y comparar a varios niveles el grado de concordancia de los principales elementos estructurales de la organización sociopolítica y su sistema de codificación espacial y social, para con ello construir modelos de sociedad (Criado-Boado, 1999, 13). Es decir, el método permite buscar patrones estructurales y expresiones espaciales a varias escalas para tratar de explicar las formas y el desarrollo de la organización social que articula la sociedad y el poblamiento.

3.2.2. El método de análisis del paisaje y el territorio: propuestas y herramientas analíticas

El método de trabajo más común para abordar un proyecto de investigación en Arqueología del Paisaje es el análisis espacial, para cuyo desarrollo contamos con un conjunto muy extenso de herramientas analíticas proporcionadas por la tecnología SIG (Criado-Boado, 1999, 18; Grau-Mira, 2002, 21). Una nota inicial: la mayor parte de procesos geoespaciales serán realizados y por tanto convenientemente explicados en el capítulo quinto, puesto que es donde se trata la articulación espacial a nivel territorial y de formación del paisaje con mayor grado de precisión. Se puede aplicar lo mismo a los métodos de estadística espacial, descritos en detalle en el último capítulo. Por esta razón, aquí me limitaré a ofrecer una breve introducción complementaria a los contenidos elaborados más adelante y se darán unas pinceladas sobre cuestiones metodológicas.

La primera dimensión que hay que tener en cuenta en el momento de plantear un estudio arqueológico sobre la organización del espacio a escala regional entronca con aspectos de índole metodológica. El análisis espacial -y me refiero en concreto a la utilización de herramientas SIG- es una disciplina en la que no existe un sistema de trabajo preestablecido ni procedimientos predefinidos para investigar territorios arqueológicos (Grau-Mira, 2002, 24). Los criterios a emplear en cada una de las fases del método a seguir para explorar relaciones espaciales dependen en gran medida de la astucia de cada investigador para alcanzar los propósitos que se ha marcado con los objetivos de investigación (Grau-Mira, 2002, 24). Ahora bien, la mayoría de planteamientos se estructuran alrededor de tres ejes fundamentales, a saber, a) propuesta teórica, b) mecanismos analíticos y, c) proceso de análisis (Criado-Boado, 1999, 17).

Mi propuesta va dirigida esencialmente a desarrollar un enfoque de corte metodológico que permita implementar análisis arqueológicos para identificar en la estructuración espacial rasgos políticos de la formación social, que se manifiestan generalmente en las formas de territorialidad creadas por la sociedad para expresar su modelo social y por ende el de su organización sociopolítica. Para ello propongo formular un acercamiento que conjugue diversos indicadores espaciales para poder hacer comparaciones entre ellos conducentes a dibujar la ordenación territorial en sus diferentes escalas, tanto en la de la comunidad local (*oppidum*) como en la del paisaje simbólico del grupo social en su conjunto, que yo he denominado territorio tribal. Para definir mi proposición teórico-metodológica partiré de las siguientes tres funciones analíticas, llevadas a la práctica a partir del emplazamiento de cada *oppida*: polígonos Thiessen, mapa

Formación extra académica			
Cursos	Fechas	Horas	Organismo
Geoestadística descriptiva e interpolación espacial con QGIS	14/2/2021 – 8/6/2021	75	Asociación Geoinnova
Análisis espacial con R	19/1/2021 – 11/3/2021	125	Asociación Geoinnova
Estadística en Historia y Arqueología con software libre: R y R commander	1/12/2021 – 31/1/2021	75	Universidad de Murcia
Postgrado: aplicación de las Tecnologías de Información Geográfica (TIG) en Arqueología	18/5/2020 – 15/6/2020	150	CSIC
Curso avanzado de Sistemas de Información Geográfica aplicados en la gestión del Patrimonio y Arqueología	30/6/2020 – 19/7/2020	30	Universidad de Burgos
Curso de especialización Sistemas de Información Geográfica aplicados en la gestión del Patrimonio y Arqueología	21/4/2020 – 10/5/2020	30	Universidad de Burgos
LIDAR aplicado a la investigación arqueológica	26/3/2020 – 14/4/2020	30	Universidad de Burgos
QGIS avanzado	4/3/2020 – 7/4/2020	120	MappingGis
Sistemas de Información Geográfica con QGIS	9/1/2020 – 5/2/2020	60	MappingGis

Figura 3.2: Cursos de formación específica en el campo del análisis y la estadística espacial

de distribución de costes y estudios de visualización. La conjugación de estos métodos con el análisis fisiográfico del área de estudio permitirá obtener un modelo teórico de la territorialidad política de la organización social. ¿Es posible plantear la cuestión desde otra perspectiva? Naturalmente que sí. Se puede enfocar el asunto asignando territorios según la regla rango-dimensión, en la que la superficie controlada por cada asentamiento se establece en función de su importancia y sus dimensiones. Pero si he optado por elaborar este procedimiento de trabajo es porque pienso que su contribución en términos de claves de significación y matices permite identificar patrones en la organización y la ocupación del espacio a escala regional. El método diseñado no busca encontrar fórmulas milagrosas para analizar el paisaje, sino más bien construir un marco espacial novedoso para establecer una secuencia que funcionará a modo de línea interpretativa (cadena espacial) para la observación en el territorio-paisaje (objeto de estudio) de la realidad espacial, para reflexionar sobre los fenómenos sociopolíticos que configuran el modelo de sociedad subyacente en el proceso histórico reflejado en las estructuras espaciales.

La segunda propuesta metodológica se desarrollará en el epígrafe dedicado a la formación de estructuras estatales (capítulo sexto). En este caso el método se ha llevado a la práctica mediante el uso de técnicas de estadística espacial, concretamente mediante la utilización del método Monte-Carlo y el del vecino más próximo, complementados con el cálculo de medidas centrográficas para examinar los valores de centralidad de la capa de yacimientos con la que he trabajado. Esta aproximación permite determinar si la disposición de asentamientos en el territorio es o no aleatoria y por tanto abordar el estudio del paisaje a escala macroespacial. Esto es, el objetivo establecido es analizar la distribución de *oppida* en el Ibérico Pleno que sirve de base para el modelo territorial, puesto que en este patrón de organización se dibuja la construcción del paisaje social y la relación del hábitat con la configuración de la organización sociopolítica.

Cambiando el rumbo de la argumentación, operar con un software SIG ofrece múltiples posibilidades para procesar un gran volumen de datos espaciales y permite tratar con variables de distinta naturaleza y a varias escalas para vincular el sistema sociocultural con las formas de su paisaje social (Grau-Mira, 2002, 22). Además, el uso de las aplicaciones SIG, como hemos visto, facilita la realización de análisis espaciales y su representación digitalizada para comprender a través de la creación de mapas temáticos los fenómenos sociales y económicos estudiados (Grau-Mira, 2002, 24). Es decir, se puede cartografiar la realidad geográfica y social por medio de la generación de modelos digitales de gran calidad con los que es posible emprender la investigación de paisajes y territorios arqueológicos (Grau-Mira, 2002,

24). Asimismo, una de las funciones esenciales de los SIG de escritorio es la elaboración de capas con componentes nuevos que actúan como soporte para desarrollar relaciones espaciales a partir de estos elementos (Grau-Mira, 2002, 24). Por otra parte, el análisis espacial proporciona todo un conjunto de métodos analíticos con un gran potencial para identificar patrones a escala regional que permiten abordar el objetivo general desde diversos ángulos de estudio, abriendo de esta forma nuevas vías de investigación para revelar prácticas sociales y plantear nuevos enfoques para explicar pautas de organización en el espacio vinculadas al sistema sociocultural. Resumiendo lo dicho, las herramientas de geoproceso espacial utilizadas tienen por objetivo desvelar los códigos políticos de la formación social que subyacen en la distribución y emplazamiento de los asentamientos.

3.2.3. Trabajo de gabinete

El trabajo de gabinete se ha fundamentado, principalmente, en el examen e indagación de fuentes bibliográficas, complementado como comentaba anteriormente con la utilización de varios paquetes informáticos. La combinación de estos dos métodos me ha permitido incorporar estudios geoestadísticos y espaciales para mejorar las conclusiones y diseñar líneas de investigación más elaboradas y complejas.

El análisis bibliográfico y de otros documentos como fuentes literarias y epigráficas se ha desarrollado en varios escenarios. El primero de ellos es la biblioteca de la Universidad de Barcelona, que cuenta con las series monográficas del MAC, numerosas revistas científicas, diversas colecciones con las fuentes clásicas grecolatinas, un fondo bibliográfico muy extenso y acceso gratuito a múltiples repositorios de artículos y bases de datos. Gracias a ello ha sido posible recopilar todo tipo de trabajos e información acerca de los diferentes objetivos de partida, en especial aquellos asociados con asentamientos de la región de estudio. De manera paralela, he podido igualmente realizar como alumno de la Universidad de Cambridge varias visitas a su biblioteca central y a la de la Facultad de Arqueología (Haddon Library), para consultar fuentes bibliográficas no disponibles en la Universidad de Barcelona o la red de bibliotecas catalanas, sobre todo en lo relativo a cuestiones de identidad y etnogénesis, poder o arqueobotánica. Hemos de recordar que el laboratorio de *archaeobotany* del *McDonald Institute for Archaeological Research* es uno de los departamentos de investigación en su campo punteros a nivel mundial. Sus numerosas publicaciones relacionadas con el papel socioeconómico y político atribuible a la difusión de cereales durante la prehistoria han constituido la base para mi interpretación de la aparición de cereales de primavera en el registro arqueológico del territorio en cuestión. Algunos de los autores consultados, por citar algunos nombres, son mi supervisor en Cambridge, Simon Stoddart, Martin Jones (exdirector, puesto que se acaba de jubilar, del laboratorio de arqueobotánica) y Manuel Fernández Götz.

Una parte esencial del trabajo de gabinete es la búsqueda de recursos abiertos para la investigación disponibles en la web, actividad que ha sido reforzada por la llegada de la pandemia de covid-19 y la consiguiente obligación de trabajar en casa durante meses. Realmente internet es un océano de información, pero sabiendo dónde y cómo indagar en la red se puede usar esta tecnología como medio para obtener datos con muy buenos resultados. Sería prácticamente imposible mencionar todos los buscadores académicos empleados a lo largo del proceso de recopilación de documentación. Me limitaré por ese motivo a apuntar los que más he utilizado. Dos herramientas imprescindibles para encontrar contenidos específicos son la biblioteca en línea de Scielo y el buscador especializado Google Académico. Existen además redes sociales de científicos, integradas por investigadores y estudiantes. A las que más he recurrido, pues constituyen en mi opinión las plataformas más relevantes en el campo de la Arqueología, y a su vez

la descarga de materiales es gratuita, son Academia.edu y ResearchGate, en las que dispongo de perfil público. Estas redes de carácter temático permiten expresar áreas de interés y seguir e interactuar con otros especialistas, con lo que se reciben notificaciones de artículos, conferencias y diversos tipos de divulgaciones, todos ellos vinculados con la esfera de actividad académica de cada investigador. Por otra parte, para llevar a cabo análisis de corte espacial es necesario la descarga de datos GIS y cartográficos, que también se realiza online. Este apartado será desarrollado en el capítulo quinto. De modo que no voy a extender en este asunto.

En última instancia, me gustaría poner en valor los cursos efectuados para implementar mis habilidades en el manejo de los SIG y otras tecnologías afines, como la estadística espacial y el tratamiento de datos LIDAR, conducentes a explorar a nivel arqueológico la ordenación del paisaje en la Edad del Hierro. Sin ellos, no hubiera sido posible encuadrar la tesis en el marco de la Arqueología del Paisaje, ni hacer realidad una metodología sustentada en parte en la elaboración de una estrategia orientada al uso de técnicas de análisis espacial y estadístico para construir modelos de sociedad. Especialmente importante resultó el postgrado organizado por el Incipit-CSIC, en el que tuve la oportunidad de contactar con expertos en el campo de las Tecnologías de Información Geográfica (TIG) como Pastor Fábrega y mi tutor, César Parcero Oubiña. De hecho, la cimentación de mis propuestas teórico-metodológicas se empezó a fraguar a partir de las reuniones mantenidas en zoom con César para preparar y enfocar mi trabajo final de postgrado.

3.2.4. Las fuentes literarias

Como se infiere a partir del propio título de la tesis y lo que llevamos de debate, el registro documental y la base metodológica de este trabajo son eminentemente de naturaleza arqueológica. Aunque ello no es óbice para haber usado ampliamente las fuentes literarias en determinadas secciones para apoyar la observación y lectura de la evidencia material, como por ejemplo en el caso de la evaluación de la etnogénesis (capítulo quinto) o el del abordaje de las relaciones clientelares y el ordenamiento político de los indígetes (capítulo sexto). Como ha señalado Fernández Götz, en un enfoque holístico que pretenda analizar la dinámica sociopolítica de sociedades de la Edad del Hierro, el estudio se debe, y puede, enriquecer no solo con la contribución de las obras clásicas, sino con la aportación de otras fuentes como la epigrafía (Fernández-Götz, 2014, 4). Tomadas, eso sí, de manera crítica y sujetas a una revisión concienzuda y contextual para valorar su grado de credibilidad (Fernández-Götz, 2014, 4).

En el estado actual de los estudios dedicados al mundo ibérico, numerosos autores como Arturo Ruiz (2002, 2018) o Joan Sanmartí (2010, 2015), han hecho referencia con bastante acierto en sus investigaciones a textos de la literatura grecolatina para respaldar la construcción de modelos políticos y étnicos o las relaciones sociales clientelares. No se trata, por tanto, de registros mutuamente excluyentes, sino, al contrario, existe un elemento sólido de complementariedad que en determinadas ocasiones permite trazar líneas de indagación paralelas para confrontar la información proporcionada por la arqueología con aquella que se desprende del análisis literario, para mediante este procedimiento estimular y reforzar la discusión (Alvar-Ezquerro, 2004, 15; Fernández-Götz, 2014, 4). Aún más, pese a que es de todos conocido su enorme carga ideológica, habida cuenta que fueron escritas por los vencedores e iban dirigidas a la élite cultural, no hay motivos aparentes para no considerarlas una fuente de conocimiento válida para estudiar las sociedades indígenas de la Protohistoria, una vez desprovistas de su carácter ficticio (Wells, 2001, 7; Fernández-Götz, 2014, 4).

En líneas generales, lo que se precisa para su utilización y que constituyan un documento histórico

es reevaluar de manera crítica su significado de fondo y lo que podríamos considerar como elementos estructurales, tales como el contexto, las dinámicas del momento histórico en que son redactadas y una aproximación a quién las escribió, para así poder definir el rango de fiabilidad de un testimonio dado. Para ejemplificar esto, Marta Pi ha estudiado las *tabellae defixionum* de la necrópolis Ballesta (Pi-Vázquez 2003). Y ha llegado a la conclusión de que fueron escritas, en vista de las formas de latín empleadas, por un personaje que no pertenecía al círculo cultural de la élite (Pi-Vázquez 2003, 23). El contexto nos está indicando que las menciones en los plomos del etnónimo *indigetae* están exentas del sesgo político habitual, puesto que se trata de una maldición proferida por un particular hacia un individuo concreto, también de origen particular y presumiblemente humilde, lo cual me ha permitido considerar los datos como bastante fiables y hacer una lectura de las tablillas en términos de etnicidad; por cuanto es razonable pensar que cuando se profiere una fórmula mágica de esta clase no se pretende mentir para que el conjuro funcione lo mejor posible. Es decir, tanto el contexto como la condición de quien compone el hechizo son cruciales a la hora de sopesar la veracidad de los contenidos para su posterior interpretación.

3.3. Hipótesis de trabajo y pregunta de investigación

Soy plenamente consciente de que en el momento presente numerosas tesis doctorales se escriben sin plantear una hipótesis de trabajo. A decir verdad, en algunos casos no se llega incluso a elaborar una pregunta de investigación. Sin embargo, habiendo decidido desde un principio redactar este trabajo en formato clásico, debo confesar que he creído apropiado para sus fines y objetivos formular de manera clara y sin ambigüedades una pregunta vinculada a una hipótesis. La finalidad de la pregunta es estructurar en un modelo coherente las diferentes líneas de debate, que encuentran en ella la matriz que orientará el proceso de investigación.

La formulación de la pregunta de investigación es la columna vertebral que articula toda la actividad investigadora del proyecto. Es un elemento crucial para diseñar los objetivos y definir el método para recabar y examinar los datos. Pero además, su contribución es esencial para orientar el análisis de la documentación y el debate de los resultados, puesto que aporta criterios para dibujar la línea de trabajo y el proceso de toma de decisiones. Por ello es especialmente significativa la relación dialéctica que se ha tratado de establecer en todo momento entre la pregunta de investigación y el objetivo central, el objeto de trabajo, el método a utilizar, y el marco teórico de la Arqueología del Paisaje. A la luz de todo lo expuesto en este capítulo, me ha parecido pertinente plantear la siguiente cuestión **¿cuál es el papel del paisaje y el territorio, en tanto que contexto y unidades de análisis, para comprender y analizar las formas de expresión política y los desarrollos de la formación social?** Es decir, lo que estoy intentando evaluar es en qué medida la estructura territorial-paisajística refleja formas de la organización sociopolítica de los indigetes y hasta qué punto permite, como contexto y unidad de análisis, abordar el estudio arqueológico y la discusión de lo que se propone investigar. Lato sensu, el parámetro primordial de la pregunta principal de investigación ha de tener visos de plausibilidad con vistas a que sea abordable y, ante todo, debe de poder enmarcarse en un ámbito de exploración novedoso y que permanezca inexplorado por la historiografía para asegurar su originalidad y no repetir contenidos. Un último requisito, quizá de menor calado pero igualmente trascendental, es contar con herramientas metodológicas para estudiarla. Creo, con modestia, que esta pregunta cumple con estas condiciones.

El proceso de reflexión posterior a la elaboración de la pregunta me condujo a trazar una hipótesis

sencilla en su definición pero con potencial interpretativo, y que además no había sido planteada con anterioridad; a saber, la **simbiosis entre Ampurias y Ullastret**. En efecto, una de las características clave y más remarcables de la Indígecia y el sistema sociocultural de los indígetes es la presencia en el territorio del único *port of trade* de la zona catalana durante la Edad del Hierro, Ampurias. El enclave comercial foceo posiblemente fuese la razón de ser del modelo agrícola indígena y con bastante certeza su puerto de salida, como parece sugerir la concentración de silos en determinados yacimientos. Pero al mismo tiempo, la evidencia hace suponer que era la única vía de comercio con el resto del mundo mediterráneo, la puerta de entrada de bienes de prestigio, y de salida de materias primas con lo que ello significa en términos socioeconómicos y político-ideológicos. No obstante, ni la historiografía especializada, ni desde las distintas sedes del MAC de Girona, se ha valorado en profundidad la posible relación simbiótica entre Ampurias y Ullastret. Esto es, se puede hablar hasta cierto punto de la existencia de un vacío historiográfico en ese sentido, lo cual considero que es una situación un tanto anómala. En todo caso, como explicaré más adelante, en la primera fase de contacto durante el Ibérico Antiguo parece más lógico, según la lectura de los datos espaciales (ver sección 5.5), referirse a la simbiosis entre Ampurias y la unidad étnica en su totalidad, entendida en sentido lato como grupo social. Por lo demás, la hipótesis es cualitativa y correlacional, toda vez que trata de medir el grado de relación de dos variables, Ampurias y Ullastret, e intenta identificar elementos de vinculación en las estructuras arqueológicas. O, dicho con otras palabras, lo importante de la relación que mencionaba en el párrafo anterior es que debe ser evidente y constatable a nivel arqueológico. Por tanto, para que una hipótesis sea buena no es necesaria su demostración, sino contar con indicios suficientes que permitan tanto su contrastación como su refutación a través de medios empíricos y la observación. A este respecto, pienso que la hipótesis se ajusta a los planteamientos citados, teniendo en cuenta que en principio parece plausible trazar su huella en elementos arqueológicos.

El método para afrontar la pregunta y tratar la hipótesis ha seguido caminos divergentes. Para responder a la pregunta he optado por una aproximación anclada en el uso de métodos y técnicas de análisis espacial, los cuales han permitido la observación de la ordenación del paisaje social y establecer patrones de referencia en relación con la territorialidad política. Como resultado de ello, se han creado numerosos mapas de carácter temático que ilustran a nivel cartográfico la principal línea de indagación desarrollada en este caso de estudio; con los que además ha sido posible constatar la existencia de estructuras espaciales para arrojar luz sobre aspectos concretos de la organización sociopolítica que determina el modelo de sociedad de los tres periodos históricos analizados. Sin embargo, para llevar a cabo el acercamiento a la hipótesis he ideado una estrategia diferente. Conforme ha ido avanzando la investigación de la evidencia arqueológica, he hecho referencia a los elementos del registro material que, por sus rasgos, se podían relacionar con la hipótesis de trabajo; de modo que el lector encontrará alusiones constantes distribuidas por todo el marco del texto.

En último lugar, en el epílogo de este trabajo se valorará de forma crítica, junto a las cuestiones de índole metodológica y los resultados obtenidos, la pertinencia de la pregunta de investigación y la hipótesis planteada, proponiéndose futuras líneas de investigación para continuar con el trabajo emprendido, pero enriqueciendo el enfoque con perspectivas que no han podido ser tomadas en consideración por diversos motivos.

Capítulo 4

Aldeas autónomas: la construcción de la comunidad política, la identidad colectiva y el territorio. El contexto preibérico en el Ampurdán

4.1. Introducción

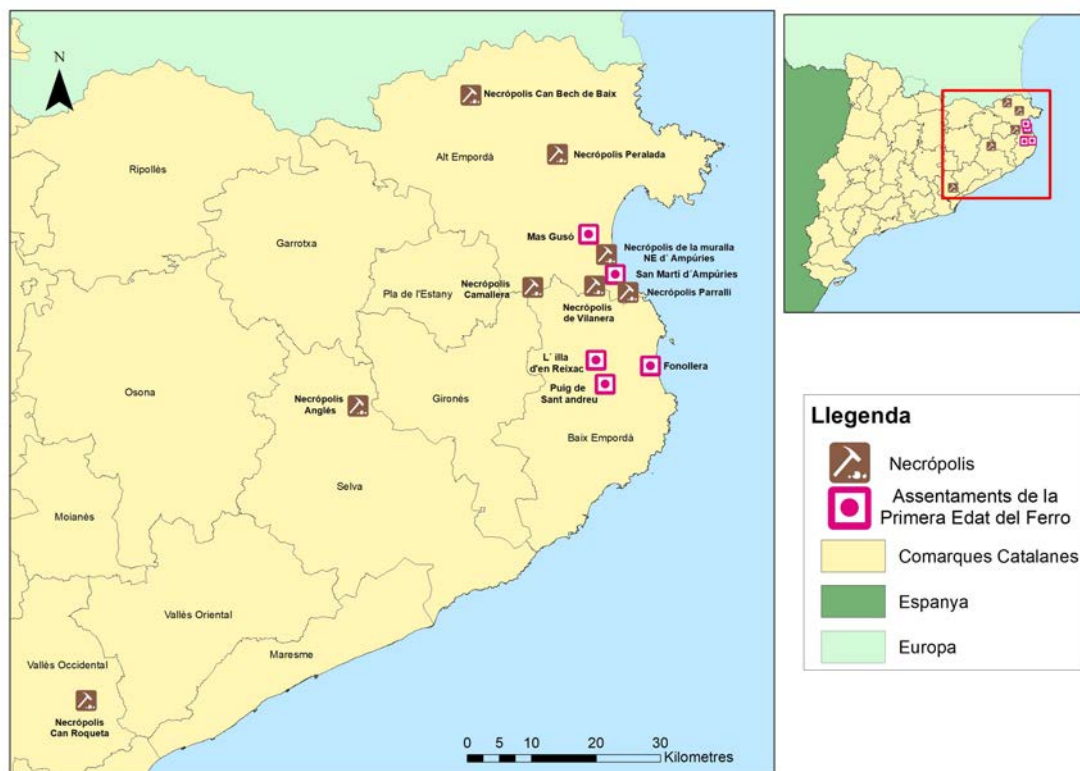


Figura 4.1: Yacimientos citados en este capítulo

Este capítulo contribuye al esquema general de este caso de estudio al abrir nuevas vías de indagación en relación con el sustrato cultural que precede al proceso de iberización, permitiendo articular niveles

de reflexión que posibiliten una visión de conjunto de las dinámicas sociales y nuevas líneas de análisis. Baste citar, a modo de ejemplo, la plausible evolución de las estructuras sociales y económicas durante este periodo y el desarrollo de una incipiente identidad colectiva que, probablemente, comienza ahora a gestarse y concebir mitos fundacionales.

Desde el punto de vista de la antropología evolutiva, el panorama social que parecen dibujar las necrópolis de la Primera Edad del Hierro es el de una sociedad más jerarquizada. En este sentido, cabe tener presente que la lectura social de la composición de los ajuares en depósitos del Bronce Final, ha revelado en contraposición la existencia de una sociedad en la que no se observan diferencias de rango (Ruiz-Zapatero, 1985, 859; López-Cachero, 2007a, 105; López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 46; Rafel, 2017, 384). Debemos advertir que el paisaje funerario de la Primera Edad del Hierro parece indicar un nuevo escenario en el que las relaciones de parentesco, si este análisis es correcto, han dejado de ser igualitarias, reflejo de una nueva estructura social. Quisiera recordar, empero, algunas palabras de Godelier que asumo como más, en las que enfatiza que no son las relaciones de base parental las que se transforman, sino su función política, que adquiere nuevas formas al cambiar las condiciones materiales (Godelier, 1974, 56).

Se observa también el inicio de un episodio económico que va a reestructurar el paisaje y el modelo territorial, el giro al policultivo cerealícola, en un contexto de globalización alimentaria incentivado por la introducción del mijo (Jones et al., 2019, 21). La dinámica económica y sociopolítica afectará a su vez al modelo de hábitat, en el que se aprecia una tendencia a la nucleación poblacional caracterizada por una ordenación del paisaje estructurada en aldeas autónomas. Se concatenan, sin embargo, múltiples niveles de explicación, habida cuenta de que los estímulos mediterráneos ponen en evidencia la complejidad de la estructura económica, el rol social de los bienes de prestigio y los modos de distribución.

Un tema sugestivo en la construcción de comunidades y la articulación de sus relaciones sociales es el del papel desempeñado por la identidad del grupo que, en las sociedades tradicionales, suele ir unida a la noción de un antepasado común y la creación de mitos fundacionales (Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 219; Fernández-Götz, 2014, 63). Se puede sospechar, al menos a grandes rasgos, que, junto a la sustitución de las antiguas estructuras aldeanas del Bronce Final, debió de empezar a gestarse el proceso de formación de la identidad colectiva de estas comunidades (Fernández-Götz, 2014, 13), y una historia mítica de los orígenes que parece encontrar expresión espacial en las necrópolis y soporte ideológico en una estructura social de tipo cónico.

El espacio funerario es el escenario en el que el cuerpo social refuerza las relaciones de poder, que son negociadas en otros ámbitos de la sociedad. La dimensión espacial que adopten dependerá, sin embargo, de cómo el grupo reproduzca dichas relaciones, pues son un reflejo de estas. De aquí el hecho de que en la necrópolis de Vilanera sean representadas a través de un túmulo funerario y, en Can Bech de Baix, se materialicen en la distribución de objetos metálicos en un sector concreto de la necrópolis (Palol y Toledo, 2006, 229; Toledo, 2012, 161). De la reflexión anterior no solo se desprende el modo en el que los agrupamientos aldeanos perciben la práctica mortuoria, sino que también parece tener connotaciones ideológicas, pues pudo haber permitido a la élite dirigente operar en el plano político y así justificar el modelo cultural. El estudio de las necrópolis es, desde esta perspectiva, inseparable de los conceptos de poder e ideología.

4.2. La centralidad del territorio

La centralidad del territorio es un concepto que tiene como eje principal el análisis espacial y que se fundamenta en la relación dialéctica entre el territorio y un determinado grupo humano. Es, por consiguiente, un modelo conceptual e interpretativo en el que la organización del territorio desempeña una función clave para articular y comprender determinados procesos históricos sobre la base de dos elementos esenciales, la productividad por un lado y la acción del grupo social por otro. En sentido lato, se podría calificar como un método de análisis que tiende a subrayar la relación estructural entre factores geográficos, como la ubicación espacial dentro del territorio o las vías de comunicación, y los factores políticos que se deducen de la interpretación económica del territorio.

4.2.1. Territorio y paisaje: algunos apuntes para su estudio

Se hace necesario, antes de continuar, preguntarse qué es el territorio y qué es el paisaje, cuál es su significado y cómo fueron utilizados durante la Primera Edad del Hierro.

El paisaje social es el modelo de ordenación y ocupación del espacio llevado a cabo por una comunidad supralocal (Grau-Mira, 2007, 124). La organización del territorio parece que viene determinada por la agencia de las comunidades que lo ocupan, siendo en ese sentido el ámbito en el que se interrelacionan la cultura del grupo, las relaciones parentales, donde se desarrollan las estrategias económicas, se manifiesta el poder o se rinde culto a los antepasados. Es decir, el territorio es todo. Se puede inferir, a pesar de la limitación impuesta por la falta de datos, que la alianza entre grupos pudo haber cumplido una función primordial en la constitución del territorio. Estos lazos probablemente no debieron solo fundamentarse en la unión conyugal, sino también en el aspecto inmaterial del parentesco, que incluye la ideología, las creencias, la cultura compartida o la lengua. Hemos de suponer, igualmente, que otro de los parámetros que potencialmente influyó en la forma en que la unidad social interactuó y creó el territorio es la defensa del mismo. Este componente, de hecho, quizá sea un indicador de su extensión geográfica, por cuanto generalmente el territorio se corresponde con el espacio que se puede defender. Asimismo, cabría pensar que la defensa incluiría tanto a los hogares como a los medios económicos, el embrionario comercio colonial de poblados como Sant Martí d'Empúries o las vías de comunicación.

Me gustaría llamar la atención sobre la que considero la principal estrategia económica, la cooperación entre familias, que parece producirse para hacer frente al riesgo de malas cosechas o con la intención de mejorar la productividad (Sanmartí, 2004, 13; Sanmartí y Santacana, 2005, 43). La familia ha sido descrita como la unidad de producción elemental (Engels, 1977, 100; Marx, 1979, 97; Fernández-Götz, 2014, 48). Desde el enfoque defendido en líneas anteriores, estas micro unidades de producción, avaladas por el número de necrópolis, pudieron haber conformado lo que en antropología se conoce como familia extensa (cuestión a la que retornaré más adelante), con el fin de aprovechar los recursos más eficientemente (Sahlins, 1972, 101; González et al., 1983, 41). Del mismo modo, se observa un deseo manifiesto por representar el poder y ofrendar a los ancestros mediante la creación de ámbitos separados, las necrópolis, que se constituyen así en puntos de referencia para la comunidad a nivel del imaginario colectivo y en la estructuración del paisaje social. Como se presentará más adelante, esta dinámica se revela en la región de estudio mediante la articulación de un paisaje funerario que comienza a mostrar indicadores de jerarquización en la composición de los ajuares, la distribución espacial de enterramientos y la construcción de sepulcros. El túmulo de Hornos del Peal, situado en la campiña de Jaén, es a este respecto un buen

referente. Por ende parece ser el vehículo de expresión a través del cual el renovado concepto de poder se legitima, denotando la importancia de estos marcadores ideológicos en la gestación de narrativas de poder y la estructuración del territorio (Molinos y Ruiz, 2005, 793).

4.2.2. La centralidad del Ampurdán

Quizá sea aconsejable comenzar por enumerar las ideas de algunos especialistas que, al menos de forma indirecta, hacen referencia a la centralidad del territorio ampurdanés, hecho que justifica en cierta medida su empleo como marco de estudio. Ruíz Zapatero hace hincapié, al estudiar los Campos de Urnas, en el lugar central que parece ocupar el Ampurdán en relación con las vías naturales de comunicación, al estar situado geográficamente entre el paso del Pertús y la Depresión Prelitoral catalana, y señala, al igual que Pons, que el Ampurdán está separado del resto de Cataluña en términos de cultura material mueble (Pons, 1984, 213; Ruiz-Zapatero, 1985, 19). Pons, de hecho, lo sitúa a nivel de bienes materiales más cercano al *midi* francés que al resto de la zona catalana (ibíd.). Sanmartí, por su parte, pone de relieve acertadamente la posición central de la zona catalana, localizada en la confluencia de dos áreas de influencia colonial, idea que lleva implícita el concepto de centralidad, aunque no aluda al Ampurdán específicamente (Sanmartí, 2004, 18). Muy significativa es la alusión a Sant Martí d'Empúries como emplazamiento estratégico con respecto a las vías marítimas, que confirma indirectamente el concepto de centralidad (Castanyer et al., 1999b, 184; Castanyer et al., 2011, 59). Cabe mencionar, en esta línea, que ha sido David Asensio el que más se ha acercado al concepto de centralidad al analizar los materiales fenicios de Sant Martí d'Empúries y poner en evidencia la centralidad geográfica y el valor estratégico del Ampurdán, a los que atribuye la capacidad de ejercer de incentivo en relación a la presencia de materiales de importación y los contactos coloniales (Asensio, 2005, 562).

Adviértase, de igual modo, que las fronteras naturales a menudo delimitan áreas culturales, además de ser puntos con un enorme valor simbólico como lugar de intercambio y comercio (Ruiz-Zapatero, 1985, 1; Stoddart et al., 2012, 162). El Ampurdán, en general, puede ser considerado como un territorio fronterizo demarcado por límites naturales que ha sido siempre proclive, por su carácter de punto de encuentro para las poblaciones de ambos lados del Pirineo, a recibir influjos culturales provenientes de distintas áreas. La presencia ubicua de materiales procedentes o similares a los de regiones limítrofes en las necrópolis de la Primera Edad del Hierro apunta en esta dirección. Cabría preguntarse, a la vista de lo planteado anteriormente, si la naturaleza fronteriza del territorio -en el sentido de Stoddart (2012, 162)-, potenciada por las vías de comunicación, pudo haber incidido en la evolución sociocultural y el desarrollo socioeconómico de las aldeas de la Primera Edad del Hierro y los posteriores *oppida* ibéricos.

4.2.3. Niveles de análisis

En la centralidad del territorio se diferencian varios niveles de análisis que introduzco a continuación y que serán examinados en detalle a lo largo de este caso de estudio, dependiendo del enfoque y la evidencia material con la que se esté tratando en cada momento.

El foco del proceso: la intensificación económica

Cabe hacer notar, aunque tan solo sea como hipótesis, que uno de los ejes centrales sobre los que gravita la centralidad del territorio es su potencial para incentivar la intensificación de la producción,

estimulada por la idoneidad del medio físico para producir bienes de subsistencia y otros recursos. Ello permitiría, por ejemplo, el comercio con los agentes coloniales mediterráneos. Esta aseveración se funda en las características del entorno geográfico, en el que abundan los cursos fluviales, los recursos naturales, el índice pluviométrico es óptimo, hay abundancia de tierras fértiles, un clima propicio para la agricultura, o un buen acceso a la ruta de los metales. Por otra parte, destaca el hecho de que se pueda comerciar con los recursos, como estaría indicando el papel de Sant Martí d'Empúries como punto de encuentro con los comerciantes mediterráneos y la fundación de la posterior colonia focea de Ampurias. De facto, las nuevas formas políticas que se constatan en este periodo histórico, con linajes posiblemente asumiendo funciones que antes eran comunitarias, tal vez fueran impulsadas por el proceso de intensificación de la economía asociado a las formaciones sociales que emergen en este momento.

Merece la pena reseñar la tendencia que se aprecia al aumento demográfico, que según Stoddart marca el tamaño y desarrollo del hábitat y el patrón de asentamiento (Sanmartí, 2004, 13; Sanmartí y Santacana, 2005, 43; Carlús et al., 2007, 141; Stoddart et al., 2012, 169). En este tema he optado, ampliamente hablando, por atribuir el aumento demográfico a las posibilidades que ofrece el territorio, en conjunción con la comunidad que lo habita, para desarrollar nuevas técnicas agrícolas y nuevos cultivos en un contexto de incipiente intensificación de la producción (Rafel, 2017, 408). Esto sería al mismo tiempo causa y efecto de la expansión y concentración demográficas al motivar el incremento de la fuerza de trabajo. Me gustaría terminar este breve análisis destacando que debieron de producirse movimientos migratorios a pequeña escala dentro del territorio (Fernández-Götz, 2014, 106), motivados por los nuevos sistemas agrícolas y el comercio colonial, que cambiarían el patrón disperso del Bronce Final IIIa, conformando núcleos de mayor identidad a finales del S.VII a.C., como la Illa d'en Reixac, el Puig de Sant Andreu o Sant Martí d'Empúries. En suma, es de suponer que la presencia de materiales de importación, tanto ánforas como bienes suntuarios, son posiblemente un buen marcador relacionado con la importancia de la centralidad del territorio a nivel económico, toda vez que es razonable pensar que estos intercambios comerciales no se habrían producido sin un cierto desarrollo de la economía indígena.

Factores geográficos: las vías de comunicación

A pesar de ya haber hecho referencia de varias formas a la ubicación del Ampurdán, esta manifiesta su potencial como elemento estructurador cuando se asocia a las vías de comunicación. Destacan por su importancia geoestratégica los pasos pirenaicos del Pertús, el *coll de les Illes* y el *coll del Portell*, puerta de acceso de pequeñas migraciones transpirenaicas (los denominados Campos de Urnas) que conectan el Ampurdán con el Languedoc-Rosellón (Ruiz-Zapatero, 1985, 78; López-Cachero, 2007a, 100). Es factible plantear que estos caminos naturales facilitarían el establecimiento de una realidad dinámica basada en la interacción de grupos familiares a ambos lados del pirineo, considerando que las similitudes entre el horizonte mailhaciense y las necrópolis del Ampurdán son ampliamente reconocidas por la comunidad científica (Palol y Toledo, 2006, 259; López-Cachero, 2007b, 29; Aquilué et al., 2012, 77; Toledo, 2012, 166; Codina y Montalban, 2012, 154).

En este punto de la discusión quisiera hacer referencia a la importancia de las vías marítimas, que, bien documentadas a lo largo de toda la Edad del Hierro, se erigen en otra de las características constitutivas de la centralidad del territorio. De interés particular son las conectividades con Massalia, el sur de la Galia y el ámbito colonial fenicio a través de las Baleares o el sureste de la Península Ibérica. El panorama descrito nos permite imaginar que estas conectividades fomentaron la movilidad de ideas, creencias y

mercancías. Entre ellas, por aludir a algunos ejemplos, se podría citar la introducción del rito incinerador, ciertos elementos de carácter exótico documentados en las necrópolis de la Primera Edad del Hierro, o la introducción de nuevos cultivos como el mijo, que según los especialistas llega a la península a través de los pirineos (Buxó y Piqué, 2008, 169).

La reproducción social, la comunidad política y la identidad colectiva

Aunque estas cuestiones serán abordadas conforme se desarrolle la línea argumental, quisiera introducir alguno de los criterios que se tomarán en consideración a la hora de hacer una lectura social del registro arqueológico. Para ser más preciso, van a confluír una serie de factores que estimulan una transformación estructural, como el cambio climático, la evolución tecnológica, la aparición de un nuevo metal, el hierro, o el giro al policultivo de cereales. Se crean, en conjunto, las condiciones necesarias para la reproducción social, entendida de forma amplia y multilineal. Esto es, sus condiciones materiales, su forma de expresarlas, sus estructuras socioeconómicas, el sistema de creencias o las relaciones parentales (Godelier, 1974, 53). Ello supuso la sustitución de las estructuras del Bronce Final sobre las que se asentaban los grupos locales, motivando la aparición de una nueva identidad social (Marx, 1979, 113). De hecho, resulta llamativo que es ahora cuando surgen los primeros caudillos guerreros, confirmados en el Ampurdán por el armamento encontrado en Peralada, Camallera, Pla de Gibrella y algunas tumbas de la necrópolis de la Muralla NE de Empúries. Ello sucede en un escenario marcado por un modelo económico que intensifica la producción y motiva la competición entre linajes que exhiben su poder en depósitos mortuorios más ostentosos y fortalezas como la de Vilars de Arbeca (Pons, 1987, 258; López-Cachero, 2007b, 32; Pons, 2012a, 88; Rafel, 2017, 408).

La cuestión en sí es bastante compleja, teniendo en cuenta que el proceso de cambio, plausiblemente, fuese acompañado de un desarrollo simultáneo e interrelacionado de la identidad colectiva y la comunidad política (Gerritsen y Roymans, 2007, 265; Fernández-Götz, 2014, 45), que ahora superan el nivel de los pequeños grupos aislados del Bronce Final. Esto presagia un modelo cultural que encuentra reflejo espacial en un paisaje social en el que por primera vez se atisban establecimientos que se integran económicamente en el territorio como la Illa d'en Reixac y Sant Martí d'Empúries, sobre los que se puede sospechar que formasen parte de la misma comunidad política junto a otros grupos, como el que residiría cerca de Agullana. Aquí se entiende por comunidad política a la unidad social que opera por encima del nivel familiar y el clan en el territorio, creando un sentimiento de identidad compartida (Fernández-Götz, 2014, 45). Esto cohesionaría a los grupos sociales en temas comunes relacionados con la guerra, la protección y defensa del territorio, las cosechas o las celebraciones político-religiosas de índole supralocal que definen las formas de organización sociopolítica basadas en la aldea autónoma (Carneiro, 2002, 47). En este punto merece la pena recordar que Aubet ha suscrito que es durante el Periodo Orientalizante cuando se empiezan a forjar las identidades regionales en un contexto de cambio cultural (Aubet, 2005, 118). Me parece oportuno destacar que el modelo esbozado establece las bases que conducirán en el S.VI a la configuración de la Cultura Ibérica. Un aspecto final que mencionar por su relevancia en la fase posterior radica en el hecho de que la identidad colectiva forma parte del proceso de etnogénesis, que se materializará durante el Ibérico Antiguo. En ese sentido, es concebida como el inicio de la formación de la identidad étnica. A saber, es el primer estadio de la identidad grupal, que influenciada por el papel que adquiere el territorio como elemento para identificar al grupo social, y el peso específico de las relaciones de parentesco, comienza a cohesionar a las comunidades por encima de la escala local.

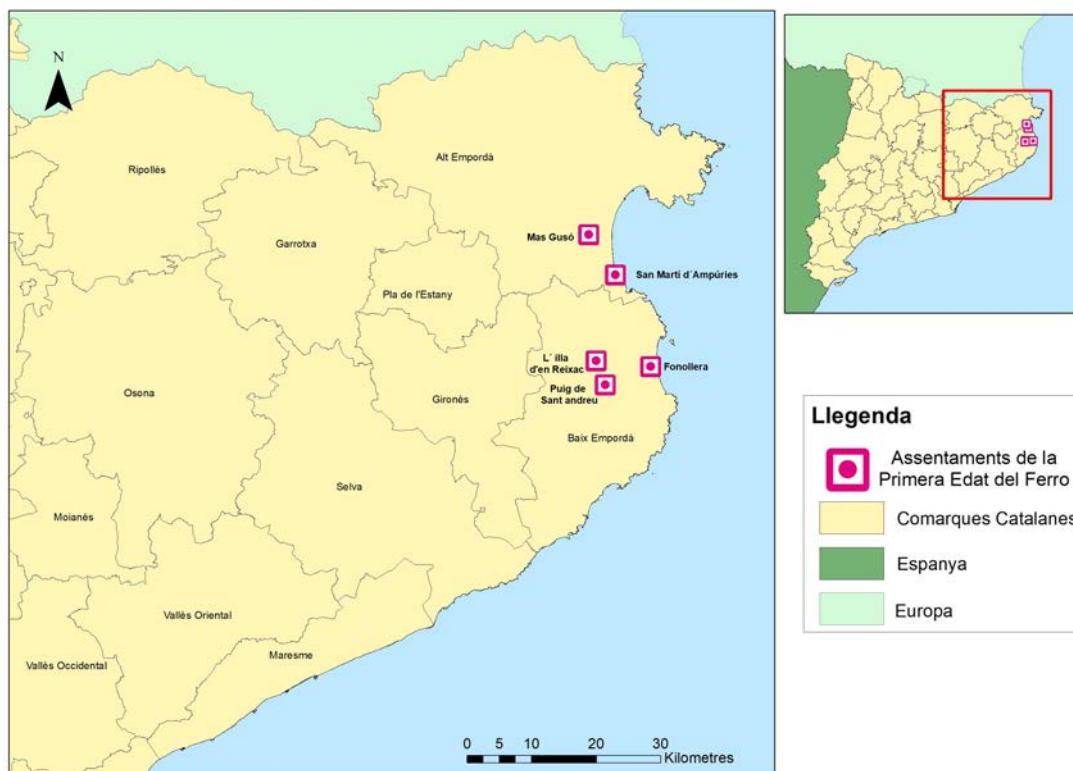


Figura 4.2: Principales asentamientos del territorio

4.3. La estructuración del territorio: el papel del poblamiento en la formación de la comunidad política y la identidad

Durante la primera Edad del Hierro se puede observar por primera vez una transformación política del territorio que dio lugar a la creación de los primeros establecimientos de carácter protourbano. Sea como fuere, se produce un cambio en el patrón de asentamiento, que pasó de un modelo basado en pequeñas aldeas dispersas, del tipo de La Fonollera, a otro en el que la población se concentra en un hábitat más complejo. A tal efecto se requirió de un poder persuasivo que instigara dicha transformación (Stoddart, 2016, 306). Cabría en ese sentido argumentar que el surgimiento de estos centros responde a un desarrollo de las relaciones políticas que discurren en paralelo a la consolidación de las primeras estructuras de poder. A este respecto parece que se erige una comunidad política en los términos ya establecidos, germen de la subsiguiente jefatura. La lectura de la evidencia arquitectónica disponible sugiere que la remodelación del hábitat no estuvo exenta de episodios de resistencia al cambio social, legible en la sucesiva alternancia de cabañas circulares y habitáculos rectangulares en las fases IIa y IIb de Sant Martí d'Empúries y Serra de Daró (Martín, 1998, 57; Castanyer et al., 1999b, 147 y 148).

El horizonte colonial que empieza a dibujarse a partir del siglo VII es probable que le confiriese al nuevo patrón habitativo una dimensión supralocal de la que no gozaba antes, articulada por la identidad colectiva, porque es presumible que el comercio incentivara las conectividades entre comunidades. Si esto es aceptado, sería verosímil pensar que se operase en la comunidad indígena un vuelco en el modelo de relaciones sociales, estructuradas en varios niveles e influenciadas por la llegada de mercancías exóticas.

4.3.1. La transformación política del territorio

En la fase de transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro parece advertirse una transformación del paisaje propiciada por un cambio en el patrón de asentamiento, hasta ese momento caracterizado por una baja densidad demográfica y grupos familiares con un comportamiento económico autosuficiente (Francés, 2000, 37; Sanmartí, 2004, 12; Sanmartí y Santacana, 2005, 39; López-Cachero, 2007b, 30). Se aprecia una tendencia hacia la territorialización y un giro hacia formas de vida más estables y sedentarias (Esteba y Pons, 1999, 89; Francés, 2000, 35; Pons, 2012a, 81; Rafel, 2017, 351).

Un caso paradigmático lo constituye la agrupación de cabañas de La Fonollera, que ha sido definida como aldea (Ruiz-Zapatero, 1985, 58; Francés y Pons, 1998, 37; Esteba y Pons, 1999, 94; López-Cachero, 2007a, 101; López-Cachero, 2007b, 30). Otro prototipo de aldea lo encontramos en el estadio más antiguo de Sant Martí d'Empúries, la fase I, en la que no se documentaron estructuras de habitación, aunque los materiales hallados son paralelizables a los de La Fonollera, con quien comparte horizonte cultural (Esteba y Pons, 1999, 89; Aquilué et al., 2000, 22; Castanyer et al., 2011, 58; Pons, 2012a, 83). En ambos casos estaríamos ante yacimientos al aire libre, bien adaptados al paisaje y las zonas pantanosas características del NE catalán (Rovira y Sanmartí, 1983, 95; Francés y Pons, 1998, 33). La Fonollera se ubica en una posición dominante entre la costa y un estanque, orientada lateralmente al mar y de cara al llano. Las excavaciones establecieron dos sectores organizados de forma diferente, el A y el B (Francés y Pons, 1998, 37). Se hallaron una serie de ámbitos construidos con materiales perecederos, tallados en la roca, e identificados por las trincheras y huecos excavados en el subsuelo (Rovira y Sanmartí, 1983, 97; Esteba y Pons, 1999, 94). En el sector A se encuentran los habitáculos familiares, situados muy cerca los unos de los otros y de reducidas dimensiones. Las cabañas están formadas por una cámara ovalada o pseudorectangular, con un hogar sencillo. Este puede estar situado cerca de la puerta, como en los habitáculos 8 y 9, en el interior, como en la casa 5, o apoyado en una pared, como en la cabaña 6, que muestra un cierto grado de complejidad, apreciable en la tendencia a la compartimentación del espacio, con áreas de habitación, trabajo y cocina (Rovira y Sanmartí, 1983, 97; Francés y Pons, 1998, 37; Pons, 2012a, 82). El sector B, situado a muy poca distancia del A, destaca sobre todo por la presencia de una estructura de considerable envergadura y forma rectangular, dividida en dos estancias por una puerta, cerca de la cual fue encontrado un hogar. Uno de los departamentos del edificio estaba subdividido en varias áreas cubiertas, en las que se documentaron huellas de postes de sostenimiento y hogares para iluminar los ámbitos. El otro sector estaba a cielo raso y delimitado por un muro que separaba dos zonas. Esta construcción ha sido interpretada como un espacio con funcionalidad comunal (Francés y Pons, 1998, 38; Pons, 2012a, 82).

Deseo llamar la atención, de modo complementario a lo aportado por Pons, sobre una idea ya planteada por Fernández Götz en relación a la significación del espacio público como lugar de reunión de la comunidad local, que normalmente es un espacio con carácter sagrado y separado espacialmente de la zona de habitación (Fernández-Götz, 2014, 167). La ubicación en la aldea, tamaño y sobre todo la forma rectangular del edificio singular de La Fonollera, inducen a pensar que hay una intención manifiesta por enfatizar, desde el principio, su funcionalidad con respecto al resto del poblado. Sin embargo, al mismo tiempo denota la importancia social del edificio en un momento en el que aún no se han generalizado las formas rectangulares en la edificación indígena. Por ello, sin descartar otras plausibles interpretaciones, es posible que se trate de una edificación con carácter político-religioso. En ella se celebrarían posiblemente asambleas comunitarias relacionadas con los asuntos del grupo o clan, tales como la estrategia económica,

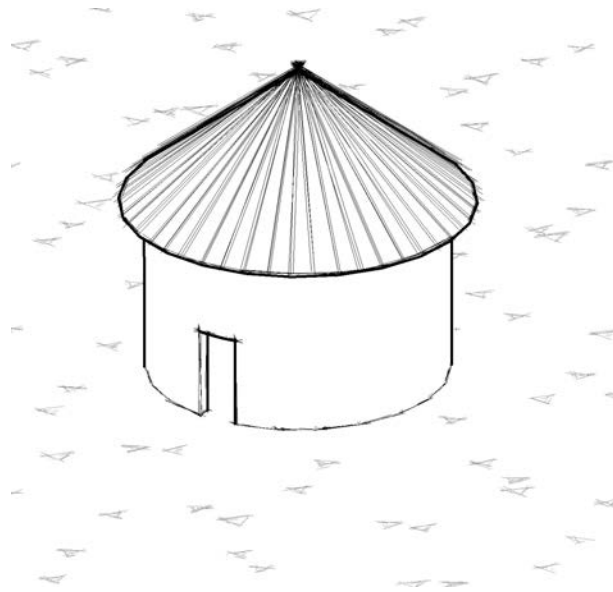


Figura 4.3: Idealización de cabaña circular de La Fonollera. Ilustración realizada por el autor

las tareas agrícolas o cuestiones como el mantenimiento de caminos o la seguridad colectiva de la aldea (Fernández-Götz, 2014, 167). No debe excluirse, sin embargo, la posibilidad de que se oficiasen ceremonias religiosas, por ejemplo, para propiciar una buena cosecha, a la vez que simultáneamente se fomentaba la identidad social del grupo (Carneiro, 2002, 47).

El uso social del espacio detallado en las líneas anteriores va a sufrir una profunda alteración cuando un modelo distinto de aldea se imponga en el territorio, con lo cual se explicaría el patrón de asentamiento que surge y la ruptura con la pauta preexistente. Este nuevo patrón de aglomeración, como ya ha sido sugerido por algún erudito, quizá se debiese a una decisión de la comunidad política sobre cómo configurar el paisaje social (Müller, 2016, 112). Pero también es posible reconocer a modo de hipótesis otros factores para explicar este cambio, como la intensificación en el incremento demográfico y la dinámica hacia formulas de producción más intensivas, lo cual motiva a su vez la adaptación del sistema de poblamiento a las nuevas formas de relación económica con el territorio. Cabría asimismo señalar, la necesidad de establecer núcleos de habitación permanentes para desarrollar relaciones comerciales coloniales. Esta propuesta es consistente con un presumible proceso de toma de conciencia identitaria, marco en el que teóricamente es factible que se asumieran este tipo de decisiones colectivas, que exceden la esfera de la acción individual o parental y coloca la negociación en el terreno del poder y las relaciones políticas. Aunque la documentación disponible no permite precisar demasiado en lo referente a la motivación para la transformación del paisaje político.

La remodelación del paisaje se va a materializar, de este modo, en un hábitat que se diferencia sustancialmente del de la etapa precedente en las formas de actividad económica y comercial, la densidad demográfica y por un presumible desarrollo de las estructuras de poder, en las que empieza a distinguirse una élite guerrera y, como explicaré en otro apartado, unas relaciones sociales más complejas y jerarquizadas.

4.3.2. Una cuestión a debate: el rol del aumento demográfico y las migraciones en la evolución del poblamiento

Como citaba más arriba, en el aumento demográfico reside una de las claves interpretativas más significativas de este periodo. Parece incidir sobre las modificaciones estructurales que conducen al nuevo modelo cultural que se observa en el registro arqueológico, entre otras razones, al proporcionar la fuerza de trabajo necesaria para que se llevaran a cabo dichas transformaciones (Jones et al., 2011, 668). Es, asimismo, un catalizador del protourbanismo al consolidar un modelo de asentamiento más estable (Aquilué et al., 2012, 78; Hall, 2016, 288).

Varios autores han valorado de manera acertada las repercusiones que el aumento demográfico tuvo sobre la estructura económica, habida cuenta de que generó una expansión territorial cuya consecuencia más visible fue la colonización de nuevas tierras (Friedman, 1977, 199; López-Cachero, 2007a, 107; Müller, 2016, 109; Fernández-Götz y Krausse, 2016b, 329). La influencia entre el modelo agrícola y el incremento de la densidad demográfica parece ser recíproca, desde el momento que ambos factores son complementarios y dan pie a que se pueda alimentar una mayor fuerza de trabajo, posiblemente el elemento catalizador que incentivó el desarrollo demográfico y la agricultura. Ello evoca, en realidad, una relación dialéctica en la que el giro al policultivo cerealícola, documentado desde que aparece el mijo en el registro arqueológico, seguramente acrecentó la población. Mientras que el incremento de esta última sugiere el lento desarrollo de los sistemas de cultivo, al consolidar un poblamiento y una fuerza de trabajo estables que comenzarían a no estar sujetas a las oscilaciones económicas propias de un sistema de rozas.

Sin embargo, adviértase que el incremento poblacional no solo afectó a la estructura económica, sino que también comportó modificaciones que afectarían a la estructura social, además de fomentar de manera simultánea la génesis del proceso de formación de la identidad, que no se habría llevado a cabo sin un aumento de la población. Mirando a la cuestión en términos antropológicos, el crecimiento de la densidad demográfica posibilita la segmentación de los linajes familiares (Friedman, 1977, 201; López-Cachero, 2007a, 107). Este cambio trae a la mente la posible relación causa-efecto entre la segmentación del linaje y el desarrollo de la competición a nivel social que se aprecia en los ajuares funerarios, característico de sociedades más complejas. Una cuestión que merece ser introducida aquí por su relevancia para este análisis es la del posible vínculo entre el aumento demográfico y la dinámica del poder, considerada una de las principales causas de la posición social dominante de la élite dirigente (Fernández-Götz y Krausse, 2016b, 329). El progresivo aumento de las aglomeraciones tiene el efecto de fomentar las relaciones político-sociales en el seno de los grupos locales, que se integran así en el sistema de producción social (Foucault, 1980, 171). A la par surge una nueva necesidad, la de controlar a la población, que se ejerce a través de lo que Foucault denomina "tecnología de la población", mucho más efectiva si el poblamiento está concentrado en núcleos de habitación que si está disperso por el territorio, como de facto ocurría durante el Bronce Final (Foucault, 1980, 171; Müller, 2016, 107). Es más, desde la perspectiva del poder es probable que las primeras aldeas autónomas, como la Illa d'en Reixac y Sant Martí d'Empúries, simbolicen a nivel de poblamiento el orden jerárquico que empieza a vislumbrarse en el registro funerario.

Otro asunto que debatir por su trascendencia para esta discusión es el papel del desarrollo demográfico en relación a las migraciones a pequeña escala y la movilidad de la población, que aquí vamos a diferenciar de las migraciones transpirenaicas (Fernández-Götz, 2014, 106). Las migraciones están bien atestiguadas en la antigüedad. Por citar solo algunos ejemplos, cabría mencionar la fundación de asentamientos coloniales griegos y fenicios o la migración de colonos romanos en época posterior. La reocupación

del solar de Sant Martí d'Empúries durante la Primera Edad del Hierro o la fase de ocupación más antigua de la Illa pudieron obedecer a la movilidad local de clanes familiares, previamente establecidos en el territorio, que seguramente ya fueran afines por compartir lazos parentales o ancestros comunes. A pesar de que la información en relación a este tema es muy deficiente, la explicación más plausible para la traslación de estos grupos locales y la fundación de las primeras aldeas autónomas parece residir en razones multicausales. El emplazamiento geográfico de la Illa d'en Reixac y Sant Martí pudo deberse a que optimiza la consecución de recursos y por consiguiente permite acceder al agua y la pesca, atenuando así la presión demográfica (Carneiro, 2002, 37), a la par que coincide cronológicamente con el inicio de un cambio en el sistema de cultivo, que abordaré en otro apartado. Otros factores a tener en cuenta también son el cambio climático o una percepción de la cosmología vinculada al territorio y a los elementos que lo componen, como ríos y lagos (Burgers, 2012, 74). Incluso cabría considerar una táctica del poder enmascarada bajo la forma de historia o creencia mitológica, tal vez ligada a una narración mítica sobre los ancestros o alguna deidad común a los clanes locales, posible germen del subsiguiente proceso de etnogénesis de los indigetes. Aún más, la agrupación de estas comunidades locales en centros protourbanos es probable que influyera sobre su percepción psicosocial de la identidad colectiva, fomentando el sentimiento de pertenecer a una unidad social más amplia que el grupo local, la comunidad política.

4.3.3. De la cabaña circular al habitáculo rectangular: Sant Martí d'Empúries

Es probable que Sant Martí sea el yacimiento más importante de esta etapa. La relevancia de este establecimiento indígena viene determinada principalmente por el desarrollo de las relaciones coloniales. De forma paralela se podría añadir la evolución de la arquitectura doméstica, la organización del espacio y la presencia de bienes alóctonos, comparables en importancia a los de otros yacimientos de la zona catalana tan significativos como Aldovesta.

Un tema muy sugerente es el de la presencia en el paleopaisaje del territorio de evidencias de otros yacimientos, sobre todo en el ámbito del río Ter, como Mas Gusó, la necrópolis de Vilanera o la de Parrallí, situada en la ladera del turó de las Corts (Almagro, 1955, 340; Santos, 2009, 29; Castanyer et al., 2011, 60). De hecho, la diversidad y composición del paisaje funerario parecen indicar que el poblamiento no se reducía a un solo asentamiento indígena. Tanto es así, que ha sido sugerido que la comunidad local debió de ocupar dos emplazamientos, uno en el gran turó de Ampurias, que estaría bajo la ciudad romana, y otro en Sant Martí (Rovira y Sanmartí, 1983, 105). Es mi conjetura suponer, aunque solo la investigación en los próximos años permitirá abordar esta cuestión detalladamente, que el poblado de Sant Martí pudo desempeñar el rol de centro de gravedad, a pequeña escala, de un paisaje compuesto por un poblamiento disperso. Si este análisis es correcto, sería el lugar de residencia de los jefes de linaje principales, que empiezan a reflejar su nascente poder social en una arquitectura doméstica diferencial y con formas casi rectangulares que se alejaban de la tradicional cabaña circular. Es, en forma de síntesis, un centro de poder a pequeña escala.

Cabañas, poder y resiliencia

Sant Martí está emplazado sobre un pequeño promontorio que en la Edad del Hierro era una península unida al turó de Ampurias por un istmo, formando una bahía portuaria (Buxó, 1999a, 87). Las excavaciones llevadas a cabo en la Plaza Mayor entre los años 1994-98 permitieron documentar una ocupación del

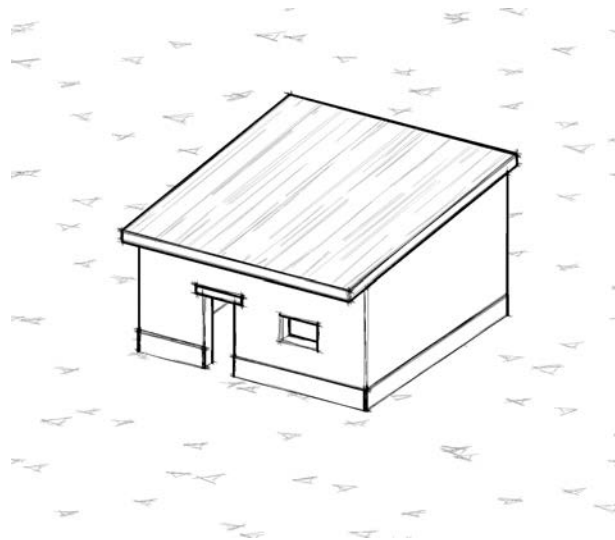


Figura 4.4: Modelo idealizado de cabaña de planta rectangular en Sant Martí d'Empúries. Dibujo realizado por el autor

lugar que abarca desde el Bronce Final hasta la Edad del Hierro y que continua hasta nuestros días (Aquilué et al., 2000, 20; Castanyer et al., 2011, 57; Aquilué et al., 2012, 79). Los niveles inferiores, fase I, se corresponden con la aldea del Bronce Final, de la que no se han preservado prácticamente restos de unidades habitacionales, pero se tiene constancia por haberse encontrado trazas de hogares de fuego y materiales cerámicos análogos a los de La Fonollera (Aquilué et al., 2000, 22; Castanyer et al., 2011, 58). Sobre este estrato se sitúa el poblado de la primera Edad del Hierro, la fase II, que comprende cronológicamente entre mediados del S.VII y la segunda mitad del S.VI a.C., en la cual se han documentado estructuras de habitación que denotan un cambio significativo en la ordenación espacial del asentamiento (Castanyer et al., 2011, 59). Superpuestos a estos estratos se encuentran los niveles de la denominada palaiapolis, la fase III (Castanyer et al., 2011, 61).

La fase II destaca, entre otras razones, por la inversión en la tendencia constructiva, constatable en la alternancia de formas de los espacios habitacionales de las fases IIa y IIb. Efectivamente, durante la fase IIa (650-625/600 a.C.) se certifica un elemento de gran calado, la introducción de formas rectangulares en la edificación indígena. Se trata de cabañas de planta rectangular, pero con ángulos redondeados, con suelos de arcilla endurecida, con alzados de tierra maciza y un entramado vegetal reforzado con barro. Las cabañas estaban separadas por espacios de uso común y circulación (Castanyer et al., 1999a, 105; Aquilué et al., 2000, 24; Castanyer et al., 2011, 60). El ámbito 1 se compone de varios niveles de ocupación, agujeros para postes en el pavimento, cerámica a mano, restos de cereal, un hogar y dos fragmentos a torno de ánfora fenicia. El ámbito 2, adyacente al ámbito 1, también tiene varios niveles de ocupación y predominan las cerámicas a mano, aunque aparecieron dos fragmentos de cerámica a torno etrusca, uno de ánfora y otro de bucchero nero. En el ámbito 3 se registró la presencia de un pequeño horno doméstico de cámara ovalada, un metro de diámetro y una antecámara, además de algunos fragmentos de ánfora fenicia y etrusca (Castanyer et al., 1999a, 106-110; Aquilué et al., 2000, 23). Este tipo de trazado urbano, con disposición de cabañas alineadas era desconocido hasta este momento en el Ampurdán (Castanyer et al., 1999a, 112; Aquilué et al., 2000, 24). Se corresponde, en la tipología de aldeas de Carneiro, con el modelo de tipo lineal (Carneiro, 2002, 38). Los hogares de los habitáculos estaban contruidos con arcilla y ocupan un lugar central. Son, junto a los de la Illa, los más antiguos del Ampurdán (Castanyer et al.,

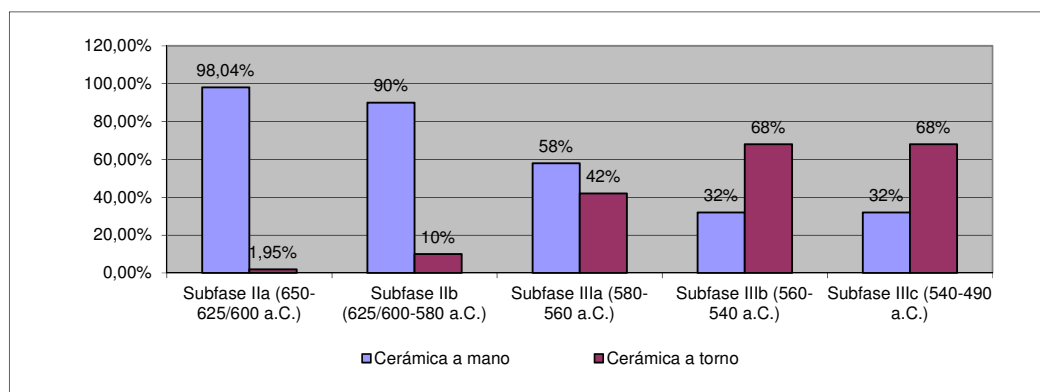


Figura 4.5: Comparación cuantitativa de la cerámica obrada a mano y a torno en las fases de Sant Martí. Gráfico: David Cebrián (Monografies emporitanes 9, 1999)

1999a, 114; Aquilué et al., 2000, 24).

Los resultados de la excavación en la Plaza Mayor ofrecen para esta fase una abrumadora mayoría de cerámicas obradas a mano, que representan un 98'04 % del total. Se observa una disminución de la vajilla de mesa y un aumento de los utensilios de cocina. Prevalcen las formas convexas y globulares, decoradas con un cordón impreso. En general, se dividen en dos grandes grupos: 1) vasos abiertos con siluetas sencillas y 2) vasos cerrados con formas más complejas (Castanyer et al., 1999a, 114; Aquilué et al., 2000, 23). De interés particular, pese a solo significar un 2 % del total, son las ánforas de importación, entre las que se distinguen tres tipos, fenicias provenientes de los asentamientos del sur peninsular, etruscas y las que el equipo de investigación del MAC de Ampurias denomina protoibéricas. De acuerdo con los datos, hay muy pocos objetos metálicos en esta fase, con una ausencia casi total de hierro. Sobresalen los objetos de bronce de ornamentación o atuendo personal, como el fragmento de fíbula de resorte bilateral hallada en el ámbito 2, donde también se hallaron dos nódulos de cobre producido in situ (Castanyer et al., 1999a, 122; Aquilué et al., 2000, 23).

Durante la fase IIb (625/600-580 a.C.) la superficie del poblado aumenta, hecho constatado por la aparición de restos en la parte norte del núcleo actual. Se trata de un área descubierta, seguramente con una funcionalidad colectiva y quizás relacionada con actividades económicas como el procesado de cereal, visto que fueron hallados basamentos para molinos y una cierta acumulación de semillas, sobre todo grano (Castanyer et al., 2011, 60). En contraste con la fase previa, el espacio habitado parece sufrir una reestructuración al mismo tiempo que aumenta el porcentaje de las importaciones, que alcanzan casi el 10 % (Castanyer et al., 1999b, 147; Aquilué et al., 2000, 25). La fase ha sido dividida en dos subetapas, la IIb1 y IIb2. En la primera de estas subfases se excavó la casa 3, en la que no se encontraron ni señales de los muros ni sus límites, aunque si se pudieron documentar una serie de pavimentos, cinco en concreto, asociados a dos hogares de forma rectangular y parecidos a los excavados en La Fonollera y la IIIa (Castanyer et al., 1999b, 146). En la subfase siguiente, sobre el último pavimento de la casa 3, apareció una unidad de habitación bien delimitada por un zócalo de piedra. El habitáculo tenía forma circular, 2'5 metros de diámetro y un suelo de arcilla muy endurecido. La cabaña es parecida a las excavadas en la IIIa y La Fonollera (Castanyer et al., 1999b, 147-148).

A juzgar por las evidencias, cabría preguntarse en primera instancia a qué pudo deberse la variación en el aspecto morfológico de las cabañas, toda vez que las formas rectangulares habían sido introducidas

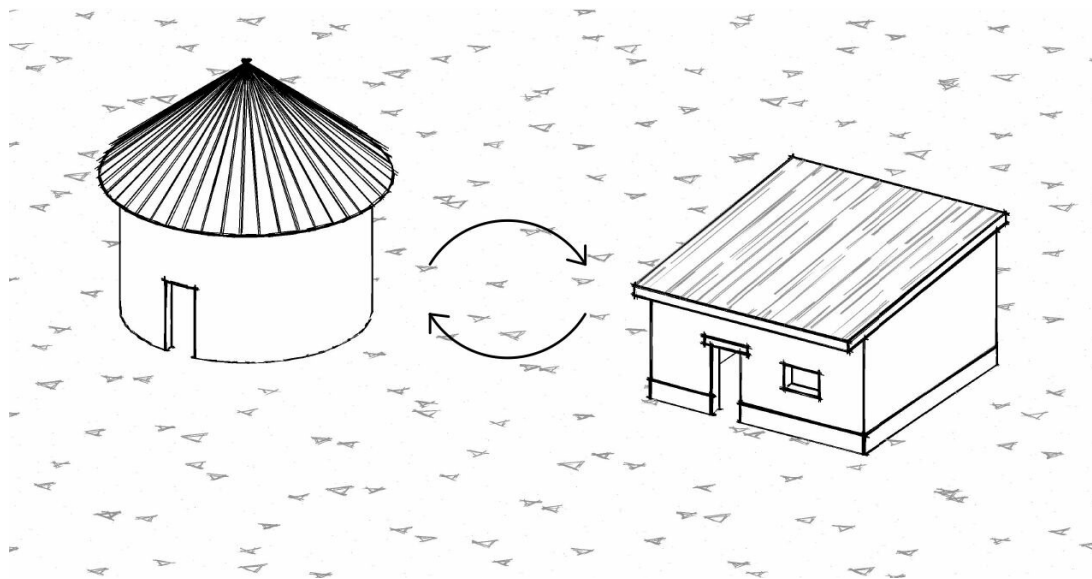


Figura 4.6: Alternancia de formas en la arquitectura vernácula de Sant Martí d'Empúries. Ilustración David Cebrián

ya. Cabe decir, no obstante, que dada la parquedad de la documentación el análisis será muy parcial, habida cuenta de que no se ha podido excavar el yacimiento en extensión hasta la fecha, imposibilitando un análisis de conjunto. Por ello, esta lectura tendrá que ser revisada conforme se vayan produciendo avances en la investigación y publicando nuevos datos. Las fuentes bibliográficas con que contamos contextualizan el tránsito de una forma edilicia a la otra en un teatro de operaciones en el que parece producirse una transformación social con profundas implicaciones ideológicas. Las variaciones que se advierten en el registro funerario con respecto a las necrópolis del Bronce Final, como la proliferación de vasitos de ofrenda, casi inexistentes en el periodo anterior o la posición dominante del túmulo número uno de Vilanera, constituyen tal vez un indicio significativo que parece anunciar un cambio en el sistema de creencias y la ideología.

Más allá de esta imagen, si aceptamos que la introducción de las nuevas formas arquitectónicas posiblemente siguiese pautas similares a las observadas con respecto a la penetración del hierro, a saber, una implantación lenta y gradual, resultaría atractivo interpretarlas como una arquitectura de lujo y un símbolo de poder al que solo accederían en un principio los linajes mejor posicionados en la escala social. Yendo más lejos, en el terreno de la conjetura, se podría plantear la cuestión desde la perspectiva de la resistencia a los procesos de cambio por parte de una comunidad en la que comenzaban a diluirse las antiguas formas aldeanas del Bronce Final, que es la tensión en la base parental que parece reflejar el registro arqueológico en la alternancia de cabañas circulares y pseudorectangulares. Un dato muy significativo que apoyaría indirectamente esta interpretación hace referencia a la coexistencia de unidades de habitación circulares y rectangulares en el yacimiento de Serra de Daró en un momento en el que ya se había generalizado el uso de la casa rectangular, en la segunda mitad del S.VI a.C. (Martín, 1998, 57). Este patrón presumiblemente esté indicando pautas similares entre el poblamiento de la costa y el interior, al menos en lo relativo a la arquitectura vernácula y, en menor medida, la existencia de vínculos supralocales, relacionables con la identidad colectiva y con el hecho de constituir una comunidad política. No obstante, parecen existir indicios suficientes para sugerir que las diferencias sociales que se empiezan a documentar en el paisaje funerario también tienen su reflejo en el hábitat. Esto induce a pensar en la



Figura 4.7: Cucharón y simpulum de bronce. E-398, Can Bech de Baix, Agullana. Fotografía realizada por el autor

posibilidad de que los individuos enterrados en los sepulcros con los bienes más prestigiosos fuesen los mismos que moraban en los primeros habitáculos rectangulares.

En lo relativo a la cultura material se contempla una diversificación con respecto a la fase anterior. La cerámica indígena alcanza el 90 % y no parecen observarse grandes diferencias en relación con el periodo precedente. Se aprecia un aumento considerable de la cerámica a torno, sobre todo las ánforas, que en esta etapa representan el 10 %, y de los objetos metálicos, entre los que se documenta por primera vez el hierro (Castanyer et al., 1999b, 150; Aquilué et al., 2000, 25). Se distingue por su importancia histórica el hallazgo de un freno de caballo, uno de los utensilios férricos más antiguos encontrados en Cataluña. Es una pieza característica de la Primera Edad del Hierro, que en Francia aparece vinculada a tumbas de guerrero junto a la espada de antena (Castanyer et al., 1999b, 179). Cabría recordar, empero, que algunas de las espadas halladas en Peralada y Camallera son de antenas y han sido datadas en el mismo horizonte cronológico (Pons, 1984, 223; Ruiz-Zapatero, 1985, 100 y 886). Llama también la atención el hallazgo de un fragmento de simpulum en un contexto habitacional, pues habitualmente se encuentran en ámbitos funerarios (Castanyer et al., 1999b, 178). El simpulum, muy relacionado en la antigüedad con el consumo de vino, es, teniendo en cuenta el registro anfórico, una evidencia que apunta a la existencia de linajes socialmente relevantes en la comunidad y la celebración de banquetes competitivos, en la medida que el porcentaje de ánforas sugiere que no era un bien accesible para toda la comunidad (Sanmartí, 2004, 18). Consiguientemente destaca la significancia a nivel social de las relaciones coloniales y, sobre todo, del banquete, seguramente utilizados por el grupo hegemónico, en términos foucaultianos, como una "tecnología de poder" para consolidar su posición dominante.

Me gustaría terminar esta breve descripción de las fases de Sant Martí d'Empúries aludiendo a la fase III, que ha sido subdividida en tres subetapas, la IIIa (580-560 a.C.), IIIb (560-540 a.C.), y la IIIc (540-500 a.C.). Como ya es sabido, este periodo converge con la fundación de la denominada Palaiópolis. Castanyer y sus colaboradores han rubricado que se trata de un momento de cambio apreciable en la edificación indígena, actividades artesanales y en los materiales arqueológicos, en donde se reconoce un incremento considerable de la vajilla fina y de las producciones jónicas (Castanyer et al., 1999c, 218; Castanyer et al., 2011, 62).

El nivel IIIa es considerado como una etapa de transición entre el IIB y el IIIb, caracterizada por el aumento de producciones ya calificadas como ibéricas y un aumento de las importaciones, que se distinguen por el incremento de ánforas etruscas (Castanyer et al., 1999c, 218; Castanyer et al., 2011, 28). En el contexto de aparición habitacional, cabe remarcar en el noroeste de la cata un posible pavimento asociado a un hogar, y en la zona suroeste un ámbito con forma ligeramente trapezoidal, donde resalta la presencia de una chimenea construida sobre una base compuesta por fragmentos de cerámica (Castanyer et al., 1999c, 219; Castanyer et al., 2011, 62). Las estructuras de habitación de la fase IIIb merecen una mención especial. Se documentan por primera vez ángulos completamente rectos como en el ámbito 3, que denotan formas claramente rectangulares (Castanyer et al., 1999c, 224; Aquilué et al., 2000, 28). Las construcciones de esta etapa tienen paramentos bien definidos y zócalos de piedra, asociados a varios pavimentos y estructuras de combustión circulares que permiten entrever espacios interiores con funcionalidad doméstica (Aquilué et al., 2000, 28). Tres de los ámbitos están alineados, el 1, el 3 y el 4, mientras que en la zona este hay restos de otra posible unidad doméstica, la número 2. En el habitáculo 1 aparecieron semillas de grano y de vitis vinífera. La morada número 3 ofreció un variado repertorio de cultura material, conformado por una hebilla de cinturón de bronce mal conservada, de un solo garfio y forma romboidal, cerámica ibérica hecha a torno y decorada con bandas, o dos fusayolas. En el hogar 4 se reconocieron diversos suelos y varias estructuras de combustión, dentro de las cuales despunta un hogar construido sobre una pequeña plataforma (Castanyer et al., 1999c, 221-226). En la fase IIIc los datos son desiguales, apenas hay vestigios habitacionales y además son difíciles de definir. Sin embargo, se verifica un cambio sustancial en los porcentajes cerámicos, sobre todo en el registro anfórico, donde disminuyen considerablemente las etruscas y se consolidan las ibéricas, al tiempo que aumentan las producciones locales pintadas, en especial urnas y vasos cerrados (Castanyer et al., 1999c, 228). Por lo que respecta al utillaje metálico, Pons indica que hay indicios de actividades metalúrgicas en la fase III. En el hogar 4 de la fase IIIa se documentaron evidencias de fundición relacionadas con la producción bronceística, además de haber aparecido otros objetos como una hebilla, 2 fragmentos de fíbula de resorte bilateral, o un fragmento de anilla (Pons, 1999, 277 y 278). En la fase IIIb se constata la presencia de elementos exóticos vinculados al comercio mediterráneo. Se distinguen cuentas de collar de coral, que contrastan con las fabricadas en hueso de la fase previa, pudiendo haber estado las primeras reservadas a embellecer el atuendo de miembros de ciertos linajes, considerando que la diferenciación en las apariencias es una forma de expresar el poder (Hernando-Gonzalo, 2016, 58).

4.3.4. Las aldeas autónomas de Ullastret. La Illa d'en Reixac y el Puig de Sant Andreu

El contexto geográfico permite sugerir que la transformación política del paisaje en los poblados de la Illa y el Puig fue ligeramente divergente a la de Sant Martí, como consecuencia de una dinámica socioeconómica diferente. Como citaba anteriormente, en Sant Martí el factor comercial es crucial para entender el papel y la evolución del asentamiento. Sin embargo, en la Illa, la introducción del taxón del mijo, un cereal de primavera que posibilita una mayor explotación del año agrícola (Jones et al., 2019, 26), parece haber tenido un peso relativo más significativo que en Sant Martí, por cuanto su marco paleoecológico facilita el desarrollo de formas de aprovechamiento del entorno más intensivas. Sea como sea, esto no quiere decir que el papel de Sant Martí deba ser considerado más importante, y viceversa.

Se podría sospechar que las razones para fundar el nuevo asentamiento son de índole diversa y su

explicación multilínea. Para empezar, es plausible suponer, pese a que este punto no sea demostrable empíricamente por la falta de contexto arqueológico, que la primera aglomeración de la Illa estuviese en parte relacionada con el inicio del giro al nuevo modelo de producción agrícola intensiva, como se desprende de la presencia de mijo (Carneiro, 2002, 37). En este sentido, sería posible argüir que el establecimiento desempeñase un rol de foco central y que orientara parte de su, en principio, poca producción, hacia la costa, donde el ecotipo no es favorable para la agricultura intensiva por el alto número de cursos fluviales y humedales. Ello habría favorecido el desarrollo del comercio entre comunidades y fomentado a nivel psicológico la percepción de pertenecer a una unidad social e identitaria que opera sobre la comunidad local. A priori, también parece haber influido la centralidad del territorio, teniendo en cuenta que el poblado está emplazado en una localización central, circundada por tres grandes bloques montañosos, los macizos de Bagur, el Montgrí y las Gavarres. Estas sierras delimitan el llano aluvial del bajo Ampurdán y le confieren al paisaje un carácter de focalidad en relación con el medio geográfico, reforzado por las vías de comunicación naturales, como la que une el hinterland ampuritano con Ullastret, el aún hoy conocido como camino viejo de Ampurias.

A pesar de la cautela que se requiere, en base con la documentación etnográfica moderna no se debería descartar que el carácter de centralidad hubiese también sido influenciado por el vínculo de los clanes familiares con formas del paisaje, que generalmente tiene connotaciones mágicas o religiosas (Godelier, 1998a, 169). El emplazamiento privilegiado de la antigua laguna de Ullastret, protegida por el este por la sierra de Llabià, al oeste por el puig de Sant Andreu, y con una isla comunicada por un istmo con tierra firme que la diferencia del resto de estanques, parece reunir las condiciones geográficas para ser un enclave mágico-religioso y un marcador ideológico en el sentido explicitado más arriba (Godelier, 1998a, 169). Por ese motivo en la mitología grecolatina el relato del mito encuentra su desarrollo en una geografía reconocible, centralizable, como el nacimiento de Hermes en una cueva del monte Cilene; a este patrón se podrían añadir ejemplos *ad infinitum*. Por último, otra circunstancia que pudo haber incidido en la fundación del nuevo núcleo es el cambio climático, producido por el paso del subboreal al subatlántico, caracterizado por un aumento pluviométrico y un descenso de las temperaturas. Las muestras de polen sugieren que el paisaje tiende a ser más abierto, hecho provocado por una mayor intervención antrópica, confirmada por la presencia de un valor más elevado de taxones de cereales (Pons, 1984, 155; Burjachs, 1999, 39; Burjachs et al., 2000, 257).

Tomados en su conjunto, los datos desvelan un poblado preibérico caracterizado por un hábitat compuesto por cabañas semiexcavadas en la roca, de planta circular o elipsoidal, en las que se ha podido localizar los agujeros para fijar los palos, que actuarían como elementos de sostenimiento verticales de un alzado elaborado a base de ramitas y madera compactada con arcilla (Pons, 1984, 100; Ruiz-Zapatero, 1985, 121; Martín, 1998, 48; López, 1999, 315). Los materiales cerámicos encontrados han sacado a la luz una cronología de final del S.VII y principios del S.VI a.C. (Martín y Sanmartí, 1976-78, 442; Martín, 1998, 48). Los sondeos realizados han permitido localizar materiales de esta fase en cinco lugares. Por esta razón se supone que la superficie original del establecimiento era considerable, con viviendas dispersas en una extensión de unos 5000 metros cuadrados (López, 1999, 315; Sanmartí y Santacana, 2005, 44). La secuencia estratigráfica ha sido dividida en seis fases, aunque aquí nos interesa la primera de ellas, subdividida en las subetapas Ia y Ib, S.VII-550 a.C. (Martín y Sanmartí, 1976-78, 442; Buxó, 1997, 264; Buxó, 1999b, 272).

Las soluciones técnicas empleadas para la construcción de las cabañas de la Illa se adaptan al modelo

general propuesto para este periodo, en el que se distinguen dos tipos según la forma y composición, los fondos de cabaña tallados en la roca y los habitáculos con fosa central (Francés y Pons, 1998, 34; Martín, 1998, 49). De modo genérico, en la primera clase la estructura de la cabaña se apoya sobre la roca, beneficiándose de la inclinación natural del terreno. Las viviendas una, dos y cinco son de este tipo. El segundo prototipo de hogar se construye sobre una fosa central tallada en la roca madre al mismo nivel que el espacio exterior circundante. Las cabañas tres y cuatro pertenecen a esta categoría (Martín, 1998, 49). El problema en relación con las cabañas de la Illa es, acorde a lo sugerido por Aurora Martín, una ausencia casi total de documentación empírica, debido a que en los sondeos realizados no se pudo excavar completamente la planta de ninguna de las unidades de habitación. La razón estriba en que fueron afectadas por la construcción de muros pertenecientes a las fases posteriores o por los límites de la cata, por consiguiente permanece como una cuestión a investigar en el futuro (Martín, 1998, 49).

En el sondeo A1 aparecieron cuatro estructuras domésticas. La vivienda 1 tenía forma casi elíptica y es la única con un pavimento de tierra cocida. No se encontró ningún hogar y predomina la cerámica obrada a mano, excepto tres fragmentos de ánfora fenicia (Martín, 1998, 50). La cabaña 2 pudo pertenecer a algún jefe de linaje o personaje relevante de la comunidad. En los estratos superiores se corrobora una diversificación importante de las cerámicas de importación, que incluye fragmentos de ánfora fenicia y etrusca, de bucchero nero, de una copa jonia B2 y muy especialmente restos de hierro y de escoria del mismo metal (Martín, 1998, 51). La cabaña 3 estaba asociada a cinco agujeros para palos y no se encontró huella de ninguna estructura de combustión, a pesar de haber señales de cenizas y carbón. La fosa central de la vivienda 4 es de forma alargada, con un hogar en el que no se observa preparación alguna sobre la roca. El material cerámico del estrato más antiguo es todo fabricado a mano, aunque sin embargo en el superior se enriquece el registro con aportaciones de ánfora fenicia y etrusca, cerámica monocroma de producciones massaliotas y de pasta clara jonia (Martín, 1998, 52).

La Cabaña 5 fue excavada en la cata C'01, en la vertiente meridional del yacimiento. En realidad, no está claro si se trata de una o dos construcciones, pues se superponen estructuras de una fase posterior. La mayoría de la cerámica está fabricada a mano. Sin embargo, se hallaron restos de fauna, entre los que cuantitativamente el conejo ocupa el primer lugar, seguido de los ovicápridos, los bóvidos y los suidos (Martín, 1998, 53-55). El análisis carpológico, por su parte, ha confirmado el policultivo cerealícola en la fase más antigua, con predominio de la cebada desnuda, trigo vestido y el mijo (Martín, 1998, 56; Buxó, 1999b, 269). Estos hallazgos confirman que la aldea autónoma es, a nivel económico, autosuficiente (Carneiro, 2002, 35).

La excavación de 1976 proporcionó en sus niveles más antiguos un amplio repertorio de cerámicas hechas a mano, con formas decorativas acanaladas, incisas o con cordones, y un extenso abanico de superficies, que abarca formas bruñidas, espatuladas, pulidas y peinadas (Martín y Sanmartí, 1976-78, 434; Martín, 1976-77, 188). En la fase Ia, los estratos I y II incluyen de la alzada 22 a la 19, y predominan abrumadoramente las cerámicas indígenas fabricadas a mano, si bien se documentaron algunos fragmentos de ánfora fenico-púnica (Pons, 1984, 102; Martín y Sanmartí, 1976-78, 436). La fase Ib es, según Pons, la continuación cultural de la etapa anterior, e incluye todo el estrato III, alzadas de la 18 a la 15. Aunque cuantitativamente aún son modestas, se atestigua un incremento de las importaciones de origen griego y etrusco, que sustituyen a las de procedencia fenico-púnica (Martín y Sanmartí, 1976-78, 444; Lafuente y Martín, 1999, 319). A nivel cuantitativo los objetos metálicos no son muy numerosos. Destaca un posible lingote de hierro en la alzada 18, una aguja y escorias de hierro en la alzada 20, y una punta de flecha y un

cuchillo de bronce en la alzada 22 (Martín y Sanmartí, 1976-78, 444; Pons, 1984, 105).

Puig de Sant Andreu

La documentación existente para el análisis de este asentamiento es, si cabe, todavía más escueta que la de la Illa; por tanto no voy a hacer otra cosa que presentar los pocos datos empíricos disponibles. El poblado de la Primera Edad del Hierro se establece sobre un promontorio con una altitud de unos 53 metros sobre el nivel del mar. Se percibe la preocupación por la defensa, pues la vertiente este y oeste están delimitadas por acantilados de difícil acceso (Pons, 1984, 111). Se tiene constancia de un poblado de esta época por la concentración de materiales arqueológicos en el ángulo SO del cerro, a derecha e izquierda de la entrada principal del *oppidum*, ya mencionados por Oliva (Pons, 1984, 111). El establecimiento ha sido datado por sus materiales, grosso modo, 50 años después que la Illa, en el segundo cuarto del S.VI a.C. (Pons, 1984, 111; Martín, 1990, 36).

En el año 1984 se realizó una cata en el ángulo SO, el corte L11, que permitió excavar por primera vez hasta la roca madre. Ello ha permitido conocer por primera vez los niveles más antiguos, a pesar de las reservas que impone el tratarse de un solo corte con una dimensión muy reducida. La superficie excavada en los niveles inferiores no es superior a los 21 m². El estrato 10 es el más antiguo y el que se corresponde con la primera ocupación del yacimiento. Se encontraron dos agujeros para postes de sostenimiento y los restos de un hogar. Ello induce a pensar en la presencia de unidades de habitación, que en principio debieron de ser similares a las excavadas en el yacimiento vecino de la Illa (Martín, 1990, 36). La cerámica a mano y las técnicas decorativas son idénticas a las halladas en la Illa. El material cerámico y metálico es equiparable al encontrado en necrópolis del área de estudio como la de Peralada o la de la Muralla NE. Entre el utillaje metálico se documentaron varias hebillas de cinturón. Una de ellas es de un garfio y fue datada en el S.VII. El resto de hebillas, cuatro, son de tres garfios y fueron fechadas en el S.VI a.C. (Pons, 1984, 111-112). Por último, la cercanía entre la Illa y el Puig de Sant Andreu quizá este indicando, en cuanto a lo que la estructura social se refiere, que sus respectivos grupos sociales podían haber sido miembros de clanes afines, que en consecuencia deciden establecerse permanentemente, posiblemente por cuestiones ideológicas o económicas, en el mismo espacio territorial.

4.3.5. Más allá del parentesco: las relaciones políticas a través del parentesco

En las sociedades astateales la adscripción a la comunidad o el clan es crucial para desarrollarse como ser social, para recibir ayuda de la comunidad a la que se pertenece, hacer frente a las crisis de subsistencia o producir e intercambiar productos (Marx, 1979, 100; Godelier, 1998a, 12). Es el cuerpo social, por encima de la acción del individuo, el que parece estructurar las relaciones sociales, pues sigue existiendo un lazo con lo que Marx llama la "comunidad natural", que es el marco que define la pertenencia a la comunidad y las relaciones entre sus integrantes (Marx, 1967, 82; Godelier, 1974, 89; López-Cachero, 2007b, 32). Aunque la información a este respecto sea muy parcial para realizar un análisis en profundidad, tal vez se pueda sugerir que, en la comunidad política descrita, conforme a los datos arqueológicos, las relaciones sociales pudieron estar organizadas en dos niveles. Por un lado, en la base del sistema parece situarse la familia extensa, con una amplia implantación en el territorio y que, entre otras funciones, como la reproducción y la subsistencia, pudo también haber desempeñado una importante labor económica relacionada con el desarrollo del policultivo cerealícola y la especialización agrícola (Sahlins, 1972, 101; González et al., 1983, 41). En este estrato priman las relaciones parentales entre grupos familiares,

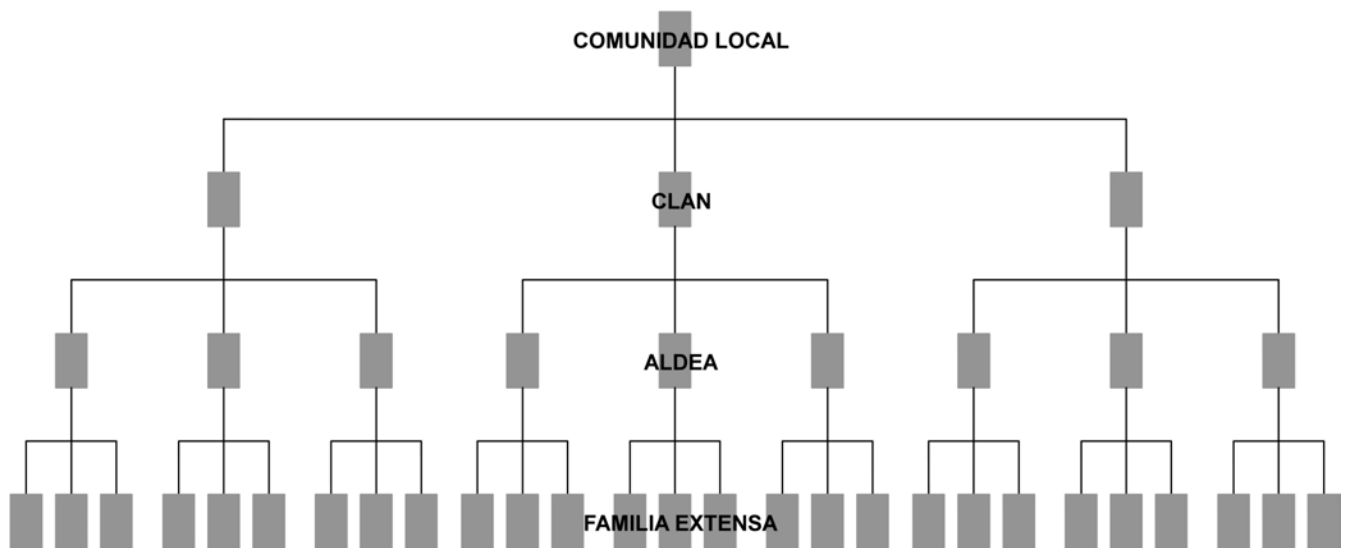


Figura 4.8: Niveles en que se estructuran las relaciones sociales. Esquema efectuado por el autor

proporcionando cohesión a la base de la estructura. Por otro lado, las relaciones políticas parecen operar en un rango superior, al articular las relaciones sociales en unidades más complejas como la aldea autónoma y el clan, probablemente estimulando la conectividad y la cooperación entre grupos. Esto último se puede inferir a partir de los ajuares funerarios y la cultura material hallada en el hábitat, que revelan un interés social en el comercio, para el que parece necesario el contacto entre grupos. Esta dinámica se enmarca dentro del ámbito de las relaciones políticas. A un nivel más general, la reorganización del espacio que ha subrayado el equipo de investigación del MAC de Ampurias en Sant Martí o la resolución de establecerse en una nueva aldea como la Illa, cabe también considerarlas dentro de la esfera de los acuerdos colectivos con carácter político.

Aun cuando la propuesta de estructuración de las relaciones sociales sea insuficiente para hacer aseveraciones de tipo general, sí que permite inferir una estrecha vinculación entre sus distintas categorías, pues el parentesco puede asumir funciones políticas (Godelier, 1998b, 391). En ocasiones se ha defendido que las relaciones parentales por sí solas son incapaces de motivar el desarrollo integral de la sociedad, toda vez que necesitan del conjunto de relaciones sociales que conforman la comunidad y sustentan la identidad del grupo (Godelier, 1998b, 390). Desde este enfoque, las relaciones de parentesco están supeditadas a las relaciones político-ideológicas, más extendidas, y que integran a los grupos locales en un conjunto más amplio, la comunidad política, que cuenta con los mecanismos para reproducirse a sí misma a nivel social (Godelier, 1991, 282). De hecho, uno de los elementos más significativos en la estratigrafía es el considerable aumento de los fragmentos de ánforas de importación, que cabría interpretar en relación con la celebración de banquetes competitivos y el consumo de vino, ámbitos en el que la competición desempeña un papel fundamental al reafirmar la autoridad del jefe de linaje (Jones, 2008, 191). Es de remarcar, sin embargo, que la competición tiene lugar en el contexto de las relaciones políticas y no el del parentesco (Godelier, 1998a, 217; Jones, 2008, 191). De tal guisa que, si aceptamos los postulados de Godelier, es posible pergeñar el rol de las relaciones políticas en el surgimiento de las primeras aldeas protourbanas y la estructuración de la comunidad que parece dibujarse como consecuencia del proceso de disolución de las estructuras sociales igualitarias del Bronce Final.

Al hilo de lo anterior, parece que el proceso de complejidad social llevaba implícita la estructuración

de las relaciones sociales, que se desarrollarían en dos niveles interconectados en el territorio, el de la casa y la aldea, equiparables en la estructura social a la familia y el clan. El registro funerario parece apoyar esta hipótesis. Con base en ello, el modo en que se utiliza la necrópolis quizá refleje las distintas formas en las que el conjunto social concibe sus relaciones sociales, integrándolas en el conjunto de prácticas comunitarias. Un primer modelo lo encontramos en necrópolis de pequeño tamaño, caso de Anglés, con nueve sepulcros que a primera vista estarían relacionados con una o dos unidades domésticas, comparable a la escala familiar y del parentesco. Una segunda pauta gira en torno a un gran cementerio que agruparía a los miembros de una comunidad local en un único espacio, como en Can Bech de Baix (Palol y Toledo, 2006, 269), que posiblemente simbolice el nivel de relaciones políticas que operan a nivel de aldea o clan, necesarias para organizar un espacio funerario de estas características. Un tercer patrón, que denota la complejidad del sistema de relaciones sociales y con el más allá, es el compuesto por uno o más grupos locales que usa varios lugares de enterramiento, como en el área de Sant Martí (Almagro, 1955, 340; Santos, 2009, 29; Castanyer et al., 2011, 60). Este análisis, no obstante, debido al estado de la cuestión a nivel arqueológico, es evidentemente muy parcial y aproximativo. Se requieren más estudios de antropología forense o paleodieta, por ejemplo, para establecer el rol y el estatus de los individuos dentro de la estructura social. Esto sería fundamental para constatar las categorías en que se estructuran las relaciones sociales, junto a una muestra más representativa del conjunto de individuos.

4.3.6. Sabiduría, poder y gerontocracia asamblearia

Inicialmente cabría preguntarse cómo surgen las primeras estructuras de poder, en tanto que los procesos de complejidad social son habitualmente acompañados de un desarrollo del poder. Esta es una cuestión central difícil de evaluar desde una perspectiva arqueológica, aunque cabe realizar un planteamiento de aproximación a este tema. Sobre este punto la documentación empírica es desigual, aunque contamos con la evidencia indirecta del modelo de hábitat y la gestión del sistema agrícola. Con todas las precauciones necesarias, lo primero que debió manifestarse es un interés en el grupo de parentesco por establecer mecanismos de cooperación entre familias, lo que permitió configurar formas de ordenación más complejas y desarrollar estrategias económicas para asegurar la subsistencia en un contexto de aumento de la población (Engels, 1977, 187). Para ello se requería una evolución a pequeña escala del orden para tomar decisiones. En consecuencia sería necesario que prosperara, por un lado, un hábitat de tipo suprafamiliar y, por otro, un giro hacia formas de cultivo permanentes, para lo cual posiblemente se había logrado instaurar un sistema de colaboración entre grupos familiares que permite el desarrollo de una estructura de poder para legitimar y organizar el emergente modelo de sociedad (Engels, 1977, 187). Según lo expuesto, tal vez se podría inferir que el poder necesita estar establecido en un territorio para lograr desarrollarse como estructura. Otra línea argumental con visos de plausibilidad es la de las relaciones de interdependencia entre poder y conocimiento, en la medida que en el primero es donde se concentra el cuerpo de información de la comunidad (Foucault, 1980, 51). Con todo, el acceso al saber puede ser manipulado o restringido por la élite social, según convenga a sus intereses (Kim, 2001, 447). En las sociedades tradicionales la sabiduría es ostentada por la figura del geronte, que desempeña un papel social fundamental al ser el depositario del conocimiento y los rasgos culturales del clan, atribuciones que le confieren capital simbólico en calidad de garante de la tradición, traducible a su vez en poder (Minois, 1989, 25; Reyes et al., 2003, 10). En verdad, es una forma de ejercer el gobierno colectivo vinculada a sociedades pretéritas en las que el parentesco cumple una función sociopolítica (Gledhill, 2000, 52).

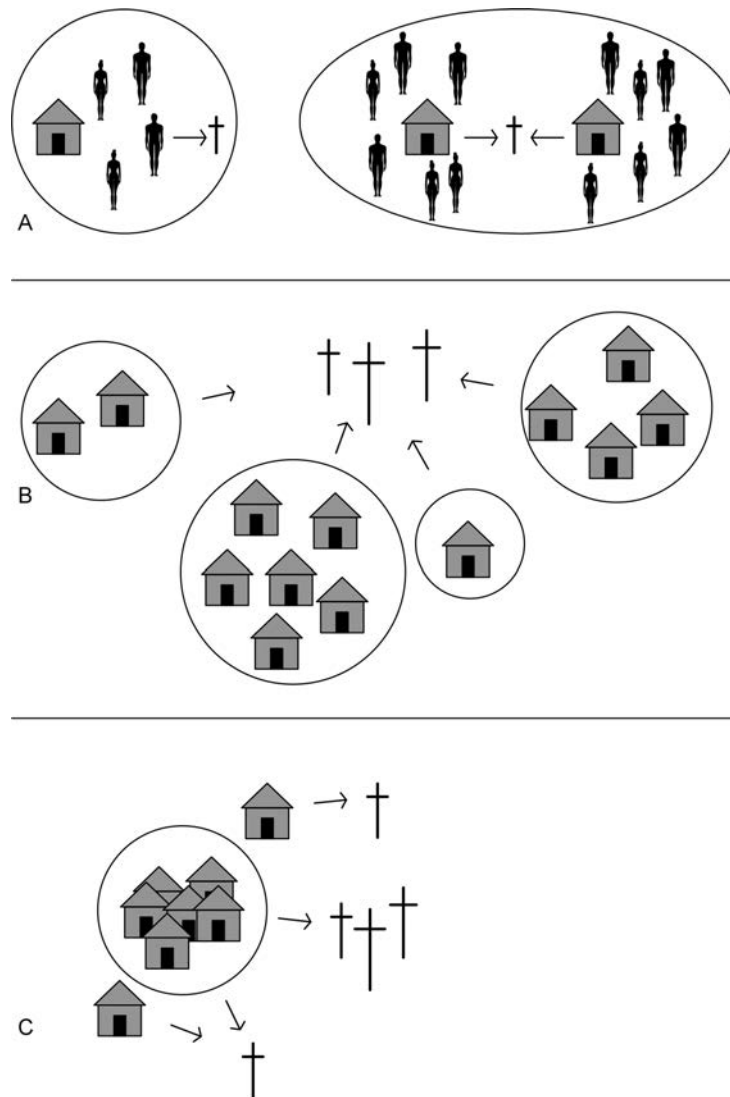


Figura 4.9: Idealización de la posible correspondencia entre tipo de relación social y necrópolis. A) modelo de poblamiento disperso en el que una necrópolis es utilizada por uno o quizá más grupos familiares, caso de Anglès; B) patrón centralizado en el que una gran necrópolis concentra los enterramientos de un territorio local, como en Agullana; C) patrón organizado en torno a varios cementerios, hinterland ampuritano. Dibujo elaborado por el autor

A tal efecto, debieron de formarse instituciones en las que dirimir los asuntos político-comunitarios del grupo o los relativos a la costumbre, por cuanto la comunidad se forma en el momento en que surgen las asambleas (Marx, 1979, 96). Estos consejos, documentados en el mediterráneo arcaico en Roma (el senado), en Esparta (la gerusia), y en la mayoría de pueblos indígenas como los galos, los germanos y los iberos, pudieron cumplir esa función (Chapa et al., 2007, 82; Fernández-Götz, 2014, 64). Otro elemento sobre el que cabría indagar es el relativo a cómo logró imponerse en esta etapa evolutiva, de ser correcto este análisis, una estructura de poder de este tipo. Esta es una pregunta difícil para la que no existe una respuesta concluyente, pero ello no debe impedir proponer hipótesis interesantes. El surgimiento del poder pudo haberse dado bien por la necesidad de redefinir las relaciones sociales y las formas políticas para justificar las desigualdades sociales y controlar a la creciente población, lo que lleva a redibujar cómo se explota el territorio, cómo se distribuye o cómo se organiza para alimentar a la comunidad, bien por los cambios estructurales conducentes a la formación de un nuevo modelo de sociedad. Por otra parte, hemos

de hacer referencia al papel jugado por el hábito, que frecuentemente adquiere la forma de voluntariedad (Engels, 1977, 102). En ese sentido, quizás acaeció un proceso de aquiescencia por medio del cual el conjunto social se sentía más cómodo dejándose gobernar, siempre que existiesen unas garantías, en un marco histórico en el que se está produciendo una transformación socioeconómica estimulada por el desarrollo de un sistema competitivo en el que el liderazgo comienza a residir en el jefe de aldea o *Big Man* (vid. más adelante en este mismo capítulo).

De la discusión anterior se desprende que este tipo de institución política se fundamenta en el ejercicio del poder por parte de las personas de más edad, en tanto y en cuanto que son los portadores de la memoria colectiva y el conocimiento sagrado de los rituales de la comunidad (Weber, 1960, 36; Reyes et al., 2003, 7). Sin embargo, valdría la pena recordar que tener una edad avanzada nunca ha sido razón para acceder al poder. Baste recordar que los miembros de la gerusia y el senado romano arcaico eran escogidos entre las mejores familias, deduciéndose que el estatus social sería una condición *sine qua non* para entrar a formar parte de este tipo de asambleas (Bravo, 1989, 98; Casillas, 1997, 42; Reyes et al., 2003, 11; Fontis, 2016, 67). Una tendencia similar se observa en la Galia, donde según relata Julio César en detalle la participación en la institución política de la asamblea estaba limitada al estamento aristocrático, habida cuenta de que el resto de miembros de la sociedad no tenían prácticamente derechos políticos (César, 2000, VI-XIII).

Otra característica esencial de esta forma de gobierno es que se ejerce en aras del interés público y la tradición, de modo que su potestad es consensual y basada en la tradición (Weber, 1960, 36; Gledhill, 2000, 48). Además, su radio de acción y mando está limitado por la naturaleza de su fuente de poder, más unida al horizonte cultural que con el mundo sobrenatural (Carneiro, 2002, 40).

El consejo de ancianos es el órgano legislativo de la aldea autónoma (Carneiro, 2002, 40). Si este planteamiento es acertado, se puede colegir que una asamblea conforme a las detalladas, en simbiosis con la élite guerrera, se hubiese constituido en estructura de poder en asentamientos como la Illa y Sant Martí. La asamblea de la comunidad, compuesta por los miembros de edad más avanzada y con mayor experiencia de los linajes hegemónicos de la rama principal del clan, habría sancionado con su *auctoritas* las decisiones emanadas de la élite guerrera, que se aprovecharía de su conocimiento para imponer la ideología y el modelo cultural que parecen dibujarse en el registro arqueológico. Cabe atribuir, a nivel teórico, un papel fundamental a este tipo de instituciones políticas en la fundación de los núcleos protourbanos, en cuestiones relativas a la elección del lugar, ritos fundacionales o la coordinación del grupo social. Es asimismo concebible que los ancianos, antes de ocupar un puesto en el consejo de la aldea, pasasen por otros estadios como el de guerrero. La erudición de los gerontes es posible que no solo se restringiera a cuestiones relacionadas con la costumbre y los ritos, sino que quizás también abarcase ámbitos tan distintos como la economía. En tal sentido, es plausible que fueran los custodios de la experiencia agrícola, crucial para que se comience a impulsar el modelo de agricultura intensiva. De hecho, sin querer trazar paralelos directos, en la antigua Esparta hasta la promulgación de la *Retra*, parece verificarse una relación parecida entre la asamblea o *Apella* ciudadana, compuesta por los *homoioi*, en su mayor parte guerreros, y la gerusia, que tenía el derecho de reunir a la asamblea y discutir propuestas que después eran juzgadas en dicha institución (Casillas, 1997, 43; Fontis, 2016, 68).

Quisiera finalizar este apartado poniendo el énfasis en el hecho de que sería interesante contar con más estudios en arqueología que aborden el papel de la edad en las sociedades indígenas. Con ello se podría poner en práctica nuevos enfoques de inmenso valor para aproximarnos a cuestiones como la

dinámica de las estructuras de poder, el rol de la educación en la estructura social, entendida como la transmisión de mitos o la costumbre, los ritos, la religión o las celebraciones colectivas y la hospitalidad. Los casos citados, que solo representan una pequeña muestra, me parece que ilustran las posibles líneas de investigación en las que la indagación de esta identidad puede ser significativa y aportar matices al análisis social.

4.3.7. El establecimiento permanente de los focos: consideraciones sobre sus posibles causas

Estas observaciones surgen de la importancia que Ampurias tendrá en una etapa histórica posterior para el análisis espacial de la organización sociopolítica de los indigetes. De igual modo, es una continuación consustancial con el estudio previo de Sant Martí d'Empúries. Estas razones me han inclinado a poner por escrito algunas reflexiones sobre una temática tan atractiva. Para evitar equívocos, debería manifestar que lo único que pretendo es esbozar líneas de debate complementarias a lo ya expuesto por los expertos en la materia. El enfoque se fundamentará en postulados postcolonialistas que focalicen la cuestión a partir del territorio y la localización geográfica como ejes centrales de la conectividad entre comunidades indígenas.

En primer lugar, cabe preguntarse, como ya hicieron en un interesante estudio Rovira y Sanmartí ¿por qué fue escogido precisamente el emplazamiento de Emporion para fundar una factoría comercial? Aducen, acertadamente, que la ubicación en el entorno geográfico y la presencia de importantes núcleos indígenas establecidos en el territorio, condicionó la elección del lugar. Sin embargo, van más allá al sugerir que la obtención de sal en la zona, factible en un paisaje compuesto por humedales y marismas, permite suponer una motivación económica también. He aquí que ponen el acento en el contexto productivo y el territorio (Rovira y Sanmartí, 1983, 109). Como ya he analizado anteriormente, hay indicios suficientes para atribuir un papel destacado a la centralidad del territorio en este proceso. Desde este punto de vista, la expansión massaliota formó parte de una estrategia comercial sobre la que se puede sospechar que la productividad del territorio indígena obró como polo de atracción.

La evidencia arqueológica sugiere, sin embargo, otras explicaciones correlacionadas con las ya expuestas. Las migraciones transpirenaicas y la composición y forma de los ajueres funerarios apuntan a conectividades entre las comunidades que poblaron el Golfo de León. Las cerámicas acanaladas y el utillaje metálico registrado en las necrópolis de esta fase en el Ampurdán muestran una facies que ha sido equiparada al mailhaciense I por la similitud en los cuchillos, hachas y otros utensilios de necrópolis como Parrallí o Agullana (Ruiz-Zapatero, 1985, 117; López-Cachero, 2007a, 100; López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 46). Por ello, varios eruditos han sugerido la existencia de contactos comerciales supralocales, que conectarían a las comunidades indígenas de las regiones meridionales de Francia con las de la costa ampurdanesa (Asensio, 2005, 562; Hunt et al., 2008, 456; López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 52).

Sin descartar otras posibilidades, parece factible concebir que estas poblaciones hubiesen en algún momento formado parte de una misma estructura económica, al menos en lo que se refiere a los modos y relaciones de distribución. A tal efecto, no hay razón para no pensar que las vías de entrada de las migraciones no fueran utilizadas por las sociedades locales para practicar un tráfico mercantil a pequeña escala. El sistema de preservación del cereal, prácticamente el mismo a ambos lados del Pirineo, parece consistente con esta línea de análisis. A esto último se podría añadir la similitud entre las primeras herramientas agroforestales documentadas en el S.VII a.C., por ejemplo, entre las azuelas del Coll del

Moro y el prototipo de la tumba 68 de Grand Bassin I, afinidad que se repite con hachas y podadoras (Rovira-Hortalá, 2000, 277). En base a ello, resulta tentador sugerir que la campaña de acercamiento de Massalia no se fundamentó en una maniobra al azar orquestada por los comerciantes massalios, sino que conocían el enclave y el potencial del territorio (centralidad) antes de emprender los primeros viajes comerciales y la empresa colonizadora. La razón estribaría en el hecho de que esta información, por los motivos citados, pudo haber circulado entre las comunidades indígenas que residían en el área que se circunscribe al ámbito de Massalia.

Un caso que merece significarse por su trascendencia para este análisis es el de la posesión de la tierra, en concreto la forma de propiedad, uno de los elementos clave en el pensamiento de Marx a lo largo de toda su obra. Se puede aventurar, como ya avanzó Marx y han confirmado los estudios antropológicos, que la unidad social en la escala organizativa superior, el clan, es, por encima de las agrupaciones familiares, la propietaria de la tierra (Marx, 1979, 86; Godelier, 1998a, 230). Ello plantea el interrogante de si se llevó a cabo alguna clase de negociación o cesión de territorio previo al establecimiento de los colonos focos en Emporion.

La ausencia de datos arqueológicos impide evaluar la materia a fondo, lo que implica tener que recurrir a observaciones etnográficas y trabajar a nivel teórico. En las sociedades tradicionales, en general, el agro no entra en el ámbito de los bienes de circulación, puesto que es considerado un bien inalienable, al igual que el mar o los ríos (Friedman, 1977, 207; Godelier, 1998a, 140 y 230; López-Castro, 2005, 410). El Ayllu inca constituye un buen ejemplo, en el sentido de que era una comunidad aldeana en la que la tierra era inalienable y comunitaria (Godelier, 1974, 177).

Avanzando más, las fuentes clásicas nos ofrecen a este respecto un valioso testimonio que, sin ser paralelizable, ofrece elementos de juicio de gran valor. Al respecto, Justino refleja un escenario social en el que el pacto desempeña un papel crucial previo al establecimiento colonial. Efectivamente, Justino, en su relato sobre la fundación de Cartago, expone que el primer acto de la expedición de Elisa (Dido) fue negociar la cesión de suelo para el futuro asentamiento (Justino, 1995, XVIII, 4-6), citado en López Castro (López-Castro, 2005, 410). Negociación que, según pone de manifiesto Justino, comienza con el intercambio de regalos. El don parece crear las condiciones necesarias para entablar los acuerdos para la obtención de terreno (Justino, 1995, XVIII, 5-8). De esto se sigue que el rol del territorio, en manos indígenas, debió de constituir un elemento decisivo durante los primeros contactos coloniales, teniendo en cuenta que parece razonable pensar que su uso era un requisito necesario para establecer una colonia. En la práctica, pudo incluso haber sido intercambiado por manufacturas de calidad, como los metales, en un contexto de economía del don (López-Castro, 2005, 410; Wagner, 2005, 151).

Tomando estas observaciones como punto de partida, se puede añadir una sugerencia en la línea de los pactos descritos previamente. A saber, la posibilidad de que se hubiese producido una concesión de tierras (pacto) por parte de la comunidad indígena a los comerciantes focos, que habrían adquirido así derechos de posesión sobre el terreno en el que ulteriormente se fundó el emporio focense. Ello ofrecería, asimismo, una de las plausibles claves interpretativas para la posterior fundación de los *oppida* indigetes y la subsiguiente simbiosis con Ampurias. En un escenario así es posible que parte de la población del área ampuritana, de haberse producido dicho pacto, se hubiera trasladado de manera voluntaria a los núcleos indígenas vecinos. La inalienabilidad de la tierra en las sociedades estatales, junto a otros factores constatados por la arqueología como la relación de vecindad que se crea desde un principio o el carácter híbrido del poblamiento de Ampurias, inducen a explorar explicaciones complementarias. La ubicación

privilegiada de la factoría comercial, con una pequeña bahía a sus puertas, sugiere una interpretación análoga a la anterior. No parece lógico suponer que los colonos foccos ocuparan el mejor emplazamiento sin mediar algún tipo de pacto con la población indígena que ya residía allí. Sin embargo, es a todas luces imposible discernir los detalles de un trato que, de haberse llevado a cabo, implicaría un acuerdo supraindividual, a nivel clánico. Esto, además, estaría indicando la existencia de una estructura de poder. Toda vez que este género de negociaciones se realiza en la esfera de las relaciones políticas, en la escala de aldea o clan. De hecho, como narra Justino en la fundación de Cartago, solo el grupo dirigente de la comunidad tiene la capacidad de poner en funcionamiento mecanismos de esta clase.

4.4. Familia, linaje y clan. El cambio de estructura social

Pasaremos ahora a la historia de sus vecinos los celtiberos. Antiguamente dos pueblos, los iberos y los celtas, estaban en guerra entre ellos por el dominio del territorio; pero luego se reconciliaron y se establecieron juntos en la región, y además acordaron casarse entre ellos, con lo que, a consecuencia de esta mezcla, recibieron los dos pueblos el nombre arriba mencionado.

Diodoro Sículo V, 33, I

El trasfondo que subyace en la cita de Diodoro pone de relieve la importancia y el peso de las relaciones parentales, pese a que lógicamente la noticia en si es falsa (Sículo, 2004, V,33, I). Lo realmente interesante es que el autor clásico enfatiza el alcance que puede tener el matrimonio, es decir, el parentesco, en la construcción de la identidad étnica. La relevancia de los lazos de sangre se ve confirmada por la antropología moderna, que, por citar un ejemplo, distingue entre los dos principales sistemas de parentesco, el Dravidiano y el Iroques, precisamente por las reglas que establecen para contraer matrimonio (Godelier, 1998b, 7 y 9).

La renovación en el material mueble que se observa en esta etapa histórica obedece, a juzgar por las apariencias, a un cambio en el orden social. La aparición de materiales mediterráneos y el poblamiento estable manifiestan un nuevo ciclo cultural que parece distinguirse por la evolución hacia un modelo basado en estructuras de tipo cónico, más consistentes con el tipo de organización social que se empieza a esbozar en el registro arqueológico. Los procesos evolutivos incrementan la complejidad y la jerarquización de la sociedad, conducente a una reproducción de la comunidad, generalmente impulsada por las transformaciones que se operan en la esfera socioeconómica (Godelier, 1991, 276; Carneiro, 2003, 160-162). En líneas generales, es un fenómeno multiforme que establece las bases sobre las que posteriormente se desarrollará la jefatura, la etnogénesis y las relaciones clientelares, puesto que las estructuras del Bronce Final no parecen disponer de los mecanismos sociales necesarios para operar modificaciones por encima de la base parental igualitaria.

El proceso de cambio, en su conjunto, parece que se caracteriza a nivel interno por el giro al policultivo cerealícola. Rafel ha señalado, de hecho, que se produce un aumento de la economía productiva y la

competición por los recursos (Rafel, 2017, 408). En paralelo a la intensificación agrícola, se observa en el plano externo la influencia de estímulos mediterráneos, que facilitan bienes materiales que incentivan las relaciones de poder en el seno de los grupos locales, al tiempo que aumentan las desigualdades sociales.

4.4.1. El sustrato del Bronce Final

Las necrópolis de incineración del Bronce Final en la zona catalana han sido objeto de diversos estudios que han puesto de manifiesto una sociedad que, a grandes rasgos, parece ser igualitaria, teniendo en cuenta que no se distinguen en los ajuares funerarios signos de ostentación de riqueza ni un acceso diferencial a la misma (Ruiz-Zapatero, 1985, 859; López-Cachero, 2007a, 105; López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 46; Rafel, 2017, 384). A primera vista, la documentación empírica sugiere que la organización sociopolítica es de tipo parental, considerando que los lazos de sangre y la comunidad, en términos de relaciones sociales, se imponen a la individualidad (López-Cachero, 2007b, 32; López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 46; Rafel, 2017, 351). La misma pauta se aprecia en el patrón habitativo, en el que predominan núcleos familiares dispersos y comunidades como la de Genó o La Fonollera, en las que hay una ausencia significativa de rasgos jerarquizantes en la ordenación espacial (López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 46; Rafel, 2017, 384).

El paisaje funerario de Can Roqueta-Can Piteu es un referente clave para el conocimiento de esta etapa histórica, debido a que fueron hallados más de 1000 enterramientos, de los que aproximadamente el 58 % pertenecen a sepulcros del Bronce Final y un 23 % a la Primera Edad del Hierro (Carlús et al., 2007, 137). El único rito es el de la incineración. Las tumbas del Bronce Final se aglomeran en el sector norte de la necrópolis (Carlús et al., 2007, 152). Las fosas de enterramiento de esta fase son bastante sencillas, de planta circular y alzado recto o ligeramente convergente; los ajuares funerarios destacan por su simplicidad, dado que en la mayoría de los casos se componen solamente de la urna cineraria y su tapadera, poniéndose de manifiesto su pobreza material en relación con los de la Primera Edad del Hierro (Carlús et al., 2007, 153). La escasa presencia de vasitos de acompañamiento y objetos metálicos es muy significativa a nivel social, pues la ausencia de diferencias de estatus en las pertenencias del difunto induce a pensar que la estructura de los clanes que componían la comunidad debió de ser igualitaria. En este sentido, llama la atención, como sucede en Parrallí y en otros espacios funerarios, que no se encontrara armamento, pues la inexistencia de una élite guerrera parece sugerir que aún no se han desarrollado las distinciones sociales entre linajes. En otras palabras, indica que la élite, como estamento, aún no se ha formado. No obstante, en alguno de los agrupamientos de tumbas del Bronce Final se hallaron ítems metálicos de gran valía para el conocimiento de esta fase, como por ejemplo en la estructura cpr-247, que contenía una concentración de objetos que parece apuntar a la existencia de individuos que se empiezan a distinguir socialmente del resto bien por razones de edad, bien por otros motivos (Carlús et al., 2007, 151).

La necrópolis Parrallí, pese al estado fragmentario en que fue descubierta en 1949, tiene un peso relevante en relación con este tema, puesto que, como asevera Almagro, el ajuar recuperado estaba compuesto en su totalidad por cerámicas indígenas obradas a mano (Almagro, 1955, 340). Es decir, la ausencia de armamento, de objetos de prestigio y elementos metálicos, sugiere que perteneció a una comunidad en la que aún no se observan disimetrías sociales. La concentración de cenizas y tierras quemadas permitió identificar algunas fosas de morfología simple (Almagro, 1955, 340; Santos, 2009, 29; Aquilué et al., 2012, 76-77). Se documentaron tres plataformas compuestas de piedras y cubiertas por una capa de arcilla cocida, que han sido interpretadas como *ustrina* (Almagro, 1955, 340; Santos,

2009, 30; Aquilué et al., 2012, 77). Los bienes encontrados eran en su gran mayoría urnas cinerarias y platos tapadera de perfil troncocónico, con una decoración variada a base de acanalados y líneas incisas dibujando paralelos, espigas y zig zags (Almagro, 1955, 340-345; Aquilué et al., 2012, 77). Almagro menciona el hallazgo de algún ítem metálico, como un arito y una aguja de bronce en el enterramiento 4, otro arito en la 7 y un hierro peculiar que él interpreta como unas tenazas o tijeras, en la fosa 13 (Almagro, 1955, 337-353).

En este panorama social, ha sido planteada la continuidad en estas comunidades de ciertas prácticas "exogámicas y patrilocales" con el objetivo de facilitar y asegurar la reproducción social o fomentar las relaciones sociales entre grupos mediante alianzas y pactos matrimoniales (González et al., 2003, 91; López-Cachero, 2007a, 107). Este pasaje induce a reflexionar sobre el posible rol del clan en la estructuración social. Parece razonable suponer que los grupos locales y los linajes estuvieran organizados en clanes familiares, considerados la unidad global en la que se establecen las normas y reglas que rigen el funcionamiento social de las comunidades aldeanas (González et al., 2003, 83). Considero, igualmente, que el estudio del clan puede contribuir a nuestro conocimiento de la protohistoria aportando matices interesantes, bien sea a través de paralelos etnográficos o comparando rasgos constitutivos del mismo con la composición del ajuar funerario o la forma y distribución espacial de los sepulcros. De hecho, en un estudio reciente de interés para este análisis, Ruíz y Molinos han puesto de relieve cómo con arreglo a los principios del clan cónico, el linaje gentilicio principal de la necrópolis de Baza parece legitimar su estatus y posición de poder (Molinos y Ruiz, 2018, 52 y 53).

4.4.2. El cambio de modelo social. Mutaciones en la estructura del clan cónico

En absoluto contraste con la topografía social del periodo precedente, durante la Primera Edad del Hierro se van a manifestar en el territorio modificaciones de gran calado que revelan un modelo social y productivo diferente. La transformación es tan significativa que, sobre esta base, en el transcurso de un siglo, eclosionará la cultura ibérica.

En lo fundamental, la dinámica de cambio de este periodo parece responder a un esquema en el que confluyen varios factores en un momento histórico. Los datos sugieren una fase de óptimo climático durante la Primera Edad del Hierro y el Ibérico Antiguo (Burjachs et al., 2000, 40). Junto a esto, la aparición de cereales de primavera en el registro arqueobotánico es un incipiente indicio del giro al policultivo y la transición a un contexto productivo diferente. Los bienes de prestigio alóctonos hallados en el hábitat y las necrópolis constituyen una evidencia del desarrollo de las relaciones coloniales. Asimismo, se puede atisbar por primera vez utensilios férricos, que ponen de relieve el inicio de la expansión tecnológica que debieron de experimentar estas comunidades. La impresión general es, según esta lectura, que se produce una readaptación de las estructuras al medio y las condiciones materiales, que conduce a la evolución sociopolítica y cultural de la sociedad.

Varios especialistas han subrayado la emergencia de jefes de linajes que se empiezan a distinguir socialmente por su estatus, a la vez que se exhiben por primera vez trazas de jerarquización social en el paisaje funerario (Sanmartí, 2004, 16-17; López-Cachero, 2007a, 108; Rafel, 2017, 410). Más significativo es, si cabe, que parece comenzar a surgir un entramado ideológico que justifica la posición dominante de estos linajes, generalmente por su vínculo con un determinado antepasado (Rafel, 2017, 410). Políticamente el panorama detallado parece coincidir con el surgimiento de estructuras más jerarquizadas, consustanciales con una organización sociopolítica más compleja. En base al análisis funerario llevado a

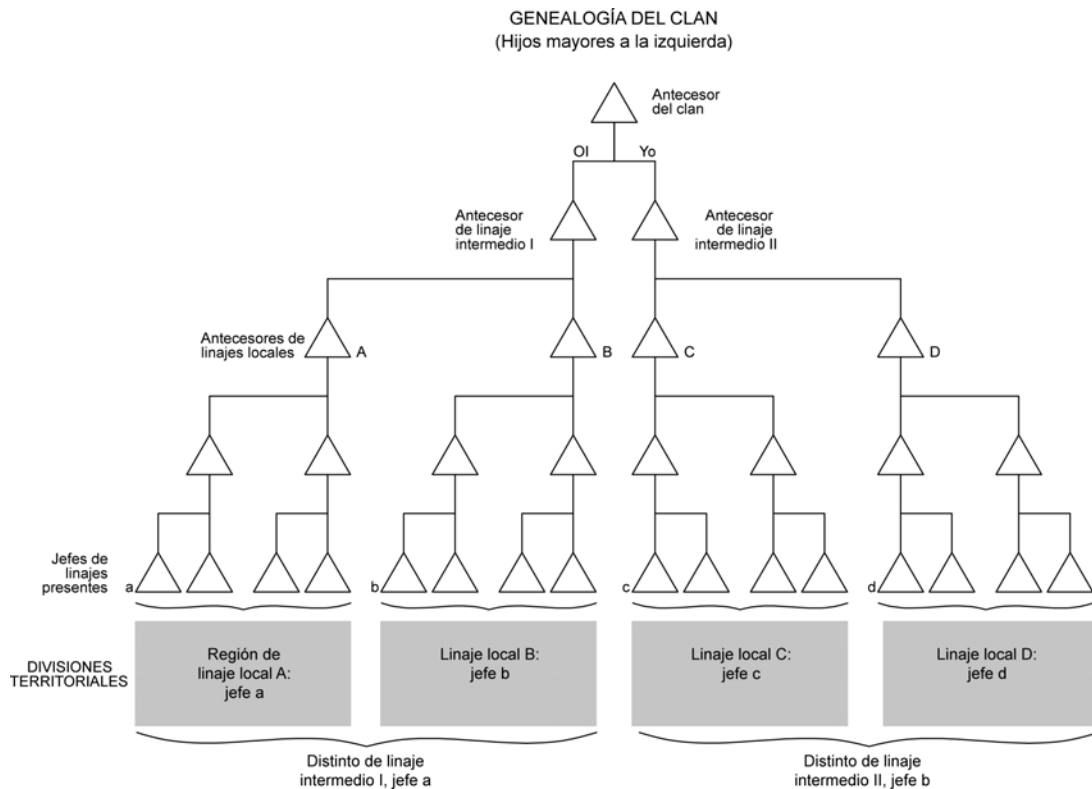


Figura 4.10: Clan cónico según Sahlins (1972). Elaboración: David Cebrián

cabo, me gustaría abrir una vía de indagación y plantear la posibilidad de que este proceso sociohistórico diera lugar a una mutación en el sistema de rango de la estructura del clan cónico, que se vincula según las necrópolis a la circulación de la riqueza.

Siguiendo la lógica de Godelier, en la Primera Edad del Hierro parece que se materializa el tránsito de una organización política de tipo *Great Man*, a otra de tipo *Big Man*, en la que la equidad en el intercambio de regalos ha evolucionado hacia formas de "don agonístico" (Godelier, 1991, 276). Veamos brevemente a través de la evidencia qué sucede aquí. El paisaje funerario del Bronce Final revela, por medio de la equivalencia en la composición de los ajueres, que las diferencias simbólicas de estatus no están subordinadas a la rivalidad y la competición (Godelier, 1998a, 64). Sin embargo, en la matriz espacial y tipológica de Vilanera, se desvela que se ha operado un cambio en la estructura del clan cónico, que ha sido aprovechada para sustituir el papel de los símbolos sagrados por la adquisición y acumulación de bienes, con lo cual se produce una reformulación de las relaciones de poder y dominación (Godelier, 1998a, 212). Esto se hace expresamente evidente en la clasificación de enterramientos según su jerarquía de rango (ver próxima sección), que muestra la existencia de un modelo competitivo en el que la reproducción social se ha establecido en función de la riqueza (Godelier, 1998a, 26).

Como principio de base, el clan cónico es un grupo de descendencia segmentado en linajes, en el que todos sus miembros comparten una ascendencia que se traza a lo largo de líneas genealógicas en relación con un antepasado común (Sahlins, 1972, 44-45; Kirchhoff, 1977, 57; Johnson y Earle, 2003, 292). En general, el parentesco se establece por descendencia patrilineal, aunque en la rama principal del clan es posible elegir la línea más próxima al ancestro común. En otras palabras, puede ser bilateral si le interesa a la élite (Sahlins, 1972, 44-45; Kirchhoff, 1977, 57; Johnson y Earle, 2003, 292). De hecho, aunque ideológicamente sea agnático, la filiación suele ser de facto cognática (Sahlins, 1972, 80;

Godelier, 1974, 29; Johnson y Earle, 2003, 292). El clan se organiza internamente en una línea principal y otras secundarias, trazando distinciones sociales entre ellas según la distancia genealógica que las separa del antepasado mítico, procedimiento que se repite en la conformación de los estratos inferiores de la estructura, como la unidad familiar y el linaje, hasta formar una configuración social homogénea (Sahlins, 1972, 44-45; Kirchhoff, 1977, 58; Friedman, 1977, 205). En otros términos, establece una norma de desigualdad entre las distintas ramas que lo componen que contiene en sí el germen de la jerarquía. A nivel político se reproduce el mismo tipo de organización, pues el descendiente más cercano del ancestro fundador, generalmente elevado al grado de deidad, asume el rol de principal del clan, a la vez que las funciones político-religiosas más significativas recaen sobre el linaje más alto (Sahlins, 1972, 46; Kirchhoff, 1977, 58; Johnson y Earle, 2003, 292). De esta forma, por un lado, se establece la estructura política por encima de la comunidad y, por otro, se instituye una dinámica social que, aprovechando los principios que rigen el clan, favorece el fortalecimiento de la rama familiar más allegada al antepasado mítico (Sahlins, 1972, 46; Kirchhoff, 1977, 60). Ahora bien, la diferencia en el nuevo ciclo social reside en el hecho de que el jefe y su linaje se asocian al antepasado fundador del clan (Godelier, 1998a, 112). Es decir, se vinculan con la historia mítica de la comunidad. ¿Hay indicios para esto último? Para obtener la respuesta se debe volver la mirada hacia Vilanera y examinar el posicionamiento de los túmulos. Como se puede apreciar en la figura 1.11, existe una relación simbólica entre el túmulo de la Primera Edad del Hierro y los del Neolítico, que define la afirmación del estatus del individuo enterrado y la legitimación ideológica de su fuente de poder.

Este proceso evolutivo no solo debió de ser complejo, sino muy lento, gradual y, tal vez, con episodios de resistencia al cambio social. Desde esta perspectiva, la Primera Edad del Hierro puede ser considerada como una etapa de transición en la que se empieza a operar la transformación social que conducirá al desarrollo de la cultura ibérica. El indicio indirecto más claro podría residir en el soporte mítico que parece justificar el poder del príncipe ibero, coherente con este tipo de estructura clánica (Molinos y Ruiz, 2018, 53). Se advierten, conforme veremos a continuación, evidencias de estatus muy pronunciadas en la tipología de los enterramientos de Vilanera (Sanmartí, 2004, 17), en las que parece discernirse alguno de los principios básicos del clan cónico, como la disimetría social y económica entre linajes, característica de este tipo de estructuras.

Un último aspecto que cabe considerar en relación con el cambio en el orden social es el de su influencia sobre la cohesión del grupo de parentesco y la identidad colectiva, que encuentran en el ancestro común el mecanismo ideológico que comienza a dibujar la organización sociopolítica de la comunidad. Un indicio revelador a este respecto lo constituye la aparición de los *oppida*, que conlleva una estructuración del espacio que denota cierta capacidad de organización política (Aranegui, 1998, 9). En congruencia con lo anterior, podría deducirse que es necesaria una fase precedente en la que las comunidades locales empiecen a forjar su reconocimiento como grupo político y su etnicidad. En resumidas cuentas, el cambio en la estructura social es clave para entender la formación de la comunidad política, crucial para el posterior paso al sistema de jefatura, y la construcción de la identidad colectiva, que precede al proceso de autoafirmación y definición étnica que se pone en marcha con la etnogénesis en la segunda mitad del S.VI a.C.

4.4.3. Tumbas y poder en Vilanera. El linaje

El linaje es una parte esencial de la estructura del clan, puesto que este último se compone de varias ramas familiares (Sahlins, 1972, 43; Johnson y Earle, 2003, 291). El linaje es, básicamente, un grupo de filiación que se articula a partir de un antepasado/a común, en el que todos sus miembros pueden establecer la relación genealógica que les une, siendo la distancia al antecesor la que determina el rol social y el tipo de vinculación entre sus integrantes (Sahlins, 1972, 43; González et al., 1983, 15; González et al., 2003, 83). Durante el transcurso de la Primera Edad del Hierro se dejan entrever por primera vez marcadores arqueológicos que sugieren la aparición de linajes que se empiezan a diferenciar socialmente (Aubet, 2005, 119). El registro funerario muestra un acceso restringido a los bienes de importación, siendo plausible que los intercambios comerciales fueran controlados por los linajes principales (Aubet, 2005, 119). Esto evidenciaría una pauta de comportamiento más jerarquizada y la distribución desigual de recursos, consistente con el patrón de cambio social esbozado en las páginas anteriores (Aubet, 2005, 119). El caso del vino ofrece un modelo de desarrollo parecido, dado que su redistribución pudo servir a los jefes de linaje para obtener capital político, consolidar su poder y establecer diferencias sociales entre las distintas ramas del clan (Sanmartí, 2004, 18).

Según todo lo observado hasta ahora, se podría suponer que el linaje tiene memoria social, aunque esta parece recaer sobre la rama principal, que utiliza mecanismos internos como su cercanía genealógica con el ancestro fundador para atribuirse y monopolizar la memoria del grupo, siendo esta posiblemente una de las formas en que se diferencia del resto de la comunidad y justifica, en parte, su fuente de poder. El mito de Rómulo y Remo es un buen ejemplo para ilustrar este punto, pues provienen de estirpe regia (Cicerón, 1984, 87, 2.4). Con arreglo a la leyenda, su padre era Marte, esto es, el fundamento de su poder está implícito en el relato por la naturaleza de su origen, habida cuenta que pueden trazar su memoria hasta un antepasado divino. Sea como fuere, la diferenciación entre linajes parece estar indicando el inicio de la transición hacia un modelo más jerarquizado, por cuanto surge la necesidad de proteger el excedente, el territorio o el comercio de bienes de prestigio, factores que estimulan el desarrollo de la estructura de poder y crean la necesidad de establecer una jerarquía.

Me gustaría retomar una idea de Foucault en la que subraya las analogías existentes entre el método de análisis y la praxis del marxismo y el psicoanálisis (Foucault, 1980, 84). De acuerdo con esta idea y con el fin de comprender mejor los fundamentos de su poder, quizá sea interesante incorporar a la investigación sobre el linaje la estructura psicológica, junto a conceptos básicos del materialismo histórico como dialéctica, valor (economía) o trabajo. Desde esta óptica, cabría considerar el comportamiento social del linaje utilizando categorías psicoanalíticas, como el ethos colectivo, que parece materializarse en la necrópolis y plausiblemente implique a nivel psicológico la aceptación por parte de la comunidad de las relaciones de poder y la ideología que empiezan a emerger en este periodo histórico.

La necrópolis de Vilanera ofrece, a pesar de la precaución necesaria debido a que su investigación sigue en curso, la posibilidad de aproximarnos al estudio de la transformación de la estructura social de estas comunidades, en base a la distribución espacial de los enterramientos y su variada tipología. En cualquier caso, las conclusiones son provisionales y deben tomarse con reserva.

La necrópolis de incineración se fecha, a partir de los materiales de importación, entre finales del S.VII y la mitad del S.VI a.C. (Agustí et al., 2004, 105; Codina y Montalban, 2012, 153; Codina y Pullia, 2018, 89). No obstante, se han documentado otras fases cronológicas, que abarcan el neolítico medio y el Bronce Final (Codina y Pullia, 2018, 89). En la primera campaña de excavación (1999-2000) se hallaron

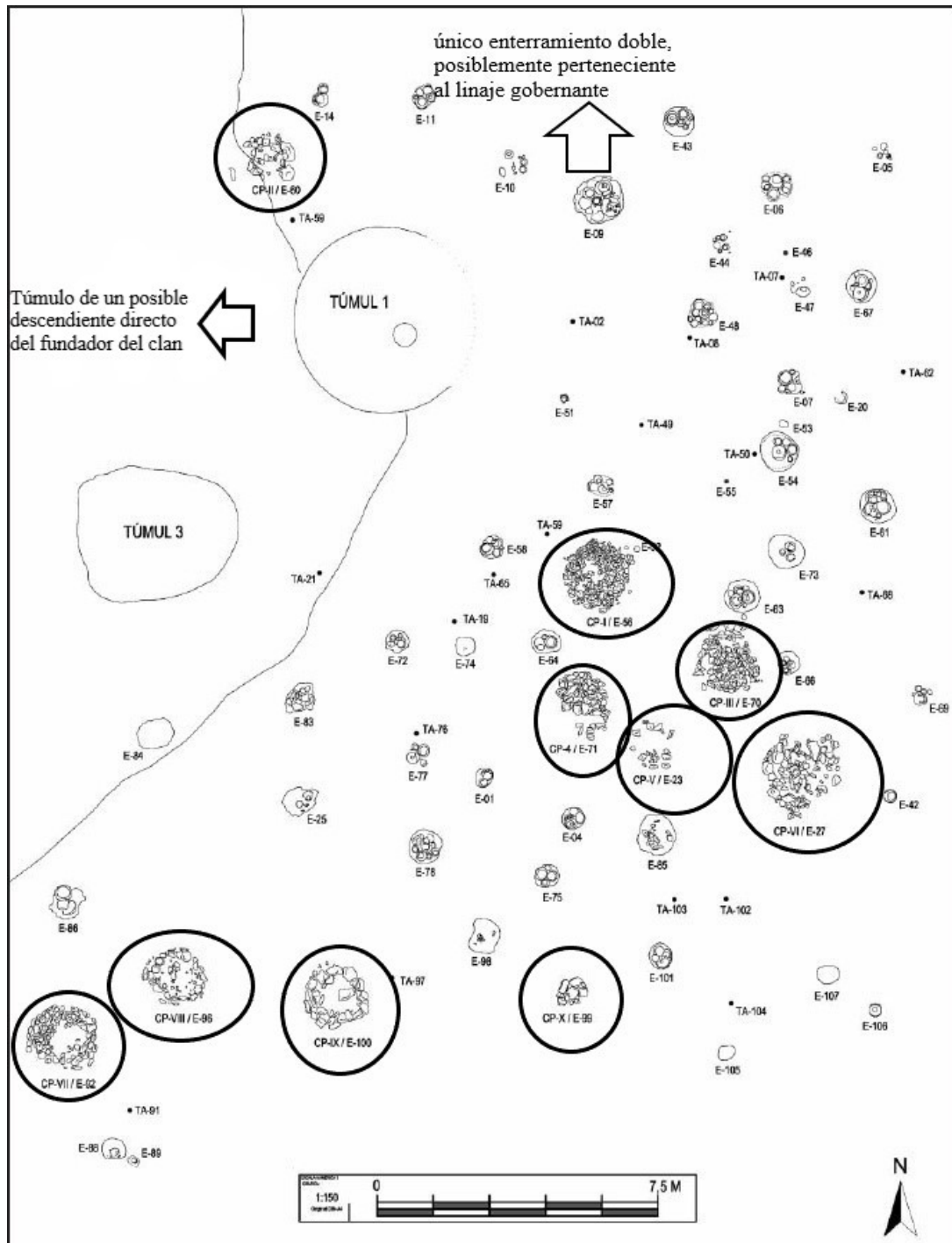


Figura 4.11: Planta general del sector 3 de Vilanera (Codina y Montalbán (2012). Modificada por el autor.

91 enterramientos, a los que cabe añadir los 20 localizados en la última campaña, 3 del Bronce Final y 17 adscritos a la Primera Edad del Hierro (Codina y Montalban, 2012, 153; Codina y Pullia, 2018, 95). Quizá el dato más remarcable sea la presencia de estructuras tumulares. Recientemente se ha excavado y publicado el denominado túmulo 2, datado, en función de su evidencia material, en el neolítico medio (Codina y Pullia, 2018, 95). De tal forma que, según declaró recientemente Marta Santos, el único túmulo que parece pertenecer cronológicamente a la Primera Edad del Hierro es el conocido como túmulo 1 (Santos, comunicación personal, 27 de marzo de 2019). Este ocupa una superficie de unos 15 m² y tiene un diámetro aproximado de 4.5 m. (Agustí et al., 2004, 109; Codina y Montalban, 2012, 153). Su perímetro estaba compuesto por piedras bien puestas y acuñadas verticalmente, excepto en la parte interna, donde no parecen seguir un orden concreto (Agustí et al., 2004, 109; Codina y Montalban, 2012, 154). En su interior fueron descubiertos los restos de una cista, formada por tres piedras colocadas verticalmente, y la base de una urna con los restos incinerados del difunto y algunos fragmentos de bronce (Agustí et al., 2004, 109; Codina y Montalban, 2012, 154).

El siguiente dato que debe ser destacado por su relevancia para este análisis es la variedad tipológica de los enterramientos. Según Codina y sus colaboradores, se distinguen entre los sepulcros con ajuar tres tipos de tumbas: las que no están señalizadas, las marcadas con una estela y las señalizadas con una cubierta de piedras (Agustí et al., 2004, 107; Codina y Montalban, 2012, 154). De igual modo, la dimensión de las fosas con ajuar es mayor que la de los sepulcros que no contienen bienes de ningún tipo, llegando a alcanzar algunas los 2 m de diámetro (Codina y Montalban, 2012, 154). Las estructuras con ajuar funerario y sin señalar representan el 38 % y se dividen en dos tipos como veremos a continuación. Solo hay una tumba con estela que tenía una piedra bien colocada sobre los vasos funerarios. Por último, las sepulturas delimitadas por un círculo de piedras constituyen el 10 % del total y destacan por varios motivos. En primer lugar, se distingue la fosa por poseer un diámetro y profundidad mayor que el resto. En segundo lugar, la disposición del círculo de piedras denota cierta intencionalidad, puesto que en todas se observa que las piedras del perímetro son más grandes, además de que fueron colocadas planas excepto una, que acorde a los excavadores quizás fuese una estela (Agustí et al., 2004, 108 y 109; Codina y Montalban, 2012, 156 y 157).

Habiendo alcanzado el punto de abordar el análisis de la evidencia arqueológica, excluyendo la cultura material mueble que será analizada junto a las necrópolis, me gustaría recordar brevemente una idea de Marx que, por su amplio significado, puede articular esta discusión. En su análisis de la mercancía desarrolla su teoría del valor-trabajo, sobre la que aquí interesa enfatizar que el tiempo de trabajo socialmente necesario para elaborar un ítem, sea cual fuere este, indica la medida de su valor social, método que también parece extrapolable, por ejemplo, al examen de la edificación o los monumentos funerarios (Marx, 1967, 42; Marx, 1970, 45). Marx ofrece aquí un patrón, polivalente y legible en nuestro tiempo, pero con el atributo de ser aplicable al estudio de las sociedades preestatales. El valor tiempo/trabajo es adaptable al contexto histórico y proporciona una medida para evaluar la relevancia social de lo que se construye o fabrica. Esta es, además, una de las grandes contribuciones del materialismo histórico, que proporciona herramientas para el examen de distintos periodos. Con suma prudencia, se podría interpretar el túmulo y la tipología de los enterramientos con estos parámetros, para indagar en aspectos fundamentales de la estructura social como su posible segmentación en linajes y su relación con la base de poder subyacente. En ese sentido, la necrópolis de Vilanera representa a nivel espacial y funerario, el mejor indicio en el territorio para este propósito. De hecho, varios autores han señalado de



Figura 4.12: Detalle de una tumba con cubierta de piedras en Vilanera. Foto realizada por el autor

manera acertada, al analizar la famosa tumba 184 de Agullana, que la tipología de los enterramientos tiende a reflejar las diferencias de estatus (Graells, 2004, 63; Palol y Toledo, 2006, 262).

Para que la siguiente discusión sea relevante, es esencial primero hacer referencia a la ubicación espacial de la necrópolis junto al túmulo neolítico, que posiblemente no es causal, sino intencional. Es, seguramente, una expresión de legitimación simbólica del grupo social en el territorio, que se manifiesta a través de la vinculación con el túmulo de un pseudo-antepasado mítico. Esta línea de investigación la sigue Arturo Ruiz en relación con el análisis y el papel del túmulo de Cerrillo Blanco en Porcuna (Ruiz-Rodríguez, 1998, 293).

Los túmulos funerarios, en general, han sido interpretados sobre la base de la relación dialéctica que se establece entre estas estructuras y el territorio, clave en el mantenimiento de la memoria social y las relaciones de poder (Fernández-Götz, 2014, 103). En lo referente al túmulo de Vilanera, las horas y la calidad del trabajo empleadas en su construcción son, en comparación con el resto de los enterramientos, superiores. Circunstancia que invita a pensar que el enterrado allí escenificó materialmente la distancia jerárquica que lo separaba del resto de la comunidad, lo que parece coherente con su posición espacial y la figura de un jefe de linaje de la rama principal de un clan cónico. Es bastante posible que la inversión de tiempo en una construcción que no tiene un beneficio manifiesto implique, al menos hasta cierto punto, una posición de liderazgo y la capacidad para convocar a la colectividad a trabajar en tareas colaborativas, realizadas posiblemente de forma voluntaria. Sobre este último punto cabe mencionar que, generalmente, las labores grupales cohesionan el cuerpo social, en particular si están vinculadas a elementos o funciones religiosas. Continuando el análisis, el hecho de que en principio solo haya sido documentado un túmulo en esta fase le confiere un gran valor social y simbólico como rasgo distintivo de la comunidad en su conjunto. Es más, se podría argüir que a nivel social tiene el potencial de reconocer el ascendiente de la persona y, por extensión, el prestigio de su linaje, mientras que en el plano simbólico pudo desempeñar el papel de representar el estatus del clan en el ámbito territorial. En este último aspecto, las necrópolis ampurdanesas no cuentan en este periodo con construcciones de estas características. Cabría incluso

considerar el túmulo como un hito en el paisaje con funciones identitarias, en tanto en cuanto que este tipo de prácticas colectivas suelen reforzar los procesos que conducen al desarrollo de la identidad del grupo al vincular la memoria al territorio (Fernández-Götz, 2014, 103).

Lo apuntado con respecto al túmulo es, en cierta medida, susceptible de ser aplicado al estudio de la tipología de los enterramientos. La metodología empleada aquí se fundamenta, siguiendo en este punto a Marx, en correlacionar tipo de tumba-trabajo-linaje (Marx, 1967, 42; Marx, 1970, 45). Lo primero que llama la atención es la variedad en el estilo de las fosas y la diferencia en el diámetro y la profundidad de estas. Esto proporciona una de las claves de significado, pues parece indicar que la organización sociopolítica está segmentada en linajes. De hecho, la diferencia de tamaño entre sepulcros con y sin ajuar ofrece pistas en este sentido; insinúa que las tumbas de mayor prestigio son, en general, más profundas, espaciosas, y su construcción requiere un esfuerzo mayor. Se puede imaginar, tomando como referencia la cantidad de trabajo que debe realizarse para preparar un sepulcro y el tiempo empleado, que los enterramientos reflejan diferencias de estatus entre los linajes, apreciable en las disimilitudes en la relación fosa-trabajo. Esto sugiere, junto a la evidencia del túmulo, que debió de haber un linaje gobernante, que seguramente sería el que ejerciese la función política de coordinar la comunidad en asuntos comunes, tales como la asignación de trabajos, la organización del espacio funerario, o las posibles celebraciones político-religiosas de índole supralocal, características de las sociedades tradicionales (Fernández-Götz y Roymans, 2015, 21). Sin embargo, hay otros detalles que expresan, igualmente, la presumible relación de las tumbas con cubierta de piedras con la rama principal de un clan cónico. Dichas fosas, por su forma y técnica constructiva, dan la impresión de estar dialécticamente asociadas al túmulo, al que parecen emular en todo excepto en la dimensión, aunque esto podría reflejar la intención de mantener la distancia genealógica con el principal del clan y sustentar la primogenitura. En cualquier caso, en la figura 4.11 se observa que estos enterramientos destacan por su agrupación en dos sectores del recinto funerario y por ser dentro del grupo de las fosas con ajuar las más elaboradas. Su morfología y agrupación espacial da a entender que pertenecen a un mismo linaje, aun cuando en el estado actual de las cosas he de reconocer que solo cabe hacer una reflexión hipotética al respecto.

Del análisis del contenido previo se desprende que los cementerios son espacios de memoria en los que la comunidad actúa y refleja el orden social, mistificando su permanencia en la línea del tiempo (Fernández-Götz, 2014, 83). En Vilanera, parece haberse operado una transformación de la estructura social con respecto al sustrato del Bronce Final. La organización sociopolítica parece estar segmentada en ramas que se empiezan a distinguir por razones de estatus y poder. En esta línea, la tumba 9 de Vilanera destaca por su riqueza material y por ser la única doble. En ella se hallaron 17 objetos, entre los que se distingue material mueble fenicio, en concreto 2 pithoi, un huevo de avestruz trabajado y un simpulum, reforzándose así la hipótesis de las desigualdades sociales por su contraste con otros enterramientos. En las necrópolis, en cuanto que son lugares de actuación pública, subyacen relaciones sociales, políticas y de parentesco, que vertebran vertical y horizontalmente los usos funerarios (Fernández-Götz, 2014, 82). Estoy de acuerdo con Fernández-Götz con relación a que en las prácticas mortuorias de la élite, como se puede observar en el túmulo, se establece la jerarquía interna del grupo (Fernández-Götz, 2014, 82). En realidad expresa la importancia de las relaciones políticas para negociar y definir las diferencias de rango. Sin embargo, el deseo de manifestar la memoria social y la identidad de la comunidad parecen responder a un acto colectivo, de tipo horizontal, en el que el parentesco es el elemento cohesionador que prevalece sobre los demás. Esto último nos remite al ethos del linaje y los factores psicológicos;

expresar la identidad colectiva es un acto cultural y por tanto es un constructo social con el potencial de ser manipulado por la ideología, que podría haber identificado los rasgos comunes de la comunidad con los intereses del poder (Bourdieu, 1991, 167; McGuire, 2018, 126). Realmente, la noción de identidad suele aparecer asociada a la de poder, cuya dinámica se establece en todas las categorías intergrupales (Fernández-Götz, 2014, 1).

Después de haber establecido los argumentos para sugerir un cambio en la estructura social a lo largo de esta sección, es fácil suponer el papel crucial que debió desempeñar la ideología en dicho proceso. Su papel sería naturalizar la desigualdad social que se constata en el registro funerario, no al negarla, sino al atribuirle a factores sobrenaturales relacionados con el ancestro mítico o la descendencia genealógica (McGuire, 2018, 126). Así, la transformación jerárquica, que se llevaría a cabo en el curso de varias generaciones, se aceptaría como algo natural, tal y como parece discernirse en los recintos sacros de este periodo.

4.4.4. La familia. ¿Cambio o adaptación?

La familia nuclear es la célula básica del cuerpo social y el segmento más pequeño de la rama familiar a la que pertenece, el linaje (Sahlins, 1972, 31; Friedman, 1977, 198; González et al., 1983, 27; Belarte, 2018, 113). La familia nuclear constituye el modelo elemental a partir del cual surge el resto de las variantes o composiciones familiares (González et al., 1983, 27). Generalmente se distingue entre grupo o unidad doméstica, denominada en la bibliografía anglosajona como *household*, que se caracteriza por la coresidencia, y unidad familiar, que se define por los lazos de sangre (González et al., 2003, 62; Fernández-Götz, 2014, 49). El grupo doméstico es el ámbito en el que la reproducción social se materializa (González et al., 2003, 72). Es donde los individuos adquieren su "capital social", es decir, el bagaje cultural inherente a su grupo social (González et al., 2003, 72). Además, la mayoría de autores consideran que la unidad doméstica es la forma primaria de cooperación económica y consumo desde tiempos inmemoriales (Engels, 1977, 100; Friedman, 1977, 198; Marx, 1979, 97; González et al., 1983, 27; Chapa et al., 2007, 34; Belarte, 2018, 113). De interés particular para el enfoque defendido en este trabajo es el rol político de la familia, puesto de manifiesto en el derecho romano, donde es considerada la base de la organización política, como demuestra el rol del *paterfamilias*, el único que tenía la potestad de votar en las asambleas (García, 1988, 690). Mientras que en la Galia prerromana es calificada como una institución sociopolítica e identitaria (Fernández-Götz, 2014, 48).

En ocasiones se ha postulado la posibilidad de que el modelo de familia, tanto en el Bronce Final como en el periodo ibérico, sea extensa. Durante el Bronce Final, en la costa catalana y la depresión prelitoral, se ha documentado un modelo de hábitat estructurado en pequeñas casas solariegas autónomas y diseminadas por el territorio, en el que las comunidades parecen agruparse en familias extensas (López-Cachero, 2007b, 30). Reconocidos especialistas en la materia han planteado recientemente ideas similares con relación a la estructura familiar durante el periodo ibérico. Los enterramientos de las necrópolis de Cerrillo Blanco y La Noria han sido interpretados en clave de grupos domésticos extensos, mientras que en la zona catalana las grandes casas aristocráticas parecen ser la residencia de grupos más amplios (Belarte, 2018, 131; Molinos y Ruiz, 2018, 46). Por su parte, Fernández-Götz, en un estudio innovador sobre las comunidades de la Galia, ha sugerido convincentemente que la unidad doméstica, agrupada en familias amplias, constituye la base de la estructura sociopolítica de los galos (Fernández-Götz, 2014, 51).

En antropología se entiende por familia extensa a un grupo doméstico compuesto por varias parejas

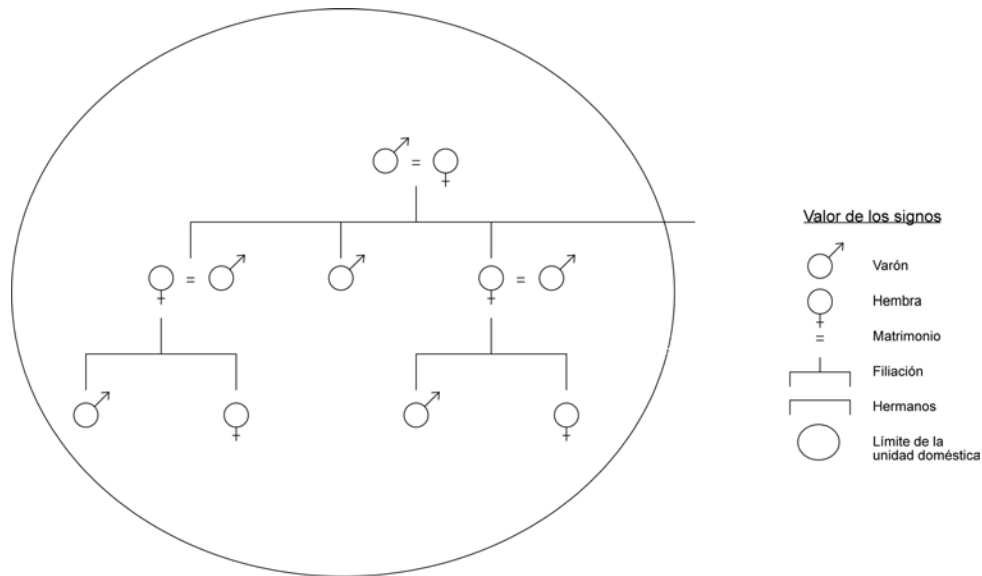


Figura 4.13: Representación gráfica (su stemma) de la familia extensa patrilocal según González et al. (1983). Elaboración propia.

maritales monógamas y sus descendientes (Sahlins, 1972, 101; González et al., 1983, 37; Fernández-Götz, 2014, 49). En general, realiza las mismas funciones que la familia nuclear, solo que lo hace de forma distinta al funcionar como una sola unidad (González et al., 2003, 64). Es, en cierto modo, comparable al concepto antropológico de clan. Ello es debido a que no todos sus miembros deben necesariamente estar vinculados parentalmente con la unidad doméstica principal (Fernández-Götz, 2014, 48). Este tipo de estructura familiar responde, en líneas generales, a la necesidad de hacer frente a los riesgos económicos que se derivan de una economía de subsistencia, pues proporciona más mano de obra para llevar a cabo las diversas tareas (Sahlins, 1972, 101; González et al., 2003, 65). Puede ser patrilocal o matrilocal, aunque se infiere que si la estructura del linaje es patrilineal la familia extensa es patrilocal (Sahlins, 1972, 101). La casa y el grupo doméstico reproducen simbólicamente los mismos principios del clan cónico al que pertenecen; se mantiene la primogenitura en el hogar, y el patrón se reitera en la organización de las actividades económicas del conjunto familiar, en el que la pareja monógama fundadora del grupo ocupa una posición privilegiada (Sahlins, 1972, 103; González et al., 2003, 41). Sin embargo, lo realmente interesante es el hecho de que los integrantes de estos grupos extensos, por lo general, viven en residencias separadas. En realidad se trata de una conjunción de familias nucleares, unidas por lazos parentales y motivaciones económicas, cuyo objetivo es afrontar las crisis de subsistencia mejor preparadas y ser económicamente más eficientes (González et al., 1983, 38).

Sin descartar otras explicaciones, me gustaría proponer, a nivel teórico, que la unidad básica de la estructura social quizás estuviera formada por grupos domésticos amplios. Ello es difícil de constatar, aunque hay indicios arqueológicos que sugieren, conforme a los patrones económicos que definen a estas agrupaciones familiares y la opinión de los autores consultados, dicha posibilidad. La aparición del mijo en el registro arqueobotánico supone, como analizaré en la siguiente sección, el inicio del giro al policultivo. Lógicamente, en sus primeras etapas debió de coexistir con el modelo precedente. Sin embargo, cabe suponer que el cambio gradual a campos de cultivo más extensos y permanentes requeriría de más mano de obra y de la cooperación entre grupos familiares. Este motivo es consistente con el modelo propuesto y las características organizativas que subyacen en la estructura de la familia extensa. De hecho, estudios

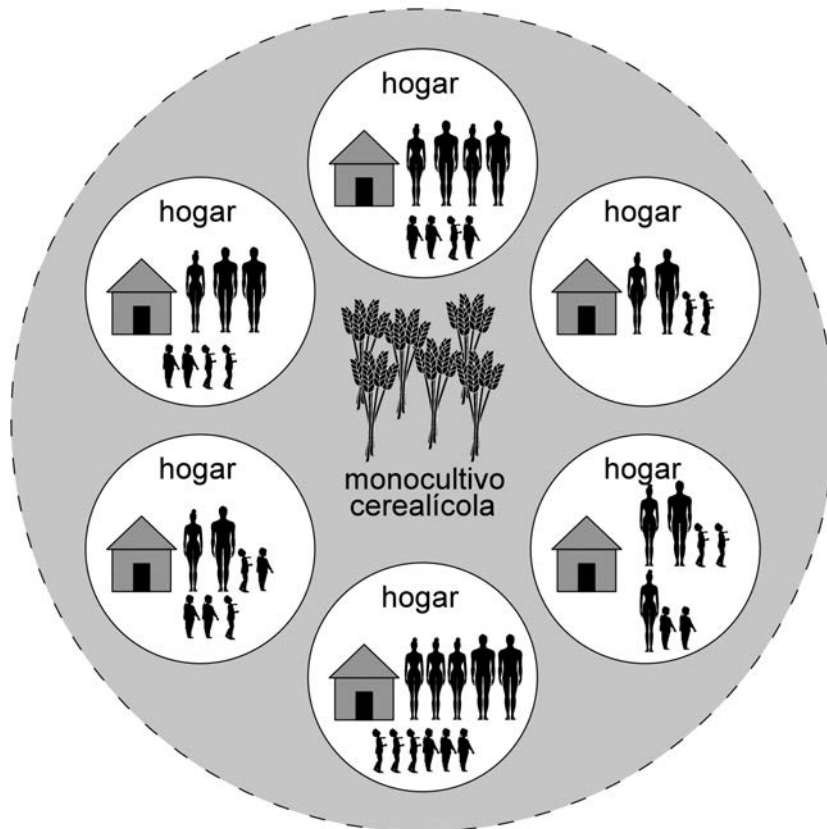


Figura 4.14: Relación entre la familia extensa, formada por la unión de varias familias nucleares, y el monocultivo cerealícola. Modificado por el autor a partir de una idea de Fernández-Gözt (2014)

relevantes han puesto el acento en la colaboración entre unidades maritales, tanto para hacer frente a la competencia como para prevenir el riesgo en la producción (Sanmartí, 2004, 13; Rafel, 2017, 411). Por otra parte, las viviendas de este periodo, de reducidas dimensiones y asociadas a zonas aptas para la agricultura (Belarte, 2018, 115), han sido interpretadas por la misma autora como posibles residencias de familias nucleares por su escaso tamaño (Belarte, 2018, 131). No obstante, otra posible hipótesis es considerarlas como agrupaciones amplias vinculadas por lazos de parentesco. Esto es, grupos domésticos extensos que presumiblemente cultivarían los campos conjuntamente con la finalidad de optimizar tanto el rendimiento como los riesgos inherentes al nuevo modelo de cultivo que empieza a dibujarse en el paisaje social. El registro funerario ofrece, de igual forma, alguna evidencia en ese sentido. En la necrópolis de Can Bech de Baix se han identificado concentraciones importantes de tumbas definidas por la decoración de la urna, entre las que se encuentran ajuars masculinos y femeninos, que han inducido a pensar que reflejan una estructuración del espacio compartimentado en grupos familiares (Palol y Toledo, 2006, 229), que quizás fueran extensos. En Can Piteu se han documentado también conjuntos de tumbas, cubiertas por un mismo soporte lítico, que pudieron pertenecer a grupos de parentesco (Carlús et al., 2007, 151). Lamentablemente, la información no permite corroborar esta conjetura, pero sí al menos que sugiere la plausibilidad de que la base de la organización sociopolítica fuera la familia extensa.

Cabe reseñar, por último, que en el proceso de cambio social, la única institución que no parece transformarse es la familia. Por el contrario, lo más probable es que se adaptase a la nueva organización social. Esto parece indicar que no está en contradicción con las modificaciones sociopolíticas que se llevan a cabo en este periodo histórico. Por contra, es un organismo polivalente que se acomoda a la evolución

de la estructura social. De hecho, en Roma sobrevive a la transición al imperio sin alterar su conformación interna. Se colige, por tanto, que se distingue por su adaptabilidad al cambio, factor que la diferencia del resto de estructuras del sistema social.

4.5. El giro económico: la transición desde un sistema de cultivo aislado al policultivo cerealícola

A nivel económico, probablemente, el hecho más remarcable quizás sea el inicio del giro al policultivo cerealista, constatado arqueológicamente desde el momento en que aparecen en el registro arqueobotánico los cereales de primavera, en especial el mijo en sus dos variedades, el común (*Panicum miliaceum*) y el itálico (*Setaria italica*), al que posteriormente se unirán otros cereales de primavera como la avena (*Avena sativa*). Los análisis carpológicos en los niveles más antiguos de la Illa d'en Reixac y la fase IIa de Sant Martí d'Empuriés han documentado la presencia de mijo junto a otros cereales (Martín, 1998, 56; Castanyer et al., 1999a, 107). Con la incorporación de los cereales de primavera se supone, según Buxó, que se empieza a aplicar un sistema de rotación que incluiría cereales de invierno y de primavera, acompañados de leguminosas y la práctica del barbecho (Buxó, 1997, 301). De acuerdo con los datos que se manejan, los mijos pudieron haber sido introducidos en la Península Ibérica a través de los Pirineos (Buxó y Piqué, 2008, 169). Más adelante veremos la ruta de difusión de este cereal. Sin embargo, se debe hacer hincapié en que el taxón del mijo también aparece representado en el periodo del Bronce Final en Can Piteu-Can Roqueta (Buxó, 2007a, 76). Dato a partir del cual se puede concluir que su introducción fue lenta y que el proceso de transición de un sistema agrícola a otro debió de ser largo, coexistiendo ambos modelos seguramente durante toda la Primera Edad del Hierro y parte del Ibérico Antiguo.

4.5.1. Mijo y complejidad social. Un fenómeno a escala global

Uno de los episodios más significativos y con mayores repercusiones de la prehistoria es el de la denominada globalización alimentaria, que tiene en el equipo de arqueobotánica de la Universidad de Cambridge, dirigido por el profesor Jones, uno de sus principales impulsores. El fenómeno hace alusión al consumo de los mismos recursos en distintas culturas y en diferentes partes de Eurasia, para lo que fue necesario la translocación de cultivos, muy especialmente la de cereales (Jones et al., 2019, 21). Sin embargo, este suceso no se restringe a la Prehistoria, sino que encontramos ejemplos en otros períodos, siendo uno de los más representativos el intercambio de productos agrarios entre el viejo y el nuevo mundo, entre los que destaca por su relevancia histórica la introducción de la patata en Europa y del maíz en África (Jones et al., 2011, 668; Jones et al., 2019, 21). El proceso se divide, a grandes rasgos, en tres etapas consecutivas (Jones et al., 2019, 26):

5000 a.C.: hasta esta fecha las comunidades agrícolas están aisladas y por tanto aprovechan los recursos bióticos locales (Jones et al., 2019, 26).

5000-2500 a.C.: comienza la difusión de cereales y los conocimientos técnicos asociados a la misma. A pesar de que dicho movimiento abarcó considerable distancia, se mantuvo ecológica y geográficamente restringido (Jones et al., 2019, 26).

2500-1500 a.C.: un considerable número de cereales cruza fronteras geográficas, modificando substancialmente el paisaje, en especial a partir de 1500 a.C. El desplazamiento de cereales puso en

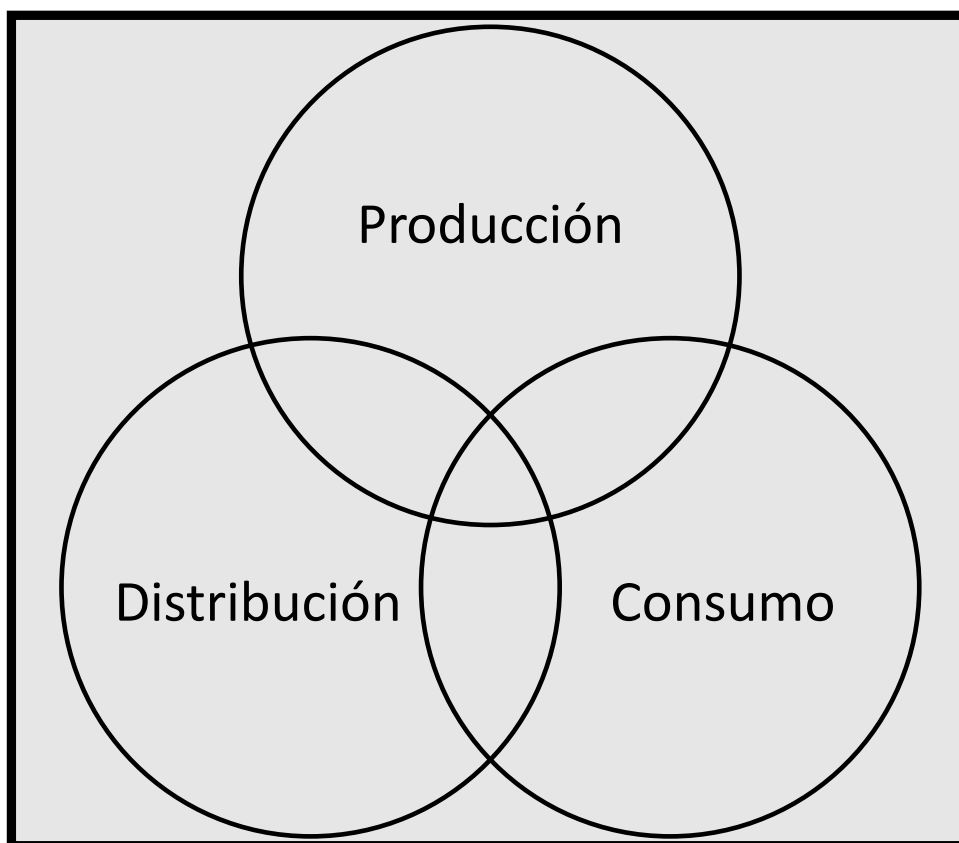


Figura 4.15: Esquema general de la producción según Marx (1970). Elaboración propia.

cultivo nuevas tierras, creando ecosistemas que terminarían por transformar el patrón de poblamiento predominante hasta ese momento (Jones et al., 2019, 26).

Conforme a la documentación de que disponemos, la expansión de los cereales se produjo en doble sentido. Los cultivos de invierno se propagaron hacia China, mientras que cereales de primavera, como el mijo, se extendieron en dirección a Europa, donde los cereales autóctonos eran de invierno (Goude, 2012, 120; Jones et al., 2019, 25). La globalización alimentaria tuvo el efecto de poner en contacto sistemas ecológicos y poblaciones que habían estado aisladas hasta ese momento, estableciendo un modelo agrícola enfocado al policultivo cerealícola, que a la larga transformaría la agricultura en Eurasia (Jones, 2008, 194; Jones et al., 2019, 21). La combinación de cereales permitió sembrar en varias estaciones y por tanto un mejor aprovechamiento del año agrícola, facilitando a su vez un uso pleno de las tierras bajas que terminaría, con el tiempo, cambiando un paisaje social dominado por núcleos de habitación en altura (Jones et al., 2019, 26). En este aspecto cabe recordar, sin intentar crear un vínculo directo, que la transformación política del paisaje en el área de estudio coincide, grosso modo, con la aparición del mijo en el registro arqueológico de aldeas como la Illa d'en Reixac, el Puig de Sant Andreu y Sant Martí d'Empúries. El giro al policultivo cerealista no solo está documentado a través de los restos carpológicos, sino que aparecen menciones explícitas en el registro escrito de China y en las tablillas cuneiformes de Mesopotamia (Jones et al., 2011, 669; Jones et al., 2019, 26).

La globalización alimentaria durante la prehistoria es impulsada por tres factores potenciales, a saber, "el oportunismo ecológico, las relaciones económicas y la elección cultural" (Jones et al., 2019, 667). El oportunismo ecológico amplió significativamente la variedad de suelos susceptibles de ser cultivados, lo cual fue incentivado por la propagación de cultivos que destacan por tener un ciclo de crecimiento y

maduración breve (Jones et al., 2019, 668). Por ello, no es sorprendente que el mijo fuese el primer cereal en expandirse. Su cultivo permite un alto rendimiento en un corto periodo de tiempo, favoreciendo un uso óptimo del territorio y que el nuevo grano pudiera incorporarse al sistema de producción agrícola que empezaba a modelar el paisaje agrario (Jones et al., 2019, 669). Tanto la evidencia arqueológica como la textual indican la existencia de nichos ecológicos intensamente cultivados en diversas zonas de Eurasia. Más concretamente, las tablillas cuneiformes hacen referencia a una agricultura que tiene lugar en parcelas con una forma determinada y sembradas con cultivos únicos (Jones et al., 2019, 669). Los textos aluden particularmente a una cosecha de cebada en otoño y una posterior de mijo (Jones et al., 2019, 669). Por consiguiente, se puede deducir el importante papel desempeñado por el cereal de primavera en un sistema intensivo de cultivos múltiples (Jones et al., 2019, 669). Parece igualmente existir un vínculo directo entre el cultivo, la producción de cereales y los procesos de complejidad social. Buena prueba de ello es la relación del multicultivo con el desarrollo de un orden político más amplio para organizar la sociedad de forma más jerárquica (Buxó y Piqué, 2008, 137; Jones et al., 2019, 669), como hemos visto en el hábitat y las necrópolis de nuestra región de estudio. Evidentemente, en la zona catalana adolecemos de falta de registro escrito, pero contamos con la evidencia material que proporcionan los numerosos carporrestos y las concentraciones de silos aparecidas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro (Buxó y Piqué, 2008, 173). Estas posiblemente expresen una fase de transición de un modo de producción agrícola aislado al policultivo intensivo, pues aún no se han generalizado las aglomeraciones de graneros subterráneos en el paisaje agrícola. Cabe subrayar por su relevancia el agrupamiento de silos en establecimientos como la Font de la Canya (Asensio, 2005, 559; Asensio et al., 2012, 434), Can Roqueta (Carlús et al., 2005, 1040), o la UAB (Canal y Rovira, 2000, 148). En el Ampurdán también hay evidencias de almacenamiento durante este periodo en Pontós, el conocido como silo 16 (Buxó et al., 2000, 155), al que quizás podamos añadir otros conforme avance el estudio de este yacimiento clave.

La introducción de nuevos cultivos tuvo repercusiones sobre el ámbito del orden jerárquico y las relaciones económicas, sobre todo en lo que concierne a estas últimas, posibilitando que se pudiera alimentar por primera vez una fuerza laboral subordinada (Jones et al., 2011, 668). A este respecto se ha sugerido que la densidad de la población y la división del trabajo son factores claves para entender los procesos de complejidad social (Sanmartí, 2004, 8). Con lo cual se revela el peso a nivel social del giro al policultivo específico en términos de su capacidad para alimentar a una población que, de acuerdo con las apariencias citadas, parece incrementarse durante esta fase histórica. En el contexto general, los textos cuneiformes y los pasajes citados con relación a la difusión del mijo son consistentes con sociedades jerarquizadas y organizadas por medio de rangos y grupos sociales (Jones et al., 2011, 669). Las tablillas mencionan, textualmente, el control de la producción y distribución de los cultivos por parte de la autoridad palacial (Jones et al., 2011, 669). A lo que cabría añadir un tercer factor crucial, el consumo, considerado por Marx como el punto final de un ciclo, el de la producción, en el que lo producido muta de producto a objeto de consumo (Marx, 1970, 254).

Sin embargo, los datos arqueológicos que sugieren una plausible relación entre la incorporación y el consumo de nuevos cereales en la paleodieta y el desarrollo de los procesos de complejidad social y jerarquización que se observan en la documentación escrita no se restringen a Mesopotamia, India, Pakistan o China. Por el contrario, estudios recientes han puesto el énfasis en temáticas parecidas en yacimientos de la Edad del Bronce en el norte de Italia y Francia (Goude, 2012, 120). Efectivamente, las innovaciones tecnológicas vinculadas a las aleaciones de metales y el comercio que se advierten

durante este periodo en estas áreas culturales coinciden, cronológicamente, con las primeras evidencias de la introducción y cultivación de mijo (Goude, 2012, 120). El nexo entre policultivo y desarrollo económico ha sido puesto de manifiesto en yacimientos de la Edad del Bronce Inicial, Medio y Final del norte de Italia como Olmo di Nogara, Sedegliano y Lavello (Goude, 2012, 120). De hecho, según el registro arqueobotánico, la ruta de difusión del mijo, que se inicia en China, discurre a lo largo de la estepa euroasiática que comunica Europa con Asia Central, para entrar en Europa a través del Cáucaso (Corso et al., 2022, 297 y 298). Por ello, es poco probable que África sea el foco de dispersión de este cereal. Siguiendo una cronología que parece coherente con el ritmo de expansión del mijo y los hallazgos arqueobotánicos, el patrón mencionado se ha documentado durante el Bronce Medio en el Languedoc y zonas centrales como Alvernia (Goude, 2012, 121). En cuanto a la presencia de estos taxones en la Península durante la Edad del Bronce, se conoce que fueron cultivados según los datos de campo en tres áreas concretas: en el sureste, el valle del Cinca y algunas zonas de Portugal (Alonso, 2000, 31). Aunque la imagen que prevalece para este período es la de un cultivo secundario y cuantitativamente poco numeroso (Alonso, 2000, 33). En base a lo expuesto, no es de extrañar que el mijo este bien representado en los núcleos de habitación de la zona de estudio, puesto que parece seguir una secuencia lógica de difusión geográfica. En términos de complejidad social, para que se materializara la transición hacia modelos más jerárquicos se requería de un recurso que fuera fácilmente "imponible, controlable, medible, transportable y sobre todo almacenable", a saber, el cereal (García, 2000, 193-195; Jones, 2008, 194 y 195). De ahí la importancia de las primeras aglomeraciones de silos, que podrían estar reflejando en el plano económico los cambios sociales que parecen evidenciar la distribución espacial y tipología de los enterramientos en Vilanera.

En cuanto al último factor potencial, la elección cultural por parte de la cultura receptora, no parece haber consenso entre los especialistas. Conocidos investigadores como Goude y Tafuri, a diferencia del equipo del profesor Jones, no encuentran una relación directa entre opciones específicas de alimentos y datos de isótopos estables (Tafuri et al., 2009, 146-153; Goude, 2012, 121).

4.5.2. El cultivo de artiga y los jardines

Es complicado separar la economía, eminentemente agrícola, de las estructuras sociales y políticas, de ahí la importancia de la familia como unidad de producción y base de las nuevas formas de organización compleja (Sahlins, 1972, 119; Belarte, 2018, 119). Por esta razón, en este periodo histórico la producción gira en torno a las necesidades familiares, es decir, aún no se ha consolidado plenamente una economía excedentaria (Sahlins, 1972, 120). La economía de base familiar puede implicar la cooperación con otras casas o agrupaciones familiares con el objeto de optimizar la consecución de recursos (Sahlins, 1972, 121; Sanmartí y Santacana, 2005, 39). De tal guisa que a nivel económico es plausible plantear la existencia de estructuras familiares extensas organizadas en hogares independientes en el marco de una economía de subsistencia.

El sistema de cultivo preibérico, que debió de coexistir, al menos desde que se empieza a documentar el mijo, con una agricultura de base permanente, es el conocido como modelo de artiga o roza. Dicho modelo sería complementado con el aporte de la ganadería y la recolección de frutos y plantas silvestres (Sanmartí y Santacana, 2005, 40; Jones, 2008, 195; Belarte, 2018, 119). Antes del giro al policultivo y los campos permanentes arables, las parcelas de cultivo se parecerían a jardines, con plantaciones mixtas bien atendidas (Jones, 2008, 194). El primer paso para disponer de estos jardines consistía en seleccionar

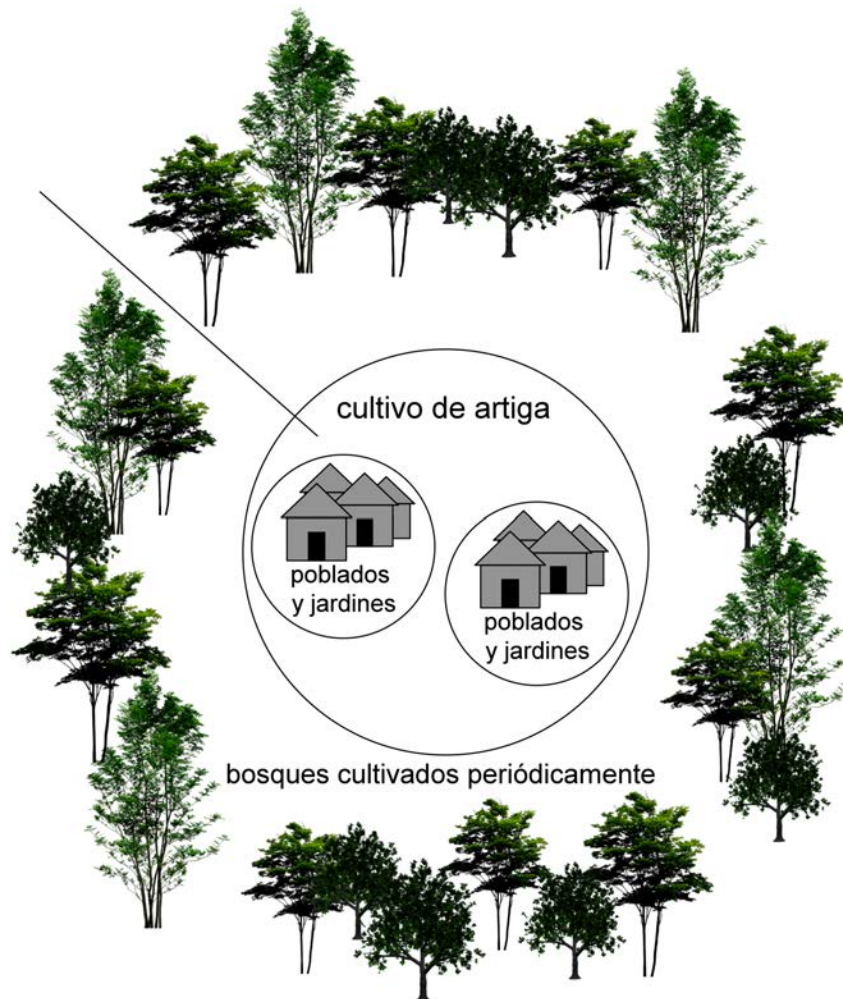


Figura 4.16: Modelo de cultivo de artiga. Idea original de Dominique Garcia (2000). Modificado por el autor

el solar, talar los árboles y desbrozar el terreno por medio del sistema de artigado (Buxó, 1997, 169; Garcia, 2000, 190; Sanmartí y Santacana, 2005, 40). A tal efecto, se utilizaba probablemente el fuego para deforestar el suelo elegido, con el fin de aprovechar las cenizas resultantes como abono para la tierra una vez que estaba cavada (Buxó, 1997, 169; Sanmartí y Santacana, 2005, 40); de esta manera quedaba el terreno preparado para la siembra (Buxó, 1997, 169; Sanmartí y Santacana, 2005, 40). Esta práctica agraria es de tipo temporal y por tanto implicaba la movilidad de los grupos familiares involucrados, pues las parcelas eran cultivadas por un número indeterminado de años, siendo después abandonadas durante un decenio o más con el fin de regenerar la tierra y repetir la operación (Buxó, 1997, 169; Garcia, 2000, 190; Sanmartí y Santacana, 2005, 40).

Muy relacionado con la cuestión de la producción agrícola y el sistema de cultivo es la del utillaje utilizado para sembrar los campos. De acuerdo a los indicios, la herramienta agrícola era en su mayor parte de madera. Aunque el hierro se conocía en el S.VII a.C., aún no se había generalizado su uso en la agricultura (Sanmartí, 2004, 12; Rovira-Hortalá, 2008, 459; Buxó y Piqué, 2008, 200). El problema de este tipo de artefactos es que debido a su naturaleza orgánica se han preservado muy mal en el registro arqueológico, aunque diversos especímenes se han conservado en el poblado neolítico de La Draga, en concreto hoces, palos cavadores y mangos de azuelas, así como restos de un arado de madera de olivo en

Castellet de Bernabé, ya en época ibérica (Buxó y Piqué, 2008, 55, 62, 65, y 75). Los principales utensilios agrícolas fueron hachas, bastones para cavar, layas, azuelas y arados, herramientas usadas generalmente para remover y arar la tierra, con lo que se consigue una mejor regeneración de la fertilidad del suelo (García, 2000, 190; Buxó y Piqué, 2008, 212). El arado es fundamental para mejorar el método de cultivo y de este modo implementar la productividad, puesto que permite arar superficies más amplias y colonizar nuevas tierras, particularmente en contextos hidrológicos con terrenos más ásperos y pedregosos (Buxó, 1997, 299; Buxó y Piqué, 2008, 212). Se presume que hasta la aparición de las rejas de hierro los arados eran de madera, constituidos de una sola pieza. Se distinguen dos modelos, dependiendo de si la parte que surcaba la tierra había sido endurecida al fuego o contaba con un elemento lítico o de hueso para remover la tierra (Buxó y Piqué, 2008, 200). Estos arados debieron de desempeñar un papel crucial en la labranza de los primeros cultivos permanentes, agilizando las labores agrícolas e incentivando la especialización agraria, esenciales para el giro al policultivo cerealícola y el desarrollo de modelos más jerárquicos (Buxó y Piqué, 2008, 200).

Las muestras carpológicas de los principales yacimientos del Ampurdán muestran el predominio de los cereales, acompañados de legumbres y frutos como la bellota, la cereza o la mora (Canal y Rovira, 2000, 141; Buxó y Piqué, 2008, 171; Rafel, 2017, 411). El taxón más representado en la fase Ib de la Illa d'en Reixac es la cebada vestida (*Hordeum vulgare*), junto al trigo desnudo (*Triticum aestivum*) y el mijo en sus dos variedades; en el grupo de las leguminosas destacan la lenteja (*Lens culinaris*) y el guisante (*Pisum sativum*) (Martín, 1998, 69; Buxó, 1999b, 269 y 271). La misma pauta se repite en los estratos más antiguos del Puig de Sant Andreu, en el que sobresale por su relevancia cuantitativa el taxón del mijo (Buxó, 1999b, 272). En Sant Martí d'en Empúries observamos un patrón similar, aunque en este asentamiento fue documentado algún resto esporádico de uva (Castanyer et al., 1999a, 124; Canal y Rovira, 2000, 141; Buxó y Piqué, 2008, 189). El binomio cereal-leguminosa contribuyó a equilibrar la dieta alimenticia, a la vez que ayudaba a regenerar y fertilizar la tierra al proporcionar nitrógeno atmosférico al suelo (Canal y Rovira, 2000, 146; Buxó y Piqué, 2008, 139). Las leguminosas son un complemento nutritivo rico en proteínas; se sabe poco de su preparación culinaria, aunque es probable que se hirvieran como paso previo a un tratamiento más elaborado (Canal y Rovira, 2000, 146; Buxó y Piqué, 2008, 183).

4.5.3. La roturación de nuevos terrenos. La influencia de los primeros campos de cultivo permanente sobre la estructura política

La evidencia disponible de momento parece indicar que la transformación en el modelo de ordenamiento del paisaje social iría posiblemente acompañada de una expansión de la superficie agraria y un cambio en el sistema de explotación del entorno que se refleja en los principales yacimientos del Ampurdán (Canal y Rovira, 2000, 142; Buxó y Piqué, 2008, 129; Rafel, 2017, 411). En virtud de ello, se ha argumentado que la aparición y concentración de estructuras de tipo silo posiblemente indique la existencia de excedente (López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 48). De acuerdo con estos datos, la sustitución del cultivo de artiga por un método agrícola basado en el barbecho parece producirse durante el S.VI a.C., aunque el proceso sería muy lento y gradual (García, 2000, 194). Son varios los indicadores que sugieren dicho cambio en la zona catalana, como el aumento sensible en el número de variedades cultivadas, en especial los cereales, la deforestación del paisaje y la aparición de las estructuras de almacenamiento, que adquiere forma material en los campos de silos (García, 2000, 194). Es por ello que parece factible sugerir que es

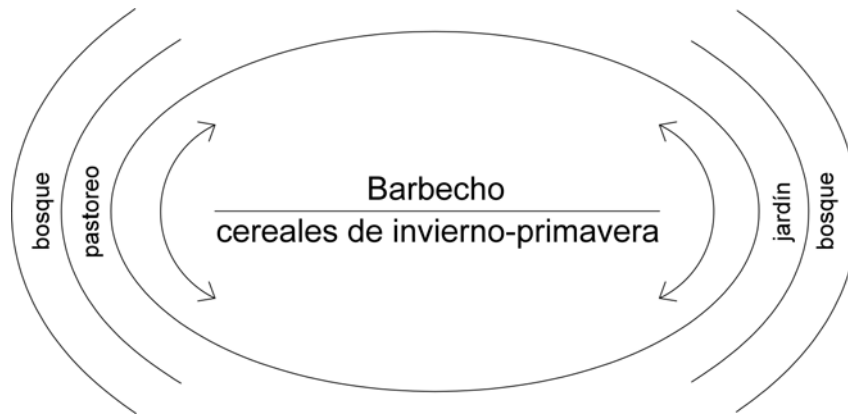


Figura 4.17: Modelo de cultivo bienal o de barbecho. Idea original de Dominique Garcia (2000). Modificado por el autor

ahora cuando se inicia el giro al policultivo cerealista y se manifiestan los primeros campos de cultivo permanente. Esto transformará en un corto periodo de tiempo la organización sociopolítica al dar pie, junto a otros factores como el cambio en la estructura social, a la formación de las primeras entidades territoriales o de caudillaje, características del Ibérico Antiguo (Sanmartí y Santacana, 2005, 49).

Conforme a las consideraciones expuestas, he optado por introducir aquí la evidencia empírica relativa al sistema de cultivo extensivo. A pesar de la falta de datos, la práctica de una forma de agricultura permanente conlleva, implícitamente, la utilización de técnicas agrícolas más complejas, como el barbecho y la rotación de cultivos (Buxó, 1997, 302; Canal y Rovira, 2000, 147; Buxó y Piqué, 2008, 214). Los dos principales sistemas de cultivo son el de ciclo corto o bienal y la rotación de tipo trienal. En la agricultura de ciclo corto se suceden una cosecha de cereales con un año de barbecho que proporciona a la tierra el reposo necesario para restituir sus nutrientes, iniciándose de nuevo la siembra el otoño siguiente a la última cosecha (Buxó, 1997, 302; Alonso, 2000, 39; Buxó y Piqué, 2008, 214). En la Grecia antigua se practicaba una rotación bienal fundamentada en el monocultivo de semillas de invierno, que se alternaban con el barbecho en periodos de dos años de duración, aunque es necesario matizar que la falta de datos científicos impide aseverar con certeza el tipo de sistema de cultivo utilizado durante la Primera Edad del Hierro (Buxó y Piqué, 2008, 214). En la rotación trienal, por su parte, se cultivaba un año un cereal de invierno y al siguiente se plantaba un grano de primavera, en ambos casos acompañados por leguminosas y plantas forrajeras, junto a un periodo de barbecho; esta práctica permite incorporar cultivos de primavera y es compatible con los modelos de agricultura tradicional (Alonso, 2000, 39; Buxó y Piqué, 2008, 214). Según Buxó, el barbecho y la rotación de cultivos serían las técnicas agrícolas más importantes. A pesar de no contar con datos que confirmen estas prácticas, podemos asumir implícitamente el uso de los dos métodos, habida cuenta que la expansión de la cerealicultura supuso la fijación del terreno en la organización agrícola (Buxó, 1997, 302). Es decir, se trata de una forma de agricultura permanente en la que se extienden los sistemas de cultivo sobre la base de la rotación y el barbecho (Buxó, 1997, 302).

En términos políticos, el giro al policultivo cerealícola, caracterizado por la introducción del mijo y la aparición del excedente agrícola, favoreció que los bienes de subsistencia circularán, de distinta forma, entre todos los estratos de la organización social (Jones, 2008, 191). La élite intercambiaría recursos alimentarios por otros productos de difícil acceso, como cerámica de importación, vino, metales, perfumes o textiles. Ello les permitiría controlar los mecanismos del comercio a larga distancia y la red distributiva (Sanmartí, 2004, 16; Jones, 2008, 191; López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 48). Esta estructura

cónica se mantenía internamente por la redistribución de bienes de prestigio y era reafirmada a través de la hospitalidad y los banquetes de lujo ofrecidos por los jefes de linaje, que de esta forma ratificaban y consolidaban la base de su poder político (Sanmartí, 2004, 16; Jones, 2008, 191; López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2012, 48). Cabe reseñar, sin embargo, que la cadena redistributiva dependía en gran medida de la producción de un recurso que fuese sobre todo almacenable y transportable, como el cereal, hecho constatado gracias a sus contenedores y a los campos de silos (Carlús et al., 2007, 136; Jones, 2008, 194).

La celebración de banquetes se ha sugerido a partir del hallazgo en contextos funerarios de ciertos elementos vinculados con este tipo de ágapes, como los asadores de hierro y el simpulum decorado con finas líneas incisas del enterramiento E-399 de Can Bech de Baix o la vajilla de importación (Palol y Toledo, 2006, 192 y 197; López-Cachero, 2007a, 115; Asensio, 2017a, 34; López-Cachero y Rovira-Hortalá, 2017, 70). Objetos relacionados con festines suntuosos y el servicio y consumo de vino han sido documentados, asociados a enterramientos que destacan por la riqueza material de sus ajuares, en las necrópolis de Vilanera, Agullana y Can Piteu (Palol y Toledo, 2006, 192 y 197; Carlús et al., 2007, 136). Un banquete competitivo es aquel en el que la comida y la bebida desempeñan un papel crucial en la dinámica sociopolítica de la comunidad (Jones, 2008, 190). En estas celebraciones especiales no solo se consume, sino que es un evento en el que parte de los recursos producidos por las familias campesinas son entregados en forma de tributo, normalmente a cambio de protección en tiempos de necesidad, al líder del grupo social o a autoridades religiosas como los sacerdotes (Jones, 2008, 190). De tal forma que estas fiestas ligan al conjunto social con el jefe de linaje mediante la creación de un sentimiento de endeudamiento social (Jones, 2008, 190). Aquí radica una de las razones por las que el giro al policultivo es crucial a nivel social, por cuanto pudo integrar a los grupos aldeanos aislados en un sistema más complejo como la comunidad política, fomentando a su vez la cohesión de la identidad colectiva. Esta dinámica habría estimulado los procesos socioculturales y de estratificación que dieron pie a mediados del S.VI a.C. a la formación de estructuras políticas del tipo de jefatura en el Ibérico Antiguo (Sanmartí y Santacana, 2005, 49; Jones, 2008, 190).

4.6. Las necrópolis. Una lectura sociopolítica del registro funerario

El cementerio es un lugar de "actuación pública y violencia simbólica" en el que la cohesión social y la jerarquía interna del grupo se establecen a través de la práctica mortuoria (Fernández-Götz, 2014, 82). El paisaje funerario parece reflejar un periodo de transición ideológica que evidencia un nuevo modelo político, caracterizado por la emergencia de estructuras cónicas que vinculan el pasado mítico al presente y fomentan la percepción de compartir identidad social. La ideología proporciona los instrumentos para que el cuerpo social se manifieste de forma política, integrando a los distintos agentes sociales en las luchas de poder (McGuire, 2018, 126). Las necrópolis son, desde esta perspectiva, el espacio donde el grupo dirigente desarrolla su estrategia ideológica, tendente a ocultar, o al menos a disimular, las relaciones de poder. Pero además, son el ámbito en el que la élite social se perpetúa en la línea del tiempo mediante su manipulación, erigiendo un nexo con los ancestros con el que adquieren capital político para establecer su base de poder social. En términos foucaultianos, cabe interpretar los cementerios como el terreno en el que se muestra el orden teórico de la sociedad como estructura y su construcción ideológica, con el



Figura 4.18: Punta de lanza, hebilla de cinturón y fíbula. Necrópolis de Vilanera. Fotografía realizada por el autor

objetivo de legitimar la posición dominante de determinados segmentos de la comunidad y naturalizar su fuente de poder a través del encubrimiento de las desigualdades sociales. Cabría definir el recinto funerario como un espacio acotado que actúa a modo de mecanismo de la línea del tiempo, permitiendo al trazar genealogías por medio de los ancestros que perdure la memoria social y superar una esfera que es irremediable, la muerte. Por esta razón, los establecimientos sacros aparecen frecuentemente asociados a conceptos relacionados con la cosmogonía, la visión del más allá y el sistema de creencias. En virtud de ello, encontramos mitos fundacionales en prácticamente todas las culturas de la antigüedad, generalmente entrelazados con las relaciones de poder y la identidad social, que forman parte de una memoria cultural que es mantenida por rituales y ceremonias (Fernández-Götz, 2014, 82).

La transformación que se percibe en el plano ideológico también se revela en el registro arqueológico mediante la manifestación de marcadores que sugieren una dinámica similar en otras esferas, como el ámbito económico, las relaciones coloniales, el poblamiento o la estructura social. Algunos de estos marcadores arqueológicos son la aparición de un nuevo metal, el hierro, la introducción del mijo, la distribución de bienes de prestigio, la variada tipología de los enterramientos, la proliferación de vasos de acompañamiento en los ajueres funerarios o el armamento, compuesto principalmente por puntas de lanza, flecha y hojas de espada.

De manera significativa, la composición de los ajueres funerarios, constituidos por objetos que pueden ser considerados discriminantes sexuales, como armas, cuchillos y navajas de afeitar para los hombres y fusayolas y botones para las mujeres (Palol y Toledo, 2006, 229; Graells et al., 2010, 52), apunta a roles de género diferenciados (Cintas y García, 2019, 18). Eso sí, hay que tener en cuenta que las atribuciones de género no traspasan el umbral de lo hipotético. Aunque este planteamiento sugiere la existencia de una ideología en la que se observan desigualdades de género, al menos en lo que concierne a los bienes del conjunto funerario, en el que los utensilios férricos de más prestigio, armas y cuchillos, parecen asociados a enterramientos masculinos (Cintas y García, 2019, 18). La creación de roles de género y las formas de

desigualdad social inherentes a los mismos pudieron haber desempeñado, junto a otros factores, un papel crucial en el proceso de complejidad social (Cintas et al. 2019, 18). La aparición de armamento en el registro arqueológico y la emergencia de la élite guerrera parece comportar un sesgo de género que induce a pensar en un posible monopolio de la violencia y formas de dominación masculina (Cintas y García, 2019, 18).

4.6.1. Las necrópolis de Peralada y Camallera. Armamento y élite guerrera

Se incluyen bajo el mismo epígrafe las necrópolis de Peralada y Camallera por varios motivos, entre los que sobresale, por su especial transcendencia histórica y social, el hecho de que en ambos recintos funerarios fue hallado un conjunto de cultura material mueble de características similares. A saber, un importante lote de armas de hierro en el que destaca, por encima del resto de objetos punzantes, la espada con empuñadura en forma de dos antenas, comparable a las encontradas en yacimientos del Languedoc (Palol, 1948, 255; Ruiz-Zapatero, 1985, 98; Pons, 2012b, 70). Cabe hacer notar, no obstante, que se trata de depósitos arqueológicos descontextualizados, razón por la cual nuestro conocimiento en lo que respecta a la morfología de las fosas, su distribución espacial, la forma de la urna, el posible contenido de la tumba o el ritual funerario es muy limitado (Casas, 1997, 70; Pons, 2012b, 70). En consecuencia, los datos científicos no podrán ser valorados en profundidad por falta de contexto arqueológico, aunque a veces es factible establecer argumentos plausibles y sugerir, conforme a la naturaleza de la documentación, hipótesis interesantes.

Según relata Palol, la pequeña necrópolis de incineración de la Piscina, en Camallera, fue descubierta por casualidad en 1947 cuando se llevaban a cabo trabajos de perforación para construir un pozo (Palol, 1948, 252; Casas, 1997, 70). Se enmarca, cronológicamente, en la Primera Edad del Hierro, en torno al S.VII a.C. (Casas 1997, 70). El grupo de fragmentos cerámicos recuperado, en muy mal estado de conservación, está compuesto por piezas obradas a mano, de pasta gruesa espatulada y decoración acanalada (Palol, 1948, 253; Casas, 1997, 70). Por otra parte, fue hallado un interesante conjunto de objetos metálicos, constituido por una espada de hierro, de hoja ancha y terminada en antenas. Mide 85 cm de largo, 4 cm de ancho y guarda afinidad con el tipo de Grand Bassin I (Palol, 1948, 253; Ruiz-Zapatero, 1985, 100; Casas, 1997, 70). Del mismo metal, se documentaron dos fragmentos de cuchillo de hoja triangular y punta curvada, un broche de cinturón y una contera cónica de lanza de 13 cm de largo. Además, una punta de lanza y una punta de flecha de bronce (Palol, 1948, 253; Casas, 1997, 70). En cuanto a lo que se refiere a la campaña de 1976, en uno de los sondeos, el más cercano al pozo, fue excavado un fondo de cabaña muy mal preservado y vinculado, en un principio, a las incineraciones. Sin embargo, el hallazgo de cerámica más moderna ha cuestionado dicha datación (Casas, 1997, 72). Por último, en 1991, mientras se realizaban trabajos de acondicionamiento de un garaje en el núcleo urbano, se encontraron restos de cultura material idéntica a la de la primera campaña, indicio que sugiere la existencia de una comunidad local pese a no haberse identificado aún el asentamiento (Casas, 1997, 72).

En lo que respecta a Peralada, la evidencia material ha proporcionado una horquilla cronológica situada entre finales del S.VII e inicios del S.VI a.C. (Ruiz-Zapatero, 1985, 98; Miró y Miró, 1990, 73; Graells et al., 2010, 56; Pons, 2012b, 70). Se trata de una necrópolis de incineración en la que, al igual que en Camallera, el importante depósito de armas carece de contexto arqueológico, condicionando en gran medida su interpretación (Miró y Miró, 1990, 73). El emplazamiento de Peralada con respecto al territorio que domina ha sido definido por Miró de central, pues en dicho enclave confluyen las principales vías de

comunicación del nordeste del Ampurdán (Miró y Miró, 1990, 75). En otras palabras, pone el énfasis indirectamente en el concepto de centralidad del territorio y, por ende, en el de uno de sus principales componentes, las arterias terrestres. Más aún, parece incluso plausible sugerir que tanto la red de caminos como la comunidad vinculada a la necrópolis pudieron haberse articulado, en un principio, en relación con las vías de acceso naturales del Pirineo, que quizás influyeran en la conformación del territorio y el patrón de asentamiento. En el terreno de la cultura material, esta necrópolis ofrece un notable conjunto de armamento de hierro compuesto por cuatro espadas de antena, puntas de lanza y soliferrea, además de otros utensilios férricos como una fíbula y varios clavos de hierro (Ruiz-Zapatero, 1985, 98). En bronce fueron hallados varios objetos de atavío personal, entre los que cabe mencionar diez broches de cinturón, dos fíbulas de botón final, anillas y un clavo del mismo metal (Ruiz-Zapatero, 1985, 98). La espada se corresponde con modelos del sur de Francia y los túmulos de Las Garrigas, mientras que el resto de armas guarda relación con el de la zona pirenaica (Ruiz-Zapatero, 1985, 98).

Llegado el punto de acometer el análisis del contenido previo, creo necesario remarcar que debido a las características intrínsecas en que fueron hallados los depósitos arqueológicos mencionados, será difícil abordar y delimitar el microcontexto de estos. Ello no impide trazar algunas líneas de razonamiento en relación al macrocontexto. Algunos autores han valorado, de manera acertada, la presencia de armamento de hierro en las necrópolis de Peralada y Camallera en relación con las tumbas de guerrero que se empiezan a documentar durante el S.VI a.C. en la zona catalana (Graells et al., 2010, 56; Pons, 2012b, 70). De hecho, la arqueóloga Enriqueta Pons distingue entre las tumbas de guerrero aisladas, en las que incluye la de Camallera, Capsec y Granja Soley, de las que aparecen en pequeños cementerios formados por un reducido número de enterramientos con armas, caso de Peralada, Can Canyís, Milmanda y la Muralla NE de Ampurias (Graells et al., 2010, 56; Pons, 2012b, 70). En términos cuantitativos, la presencia de armamento de hierro en el registro arqueológico de la Primera Edad del Hierro sigue siendo minoritaria. Ello es indicativo de una élite guerrera que, con arreglo a la importancia social del hierro durante este periodo histórico, estaría situada en la cúspide de la estructura sociopolítica. La surgencia de la figura del guerrero, generalmente vinculada a sujetos varones (Graells et al., 2010, 57; Pons, 2012b, 70), es probable que llevase aparejada implícitamente, desde una perspectiva de género, el ejercicio de la violencia, que parece estar ligada a individuos masculinos (Cintas y García, 2019, 19).

Es interesante observar, por otra parte, que el mayor lote de armas, el de Peralada, fue hallado a tan solo 16 km de las vías naturales que cruzan los pirineos y unen a los pueblos indígenas de los Pirineos Orientales (Palol y Toledo, 2006, 269; Graells et al., 2010, 54). Como apuntaba en anteriores ocasiones, se puede inferir, con las precauciones necesarias, que la zona pirenaica fuese, en el sentido de Stoddart, un límite en el que se intercambiarían mercancías y avances tecnológicos, caracterizado por las vías de paso pirenaicas. Esto sugiere la existencia de conectividades, sobre todo a nivel económico, entre las comunidades a ambos lados de la cordillera. El límite actuaría en un doble sentido. Por un lado dividiría imaginariamente la estructura económica, dado que de facto los procesos de distribución y consumo estarían materialmente vinculados por las vías de comunicación. Mientras que por otro, parece separar dos territorios diferenciados. De hecho, ha sido propuesta por algún autor la existencia de mercados indígenas en Agde, Canet o la zona de Ampurias antes de la eclosión de las relaciones coloniales (Graells et al., 2010, 55), factor que subraya la posibilidad de que compartiesen la misma estructura económica. Si este análisis es correcto, el límite, como punto de paso de mercancías y puerta de acceso a dos territorios separados por una barrera natural, quizás fuese un área sujeta a conflictos, contexto en el cual tendría

sentido la presencia de armamento.

4.6.2. La Muralla N.E.

Esta necrópolis ha sido datada en el S.VI a.C., por lo que se encuadra en el horizonte cultural de la Primera Edad del Hierro (Almagro, 1955, 362; Barberà, 1990, 205; Santos, 2009, 32; Aquilué et al., 2012, 205). Se encuentra emplazada al oeste de la antigua bahía portuaria de Ampurias, donde a posteriori se erigiría la ciudad romana (Barberà, 1990, 205; Santos, 2009, 86). De acuerdo a los datos científicos proporcionados por Almagro, se hallaron cuatro inhumaciones en muy mal estado, de las que solo un esqueleto estaba orientado hacia el este. La mayoría de los sepulcros, diecisiete, pertenecen a incineraciones indígenas, de modo que en general se trata de un área de enterramiento principalmente utilizada por la población autóctona (Almagro, 1955, 3397-398; Santos, 2009, 32; Aquilué et al., 2012, 88). Sin embargo, Barberà realizó una revisión profunda de los materiales encontrados y, además, comparó exhaustivamente el diario de excavaciones de Almagro con la documentación publicada, llegando a la conclusión de que en realidad solo se podía confirmar la existencia de once incineraciones y dos inhumaciones infantiles (Barberà, 1990, 201 y 204). Ambos autores coinciden en señalar, no obstante, que el área excavada es plausible que se corresponda con una sección de la necrópolis, que pudo haber sido mucho más extensa, yaciendo el resto de esta bajo la actual ciudad romana (Almagro, 1955, 359; Barberà, 1990, 205). En general, el catálogo de objetos funerarios puede ser considerado, en lo tocante a su composición, de complejo por la variedad de utensilios metálicos, vasos de importación y la manifestación material de cerámicas calificadas como protoibéricas (Almagro, 1955, 361; Barberà, 1990, 205; Aquilué et al., 2012, 86).

Los signos de varias de las incineraciones (designadas con los números 1, 2, 9, 11 y 13) subrayan la posibilidad de que hubiesen pertenecido a un guerrero, pese a que en ninguna de ellas, si exceptuamos la número 9 en la que fue documentada una cabeza de pica, se hallaron señales de sus principales símbolos de rango, la espada y la lanza (Barberà, 1990, 204; Pons, 2012b, 70). El ajuar de este grupo de enterramientos se caracteriza por poseer entre sus piezas un cuchillo de hierro, que Almagro etiqueta de sección rectangular y corte curvo cóncavo, acompañados de bienes de prestigio de origen alóctono. Entre ellos se distinguen vasos foccos, cerámica corintia, un huevo de avestruz, copa jonia y broches de cinturón que parecen acentuar el estatus de la élite guerrera (Almagro, 1955, 363-364; Barberà, 1990, 204). Otro dato que aporta soporte adicional a la interpretación de este conjunto de cremaciones es la aparición de restos de cascos de bronce en las tumbas 9, 13 y 17 (Almagro, 1955, 363; Barberà, 1990, 203). Si aceptamos el análisis de Barberà, las posibles tumbas de guerrero representan casi al 50 % de los individuos sepultados en la necrópolis (Barberà, 1990, 204).

Si analizamos el inventario publicado por Barberà se observan las siguientes tendencias: la cerámica obrada a mano es la más representada. Se encuentra en casi todos los enterramientos. Los escasos objetos de oro y plata, anillo, anilla, fíbula y roseta están concentrados en las tumbas número 1, 4 y 5 (Barberà, 1990, 206). Las vasijas protoibéricas hechas a torno, jarra bicónica pintada y urna de orejetas perforadas, fueron excavadas en las sepulturas 3, 8, 13 y 17 (Barberà, 1990, 206). Los utensilios de bronce, bastante numerosos en comparación a los de hierro, aparecen bien distribuidos por la necrópolis, aunque se aprecian concentraciones importantes en los sepulcros 2, 9 y 11 (Barberà, 1990, 206). En cuanto a los vasos de importación, si exceptuamos las fosas 4 y 13, que contienen una mayor cantidad de especímenes, se advierte que se reparten de manera equitativa entre las incineraciones 1, 2, 7, 8, 9, 10, 15, 17 y las dos

inhumaciones infantiles (Barberà, 1990, 206). El listado de materiales de importación recobrados se completa con bucchero etrusco (cántaro y enócoe) y eolio, cerámica corintia y gris focense (enócoe, píxida y aríbalo), copa jonia y algunos ejemplares cerámicos procedentes del ática (para una relación detallada del catálogo de bienes muebles recuperados ver Barberá 1990, 206).

A la vista de las diferencias planteadas por Almagro y Barberá, cabe hacer una última reflexión en relación con este espacio funerario. El primero de ellos correlaciona, fundamentándose en los perfiles de la cerámica, la necrópolis de la Muralla N.E con la de Parrallí, extremo que le parece del todo arriesgado a Barberá, que discrepa, precisamente, por la semejanza que se percibe en la tipología de los vasos hallados en ambos yacimientos (Almagro, 1955, 368; Barberà, 1990, 202). Sin embargo, si trasparamos el umbral de los perfiles cerámicos la comparación entre estas dos áreas arqueológicas admite enfoques distintos. Para empezar, si confrontamos la evidencia material, se manifiestan claves de significado interesantes en términos sociales. El hecho definidor más notorio posiblemente resida en el contenido de las tumbas. Cabría considerar el utillaje metálico y los vasos de importación documentados en la Muralla N.E como bienes de estatus si los equipamos a los ajuares aparecidos en Parrallí, poco significativos y pobres en su composición, que destaca por el gran número de piezas fabricadas a mano. Ello presupone, como base diferencial, que parece haberse operado una transformación notable en las condiciones materiales de existencia y la organización sociopolítica de los indígenas, coherente con los cambios en la estructura social analizados previamente. El repertorio de objetos registrado en las cremaciones de la Muralla N.E. ofrece otras lecturas plausibles. El conjunto de los ajuares funerarios apunta a un interés social por el comercio colonial y a un cierto grado de desarrollo de las relaciones políticas, necesarias para llevar a cabo las operaciones mercantiles entre indígenas y agentes coloniales.

4.6.3. La necrópolis de Vilanera. La evidencia material

Este espacio funerario se localiza cerca del camino antiguo de Ampurias y el último tramo del río Ter, muy próximo a la colina de Vilanera (Santos, 2009, 30; Codina y Montalban, 2012, 153; Codina y Pullia, 2018, 89). A pesar de haberse documentado una secuencia de ocupación que abarca desde el neolítico medio hasta época moderna, aquí nos interesa la fase que se corresponde con la Primera Edad del Hierro, datada a partir de los materiales de importación a finales del S.VII e inicios del S.VI a.C. (Santos, 2009, 30; Codina y Montalban, 2012, 153; Codina y Pullia, 2018, 89). Las incineraciones de este periodo están ubicadas en el denominado sector 3, situado en la ladera sur del montículo y con una superficie aproximada de unos 6.000 m², de los cuales se han excavado unos 1.600 m² (Agustí et al., 2004, 105; Santos, 2009, 30; Codina y Pullia, 2018, 89).

El problema principal a la hora de abordar el análisis de la cultura material radica en el hecho de que no disponemos aún de una relación detallada de los conjuntos funerarios hallados en esta área de la necrópolis. Esto es debido a que el estudio del contenido de las tumbas sigue en curso, de modo que no voy a hacer otra cosa que exponer los datos existentes y analizarlos en la medida de lo posible. Así y todo, la documentación empírica publicada hasta ahora permite inferir, de alguna manera, las connotaciones ideológicas de los ajuares y sus conjuntos de bienes funerarios. A grandes rasgos parecen reflejar, a través de las diferencias en su contenido, la jerarquía de las relaciones sociales y una creciente desigualdad, representativas de nuevas formas de organización social. En lo fundamental, el ajuar parece actuar ideológicamente al funcionar en dos niveles distintos pero interrelacionados: el material, que se evidencia de modo expreso mediante la acumulación de recursos y la consiguiente diferenciación social; y

el simbólico, por cuanto una de las finalidades principales de la ostentación es operar como símbolo de estatus.

La disposición de la urna cineraria en el interior de la fosa no parece seguir un patrón determinado. Durante su excavación se constató que podían aparecer ubicadas en varias posiciones, generalmente sobre la roca madre, que era rebajada con antelación (Codina y Montalban, 2012, 154; Codina y Pullia, 2018, 94). El recipiente que contenía las cenizas del difunto suele ser de pequeñas dimensiones, perfil bicónico y la mayoría de las veces cubierto con tapaderas cerámicas de forma troncocónica (Agustí et al., 2004, 111; Santos, 2009, 31; Aquilué et al., 2012, 82; Codina y Pullia, 2018, 94). El depósito funerario se colocaba en torno a la urna y consistía, habitualmente, de un vaso de características similares a las de la caja cineraria, y un conjunto de vasitos de acompañamiento de tipología diversa, cuyo número varía entre tres y seis, aunque en algunos casos fueron hallados más ejemplares (Santos, 2009, 31; Aquilué et al., 2012, 80; Codina y Montalban, 2012, 154; Codina y Pullia, 2018, 94). La mayor parte de estas cerámicas son obradas a mano (95 %), aunque también se encontraron piezas a torno indígenas y otras de procedencia fenicia que representan el 5 % del total, entre las que destacan un *skyphos*, tres *pithoi* (uno del conocido tipo Cruz del Negro), un *arybalos*, platos de tres pies y una olla de cuatro asas (Agustí et al., 2004, 110 y 111; Santos, 2009, 32; Aquilué et al., 2012, 80; Codina y Montalban, 2012, 153; Codina y Pullia, 2018, 94).

Desde el punto de vista del utillaje metálico, con arreglo a los datos proporcionados por el equipo de investigación del MAC de Ampurias, el grueso de los enterramientos contaba en su haber con algún utensilio de metal (Aquilué et al., 2012, 82), normalmente depositado dentro de la urna (Agustí et al., 2004, 111; Codina y Pullia, 2018, 94). A nivel cuantitativo, los objetos de bronce son bastante más numerosos que los de hierro (Agustí et al., 2004, 111; Codina y Montalban, 2012, 154). Mayoritariamente son artilugios que presentan algún viso de haber formado parte del atuendo personal del difunto, como fíbulas de doble resorte y doble resorte bilateral, hebillas, brazaletes, anillas y agujas; o bien están relacionados con la celebración de banquetes o la guerra, caso de la única punta de lanza o los diversos *sympula* (Aquilué et al., 2012, 82), por regla general depositados dentro de la urna (Agustí et al., 2004, 111; Codina y Pullia, 2018, 94). En cuanto al material férrico, llama la atención la presencia de cuchillos de hierro, documentados en más de un tercio de los enterramientos junto a fíbulas del mismo metal, esencialmente de arco serpentiforme y de resorte (Aquilué et al., 2012, 82).

En el terreno de la hipótesis hay una premisa que lo contextualiza todo y proporciona varias de las claves interpretativas del nuevo escenario funerario que se empieza a dibujar durante este episodio histórico. A saber, la proliferación de vasos de acompañamiento en el contenido de las tumbas. Ello no quiere decir, sin embargo, que otros elementos tan relevantes a nivel social o económico como las cerámicas de importación o la aparición de útiles de hierro en el registro arqueológico no sean igualmente importantes. Ahora bien, cuantitativamente los vasitos constituyen, con mucho, el conjunto más abundante y una de las principales novedades del ajuar funerario con respecto al de la fase anterior. Antes de continuar con la secuencia de evaluación de los datos, quiero subrayar que la ausencia de paralelos etnográficos hace recaer la lectura sobre un esquema teórico, aunque esto no debe impedir plantear reflexiones hipotéticas. Se podría aventurar, pese a no contar con pruebas concluyentes para ello, que el considerable aumento de los recipientes de acompañamiento representa la expresión, en el ámbito simbólico-ritual, de la transformación en el modelo cultural de la sociedad indígena que hemos examinado en las páginas precedentes. Más aún, es potencialmente factible que su alto número, y su uso funerario,

estén indicando un posible cambio en las condiciones materiales de existencia; en ese sentido, su aparición en el registro funerario coincide con un período en el que se refuerza el sedentarismo y se estabilizan los pueblos indígenas, se fundan nuevos establecimientos, se desarrollan los contactos coloniales y comienzan a surgir eventualmente los límites entre comunidades que en un estadio posterior se transformarían en fronteras. El incremento en el número de vasitos de acompañamiento revela una tendencia a una mayor concentración de bienes muebles, quizás reflejo del aumento en la disponibilidad de recursos naturales y la competición por los mismos. De la reflexión anterior se desprende, con la precaución debida, que el proceso de evolución sociocultural parece manifestarse de forma simbólica en el paisaje funerario por medio de la complejidad en la composición de los ajuares de la Primera Edad del Hierro.

4.6.4. La necrópolis de Anglès

La primera noticia sobre la necrópolis de incineración de Anglès se remonta al año 1888 (Oliva y Riuró, 1968, 67; Pautreau y Pons, 1994, 354). En ella se mencionaba el hallazgo de numerosos restos cerámicos (Oliva y Riuró, 1968, 67). Estos vestigios fueron encontrados dispersos en un solar en el que se realizaban obras para la construcción de una fábrica en la localidad de Anglès (Oliva y Riuró, 1968, 67). Sin embargo, las excavaciones no se inician hasta 1954, cuando por motivo de una reforma en la planta a la que me he referido con anterioridad, se lleva a cabo la primera campaña de excavación; los trabajos de campo continuarán en 1955 (Oliva y Riuró, 1968, 72; Pautreau y Pons, 1994, 354). Fruto de estas actuaciones se localizaron 9 enterramientos en fosa (Ruiz-Zapatero, 1985, 107; Pautreau y Pons, 1994, 354). El pequeño repertorio de artefactos metálicos y la cerámica a torno de origen fenicio, procedente del sepulcro 9, un pithos y una ánfora, han permitido datar el yacimiento hacia la segunda mitad del S.VII y el S.VI a.C. (Ruiz-Zapatero, 1985, 107; Pautreau y Pons, 1994, 355).

La primera publicación que hace referencia a este espacio funerario es la de Oliva y Riuró (1968). Sin embargo, la recopilación de materiales y el análisis de esta contribución fue objeto de una rigurosa revisión, en la que se presenta un registro actualizado de la documentación disponible y se trata de subsanar los pequeños errores de interpretación (Pautreau y Pons 1994). Una de las cuestiones más problemáticas para abordar el estudio de este complejo funerario es que desconocemos su organización interna, la relación espacial entre las fosas de enterramiento, y si las tumbas estaban cubiertas por algún tipo de sistema de señalización, por cuanto los procesos destructivos han podido alterar la configuración originaria de la necrópolis. Por ello, la cultura material mueble es el único indicador para analizar los restos funerarios de Anglès.

En total se han documentado 42 recipientes cerámicos, que han sido divididos en dos grupos según su procedencia (Pautreau y Pons, 1994, 361). El primer conjunto, denominado pirenaico, se compone de formas que se han identificado en ambas vertientes de los Pirineos (Pautreau y Pons, 1994, 360); las urnas se caracterizan por tener dos asas y un color marrón con un ligero matiz rojizo (Pautreau y Pons, 1994, 360). El otro, definido como transpirenaico, es original de Anglès, pero en él se perciben las influencias del complejo cultural de zonas de Languedoc y el Rosellón; su rasgo más distintivo es la decoración acanalada de las urnas y el tono gris de su color (Pautreau y Pons, 1994, 361). En cuanto a los objetos de bronce, un asa de *simpulum* decorada con motivos circulares asociada a un cuenco fabricado con el mismo metal, fueron hallados en el sepulcro 8 (Ruiz-Zapatero, 1985, 107; Pautreau y Pons, 1994, 366). Los útiles de hierro, en su mayoría elementos de adorno y uso personal, se distribuyen entre la tumba 2, la 8, y la 9 (Pautreau y Pons, 1994, 366). Entre ellos destacan por su valor simbólico varios fragmentos de

cuchillo (Pautreau y Pons, 1994, 366).

La evaluación de los ajuares funerarios de esta necrópolis, ha puesto de relieve que tanto en su forma como en su composición, comparten muchos elementos a nivel comparativo con los bienes depositados mediante estas prácticas rituales en los enterramientos de la cultura mailhaciense (Pautreau y Pons, 1994, 369). Esta referencia es una evidencia de interés en relación con la observación que expuse en la sección 4.3.7., según la cual los grupos sociales de nuestra área de trabajo y los de la llanura del Rosellón, podrían haber estrechado lazos entre ellos al compartir la misma estructura económica. La similitud en los ajuares, incluyendo aquí los de Anglès, puede tomarse como una buena prueba en ese sentido. De hecho, los ítems exóticos y las formas cerámicas de este espacio funerario, señalan la existencia de un patrón de consumo muy parecido -prácticamente igual- al del otro lado de los Pirineos. Un argumento lógico para explicar la pauta vinculada con el consumo, es suponer que las relaciones de producción y los modos de distribución eran los mismos en cada territorio (al menos en teoría y en lo que respecta al paisaje funerario), lo que constituiría según Marx una estructura económica (Marx, 1970, 37).

4.6.5. Can Bech de Baix. Una comunidad local de frontera con una identidad social singular

Esta necrópolis es un referente clave para el estudio de la Primera Edad del Hierro. En conjunto han sido excavados 475 enterramientos, de los que el 57 % no contenía ningún tipo de ajuar funerario, es decir, 272 de 475 (Palol y Toledo, 2006, 209; Toledo, 2012, 161). El yacimiento ocupa una superficie de 1.700 m² (Palol y Toledo, 2006, 269). Se encuentra geográficamente ubicado entre las vías de paso naturales que comunican el Ampurdán con el Rosellón, el coll de les Illes y el coll del Portell, de manera que domina visualmente la llanura del Ampurdán, factor que le confiere un inmejorable emplazamiento estratégico y espacial (Graells, 2004, 62; Palol y Toledo, 2006, 269). Este último aspecto complementa, como ya he expresado en otras ocasiones, la definición de esta zona como límite natural. En el sentido de ser un espacio de encuentro para agentes coloniales y el comercio entre dos territorios que, conforme al paisaje funerario, parecen compartir las mismas pautas de distribución y consumo. Esto generalmente ocurre cuando las redes de distribución forman parte de la misma estructura económica. Su posición periférica, muy cercana a los pasos de los pirineos, es un elemento más que apoya esta interpretación, además de ser una particularidad que quizá contribuyese al desarrollo de una identidad social singular. Por otra parte, a pesar de la escasez de datos relacionados con el poblamiento (pues aún no se ha documentado ningún asentamiento), el recinto funerario ha sido relacionado o bien con un asentamiento estable que pudo haber dominado el territorio circundante o con un grupo o clan que viviría en un hábitat disperso (Palol y Toledo, 2006, 269). Como quiera que fuese, de acuerdo con el estado actual de nuestro conocimiento, parece que casi por tres siglos esta comunidad enterró a sus difuntos en una sola necrópolis, demostrando así la cohesión interna del grupo social de Agullana (Palol y Toledo, 2006, 269).

Me parece oportuno destacar que la mayoría de las fosas son circulares, con un diámetro y profundidad aproximado de unos 0.60 m (Palol y Toledo, 2006, 205). En cuanto a la tipología de los enterramientos, se han documentado ocho tipos, aunque destacan por su importancia numérica tres grupos:

- 1) **Fosa simple**, en la que el conjunto funerario está formado por una urna, con o sin tapadera, y sin ningún tipo de protección. Representa el 38 % del total (Palol y Toledo, 2006, 205 y 207; Toledo, 2012, 162).

- 2) **Fosa simple cubierta por una losa**, que protegería el contenido de los sepulcros. Cuantitativamen-

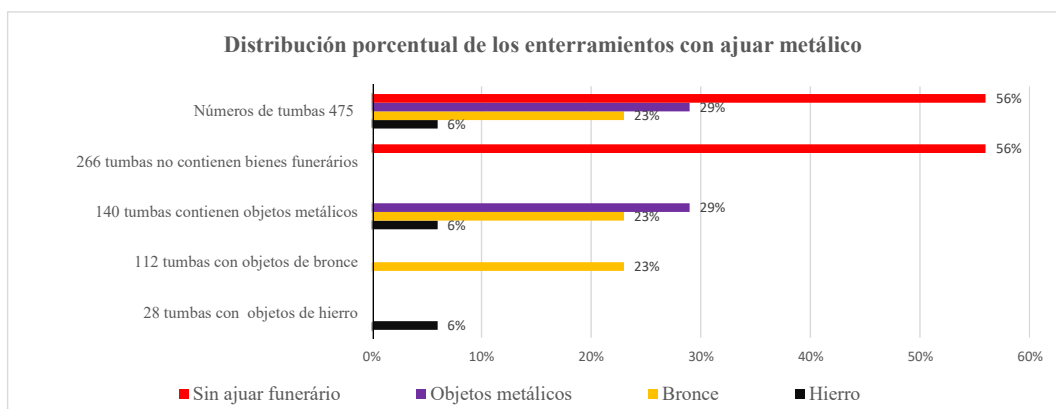


Figura 4.19: Agullana. Porcentajes de tumbas con utensilios metálicos: hierro y bronce. Elaboración propia (Toledo y Palol 2006)

te, este grupo de cremaciones constituye también el 38 % del conjunto total (Palol y Toledo, 2006, 205 y 207; Toledo, 2012, 162).

3) **Fosa simple repleta de piedras**, que recubrirían el espacio comprendido entre el ajuar y la boca de la fosa. El 9 % de los enterramientos pertenecen a este subgrupo (Palol y Toledo, 2006, 205 y 207; Toledo, 2012, 162).

Se han identificado hasta 24 clases de urnas cinerarias, si bien es cierto que se distinguen dos formas por su elevado porcentaje numérico, las de perfil ovoide y las que tienen cuerpo bitroncocónico (Palol y Toledo, 2006, 166). Se observa igualmente, en el grupo de las tapaderas, la preponderancia de dos categorías, una con silueta troncocónica y la otra hemisférica. Las primeras suelen tener las paredes rectilíneas y pueden ser lisas o decoradas con una o varias técnicas decorativas, mientras que las segundas son siempre lisas (Palol y Toledo, 2006, 169). En la mayoría de los casos se usa para adornar el recipiente cinerario la técnica de la incisión, generalmente doble o sencilla, la decoración plástica, en la que predomina el cordón horizontal y, por último, el acanalado, mayoritariamente horizontal, amplio y poco profundo (Palol y Toledo, 2006, 167).

Llegado el punto de abordar el contenido de las tumbas, me gustaría explícitamente señalar que solo mencionaré los objetos más significativos. El lector encontrará un inventario detallado de los mismos en el elaborado estudio de Toledo y Palol (2006). Lo primero que llama la atención, en comparación a otras necrópolis del Ampurdán, es la poca cantidad de vasitos de acompañamiento en los conjuntos funerarios. A nivel cuantitativo únicamente representan el 17 % del total, a lo que cabría añadir que la mayoría de los enterramientos en los que aparecen solo cuentan con un espécimen (Palol y Toledo, 2006, 172). Este último dato merece un breve comentario. Aunque es difícil traspasar el umbral de la hipótesis, es plausible concebir que la ausencia de vasitos de ofrenda exprese una identidad grupal singular, que aquí vamos a denominar de frontera, de la comunidad asentada en el entorno de Agullana. El desarrollo y formación de este tipo de identidad son característicos de zonas de frontera o límites territoriales en los que se produce, usualmente motivado por alguna actividad económica, el contacto cultural entre diferentes grupos sociales (Barth, 1976, 18).

Si el esquema sugerido es admitido, cabría inferir el papel esencial desempeñado por el territorio, expresado materialmente en las vías de comunicación, en la formación de dos procesos distintos pero interconectados. Por un lado, la construcción de la identidad, influenciada por el contacto comercial con

poblaciones diversas. Por otro lado, la consolidación de un enclave periférico cuya función primordial pudo haber sido canalizar las mercancías destinadas al intercambio a ambos lados del pirineo. Graells, de hecho, en su análisis de los bienes de prestigio de la conocida tumba 184, hace referencia a las rutas pirenaicas en relación con su importancia para el comercio de la plata de los pirineos y el estaño proveniente de la costa atlántica del sur de Francia (Graells, 2004, 73). En otros términos, la situación descrita previamente recuerda, hasta cierto punto, el concepto de frontera de Barth, muy dinámico y en el que se construye la identidad por el contacto entre diferentes grupos culturales (Barth, 1976, 18). Esta práctica social se produce especialmente en los límites y zonas de fronteras (naturales), en los que las comunidades que entran en contacto tienden a reducir sus diferencias sociológicas y generar lo que él denomina «una comunidad de cultura» (Barth, 1976, 18). Ello explica, al menos parcialmente, los paralelos arqueológicos en los ajuares funerarios de Agullana y la cultura mailhaciense.

En lo concerniente al utillaje metálico, en datos porcentuales los objetos de bronce representan el 23 % y los de hierro el 6 %, dividiéndose en tres grandes categorías: utensilios de aseo personal, tocador y armamento (Toledo, 2012, 166). La tipología de los artefactos de bronce relacionados con el vestido es la más cuantiosa y se compone de anillas, botones, agujas de ornamentación de varios tipos, fíbulas de doble resorte y pivote, hebillas de cinturón de un solo garfio y joyas como brazaletes. Entre los objetos de aseo personal resalta la presencia de 2 espirales para el pelo, 4 pinzas de depilar y 23 navajas de afeitar de doble filo. Se hallaron también 6 cuchillos de bronce, posiblemente de origen transpirenaico, 4 puntas de flecha y 3 de lanza (Palol y Toledo, 2006, 177 y 190; Toledo, 2012, 166).

Mención especial, pese a su escasa presencia porcentual, merece el material férrico por su significancia histórica, económica y social. Un dato revelador es la presencia de dos brochetas de asar, junto a un simpulum y un cuenco de bronce, en un enterramiento rico (E-399), que apunta a la celebración de banquetes (Palol y Toledo, 2006, 197; Toledo, 2012, 166 y ss.). De otro lado, fueron documentados 8 brazaletes con varias formas, 2 fíbulas de tipo indeterminado, alfileres en muy mal estado de conservación, una punta de lanza asociada a un cuchillo de hierro en la estructura E-283 y un puñal vinculado a un simpulum en un enterramiento considerado de prestigio (Palol y Toledo, 2006, 194 y ss.; Toledo, 2012, 166 y ss.). Los cuchillos de hierro son el primer elemento de este metal que fue incorporado a los ajuares funerarios. El paralelo más cercano lo encontramos en la necrópolis de la muralla NE y en la tumba 15 de Grand Bassin II (Mailhac). Se han registrado 12 ejemplares, de los que 7 son de dorso y corte rectilíneo; en su mayoría aparecen adscritos a conjuntos funerarios compuestos por otros objetos metálicos, como navajas, fíbulas, punta de lanza y anillas (Palol y Toledo, 2006, 196; Toledo, 2012, 166 y ss.).

El uso funerario de este cementerio se extiende a lo largo de varios siglos. Por ello, su periodo de funcionamiento ha sido dividido en varias fases que muestran, en cierto grado, el proceso de jerarquización y cambio social que parece tener lugar durante el tiempo en el que la necrópolis estuvo operativa.

Fase I, 900-800 a.C. Se adscriben 99 urnas a este primer estadio, en su mayor parte decoradas con la técnica de la doble incisión. Los objetos de metal son todos de bronce y aparecen repartidos en el contenido de 27 enterramientos. Las tumbas femeninas contienen botones, cadenas, anillas, agujas y fusayolas, mientras que las masculinas se definen por la presencia de navajas de afeitar, cuchillos de bronce y pinzas de depilar (Palol y Toledo, 2006, 243). No se perciben grandes diferencias de estatus en la composición del ajuar del varón y la mujer, que parecen mostrar cierta igualdad (Palol y Toledo, 2006, 260).

Fase II, 800-700 a.C. Durante esta fase se constata por primera vez la introducción de objetos de

hierro como el cuchillo de forma rectilínea y dorso descendente (Palol y Toledo, 2006, 243).

Fase IIa, 800-750 a.C. En este horizonte cronológico los enterramientos femeninos se caracterizan por urnas decoradas con cordones y por contener solamente objetos de bronce, mientras que las masculinas se distinguen por poseer urnas bicónicas ornamentadas con acanalados y utensilios férricos (Palol y Toledo, 2006, 260). Las tumbas de prestigio de esta etapa son masculinas e incluyen juntos un cuchillo y una navaja de afeitar, como en las estructuras E-397 y E-366 (Palol y Toledo, 2006, 244). A la par, se observa que a medida que los conjuntos funerarios se enriquecen con la incorporación del utillaje de hierro a tumbas adscritas a individuos varones, la representatividad de los sepulcros femeninos decrece (Palol y Toledo, 2006, 261).

El hecho de que los enseres que acompañan al difunto tengan connotaciones de género y, sobre todo, que la introducción del principal símbolo de prestigio, el hierro, se manifieste en sus primeras etapas vinculado al ámbito masculino, permite indagar en algunos aspectos de las relaciones de parentesco y la teoría de género. El monopolio masculino sobre el metal con mayor valor social, el hierro, induce a considerar la existencia de ciertas prácticas patrilineales en el seno de las relaciones parentales, aunque he de reconocer que es insuficiente para abordar cuestiones tan relevantes como a quién pertenece la tierra, el ganado o los bienes del hogar. La aparición del hierro en el registro arqueológico, en particular la de los cuchillos, admite por su parte varios enfoques, permitiendo vislumbrar el papel de las relaciones de género en el ordenamiento social, puesto que es un material utilizado exclusivamente por uno de los dos sexos. De igual modo, sugiere una lógica de dominación masculina, porque aunque tuviera un posible uso multifuncional, se trata de un objeto punzante y cortante que parece entrelazar la conducta beligerante y la violencia con el ámbito masculino.

A pesar de tratarse de un ejercicio hipotético, el uso funerario de los cuchillos podría encerrar una dimensión ideológica relacionada con la división sexual del trabajo, determinada por prioridades con un sesgo masculino. Pero también es cierto que los cuchillos podrían simbolizar la cocina y por ende el hogar, dominio femenino. Sin embargo, según los excavadores de esta necrópolis, siempre aparecen asociados a tumbas de individuos varones (Palol y Toledo, 2006, 229). En virtud de ello, cabe suponer que como instrumento cortante es un arma que crea líneas de vínculo entre la agresividad social, la defensa y el hombre; mientras que a su vez muestra una segunda prioridad subordinada a la primera, en gran medida porque es un material nuevo y un metal prestigioso que ha sido monopolizado en sus primeros estadios por el género masculino. El ciclo social del cuchillo, sin embargo, parece sufrir una metamorfosis al ser enterrado con el difunto. Esto se debe a que deja de ser un objeto punzante para adquirir naturaleza de símbolo de prestigio y rango, al tiempo que expresa el establecimiento de un discurso basado en una línea ideológica que parece reforzar las diferencias de género, debido a que tanto en la vida como en la muerte aparece asociado al varón. Debe señalarse, no obstante, que no contamos con estudios antropológicos para determinar la vinculación del cuchillo a un género concreto. Por ello, habrá que revisar este planteamiento en el futuro para corroborar la pertinencia de estas observaciones.

Para seguir con el discurso, creo necesaria una última reflexión tendente a analizar el flujo comercial de metales, en especial el hierro. La mayoría de los autores coincide en señalar que la difusión de la metalurgia del hierro fue debida al influjo colonial (fenicio) sobre el sustrato indígena (Ruiz-Zapatero, 1985, 1069; Sanmartí, 2004, 19). La introducción de este metal supuso un punto de inflexión que transformó la estructura social y económica y aceleró el auge de la jerarquía social (Ruiz-Zapatero, 1985, 860; Sanmartí, 2004, 19). La topografía social de los cuchillos de hierro en las necrópolis del Ampurdán permite inferir

su valor en términos de bienes de lujo, como consecuencia de su distribución frecuencial. Conforme a las consideraciones que hemos visto, se puede imaginar que la obtención de estos ítems y el control de las redes comerciales que conectaban a los proveedores de artículos de lujo con la sociedad indígena, eran gestionadas por individuos de sexo masculino. Esta suposición surge de los datos que adscriben los cuchillos a tumbas con connotaciones masculinas en recintos funerarios como Agullana y la muralla NE. Si esto es aceptado, aunque se trate de una hipótesis sugerente, implicaría cierto grado de división sexual del trabajo en función de la especialización, como señala Sahlins que ocurre en las sociedades tribales (Sahlins, 1972, 121). Los roles de género, basados en el trabajo para asegurar la subsistencia de la unidad familiar, pudieron ser motivados por dos factores interrelacionados: por un lado, es posible que se debiese a una mera cuestión de eficiencia al tratarse de comunidades a pequeña escala con una esperanza de vida muy corta; por otro lado, la mujer siempre ha estado condicionada por connotaciones naturales como la maternidad y la lactancia. Quiérese expresar con ello que quizás influyeran razones de utilidad social y económica.

Fase IIb, 750-700 a.C. En este periodo la gradación de la riqueza se acentúa con relación a la fase anterior (Palol y Toledo, 2006, 262). Además, se constata por primera vez la aparición de hierro en una tumba femenina, seis brazaletes en la estructura 355 (Palol y Toledo, 2006, 261). Ello es una cuestión para conjeturar porque también refleja diferencias de estatus en el círculo femenino. A saber, solo las pertenecientes a la esfera de la élite tendrían, en un principio, acceso a un bien tanpreciado como el hierro. Se han documentado 64 sepulcros que se consideran femeninos y 55 masculinos (Palol y Toledo, 2006, 245). Las urnas femeninas se caracterizan por estar adornadas con cordones y las masculinas presentan acanalados (Palol y Toledo, 2006, 261). La divergencia en la decoración tal vez sea un marcador tendente a subrayar las diferencias sociales entre sexos, aunque la naturaleza de los datos no permite verificar con precisión la validez de esta conjetura. Los enterramientos con los materiales funerarios más significativos son el E-398, asociado a dos asadores de hierro y el E-399, con un cuenco y un simpulum de bronce (Palol y Toledo, 2006, 262; Toledo, 2012, 166). Ambas estructuras han sido clasificadas como una y perteneciente a un personaje de alto rango y masculino (Palol y Toledo, 2006, 262). Según las apariencias, los utensilios metálicos hallados en su interior habrían sido empleados en la celebración de un banquete funerario, indicando que ha cambiado el gusto de la élite, que se empieza a distinguir por medio de ajuares relacionados con actividades sociales como el festín y el consumo de vino (Palol y Toledo, 2006, 262).

Fase III, 700-650/630 a.C. A esta última fase de ocupación se asignan 70 fosas, de las que 9 contenían en sus ajuares objetos de hierro (Palol y Toledo, 2006, 246). Los especialistas han puesto el énfasis en la conocida tumba 184, cuya estructura y complejidad de los bienes funerarios se distinguen por su calidad del resto de sepulcros (Graells, 2004, 74; Palol y Toledo, 2006, 262). El enterramiento ha sido datado, gracias a la evidencia material, en el primer cuarto del S.VI a.C. (Graells, 2004, 74; Palol y Toledo, 2006, 262). Es muy llamativa, en contraposición al conjunto de sepulturas, la planta de la tumba. Es de forma rectangular, compartimentada en espacios y estaba cubierta por una losa, destacando dentro del contexto del noreste de la península ibérica por su estatus singular (Graells, 2004, 63; Palol y Toledo, 2006, 262). Lo segundo que salta a la vista es la variedad y complejidad del contenido funerario, puesto de relieve por el número inusitado de vasos cerámicos, de los que muchos imitan formas fenicias, las urnas a mano que simulan a las conocidas como Cruz del Negro, un conjunto para el servicio del *symposion*, una hebilla de cinturón de un solo garfio y una fíbula de bronce (Graells, 2004, 64 y 73; Palol y Toledo, 2006, 262). Varios estudios atribuyen el enterramiento a un personaje extranjero y de alto rango, de procedencia

semita, que se habría establecido en la comunidad como consecuencia del contacto colonial entre fenicios e indígenas (Graells, 2004, 73; Palol y Toledo, 2006, 262).

Los eruditos han indicado que parece haber una serie de concentraciones de fosas, determinadas por la materialidad del contexto funerario, en función de los diferentes grupos familiares (Palol y Toledo, 2006, 262; Toledo, 2012, 162). Estas agrupaciones se fundamentan en el estilo decorativo de la urna cineraria (Palol y Toledo, 2006, 229; Toledo, 2012, 162). En estas asociaciones de tumbas se ha cerciorado la presencia de conjuntos funerarios compuestos por objetos que podemos juzgar de discriminantes sexuales, como cuchillos, navajas de afeitar y armas en las masculinas y fusayolas, botones y agujas de adorno en las femeninas (Palol y Toledo, 2006, 229; Toledo, 2012, 162). Es muy significativo, además, que el grueso de tumbas que contienen utensilios férricos se circunscriba al ángulo oeste del cementerio y que coincidan con las cajas cinerarias decoradas con la técnica del acanalado (Palol y Toledo, 2006, 229; Toledo, 2012, 161). Todo ello ha llevado a sugerir, de manera acertada, una configuración del espacio según criterios familiares, posiblemente asignándose áreas de uso a determinados linajes (Palol y Toledo, 2006, 229; Toledo, 2012, 162).

Sería interesante esbozar, sin embargo, una propuesta alternativa para interpretar los datos descritos anteriormente, que ayude a extraer conclusiones adicionales de valor en relación con la composición de la estructura social y su dinámica de cambio, perceptible en Agullana a partir de que los ajuares dejan de ser igualitarios. De modo genérico, un criterio mayoritariamente aceptado por la comunidad científica para establecer la deposición de riqueza en un conjunto funerario es la presencia de objetos metálicos (Palol y Toledo, 2006, 259). En Agullana este principio se cumple, pues, a la postre, las tumbas con mayor posesión material son aquellas que contienen utensilios metálicos (Toledo, 2012, 162 y ss.). Ello, si agregamos que conforman un grupo definido y agrupado en el sector oeste, permite reconocer jerarquías relativas entre linajes, consistentes con el modelo explicativo y la transformación de la estructura social planteada en páginas anteriores.

Se podría aventurar a nivel teórico que la concentración de enterramientos con utillaje metálico se corresponde con la rama principal de un clan cónico. La compartimentación del espacio funerario en grupos familiares es una idea con mucho potencial y que quizá este reflejando la segmentación de la estructura social en linajes posicionados a distinto nivel en la escala jerárquica. Resultaría muy atractivo, de hecho, poder acceder a los datos completos de esta necrópolis y analizar la dinámica relacional entre técnica decorativa, tipo de urna, fosa y contenido del ajuar desde esta perspectiva. Y, por último, si bien es cierto que se sospecha que la famosa tumba 184 perteneció a un personaje de origen semita, también sugiere, en función de las características del enterramiento, la vívida imagen de un jefe de clan, posible cabeza del linaje gobernante y descendiente cercano del ancestro fundador. En este aspecto, el principal del clan es, en virtud de su alcance político y social dentro del grupo de parentesco, el único que en principio dispone de la capacidad, el poder y el prestigio necesarios para romper la norma funeraria que impera en este recinto sagrado. Al efecto, detenta una estructura funeraria que resalta por su forma rectangular, que sobrepasa la medida promedio y que está compartimentada en varios espacios, además de contener el depósito de bienes de prestigio más ostentoso. Recuerda, en cierto sentido, el patrón de Vilanera, donde encontramos un túmulo que enfatiza su rango y estatus a través de su forma, dimensión y, esencialmente, por su posición dominante en la ordenación espacial.

4.7. Resumen y Observaciones finales de este capítulo

La complejidad del horizonte cultural adscrito a la Primera Edad del Hierro obliga, a la hora de valorar los datos, a ser cautos, en tanto en cuanto expresa fenómenos multicausales que surgen como consecuencia de la transformación estructural que se opera en el seno de los grupos sociales de este periodo histórico. En tal panorama, la impresión de conjunto apunta a una realidad en la que confluyen, en un momento determinado de la historia, procesos de índole económica con la evolución de la formación social de las comunidades locales. Todo ello en un contexto de cambio climático que incentivaría un uso más eficiente de los campos de cultivo y la colonización de nuevos paisajes agrarios (Ruiz-Zapatero, 2014, 12). Conforme a una lectura sociopolítica y antropológica de la ordenación del paisaje y el registro funerario, se ha observado la tendencia a la configuración de un modelo de sociedad que se podría calificar de transición y en vías de jerarquización, en la que se materializa en el marco del nuevo orden una dinámica de reorganización socioeconómica y política que establece las líneas de continuidad para el surgimiento de la cultura ibérica.

Los planteamientos teóricos ocupan un lugar destacado en la metodología de investigación de este caso de estudio. A este respecto, se ha implementado un marco conceptual, la centralidad del territorio, conducente a explorar fenómenos sociales donde el análisis territorial desempeña un papel relevante. Se trata de un concepto amplio que reposa en dos ejes fundamentales, la capacidad productiva (producción), y la agencia de la unidad social, que permiten integrar en la investigación arqueológica tanto factores geográficos (centralidad del Ampurdán) como la relación dialéctica que se erige entre el territorio y los grupos locales que residen en su ámbito espacial. Con ello se ha elaborado un atractivo modelo interpretativo. Con este encuadre metodológico se favorece la comprensión, a partir de la vinculación de los rasgos físicos, económicos y espaciales del territorio con la agencia del cuerpo social, de procesos sociohistóricos de gran calado, como la eclosión de la comunidad política, la fundación de los primeros asentamientos permanentes indígenas o los motivos que llevaron a los comerciantes foccos a fundar su enclave comercial en la costa ampurdanesa.

En la expresión espacial de la ordenación del paisaje social se documenta, por vez primera, la fijación al territorio de pequeños núcleos de habitación, como Sant Martí d'Empúries, la Illa d'en Reixac y el Puig de Sant Andreu (Esteba y Pons, 1999, 89; Francés, 2000, 35; Pons, 2012a, 81; Rafel, 2017, 351). El modelo de asentamiento que se desarrolla en esta fase se corresponde, en el esquema de la teoría social evolucionista, con la aldea autónoma, que precede a la formación de modos de organización más complejos como la jefatura (Carneiro, 2002, 51). El rasgo esencial del paisaje en este periodo histórico es la ausencia en él de elementos jerarquizantes, puesto que se trata de aldeas sin fortificar. Por tanto se corresponde en la secuencia de paisajes propuestos con el paisaje sin jerarquizar. Por otra parte, estos poblados familiares de nueva planta configuran la unidad más básica en la estructura del poblamiento (Carneiro, 2002, 51). En ellos se simboliza un modo de vida basado en la agricultura, muy cohesionado y adaptado al entorno en el que se asienta (Carneiro, 2002, 35). El enfoque llevado a cabo para analizar el sistema poblacional parte de la hipótesis de que este complejo cultural no es una realidad aislada, donde los centros de ocupación se caracterizan por su autonomía funcional y la ausencia de estrategias comunes que pusieran en práctica mecanismos de índole supralocal. Con el referente de estas consideraciones, se ha propuesto la construcción de una comunidad política en esta sociedad de pequeña escala, entendida como una forma de ordenamiento social operativo en un nivel superior al de la aldea. Su finalidad sociológica sería, tal y como se ha expuesto, estimular el proceso identitario y aumentar el grado de cohesión de

los centros de hábitat en el campo de las creencias mítico-religiosas, mediante la creación de vínculos culturales que expresan la realidad política de los grupos sociales establecidos en las unidades de aldea.

En comparación con la escasa documentación disponible sobre la red de poblamiento, los espacios funerarios en el área de estudio son bastante más numerosos y el porcentaje numérico de la evidencia arqueológica, rica en contenidos e indicios materiales, es mucho mayor. Además, son ámbitos en los que se representa un amplio espectro de contextos, ajuares y distinciones en la tipología de las unidades de enterramiento. Estos criterios han contribuido a realizar una lectura de corte antropológico del paisaje funerario, para aproximarnos a las jerarquías de rango entre linajes y los cambios en la estructura que definen a este modelo de organización de la sociedad. El mejor escenario, aunque no es el único, para tratar de abordar las formas sociales, es la necrópolis de Vilanera. La historiografía recoge una clasificación detallada de las sepulturas, sus características constructivas y su distribución espacial (Santos, 2009; Codina y Montalban 2012; Codina y Pullia 2018), que constituyen elementos de juicio para relacionar indicadores de segmentación y estratificación con el desarrollo del orden estructural. Para la valoración de los tipos de tumbas según patrones de rango en la estructura social, se ha empleado la teoría del valor-trabajo, en la que Marx establece que el trabajo y el tiempo necesario para producir un ítem es el factor que determina su valor (Marx, 1967, 42; Marx, 1970, 45).

Diversos estudios han señalado la existencia de cuatro clases de sepulcros (Agustí et al., 2004, 107; Codina y Montalban, 2012, 154). Una estructura tumular, tumbas con ajuar y señalizadas con una cubierta de piedras muy parecida a la del túmulo, fosa sin revestimiento pero con bienes funerarios, y pequeños hoyos subterráneos sin depósito de ofrendas ni objetos muebles de ningún tipo (Agustí et al., 2004, 107; Codina y Montalban, 2012, 154). La cámara funeraria con forma de túmulo expresa, por medio de su posición dominante y el trabajo requerido para construir su superestructura de piedras, el estatus del personaje de más alto rango, el jefe del clan. El segundo rango estaría representado, con arreglo a las pautas de trabajo y complejidad, por las sepulturas provistas de un empedrado, que deben corresponderse con la rama principal del clan. En este contexto se ha señalado la aparición de linajes que se diferencian socialmente (Sanmartí, 2004, 18; Aubet, 2005, 119), seguramente pertenecientes a este segmento. No se ha podido precisar la gradación dentro del grupo porque el estudio de los ajuares sigue en curso. El tercer rango lo constituirían las infraestructuras sin más detalles que un conjunto de bienes funerarios, posiblemente asociadas a los linajes secundarios. En el último nivel del orden jerárquico se situarían los hoyos de deposición sin objetos de acompañamiento ni señalización, que muestran la línea genealógica de más bajo rango. La diferenciación en la morfología, las técnicas constructivas y el trabajo presentes en la tipología de los enterramientos dibujan una estratificación de rango muy alejada de las prácticas igualitarias desarrolladas en el mundo funerario del Bronce Final, que se ajusta a la estructura del clan cónico (Sahlins, 1972, 44-45; Kirchhoff, 1977, 57; Johnson y Earle, 2003, 292). Las variaciones observadas en el registro funerario han permitido, en definitiva, el reconocimiento de un cambio en la estructura social de la sociedad, que se convierte en el elemento que proporciona las bases político-ideológicas del nuevo entramado cultural.

La formación y desarrollo de la identidad colectiva es concomitante con las transformaciones socio-económicas y el proceso de complejidad social esbozado durante este periodo (Gerritsen y Roymans, 2007, 265; Fernández-Götz, 2014, 45). El término forma parte del acervo científico de varias disciplinas. Es por ello que se antoja absolutamente pertinente elaborar una definición precisa. El concepto debe ser entendido, desde el punto de vista constitutivo de la identidad, como el primer mecanismo identitario en

la línea de la etnogénesis. En otras palabras, es el estadio que precede a la construcción de la identidad étnica, cuando comienza a gestarse una percepción colectiva de autoidentidad grupal, a partir de la cual se crea la base en común de la entidad cultural. Es, pues, un fenómeno social cuya génesis es simultánea a la fundación de los asentamientos preibéricos. De ahí que su expresión espacial en el territorio sea el establecimiento de aldeas autónomas como la Illa d'en Reixac, el Puig de Sant Andreu y Sant Martí d'Empúries. Más aún, es un eslabón crucial en el cambio de estructura social, pues dota de unidad y coherencia al imaginario colectivo. Con ello se logra la creación de mitos y la legitimación ideológica del sistema de creencias. En realidad, resulta difícil desligar los matices que separan el mito de la identidad colectiva definida en este sentido, habida cuenta que ambos elementos parten de aspectos simbólicos para favorecer la reproducción de macro procesos de identidad grupal, mediante una lectura binaria del mundo que se manifiesta en un plano imaginario y otro real. En el ámbito imaginario la sociedad evoluciona hacia dentro y muestra una clara tendencia a la unificación a través de la identidad, materializándose en la naturalización de las creencias y la ideología. El movimiento en la esfera real funciona a la inversa, hacia fuera, delimitando y definiendo el mundo conocido por el grupo, es decir, está vinculada a una realidad geográfica tangible y reconocible como el paisaje y el territorio.

En sentido lato, la idea principal subyacente es la formulación de un marco discursivo para incorporar la relación de la ordenación espacial del paisaje y los patrones funerarios con la dinámica de cambio social y explorar nuevos enfoques para tratar de explicar los elementos conducentes a la configuración de una sociedad de jefatura y la etnogénesis. La interacción dialéctica entre este último modelo de organización sociopolítica y la identidad étnica de los indigetes constituye la base para proponer lecturas con nuevos matices del Período Ibérico Antiguo, analizado en el próximo capítulo.

Capítulo 5

Jefatura y etnogénesis: surgimiento y consolidación de un nuevo modelo político

5.1. Introducción

En este capítulo se implementan nuevas líneas de análisis espacial que permiten analizar con un mayor grado de detalle la estructuración territorial del nuevo modelo político que emerge a finales del S.VI a.C. y se consolida durante el S.V a.C., dando lugar a la primera facies del Complejo Cultural Ibérico. La reorganización política del espacio parece adoptar la forma de jefaturas complejas con estructuras de poder heterárquicas, representadas en el paisaje por los *oppida*, entre los que destacan en el S.VI a.C. los de Ullastret, Peralada y Sant Julià de Ramis, y en el S.V a.C. los pequeños poblados fortificados de Mas Castellar de Pontós y la Creueta, en el municipio de Quart d'Onyar.

Sin embargo, a la par que la organización sociopolítica adquiere forma espacial, se produce un desarrollo paralelo de la identidad étnica que dará pie en el transcurso del S.VI a.C. a un proceso de etnogénesis, el de los indiketes, en un territorio étnico concreto, la Indigecia. La interacción y correlación entre ambos procesos históricos permite una lectura teórica que apunta como idea principal a la relación dialéctica entre jefatura y etnogénesis, pues una y otra se retroalimentan. Esta dinámica es solo un aspecto de un poliedro más complejo que dará lugar a un proceso de cambio multiforme que establece las bases sobre las que posteriormente se desarrollarán las relaciones clientelares y una entidad geopolítica con rasgos (a) estatales y (b) de lugar central, Ullastret.

El planteamiento general del capítulo se fundamenta en un análisis exhaustivo del territorio y el paisaje que tome en consideración sus principales componentes, entre los que destacan varios establecimientos indígenas y dos necrópolis pequeñas, con el fin de abordar el estudio del poblamiento, la estructura socioeconómica y sus implicaciones históricas. A tal efecto, se han utilizado varios softwares, entre los que cabría destacar el software libre Quantum Gis (QGIS) para elaborar cartografía de calidad y análisis espacial, GRASS por ejemplo para calcular rutas óptimas y cuencas visuales, y tres softwares adicionales para visualizar y trabajar con datos lidar, FugroViewer, Lastools y Relief Visualization Toolbox.

Una cuestión central relacionada con el modelo político de jefatura propuesto ha sido acometer el estudio del sistema de poder de las estructuras étnicas jerarquizadas que surgen durante el Ibérico Antiguo. La historiografía ha establecido, a nivel teórico, dos niveles de integración política, la jerarquía y la heterarquía (Johnson y Earle, 2011, 275). Para discutir esta materia he optado por la puesta en valoración

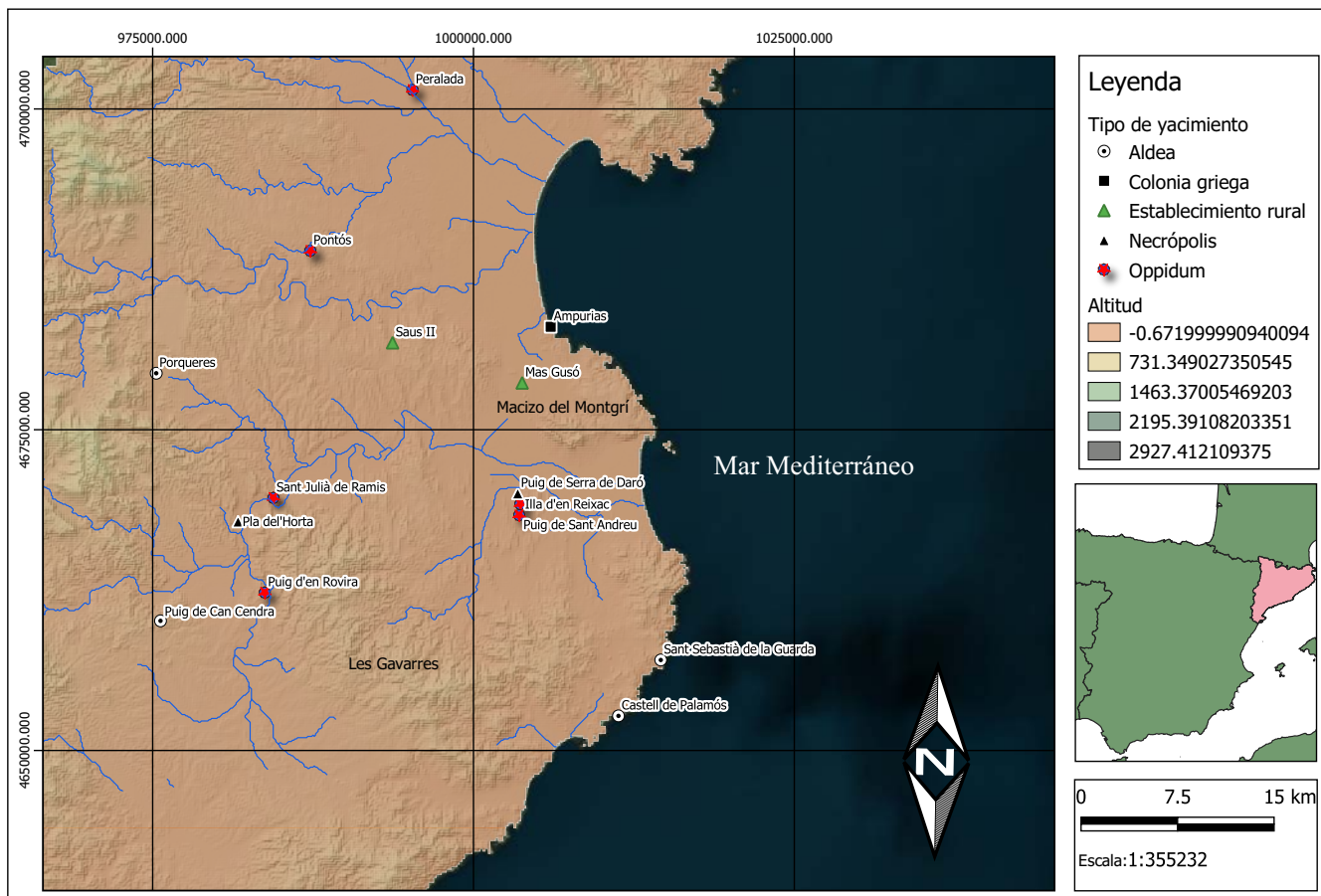


Figura 5.1: Yacimientos citados en este capítulo. Elaboración propia

conjunta de diversos indicadores geoespaciales, implementando un modelo teórico-metodológico que permite abordar los procesos sociopolíticos mediante el estudio del paisaje y el territorio (Grau-Mira, 2006, 212). Soy plenamente consciente de que en este aspecto la evidencia arqueológica directa es exigua, por lo que el análisis del patrón territorial constituye el tipo de análisis más adecuado para abordar esta temática; se observa en el paisaje una pauta simétrica, basada en la distancia entre asentamientos, que coincide, a grandes rasgos, con los geoprocesos realizados para delimitar los territorios políticos, los polígonos de Thiessen, el mapa de distribución de costes, las cuencas hidrológicas y las cuencas visuales. La similitud de los resultados obtenidos con este modelo induce a pensar en territorios políticamente independientes en un primer estadio, esto es, a finales del S.VI y principios del S.V a.C.

Si por un lado sugería como posibilidad que las organizaciones sociopolíticas adscritas a los distintos *oppida* pudieron responder a un modelo heterárquico, su identidad espacial parece cohesionada a través de la etnicidad. Ello parecería indicar que formarían parte de un mismo proceso de etnogénesis cuyo epicentro, de acuerdo con las características de los *oppida* y sus sistemas defensivos, tal vez fuera Ullastret. El Puig de Sant Andreu es, de facto, donde se fundarán los templos en una fase posterior y donde se ubica la mayor necrópolis del territorio, la del Puig de Serra de Daró. El capítulo se articula en base a la interacción entre estos dos procesos históricos, el de la formación de sociedades complejas de jefatura y el desarrollo en paralelo de la etnogénesis de los indiketes. Dicho de otra manera: organizaciones sociopolíticas heterárquicas con una identidad espacial compartida que crean y establecen lo que podríamos considerar como un territorio tribal, la Indigecia, vínculo con los ancestros de la gens.

5.2. Análisis espacial y SIG

Quizá sea coherente comenzar aportando una definición de lo que se entiende por análisis espacial en este caso de estudio: “se entiende como análisis espacial el conjunto de procedimientos de estudio de los datos geográficos en los que se consideran de alguna manera sus características espaciales; es por tanto una colección de procesos cuyo fin es explotar nuestros datos geográficos” (Bosque et al., 2012, 103). Más allá de su significación, el concepto, puesto de manifiesto por primera vez por el arqueólogo David Clarke en su obra fundamental *Spatial Archaeology*, ha evolucionado considerablemente desde que fuera dado a conocer por la *New Archaeology*. En efecto, si hacemos memoria (cf. capítulo I), esta corriente interpretativa consideraba el espacio como “una dimensión abstracta y neutral en la que tenía lugar la acción humana” (Wheatley y Gillings, 2002, 8). Sin embargo, esta visión fue ampliamente cuestionada por la Arqueología Postprocesual, que, a diferencia de la anterior, puso el énfasis en reformular el concepto mismo de espacio, que pasa a ser concebido como parte de los procesos de creación de los modelos culturales. Desde esta perspectiva, el espacio es visto como un elemento más de la sociedad, es construido, pensado, y formado por acciones sociales y culturales que definen el desarrollo del proceso histórico (Wheatley y Gillings, 2002, 8).

5.2.1. Análisis espacial: geoprocursos, fuentes, tipos de datos y herramientas SIG

El primer paso a la hora de plantear un proyecto mediante herramientas SIG es esbozar una pregunta de investigación coherente con los datos disponibles, pues esta va a condicionar el flujo de trabajo y los geoprocursos realizados a posteriori. Por geoprocuro se puede entender un conjunto de técnicas espaciales, con un fuerte componente humano y por tanto subjetivo, que permiten que apliquemos rigurosamente una serie de procesos determinados con el fin de integrar los datos espaciales en un discurso consecuente con nuestra pregunta e hipótesis de trabajo (cf. capítulo III).

Una vez enfocado el problema, viene el diseño de un método para la búsqueda de la información del tema objeto de estudio (Parcero y Fábrega, 2006, 68). Esta es una cuestión crucial, pues de la calidad, del tipo de datos y sus características dependerá el resultado final. No se obtiene la misma calidad y resolución calculando una cuenca visual con un modelo digital de elevaciones (MDE a partir de aquí) con una resolución de malla de 5 metros que con uno de 200 metros (Zamora-Merchón, 2006, 44). Para llevar a cabo los proyectos de investigación arqueológica en los que se requiera obtener datos espaciales contamos con distintas fuentes de organismos públicos que ofrecen de manera gratuita la descarga de este tipo de datos (Zamora-Merchón, 2006, 44). A nivel nacional, el Instituto Geográfico Nacional (IGN) cuenta con un centro de descargas en el que se puede obtener una gran variedad de archivos. En el ámbito de trabajo autonómico, además del IGN en varias comunidades autonómicas también existen organismos públicos que ofrecen gratuitamente este tipo de servicios. En el caso de Catalunya el Institut Cartogràfic i Geològic de Catalunya (ICGC), dependiente de la Generalitat de Catalunya, también cuenta con un centro de descargas en el que se pueden obtener datos de gran calidad. Otro recurso importante lo encontramos en las Infraestructuras de Datos Espaciales (IDE'S), que también ofrecen datos de acceso gratuito. Básicamente, una IDE es una infraestructura virtual en red integrada por datos georreferenciados, sus características y accesible vía Internet. En Catalunya contamos igualmente con otro recurso online esencial, el eGIPCI (e-Gestió Integral del Patrimoni Cultural Immoble), supeditado al Departament de

Cultura de la Generalitat. Se trata de un sistema en el entorno Extranet que permite la consulta de la información, documentación y gestión del Patrimonio Cultural Inmueble de Catalunya. Cuenta, asimismo, con su propio SIG, que si bien es cierto que puede llegar a ser complejo, facilita enormemente ciertas operaciones que de otro modo serían tediosas, cuando no imposibles de realizar con exactitud, como la búsqueda de coordenadas de yacimientos poco conocidos o alejados de los núcleos poblacionales. Esta y otras indagaciones se pueden ejecutar con el SIG del eGIPCI, lo cual facilita inmensamente el flujo de trabajo.

La elección de los datos es otra de las cuestiones clave a la hora de diseñar un esquema de trabajo con un SIG. Por regla general, un SIG trabaja con dos tipos de datos que condicionan la forma de afrontar el análisis espacial por su propia naturaleza; son el modelo vectorial y el modelo ráster (García-Sanjuan, 2005, 88; Bosque et al., 2012, 103). No obstante, el desarrollo constante de las Tecnologías de Información Geográfica ha permitido incorporar un tercer tipo de datos, conocidos por su acrónimo en inglés, LIDAR. Trabajar con un entorno SIG es sinónimo de obrar con datos geográficos, que no son sino una representación abstracta de la realidad. Ambos modelos de datos, el vectorial y el ráster, se componen del componente espacial y el temático. El primero de ellos hace referencia a la posición dentro de un sistema de referencia, mientras que el segundo pone el énfasis en las particularidades del primero (Bosque et al., 2012, 104). Sin embargo, se tiende a analizar el componente espacial y el temático conjuntamente, aunque en última instancia esta decisión dependerá del tipo de análisis y el objetivo que se busque (Bosque et al., 2012, 105).

En el modelo vectorial se representa la realidad mediante la codificación del límite que separa al elemento representado de su entorno más inmediato. Para representar la realidad abstracta se utilizan tres tipos de elementos diferentes, la línea, el punto y la superficie o polígono (Bosque et al., 2012, 107). Ejemplos de los geoprocursos que se pueden ejecutar con el modelo vectorial son el análisis de mapas de puntos, cálculo de distancias o la creación de polígonos Thiessen. A esta se podría añadir un sinfín de geoprocursos y herramientas analíticas (Bosque et al., 2012, 106-109).

En el modelo ráster, por su parte, se representa cada elemento mediante rejillas. El objeto geográfico se divide en una rejilla o malla compuesta de unidades regulares que recibe el nombre de celda o pixel. Cada celda registra un único valor (Bosque et al., 2012, 110). La dimensión del pixel es crucial en lo que respecta al resultado final. Cuanto más pequeño es el tamaño de la celda, mejor y con más detalle será la representación de la realidad. Por el contrario, cuanto mayor sea el pixel, más posibilidades de que no se representen todos los elementos, lo que puede conllevar una pérdida importante de información. De hecho, el cálculo de una ruta óptima con un MDT con una resolución de malla de 5 metros se ajustará mucho más a la realidad que si lo calculamos con un MDT con un pixel de 200 metros. Cabe mencionar que los valores de la variable temática, almacenados en las celdas, pueden ser reclasificados, generando un nuevo mapa (Bosque et al., 2012, 110). A modo de ejemplo, he calculado con un entorno SIG el Área de Captación de Recursos (ACR) de las jefaturas de la Indiketia, para lo que he tenido que reclasificar la capa Corine de usos del suelo en tres categorías, siguiendo la metodología de Grau, con el fin de adaptar la capa lo más posible a las condiciones existentes durante el Ibérico Antiguo, aunque lógicamente no deja de ser un modelo predictivo (Grau-Mira, 2006, 220). Después he superpuesto el ACR a la capa de usos del suelo reclasificada en 1) alto potencial agrícola, permite usos intensivos del suelo, 2) capacidad intermedia, apta para prácticas extensivas y 3) áreas forestales poco aptas para la agricultura (Grau-Mira, 2006, 220). Con ello he conseguido delimitar los usos del suelo en un radio de media hora, una hora y

hora y media desde los *oppida*. Además de reclasificar archivos, el modelo ráster es ideal para crear mapas de coste con los que calcular distancias, rutas óptimas entre dos puntos o análisis de visibilidad, todas ellas herramientas de análisis con un gran potencial y que en lo fundamental se basan en el modelo ráster (Bosque et al., 2012, 114).

La irrupción de la tecnología LIDAR en los años 90 ha supuesto una considerable mejora en la calidad de los datos recogidos para la elaboración de cartografía de calidad y MDT's. Cabe resaltar algunas de las ventajas que tiene esta tecnología respecto a la fotogrametría, como la precisión, la capacidad de penetrar a través de masas forestales y la posibilidad de tomar datos en vuelos nocturnos y con malas condiciones climatológicas. LIDAR es el acrónimo del inglés *Light Detection and Ranging*. Se trata de una técnica que se fundamenta en la medición del tiempo transcurrido entre la emisión de un pulso de energía láser y su llegada al sensor, después de haber sido reflejado por algún elemento de la superficie terrestre (Crow y Crutchley, 2018, 3). Además, registra múltiples retornos dependiendo de la naturaleza del sensor y de la superficie que se esté estudiando. Así se obtiene como resultado una nube de puntos. El problema a la hora de realizar, por ejemplo, un MDT, reside precisamente en la nube de puntos, pues las herramientas para procesarlos, Lastools, funciona con licencia de pago y solo permite procesar un número determinado de puntos. Por ello los datos LIDAR utilizados en este capítulo se circunscriben a áreas concretas como el entorno de Ullastret o el yacimiento de Mas Castellar de Pontós, con el objeto de trabajar con nubes de puntos que no excedan el número de puntos establecido. La tecnología lidar, debido a sus características y potencial para detectar estructuras, ha supuesto una revolución en diferentes campos profesionales, entre los que sobresalen la minería, industria eléctrica, es usado por el ejército, en inventarios forestales, etc. A pesar de no haber sido desarrollado en un principio para uso arqueológico, los datos LIDAR están empezando a ser ampliamente utilizados por la comunidad arqueológica. Ello se debe tanto a su precisión para cartografiar el territorio como a su potencial para descubrir nuevos yacimientos y estructuras enterradas, habiéndose convertido en un método capaz de evaluar el paisaje de manera pormenorizada, siendo en la actualidad de gran utilidad a los investigadores (Crow y Crutchley, 2018, 3). De todo ello se puede colegir la capacidad que tiene esta tecnología para recoger datos que permitan crear mapas del relieve en los que es posible identificar anomalías de la superficie terrestre, muchas veces no identificables mediante una inspección visual del campo o una ortofotografía.

En cualquier caso, lo más lógico en un proyecto SIG en el que se vayan a implementar varias herramientas especializadas y distintos geoprosesos es emplear tanto archivos vectoriales como ráster, dado que en numerosas ocasiones el flujo de trabajo requiere valerse de ambos para completar dicho proceso.

5.3. Territorio étnico y territorios políticos. La conformación de la Indiketia

5.3.1. Una propuesta teórico-metodológica

El territorio revela de forma inequívoca un tipo de articulación espacial consecuente con el grupo social que lo habita, pues manifiesta sus inquietudes sociales, siendo a este respecto un reflejo de su estructura interna (Castaneda-Fernández, 2017, 15). De ahí la importancia de la territorialidad, por cuanto permite inferir los procesos políticos y los patrones económicos de la organización social que subyacen en la construcción del territorio y el paisaje social (Castaneda-Fernández, 2017, 24).

Según la historiografía, el territorio de los indiketes se emplaza en el noreste de la actual Catalunya. Se trata de un espacio geográfico bien definido por criterios naturales, con la sierra de los Alberes al norte, el mar Mediterráneo a levante, la sierra Prelitoral a poniente y la desembocadura del río Tordera al sur (Burch et al., 2010, 8; Sanmartí et al., 2016, 120). Sin embargo, esta demarcación territorial se corresponde, a grandes rasgos, con los límites de la Indiketia durante el Ibérico Pleno. Hemos de considerar, como señaló García Sanjuan, que el paisaje no es una unidad inalterable, sino que se transforma constantemente, creando una dinámica que puede llegar a condicionar características del territorio como su superficie (García-Sanjuan, 2005, 126). De facto, durante toda la fase del iberismo se pueden constatar tres grandes remoledaciones del paisaje social en la Indiketia, lo que seguramente conllevó modificaciones del área ocupada por el territorio. La primera transformación se lleva a cabo a finales del S.VI a.C., cuando emergen los *oppida* y se manifiesta por primera vez la Cultura Ibérica. Una segunda reorganización tiene lugar durante el Ibérico Pleno, cuando varios poblados fortificados son amortizados, mientras que otros amplían sus recintos defensivos y sus territorios políticos. Por último, la llegada de roma provoca una nueva estructuración social del paisaje, en la que muchos de los *oppida* indiketes son abandonados, entre ellos el de Ullastret. Con base en lo expuesto, se pueden sugerir unos límites diferentes para la fase de formación del nuevo escenario social.

Partiendo de estas reflexiones se ha implementado un modelo teórico-metodológico, introducido en el capítulo III, basado en el análisis espacial para proponer hipótesis razonables y una síntesis interpretativa de la articulación social del espacio durante esta fase histórica. Una vez establecida la necesidad de elaborar un método con el que interpretar los patrones territoriales, se debe plantear una o dos preguntas de investigación, relacionadas con la pregunta de investigación central, que otorguen coherencia y significado a la metodología de trabajo y puedan abrir nuevas líneas de debate. La primera pregunta es la siguiente ¿cómo se organiza espacialmente el territorio y cuales son sus consecuencias en términos geopolíticos y de poder? La segunda pregunta es ¿cómo influye la etnicidad en la nueva ordenación territorial?

La propuesta parte de la premisa que los territorios que se pueden delimitar mediante análisis espacial son eminentemente teóricos. Por ello se propone una adaptación de la metodología a nuestro caso de estudio mediante la combinación de varios indicadores espaciales. Esto permitiría obtener varios modelos y contrastar los resultados, con la finalidad de evaluar convenientemente la solidez del método de investigación. Los indicadores son los siguientes:

Polígonos Thiessen. Son la forma más estándar de delimitar el área de influencia teórica de cada punto dentro de un conjunto. Se basan en la distancia lineal y asignan cada porción de un espacio al punto (*oppidum*) linealmente más próximo.

Mapa de distribución de costes. Es algo similar a los polígonos Thiessen, pero en lugar de distancia lineal usan distancia de coste. Es un mapa en el que cada porción de un espacio se atribuye al territorio del punto (*oppidum*) más próximo en términos de accesibilidad.

Visibilidad. Cálculo de cuencas visuales desde cada uno de los *oppida* del territorio con el objetivo de valorar si cada uno de ellos controla visualmente un espacio diferente.

Análisis fisiográfico. Una combinación de los indicadores propuestos podría ofrecer elementos suficientes para proponer un modelo teórico territorial, combinando los resultados con el análisis fisiográfico del terreno (encajando los límites en líneas naturales como las cuencas hidrológicas o divisorias de aguas).

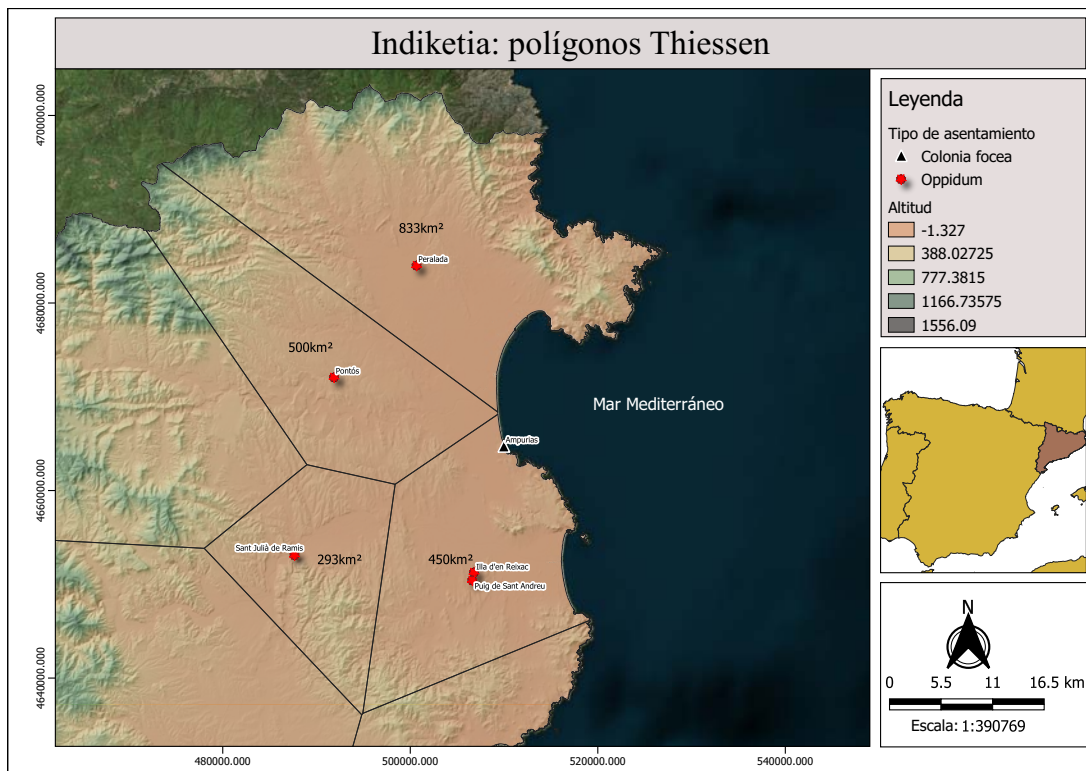


Figura 5.2: Territorialidad teórica en base a los polígonos Thiessen

5.3.2. Los polígonos Thiessen

Una de las formas clásicas de abordar la cuestión de la territorialidad teórica es a través de los diagramas de Voronoi, también conocidos como polígonos Thiessen. Son uno de los métodos de interpolación más simples. Los polígonos Thiessen han sido empleados en arqueología para establecer espacios teóricos territoriales dentro de un conjunto de asentamientos (García-Sanjuan, 2005, 136). Son una construcción geométrica que se basa en la distancia lineal para componer una partición del plano euclídeo. Esta es una de las razones por las que este método ha sido criticado, habida cuenta que la distancia euclídea no tiene en consideración factores tan importantes como la orografía (García-Sanjuan, 2005, 136). Sin embargo, en el caso que nos ocupa, esta delimitación es parcial, pues el territorio se corresponde en su mayor parte con la actual comarca del Ampurdán, que se caracteriza precisamente por ser una llanura. Otro de los argumentos que se ha usado en contra de este método es su carácter locacional, dado que crea áreas de influencia teóricas solamente tomando en consideración la cercanía de los puntos en el espacio (García-Sanjuan, 2005, 136). Ello supone que de forma apriorística el cálculo de los polígonos no tiene en cuenta componentes sociales del paisaje tan relevantes como la jerarquía entre asentamientos, el tamaño del yacimiento o la población (García-Sanjuan, 2005, 136). La superficie de los polígonos se estima trazando "la mediatriz de la línea que conecta cada yacimiento con sus vecinos" (García-Sanjuan, 2005, 136). En consecuencia, una de sus propiedades más significativas es que cualquier punto dentro de un polígono estará más cerca del establecimiento a cuyo territorio pertenece que del vecino más próximo (García-Sanjuan, 2005, 136).

Un problema consustancial a la naturaleza del método con el que se calcula el diagrama de Voronoi y otros geoprocesos espaciales es el conocido como efecto borde. Este se produce cuando en los márgenes de la zona de estudio no hay asentamientos con los que delimitar el polígono, lo que puede afectar al área

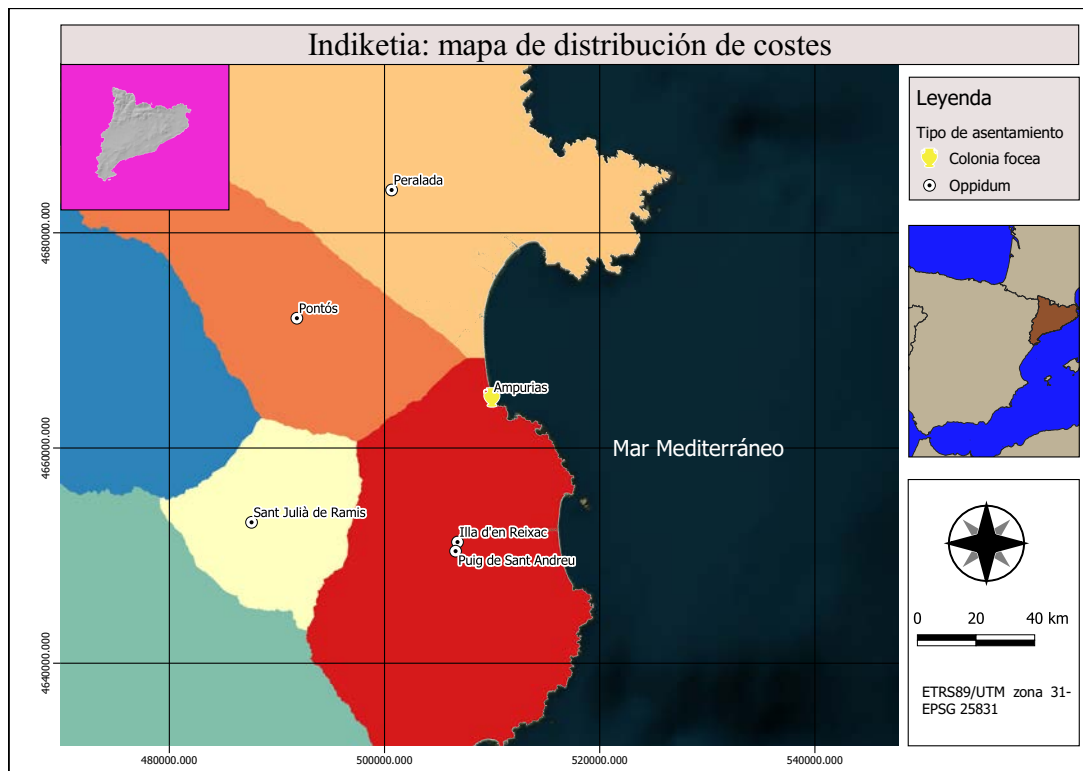


Figura 5.3: Territorialidad teórica en base al coste de desplazarse por el paisaje

teórica del yacimiento situado en el borde sin vecinos (García-Sanjuan, 2005, 136). Cabe señalar, sin embargo, que una propiedad potencialmente positiva de esta aproximación a la territorialidad es la plausible concomitancia de los límites establecidos por los polígonos con elementos fisiográficos del paisaje como ríos, cadenas montañosas o cuencas hidrológicas que actúen a modo de límites naturales (García-Sanjuan, 2005, 137). Ello otorga robustez al modelo teórico. Los polígonos Thiessen han desempeñado un papel crucial, cuando son utilizados junto a otros métodos de análisis espacial, para delimitar estructuras territoriales en sociedades pretéritas (García-Sanjuan, 2005, 138).

Cabe plantear una última reflexión relacionada con la figura 5.2. En el mapa se puede apreciar que el polígono correspondiente al *oppidum* de Peralada representa una superficie ligeramente superior a la del resto de áreas teóricas. Ello puede que sea debido a que su territorio está en el norte delimitado por la cordillera de los pirineos. En el mapa de distribución de costes, que analizaré en el siguiente apartado, el territorio atribuido al *oppidum* de Peralada coincide plenamente con el de los polígonos Thiessen. De igual manera, como se verá en el mapa de cuencas hidrológicas, el territorio teórico de Peralada se corresponde en términos de criterios naturales con la extensión de una cuenca hidrográfica. Por ello, una posibilidad que no debe descartarse por la posición geográfica de Peralada es su posible rol espacial dentro del conjunto, basado en el control de las vías de paso pirenaicas (Casas et al., 2011, 5). Esto haría que, en un principio, dominara un espacio territorial de dimensiones considerables.

5.3.3. Coste de desplazamiento, movilidad y análisis fisiográfico del territorio

Hay buenas razones metodológicas para suponer que el estudio del coste de desplazamiento y el de discontinuidades en el paisaje como accidentes naturales pueden aportar elementos significativos para una valoración más precisa de las estructuras territoriales. La impresión general es que los polígonos

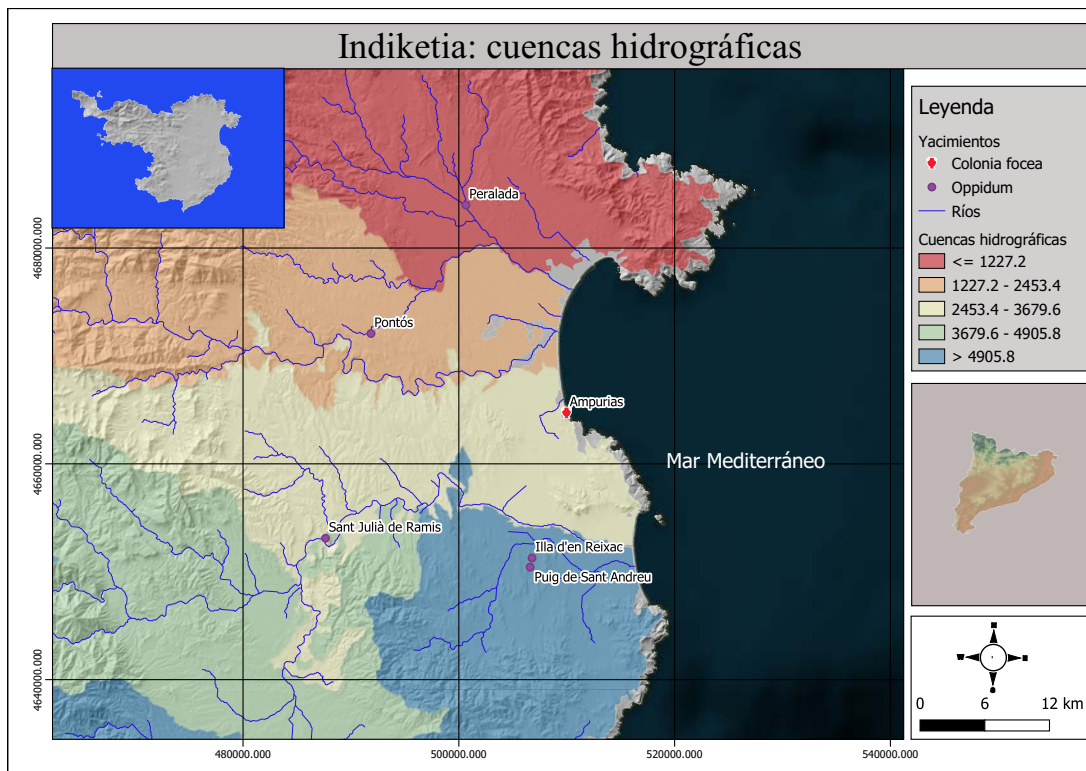


Figura 5.4: Cuencas hidrológicas de la zona de estudio

Thiessen, que se apoyan en la asunción de que el paisaje es plano y bidimensional, han sido reemplazados por modelos que analizan el coste de desplazamiento teniendo en cuenta las diferencias en el espacio (Van-Leusen, 1999, 216;

La estructura espacial del paisaje está definida por la distribución de los recursos naturales. De ahí que se establezca una interrelación entre los pobladores y el paisaje que está determinada por la movilidad, de forma que cuanto mayor sea la distancia menor será la acción de esta dinámica relacional (Van-Leusen, 1999, 215; Grau-Mira, 2006, 215). En un mapa de distribución de costes el territorio es asignado a cada *oppidum* en función de la accesibilidad. De igual modo, al tener en cuenta que el espacio no es uniforme, el coste puede llegar a ser incluso más relevante que la distancia entre dos puntos (Wheatley y Gillings, 2002, 151). La movilidad está igualmente relacionada de manera directa con la capacidad de una comunidad para articular su territorio, puesto que depende en cierto sentido de las posibilidades de desplazamiento por el paisaje (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 12). Por esta razón la movilidad desempeña, en lo esencial, un papel crucial en la cuestión de la territorialidad, permitiendo un primer acercamiento a la forma en que un *oppidum* traza los límites del espacio que controla y estructura el territorio (Van-Leusen, 1999, 215; Güimil y Santos-Estévez, 2013, 12).

A fin de valorar de manera pormenorizada la territorialidad, se puede partir de otro escenario conceptual complementario a los indicadores ya analizados, el estudio fisiográfico del terreno, que contribuye al debate con matices de gran interés. Además de que una lectura de este tipo reforzaría el análisis de la estructuración espacial con nuevos rasgos. Hoy no hay ninguna duda en admitir que los accidentes naturales son un factor que ha influido decisivamente en la delimitación de posibles territorios, siendo este un ámbito en el que desempeñan un papel decisivo las características del relieve, las cuencas hidrológicas y los ríos más caudalosos (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 18). Los accidentes geográficos y las disconti-

nidades en el paisaje como los ríos han actuado históricamente como referentes fronterizos, sobre todo en la Edad del Hierro (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 18). Algunos autores han incluso interpretado que la deposición de armas, elemento distintivo del Bronce Final, pudiera estar relacionada con ritos de frontera (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 18). Es necesario subrayar que el concepto de frontera en este contexto carece de connotaciones políticas, más bien se refiere a límites naturales entre áreas de influencia. Un argumento de ejemplificación que sirve para ilustrar y dar significado a lo expuesto, aunque se trate de una frontera política, lo encontramos en el papel representado por el río Rubicón en época tardorrepublicana, que actuó durante cierto tiempo como frontera entre Roma y la Galia.

Siguiendo con el argumento, los datos sugieren otro criterio analítico con capacidad para aportar un nuevo enfoque al conjunto de propuestas, "las regularidades espaciales", que denotan cierto grado de intencionalidad en la estructura del poblamiento (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 17). Se necesitan al menos dos condicionantes para establecer regularidades espaciales.

El primero es de orden tecnológico y se basa en las distancias, que pudieron condicionar el concepto de territorialidad (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 18). En esta línea, la unidad básica en la estructura del paisaje y la organización del poblamiento es el *oppidum* (Grau-Mira, 2006, 213). En la zona de estudio parece haber un patrón simétrico basado en la distancia entre asentamientos, que es de 20 kilómetros aproximadamente (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 18). Esta pauta se apoya en la triangulación del territorio en tres ejes entre los que se observa la misma distancia, uno al norte formado por los *oppida* de Peralada y Pontós, otro al sur constituido por los poblados de Ullastret, y un último al oeste, donde se ubica Sant Julià de Ramis.

El segundo condicionante tiene como base las formaciones naturales, en las que se observan hitos que pudieron haber sido utilizados para establecer límites entre comunidades (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 19). Es más, cuando se delimita la Indiketia entre la sierra de la Albera y el río Tordera se están empleando como límites del territorio accidentes geográficos, que parecen haber funcionado como delimitadores del espacio durante la Edad del Hierro. Las regularidades naturales pueden ser indicativas de territorialidad, sobre todo cuando es posible discernir pautas repetitivas en el emplazamiento de los yacimientos (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 19). Con el fin de indagar la plausible existencia de límites naturales y su influencia sobre la territorialidad, he optado por delimitar una de las unidades del territorio más significativas, las cuencas hidrológicas. Para ello he utilizado las herramientas de GRASS incorporadas en el núcleo de QGIS. Si examinamos detenidamente el mapa de cuencas hidrográficas de la figura 5.4, se advierte con nitidez que hay una estrategia locacional que denota cierto grado de intencionalidad, considerando que cada establecimiento indígena se emplaza en una cuenca hidrológica.

Desde el enfoque defendido en esta última línea argumental, me gustaría sugerir un ejercicio comparativo. Si analizamos en detalle el mapa de la figura 5.4 y el mapa de la figura 5.3, lo primero que llama la atención es que, grosso modo, la delimitación del espacio geográfico en cuencas hidrológicas se ajusta en buena medida con los territorios teóricos obtenidos mediante el cálculo de la distribución de costes. Ello no significa, claro está, que los límites y las unidades territoriales definidas por medio del análisis espacial sean una representación exacta de la realidad, pero la concordancia de ambos modelos le otorga potencial interpretativo y solidez a la metodología de trabajo propuesta. Por otra parte, al integrar las entidades espaciales (*oppida*) en la unidad territorial en la que residen los recursos naturales (cuencas hidrográficas), ha sido posible inferir una estructuración intencional relacionada con la elección del lugar donde emplazar el asentamiento. Se han puesto de manifiesto, asimismo, regularidades espaciales

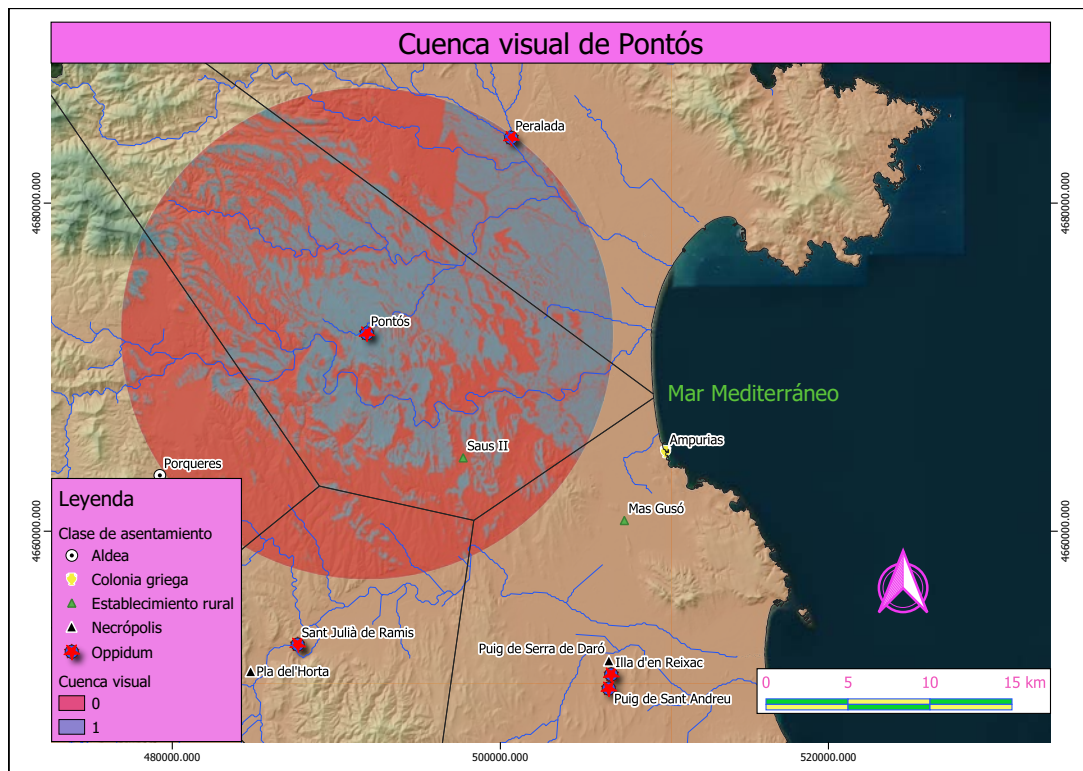


Figura 5.6: Cuenca visual de Pontós

en un punto geográfico concreto (Wheatley y Gillings, 2002, 202; García-Sanjuan et al., 2009, 172). Es más, muchos asentamientos eligen su ubicación espacial a partir del grado de visibilidad, lo que puede estar motivado por la competición por el territorio y sus recursos, el aumento de la presión demográfica y el desarrollo de la desigualdad institucional (García-Sanjuan et al., 2009, 172). Los patrones visuales son un instrumento para establecer la defensa de la comunidad o para reforzar la diferenciación social, además de fortalecer y asegurar la circunscripción territorial del establecimiento en función de la dinámica del poder, por cuanto el nivel de visión es equiparable al de prestigio (García-Sanjuan et al., 2006, 182). Es, en definitiva, una forma de expresar el poder. Por otra parte, la visibilidad tiene importantes implicaciones sociales. En ese sentido, permite poner en marcha mecanismos de "comunicación y defensa", por ejemplo, a través de un fuego, con el que se puede dar parte con antelación de una situación de peligro (Zamora-Merchón, 2006, 49); conjuntamente, es un elemento que cohesiona la estructura territorial de la formación social y actúa a modo de disuasión frente a los enemigos por su afinidad con el concepto de defensa, a la par que aporta información sobre el grado de defensibilidad del yacimiento (Zamora-Merchón, 2013, 86; Parceró y Fábrega, 2019, 58).

El enfoque más reciente ha puesto el énfasis en la percepción humana sobre objetos y sitios en el paisaje y el aspecto cognitivo de la visibilidad (Parceró y Fábrega, 2019, 58; Grau-Mira, 2019a, 156). En esta última línea de análisis, la visibilidad del *oppidum* desde varios puntos del paisaje fomenta un sentimiento de seguridad en los habitantes extramuros, generada por el hecho de divisar el principal establecimiento fortificado del territorio (Grau-Mira, 2019a, 155). El *oppidum* ibérico domina visualmente, por su emplazamiento en alto, las granjas y aldeas de la llanura, lo que provoca a nivel cognitivo la impresión de ser vigilado (Grau-Mira, 2019a, 156). De aquí que causara un efecto intimidante cuya consecuencia más evidente sería la creación de una "escenografía de poder" en los paisajes sociales



Figura 5.7: Cuenca visual de Peralada

ibéricos (Grau-Mira, 2019a, 156). El control visual lleva implícito un aviso a los campesinos de su sumisión y contribuye a esparcir una percepción psicológica de control (Grau-Mira, 2019a, 156). El análisis de la visibilidad favorece una mejor comprensión de la funcionalidad y la forma en que interactúan los niveles de organización sociopolítica en el territorio, que en la Indiketia son tres, el *oppidum*, la aldea y la granja. La estructura visual puede ser concebida, en línea con el modelo foucaultiano de dominación, como una tecnología de poder implementada por el grupo dirigente, esto es, la élite guerrera, para controlar socialmente el territorio político y la población. Por su sutileza es comparable al concepto de violencia simbólica de Bourdieu, que posibilita ejercer el poder de manera cognitiva a través de los sentidos y el efecto visual que causa en el poblamiento.

Los SIG han facilitado mucho el cálculo de la visibilidad. El programa informático realiza la operación de la siguiente manera. Lo primero que hace falta es un modelo digital del terreno y una capa con el punto de observación. Con estos dos parámetros el SIG puede calcular en un nuevo mapa ráster qué celdas son visibles desde el punto de observación, otorgándole valor 0 a los puntos no visibles y valor 1 a las zonas que son visibles (García-Sanjuan et al., 2006, 184; Zamora-Merchón, 2006, 43; Zamora-Merchón, 2013, 88). En los mapas con las cuencas visuales de esta sección se puede observar en la leyenda los colores asignados al valor 0 y el 1 con el fin de facilitar la interpretación de las zonas visibles y no visibles de cada uno de los *oppida*. El SIG permite además especificar parámetros como el radio de alcance de la vista o la altura del observador, que se puede situar, por ejemplo, sobre una torre de una muralla (García-Sanjuan et al., 2006, 184; Zamora-Merchón, 2006, 43; Zamora-Merchón, 2013, 89). No obstante, existen limitaciones de varios tipos a la hora de calcular la visibilidad de un yacimiento determinado. Algunas son de naturaleza técnica, pues los resultados pueden variar ligeramente dependiendo de el programa que se utilice. La calidad y resolución de la cartografía también es importante. El MDE puede contener errores

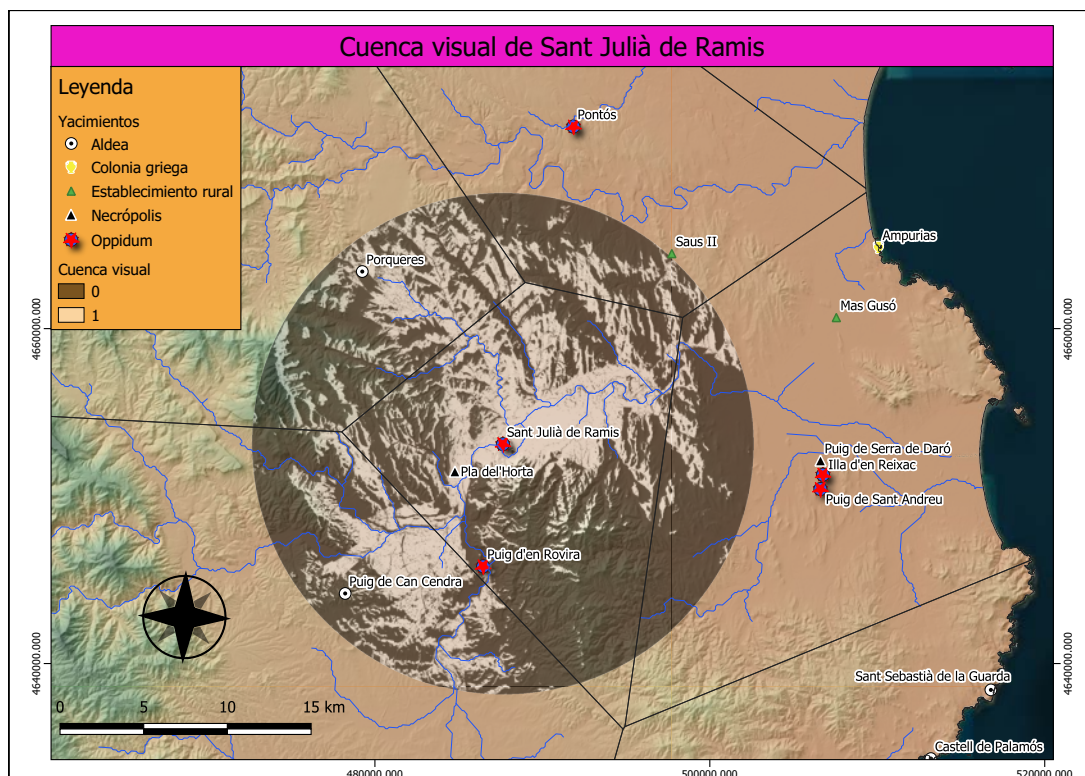


Figura 5.8: Cuenca visual de Sant Julià de Ramis

de interpolación o en los valores de elevaciones. Otras restricciones vienen impuestas por las limitaciones del software. Este no contempla factores tan importantes para la visibilidad como la cobertura arbórea, su estacionalidad y tipo, o las variaciones de las condiciones atmosféricas (García-Sanjuan et al., 2006, 184; Zamora-Merchón, 2006, 47; Zamora-Merchón, 2013, 91).

Las cuencas visuales han sido calculadas siguiendo los indicadores proporcionados por Zamora. Estos me han parecido los más adecuados y los que mejor se adaptaban a las preguntas de investigación y al objetivo metodológico de modelar teóricamente los territorios de cada *oppida*. Para ello he utilizado un MDE con una resolución de celda de cinco metros. Este tipo de archivo representa de forma más fiable la topografía y tiene una mayor resolución. Según Zamora, la altura del observador ha de fundamentarse en dos variables diferentes. Por un lado, ha de ser considerada la altura de la muralla, estipulada en 10 metros y, por otro, la estatura de la persona que vigila (Zamora-Merchón, 2006, 42). A ello ha de sumarse la altitud sobre la que se sitúa el yacimiento. Otro factor esencial es indicarle al software el radio máximo de visibilidad, que puede ser establecido en base a la distancia necesaria para percatarse de un gran incendio en un asentamiento o en una zona de cultivos, establecido en este caso en 15 km (Zamora-Merchón, 2006, 42). Adicionalmente, el radio de alcance de la vista empleado me ha parecido adecuado para abordar la cuestión de la territorialidad pues, aunque no hay unanimidad en este aspecto, el límite de visión máximo ha sido establecido en 20 km (García-Sanjuan et al., 2006, 185).

Tomados los datos en su conjunto, revelan pautas relacionadas con la visibilidad y la forma de estructurar el espacio de los asentamientos que merecen ser subrayadas por su potencial para contribuir al modelo territorial. Lo primero que llama la atención es que cada *oppidum* parece controlar visualmente un espacio diferente. Esta es una cuestión a la que retornaré más adelante, al analizar las diferentes formas de ejercer el poder. En la representación cartográfica de las cuencas visuales, estas se han superpuesto sobre

los polígonos Thiessen. La razón estriba en que la capa de los polígonos y el mapa de distribución de costes coinciden en gran medida, pero a la hora de superponer capas se obtenía más claridad empleando como capa de fondo los polígonos Thiessen.

Resulta llamativo que el núcleo de las zonas visibles desde cada yacimiento se ajusta a los resultados obtenidos con los territorios teóricos delimitados por medio de otros geoprocementos. Estas coincidencias se manifiestan sobre todo en la cuenca visual de Ullastret y Peralada, y en menor medida, aunque siguen siendo significativas, en las de Pontós y Sant Julià de Ramis. La concatenación de patrones espaciales de visibilidad ofrece pistas sobre determinados procesos sociales implícitos en el paisaje que sugieren algún tipo de dinámica de territorialización. Para ser más preciso, la estructura visual de los *oppida* pone en evidencia una geografía política del territorio subdividida en unidades territoriales que se caracterizan por ser fácilmente defendibles. Así, es plausible inferir que, en el proceso de formación de los territorios políticos, el concepto de defensa quizá hubiera desempeñado un papel crucial en términos de territorialidad. En tal sentido, es interesante observar que en este período histórico los pueblos indígenas no cuentan con ejércitos profesionales. Por lo tanto se plantea difícil defender grandes extensiones geográficas. Yendo más lejos, se puede especular que la defensa fuera un criterio esencial a la hora de establecer y delimitar territorios políticos. Dicho de otra forma, la territorialidad podría haberse correspondido en un principio con la capacidad de la organización sociopolítica para defender un espacio físico concreto, que bien pudo ser, según el análisis territorial implementado en esta sección, la cuenca hidrológica. Es por ello que hipotéticamente se puede considerar a la defensa como un indicador territorial de relevancia. Además, la defensa está relacionada y es, a la vez, complementaria del resto de indicadores propuestos en el modelo teórico-metodológico llevado a la práctica para debatir la territorialidad teórica, en la que todos comparten la condición de ser unidades espaciales fáciles de defender.

5.3.5. La dinámica formativa de la Indiketia

Existen indicios suficientes, en base a la información manejada y el estudio llevado a cabo mediante el geoprocementamiento espacial de los datos, para reflexionar acerca de la formación de la Indigecia como territorio indígena a finales del S.VI a.C., lo cual sucede de forma consecutiva y/o coetánea al surgimiento de la Cultura Ibérica y la estructuración espacial de su paisaje social. En la dinámica de formación de la Indigecia se aprecia, como se expondrá a continuación, implicaciones etnopolíticas interesantes, en la medida en que el desarrollo de entidades políticas (jefaturas), y el proceso de etnogénesis (identidad compartida), inciden en su conformación como estructura territorial.

Contamos con evidencias indirectas que aportan elementos significativos con los que analizar las características constitutivas del territorio. La manifestación inmediata más sugerente reside en la constatación de patrones espaciales que denotan una reorganización intencional del paisaje y una ordenación jerárquica del espacio. Cabría suponer, con buenas razones, que estas pautas son indicativas de procesos sociales subyacentes, atribuibles a la presencia de algún tipo de configuración o elemento cohesionador de la identidad y el sistema social. Para fortalecer aún más la interpretación anterior, me parece pertinente subrayar una idea expuesta por Fredrik Barth en su famosa introducción al volumen *Los grupos étnicos y sus fronteras*. En ella, argumenta convincentemente que los grupos étnicos son una forma de organización social que cuenta con su propio sistema de relaciones e interacciones sistemáticas entre individuos que comparten identidad básica (Barth, 1976, 15 y 16). Con este referente, es coherente aventurar que las organizaciones sociopolíticas adscritas a los distintos *oppida* pudieron compartir una identidad espacial

que se articularía a través de la etnicidad (explicada más adelante en el trabajo); es factible, en esta línea, que las incipientes comunidades políticas formaran parte de un mismo proceso de etnogénesis, cuyo epicentro, de acuerdo con las características de los *oppida* y sus murallas, estaría vinculado con Ullastret. El Puig de Sant Andreu es, de facto, donde se fundarán los únicos templos del territorio en una fase posterior.

Es bien conocido que una de las características que define la etnicidad en la antigüedad es la asociación con un territorio (Ceccarelli, 2012, 108). Sobre este último aspecto cabe hacer una valoración más precisa. La identidad espacial compartida fomenta y supuestamente establece lo que en la literatura arqueológica y en la etnografía se conoce como un territorio tribal, en este caso la Indigecia, vínculo con los ancestros de la gens. Es preciso dejar sentado que esta concepción del territorio encaja con el discurso postprocesualista de la Arqueología del paisaje, en especial con el concepto de paisaje ritual (García-Sanjuan, 2005, 163). Esto último hace referencia a paisajes simbólico-religiosos en los que la memoria del grupo y su cosmogonía o mitología se establecen en el territorio conformando el paisaje ritual de los grupos clánicos afines, constituyéndose en un recurso para ejercer el poder político y en una fuente legitimadora del discurso ideológico (García-Sanjuan, 2005, 163).

Sin embargo, no se debe olvidar a la hora de evaluar y discutir la formación del territorio de los indiketes que la evidencia directa más clara es de naturaleza política. En efecto, si hay un componente en el paisaje social ibérico que destaca por encima de los demás, no cabe ninguna duda de que ése es el *oppidum*. En las interpretaciones más recientes sobre los *oppida* hay avenencia en la forma de definirlos. En general son considerados centros políticos y de poder, con lo cual se puede aseverar que priman los aspectos de índole sociopolítica, aunque indudablemente también asumirían las principales funciones económicas del territorio (Fernández-Götz, 2018, 117; Grau-Mira, 2019b, 340). Las publicaciones científicas especializadas en la materia también coinciden en apuntar que estos centros urbanos fortificados controlarían un territorio político, indicio este último que abre la puerta a que sean considerados como entidades políticas territoriales (Sanmartí et al., 2016, 123; Grau-Mira, 2019b, 339). En función de todo ello, la dimensión político-espacial del *oppidum* incorpora matices de gran calado al estudio de la conformación del territorio que deben ser tomados en cuenta a la hora de proponer una lectura del cuerpo de la evidencia.

Llegado el momento de hacer una propuesta interpretativa plausible a partir del análisis de los datos y la documentación empírica manejada, todo lleva a pensar que el territorio en su fase formativa pudo articularse sobre la base de una doble estructura; una que encuadra al conjunto, de naturaleza tribal y otra, ligada a los *oppida*, con un sesgo más político. De ello se puede colegir, si empleamos la escala espacial y el movimiento dialéctico entre jefatura y etnogénesis para valorar la información, que la Indiketia es un territorio tribal (paisaje simbólico) estructurado en entidades políticas. En la escala macro, la organización espacial del territorio parece tribal en el sentido especificado más arriba de paisaje ritual de la gens, hogar de los ancestros y vínculo con el más allá. En este nivel la etnogénesis es el denominador común que crea lazos de unión y cohesiona ideológicamente el territorio a través de la etnicidad. Además permite, en lo esencial, explicar en parte el tipo de organización que se infiere está detrás de los patrones espaciales. Sin embargo, en la escala semimicro, la estructuración interna de toda el área se subdivide y ordena por medio de entidades políticas territoriales, con un marcado carácter jerárquico, que ponen de manifiesto el papel desempeñado por la jefatura en el proceso social que conduce a la construcción política de la Indiketia. La naturaleza y niveles de integración política de estas formaciones sociales serán analizados más adelante,

cuando se plantee el debate y discusión sobre los sistemas de poder jerárquico-heterárquicos en el marco del poblamiento.

5.4. La red de caminos: una propuesta metodológica basada en el cálculo de rutas óptimas

El ámbito en el que se produce la traslación de personas, mercancías e información es el territorio, lo que pone de manifiesto su importancia socioeconómica (García-Sanjuan et al., 2009, 175). Sin embargo, para que dicho desplazamiento tenga lugar son necesarias las redes de comunicación (García-Sanjuan et al., 2009, 175). Las vías no solo permiten la movilidad de personas e items, sino que son un elemento crucial para entender los vínculos entre asentamientos y la manera en que estos disponen la organización territorial (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 12). A pesar de su relevancia social, verificar la existencia de calzadas en época prerromana siempre ha constituido un problema casi insoluble en arqueología, debido a la falta de evidencias materiales (García-Sanjuan et al., 2009, 175; Burch et al., 2010, 19). Sin embargo, el desarrollo de las nuevas tecnologías, en concreto los SIG, ha contribuido a paliar esta deficiencia por medio del cálculo de rutas óptimas (García-Sanjuan et al., 2009, 176).

En las fuentes literarias las menciones a redes viarias en la zona de estudio son prácticamente inexistentes, ocurriendo lo mismo con la evidencia física si exceptuamos el conocido como camino de Ampurias (Casas, 2007, 43). No obstante, si consideramos las características del poblamiento y la presencia de un *port of trade* en el territorio, no podemos poner en entredicho la posible existencia de una articulación viaria que estructurase el territorio y permitiera una comunicación fluida entre los distintos *oppida*, las aldeas y los establecimientos rurales (Casas, 2007, 43; Burch et al., 2010, 19). Una prueba más que hace presuponer que el territorio contaba con una malla de caminos es la llegada de productos mediterráneos documentada en la mayoría de yacimientos (Burch et al., 2010, 20). Otros indicadores fundamentales que apuntan en la misma dirección son la llegada a Ampurias del excedente agrícola y el hallazgo de piedra arenisca procedente de la cantera de el Clots de Sant Julià en varios asentamientos (Pallí et al., 2002, 82; Burch et al., 2010, 20). Este tipo de actividades económicas no serían posibles sin una infraestructura mínima (Pallí et al., 2002, 82; Burch et al., 2010, 20).

Una de las pocas noticias que tenemos sobre vías en época prerromana es mencionada por Timeo en el S.IV a.C. que cita una gran vía, la Heráclea, que supuestamente era una ruta natural que entraría en la península por los Pirineos y atravesaría el territorio de norte a sur (Casas, 2007, 43; Burch et al., 2010, 20). El problema es que no hay referencias directas y no se sabe con certeza por donde pasaba (Casas, 2007, 44). Se piensa, no obstante, que seguiría el recorrido natural trazado por el desfiladero del río Ter y entraría en la llanura del Ampurdán, presupuesto admisible si aceptamos que su itinerario es el mismo que el de la Vía Domitia y la Vía Augusta (Casas, 2007, 44). La alusión de Polibio a que la Vía Heráclea pasaba por Ampurias subraya la posible existencia de rutas secundarias, como el ya mencionado camino de Ampurias (Casas, 2007, 47; Burch et al., 2010, 20). Lo más probable es que hubiera un conjunto de caminos secundarios que formasen una red de comunicaciones trazada en base a vías naturales que habrían sido utilizadas probablemente desde tiempos pretéritos (Casas, 2007, 48; Burch et al., 2010, 22).

A la vista de lo expuesto hasta aquí, conjuntamente con la falta de estudios que hayan estimado conveniente incorporar la movilidad en sus análisis del poblamiento, me ha llevado a plantear un modelo predictivo que evidenciará la infraestructura de caminos entre los *oppida* del paisaje social. Una ruta

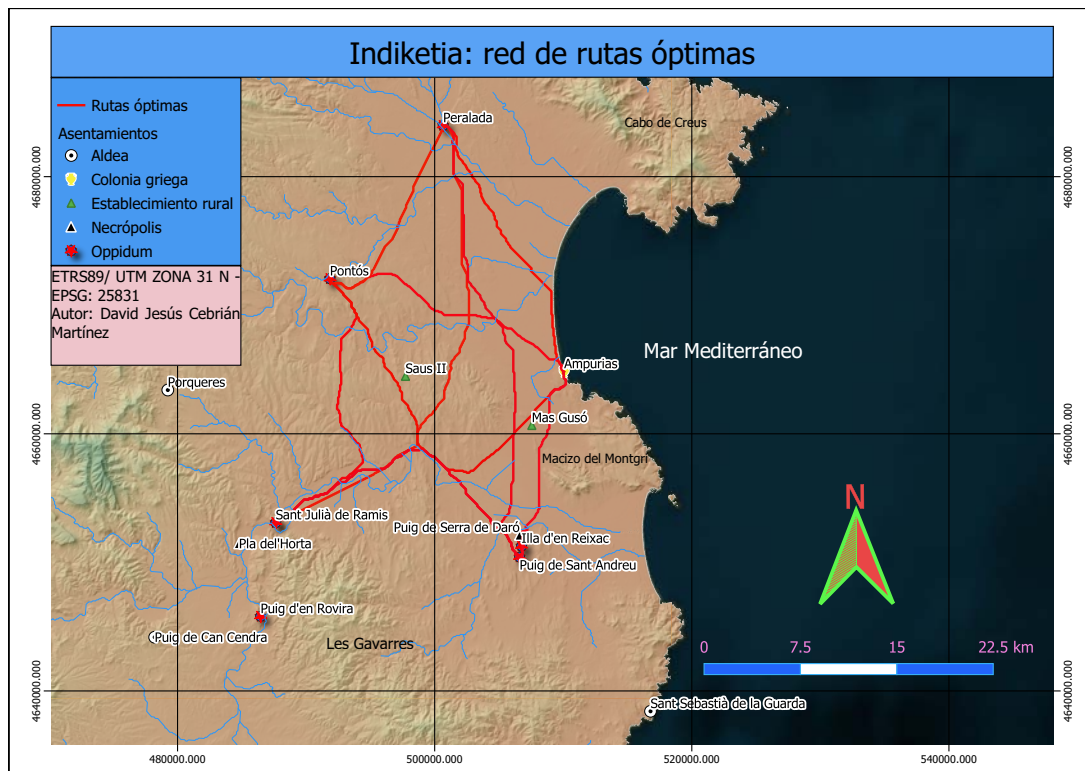


Figura 5.9: Cálculo de rutas óptimas. Los trazados representan las rutas en las que el esfuerzo para recorrer el terreno es menor

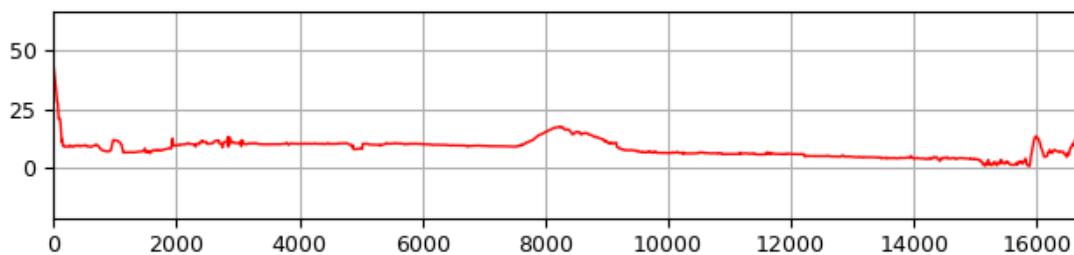


Figura 5.10: Gráfica de la ruta óptima entre Ullastret y Ampurias realizada con QGIS

óptima, básicamente, consiste en trazar entre dos nodos (yacimientos) el trayecto ideal en cuanto a esfuerzo y coste (García-Sanjuan et al., 2009, 176; Güimil y Santos-Estévez, 2013, 13). La elaboración de un modelo de rutas óptimas requiere de una planificación previa. No es una tarea que se pueda ejecutar a través de un único geoproceto. La razón es que intervienen diferentes elementos, como el relieve, la cubierta vegetal y la hidrografía, aunque realmente el número de variables empleadas depende de cada investigador. El objetivo es conseguir que el conjunto de factores conforme un esquema coherente. El proceso se compone de cinco pasos correlacionados:

- 1) Recopilación e incorporación de la información que usaremos con el software GRASS.
- 2) La reclasificación de los datos arqueológicos.
- 3) El cálculo de la fricción (mapa de coste).
- 4) El cálculo del coste acumulado (mapa de coste acumulado).
- 5) La aplicación del modelo para calcular la ruta óptima.

Una vez recabada e incorporados los archivos con los que se va a asignar un coste o impedancia a

cada celda del mapa ráster, es necesario reclasificarlos. Para la realización del modelo de la figura 5.9 se han empleado tres variables, un mapa de pendientes, una capa Land Corine de usos del suelo y otra capa con la hidrología de la zona de estudio. En el análisis arqueológico con datos ráster la reclasificación es un proceso crucial. Permite cambiar el valor de la información que contienen los píxeles y asignarles uno que consideremos adecuado en función de nuestros criterios subjetivos o de algún método establecido por estudios previos. A fin de ilustrar la importancia de la reclasificación, se puede argumentar que el esfuerzo de atravesar una celda que simboliza un bosque es diferente al de otra que representa prados. Para la clasificación del mapa de pendientes he utilizado la valoración de M. Llobera, por ser, quizá, la más reconocida. Su estudio pionero atribuía a cada grado de pendiente un consumo de energía determinado. La base del método consiste en diferenciar el coste de desplazamiento sobre el paisaje. Para la modificación de los valores en la capa de suelos y ríos, me he fundamentado en la propuesta metodológica de Raúl López, que valoró su influencia en la movilidad cuando estudió la ciudad celtibérica de Segeda (López-Romero, 2005, 102). Cabe hacer notar, en relación con la capa del suelo, que su uso ha cambiado notablemente desde la Edad del Hierro. Pero también es cierto que pueden existir ciertos patrones de ocupación del territorio que no han variado a lo largo del tiempo, basados en un determinado uso del suelo agrícola, por ejemplo, las zonas aptas para el cultivo de cereales. En cualquier caso, la variable más fiable e importante es el relieve. Los otros dos criterios han sufrido cambios relevantes con respecto a su fisonomía en épocas pretéritas (López-Romero, 2005, 99).

El siguiente paso es utilizar el módulo de GRASS *r.cross*, que juntará los tres archivos clasificados en una capa de fricción en la que se cuantifica el coste de atravesar cada pixel. Este tipo de modelos permite crear superficies mucho más complejas mediante la integración de propiedades significativas del terreno en el mapa resultado de este geoprocés (García-Sanjuan et al., 2009, 176; Güimil y Santos-Estévez, 2013, 13). Después se calcula el mapa de coste acumulado mediante el algoritmo de GRASS *r.walk.coord*, que combinará la capa de fricción con un MDT y las coordenadas del yacimiento de destino. Por último, la herramienta de Grass *r.drain* permite calcular fácilmente la ruta óptima a partir del mapa de coste acumulado y las coordenadas de origen. En realidad, una vez se tiene el mapa de coste acumulado se pueden calcular nuevas rutas cómodamente, solo es cuestión de introducir las coordenadas (siempre y cuando el trazado de la ruta se corresponda con el mapa de coste acumulado).

Antes de comenzar a evaluar los resultados obtenidos a través de esta propuesta metodológica será necesario manifestar unas consideraciones críticas que muestren las limitaciones implícitas en este tipo de análisis espacial (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 12). A este respecto cabe reseñar la necesidad de acompañar la interpretación de una mirada crítica que sitúe las conclusiones en su debido contexto (Güimil y Santos-Estévez, 2013, 12). Como toda modelización espacial con un fuerte componente teórico, el objetivo en el planteamiento de trabajo no ha sido buscar respuestas definitivas, sino más bien orientativas, con el propósito de abrir nuevas líneas de investigación en relación con la forma en que las redes viarias contribuyeron a la organización territorial. Una de las principales objeciones al modelo proviene de la naturaleza moderna de los datos empleados, debido a la imposibilidad de reproducir con exactitud el paleopaisaje de la Edad del Hierro. Sin embargo, algunas de las valoraciones son positivas e invitan a reflexionar.

Una de las prácticas más habituales cuando se analiza una red de rutas óptimas es compararlas con el entramado de vías pecuarias. La idea es indagar en la teoría que presupone una utilización del paisaje que busca un aprovechamiento de éste fundamentado en buscar los trayectos óptimos en lo que se refiere a

coste y esfuerzo de desplazamiento (López-Romero, 2005, 98; García-Sanjuan et al., 2009, 176). Con ello se consigue dotar a las rutas calculadas de un elemento comparativo que refuerza su robustez. En todo caso, después de haber analizado el archivo del ICGC con las cañadas de Cataluña, he podido constatar que en la zona de estudio no hay prácticamente ninguna. De forma que este elemento comparativo no se ha utilizado en el análisis. No obstante, en línea con este marco interpretativo se han podido identificar dos indicadores significativos que, en combinación con los datos arqueológicos, aportan matices interesantes al estudio de la articulación viaria del territorio.

El primer valor de referencia se funda en una pauta común de todas las rutas óptimas que se dirigen a Sant Julià de Ramis. Sin excepción, todas coinciden de forma inequívoca, como se puede observar en el mapa de la figura 5.9, en utilizar el corredor natural formado por el río Ter en la llanura noroeste del Gironès como lugar de paso preferente para recorrer el último trayecto que conduce al asentamiento. De hecho, la mayoría de ellas parecen coincidir en el punto donde el río Ter se abre paso entre las estribaciones de la Garrotxa y las Gavarras para atravesar la llanura noroeste del Gironès y llegar al desfiladero que comunica con la llanura de Girona. Esto es especialmente evidente en las rutas que provienen de Ullastret, Peralada y Ampurias, que confluyen en un mismo espacio. Aunque lo realmente importante y revelador es que el programa ha calculado que el acceso más económico en coste a Sant Julià de Ramis desde el resto de establecimientos urbanos enlaza, a través de la ruta natural trazada por el río Ter entre dos sistemas montañosos, con el tramo del itinerario de las vías romanas posteriores, que atraviesa el desfiladero del río Ter (Casas, 2007, 44). Esto, además, aunque solo sea de forma hipotética, refuerza la tesis defendida por el equipo de investigadores de la Universidad de Girona, que han señalado en numerosas publicaciones que la ruta más probable de la Vía Heráclea sería siguiendo el espacio natural que discurre en paralelo al cauce del río Ter hasta adentrarse en la llanura del Ampurdán (Casas, 2007, 44).

El segundo indicador está interconectado con el camino de Ampurias. Se ha contrastado, utilizando una imagen por satélite del IGN, que una parte del trazado de la ruta óptima entre Ullastret y Ampurias coincide con el tramo del camino de Ampurias adyacente a los *oppida* de Ullastret. Sin embargo, el trecho visible por satélite de la vía que unía Ampurias con Ullastret desaparece en un paraje, a unos tres kilómetros de los yacimientos, en el que aparecen campos de cultivo. Ello ha impedido cotejar si el trayecto seguido por el camino y la ruta óptima transcurre en paralelo hasta Ampurias.

En suma, el cálculo de rutas óptimas tiene suficiente potencial para contribuir, en coordinación con otro tipo de fuentes como las arqueológicas o las literarias, a desvelar rasgos del paleopaisaje y pautas sociales significativas para una mejor comprensión de la organización territorial. Para ejemplificar lo dicho, baste recordar que el estudio de la movilidad ha hecho patente que algunos cauces de río se erigen en la mejor opción de desplazamiento en cuanto a coste, como se puede apreciar en la figura 5.9. Esto, en conjunción con el análisis de cuencas hidrológicas, aporta pistas sobre el patrón de asentamiento, la estructuración social del paisaje y las relaciones sociales intergrupales como veremos más adelante.

5.5. El patrón de asentamiento: el rol espacial de Ampurias y el sistema defensivo

Lo primero y más coherente es comenzar por delimitar la escala del análisis para facilitar el proceso de trabajo (García-Sanjuan, 2005, 128). En este caso, se busca explorar la relación espacial entre asentamientos a nivel regional y su significado. Es por ello que la escala macro constituye la que mejor se adapta



Figura 5.11: El patrón espacial defensivo se observa en la relación entre la semicircunferencia y el posicionamiento de los *oppida*

al objetivo planteado. Lo segundo es esbozar una pregunta inferencial para desarrollar una estrategia científica que permita dotar de significado a los datos espaciales. De modo que surjan nuevas vías de investigación relacionadas con la hipótesis y la pregunta de partida. El interrogante es ¿cuál es el motivo o razones que subyacen en la ordenación del paisaje social?

La distribución y el patrón de puntos en el espacio casi nunca responden a un esquema aleatorio, sobre todo porque no son debidos a una propiedad trivial vinculada a un espacio euclídeo; por lo tanto merece la pena valorar la importancia arqueológica de las pautas espaciales (Wheatley y Gillings, 2002, 127). Este supuesto induce a pensar que la tendencia locacional de los centros fortificados manifiesta una determinada estrategia de ocupación del territorio, que puede expresar una táctica de explotación de los recursos naturales u otros factores relevantes para la articulación territorial (García-Sanjuan, 2005, 24). A estas razones se les puede agregar que la ubicación de un asentamiento y su relación espacial con el resto de sitios arqueológicos tiene connotaciones políticas. Esto se debe a que son fenómenos que responden a decisiones de la organización sociopolítica.

El análisis que se presentará a continuación se funda en diversos argumentos cuyo hilo conductor se asienta en el contexto y dinámica relacional entre los asentamientos indígenas indiketes y la colonia focea. La base para ello se apoya en un estudio minucioso de la representación cartográfica de la figura 5.11, en la que se advierte una estrategia territorial que parece fundamentarse en criterios defensivos. De hecho, el uso y lectura de mapas temáticos es crucial para percibir la forma en que las sociedades transmiten y representan las dimensiones del "espacio y el territorio" en el que se establece su hábitat (García-Sanjuan, 2005, 79). Con el objeto de aportar claridad a la interpretación, he dibujado en el mapa una semicircunferencia imaginaria para que actúe como referente espacial en relación al posicionamiento

de los *oppida*.

Lo primero que llama la atención es la forma en que los puntos (yacimientos indígenas) están ordenados sobre el mapa. No solo no se superponen, sino que se distribuyen de manera regular a lo largo de la línea imaginaria trazada a tal efecto. El segundo dato espacial en el mapa que resulta llamativo es la localización de Ampurias justo en el centro del anillo conformado por los establecimientos indígenas. En este contexto sería razonable asumir que la ordenación territorial no es casual, sino más bien consecuencia de dos factores interrelacionados: la necesidad de defender el territorio y el proceso de interacciones sociales entre indígenas y colonizadores foceos. Sobre este punto conviene explicitar que la colaboración entre Ampurias y Ullastret se manifiesta, por ejemplo, en la construcción de la primera muralla del Puig de Sant Andreu. Es decir, esta singularidad es una realidad desde el desarrollo temprano de ambos asentamientos. Cabe recordar que la hipótesis de trabajo en este caso de estudio es, precisamente, la simbiosis entre Ullastret y Ampurias, aunque quizás en esta primera fase fuese más acertado hablar de relación simbiótica entre los indietes y los colonos foceos. Será en una fase posterior, momento en el cual Ullastret asumirá el rol de lugar central, cuando la simbiosis se materialice en la relación entre Ullastret y Ampurias.

A pesar de la falta de pruebas directas, las cualidades espaciales de los datos permiten hacer una lectura del paisaje. El posicionamiento espacial de los centros indígenas parece dibujar una línea defensiva coherente, representada gráficamente a través de la semicircunferencia del mapa, que en conjunto controla todas las vías de acceso al territorio. El modelo locacional discernible en el mapa de la figura 5.11 sugiere igualmente una aproximación diferente pero complementaria de esta interpretación. En efecto, la intencionalidad que se aprecia en la forma en que se articulan los poblados fortificados es consistente con el concepto de frontera étnica desarrollado por Barth, en el que el límite étnico canaliza la vida social y define al grupo y su identidad (Barth, 1976, 17). En la reflexión anterior se atisban indicios racionales de una estrategia defensiva en la organización social del espacio indígena. Esta formación socio-espacial por su configuración geográfica posee igualmente otra dimensión que encaja con el modelo de frontera étnica, que de acuerdo con Barth puede ser social o territorial, aunque ambas facetas no son autoexcluyentes en el sentido de que tienden a unir más que a limitar (Barth, 1976, 17).

Si esta lectura de los datos espaciales es correcta, surge una pregunta básica ¿qué se defiende? Si nos atenemos al concepto de frontera étnica (analizada en la sección 5.14.5 de este capítulo), la respuesta más plausible es que se defendiera el territorio tribal en su conjunto frente a reclamaciones territoriales de los pueblos indígenas vecinos, posiblemente en un contexto de violencia y hostilidad intertribal. Ello constituye motivo suficiente para plantear la naturaleza defensiva implícita en la estructura espacial. Sin embargo, si evaluamos detenidamente los componentes del mapa de la figura 5.11, el punto central y eje sobre el que parece organizarse el cinturón defensivo indígena es el enclave colonial de Ampurias, que puede ser considerado el elemento singular más significativo del territorio indiete; lo cual hace pensar que el sistema defensivo incluye la protección de la colonia focea, por cuanto es una de las características esenciales que define la relación que se establece mediante los contactos coloniales (Dietler, 2018, 233). De hecho, como ha señalado recientemente Dietler en un artículo relevante para esta discusión, el fundar un *port of trade* beneficia a su comunidad de comerciantes y a la población indígena que habita en el territorio circundante (Dietler, 2018, 233). Ello se debe a dos factores interrelacionados. Por un lado, la fundación de un *port of trade* en su territorio permitiría a los indígenas "controlar el comercio hacia el interior y tener un acceso privilegiado a los productos que llegaban" (Dietler, 2018, 233); por otro,

sería beneficioso para los mercaderes porque les proporcionaba un enclave seguro donde realizar sus transacciones comerciales (Polanyi, 1976, 308).

A partir de estas observaciones se han realizado dos propuestas para explicar la configuración espacial de la red de *oppida* indígenas. En la primera de ellas, se ha planteado la relación del patrón de asentamiento con la defensa y control del territorio. En línea con este marco interpretativo, se ha tomado como segunda hipótesis de trabajo el papel que pudo desempeñar Ampurias como núcleo estratégico comercial en la articulación de un modelo defensivo tendente a monopolizar el comercio interior, como parece indicar la disposición de los *oppida* en las principales vías de comunicación. Eso sí, no quiero transmitir con esto la idea de que el pequeño enclave fuese impulsara una política de colonización territorial. Lo que antecede, más bien, permite suponer que la organización espacial de las entidades políticas indígenas proporcionaría defensa y seguridad para que el *port of trade* desarrollase su actividad comercial, entre otras razones porque Ampurias, por su tamaño y densidad de población, no tendría la capacidad de defenderse por sí misma (Dietler, 2018, 233). De hecho, tanto el territorio como su control, estaba en manos indígenas, como veremos a continuación y en la siguiente sección (5.5.1.). En contraposición, los indiketes se beneficiarían de un acceso privilegiado a un mercado en el que controlarían las redes de comercio indígenas y el consiguiente tráfico de items, especialmente en lo que respecta al intercambio entre otros pueblos indígenas y Ampurias (Dietler, 2018, 233). La evidencia de esto se manifiesta de manera muy sugestiva en la organización de un paisaje social en el que las rutas que se dirigen hacia el interior del territorio y Ampurias están vigiladas y controladas por los núcleos fortificados indígenas. En realidad se podría argumentar, a juzgar por la teoría social que estudia el comportamiento del emporio comercial, que éstos por su naturaleza y actividad mercantil tenían la facultad de influir en el desarrollo de las redes de comercio indígenas (Dietler, 2018, 234). A raíz de todo lo expuesto, se puede colegir el rol espacial y la posible influencia del *port of trade* en el ordenamiento de los asentamientos indigetes, en el sentido de que el emplazamiento de éstos parece defender, según el análisis de Dietler y su distribución en el espacio, el control y monopolio del comercio con Ampurias.

Cabe bosquejar una última pregunta relevante para esta discusión, a saber, ¿cómo se estructuraría la defensa? Una explicación plausible para responder a esta pregunta requiere que volvamos la mirada al análisis de cuencas hidrológicas desarrollado con anterioridad. Conviene recordar, en este sentido, que cada *oppidum* se emplazaba en una cuenca hidrográfica. La cuenca fluvial es una de las unidades territoriales más importantes, no solo porque albergue los recursos materiales, sino porque es un espacio demarcado por límites naturales. De acuerdo con lo sugerido por Grau, los límites naturales expresan la forma en que están organizadas las comunidades a nivel local (Grau-Mira, 2019a, 149).

Por otra parte, cuando se analizó la territorialidad teórica se observó que sus indicadores, grosso modo, coincidían en lo esencial. De modo, por ejemplo, que los territorios obtenidos a través del mapa de distribución de costes eran muy parecidos a los de los polígonos Thiessen y la delimitación de unidades fisiográficas. En función de todo ello, se podría argumentar que los territorios políticos, en un principio, se delimitarían por criterios naturales cuya expresión geográfica sería la cuenca fluvial. Ello evitaría además, al menos de forma parcial, la competición por los recursos entre los diferentes *oppida*. Si se admite esta premisa, la defensa seguiría el mismo patrón, es decir, cada asentamiento fortificado defendería el espacio natural asociado a la cuenca hidrológica en la que se ubica, lo cual es factible dada la extensión de estas.

5.5.1. Breve apunte sobre la chora de Ampurias

Habiendo analizado la territorialidad teórica y el rol espacial de Ampurias en este capítulo, parece pertinente hacer una pequeña reflexión sobre la supuesta chora de la colonia ampuritana, pues me parece trascendental para la comprensión de la geografía política del territorio. Adicionalmente, es un tema recurrente en las publicaciones científicas especializadas en el estudio de la Edad del Hierro en las comarcas gerundenses. El objetivo no es establecer conclusiones, sino más bien sugerir argumentos plausibles y abrir nuevas líneas de debate que complementen los contenidos analizados previamente. La cuestión en sí es muy amplia, compleja y excede el ámbito de este caso de estudio, aunque por su significancia para la investigación de la sociedad indígena ofreceré algunas líneas de razonamiento.

En un estudio elegante sobre el hallazgo de unas prensas de aceite en el establecimiento rural ibérico de Saus, Casas argumentaba convincentemente que Ampurias no superaría, en el apogeo de su esplendor, los 500 habitantes. De ello deducía que la colonia no dispondría de medios humanos suficientes para ocupar políticamente un territorio e implantar una chora, que por lo demás sería muy difícil de mantener (Casas, 2010, 83). Sin embargo, no tendría dificultad para establecer lazos sociales con la población indígena que habitaría en el hinterland ampuritano y controlaría los núcleos de producción agrícola, con el fin de abastecerse de los recursos necesarios para la subsistencia (Casas, 2010, 83). El asentamiento rural de Mas Gusó, junto al de Saus, ejemplifica la línea de pensamiento del profesor Casas. Lo que está claro, en cualquier caso, es que el tamaño de un yacimiento es un factor clave a la hora de valorar su grado de jerarquización y control territorial, lo que refuerza la tesis defendida por Casas. Y, de hecho, una de las características que más destacan del emplazamiento colonial es su reducida dimensión (Casas, 2010, 83).

Siguiendo con la línea argumental, hay otros dos aspectos cruciales que pueden arrojar luz sobre esta cuestión. El primero de ellos está relacionado con el paleopaisaje. Cabe tener presente, empero, como ha puntualizado Buxó en repetidas ocasiones, que el territorio que circundaba el enclave foceo se distinguía sobre todo por la presencia de humedales y marismas. Se trata de un ecotipo lacustre poco apto para el desarrollo de actividades agropecuarias (Buxó, 2007b, 180; Buxó, 2009, 156). El otro rasgo que merece ser valorado es de origen económico. Un *port of trade* se define, básicamente, por la naturaleza de su actividad económica. Son centros que funcionan como mercados en los que se facilita el intercambio comercial y el consumo, sobre todo de bienes exóticos (Polanyi, 1976, 307; Dietler, 2018, 231). El rol social de estas comunidades de comerciantes es poner en contacto a los agentes comerciales con la sociedad indígena y controlar lo que Dietler denomina "tecnología del comercio", vinculando organizaciones sociales con una base monetaria consolidada con otras en las que la economía se seguía fundamentando en el intercambio (Polanyi, 1976, 310 y 311; Dietler, 2018, 234). Por ese motivo es altamente probable que un enclave comercial no necesite, al menos a nivel económico, controlar un territorio político. Principalmente porque su subsistencia no está sujeta a la explotación del medio natural sino al de el comercio marítimo. Aquí radica una de las principales diferencias entre un establecimiento indígena y un asentamiento con carácter mercantil como Ampurias. El *oppidum* necesita controlar un territorio para mantener su economía política, mientras que la economía colonial depende de otros factores relacionados con su idiosincrasia comercial.

Por todo lo anteriormente expuesto, se puede aventurar en línea con el razonamiento de Casas, que a nivel teórico es difícil sustentar que la colonia focea controlará un territorio político. Ello contradice, en cierta medida, la lógica de su dinámica funcional y por ende también la base teórica que integra los enfoques acerca del rol social de los *port of trade*. Esto no significa, claro esta, que no ocupara las tierras adyacentes al núcleo poblacional y que incluso estimulara estrategias económicas de explotación agraria

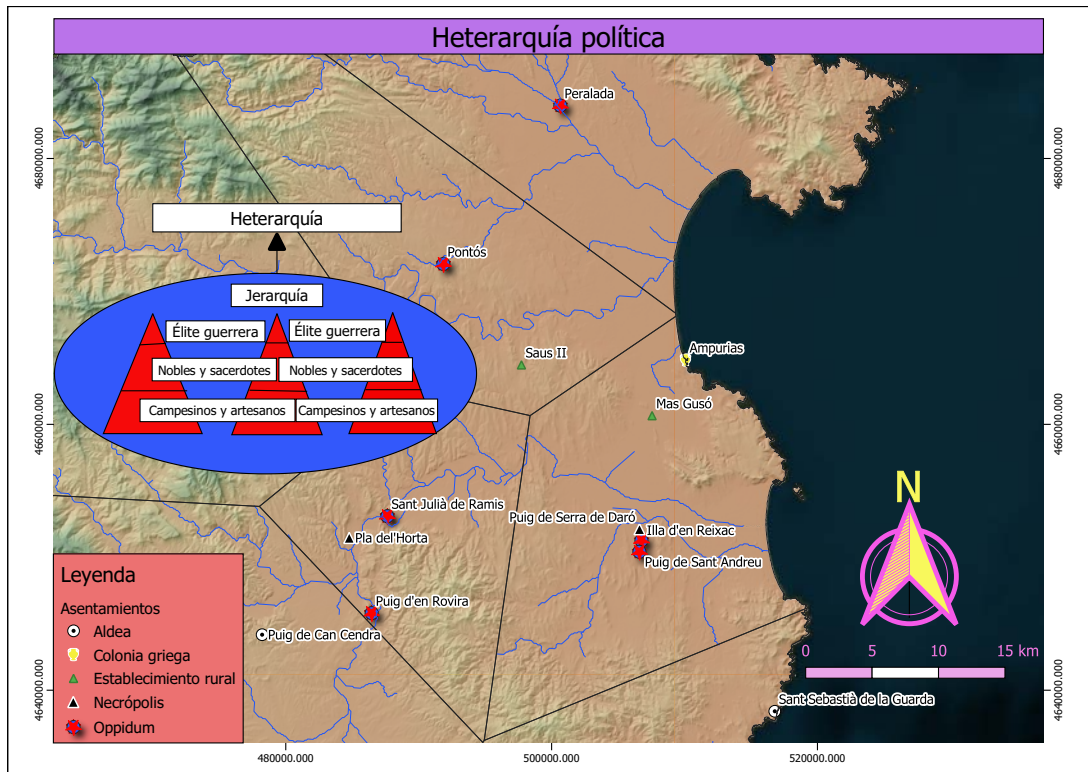


Figura 5.12: Mapa de las entidades políticas territoriales en el que se simboliza la composición jerárquica de la heterarquía.

y ganadera. Sin embargo, el control de un territorio político requiere de una formación social con una aristocracia de carácter guerrero como la indígena, y el comercio Mediterráneo es, según lo define Dietler, una comunidad de comerciantes (Dietler, 2018, 231).

5.6. Niveles de integración sociopolítica: jerarquía, heterarquía y redes de poder

Heterarchy may be defined as the relation of elements to one another when they are unranked or when they possess the potential for being ranked in a number of different ways

Crumley 1995, 3

Una cuestión central en el planteamiento de este capítulo, relacionada con el nuevo escenario social que se abre cuando emerge la Cultura Ibérica a finales del S.VI a.C., es abordar el sistema de poder de las estructuras étnicas jerarquizadas que surgen durante el Ibérico Antiguo. La forma de ejercer el poder es de un interés crucial para entender el modelo de asentamiento que conforma el paisaje social ibérico y la organización sociopolítica que gobernará las entidades territoriales socialmente organizadas en torno a los *oppida*. Un paradigma aceptado por consenso científico ha sido reconocer rasgos marcadamente jerarquizados en la sociedad ibérica (Sanmartí, 2010, 99; Quesada-Sanz, 2017, 526).

5.6.1. Relaciones de poder verticales y horizontales. El equilibrio entre jerarquía y heterarquía

En las dos últimas décadas la investigación arqueológica sobre la Cultura Ibérica en el ámbito de la protohistoria peninsular se ha centrado en el análisis de procesos socio-políticos y de urbanización ligados a modelos jerárquicos, en los que la complejidad social se fundamenta en gran medida en el establecimiento de vínculos clientelares en la esfera de la élite social (Duque-Espino et al., 2010, 41; Duque-Espino et al., 2015, 296; Grau-Mira, 2019b, 337). Algunas de las ideas que ha sugerido la escuela evolucionista predominante que más han arraigado en la historiografía son la centralización en la organización política, la desigualdad social y la jerarquización territorial (Duque-Espino et al., 2010, 41; Duque-Espino et al., 2015, 296; Grau-Mira, 2019b, 338). En consecuencia, parte del debate discursivo ha girado en torno a la dinámica del *oppidum* y la teoría del lugar central como ejes vertebradores del patrón habitativo, de las nuevas redes sociopolíticas y de una incipiente economía política influenciada por los encuentros coloniales (Duque-Espino et al., 2010, 42). A raíz de estos planteamientos epistemológicos se han producido significativos avances en el conocimiento de la sociedad ibérica, abarcando ámbitos tan diversos como su estructura socioeconómica y política, el territorio-paisaje, el patrón de asentamiento o la organización territorial.

Sin embargo, en los últimos tiempos se están produciendo replanteamientos teóricos y metodológicos como alternativa y/o complemento de la línea de discusión principal, llegados en su mayor parte de la Arqueología del Paisaje y del Territorio, que se han beneficiado de la irrupción de los SIG (Duque-Espino et al., 2010, 42; Duque-Espino et al., 2015, 296). La Arqueología del Territorio-Paisaje, dotada con nuevas tecnologías de análisis, ha contribuido a proponer modelos con escalas diferentes y sopesar la influencia de la jerarquía organizacional y la centralización del poder en las entidades políticas protohistóricas (Duque-Espino et al., 2010, 42). En tal sentido, un enfoque alternativo que poco a poco va abriéndose camino entre los especialistas se basa en el concepto de heterarquía (Duque-Espino et al., 2015, 296).

De modo genérico, como hemos visto, la literatura arqueológica especializada en la materia ha establecido a nivel teórico dos niveles de integración política, la jerarquía y la heterarquía, que resulta conveniente explicar antes de analizar los datos. En la jerarquía, la entidad política se caracteriza por un sistema de poder en el que prima la toma de decisiones centralizadas y la aristocracia dirigente asume y desempeña los principales cargos políticos, sociales y religiosos (Johnson y Earle, 2011, 275). De ello se desprende que el jefe, o príncipe a efectos prácticos, es la figura social que lidera las actividades que refuerzan el poder, como los banquetes, además de dirigir las acciones bélicas y las celebraciones religiosas (Johnson y Earle, 2011, 276). La organización sociopolítica se cimienta en el reconocimiento social del *paramount chief*, generalmente considerado descendiente de los dioses, de ahí que este ritualmente señalado y a nivel social se diferencie de los comunes (Johnson y Earle, 2011, 276). Otra característica remarcable es que la economía política, controlada por la élite gobernante, está unida a la división en grupos sociales, de manera que el linaje en el poder no solo domina la economía sino también la organización social (Johnson y Earle, 2011, 276).

El concepto de heterarquía fue introducida por primera vez en arqueología por Carol Crumley en una obra fundamental para la materia, como alternativa a la teoría del lugar central (Crumley, 1979, 158). El motivo fue debido a su insatisfacción con el modelo de complejidad social de Service, lo que la llevó a reexaminar epistemológicamente el concepto de jerarquía y explorar otras vías (Crumley, 1995, 1). Uno de los aspectos más relevantes de su investigación y que más ha influido en autores posteriores fue revelar

el flujo dialéctico entre jerarquía y heterarquía, con el objetivo de buscar nuevos enfoques para analizar la distribución de poder y el estudio de sociedades de tipo jefatura (Crumley, 1995, 4). Una segunda lectura de su trabajo que merece ser destacada por su contribución al análisis de sistemas organizativos y modelos sociales, fue poner de manifiesto que una misma entidad política puede estar organizada jerárquica y heterarquicamente (Crumley, 1979, 144; Crumley, 1995, 4). Por esta razón los ensayos de investigación científica han tendido a asumir que no son conceptos incompatibles y que la dinámica de poder en la ordenación política implica relaciones de ambos tipos (Duque-Espino et al., 2010, 47; Duque-Espino et al., 2015, 296). En los sistemas heterárquicos los componentes organizacionales no se encuentran clasificados ni subordinados, o sí que lo están pero de forma distinta, dependiendo de las características del orden social (Crumley, 1979, 144). Una sociedad con rasgos heterárquicos se caracteriza por estructuras de red, en las que la toma de decisiones no están centralizadas por producirse en varias escalas, ya sea en colaboración o por medio de la confrontación (Duque-Espino et al., 2010, 46; Duque-Espino et al., 2015, 296).

Para la valoración del modelo social en el paisaje político hemos de considerar los criterios de ejercicio del poder en base a los indicadores arqueológicos. El patrón de asentamiento, la estructura del paisaje social y la organización territorial son elementos que pueden aportar evidencias sobre el sistema organizativo. Otros marcadores que pueden ser indicativos de una organización del poder escalada son la presencia de grupos dirigentes en varios asentamientos, la distribución espacial de los bienes de subsistencia y prestigio, junto a la competencia entre grupos de igual rango (Duque-Espino et al., 2010, 47; Duque-Espino et al., 2015, 296).

Es, pues, el momento de abordar la interpretación arqueológica que hemos de extraer de la información manejada en este capítulo, en un intento por evaluar la naturaleza de las relaciones entre jefaturas y valorar la morfología del poder social en el ordenamiento político de los indigetes. Tras un proceso de reflexión y estudio de los resultados obtenidos a través del análisis espacial del paisaje he optado, como explicaré a continuación, por sugerir para la primera fase del complejo cultural ibérico una organización territorial y sociopolítica de tipo heterárquico, pero articulada a nivel interno por principios jerárquicos. Me he fundamentado para ello en el examen de la estructura espacial como vía para comprender los procesos sociales y políticos que subyacen en una determinada forma de organizar la ordenación del paisaje (Grau-Mira, 2006, 212). Estudios anteriores han puesto el acento en la posible fragmentación del poder entre distintos clanes durante el Ibérico Antiguo (Sanmartí et al., 2016, 123). Avanzando más, se ha pensado, acertadamente, que a partir de un *ethnos* tribal surgirían organizaciones políticas independientes que en su primer estadio compartirían el territorio controlado por un pueblo indígena (Gracia-Alonso, 2015, 37). Las entidades políticas conformarían en este contexto sistemas de poder fragmentado "gobernados por un *princeps* o un *dinastés*" (Gracia-Alonso, 2015, 37).

En este punto de la discusión, quisiera explicitar que la territorialidad, el patrón de asentamiento y el paisaje social constituyen el marco de referencia para analizar la configuración del poder en las formas organización de la sociedad. Hecho factible si asumimos que el poder es la única estructura con la capacidad suficiente para organizar políticamente el territorio. Este trasfondo permite inferir que el paisaje social es un reflejo tanto del concepto como de la manifestación del poder y la organización sociopolítica. Por lo tanto, metodológicamente, el análisis espacial es una herramienta válida para abordar esta temática.

El análisis de visibilidad ha puesto en evidencia una estrategia visual en la que cada *oppida* controla un territorio determinado. En consecuencia no parece existir contacto visual entre los tres ejes del modelo

locacional ni entre los núcleos fortificados. Se deducen interesantes implicaciones de lo antedicho en términos de poder, porque sugiere su distribución entre estamentos aristocráticos de igual rango, con una misma identidad espacial, que competirían por el control del espacio territorial y los recursos. De ello se desprende una nueva realidad en el marco de redefinición de la escala de poder, que no excede el ámbito circunscrito a cada unidad social. El segundo indicador lo encontramos en el patrón de asentamiento y el modelo de ocupación espacial, que muestran un conjunto de territorios locales delimitados por criterios naturales, en los que cada sistema de jefatura controlaría una cuenca hidrológica. No sería, por lo tanto, inverosímil proponer que estas comunidades estuvieran gobernadas por redes de poder social de naturaleza heterárquica, en la que ninguna ostentaría la supremacía en un contexto de estado segmentario. Otros factores conducen a evaluar la evidencia de manera parecida. El patrón simétrico basado en la distancia entre asentamientos puede ser indicativo de una fragmentación del paisaje político. En íntima conexión con lo anterior, los asentamientos fortificados comparten características como unas dimensiones similares y el hallazgo de bienes de prestigio en todos ellos, lo que induce a pensar en núcleos dirigentes que no habrían alcanzado el estadio de unificación y centralización política. Cabe reseñar, no obstante, que el tamaño y el volumen de bienes de prestigio del Puig de Sant Andreu es ligeramente superior al del resto de yacimientos.

5.6.2. El método de análisis etnogenético: redefiniendo la naturaleza competitiva de las redes de poder heterárquicas

A raíz de la discusión anterior surge una pregunta interesante ¿cómo puede explicarse la competencia por el poder de las estructuras étnicas jerarquizadas y su naturaleza heterárquica? Para responder a esta pregunta la teoría de la etnogénesis ofrece un modelo explicativo que, en combinación con la información que se puede extraer de las fuentes clásicas, proporciona un marco de referencia a partir del cual contextualizar y abordar el objeto de estudio de la pregunta.

Uno de los elementos centrales de cualquier proceso de etnogénesis es lo que se ha venido a denominar núcleo de la tradición. Según señala Roymans, el concepto de tradición de Wenskus sigue siendo válido hoy. Se trata de un modelo fuertemente politizado en el que la élite social se identifica con los valores del grupo étnico (Roymans, 2004, 258; Derks y Roymans, 2009, 2). El núcleo portador de la tradición en la estructura política adoptaría la forma de estirpe regia, en torno a la cual se aglutinaban linajes y clanes menores (Roymans, 2004, 148; Mantel, 2017, 72). En un principio las nociones de núcleo portador de la tradición y estirpe regia surgieron para explicar las *Sippen* germánicas. Sin embargo, continúan constituyendo un esquema válido para explicar las formas en que la élite guerrera se apropia de las tradiciones, ideas, mitos de origen y símbolos del grupo étnico, con el objetivo de vincularlos al discurso y el desarrollo de las relaciones de poder y la etnicidad (Roymans, 2004, 258). Este contexto es el que justifica, con algunos matices, su empleo en el ámbito de la Cultura Ibérica. Y, de hecho, las fuentes clásicas aluden a términos de naturaleza política como *basileus*, en referencia a Indibil, a quién se adjudica rango real entre los ilergetas (Gracia-Alonso, 2015, 48; Quesada-Sanz, 2017, 604). Dicho esto, valga señalar el dato proporcionado por Livio, según el cual los ejércitos de Indibil y Mandonio se estructuraban, todavía en el S.III, en base a criterios étnicos (Livio, 2008, XXIX, 1, 25 y XXVIII, 24, 4).

Las estructuras étnicas jerarquizadas se organizarían para competir por el poder y el territorio en un marco amplio como el de la organización tribal, lo que conduce a un escenario de "inestabilidad y violencia interétnica" (Bonet-Rosado et al., 2015, 254). En buena lógica, la finalidad principal de esta

dinámica pudo deberse a la competición de los distintos grupos de élite por identificarse con las visiones cosmológicas y simbólicas de la gens (Roymans, 2004, 258; Derks y Roymans, 2009, 2). A finales del S.VI y durante parte del S.V a.C. el proceso de etnogénesis está en sus albores. Ello permite suponer con buenas razones que aún no se habría impuesto ninguna de las estructuras de poder indietas como núcleo portador de la tradición ni como estirpe regia, cuyo vínculo con los dioses y lo sobrenatural fuera reconocido por todos los clanes que formaban la entidad étnica. De ese modo es posible trazar un panorama en el que los grupos sociales, organizados en formas políticas con una base de poder heterárquica, competirían entre sí por ser considerados los portadores del origen mítico y la historia común del conjunto de la comunidad. Por estas razones comparto el punto de vista de Roymans, que considera que estos procesos competitivos se materializan cuando surge un núcleo dirigente que se apropia del lugar central y los centros de culto, que se convierten así en espacios de memoria del pueblo indigete (Roymans, 2004, 148). El indicador arqueológico más importante en ese sentido lo encontramos en el S.IV a.C., cuando Ullastret asuma el rol de lugar central y posteriormente se construyan los templos del Puig de Sant Andreu.

5.7. La eclosión de la Cultura Ibérica

5.7.1. Cambio y transformación social en el S.VI a.C. La conformación de organizaciones sociopolíticas

En la segunda mitad del S.VI a.C. surge un nuevo horizonte cultural como consecuencia de una serie de estímulos socioculturales que provocan una profunda transformación social que se materializa en la constitución de una nueva sociedad, que dio paso a lo que en términos de la "Historia Cultural ha venido a denominarse Cultura Ibérica" (Sanmartí, 2010, 96; Quesada-Sanz, 2017, 520). Hoy hay un amplio consenso en reconocer que los cambios sociales fueron impulsados por la dinámica interna de las sociedades indígenas (Quesada-Sanz, 2017, 520; Grau-Mira, 2019b, 345). Hace tiempo que se viene poniendo el énfasis en las diferencias regionales y la consiguiente multiplicidad de pueblos indígenas, en los que se observa costumbres culturales y encuentros coloniales muy diferentes (Quesada-Sanz, 2017, 452; Grau-Mira, 2019b, 337). El complejo cultural ibérico, no obstante, comparte rasgos comunes dentro de la diversidad que lo caracteriza (Quesada-Sanz, 2017, 454). Valga como ejemplo la edilicia, la lengua o la cerámica a torno. No hay razón para no suponer que se trate de una cultura de origen local, que surge y se desarrolla en la península ibérica, donde además no hay indicios que apunten a movimientos de población o migraciones a gran escala (Quesada-Sanz, 2017, 448).

Por cuanto respecta al mundo ibérico septentrional, se aprecian diferencias notables en relación con el resto del territorio ibérico. Esto es especialmente significativo en la estructura territorial y el patrón de asentamiento, además de en el tipo de armamento, más parecido al utilizado en la Galia meridional (Quesada-Sanz, 2017, 505). Ello es debido en parte a que el sustrato indígena preexistente, con base en el Bronce Final, es diferente por el aporte de elementos vinculados a los Campos de Urnas (Quesada-Sanz, 2017, 505 y 516).

El desarrollo indígena y el proceso de cambio social que conduce a la formación de sociedades complejas parece haber sido causado por una serie de factores de gran peso, como el crecimiento demográfico, el cambio tecnológico, la generalización de la metalurgia del hierro y la interacción entre indígenas y agentes coloniales (Sanmartí, 2009a, 10; Sanmartí, 2009b, 52; Fernández-Götz, 2018, 117). La proposición central de Sanmartí, que se apoya en el marco teórico del materialismo cultural, indaga en

las condiciones materiales y la reproducción social, en especial el aumento demográfico, para explicar el crecimiento de la economía política y las consecuencias que se derivan de ella (Sanmartí, 2009a, 20; Sanmartí, 2009b, 23; Johnson y Earle, 2011, 52). El crecimiento poblacional creó nuevas tierras de cultivo (Fernández-Götz, 2018, 125). La expansión y la consiguiente presión demográfica se desprende del desarrollo de los primeros centros urbanos, su tamaño, y su densidad, lo que dará forma al paisaje social ibérico (Sanmartí, 2009a, 22).

En este contexto, la complejidad social no se hubiera alcanzado sin el desarrollo de la metalurgia del hierro, que parece expandirse a partir del S.VI a.C. (Sanmartí, 2010, 100; Quesada-Sanz, 2017, 519). Las mejoras tecnológicas, con hornos capaces de alcanzar mayores temperaturas y el empleo de técnicas más complejas en la forja para tratar el mineral, hicieron posible una intensificación de la economía de subsistencia (Sanmartí, 2009a, 22; Sanmartí, 2009b, 64; Quesada-Sanz, 2017, 518). Es ahora cuando aparecen en el registro arqueológico las primeras herramientas agrícolas de hierro, señal inequívoca de una agricultura intensiva (Sanmartí, 2009a, 22; Sanmartí, 2010, 100). Esta interpretación es avalada por el hallazgo del pecio de cala Sant Vicenç, hundido a finales del S.VI a.C. y que transportaba herramienta agrícola, concretamente picos y azadones de hierro, junto a otros productos coloniales (Burch et al., 2010, 160). Las podadoras de Pontós, datadas en el S.II, son muy parecidas a las halladas en Salles (Aude), fechadas en el S.V. a.C. Y el conocido martillo de Saus, junto a otras herramientas como rejas de arado y las tijeras de muelle, se inscriben en el horizonte cronológico del Ibérico Antiguo (Burch et al., 2010, 160). Los cambios tecnológicos y las mejoras en la agricultura pudieron obedecer a una estrategia de la nueva élite social basada en la defensa de sus intereses, que se beneficiaría de estas mejoras para incrementar su capital económico y reducir al mismo tiempo el riesgo agrícola (Sanmartí, 2009a, 22; Sanmartí, 2010, 100).

Los contactos mediterráneos desempeñaron un importante papel en el proceso de cambio social, aunque, como ha sido subrayado recientemente, son el resultado de la dinámica interna de las sociedades locales, no la causa que los motivaron (Fernández-Götz, 2018, 125). Un rasgo distintivo en el territorio objeto de estudio que lo diferencia del resto de la zona catalana es la presencia en él de un *port of trade*, la colonia focea de Ampurias. En esta línea, el consumo de mercancías obtenidas en Ampurias es probable que favoreciese el mantenimiento de la estructura política del estamento dirigente (Dietler, 2018, 236). El acceso a los bienes de prestigio puede condicionar la solidez de la formación social e incentivar la competición por el estatus, por ejemplo, a través de los banquetes, en los que la redistribución de objetos exóticos refuerza la posición de liderazgo de los jefes clánicos (Dietler, 2018, 239). Como ha indicado Sanmartí, la dinámica de las transacciones comerciales con Ampurias quizá fuera un privilegio de la aristocracia que ostentaba el poder, que se serviría de estos bienes para reproducir el orden social y mantener la desigualdad del sistema político (Sanmartí et al., 2016, 132).

Los procesos de crecimiento demográfico, jerarquización social e intensificación de la producción, estimulada esta última por el cambio tecnológico, podrían haber conducido a la integración de los grupos locales de la fase anterior en entidades políticas más amplias y complejas, de tipo jefatura (Johnson y Earle, 2011, 23; Fernández-Götz, 2018, 130). De ser así, como parece probable, las nuevas condiciones materiales de subsistencia crearían la necesidad de estructurarse políticamente. Ello fue debido, parcialmente, a que al aumentar la presión demográfica se incrementó en paralelo la competición por los recursos, surgiendo la necesidad de organizarse y defender los alimentos almacenados y las nuevas tierras de cultivo, fruto de la innovación tecnológica (Johnson y Earle, 2011, 23). El indicador más significativo en este sentido lo



Figura 5.13: Imagen por satélite del Puig de Sant Andreu

constituye la proliferación de silos a partir del S.VI a.C. y la aparición de los *oppida*. Sin embargo, la nueva organización sociopolítica necesitaba una estructura ideológica que legitimara el orden jerárquico. Es por ello que el proceso de etnogénesis evolucionará, en una sociedad segmentaria de clan cónico, en paralelo a la formación de jefaturas políticas, aportando una visión cosmológica y el conjunto simbólico que cohesionará ideológicamente a las entidades políticas.

5.7.2. La transformación política del paisaje. La red de *oppida* y la jerarquización del patrón de asentamiento de la jefatura

Uno de los grandes fenómenos que caracteriza la evolución de las sociedades indígenas en el primer milenio es el desarrollo del urbanismo (Fernández-Götz, 2018, 117). Se manifiesta a finales del S.VI a.C. como consecuencia del aumento en el tamaño medio de la población y los procesos de jerarquización social (Fernández-Götz, 2018, 117). Los criterios políticos y las funciones religiosas desempeñan un papel destacado en la aparición de los primeros poblados fortificados (Fernández-Götz, 2018, 117). La fundación de los *oppida* fue posiblemente motivada por una decisión política dirigida a aglomerar a los grupos locales que anteriormente habitaban dispersos por el territorio (Fernández-Götz, 2018, 121). Los centros fortificados constituirían un punto de referencia en el paisaje, una de cuyas funciones sería aportar coherencia a la identidad común del grupo tribal, por cuanto es el enclave que representa a todos los grupos que conforman la sociedad (Fernández-Götz, 2018, 121; Grau-Mira, 2019a, 156). Identifica, además, a toda la entidad étnica con un espacio social determinado, lo que fortalece su naturaleza simbólica y el componente ideológico (Grau-Mira, 2019a, 155).

La dinámica del paisaje está fuertemente influenciada por el desarrollo del incipiente proceso urbano, en cuya base se encuentra la nueva red de hábitats fortificados, que se erigen en el eje organizador de

las relaciones socioeconómicas del territorio (Bonet-Rosado et al., 2015, 252; Grau-Mira, 2019b, 339). Los *oppida* pasan a ser aglomeraciones en las que se concentraba la población, a la par que asumían un rol social clave en la economía política y la planificación territorial (Bonet-Rosado et al., 2015, 252; Grau-Mira, 2019b, 340). Se convierten a partir del S.VI a. C. en la sede del poder político, ejercido por un estamento dirigente compuesto por guerreros, con el objetivo de controlar el territorio adscrito al *oppidum* (Gracia-Alonso, 2015, 37; Quesada-Sanz, 2017, 534; Grau-Mira, 2019b, 340). El *oppidum* es un centro con funciones económicas, que controla los recursos agrícolas producidos en su *hinterland* y la producción y el comercio en los territorios dependientes de su autoridad (Quesada-Sanz, 2017, 536; Grau-Mira, 2019b, 340). Se trata, normalmente, de emplazamientos que pueden ser definidos por una serie de criterios comunes: como su ubicación en altura para dominar visualmente el territorio y las rutas de comunicación; su carácter urbano y monumental; destacan por ser fácilmente defendibles y cuentan con espacios públicos y de culto, en forma de almacenes (silos) y templos (Quesada-Sanz, 2017, 534; Grau-Mira, 2019b, 340).

Uno de los atributos fundamentales en la conformación de la red de *oppida* es la naturaleza jerárquica de su patrón de asentamiento. Conforme a la información manejada en esta sección, se puede sugerir un patrón de poblamiento de la jefatura estructurado piramidalmente en 1) núcleos primarios fortificados (sede de la jefatura política), 2) centros fortificados secundarios, 3) aldeas y 4) granjas. La presión demográfica, el desarrollo de la metalurgia del hierro y la intensificación agrícola permitieron la colonización territorial de las zonas limítrofes con las tierras más fértiles, que pasaron a ser controladas por los centros fortificados (Quesada-Sanz, 2017, 529). Esto conllevaría a la aparición de asentamientos de menor rango subordinados a la estructura de poder del *oppidum*, entre los que cabe destacar aldeas y granjas. A modo de ejemplo, merece la pena subrayar la documentación de varias unidades habitacionales en el yacimiento de Sant Sebastià de la Guarda, datadas en el S.VI a.C, antes de que el asentamiento fuera fortificado; podría ser considerado como el prototipo de aldea. Por su parte, los establecimientos rurales de Saus II y Mas Gusó constituyen el modelo de granja rural. En dicho panorama poblacional, la producción de estos pequeños asentamientos rurales fluiría hacia los núcleos fortificados, donde el excedente sería empleado por la élite social en el comercio de bienes exóticos, como sugiere la presencia de objetos de importación hallados en los centros urbanos (Grau-Mira, 2019b, 340). La articulación e interacción entre el medio rural y los establecimientos fortificados reforzaría al *oppidum* como base del poder aristocrático y núcleo de control territorial (Quesada-Sanz, 2017, 529).

5.7.3. La organización sociopolítica: La élite guerrera

El modelo de "monarquías heroicas" del sur y sudeste no es aplicable a la zona catalana, puesto que el sustrato local es muy diferente (Quesada-Sanz, 2017, 527). En el mundo ibérico septentrional, el proceso de jerarquización social apunta al surgimiento de estamentos guerreros en sociedades de tipo jefatura (Gracia-Alonso, 2015, 47; Quesada-Sanz, 2017, 529). La importancia de la guerra en este periodo y de la élite guerrera que gobernó las sociedades de jefatura de los indigetes se ve reflejada en la aparición de núcleos fortificados, entre los que destaca por su complejidad Ullastret y su sistema defensivo (Grau-Mira, 2019a, 147; Grau-Mira, 2019b, 340). El indicio más significativo en relación con la naturaleza de base guerrera del núcleo dirigente y el papel de la guerra en los procesos de cambio social y la dinámica del poder reside, precisamente, en la emergencia de los *oppida*, unidades espaciales cuya función sería el control de territorios políticos (Grau-Mira, 2019a, 147).

Los eruditos han puesto de manifiesto marcadores sociales en el patrón de asentamiento, la estructura de los poblados y el mundo funerario que apuntan a cierta concentración de poder en determinados clanes durante el Ibérico Antiguo (Bonet-Rosado et al., 2015, 252; Sanmartí et al., 2016, 123). La concentración de bienes de prestigio en la necrópolis de Puig de Serra, en particular la gran cantidad de vasos áticos, constituye un ejemplo paradigmático a este respecto (Sanmartí et al., 2016, 123). La figura del guerrero aparece asociada a su clientela, con la que formaría una unidad social basada en las diferencias de rango (Bonet-Rosado et al., 2015, 252). Este modelo refuerza la organización política del grupo étnico, en el que se desarrolla la clientela por la estructuración de relaciones fundamentadas en lazos de desigualdad social (Roymans, 2004, 61; Bonet-Rosado et al., 2015, 252). Esto es debido a que los grupos indígenas entienden las relaciones sociales en base al vínculo entre patrón y cliente, en lo que Roymans ha dado en llamar "client kingship" (Roymans, 2004, 61). De hecho, la entidad sociopolítica probablemente evolucionó en torno a un jefe de clan y sus guerreros (Roymans, 2004, 65). Estos grupos armados ayudaron a fomentar alrededor de ellos un sistema clientelar y un fuerte sentimiento de pertenencia que cohesionó la estructura social y la identidad colectiva del grupo tribal, estimulando el proceso de etnogénesis (Roymans, 2004, 65). El papel de la clientela como institución será analizada más en detalle en el próximo capítulo.

El panorama descrito es también consistente con el modelo de agregado sociopolítico de tipo jefatura, habida cuenta que en su formación y consolidación la élite guerrera desempeña una función crucial. Ampliamente hablando, una de las principales fuentes de poder es la fuerza militar de los jefes de clan, que necesitan especialistas como los guerreros para sustentar el ordenamiento político (Earle, 1997, 7; Johnson y Earle, 2011, 262). El componente militar en las jefaturas tiene una doble naturaleza, una de carácter más económico y otra con rasgos más políticos, cuya estructura es una aristocracia de base guerrera para reforzar el orden establecido (Johnson y Earle, 2011, 262). Pero además y al mismo tiempo, las medidas para intensificar la economía, el incremento de las disputas para explotar los recursos y el control del comercio de mercancías exóticas incentivaron la necesidad de contar con grupos armados que defendieran el uso del espacio territorial y el *statu quo* (Johnson y Earle, 2011, 262). Por otro lado, tomar posesión del cargo de más alto rango en la jefatura es un proceso social en el que subyace una cuestión de índole militar, puesto que es necesario derrotar a los clanes rivales e incorporarlos a la configuración hegemónica (Earle, 1997, 105). La élite guerrera es el segmento encargado de la coacción y la intimidación, consideradas "tecnologías del miedo" empleadas por el *paramount chief* para ejercer el liderazgo y mantener las instituciones y sus reglas de funcionamiento jerárquicas (Earle, 1997, 8 y 105). En última instancia, según ha suscrito Carneiro, la militarización es un elemento fundamental en la dinámica de la guerra y el conflicto, pues de ella depende el éxito en las campañas bélicas (Carneiro, 2002, 51); pero a la vez es una de las principales fuentes de poder con base permanente en las jefaturas, además de proporcionar reconocimiento y bienes materiales (Carneiro, 2002, 51).

5.8. El nuevo modelo político: las jefaturas complejas heterárquicas

En cuanto a lo que se refiere al modelo político, me ha parecido oportuno correlacionar, siguiendo a autores como Sanmartí y García, el proceso de cambio cultural que estimuló una configuración más jerarquizada de la población indígena y la conformación histórica del pueblo indigete, con el surgimiento de sociedades complejas de jefatura (Sanmartí, 2009b, 67; García-Rubert, 2015, 231; Quesada-Sanz, 2017,

527). La valoración de la estructuración a la escala regional de la ordenación del paisaje y el análisis espacial conducente a explicar patrones territoriales han puesto de manifiesto formas de descentralización en la organización del poder. La observación a fondo, partiendo de un planteamiento teórico-metodológico de elaboración propia tendente a hacer una lectura de la representación espacial del orden sociopolítico, ha revelado la existencia de un modelo heterárquico de jefaturas, pero con un sistema de estratificación jerárquica en el ordenamiento interno del grupo social.

Tras haber expuesto las razones y el método teórico para trazar la línea de investigación seguida, resulta apropiado poner el énfasis en indicadores del registro material que legitiman el enfoque propuesto. Se percibe en este periodo un cierto desarrollo de la economía política, en la que se reconocen por primera vez prácticas de índole comercial y social con implicaciones políticas, de las que son un buen indicio las ánforas vinarias y la circulación de bienes de prestigio de importación (Sanmartí, 2009b, 53; García-Rubert, 2015, 234). Otro rasgo arqueológico de las jefaturas lo encontramos en la planificación y realización de proyectos que por sus características pertenecen a la esfera de los trabajos comunitarios (García-Rubert, 2015, 238). Las obras colectivas realizadas por la comunidad manifiestan una envergadura que excede la capacidad del grupo local o familiar (García-Rubert, 2015, 238). De ahí el hecho que el grado de dificultad y el volumen de trabajo necesario para llevar a cabo este tipo de edificaciones requieran una determinación estructural y una organización sociopolítica jerarquizada que gestione el programa arquitectónico (Sanmartí, 2009b, 63; García-Rubert, 2015, 238). Baste citar, siguiendo con el argumento, el levantamiento de murallas defensivas y fosos, en algunos casos, en los principales *oppida* del territorio indikete y la estructura espacial de los centros de habitación.

5.8.1. El marco teórico de la jefatura

El concepto de jefatura (*chiefdom* en la historiografía anglosajona) forma parte del cuerpo social de la Antropología Evolucionista Americana (Nocete-Calvo, 1984, 291). Uno de los grandes temas de debate en torno a las jefaturas se centró en revisar ampliamente el modelo clásico neoevolucionista y la teoría social evolutiva para investigar el surgimiento del estado, basado en un principio en bandas que evolucionan a tribus y después a jefaturas (Yoffee, 1993, 60). Los trabajos de Yoffee y Earle supusieron un punto de inflexión en el estudio de las jefaturas al reemplazar el concepto de redistribución por el de organización sociopolítica (Earle, 1991, 1; Yoffee, 1993, 62). Es más, los criterios que definían a la jefatura en las investigaciones pioneras de Leslie White, Sahlins y Service fueron fuertemente criticados, habiéndose producido en los últimos lustros una reconsideración del término y su significado social (Yoffee, 1993, 61). En estos primeros trabajos se puso el foco de atención en su supuesta naturaleza redistributiva y el rol del jefe de clan, que encarnaba el poder mágico-religioso (Yoffee, 1993, 62; García-Rubert, 2015, 226). La teoría social hoy en día apunta a su carácter multilíneal como paradigma central, dada la gran variedad tipológica de entidades políticas y el enorme número de variables y trayectorias que conforman el proceso evolutivo de las sociedades (Earle, 1991, 2; Johnson y Earle, 2011, 255). El argumento teórico considera a las jefaturas como sistemas de organización sociopolítica, con un nivel de jerarquía política por encima de la comunidad local y las agrupaciones estructuradas en torno al *big man* pero por debajo de los denominados como estados arcaicos (Earle, 1991, 1 y 2; García-Rubert, 2015, 226). Se trata de un modelo social que organiza a una población determinada, en el que es apreciable cierto grado de desigualdad socioeconómica y en el que posiblemente el rango se transmitía de padres a hijos (Earle, 1991, 2). En suma, se tiende a analizar los patrones sociales y las modificaciones en la estructura de la sociedad

desde la perspectiva de la evolución sociopolítica (Fowles, 2002, 14).

La jefatura es una entidad organizativa con una estructura económica e ideológica que contribuye a que los jefes de clan pongan en marcha estrategias de poder político para controlar a la población (Earle, 1991, 4). La literatura especializada ha reconocido pródigamente que las jefaturas se dividen a nivel tipológico en simples y complejas, cuya diferencia básica estriba en el tamaño de la población, el grado de jerarquización política y el alcance de la estratificación social (Earle, 1991, 3; Johnson y Earle, 2011, 275 y 293).

El dialogo entre datos arqueológicos y teoría social da pie a definir las entidades políticas territoriales estudiadas en esta sección, en el marco de la tipología evolutiva de Johnson y Earle, como jefaturas complejas. El proceso de formación de los cacicazgos se caracteriza por una profunda transformación del paisaje, debido al proceso de intensificación económica, la colonización de nuevas tierras y la roturación del medio natural (Johnson y Earle, 2011, 258). Esta dinámica ha sido documentada en el Ampurdán durante el Ibérico Antiguo, donde aumentan las zonas de cultivo como consecuencia de la acción antrópica, al tiempo que reculan las áreas boscosas (Allué et al., 2004, 41). Otro rasgo de este tipo de sistemas políticos es el crecimiento demográfico y la alta densidad de su población, condición que se ve reflejada en la emergencia de la red de *oppida* (Johnson y Earle, 2011, 259). Otra característica de los cacicatos que merece ser tenida en cuenta es la inversión en tecnología y su consecuente desarrollo, requisito que se cumple en la zona de estudio desde el momento que se generaliza el uso de la metalurgia del hierro en el Ibérico Antiguo (Johnson y Earle, 2011, 259). Este modelo de agregado sociopolítico destaca también por estar socialmente estratificado y porque la territorialidad, tal y como hemos visto en páginas anteriores, es un tema central en la organización política de la comunidad (Johnson y Earle, 2011, 259).

Sin embargo, hay una cuestión fundamental en la conformación de las entidades territoriales y, por ende, de la etnogénesis: el modelo de estructura social, que constituye la base parental que subyace en ambos procesos históricos. Este factor posiblemente influyó en el curso que tomaron aspectos que se consolidarán ahora como la jerarquización de la organización sociopolítica, la religión, la ideología, el orden cósmico o la legitimidad de la aristocracia dirigente. Según han señalado diversos estudios sobre la jefatura, a nivel teórico esta tiene una estructura social segmentada y estratificada de clan cónico (Kristiansen, 1991, 21; Johnson y Earle, 2011, 293). Como anticipaba y analizaba en el capítulo anterior a través de la evidencia material presente en las necrópolis, este cambio se produce, según la lectura del registro funerario, durante la Primera Edad del Hierro, tres o cuatro generaciones antes de que eclosionara la Cultura Ibérica. Esta transformación habría pavimentado el camino para la emergencia de una configuración de la sociedad más compleja y el comienzo del proceso de etnogénesis. Para el desarrollo de estos fenómenos se precisa de una base social que dé forma, reafirme y sea a la vez coherente con las relaciones de desigualdad y el nuevo paisaje político jerárquico; y, además, pudo haber fomentado el sentimiento, real o ficticio, de compartir un antepasado mítico y una tradición ancestral, que forman el pedestal sobre el que se levantan las formas etnogenéticas y la génesis del grupo étnico.

5.9. La jefatura de Ullastret

Las primeras expresiones de la cultura ibérica en el complejo arqueológico de Ullastret, formado por dos *oppida* y una necrópolis, han sido datadas en la segunda mitad del S.VI a.C. (Martín, 2007, 75; Codina et al., 2019a, 16). En este horizonte cronológico se documentaron inicialmente casas de planta

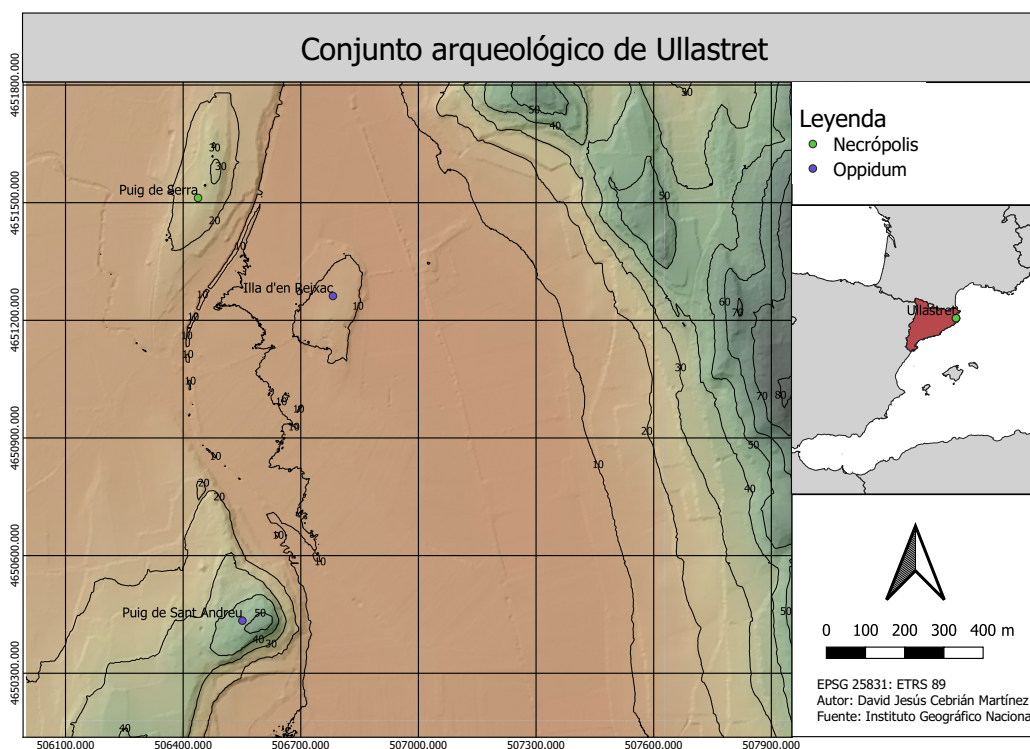


Figura 5.14: Mapa realizado a partir de datos LIDAR y software QGIS

rectangular con muros de adobe, gran cantidad de cerámica pintada a torno, herramientas de hierro y evidencias de un potente sistema defensivo en el Puig de Sant Andreu (Martín, 2007, 75).

En la jefatura de Ullastret se concentran una serie de indicadores arqueológicos que, dentro del sistema heterárquico de entidades políticas propuesto, destacan y lo diferencian del resto de asentamientos fortificados indiketes. Hay datos de referencia y expresiones de poder que preconizan el futuro rol sociopolítico de Ullastret como lugar central de la Indigecia. Se pueden postular varios ejemplos para ilustrar lo dicho. Baste recordar la fortificación del Puig de Sant Andreu, las dimensiones del foso defensivo, el número de torres y puertas de acceso, la complejidad del entramado urbano o el contar con el mayor espacio funerario del territorio.

5.9.1. El sistema defensivo

La principal manifestación de poder durante el Ibérico Antiguo y símbolo de la aristocracia guerrera dirigente reside en la edificación de defensas para fortificar los núcleos de hábitat que conforman el paisaje social, lo cual expresaría en si mismo un tipo de discurso que da forma a la construcción del poder social. El proyecto para monumentalizar el recinto fortificado es un símbolo de la identidad política de la comunidad que requiere para su construcción de una organización socopolítica que planifique el programa arquitectónico (Moret, 1998, 83).

La construcción de las primeras líneas defensivas en Ullastret han sido documentadas a finales del S.VI a.C. en los restos de la denominada muralla Frigoleta, en el lado este del Puig de Sant Andreu, durante la fase III (525-450) (Martín, 2007, 77; Codina et al., 2019a, 44). Esta fortificación protegía el lado más vulnerable de la elevación natural sobre la que se asentaba el yacimiento (Codina et al., 2019a, 44). En el caso de la Illa d'en Reixac, Oliva descubrió un trazo de muralla defensiva en el lado este que

posteriormente fue reexcavado a finales de los ochenta. En principio fue datado en el Ibérico Antiguo (Martín, 2007, 77; Burch et al., 2010, 274). Sin embargo, la falta de contexto arqueológico y el hallazgo de espacios habitacionales muy próximas al muro, con una cronología diferente, no permite aseverar con certeza que el asentamiento estuviese amurallado durante este periodo histórico (Martín, 2007, 77). Las murallas del Puig de Sant Andreu cerraban un hábitat de forma triangular de unas tres hectáreas aproximadamente (Martín, 2007, 78; Burch et al., 2010, 268).

La estructura muraria defensiva del Puig de Sant Andreu ofrece varias lecturas. Lo primero que llama la atención es la planta circular de las primeras torres, por cuanto se trata de un patrón constructivo muy poco habitual, desconocido según de Prado, en el nordeste peninsular en este periodo cronológico (Prado, 2010, 573). Con respecto a esta cuestión, se ha planteado su posible vinculación con modelos en uso durante el Bronce Final en el mediterráneo occidental (Prado, 2010, 573). Por otra parte, la complejidad arquitectónica de la muralla permite suponer que se adoptaron esquemas defensivos en su construcción inspirados en fortificaciones de raíces mediterráneas (Moret, 1998, 84; Gracia-Alonso, 2015, 229). Estas influencias edilicias procederían inequívocamente de la vecina colonia focea de Ampurias (Moret, 1998, 85; Gracia-Alonso, 2015, 229). Esto aporta un elemento de juicio de gran trascendencia que refuerza la hipótesis de trabajo, la simbiosis entre Ampurias y Ullastret, cuya relación simbiótica está presente desde la misma fundación de los dos establecimientos. Como ha indicado Moret, los módulos que componen el trazado de la muralla responden a un proyecto que fue minuciosamente programado desde un principio (Moret, 1998, 84). La planificación de la fortificación tiene su origen en proporciones metrológicas griegas, habida cuenta que se ha constatado la existencia de un pie de 29.5, de forma que la secuencia constructiva se corresponde con un esquema preconcebido en el que el diámetro de las torres y la longitud de la cortina muraria entre estas guardan una simetría de escala en todo el proyecto (Moret, 1998, 85; Gracia-Alonso, 2015, 230). El perímetro amurallado se erigió teniendo en cuenta la inclinación de la colina y la visibilidad, dividiéndose el espacio en fracciones que se ajustaban a "múltiplos enteros de un modulo de 16 pies" (Moret, 1998, 85). Este tipo de cálculos tan precisos solo podría haberse realizado con la participación de expertos instruidos en el campo de la poliorcética, seguramente procedentes de Ampurias (Moret, 1998, 85). Ello da una idea del nivel de interacción social entre el establecimiento colonial y los *oppida* indígenas, que es una de las singularidades de la Indiketia en comparación con otros territorios indígenas del mundo ibérico septentrional.

En general, la cimentación en la que se apoya la muralla no es muy compleja, pues se asienta sobre el terreno rocoso natural, aunque en algunos tramos se han identificado estratos acondicionados para allanar la superficie subyacente y viabilizar la colocación de la primera hilera de sillares (Prado, 2010, 568). El alzado de los muros es mayoritariamente sencillo, con una estructura de doble paramento repleta de piedras de formas distintas y tamaño diverso (Prado, 2010, 568). Su anchura depende del relieve del terreno y la altura se ha estimado en unos 8 m aproximadamente (Prado, 2010, 568). Se han detectado varios tipos de aparejo, aunque la tipología de la fase más antigua se corresponde con el denominado aparejo irregular (Prado, 2010, 570). Este consiste en la utilización de bloques de medidas diversas y formas con tendencia cuadrangular encajados entre si por medio de piedras de pequeño tamaño (Prado, 2010, 570).

Las torres en el lienzo de muralla más antiguo son de tipo circular, construidas con un aparejo pseudoregular y perfil troncocónico (Burch et al., 2010, 268; Prado, 2010, 572). Se han documentado en total ocho torres en esta fase, habiendo sido sustituida una de ellas por otra de planta rectangular situada



Figura 5.15: Imagen por satélite del lienzo de la muralla y las torres circulares número 2 y 3

junto a la puerta de acceso número uno (Burch et al., 2010, 268; Prado, 2010, 572). Una singularidad del esquema modular del aparejo defensivo es que las torres fueron levantadas con anterioridad a la muralla, de modo que no forman un bloque compacto ni están integradas en la estructura muraria (Prado, 2010, 572; Gracia-Alonso, 2015, 230). Con ello se consigue evitar que un posible desmoronamiento de cualquiera de estos dos elementos arquitectónicos afectase a la estructura (Prado, 2010, 572). Los bastiones 1-5 protegen el sector del foso, el número 6 flanquea la entrada principal al asentamiento, mientras que la torre 7 se sitúa en la cima de la colina y es considerada el mejor puesto de vigilancia y control del espacio exterior adyacente (Prado, 2010, 573). En varias torres fueron hallados restos de escaleras helicoidales, de donde se deduce que el acceso a las atalayas se realizaría mediante estas escaleras interiores (Prado, 2010, 573).

Las puertas de acceso al *oppidum* están situadas en localizaciones clave (Codina et al., 2019a, 45); conforman el punto más frágil e indefenso de todo el sistema defensivo, motivo por el que suelen ser construidas junto a bastiones o defensas avanzadas para facilitar su salvaguarda (Prado, 2010, 574). En el Puig de Sant Andreu se puede distinguir entre puertas complejas, que permitirían el tránsito de medios de transporte, contingentes a caballo y mercancías, y poternas, destinadas al acceso de personas únicamente (Prado, 2010, 575). Las entradas 1, 4 y 6 encajan en el grupo de puertas complejas; se estructuran en torno a un pasillo de acceso que en su parte exterior estaría defendido por una torre anexa situada estratégicamente para que el defensor pudiera atacar el flanco más vulnerable del adversario (Prado, 2010, 575). El acceso principal al yacimiento es la puerta número uno, de tipo "frontal de tenaza"; cuenta con un pasillo de 3.44 m que comunica directamente con la calle 1, considerada una de las principales arterias de comunicación del núcleo fortificado (Prado, 2010, 575). La variedad tipológica de puertas de acceso es consecuente con la estrategia política de la comunidad y tiene implicaciones económicas (Bonet-Rosado et al., 2015, 256). Por una parte, es un marcador inequívoco de la importancia de Ullastret en comparación con el resto de

establecimientos indígenas (Bonet-Rosado et al., 2015, 256). Por otra parte, el número total de entradas es proporcional a la actividad económica y el volumen de bienes que circulan por el *oppidum* (Bonet-Rosado et al., 2015, 256); en última instancia, está relacionado con el grado de complejidad urbana, pues requiere organizar una mayor cantidad de espacios públicos (Bonet-Rosado et al., 2015, 256).

Uno de los elementos probablemente más significativos del aparato defensivo quizá sea el foso defensivo. Fue descubierto en 2012 a raíz de la realización de una prospección geofísica mediante 2 tomografías de resistividad eléctrica ERT (Codina et al., 2019b, 52). Se trata de una estructura negativa avanzada, excavada en la roca natural y dispuesta en paralelo al lienzo de muralla, a una distancia aproximada de 10 metros (Codina et al., 2018, 137). La sección del foso tiene forma de U con escarpa y contraescarpa, con una extensión que varía entre los 6 y los 15 metros dependiendo de el tramo, y una profundidad de hasta 4 metros (Codina et al., 2018, 138). Defendía el flanco más vulnerable del cerro (Codina et al., 2019a, 45). Con el objetivo de delimitar la geometría del foso se realizaron varias prospecciones magnéticas y sondeos en distintos ámbitos. En varias de las prospecciones se hallaron evidencias claras de trazas asociadas al uso de herramientas de hierro adecuadas para la extracción de piedra, posiblemente utilizada en trabajos comunitarios como la construcción de la muralla (Codina et al., 2019b, 59).

Según los datos más novedosos proporcionados por el equipo de investigación del MAC de Ullastret, se diferencian en el foso dos etapas constructivas (Codina et al., 2020, 118). La primera de ellas está relacionada con la edificación de la fortificación a mediados del S.VI a.C., mientras que la segunda es fruto de una reestructuración datada a finales del S.V o principios del S.IV a.C. (Codina et al., 2020, 118). La forma de la escarpa es la principal diferencia entre el foso inicial, en el que disponía de un antemural en la parte más elevada, y la remodelación posterior, en la que la escarpa se va a recubrir con un paramento de grandes sillares de arenisca local (Codina et al., 2020, 119). Se ha documentado una estructura arquitectónica enfrente de la puerta de acceso principal, fechada en la fase fundacional del yacimiento, que permitiría cruzar el foso y acceder al asentamiento (Codina et al., 2020, 119). La pasarela consistía en un armazón de grandes bloques asentados sobre la contraescarpa y piedra colocada a la altura de la escarpa, "dejando un itismo" sobre el que se podía circular (Codina et al., 2020, 120). Este puente subraya de manera indubitable la importancia de esta entrada en el diseño del aparato defensivo y el modelo urbano del *oppidum*, hecho confirmado posteriormente por la construcción de los templos.

5.9.2. Complejidad urbana y reurbanización en el S.V a.C.

La cartografía de los hallazgos muestra una planificación urbana ligeramente distinta en los dos *oppida* de la jefatura de Ullastret. La prospección magnética realizada en la Illa d'en Reixac con motivo de la celebración en Ullastret de un *workshop* internacional sugiere que su trazado urbano es de tendencia ortogonal y, además, está ordenado en torno a un eje viario principal, la calle número 9 (Goossens et al., 2016, 61). A partir de este eje de circulación se estructurarían una serie de calles paralelas y transversales, separadas por una distancia más o menos homogénea que dibujaba espacios habitacionales con una forma ortogonal (Goossens et al., 2016, 61). El Puig de Sant Andreu, sin embargo, condicionado por la orografía del terreno, adaptó la trama urbana a la topografía mediante la construcción de terrazas (Burch et al., 2010, 270). Una de las vías principales de este yacimiento, en funcionamiento desde el Ibérico Antiguo, es la denominada calle 2 (o D según la publicación), que discurre en perpendicular a la muralla occidental a partir de la puerta 4 hasta la número 1 (Martín, 2007, 80).

Las estructuras de habitación de la primera fase ocupacional guardan similitudes con las documentadas en otros ámbitos del complejo cultural ibérico. Se trata de un nuevo modelo de vivienda, de planta cuadrangular, edificada sobre un zócalo de piedra y con alzado de adobes, que una vez construida era cubierta de arcilla y paja para aislar el habitáculo (Martín y Plana-Mallart, 2012, 127). El tejado se colocaba sobre un envigado de madera, encima del cual se ponían materiales de procedencia vegetal recubiertos con arcilla para proteger la morada de las inclemencias climatológicas (Codina et al., 2019a, 49).

En la segunda mitad del S.V a.C. se produce una reorganización de ambos poblados. La investigación llevada a cabo ha servido para desvelar por primera vez viviendas con una planta más compleja, a la vez que se ampliaba significativamente la superficie de los *oppida* (Martín, 2007, 82; Martín y Plana-Mallart, 2012, 129). Antes de la amplificación del perímetro amurallado en el Puig de Sant Andreu, es posible que en la zona del istmo hubiera un distrito periurbano artesanal, pues Oliva excavó un horno metalúrgico y se hallaron restos de almacenes de alfarería (Martín, 2007, 83; Martín y Plana-Mallart, 2012, 134). En estos depósitos aparecieron vestigios de industria metalúrgica y numerosos fragmentos de cerámicas de producción local; así como vasos y recipientes áticos de figuras rojas y barniz negro que permitieron reconocer el área extramuros como una posible zona de trabajo artesanal (Martín, 2007, 83; Martín y Plana-Mallart, 2012, 134). Valga señalar que en la Illa d'en Reixac, el estudio del yacimiento ha revelado la presencia de escorias de reducción y forja en un horizonte situado cronológicamente a finales del S.VI a.C., lo que constituye una de las pruebas más antiguas de la producción de hierro en Cataluña en un ámbito urbano (Codina et al., 2019a, 78).

La reexcavación de la zona 9, ubicada entre las torres 3 y 5, puso al descubierto un área residencial compuesta por cuatro unidades, una de ellas adosada a la muralla occidental, de factura compleja (Gracia-Alonso et al., 2000, 60; Martín y Plana-Mallart, 2012, 129). Las excavaciones desarrolladas entre 1997-1999 posibilitaron una reinterpretación de los primeros resultados obtenidos por Oliva y de toda la zona en general, sobre la que en principio se pensó que se trataba de dos grandes casas compartimentadas (Gracia-Alonso et al., 2000, 63). En realidad, son cuatro estructuras de habitación definidas por un patrón constructivo rectangular, con una sala principal alargada precedida por un vestíbulo porticado y dispuestas en el espacio en función del trazado del lienzo defensivo (Gracia-Alonso et al., 2000, 63; Martín y Plana-Mallart, 2012, 129). Las unidades de ocupación se abren a un espacio de circulación pavimentado con losas cuyo esquema edilicio es en su conjunto complejo, pues dispone de un sistema para drenar las aguas pluviales formado por un conducto que encauzaba las aguas recolectadas hacia el eje viario principal (Martín y Plana-Mallart, 2012, 129). El proyecto arquitectónico de esta zona responde a un planteamiento con soluciones técnicas avanzadas. El enlosado de la calle fue construido a una cota inferior que los suelos de los hogares y con una inclinación suficiente para que la cloaca facilitará la circulación de aguas pluviales hacia la calle adyacente, evitando el riesgo de inundaciones (Gracia-Alonso et al., 2000, 64; Martín y Plana-Mallart, 2012, 129). El hallazgo de un conjunto de 25 vasos de cerámica ática de figuras rojas, negras y de barniz negro, entre las que se encuentran dos kylix del pintor de Marlay y una crátera de columnas, hace pensar en un complejo de residencias de la élite social (Martín y Plana-Mallart, 2012, 129).

El trabajo implementado durante los últimos años ha sacado a la luz grandes sillares decorados con cenefas en la zona 25, reutilizados como material constructivo. Constituyen un vestigio arqueológico significativo de un posible edificio suntuoso, situado espacialmente enfrente de la zona 14 y datado en el

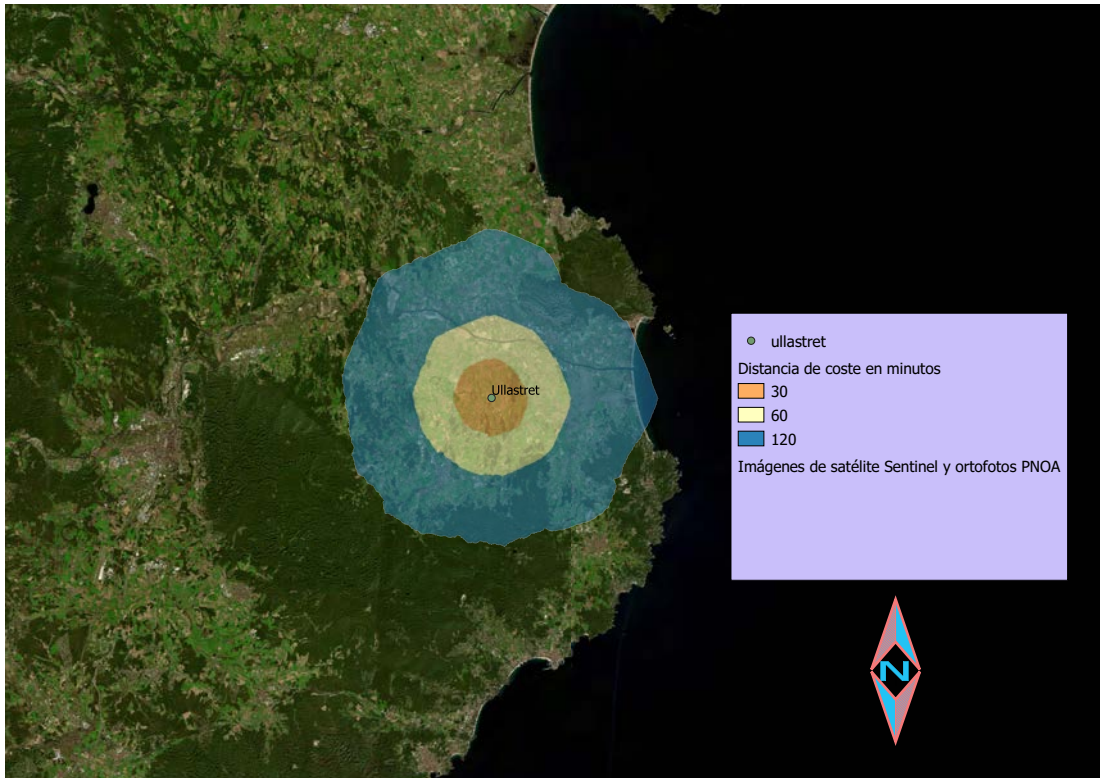


Figura 5.16: Delimitación del área de captación de recursos de Ullastret

S.V.a.C. (Codina et al., 2012, 83; Martín y Plana-Mallart, 2012, 129). Por otra parte, se han documentado varios basamentos de columna de influencia clásica reaprovechados en la edificación a lo largo del yacimiento, lo que denota que existían proyectos monumentales en una fecha tan temprana como el S.V a.C. (Martín y Plana-Mallart, 2012, 129).

5.9.3. El Área de Captación de Recursos agrícolas (ACR)

La delimitación del área óptima de explotación de un asentamiento es una de las prácticas más habituales en el análisis espacial de yacimientos arqueológicos (García-Sanjuan et al., 2009, 168). A nivel teórico es un modelo que hunde sus raíces en la Ecología Cultural (García-Sanjuan, 2005, 129). Su base epistemológica se fundamenta en la teoría de "abastecimiento óptimo", según la cual una comunidad determinada capta sus recursos dependiendo de la distancia, de modo que cuanto más lejos estén las materias primas mayor será el gasto de energía y el coste económico de explotar el territorio (Wheatley y Gillings, 2002, 159; García-Sanjuan et al., 2009, 168). Parte del presupuesto de que una comunidad prehistórica tiende a desarrollar estrategias de ocupación del territorio que minimicen el coste de desplazamiento y optimicen el trabajo empleado en obtener los recursos necesarios para la subsistencia (García-Sanjuan et al., 2009, 168; Aguilera y Flors, 2009, 445).

El *site catchment analysis* ha recibido críticas que pueden ser sobrepasadas mediante la utilización de un SIG (Aguilera y Flors, 2009, 445). Uno de los aspectos más controvertidos es la utilización de datos contemporáneos, por cuanto el contexto de los yacimientos ha variado mucho desde la prehistoria (Aguilera y Flors, 2009, 445). Otro elemento que ha sido valorado negativamente es la aplicación de criterios económicos modernos, como la optimización del tiempo y la fuerza de trabajo, al estudio de sociedades preterritas (García-Sanjuan, 2005, 133; García-Sanjuan et al., 2009, 168). El problema se agudiza si solo

se tienen en cuenta los datos de un yacimiento, pero puede atenuarse en gran medida si el análisis se ejerce sobre un conjunto de asentamientos, puesto que a efectos comparativos los posibles cambios en los territorios teóricos se manifiestan por igual en todos ellos, obteniéndose resultados bastante válidos (Aguilera y Flors, 2009, 445). En todo caso, el análisis del ACR es un buen método de indagación que permite valorar el aprovechamiento de recursos naturales y evaluar tanto su potencial a nivel económico como pautas de conducta y factores causales en el patrón de asentamiento (García-Sanjuan, 2005, 134; García-Sanjuan et al., 2009, 169). Las variables más utilizadas para estudiar el ACR de una comunidad sedentaria agrícola son la capacidad agrológica del suelo y las clases litológicas (Wheatley y Gillings, 2002, 160; García-Sanjuan, 2005, 133).

Los SIG han incorporado notables mejoras metodológicas a los modelos de ACR, como el cálculo del tiempo necesario para acceder a los recursos, que se realiza utilizando superficies de coste generadas a partir de modelos espaciales implementados mediante SIG (García-Sanjuan et al., 2009, 169). El ACR de esta sección ha sido elaborado de la siguiente manera. El punto de partida para procesar los datos son dos archivos, un MDT con un tamaño de píxel de 25 metros procedente del IGN y una capa vectorial con las coordenadas de Ullastret. El siguiente paso consiste en computar la pendiente en grados del MDT. A continuación se debe obtener una capa que permita estimar el tiempo que se tarda en recorrer un píxel, para lo que he empleado la fórmula de Iriarte $T=0.0277*R*P+0.6115*R$, procesada en la calculadora ráster junto al mapa de pendientes, en la que T es el mapa de tiempo (segundos), R es el MDT en metros y P el mapa de pendientes. Después, mediante el módulo r.cost se obtiene el coste acumulado de moverse a través de la capa anterior. El último paso es reclasificar la información con el fin de crear líneas isócronas que delimiten el espacio que se puede caminar a pie en un tiempo establecido en intervalos de 30, 60 y 120 minutos.

Una vez definida el área de captación en torno al asentamiento comienza el proceso de evaluar los recursos disponibles para la comunidad de Ullastret en un radio de 30, 60 y 120 minutos. Para ello se ha utilizado la capa de usos del suelo del proyecto Corine land cover. Siguiendo la metodología empleada por un buen número de investigadores, he reclasificado la capa Corine en cuatro clases con el fin de valorar la potencialidad de uso de la tierra en el ARC de Ullastret. La categoría 1) se corresponde con suelos de elevado potencial que permiten prácticas intensivas, la 2) capacidad moderada, apta para desarrollar una agricultura de tipo extensiva, 3) campos de bajo rendimiento o de carácter forestal y 4) humedales (Wheatley y Gillings, 2002, 170; García-Sanjuan, 2005, 133; Grau-Mira, 2006, 220). Una primera lectura de la figura 5.17 pone en evidencia que en un radio de media y una hora predominan entornos cultivables óptimos para la producción agrícola. A saber, son terrenos agrarios en los que se puede implementar un tipo de agricultura intensiva. Es necesario, sin embargo, relacionar el resultado obtenido con el registro paleoeconómico. En relación con la información arqueobotánica manejada, Buxó ha defendido la tesis de que la fundación de establecimientos coloniales habría favorecido la práctica de un modelo productivo basado en un sistema más intensivo de especialización cerealícola (Buxó, 2004, 70). La clasificación de la superficie agrícola según su valor y el mapa de litologías que veremos a continuación respaldan esta aproximación por la elevada presencia de zonas idóneas para obtener recursos alimenticios situadas cerca del lugar de hábitat. La observación del ARC de Ullastret permite sugerir la existencia de un medio con capacidad para la reproducción de las estrategias de subsistencia de la comunidad y desarrollar el proceso de intensificación de la economía política que impulsa el aumento demográfico citado en páginas anteriores.

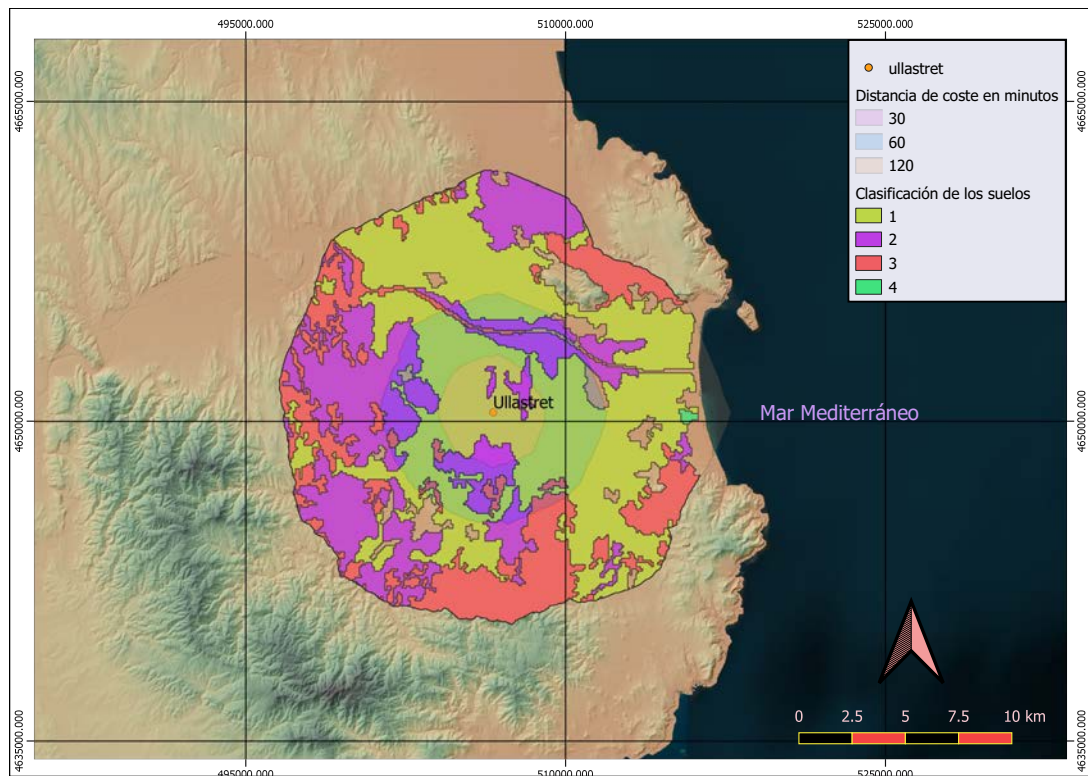


Figura 5.17: Delimitación del área de captación de recursos y capa Land-Corine de usos del suelo clasificada en cuatro categorías

Ya se ha advertido que la principal crítica metodológica relacionada con este tipo de análisis es la utilización de datos contemporáneos para llevar adelante una investigación sobre el aprovechamiento y la explotación de los recursos de un asentamiento. Sin embargo, esta limitación se difumina cuando se vincula con un enfoque interdisciplinar que tenga en consideración la geomorfología litológica en el territorio objeto de estudio.

5.9.4. Análisis geoarqueológico

La geoarqueología se encarga de estudiar los georecursos empleados por las comunidades preterritas y los paisajes físicos. Los factores físicos son cruciales para determinar el tipo de recursos disponibles en el espacio territorial, toda vez que influye notablemente en el proceso de evolución cultural (Benito-Calvo et al., 2014, 42). La geoarqueología requiere la aplicación de un enfoque multidisciplinario basado en la colaboración entre la arqueología y la geología, cuyo objetivo último es dar respuesta a problemas relacionados con cómo interactúan los elementos litológicos con la formación social, reconocer si la producción es local, identificar el origen de los recursos naturales o realizar análisis de procedencia (Benito-Calvo et al., 2014, 42; Acevedo, 2014, 123 y 127). El estudio de estos materiales mediante un SIG es actualmente una herramienta metodológica para el análisis de la conducta social de comunidades precapitalistas, debido a que proporciona datos sobre el modelo productivo, las tácticas de subsistencia o el establecimiento de núcleos de poder (Acevedo, 2014, 130; Belmonte-Mas et al., 2018, 9). La causa de ello es que la base geológica, junto a la explotación del ecosistema, forman parte de los procesos adaptativos de los grupos humanos al medio, siendo de vital importancia en el diseño de las estrategias socioeconómicas de supervivencia de la unidad social (Belmonte-Mas et al., 2018, 9).

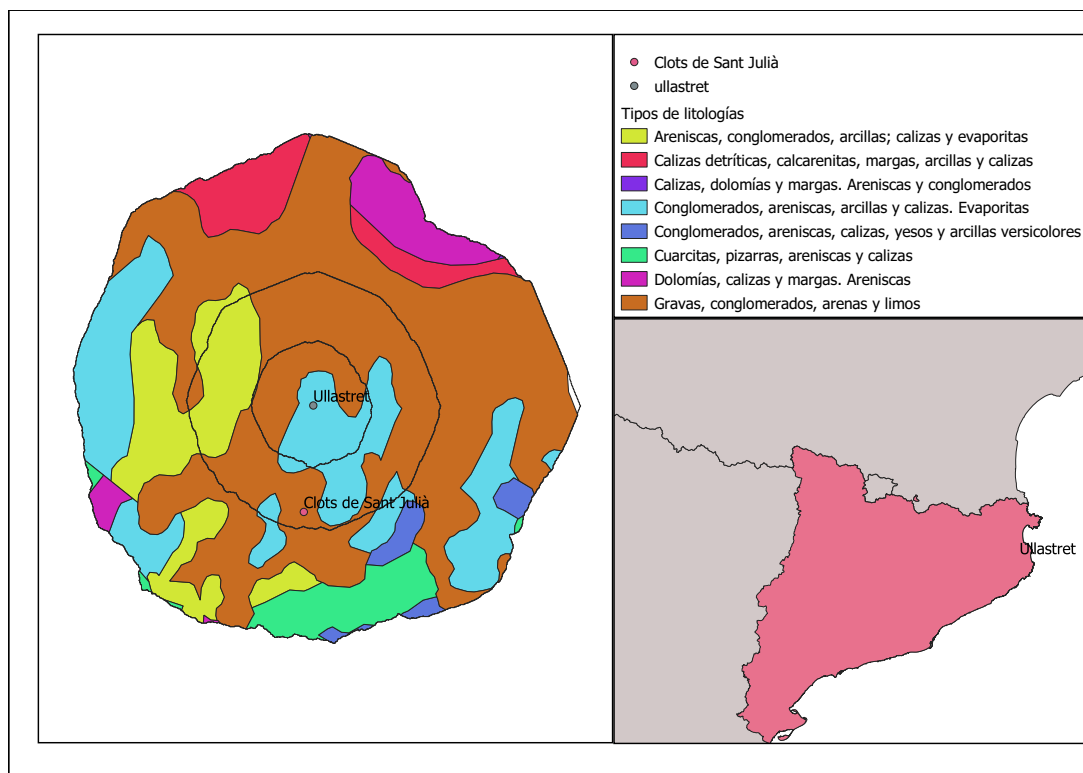


Figura 5.18: ACR con los tipos litológicos

La figura 5.18 permite identificar las propiedades del depósito de sedimentos en el área de captación que causan la fertilidad del terreno, de vital importancia para intensificar el modelo productivo, y valorar el rol de los rasgos geológicos del terreno en la estrategia de elección del lugar (Benito-Calvo et al., 2014, 42; Acevedo, 2014, 123 y 127). En el área de explotación inmediata predominan los conglomerados, areniscas y evaporitas, rocas sedimentarias que se forman cuando cristalizan las sales en lagos y zonas marítimas. De hecho, en un estudio sobre el paleopaisaje de Ullastret, se ha evidenciado que la laguna estaba conectada a la línea de costa y que contenía sales minerales (Brill et al., 2010, 293). Por otra parte, el mapa litológico muestra una elevada presencia de roca arenisca y conglomerados en las proximidades del asentamiento, materiales empleados en la construcción de los lienzos de la muralla y la edificación (Codina et al., 2019b, 59).

En la configuración del suelo se ha documentado la importancia en el área de captación de recursos del estrato conformado por gravas, arenas y limos, sedimentos vinculados a procesos fluviales. La creación de estas formaciones es posible que se debiera a la crecida de los ríos Daró y Ter. Es de sobra conocido que el desbordamiento de los ríos es fundamental para preparar los campos para la agricultura y la regeneración de la tierra destinada a zonas de cultivo. Las propiedades litológicas del terreno en el área marcada en el mapa establecen las condiciones físicas que permiten intensificar la explotación de recursos agrarios a través de prácticas de laboreo más intensivas. De ello se puede colegir la dimensión económica de la base litológica, habida cuenta de que los sedimentos citados, presentes en la formación del suelo, inciden directamente sobre el desarrollo de la principal actividad de subsistencia, la agricultura. Además, es la fuente de materias primas para cubrir necesidades básicas de la comunidad como la construcción de defensas y otras edificaciones. Por lo tanto, es un elemento central para las formas de producción y la articulación del poder. Con este enfoque se logra hacer una lectura económica complementaria a la de

estudios que han señalado el tránsito hacia un uso más intensivo del paisaje agrícola (Sanmartí, 2009a, 22; Sanmartí, 2009b, 64; Quesada-Sanz, 2017, 518), evaluando el papel de la litología y los recursos que proporciona en el cambio de modelo socioeconómico y otros aspectos de interés de la organización social.

5.9.5. La necrópolis del Puig de Serra: una tecnología de normalización

El espacio en el complejo arqueológico de Ullastret que mejor expresa la importancia de esta jefatura es probablemente la necrópolis del Puig de Serra. Fue descubierta en 1982 y estuvo en funcionamiento durante el S.V y el último cuarto del S.IV a.C. (Codina et al., 2016a, 480). El recinto funerario tiene 87 tumbas, todas incineraciones de factura bastante simple, si exceptuamos el enterramiento 9, que conservaba restos de una estructura de mampostería, y el 80, en el que su interior estaba recubierto de mortero blanco (Codina et al., 2016a, 481). No se encontró ningún *ustrinum* (Codina et al., 2016a, 481). La mayoría de sepulcros utilizaron las diaclasas para tallar ligeramente la roca natural, aunque hay un pequeño número en el que se excavó un hoyo en el terreno de forma troncocónica para depositar la urna cineraria (Codina et al., 2016a, 481). Los enterramientos fueron clasificados en tres conjuntos diferenciados, dependiendo de su tamaño, datación o la composición del ajuar. El primer grupo es el más pequeño, está formado por ocho individuos y pertenece cronológicamente al S.V a.C. El segundo agrupamiento está compuesto por 34 fosas y ha sido interpretado como un grupo gentilicio; junto a él fue hallado un *silicernium*, evidencias de ofrendas faunísticas y una gran cantidad de cerámica ática. Por último, se documentó una serie de sepulturas adscritas al primer cuarto del S.IV, en las que predomina la cerámica ibérica a torno (Codina et al., 2016a, 481 a 485). En el ámbito de la cultura material se debe destacar, por representar una contradicción de términos, la ausencia total de armas en un paisaje funerario vinculado a una jefatura con un *ethos* guerrero.

Partiendo de los planteamientos teóricos de Foucault sobre el poder, en especial de los conceptos de norma y normalización, se pretende realizar una aproximación al estudio del registro funerario desde esta perspectiva, con la finalidad de comprender algunas formas de implantación de la ideología y el poder en el desarrollo del modelo social. En el estado actual del debate, parece que la prerrogativa para recibir trato funerario estaba restringido a un segmento determinado de la sociedad, la aristocracia dirigente (Sanmartí et al., 2016, 123; Grau-Mira, 2019a, 157). Esta es una pauta normativa de orden sociocultural vigente en el mundo ibérico septentrional. De lo antedicho se deduce que posee rango de norma, posiblemente establecida por el poder (Foucault, 1978, 28; Foucault, 1980, 253). La ausencia en este espacio funerario de la mayoría de la población es de tal envergadura que ofrece una escala de medición para valorar la importancia y el hondo calado social de la norma en la sociedad ibérica.

Una constante en la obra de Foucault es la alusión a los conceptos de norma y normalización, aunque el trabajo clave donde se revelan con fuerza estas cuestiones es *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. La norma es un mecanismo para regular aspectos sociales del orden establecido que tienden a legitimar y consolidar la estructura de poder, para lo cual se requiere que se materialice la normalización; de ahí se deriva el vínculo entre "norma, normatividad y normalización" (Foucault, 1978, 28; Foucault, 1980, 253). En el marco teórico de las tecnologías de poder, Foucault desarrolló lo que denomina tecnología de normalización. Su funcionamiento es relativamente independiente de las normas que rigen la sociedad, de modo que puede impulsar sus propias estrategias y adaptar sus técnicas al contexto con el fin de obtener rédito político (Foucault, 1980, 250). En esa línea se enmarcaría la propuesta de análisis de la necrópolis, cuya expresión material es la manifestación de una realidad en la que se representan las formas de poder y

las relaciones de desigualdad. Pero además, la normalización permite construir patrones y reglas sociales conducentes al control de la población cuando se normaliza la exclusión, los procesos de jerarquización y la formalización de la estratificación (Foucault, 1978, 188). Surge así el poder de la norma, que se integra en un aparato más amplio compuesto por múltiples micropoderes (Foucault, 1978, 188).

Un número destacado de trabajos académicos han abordado, desde distintas perspectivas y con gran acierto, el proceso de cambio social y la evolución de la organización sociopolítica (Ruiz 1998, 2002, 2018; Sanmartí 2004, 2009a, 2009b, 2010; Grau 2007; Asensio et al. 2019; Belarte et al. 2020a y 2020b). Sin embargo, aún se puede abrir un nuevo frente de investigación para reflexionar y tratar de responder a la cuestión de cómo pudieron los aristócratas manipular ideológicamente al grupo social para imponer su modelo de sociedad jerárquica. A modo de síntesis, para la implantación del marco ideológico establecido se producen dos procesos históricos determinantes. En primer lugar, tal y como he sugerido, según el patrón funerario las formas igualitarias del Bronce Final se transforman en una estructura social de clan cónico segmentada en linajes de rango. En segundo lugar, poco después, en el transcurso de tres o cuatro generaciones, comienza a tomar cuerpo la etnogénesis de los indigetes y emerge una ideología en la que el poder de los ancestros se circunscribe a la élite dirigente (Roymans, 2004, 258). Sea como sea, esta reestructuración se opera sobre el sustrato cultural precedente. Pero para ello se requería poner en funcionamiento un procedimiento para naturalizar la creación del nuevo modelo simbólico-ideológico (Earle, 1991, 8). El método de acción para reorganizar las reglas de pensamiento religioso, si atendemos a las modificaciones del paisaje funerario, sería posiblemente mediante el establecimiento de una norma que permitiera al estamento hegemónico la manipulación y la apropiación del sistema de creencias y el rito de enterramiento, que hasta ese momento había sido comunitario. El relato material que mejor ejemplifica esta dinámica en el seno de la gens es el drástico descenso en el número de ámbitos funerarios.

Como bien sugirió Carneiro, nadie acepta sin buenas razones la imposición de una ideología ni un modelo de relaciones sociales de tipo jerárquico (Earle, 1991, 8). Este argumento lleva a suponer que es necesario ejercer la coerción o buscar fórmulas para alcanzar un nivel de aceptación suficiente como para posibilitar la incorporación de un sistema de valores en el nuevo orden. En la norma, que se origina en el marco del poder, subyace el propósito de normalizar el hecho de que solo el núcleo de más alto estatus tuviera derecho a la participación en el rito incinerador y demás formas simbólicas de la comunidad (Foucault, 1978, 188). Además, debió de adquirir rango de normalización, toda vez que imperó durante más de 400 años en el ámbito de la Cultura Ibérica del nordeste peninsular. Es, por definición, una herramienta ideológica que funcionó en la escala social porque se homogenizó y se estableció en el conjunto de normas y costumbres de la sociedad (Foucault, 1978, 189). La normalización de las prácticas funerarias es probable que se convirtiera en un instrumento de poder al servicio de la élite para perpetuar su estructura de dominación (Foucault, 1978, 189). Por otra parte, no cabe duda de que una función básica de la normalidad es establecer la gradación en la organización social (Foucault, 1978, 189). En el escenario estructural dibujado, la necrópolis de Ullastret es el espacio donde la normalización ideológica organiza jerárquicamente el acceso al mundo sobrenatural y legitima al grupo en la cúspide del ordenamiento político, reflejado en el escaso número de tumbas y en la existencia de un único ámbito de enterramiento en el paisaje (Foucault, 1978, 189). En ese sentido, puede ser considerada una tecnología de normalización tendente a normalizar la aceptación de la autoridad a través de un sistema normativo/coercitivo expresado en un lenguaje visible y legible para todos, y legitimar la supuesta relación privilegiada del estamento dirigente con las formas del mundo sobrenatural en la esfera de la religiosidad.

El cómputo de tumbas en Puig de Serra y la reducción tan dramática en el número total de lugares de enterramiento, hacen de este cementerio una forma de "materialización ideológica" en el paisaje, visible desde los dos *oppida* de Ullastret (Grau-Mira, 2019a, 148). Cuando el estamento dirigente impone su discurso de esta manera, dispone de uno de los recursos más efectivos para la "construcción del poder" (Grau-Mira, 2019a, 148). La necrópolis, por su vínculo con la religión y el pensamiento simbólico, permite llevar a la práctica planteamientos para hacer efectivo el reconocimiento del modelo ideológico y la articulación del orden jerárquico de la organización sociopolítica. El medio para sancionar estos procesos, aunque lógicamente no sería el único, pudo haber sido la norma funeraria. Pues como señala Foucault, es un código que conlleva la naturalización del poder y que en el momento en que se normaliza es aceptado por la sociedad sin conflictos ni tensiones sociales (Foucault, 1980, 106). Cabría, además, señalar que el porcentaje de cerámica ática en el yacimiento de Puig de Serra es superior al del Puig de Sant Andreu y la Illa d'en Reixac en la misma época (Codina et al., 2016a, 485). No sería por ello extraño presuponer la existencia de patrones de normalización en la esfera del comercio de bienes de prestigio y otras actividades económicas.

En última instancia, la intención de este análisis no es demostrar mi conjetura, sino más bien explorar el desarrollo de enfoques para responder a preguntas sobre cómo y por qué la sociedad acepta y asume una estructura ideológica que naturaliza las desigualdades y la estratificación. La norma, en el contexto de la Cultura Ibérica, puede en suma ser definida como la estrategia social de la élite, en el marco de las prácticas funerarias, para legitimar la naturaleza de sus privilegios.

5.10. La jefatura de Sant Julià de Ramis

La jefatura de Sant Julià de Ramis está compuesta por cuatro yacimientos. Dos necrópolis muy pequeñas, una situada en la montaña de Sant Julià, junto a la antigua iglesia parroquial, y la de el Pla de l'Horta. Y dos *oppida*, el de Sant Julià y el de puig d'en Rovira, en la Creueta (Quart). Sin embargo, se tiene noticia de otros yacimientos que podrían ser importantes, como el de Montilivi o el puig de Can Cendra, que no pueden ser adscritos a ningún horizonte cronológico porque no han sido excavados y por lo tanto no disponemos de datos, más allá de conocer su localización geográfica (Burch et al., 2012, 158). Consecuentemente, es posible que conforme avance la investigación haya que ir modificando la interpretación de aspectos tan importantes como el patrón de asentamiento, la estructura territorial o el modelo de organización sociopolítica de esta jefatura.

5.10.1. El oppidum de Sant Julià de Ramis

El asentamiento se encuentra emplazado sobre la cima de una montaña de 200 m de altitud que se eleva sobre el desfiladero del río Ter, por lo que goza de una situación geoestratégica excepcional (Burch et al., 2009, 5; Burch et al., 2012, 157). El yacimiento domina visualmente el único camino natural, formado por el curso del río Ter, que comunica la llanura de La Selva con la del Ampurdán (Burch et al., 2009, 10; Burch et al., 2012, 157). Casas ha sugerido que la ubicación del poblado probablemente responda a la intención de controlar esta vía natural, ya que en el entorno hay otras localizaciones mejores para fundar un poblado (Casas, 2007, 46). Y, de facto, como vimos con el modelo teórico de rutas óptimas, todos los caminos calculados con el SIG en dirección a este yacimiento coinciden en seguir el curso del río Ter a través de la llanura formada entre las Gavarras y la Garrotxa, que une el Ampurdán con este *oppidum* y

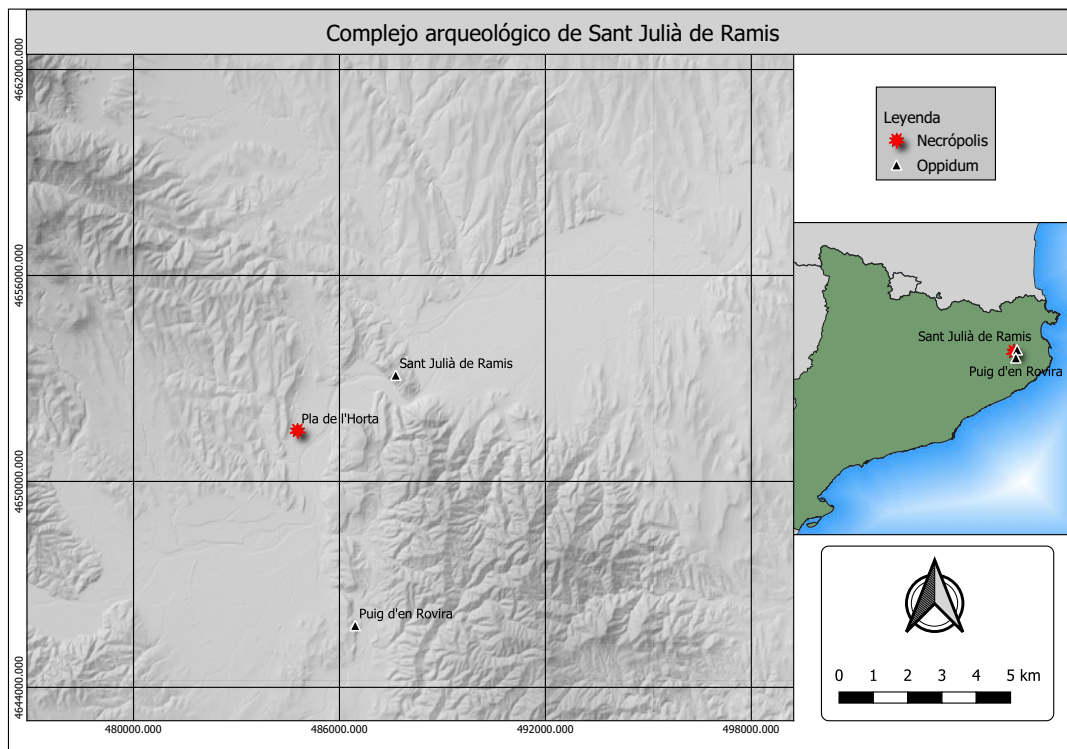


Figura 5.19: Complejo arqueológico de Sant Julià de Ramis

el desfiladero del río Ter. Controla, igualmente, la ruta que desde el interior de Cataluña se dirige hacia Ampurias, de modo que su posición espacial es de gran valor geopolítico.

Las excavaciones llevadas a cabo han permitido constatar que la montaña estuvo ocupada de manera intensiva desde mediados del S.VI a.C., puesto que se han datado estratos arqueológicos depositados sobre la roca natural que nos remiten a la segunda mitad de dicha centuria (Burch et al., 2001, 52; Burch et al., 2009, 36; Burch et al., 2012, 157). El yacimiento fue descubierto por Riuró y de Palol en 1932, que advirtieron que en el lugar había una gran cantidad de cerámica ibérica, hipótesis que fue corroborada por un sondeo posterior (Burch et al., 2001, 17). Se ha calculado que el primer poblado, antes de la reurbanización del S.V a.C. habría ocupado una superficie no superior en ningún caso a las dos hectáreas (Burch et al., 2012, 158).

5.10.2. Las defensas del oppidum y el primer trazado urbano

El relieve de la montaña, en especial sus pendientes abruptas, posibilita que el núcleo fortificado cuente con una defensa natural significativa (Burch et al., 2001, 16). También influyó en el desarrollo urbanístico y el del sistema defensivo, que en todas sus fases se adaptaron a la topografía del macizo (Burch et al., 2001, 69; Burch et al., 2012, 158). Hasta tal punto que las diferentes murallas, levantadas en distintos periodos, serán siempre construidas en niveles sobrepuestos (Burch et al., 2012, 158). El núcleo original del asentamiento, la zona 2, se emplaza en el extremo noroccidental, donde se localizaban las defensas del recinto con el objeto de proteger el punto de acceso más desprotegido (Burch et al., 2009, 36; Burch et al., 2012, 157).

La muralla, dado que la montaña disponía de una defensa natural bastante firme, se reducía a dos lienzos continuos, el occidental y el norte (Burch et al., 2009, 40; Burch et al., 2012, 159). Se trataría

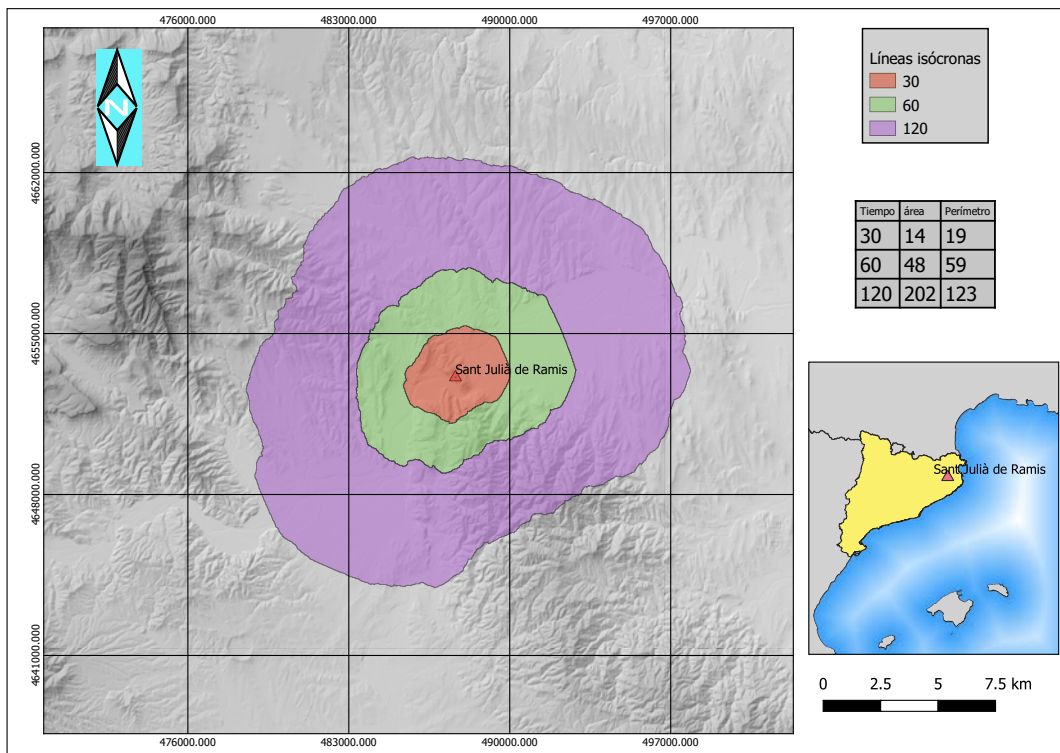


Figura 5.20: ACR de Sant Julià de Ramis

de una defensa modesta, con una muralla de barrera que protegía el acceso al sector urbanizado y que responde a los parámetros habituales de la poliorcética ibérica (Burch et al., 2009, 40; Burch et al., 2012, 159). El primer muro defensivo es bastante sencillo, tenía una estructura lineal que no contaba con bastiones ni torres (Burch et al., 2012, 159). Gracias al trazado de la muralla conservado y a la disposición de las unidades de ocupación excavadas en este sector, estructuradas en torno a dos grandes terrazas, se ha podido documentar la única puerta de acceso de esta fase histórica, que se limitaría a una apertura en el lienzo defensivo (Burch et al., 2009, 40; Burch et al., 2012, 159). La investigación ha podido confirmar que el sistema defensivo se vio afectado por la falta de estabilidad, el empuje de los sedimentos y las estructuras de habitación adosadas al lienzo de muralla (Burch et al., 2012, 161). Con el fin de solucionar el problema, a finales del S.V se va a producir una primera reforma (Burch et al., 2012, 161).

La reforma incorporó elementos constructivos más complejos y avanzados al aparato defensivo, mejorando su fisonomía. De entrada, se elevó la cota de acceso al yacimiento, unificando las dos terrazas de la primera fase en una gran explanada apostada a la entrada del asentamiento, con lo que se consiguió crear un único nivel de circulación (Burch et al., 2012, 161). Ello supuso la utilización de técnicas constructivas más sofisticadas que permitieron diseñar un sistema de acceso en ángulo de factura más elaborada, similar a los documentados en otros poblados indiketes como Pontós y Ullastret (Burch et al., 2012, 161). La reforma agregó una segunda novedad a la estructura muraria, una puerta secundaria, al este de la cual se erigió una plataforma de reducido tamaño con el objetivo de defenderla (Burch et al., 2012, 161).

El trazado urbano se articuló en función de un eje central adaptado a la topografía de la montaña, que se prolonga desde el extremo noroeste hasta la zona de la iglesia, que terminará definiendo el urbanismo del yacimiento (Burch et al., 2001, 69; Burch et al., 2009, 38). El resto de ejes viarios, situados en paralelo a la

vía principal, tuvieron que adaptarse a las condiciones del entorno y las terrazas escalonadas construidas para ubicar los bloques de viviendas, con lo cual no serían rectilíneos (Burch et al., 2001, 69; Burch et al., 2009, 38). Esto dibuja una estructura urbana con un trazado condicionado por las irregularidades del terreno (Burch et al., 2001, 69; Burch et al., 2012, 158). La forma y materiales empleados para construir los habitáculos son prácticamente idénticos a los de Ullastret. Las unidades de habitación son sencillas, disponen de una o dos estancias, con zócalo de piedra, alzado de adobes y un envigado de madera revestido con un entramado vegetal (Nolla, 2007, 192).

5.10.3. El Área de Captación de Recursos de Sant Julià de Ramis

En el análisis espacial del área de captación de recursos, uno de los métodos más consolidados para investigar la estrategia de elección del asentamiento y aproximarse a la superficie susceptible de ser empleada para la producción agraria, consiste en calcular los valores de la pendiente. Desde un punto de vista teórico, se considera que los terrenos con una pendiente inferior al 12 % son los más adecuados para las actividades agrícolas (García-Sanjuan et al., 2009, 171). Esta metodología presenta la ventaja, en comparación con otros procedimientos de estudio, que el relieve es uno de los elementos del medio natural que más estable se ha mantenido a lo largo del tiempo.

Para generar un mapa en el que la variable determinante sea la pendiente reclasificada, se han de seguir los siguientes pasos. En primer lugar, hay que crear un mapa de pendientes expresada en grados a partir de un MDT. A continuación se calcula la pendiente en porcentajes. Por último, mediante un simple proceso de álgebra de mapas realizado con la calculadora ráster, se obtiene una capa de salida en la que los valores próximos a 1 representan píxeles con una pendiente menor al 12 %. Con el fin de facilitar y enriquecer la interpretación, he calculado el área y el perímetro de las líneas isócronas en kilómetros cuadrados, como se puede observar en la figura 5.20.

Por las características orográficas de esta zona en particular, he estimado que un mapa con las pendientes reclasificadas era la elección más idónea para una aproximación al área teórica de captación. Con el propósito de valorar en toda su extensión los criterios de selección del emplazamiento y su marco territorial, he incluido tres variables en el análisis. La pendiente reclasificada, con miras a evaluar, aunque sea una modelización teórica, la capacidad de subsistencia y de producir recursos bióticos para el autoabastecimiento. La litología, para identificar la composición del suelo y la disponibilidad de georecursos, como la piedra caliza, utilizada en la edificación, las estructuras murarias y otros ítems. Y, por último, la defensa, de cara a definir con mayor precisión el role espacial del poblado.

En cuanto a las pendientes, es patente que el núcleo fortificado cuenta dentro de su área de captación con una proporción elevada de ellas que superan el desnivel del 12 %. La razón de ello estriba en su posición geográfica, situada entre dos sistemas montañosos. En el mapa se puede observar con nitidez que los rasgos del relieve delimitan la extensión de la superficie susceptible de ser utilizada teóricamente como tierra de labor. Las líneas isócronas revelan, en su conjunto, que solo hay dos zonas que reúnen las condiciones necesarias para practicar una agricultura de tipo intensivo, que se corresponden respectivamente con la llanura noroeste del Gironès y la planicie de Girona. El mapa de litologías confirma que en la composición del suelo de las 2 áreas con mayor potencial agrícola predominan los sedimentos ricos en nutrientes para la tierra, como limos, arenas, gravas y conglomerados. Se piensa, aunque las canteras no han sido documentadas, que los materiales empleados para la construcción proceden en su mayoría de las inmediaciones del asentamiento, concretamente de la base de la montaña (Burch et al., 2001, 69). Los

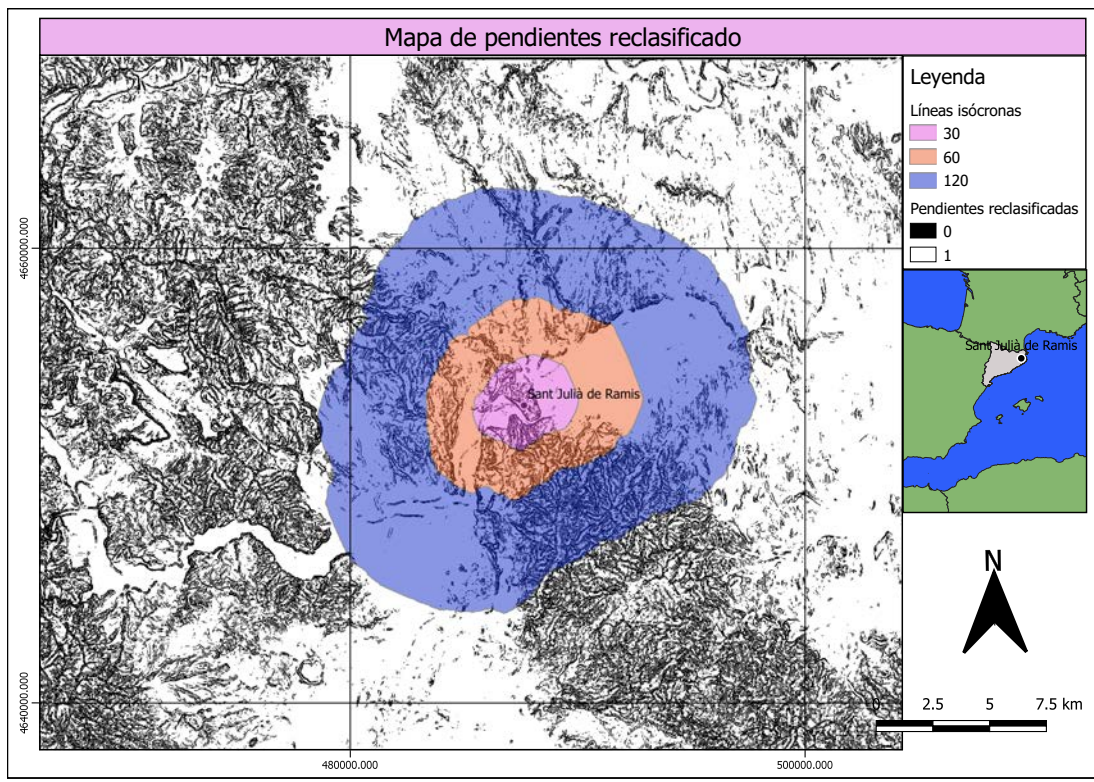


Figura 5.21: Mapa de pendientes reclasificado. Las zonas representadas de blanco se corresponden con pendientes inferiores al 12 %

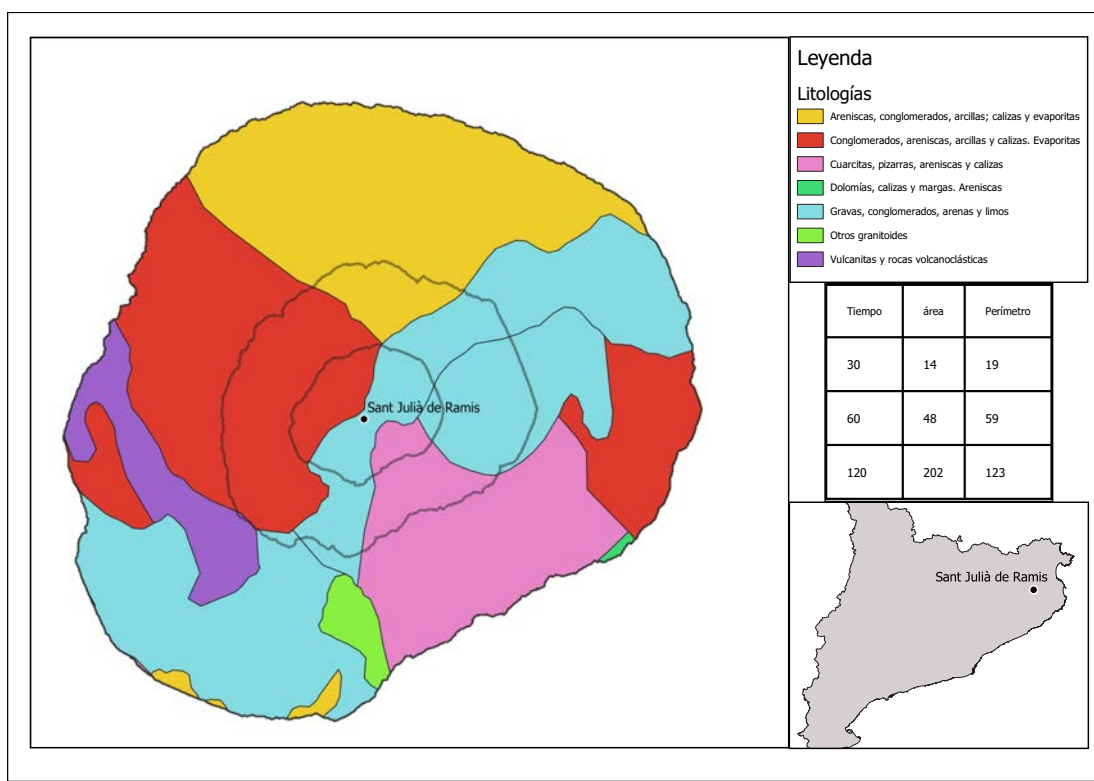


Figura 5.22: Litologías en el ACR de Sant Julià de Ramis

tipos litológicos que afloran en las proximidades del yacimiento corroboran esta aseveración. En el entorno inmediato del poblado se ha confirmado la presencia de areniscas y conglomerados, que habitualmente son la clases de piedras más usadas en este territorio para la edificación.

En el contexto territorial del *oppidum*, la elección del lugar para establecer el núcleo fortificado es consecuencia de una estrategia planificada en la que se le da preferencia a un punto elevado y ubicado en una posición dominante desde la que se controla visualmente ambas vertientes de la montaña (Burch et al., 2009, 5; Burch et al., 2012, 157). Es muy significativo en ese sentido que el núcleo fortificado este posicionado, precisamente, en el corredor que separa dos sistemas montañosos. El macizo de Sant Julià de Ramis es una barrera natural que se levanta en una de las principales rutas de acceso al territorio. Por estas causas, el rol político y espacial de este centro de ocupación parece ligado al concepto de defensa.

El análisis espacial llevado a cabo permite realizar una lectura teórica interesante. Lo primero que llama la atención en la escala micro es que la topografía del terreno en el área de captación tiene capacidad suficiente para generar cultivos y asegurar la subsistencia y las necesidades básicas de la vida, pero no parece la más adecuada para producir excedente cerealícola. A escala macro se repite el mismo patrón, por cuanto en el territorio político de la jefatura predominan las zonas montañosas, en las que grandes extensiones estarían pobladas por formaciones boscosas y suelos de uso forestal poco apropiados para las actividades agrícolas. Pese a lo indicado, la pretensión no es restar relevancia a los elementos económicos, sino más bien poner en su contexto la dimensión político-espacial del factor defensivo y su importancia para establecer la génesis del poblado. Por estas razones, de las tres variables evaluadas para abordar el área de captación y la estrategia de elección del asentamiento, la más relevante parece ser la defensa. Si este análisis es correcto, el papel de este poblado en la estructuración espacial del sistema de jefaturas es defender, potencialmente de los ausetanos, una vía de paso que conducía claramente al corazón del territorio tribal y a Ampurias. Este planteamiento revela la envergadura de una dinámica social en la que posiblemente la guerra y el conflicto desempeñan un papel clave en las relaciones interétnicas.

Dejando de lado los resultados, como ha señalado García Sanjuán, lo realmente interesante es destacar la capacidad de los SIG para dotar de más robustez e implementar metodológicamente el estudio del área de captación de recursos. Con ello se pueden abrir nuevas vías para indagar en el análisis espacial arqueológico y observar el impacto de fenómenos sociales como la defensa del territorio en el proceso de formación de la organización sociopolítica (García-Sanjuan et al., 2009, 172).

5.10.4. El oppidum de la Creueta

Este hábitat amurallado fue construido en la cima del Puig d'en Rovira, a 150 m sobre el nivel del mar y a tres kilómetros de la actual ciudad de Girona (Riuró, 1943, 117; Burch et al., 2010, 318). Por su emplazamiento geográfico y su cercanía al *oppidum* de Sant Julià de Ramis puede considerarse que forma parte de la misma organización sociopolítica. Con respecto al patrón de asentamiento de la jefatura propuesto en este capítulo, este yacimiento entraría dentro de la categoría de núcleo fortificado secundario. Al igual que Sant Julià de Ramis, se establece en una posición estratégica por su situación a la entrada del desfiladero del río Onyar. Este pequeño *oppidum*, cuya extensión ocupa una superficie aproximada de 2000 m² como mínimo, controlaba la vía de comunicación que unía la Depresión Prelitoral con el mar y comunicaba la llanura de Girona con La Selva (Burch et al., 2010, 318; Burch et al., 2012, 158). El asentamiento ha sido datado, en base a las importaciones áticas halladas en los estratos más antiguos, en la segunda mitad del S.V a.C. (Riuró, 1943, 130; Martín, 1994, 100). Por tanto se deduce que su fundación

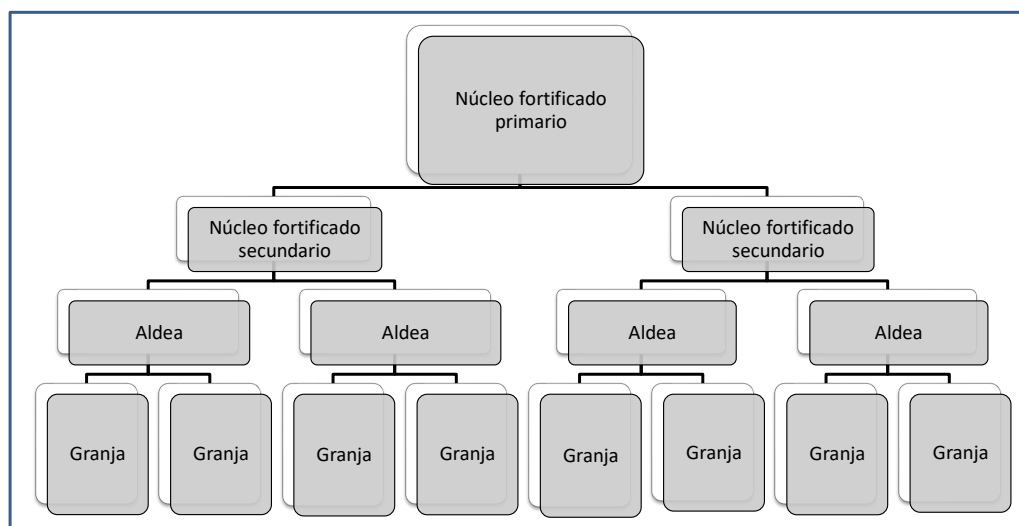


Figura 5.23: Patrón de asentamiento de la jefatura

fue posterior a la de Sant Julia de Ramis, núcleo fortificado primario de la organización sociopolítica. De la situación esbozada anteriormente se puede colegir que el rol político-territorial de estas fortificaciones, en el marco de la jefatura, habría sido el de apoyar militarmente a controlar el territorio, sus límites y las vías de comunicación.

El yacimiento fue sacado a la luz por Riuró y Palol en la década de los cuarenta. Ocupa un área considerable y está fortificado, aunque por falta de excavaciones se desconoce la estructura urbanística (Riuró, 1943, 119; Burch et al., 2010, 318). Sin embargo, parece que estaba organizado a partir de terrazas en las que se levantaron casas rectangulares con zócalos y muros de piedra, con suelos bien acondicionados y hogares de cocina (Martín, 1994, 101; Burch et al., 2010, 318). En la campaña realizada en 1943 se hallaron restos de lo que podría ser una torre y, además, se piensa que pudo haber una posible plaza (Martín, 1994, 101; Burch et al., 2010, 318). Solo se ha documentado y excavado un tramo de muralla que, dependiendo del sector, presenta una factura diferente, aunque se supone que recorría todo el perímetro del poblado porque se encuentra en la parte de la colina en la que el terreno es menos inclinado (Martín, 1994, 100; Burch et al., 2010, 318). De acuerdo a las diferencias técnicas observadas en la construcción del paramento de la muralla, en la que se distingue un trazado más rudimentario y otro con líneas y formas más regulares, se ha sugerido que su edificación se llevo a cabo en varias fases (Martín, 1994, 100; Burch et al., 2010, 318).

En cuanto a la cultura material, el hallazgo de ítems que puedan ser utilizados como fósil director para datar los estratos más profundos se reduce a cerámica griega y fíbulas (10 ejemplares), cuya cronología no se remonta más allá del S.V a.C. (Riuró, 1943, 130). Lo mismo sucede con la cerámica indígena blanca y oscura hecha a torno proveniente de las unidades estratigráficas inferiores, que han sido datadas a principios del S.V a.C. No obstante lo cual, Riuró sugiere que el origen del centro de ocupación podría ser anterior (Riuró, 1943, 131), aunque los materiales no permiten corroborar dicha aseveración.

5.10.5. Los espacios funerarios

En este territorio político se ha certificado hasta la fecha la presencia de dos ámbitos funerarios de reducidas dimensiones, uno emplazado en la cima de la montaña de Sant Julià de Ramis y otro en el Pla

de l'Horta. Sin embargo, la base documental no permite profundizar en su análisis más allá de alguna comparación con la de Ullastret, por la parquedad y carácter fragmentario de la información disponible.

Pla de l'Horta. Esta necrópolis fue excavada por Oliva en 1971 y datada por sus materiales a finales del S.VI a.C. (Burch et al., 2001, 132; Burch et al., 2010, 121). El espacio funerario confirma el uso del rito incinerador en este periodo histórico (Martín, 1994, 93; Burch et al., 2001, 43). El lugar de enterramiento estaba bajo una villa romana. La construcción de la vivienda rural romana y las edificaciones modernas afectaron enormemente a la necrópolis, motivo por el cual no se pudo determinar su estructura espacial ni la ubicación exacta de las sepulturas de fosa (Martín, 1994, 93). Las urnas cinerarias utilizadas para depositar los restos del difunto son de cerámica a torno, de orejetas perforadas y de pie alto (Martín, 1994, 93; Burch et al., 2001, 43). Sin lugar a dudas, el hallazgo material más relevante es parte de una hoja de espada de hierro hallada en superficie (Martín, 1994, 95).

Necrópolis de Sant Julià de Ramis. El horizonte fundacional de este pequeño conjunto funerario pertenece, en relación con los ítems hallados en un sector cercano a la iglesia parroquial, a finales del S.VI a.C. (Burch et al., 2009, 36; Burch et al., 2010, 121). No obstante, la necrópolis en sí aún no ha sido descubierta. Pero se infiere su existencia por una serie de materiales, encontrados fuera de contexto probablemente porque se vieron afectados por el proceso de remodelación del espacio construido llevado a cabo en el núcleo urbano durante el S.IV, específicos de enterramientos vinculados a la élite social (Nolla, 2007, 192; Burch et al., 2012, 158). Esta conjetura se apoya en el hallazgo de hebillas de cinturón de bronce, cuya tipología es característica de contextos de finales del S.VI, cerámicas griegas de occidente, un trozo de tela de lino decorada, piezas de collar y otros elementos significativos (Burch et al., 2001, 47-51; Nolla, 2007, 142).

La falta de contexto impide ahondar en el estudio del mundo y las prácticas funerarias. Se observa, empero, ciertas pautas comunes con la necrópolis de Ullastret, como su naturaleza aristocrática y su reducida extensión, sobre todo si consideramos que el número de sepulcros en Puig de Serra adscritos al S.V. a.C. es muy reducido, ocho individuos solamente. Parece, pues, imperar la misma norma en los tres ámbitos, lo que sugiere cierto grado de normalización en los cambios ocurridos en la estructura social y la aceptación, voluntaria o forzosa, del sistema de pensamiento y/o ideológico, mitos y genealogías inherentes al proceso de etnogénesis.

5.11. Mas Castellar de Pontós. Cambio y transformación política

Mas Castellar de Pontós es uno de los yacimientos arqueológicos mejor estudiados del territorio indigete. Hallazgos recientes han puesto de manifiesto que el primer hábitat de época ibérica se remonta a la segunda mitad del siglo VI a.C. (Asensio et al., 2017b, 124). Por otra parte, uno de los elementos que más destaca por su singularidad es de índole cronológica; este reside en la fecha de fundación del *oppidum*, posiblemente el último cuarto del siglo V a.C. (Asensio y Pons, 2016b, 154), pues rompe el patrón seguido por la mayoría de asentamientos amurallados, si exceptuamos el centro fortificado de la Creueta. Pero además, el panorama para interpretar la secuencia estratigráfica es complejo, debido a que en las campañas de excavación efectuadas entre 2011-2015 se documentó un edificio singular debajo de la torre del poblado, en el cual se realizó un sondeo que ha sacado a la luz estructuras de hábitat que cabe retrotraer hasta el periodo de eclosión de la cultura ibérica (Asensio et al., 2017b, 125); lo que enriquece aún más, si cabe, el análisis del conjunto arqueológico. Hay, por último, una consideración más que

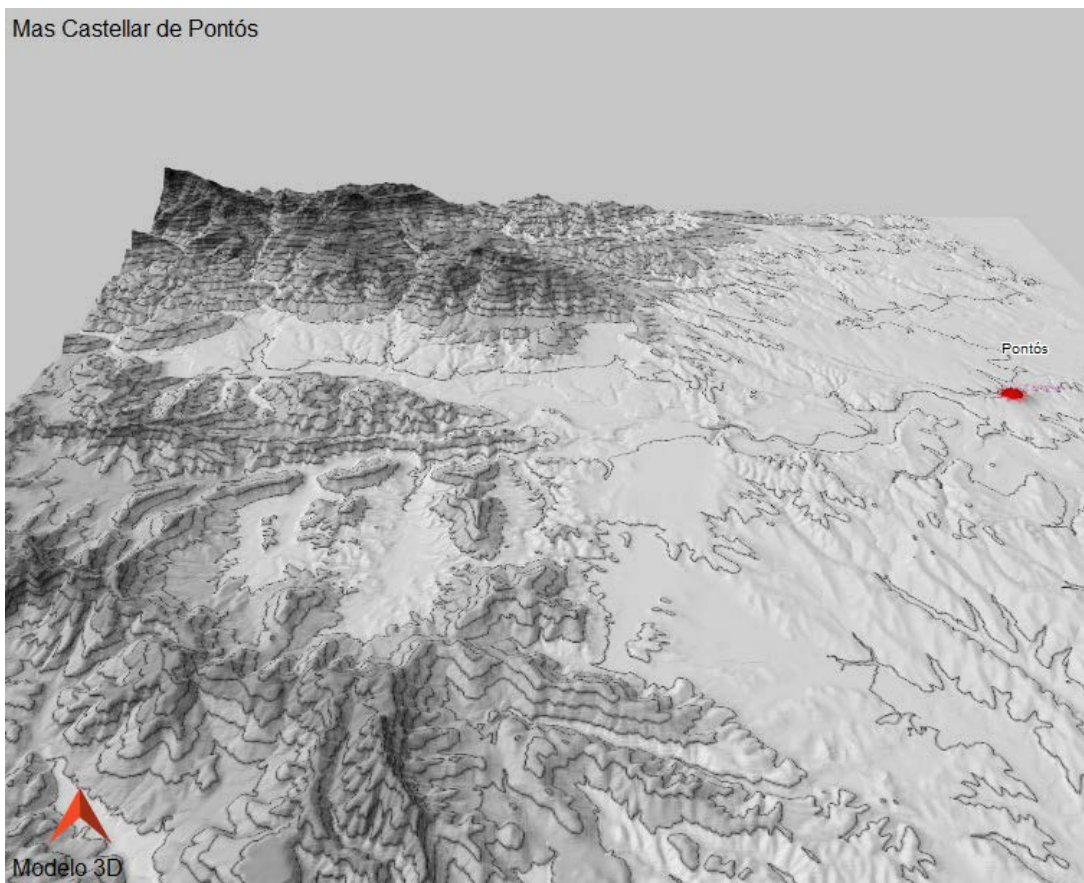


Figura 5.24: Mapa de Pontós

se desprende de lo bosquejado anteriormente. Esto es, la dificultad de analizar en términos políticos y sociales el núcleo fortificado. Quiérese expresar con lo dicho que se pueden plantear varias posibilidades de interpretación, en la medida que los datos sugieren una lectura abierta.

5.11.1. ¿Jefatura o núcleo fortificado secundario? Una cuestión debatible

El asentamiento amurallado de Pontós se fundó, aproximadamente, sobre el año 425 a.C. (Asensio y Pons, 2016b, 154). Si nos preguntamos qué motivó su edificación, una respuesta plausible, justificada por el examen de la territorialidad llevado a cabo en este capítulo, sería la de complementar la estrategia territorial defensiva perceptible en el paisaje social, protegiendo el flanco conformado por la cuenca hidrográfica del río Fluvià. Por tanto, en lo esencial, la construcción del poblado no afecta a la perspectiva territorial-paisajística implementada en páginas anteriores. Sin embargo, si cuestionamos cuál es su nivel de organización política, surgen como mínimo dos opciones que parecen factibles: la jefatura y el núcleo fortificado secundario. Todo ello, por supuesto, sin minusvalorar terceras vías.

Los principales planteamientos teóricos sobre el cacicato han puesto de manifiesto que su formación puede seguir dos líneas evolutivas distintas, aunque ello no excluye posibles caminos alternativos conducentes a la transformación de la organización sociopolítica. Como ha mostrado Carneiro en múltiples estudios, la jefatura se constituye cuando un grupo de aldeas autónomas, por medio de un proceso político, se unen en una entidad territorial y social superior a la aldea, que así cede su soberanía (Carneiro, 2002, 50 y 51). Con todo, en el capítulo precedente se analizó el poblamiento y las necrópolis en el área de

estudio y no se encontraron evidencias de núcleos rurales dispersos ni indicios de prácticas funerarias en el área geográfica de Pontós. Partiendo de un escenario conceptual distinto, la jefatura puede conformarse mediante mecanismos diferentes, como la integración, que se materializa a través de la promoción y la segmentación (Johnson y Earle, 2011, 45). En este proceso, la estructura social de clan cónico juega un papel fundamental en la tendencia a la fragmentación de la entidad política, que se produce cuando el linaje principal de una rama secundaria se separa y se organiza en una jefatura independiente (Johnson y Earle, 2011, 293). Como puede corroborarse, el cambio en la estructura social es uno de los factores clave para comprender el marco histórico posterior.

Existen suficientes razones para la lectura de los datos desde un punto de vista que permita formular inferencias relacionadas con pautas discernibles en el poblamiento. Cabría suponer, efectivamente, que este *oppidum* no es un cacicato sino un núcleo fortificado secundario según la propuesta de patrón de asentamiento de la jefatura. A favor de esta proposición se podría argumentar que, cronológicamente hablando, su fecha de fundación está más relacionada con la de el Puig d'en Rovira, S.V. a.C., que con el momento en que surgen las unidades sociales a mediados del S.VI a.C. Por supuesto, como decía hay evidencias de una ocupación anterior al establecimiento del *oppidum* (véase próxima sección). Pero la expresión en el paisaje social y la ordenación espacial de una organización sociopolítica con un esquema organizativo más complejo es, en este contexto, la fundación de este centro de poder local, que encaja en el marco defensivo que he diseñado mediante el uso de herramientas espaciales. Dentro del amplio abanico de formas políticas, por la cercanía a Peralada, con la que comparte campo visual, y las analogías entre ambos, que se manifiestan en la amortización simultánea de los dos yacimientos en el S.IV a.C., sería tentador identificar a Pontós como un núcleo secundario en la órbita de la geografía política de Peralada.

Reconociendo que cualquier aproximación es teórica, parece haber indicios legibles en el espacio que apuntan en dirección a la fragmentación de la estructura social de Peralada como posible origen de Pontós. Se atisba un patrón cronológico cuya expresión espacial en el paisaje social es la conformación de dos grupos de *oppida* que se definen por emerger en dos momentos distintos (contextos). Cabe por lo tanto imaginar que su fundación y papel político obedecen a causas diferentes. Por otra parte, hay indicaciones indirectas que sugieren una pauta espacial compartida por los poblados que surgen en el S.V. a.C., puesto que la Creueta y Pontós se emplazan en posiciones geoestratégicas desde las que controlar vías de acceso que teóricamente permanecían desprotegidas, como el desfiladero del río Onyar y la cuenca del río Fluvià. A su vez, resulta especialmente relevante que haya una línea de visibilidad entre Peralada y Pontós, lo que implica indirectamente algún tipo de relación entre ellos. Por esta razón tengo la sospecha, aunque no deja de ser un mero ejercicio hipotético, que resulta razonable pensar que cuando dos poblados están conectados visualmente es posible que formen parte de la misma organización social. Especialmente cuando la estructura visual dominante en el resto de asentamientos fortificados del territorio es, precisamente, la contraria. Este es un asunto, en todo caso, en el que habrá que esperar a disponer de más documentación antes de realizar una aproximación al papel político de este poblado.

5.11.2. El edificio singular

En la excavación llevada a cabo en 2012 en el área de la torre defensiva del *oppidum* se pusieron al descubierto los restos de un espacio habitacional de planta compleja, con acabados muy finos y compuesto por tres ámbitos domésticos de forma rectangular divididos en espacios con funciones concretas Asensio

et al., 2016a, 13. El conjunto arquitectónico, denominado ES516, ha sido datado a mediados del S.V a.C y definido por sus características urbanísticas como una estructura doméstica de corte aristocrático e influenciada por la edilicia griega (Asensio et al., 2016a, 42; Asensio y Pons, 2016b, 152; Asensio et al., 2017b, 125). Veamos en detalle qué ocurre aquí a través de la evidencia empírica.

La primera cuestión que merece atención es el sondeo realizado en la zona 33, situada en uno de los bloques arquitectónicos de la estructura ES516. Su importancia radica sobre todo en el hecho de que se ha podido constatar un patrón de ocupación claramente más antiguo de lo que inicialmente se pensaba (Asensio y Pons, 2016b, 152; Asensio et al., 2017b, 125). Con ello se ha puesto fin al hiato poblacional existente en el registro arqueológico, que abarcaba desde el final de la Primera Edad del Hierro hasta mediados del siglo V a.C. Debajo de la cimentación de la unidad ES516, la estratificación se articula por medio de la superposición de tres niveles. En el estrato superior se hallaron vestigios parciales de un muro vinculado a dos pavimentos. Por debajo de esta fase de ocupación yace un pavimento asociado a un hogar, lo que acredita la existencia de una unidad doméstica. Y, finalmente, la estratigrafía muestra bajo una densa capa de relleno lo que se sospecha que podría ser un depósito de agua (Asensio et al., 2017b, 124 y 125).

En la siguiente fase de la estructura de ocupación se erige un complejo doméstico con amplios espacios de habitación que destacan por la buena factura de las soluciones técnicas, entre las que cabe señalar el enlucido de paredes y la decoración con pintura roja (Asensio y Pons, 2016b, 152; Asensio et al., 2017b, 125). Según la lectura de sus excavadores, los datos permiten vislumbrar que se trata de una sola construcción con un trazado complejo y una planta que cubre una superficie superior a 220 m², dividida en tres bloques arquitectónicos; aunque no se puede descartar que conforme progresen los trabajos de campo se amplíe el área ocupada por el edificio (Asensio et al., 2017b, 125). El bloque central se compone de tres estancias y posee un espacio aproximado de 75 m², distribuidos de forma rectangular. Este sector no se ha excavado en toda su extensión. De momento no se ha documentado en ninguno de estos tres recintos estructuras de combustión. Sin embargo, en una de las estancias se halló una gran cantidad de carporrestos carbonizados y evidencias de un enterramiento infantil (Asensio et al., 2016a, 21; Asensio et al., 2017b, 125).

Al sur del bloque central se encuentra un espacio de 50 m², el ámbito número 5, donde subyace nítidamente una asociación estratigráfica entre los niveles de relleno y los de destrucción, puesta en evidencia por los restos de cenizas correspondientes a un incendio. En realidad, la mayor parte de los bienes recuperados estaban prácticamente cocidos por la acción del incendio o mostraban indicios claros de haber estado expuestos a altas temperaturas (Asensio y Pons, 2016b, 154; Asensio et al., 2017b, 125). El conjunto de materiales arqueológicos hallados ha sido definido por los excavadores como "absolutamente excepcional". La mayor parte de ellos son hallazgos de objetos metálicos de gran valor. Se han descubierto apliques metálicos de bronce asociados a sítulas y distintos tipos de contenedores, como calderos y cuencos. Además de ello, se han encontrado, aunque también en muy mal estado, elementos de la panoplia como puntas de lanza o jabalinas de hierro, a lo cual podría sumarse un fragmento de bronce de tamaño considerable que parece pertenecer al pectoral de una coraza (Asensio et al., 2017b, 125). La parte occidental de la construcción está formada por el recinto 4, que se compone de dos departamentos. Su dimensión actual es de 50 m², pero hemos de tener en cuenta que resta por excavar parte del espacio habitado. Aquí interesa destacar la alta presencia porcentual de la vajilla fina de importación, en especial los vasos áticos, habida cuenta que se han documentado hasta la fecha casi un centenar de ejemplares

(Asensio y Pons, 2016b, 154; Asensio et al., 2017b, 126). El lector encontrará una relación detallada del catálogo de cerámicas en Asensio et al., 2016a, 2017b, y Asensio y Pons 2016b.

¿Cómo plantear la interpretación? Aquí no es posible ofrecer una respuesta uniforme, ni articular precisiones en lo que respecta a los niveles de integración sociopolítica, en algunos casos por la falta de contexto y en otros porque los indicios permiten abordar el análisis de múltiples formas. Aunque ello no es óbice para tratar de avanzar un poco en la línea de argumentación. Vayamos, pues, por partes, de lo que desconocemos a lo que conocemos. En lo referente a la fase más antigua (IIa), el registro empírico se circunscribe a los datos obtenidos en un único sondeo, lo que obliga a ser cautos por el desconocimiento que tenemos de ella (Asensio et al., 2017b, 135); pues no sabemos con certeza, por citar un par de ejemplos, si se trata de una unidad de aldea o de un espacio agrícola con una o dos granjas de campesinos. En lo concerniente al complejo edilicio 516, lamentablemente la cuestión de su función social es un aspecto que permanece sin resolver, básicamente por el limitado conocimiento sobre puntos clave, como si se trata de una unidad constructiva aislada en el paisaje social o bien está integrada en un conjunto más extenso (Asensio et al., 2016a, 40-43; Asensio et al., 2017b, 135). Esta es una línea de investigación abierta que habrá que desarrollar más adelante, conforme avancen los trabajos de campo.

Por otra parte, como ya adelantamos, en el edificio 516 se manifiesta un mosaico de rasgos, tanto a nivel de cultura material mueble como arquitectónicos, que permiten identificarlo como una forma residencial aristocrática (Asensio y Pons, 2016b, 154; Asensio et al., 2017b, 136). A dicho argumento hay que añadir el elevado peso en datos porcentuales de las cerámicas de importación, que representan el 56,5 % del total, y el enorme volumen de vasos para beber, que acertadamente ha llevado a proponer la celebración de banquetes competitivos (Sanmartí, 2004, 18; Asensio et al., 2017b, 136). Esto es, cerámicas destacadas que muestran el rango de los residentes de la casa.

El registro permite hacer frente a otra cuestión que es metodológicamente aconsejable analizar, la filiación. Para desentrañar este punto se me ocurren dos análisis para valorar la evidencia desde el punto de vista de la identidad espacial y desarrollar la argumentación en la medida de lo posible. Aquí pienso que el argumento de mayor peso es el hallazgo de un enterramiento infantil en una de las estancias de la unidad doméstica. Este tipo de tratamiento de la muerte es una práctica funeraria que, cuando menos, habría horrorizado a un individuo culturalmente griego. Para dibujar con precisión a qué me refiero, es esencial tener en cuenta que el enterramiento, más concretamente el tipo al que pertenece y cómo se relaciona con el presente a través de su contexto de uso cultural, permite hacer una aproximación a la etnogénesis y la etnicidad, es decir, puede ser considerado un marcador étnico (Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 227; Ruiz-Zapatero, 2014, 45).

El siguiente elemento material que me parece relevante destacar para la discusión es el lote de armas. El armamento no solo es una expresión de estatus y rango, sino que es un indicador primario de la identidad, especialmente la del grupo social dominante en una sociedad de jefatura, el colectivo de guerreros, como muestra la deposición de armas en tumbas (Ruiz-Zapatero, 2014, 41). La situación esbozada anteriormente admite otras posibles lecturas. Cabe indicar que la composición del armamento transmite la idea de pertenencia a un personaje para el que la actividad bélica es una práctica habitual de prestigio y una función social, lo que nos remite a un escenario en el que los valores guerreros definen al grupo dirigente, como en el caso de la organización sociopolítica indígena; mientras que las convicciones e ideales de la élite social ampuritana serían de índole comercial, puesto que el emporio comercial Mediterráneo es básicamente una comunidad de comerciantes con otro tipo de intereses (Dietler, 2018, 231). De hecho,

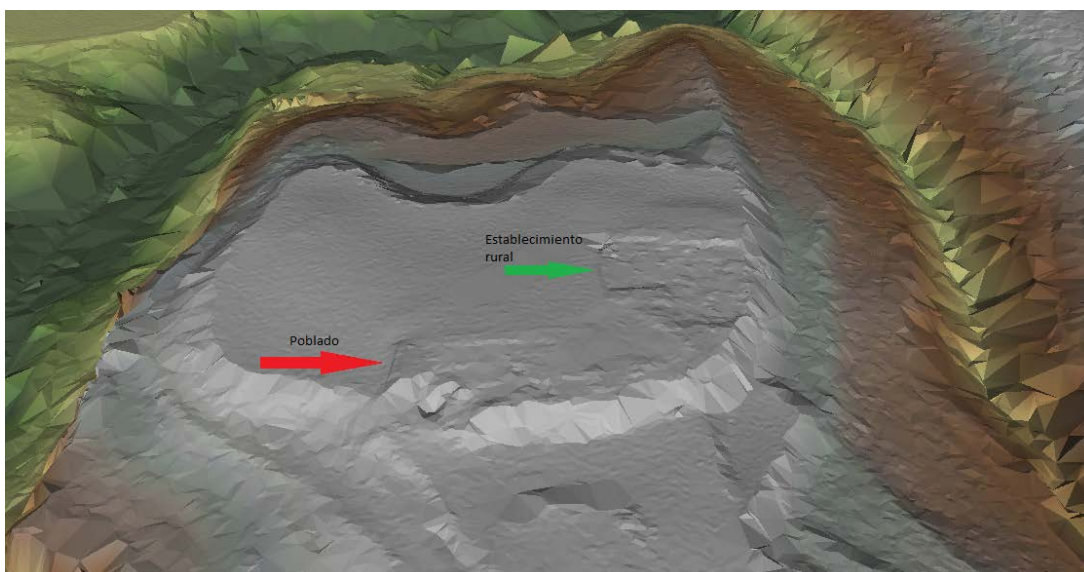


Figura 5.25: Imagen 3D del Camp de Dalt, obtenida a partir de datos LIDAR procesados con el software FugroViewer

es bien conocido que en el siglo V a.C. Ampurias no estaba ni siquiera fortificada. Hay, por último, un dato más para reflexionar, el abandono de las armas en un nivel de destrucción. El armamento es un bien de prestigio social con un elevado valor económico (metal) y altamente apreciado en la sociedad, por lo cual siempre que se puede se recicla para su posterior utilización. Por ello, la relación estratigráfica del abandono de las armas con el contexto claro de destrucción podría tomarse, aunque sea de modo provisional, como indicativa de un posible conflicto social o político de naturaleza interétnica, que se desarrolla en el marco de la estructura social indígena. Aunque, en todo caso, el registro no permite de momento adentrarnos en esta cuestión.

En resumen, la evaluación de estos marcadores arqueológicos, identificativos de etnicidad y estatus, dibuja un código con unos rasgos y prácticas culturales propias del modelo de sociedad ibérica. Con todo, resta por aclarar una parte importante del registro arqueológico, puesto que siguen existiendo más incertidumbres que certezas. Eso sí, la construcción del poblado fortificado inmediatamente después de la amortización del edificio 516, permite apuntar que se habría operado una transformación política de gran calado, como resultado de la cual cambia la conceptualización del espacio y por tanto el modelo de relación con el paisaje.

5.11.3. Anatomía urbanística del poblado fortificado

El poblado se corresponde con la fase III del yacimiento (425-375 a.C.). Se encuentra ubicado sobre una plataforma elevada denominada Camp de Dalt (Asensio y Pons, 2009, 271; Asensio et al., 2010, 107). Se ha excavado una pequeña parte del sector occidental de la fortificación, situada en el área de más fácil acceso al poblado (Asensio et al., 2007, 101; Asensio et al., 2010, 107). Por ello se desconoce su configuración interna y su extensión exacta, aunque se piensa que ocupaba el área meridional de la llanura superior (Asensio et al., 2007, 101; Asensio et al., 2010, 106). El fuerte desnivel entre el Camp de Dalt y el Camp de Baix, ha llevado a suponer que se debe a la presencia de un foso defensivo (Asensio et al., 2010, 106). Sin embargo, como se puede apreciar en la figura 5.25, no parece haber, en principio, evidencias de una estructura negativa que se pueda relacionar con un foso. Más bien da la impresión de

tratarse de un accidente natural debido al desnivel existente entre las dos zonas. En cualquier caso, las lecturas obtenidas a partir de datos LIDAR son únicamente una primera aproximación a una realidad que se debe corroborar mediante trabajo de campo.

La puerta de entrada al asentamiento y las defensas se sitúan en la zona de más fácil acceso al Camp de Dalt (Asensio y Pons, 2009, 272; Asensio et al., 2010, 107). El aparato defensivo está formado por una torre rectangular y un conjunto de defensas avanzadas que delimitan un pasillo de entrada por el que se accede al núcleo fortificado (Asensio et al., 2010, 107). La torre es de dimensiones considerables, concretamente 11,50 m de largo y 7 m de ancho, y buena factura. Esta construida con grandes bloques esculpidos en sus ángulos y es maciza, habida cuenta que se documentó un relleno compuesto de tierra y piedras de diversos tamaños (Asensio y Pons, 2009, 274; Asensio et al., 2017b, 126). La factura de la torre es de influencia mediterránea y se ajusta a los criterios metrológicos de los modelos defensivos griegos (Asensio y Pons, 2009, 274). Los dos tramos de muralla, el meridional y el occidental, convergen en el punto donde se edificó la torre, que protege el corredor que comunica con el interior del núcleo fortificado (Asensio et al., 2017b, 126). Delante de la muralla meridional hay una estructura de piedra que discurre en paralelo a una distancia de 4 metros, conformando un pasillo que se estrecha a medida que se avanza hacia el interior (Asensio et al., 2010, 107-108; Asensio y Pons, 2016b, 154). En este pasadizo se documentaron dos puertas, la A, que se encuentra cerca de la entrada y la B, que se emplaza al final del corredor, justo en el punto en el que se accede al poblado (Asensio y Pons, 2009, 275; Asensio et al., 2010, 107-108). Los elementos de defensa avanzados recuerdan el modelo de la puerta 4 del Puig de Sant Andreu (Asensio y Pons, 2009, 275).

En lo que respecta a el trazado urbano, en lo esencial se desconoce su anatomía interna, porque solo se ha excavado una isla de casas adosadas a un tramo de la muralla meridional y un espacio abierto (posible patio) por el que supuestamente se accedía a la torre (Asensio et al., 2010, 108). Las estructuras de habitación son de factura más bien simple, con una única estancia de forma alargada y tendencia rectangular (Asensio et al., 2010, 108). En su interior se encontraron evidencias significativas de numerosos equipamientos domésticos, como hogares, un banco corrido, agujeros para postes y fosas (Asensio et al., 2010, 108-109). Los materiales empleados para la construcción de esta hilera de casas son prácticamente los mismos que los ya descritos en otros yacimientos, por lo que no voy a incidir de nuevo en ellos.

Si bien no contamos con una datación exacta del momento en que se erigen el aparato defensivo y la puerta de entrada al poblado, sí que se ha podido determinar con precisión el momento de su amortización, sobre todo gracias al hallazgo de un vertedero en el nivel de circulación del corredor de acceso al asentamiento (Asensio et al., 2007, 103; Asensio y Pons, 2009, 278). El vertedero ha aportado numerosos materiales de importación que han facilitado la datación de la fase en la que la puerta de entrada deja de estar en funcionamiento. Predominan, en el grupo de la vajilla fina, las cerámicas áticas de figuras rojas y de barniz negro, entre las que se distinguen por su número los skyphos (Asensio y Pons, 2009, 278). También destaca un notable conjunto de cerámicas de pasta clara de procedencia griega occidental (Asensio y Pons, 2009, 281). En el grupo de los recipientes anfóricos el repertorio más relevante es el lote compuesto por ánforas púnico-ebusitanas y en menor medida las púnicas centro-mediterráneas. Los envases anfóricos de origen griego son numéricamente más representativos que la media habitual en el resto de yacimientos indiketes (Asensio y Pons, 2009, 281). En general, los materiales de importación sugieren una amortización del aparato defensivo y la puerta de entrada en el periodo de transición situado entre finales del S.V y principios del S.IV a.C. (Asensio y Pons, 2009, 281).

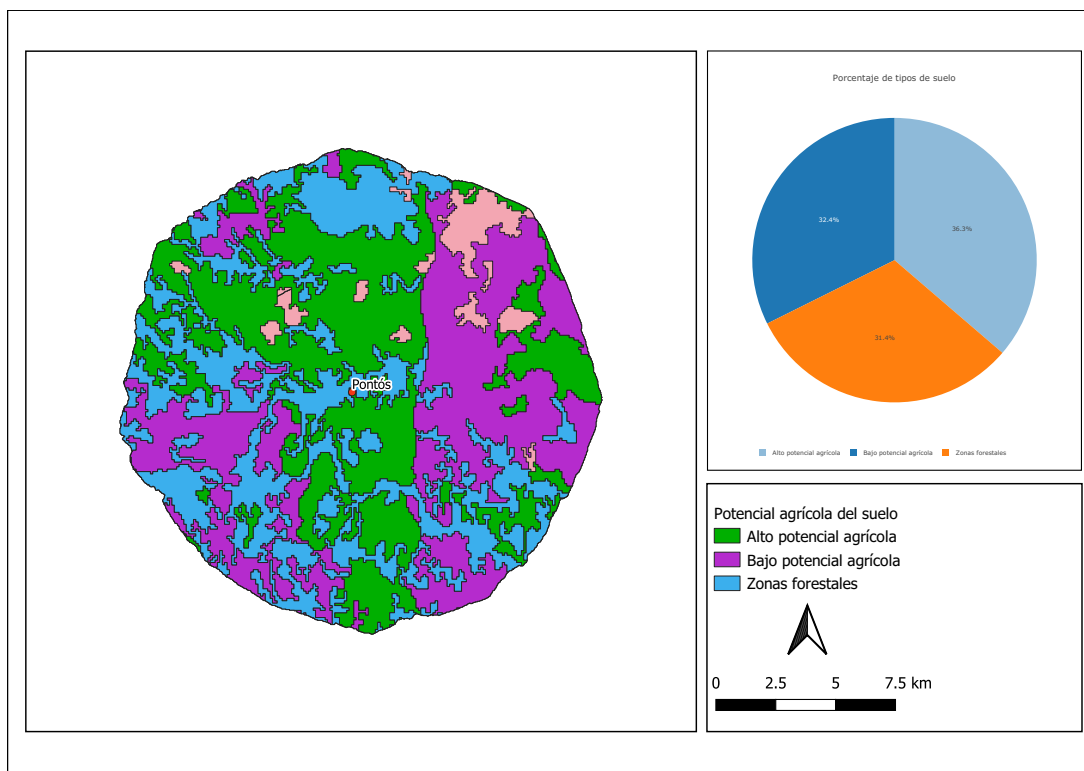


Figura 5.26: Área de Captación de Recursos con el tipo de suelo y el porcentaje de cada uno de ellos

5.11.4. El Área de Captación de Recursos y el modelo agrícola

El cultivo más representativo del paisaje agrícola de la Indiketia es el de los cereales, entre los que destacan la cebada y el mijo por el número de carporrestos encontrados en los poblados indígenas, y las leguminosas, como los guisantes, las habas y las lentejas (Canal, 2002, 463; Burch et al., 2010, 15). El registro arqueobotánico se complementa con otros productos documentados en menor medida, como frutos secos y frutas, entre las que cabe señalar las avellanas, higos, bellotas, la uva y la aceituna en Ullastret (Canal, 2002, 461; Burch et al., 2010, 15). Los estudios arqueozoológicos han puesto de manifiesto, igualmente, el desarrollo de actividades ganaderas y ha permitido disponer de información acerca de la diversificación de especies y la importancia de los diferentes taxones. Sobresalen por su relevancia los ovicápridos, seguidos de los suidos, los bóvidos y en menor grado los équidos, canes y gansos (Burch et al., 2010, 15). Como se puede apreciar en la figura 5.26, aunque es una aproximación a nivel teórico, el porcentaje de tipos de suelo y su potencialidad agrícola está bastante equilibrada, de lo que se deduce que el ACR de Pontós es apta para la práctica de tareas agropecuarias y la actividad cinegética en zonas forestales. Además, facilita la obtención de leña para diversos usos, como la edificación y la alimentación de hornos de cerámica y metalúrgicos.

El taxón agrícola mejor representado en todos los yacimientos del territorio es el de los cereales. El inconveniente para profundizar en su estudio es que contamos con muy pocos conjuntos cerrados (Canal, 2002, 462); no obstante, se han documentado algunos en el Puig de Sant Andreu, en el estrato 7A, en el sector 4B del edificio singular de Pontós, y en el vertedero AB38 y la estructura de combustión ES19 del poblado fortificado de Pontós (Canal, 2002, 458; Asensio et al., 2016a, 37). El problema principal reside en el hecho de que es muy difícil determinar, debido a la calidad de los datos, si se trata de monocultivos o cosechas pluriespecíficas. Sin embargo, el hallazgo de dos conjuntos cerrados en los que predomina

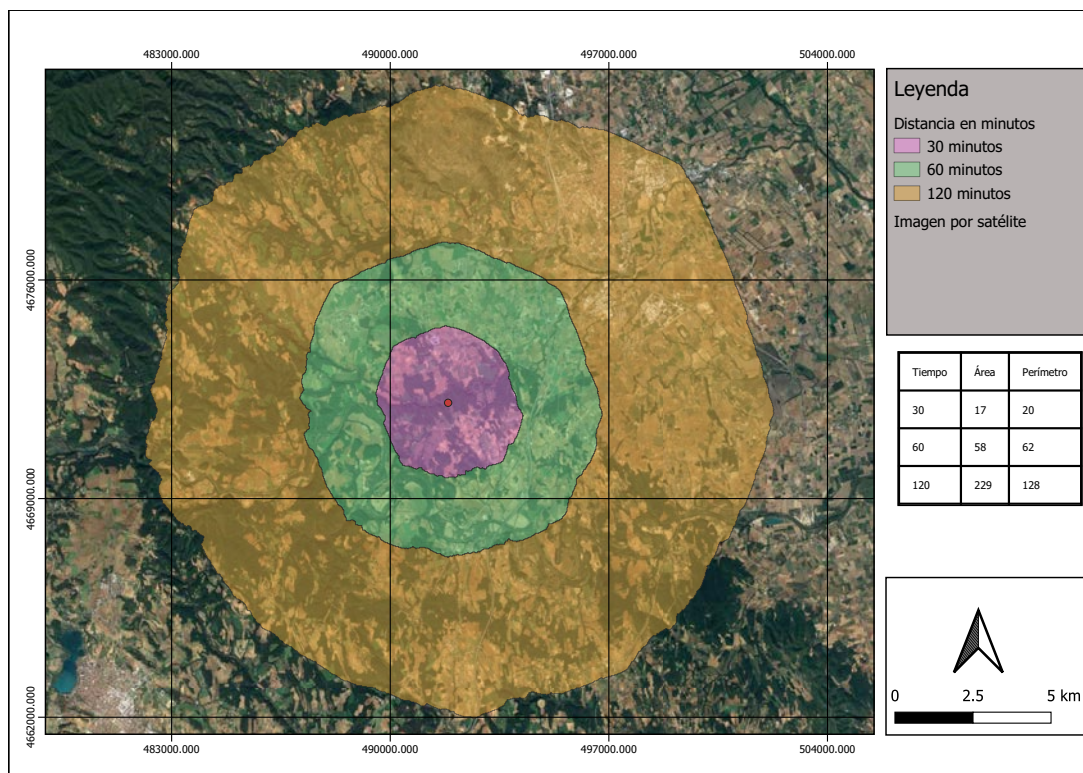


Figura 5.27: Área de Captación de Recursos de Pontós con el área y el perímetro en kilómetros cuadrados

el mijo, uno en la estructura ES19 y otro en el exterior del edificio singular, sugiere que provienen inequívocamente de un campo de cultivo plantado específicamente con mijo (Canal, 2002, 462; Asensio et al., 2016a, 37).

En el territorio de Pontós los dos taxones mejor representados son la cebada, que se siembra en invierno, y el mijo, que es el cultivo de primavera más significativo (Canal, 2002, 462). El problema es que ambos granos, debido al clima benigno del Ampurdán, pueden plantarse tanto en una estación como en la otra (Canal, 2002, 462). Independientemente de esto, parece que el mijo y los cereales de primavera tuvieron un gran peso y están plenamente integrados en el modo de explotación cerealístico (Canal, 2002, 462). La segunda gran cuestión a debatir, para la que de momento solo se puede especular y recurrir a referencias etnográficas a través de las fuentes clásicas, es determinar el modelo de agricultura desarrollado durante el Ibérico Antiguo (Canal, 2002, 464). Básicamente se plantean dos opciones, el ciclo corto de tipo bienal o el método de rotación de cosechas característico del ciclo trienal, aunque se reconoce que la segunda opción no debió de ser común antes de la Edad Media (Canal, 2002, 464). La opinión generalizada es que el ciclo corto parece más adecuado para la producción de excedentes, pues permite gestionar los campos de manera más eficiente (Canal, 2002, 462). Según Canal, tanto en Pontós como en el resto de asentamientos indiketes, la agricultura cerealística pudo fundamentarse en monocultivos de invierno, en los que predomina la cebada, pero complementado con cereales de primavera, leguminosas y la arboricultura (Canal, 2002, 462). Esta lectura de los datos parece confirmada por las fuentes literarias. Estas indican que en la Grecia clásica las prácticas agrícolas se basaban en el ciclo bienal y el monocultivo de cereales de invierno (Canal, 2002, 464). Una situación análoga se encontraron los comerciantes y colonos griegos en la Galia, donde se observa la misma tendencia e idénticas cosechas cerealícolas (Canal, 2002, 464).

Cabe por último reconocer que el debate sobre las formas de producción agrícola está lejos de estar cerrado. Habrá que esperar a disponer de más datos arqueobotánicos para dibujar escenarios que permitan clarificar este panorama con argumentos más sólidos que los ofrecidos en esta sección.

5.12. La jefatura de Peralada

Resulta complicado analizar con precisión y detalle el *oppidum* de Peralada. Las razones son varias. La más acuciante es la carencia de datos, consecuencia directa de la falta de excavaciones y su localización, pues el poblado fortificado se encuentra justo debajo del núcleo habitacional de Peralada. Esto último ha condicionado que se pudieran realizar trabajos para profundizar en el conocimiento del yacimiento. En realidad, en comparación con el resto de asentamientos del territorio, es el menos conocido. De conformidad con lo comentado anteriormente, la principal fuente de información la constituyen, posiblemente, los datos espaciales. En concreto la ubicación, la distancia y la visibilidad, que permiten llevar a la práctica una aproximación teórica a la función de Peralada en el paisaje social y su papel defensivo central en el sistema de jefaturas indigetas.

Según las cronologías que se manejan, el núcleo fortificado es fundado en un momento indeterminado a finales del S.VI a.C. (Casas et al., 2011, 6). Las estructuras de habitación más antiguas nos remiten, de hecho, a este horizonte cronológico, en un contexto en el que la Cultura Ibérica se está formando (Casas et al., 2011, 6). Sin embargo, la presencia de la necrópolis, cuya datación se remonta al último cuarto del S.VII, induce a presuponer algún tipo de continuidad en el poblamiento. El *oppidum* es abandonado durante el S.IV a.C., aunque hay evidencias de una reocupación del lugar en el S.III a.C., posiblemente una granja o una aldea rural vinculada a un campo de silos (Burch et al., 2010, 211).

Rol espacial: el centro de hábitat se encuentra emplazado sobre una suave colina, de unos 25 metros de altitud, situada en la llanura del Alto Ampurdán, justo en el sitio donde se juntan los ríos Orlina y Llobregat (Linàs-Pol et al., 1998, 9; Casas et al., 2011, 5). Se ubica por lo tanto en un enclave geoestratégico desde el que domina un vasto territorio y los pasos pirenaicos que comunican el Ampurdán con el sur de la Galia (Casas et al., 2011, 5). El cálculo de la cuenca visual confirma, de facto, esta aseveración. Objetivamente, como se puede observar en la figura 5.2, el polígono Thiessen de Peralada es el que ocupa un área de mayor tamaño. Se ha calculado su superficie teórica con herramientas SIG y es aproximadamente de 833 kilómetros cuadrados; mientras que en la figura 5.7, el dominio visual del asentamiento alcanza para controlar posiciones claves como los pasos naturales de la Sierra de la Albera, entre ellos el coll de Banyuls. De ello se infiere que la estrategia de elección del poblado no se debe a criterios aleatorios. Más bien da la impresión de responder a principios defensivos, lo que implicaría un elevado grado de coordinación entre *oppida* en materia territorial y la consolidación de una organización sociopolítica de tipo jefatura en Peralada.

Lo que más llama la atención en la construcción teórica del territorio es su extensión. Cabe, pues, preguntarse a qué se debe esta supuesta anomalía. Aun a riesgo de simplificar, un primer dato que de forma taxativa salta a la vista es que la cuenca hidrográfica formada por los ríos Orlina y Llobregat es, con diferencia, la más extensa de la zona de estudio. En la observación de la estructura de poblamiento, para la que se han aplicado diversas técnicas y métodos de análisis espacial, se ha identificado el área de influencia de los centros fortificados con los límites naturales marcados por las unidades fisiográficas. Por lo tanto, desde la perspectiva diacrónica desarrollada para analizar la articulación del espacio, sería lógico suponer

que la organización espacial del ámbito de Peralada fuera, en términos de área geográfica, la realidad político-territorial que cuenta con una mayor superficie en la Indigecia. Esta definición del territorio es, además, coherente con el registro funerario. A saber, la mayor necrópolis de la Primera Edad del Hierro, la de Agullana, junto a la propia de Peralada, se ubican en este espacio físico. Es cierto que los trabajos de investigación aún no han podido desvelar la localización exacta de los núcleos de habitación asociados a estas necrópolis. Pero se podría conjeturar, considerando la distancia entre Agullana y Peralada, que debió existir un poblamiento disperso significativo, lo que permite señalar la posible existencia de una división espacial con una elevada extensión territorial.

Otros aspectos que merecen ser tomados en consideración son la ubicación y el control visual sobre su entorno, factores que están entrelazados. Con el análisis de visibilidad se ha podido desvelar que el patrón de asentamiento no es casual, sino que parece guardar una estrecha relación con el dominio visual de a) los pasos en la Sierra de la Albera b) las tierras y el paisaje que dominaba y c) la depresión de los ríos que bajan del Pirineo. El último apartado es especialmente relevante para esta discusión. Sugiere de forma inequívoca que el *oppidum* controlaría (defendería) todas las rutas de acceso al Alto Ampurdán que discurren paralelas al cauce de los principales cursos fluviales, como se puede observar en la figura 5.7. Por ello, según el patrón de visibilidad, es teóricamente asumible que el territorio político de Peralada ocupará una superficie notablemente superior a la del resto de *oppida*, expresión de su función social defensiva.

Evidencias del aparato defensivo y el hábitat: no es posible definir con suficiente precisión cómo era el sistema defensivo, ni mucho menos el urbanismo, debido a la ausencia de datos en ese sentido. El motivo principal es que se han hecho varias intervenciones en puntos concretos, como en Costa del Rector, las plazas Gran y Ramon Muntaner o el antiguo convento de Sant Bartomeu de Bell-Lloc, pero hasta la fecha no se ha podido excavar en extensión por razones obvias, lo que dificulta la interpretación del complejo arqueológico. Los estratos más antiguos del convento, con materiales cerámicos y estructuras de habitación, han sido datados a finales del S.VI e inicios del S.V a.C. (Llinàs-Pol et al., 1998, 42). Debajo del sistema defensivo medieval se hallaron evidencias de la fortificación ibérica (Llinàs-Pol et al., 1998, 22). En la zona 1 del convento se identificó una estructura muraria que por sus dimensiones parece pertenecer al aparato defensivo (Llinàs-Pol et al., 1998, 51). No se documentaron restos en la parte exterior del muro, lo que coincide con el desnivel natural del collado. Por tanto se piensa que el hábitat estaría concentrado en la zona de la plaza Muntaner y Costa del Rector, esto es, en la parte más elevada de la colina (Llinàs-Pol et al., 1998, 51 y 52). No se ha registrado ninguna batería de casas, espacio público o calle, motivo por el que se desconoce el aspecto del trazado urbano. En los trabajos llevados a cabo en la denominada casa de les Bombes se puso al descubierto una estructura negativa de grandes dimensiones, excavada en el subsuelo natural de la zona 1 y con una profundidad aproximada de 2.5 m (Casas et al., 2011, 10). Aunque se ignoran sus límites y fisonomía, se cree por su ubicación que pudo formar parte de un foso defensivo por su localización al pie de la colina, en el área de más fácil acceso al poblado (Casas et al., 2011, 10). Sin embargo, al no haberse excavado en extensión se carece lamentablemente de información para indagar esta sugerente hipótesis (Casas et al., 2011, 10).

La cultura material. Las cerámicas: en los estratos vinculados al S.VI predominan las cerámicas indígenas hechas a mano y a torno, junto a restos de escoria de hierro (Llinàs-Pol et al., 1998, 54). En relación con la vajilla fina de importación, destaca la calidad de la cerámica ática y el gran número de ánforas masaliotas y púnicas (Llinàs-Pol et al., 1998, 53). Esto denota un cierto grado de vitalidad

comercial y un alto nivel de intercambio con las colonias foceas, como también atestigua la conocida carta comercial (plomo) de Ampurias (Llinàs-Pol et al., 1998, 57); es una actividad propia de grupos de élite en sociedades de jefatura. Los hallazgos datados entre finales del S.V y mediados del S.IV son muy abundantes, sobre todo en lo que se refiere a ánforas del ámbito púnico y en menor medida las procedentes de Massalia (Llinàs-Pol et al., 1998, 57). En el grupo de la vajilla fina de importación se manifiesta con fuerza el conjunto formado por las producciones áticas de barniz negro (Llinàs-Pol et al., 1998, 58). No obstante, el tipo de cerámica más representado en todos los estratos es el compuesto por los recipientes indígenas, tanto ánforas como vajilla (Llinàs-Pol et al., 1998, 60). Se distinguen tres grupos: bruñidas, a mano y a torno (Llinàs-Pol et al., 1998, 60). Las dos primeras son características de la facies más antigua, mientras que la elaborada a torno se impone a partir de finales del S.V y durante todo en el S.IV a.C. (Llinàs-Pol et al., 1998, 60).

5.13. Los establecimientos rurales

El problema más acuciante a la hora de analizar la información relativa a los diversos tipos de establecimientos rurales es que la falta de datos impide definirlos con excesiva precisión. Sin embargo, el haber podido documentar, aunque sea de manera casi testimonial, granjas y aldeas, permite complementar el escenario poblacional. Pese a la parquedad de las evidencias, se infiere la presencia en el paisaje de un poblamiento rural disperso, base del patrón de asentamiento jerarquizado de la jefatura.

5.13.1. La granja de Mas Gusó

Se trata de un pequeño asentamiento agrícola en el que se ha documentado una secuencia poblacional ininterrumpida desde el neolítico final hasta el S.III a.C. (Casas y Soler, 2019, 86). El yacimiento ha sido definido por Casas como "excepcional", puesto que a pesar de su pequeño tamaño se ha documentado un importante lote de cerámicas de importación y materiales de construcción vinculados al primer horizonte de la cultura ibérica, como el adobe (Casas y Varena, 2016, 86). Se encuentra situado muy cerca de la colonia de Ampurias, a 5 km, en la llanura aluvial del río Ter, en una zona que en la antigüedad estaba constituida, debido a la acción de los diferentes ramales del río, por humedales que en la actualidad están aterrados. El establecimiento fue descubierto en la década de los 70 y se han realizado varias campañas en las que se ha excavado la parte este y una sección considerable de la zona oeste del mismo (Burch et al., 2010, 239).

5.13.2. El establecimiento agrícola de Saus II

Esta granja se ubica muy cerca del extinto lago de Camallera, a unos 12 km de Ampurias (Casas, 2010, 67; Casas y Soler, 2013, 335). El yacimiento estuvo activo durante poco más de un siglo, desde finales del S.VI hasta comienzos del S.IV a.C. (Casas, 2010, 67; Casas y Soler, 2013, 337). No se han encontrado hasta la fecha los restos de la unidad doméstica, aunque sí han sido halladas evidencias de la misma, en forma de adobes y zócalos de piedra, depositados en los silos 21 y 34 (Casas, 2010, 69; Casas y Soler, 2013, 336). Han sido excavadas 46 fosas de almacenaje, por tanto cabe suponer en buena lógica que se trataría de una explotación agrícola (Casas, 2010, 67; Casas y Soler, 2013, 336). Los materiales procedentes de la edificación sugieren que debió de existir, junto a la vivienda, algún tipo de estructura de

almacenamiento (Casas, 2010, 70). Los materiales arquitectónicos y los silos sugieren que Saus es un núcleo inequívocamente indígena (Casas, 2010, 83).

En este núcleo agrícola hay evidencias de dos actividades económicas importantes, la producción de cereal y de aceite, confirmado por el hallazgo de cuatro prensas de aceite y el elevado número de silos (Casas, 2010, 70). No obstante, la elaboración de aceite parece constituir una labor secundaria más que una actividad especializada (Casas, 2010, 70). El modelo de prensa de Saus pervive hasta época romana, es de los denominados de palanca, característico de las almazaras antiguas (Casas, 2010, 76).

Este tipo de granjas debió de ser habitual en el paisaje agrícola de los *oppida*, aunque el grueso de la población ocupada en actividades agrícolas posiblemente habitaba en los enclaves fortificados (Casas, 2010, 82).

5.13.3. La aldea de Castell (S.VI a.C. Palamós)

Las estructuras defensivas de este asentamiento han sido datadas en el S.III, mientras que la primera ocupación del hábitat, que se reduce a un paisaje compuesto por una serie de cabañas, ha sido fechada en el S.VI a.C., en plena eclosión de la Cultura Ibérica (Aquiluè, 2001, 5; Aquilué, 2015, 144). En consecuencia parece legítimo definir el lugar como una aldea, al menos en sus fases iniciales. Se localiza en una península sobre una elevación rocosa a 36 m sobre el nivel del mar y unido a tierra por un istmo (Aquiluè, 2001, 3; Aquilué, 2015, 141). Se conoce muy poco del urbanismo de este periodo, aunque se sabe que estaba articulado en dos grupos de terrazas, las occidentales y las orientales (Aquiluè, 2001, 5; Aquilué, 2015, 143). Los fósiles cerámicos son los que han permitido datar la aldea en el S.VI a.C. Entre los materiales más antiguos encontrados destacan las cerámicas a torno pintadas con un estilo decorativo geométrico, característico de los poblados de la Indigecia, a las que se sumarán en el S.V las importaciones griegas de figuras rojas (Aquiluè, 2001, 5). Es muy probable que formase parte del territorio político de Ullastret, al igual que Sant Sebastià de la Guarda, idea que fue señalada previamente por Aquilué (Aquiluè, 2001, 5). La aldea va a evolucionar a través del tiempo hasta transformarse en el Ibérico Pleno en un pequeño *oppidum* (Burch et al., 2010, 253).

5.13.4. El hábitat rural de Sant Sebastià de la Guarda

Este yacimiento se incluye en el conjunto de asentamientos indiketes denominados de la costa, pues comparten rasgos comunes como su posicionamiento geográfico, su cercanía al mar y su emplazamiento en una elevación muy escarpada protegida por acantilados (Burch et al., 2008, 54). Es un yacimiento de pequeñas dimensiones y sin fortificar. Hasta que dispongamos de más datos puede ser considerado como una aldea. Esta situado en la cima de una montaña con una altitud de 170 m sobre el nivel del mar, en la Sierra Litoral, concretamente en el macizo de Begur (Burch et al., 2003, 9; Burch et al., 2008, 45).

Es un centro rural cuya investigación y excavación comenzó hace relativamente poco. Por consiguiente, aún quedan muchos sectores sobre los que no conocemos nada. El dato más significativo es, plausiblemente, que hasta el momento no se han documentado trazas que se puedan relacionar con estructuras defensivas (Burch et al., 2003, 51; Burch et al., 2010, 252). Se tiene conocimiento, no obstante, de la arquitectura doméstica. Se infiere, grosso modo, el trazado urbano, que parece estructurado en torno a un eje longitudinal, con unidades habitacionales orientadas de norte a sur y una segunda isla de casas situadas muy cerca de los acantilados que delimitaban la aldea por el lado de levante (Burch et al., 2008, 48; Burch et al., 2010, 252). En el estrato más antiguo, S.VI, no se hallaron restos de unidades de habitación,

únicamente se registraron fragmentos de cerámica que pueden adscribirse a este horizonte cronológico (Burch et al., 2003, 13; Burch et al., 2008, 48). Si embargo, en la fase siguiente, correspondiente al S.V a.C., en el conocido como sector 3 apareció un número importante de viviendas, específicamente 21, en fila y adosadas formando hileras en dirección sur-norte (Burch et al., 2008, 48). Las características arquitectónicas son prácticamente las mismas que las ya descritas en el análisis de otros yacimientos. En el denominado edificio A se encontraron una gran cantidad de escorias de hierro, lo que sugiere que en ese recinto se desarrollaron actividades metalúrgicas (Burch et al., 2003, 19).

5.14. Etnogénesis. Una aproximación arqueológica a la formación de la identidad étnica de los indigetes

El punto de partida de esta sección es reconocer, en la línea de estudios recientes, que la identificación paleoetnológica de los pueblos indígenas y sus territorios políticos en la zona septentrional de Iberia se corresponde con las etnias prerromanas mencionadas por los autores clásicos (Grau-Mira, 2012, 31; Sanmartí et al., 2016, 120). De hecho, se han documentado cuatro estructuras territoriales en la zona costera catalana con una base sociopolítica que tiene un alto componente étnico: Indigecia, Layetania, Cosetania e Ilercavonia (Grau-Mira, 2012, 31). De ahí que se haya podido establecer con precisión el mapa étnico entre el Ebro y los Pirineos (Sanmartí, 2009a, 25). Cabe suponer, pues los datos no lo desmienten, que al menos durante la Segunda Edad del Hierro se desarrollaron procesos de etnogénesis en la península Ibérica, que se articularon sobre la base de territorios bien definidos, como han argumentado convincentemente Ruiz Zapatero y Sanchís en el caso de los Vettonos (Ruiz-Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002, 258).

El planteamiento teórico-metodológico para abordar el estudio de la etnogénesis ha consistido en combinar el análisis de los elementos arqueológicos con la información proporcionada por el registro escrito en sus diversas formas, con el fin de superar las limitaciones inherentes a cada tipo de fuente documental y evaluar la evidencia en su conjunto.

5.14.1. Los antecedentes teóricos de la investigación: la fundamentación de la etnogénesis

La etnogénesis puede ser definida, según Ruiz Zapatero, como "el proceso de emergencia, formación y mantenimiento de un grupo étnico (etnicidad) con unos rasgos y características culturales bien definidos que lo diferencian de otros grupos vecinos" (Ruiz-Zapatero, 2010, 43). A su vez, es el proceso por el que una comunidad con un mismo pasado, bien sea este real o supuesto, comienza a forjar una nueva identidad étnica, en la que comparten un sentimiento de identidad vinculado a una tradición y un origen común, lo que conforma su acción social (Pohl, 2002, 221). Se logra así superar el concepto de etnicidad biológica e invariable, contribuyendo a una discusión de los procesos de formación de identidades más dinámica (Pohl, 2002, 221). La etnicidad es, pues, una elaboración meramente cultural, no un fenómeno biológico, siendo por tanto una de las formas en que se expresa la identidad social del grupo (Crielaard, 2009, 39). Un aspecto esencial en la construcción étnica reside en las modificaciones que se operan en el seno de la ideología de la *gens*, hecho constatado a nivel arqueológico por el drástico descenso del número de necrópolis, que prácticamente desaparecen durante este periodo. En el marco de la tesis central defendida en este capítulo, el rol político-social de la etnogénesis es dotar a la jefatura de una estructura

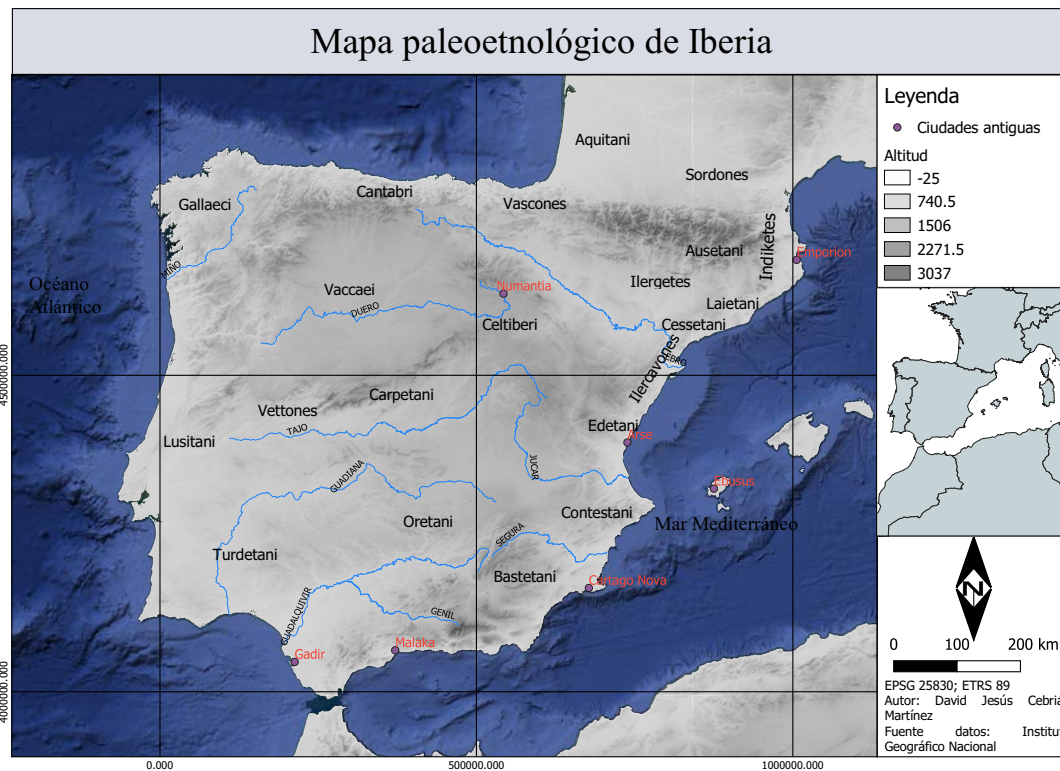


Figura 5.28: Mapa paleoetnológico de Iberia. Basado, con algunas modificaciones, en el de Sanmartí (2008)

ideológica fundamentada en la religión -mito- y la genealogía. Otra de las funciones sociológicas de la etnogénesis es integrar a todo el grupo social en la entidad étnica y cohesionar ideológicamente a la nueva formación política (Roymans, 2009, 235). De este elemento precisamente deriva el poder de los mitos fundacionales, legitimados a través de ceremonias, que encontramos en casi todas las sociedades tradicionales (Roymans, 2009, 219).

El modelo de análisis etnogénético fue elaborado por primera vez por Wenskus y reformulado posteriormente, en la década de los 70, por la Escuela de Viena (López-Quiroga, 2011, 51). El planteamiento wenskuniano de la etnogénesis destaca por ser un modelo muy politizado basado en una organización vertical y jerarquizada, en el que las creencias religiosas y el mito determinan las formas de ejercicio del poder y legitiman a la élite social (Roymans, 2004, 258; López-Quiroga, 2011, 54). Una idea sugerente propuesta por Roymans es subrayar la importancia del contexto político en el desarrollo de la identidad grupal, en tanto que es muy probable que la estructura política impulsara la creación de un núcleo portador de la tradición en forma de linaje real o principesco (Roymans, 2004, 148). En lo esencial, se admite en los etnosistemas la evolución de dos procesos entrelazados, la formación de la entidad sociopolítica y la del grupo tribal, siendo en el primero de ellos donde se establecen las relaciones clientelares (Roymans, 2004, 55 y 61). Roymans argumenta, de facto, que en primer lugar emerge la comunidad como organización sociopolítica y después se crea la identidad colectiva (Roymans, 2004, 221), aunque en realidad eso dependerá del contexto histórico. En el caso de los indiketes, según las fuentes escritas y los datos espaciales, el proceso de etnogénesis y la configuración de las jefaturas parecen desarrollarse en paralelo, complementándose mutuamente.

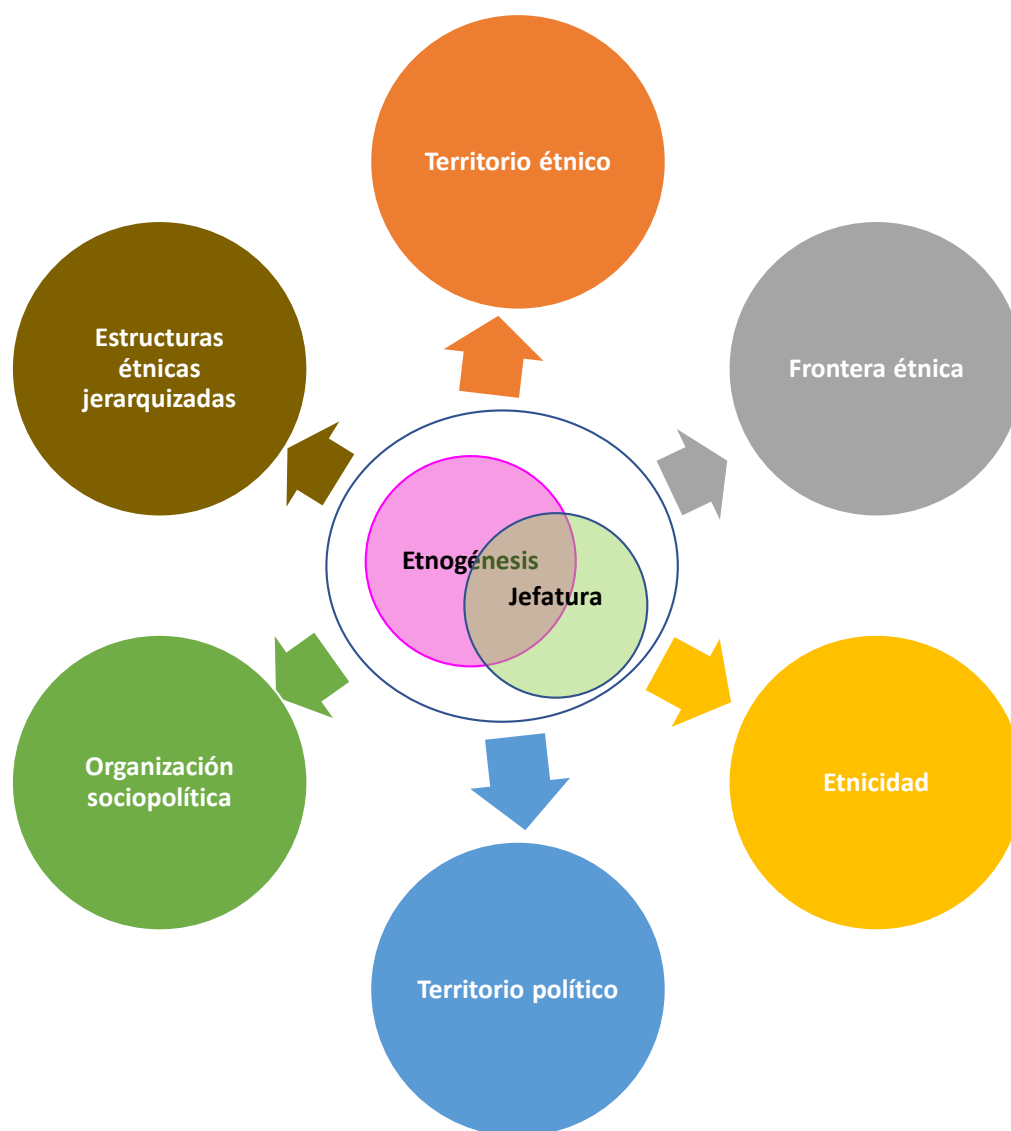


Figura 5.29: Diagrama que simboliza las consecuencias político-territoriales de la relación dialéctica jefatura-etnogénesis

5.14.2. Los componentes principales de la etnogénesis

Es muy difícil delimitar los elementos centrales de la etnogénesis, habida cuenta que éstos dependerán en gran medida de un número determinado de variables, como el contexto histórico, las características económicas de la unidad social o el modelo de organización sociopolítica. Si es plausible, no obstante, ofrecer una síntesis de los componentes que normalmente se documentan en casi todos los procesos que conducen a la constitución de los grupos étnicos. Cabría remarcar, en todo caso, que aunque los factores se detallan individualmente, todos comparten un carácter relacional y por tanto deben entenderse en conjunto.

1) **Historia intencional.** Se trata de un concepto sumamente interesante desarrollado por Gehrke en los últimos años y que ha tenido una gran aceptación en el ámbito científico. La idea nuclear se fundamenta en explicar la forma en que una determinada comunidad percibe e interpreta la estrecha vinculación

existente entre mito, historia y tradición (Gehrke, 2009, 85; Roymans, 2009, 219). La interrelación de estos principios se manifiesta en los procesos de etnogénesis mediante leyendas, cuentos, mitos y tradiciones inventadas, que por lo general aluden a los ancestros fundadores del grupo y a los lazos de consanguinidad entre ellos (Gehrke, 2009, 85). Estas narraciones son utilizadas por el grupo étnico para la creación de su relato histórico, en el seno del cual se fragua la identidad colectiva (Gehrke, 2009, 86). De manera que los acontecimientos históricos y la historia mitológica se entrelazan en una sola narrativa; se yuxtaponen y equiparan mediante la mitologización del hecho histórico, originándose una base historial sesgada y ficticia, la denominada por Gehrke como historia intencional de la organización tribal (Gehrke, 2009, 93).

2) **Portadores de la tradición.** El criterio elitista de núcleo de la tradición de Wenskus ha sido reemplazado por el de portadores de la tradición (López-Quiroga, 2011, 64). La tradición, o como señalan Ruiz Zapatero y Fernández Götz, su creación, constituye un componente fundamental de cualquier proceso de etnogénesis (Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 223). Su significado, en el contexto de la Cultura Ibérica, puede ser aplicado al núcleo dirigente dentro de las estructuras étnicas jerarquizadas.

3) **Etnicidad.** No se debe confundir con el proceso histórico de la formación de la etnia. En palabras de Ruiz Zapatero conforma una de las múltiples identidades que una persona puede asumir, en la que la creencia en una descendencia común y los lazos parentales determinan la pertenencia al grupo (Ruiz-Zapatero, 2010, 45). Es, en definitiva, una categoría de "auto-reconocimiento" social que es asumida intencionalmente (Ruiz-Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002, 256).

4) **Origen y pasado.** Son esenciales para la formación de la memoria cultural, que establece y define la auto-imagen de la comunidad (Gehrke, 2009, 92). Ayuda a construir la identidad en gran parte gracias a la figura de un ancestro compartido (Roymans, 2004, 2). De ello se deriva la relevancia del mito de origen, pues legitima los derechos ancestrales sobre el territorio de la unidad étnica (Roymans, 2004, 2).

5) **Pertenencia.** Se fundamenta en el "reconocimiento interno", es decir, en ser identificado como miembro del grupo por el resto de actores sociales de la organización política, en base a un antecesor, real o ficticio, común (Snow, 2002, 97; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 225).

6) **La estructura social.** El primero en analizar la relación entre identidad étnica y estructura social fue el antropólogo francés Lévi-Strauss, en su estudio de los sistemas totémicos. Un factor crucial de la etnogénesis vinculado a la estructura social es el árbol genealógico. La identidad étnica se integra en la base de la estructura social y se enlaza así con el sistema cosmológico propio de la etnogénesis, de manera que ambas están unidas (Cardoso, 2007, 196). El lazo de unión entre la identidad étnica y la estructura social se materializa a través de la pertenencia al clan (Cardoso, 2007, 199). De manera que la estructura social facilita y/o desencadena la conformación de la identidad étnica (Cardoso, 2007, 202), puesto que preestablece las condiciones sociales necesarias para la maduración de los procesos políticos y etnogenéticos posteriores.

5.14.3. Las fuentes escritas. El etnónimo *indigetae*

Los textos escritos y los etnónimos, bien sean estos literarios, numismáticos o epigráficos, constituyen una de las principales fuentes para abordar el análisis de la etnogénesis en la Edad del Hierro, en vista de que aportan una información muy valiosa para evaluar y/o comenzar a trabajar en su estudio (Roymans y Derks, 2009, 3; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 228). Para muchos autores son, de hecho, elementales, aunque dado su alto grado de subjetividad deben ser examinadas de forma crítica, por cuanto falsifican la información, son incoherentes y proporcionan datos sesgados (Roymans y Derks,

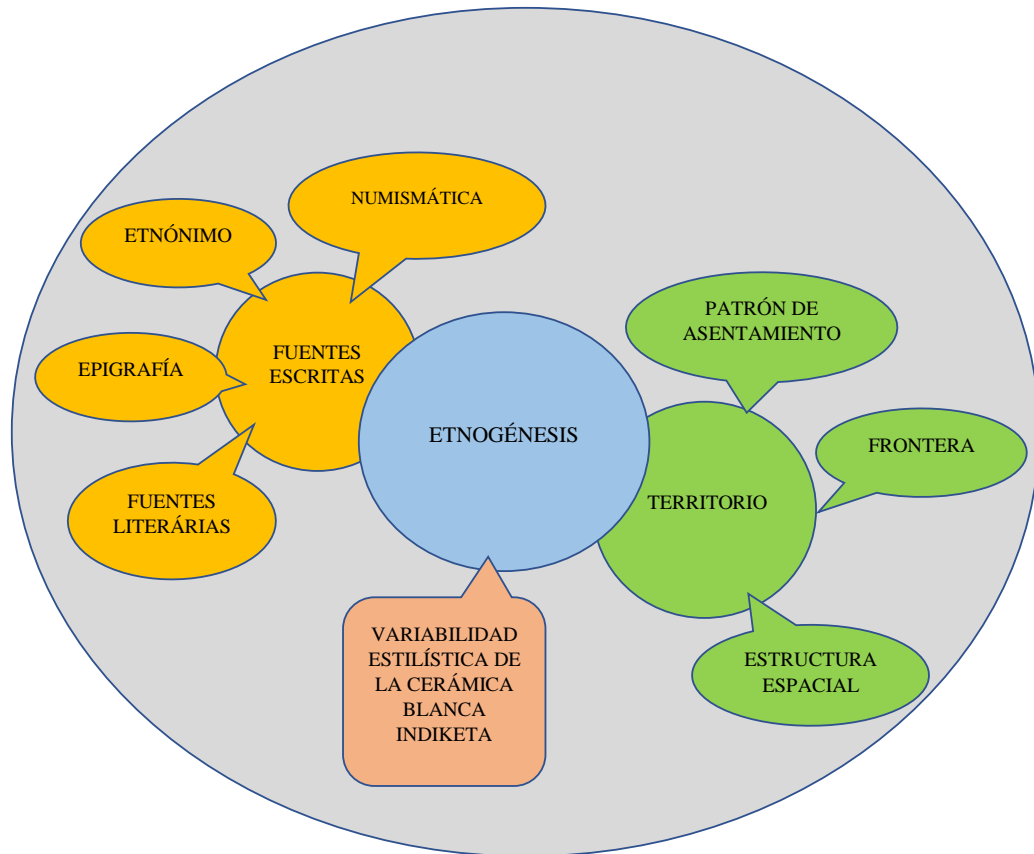


Figura 5.30: Diagrama con las principales fuentes para el estudio de la etnogénesis de los indiketas

2009, 3; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 229). Una obra excepcional, que ya he mencionado en la sección 2.2, pero que permite apreciar la metodología empleada para incorporar los datos escritos al examen arqueológico de la etnogénesis en el ámbito de la protohistoria, es el clásico trabajo de Roymans *Ethnic identity and imperial power. The Batavians in the Early Roman Empire*. Las observaciones que siguen se basan, en gran medida, en la lectura de este y otros estudios de Nico Roymans.

En este caso de estudio el punto de referencia, junto a la evidencia arqueológica y el análisis espacial, para acometer la investigación del proceso de etnogénesis son las escasas menciones en las fuentes clásicas del etnónimo *indigetæ* y un documento escrito de excepcional valor, las denominadas *tabellae defixionum* de la necrópolis Ballesta de Ampurias. Por lo que respecta a los textos literarios, he seleccionado solo aquellos en los que la alusión al etnónimo *indigetæ* es clara y concisa, dejando de lado los que supuestamente hacen referencia al pueblo indígena indikete.

El texto literario más antiguo en mencionar a los indiketes es la Ora Marítima de Avieno (Codina et al., 2019a, 14). La obra fue escrita a principios del S.IV a.C. aunque hay consenso en reconocer que Avieno se basó para confeccionar su mapa e itinerario geográfico en fuentes del S.V a.C. (Quesada-Sanz, 2017, 471). Avieno cita textualmente el etnónimo *indigetæ* entre los versos 520-540. Cabría destacar que en el verso 530 se alude textualmente al litoral Indicético, que se alarga hasta el cabo Pirineo (Schulten, 1922, 308). El dato en cuestión es realmente llamativo por su significancia en términos de etnogénesis, tomando en cuenta que el pasaje tiene connotaciones territoriales, pues el litoral Indicético se refiere probablemente a la costa de un territorio étnico, a la luz de que emplea el etnónimo para describir el lugar.



Figura 5.31: Moneda con la leyenda ibérica de Untikesken. Archivo MAC-Ullastret

Es, además, la primera vez que se nombra la Indigecia en una fuente escrita. Sin olvidar, por añadidura, que el género literario al que se adscribe la obra (periplo), está exento de la habitual carga ideológica de las fuentes grecolatinas, por lo que en principio no habría necesidad de falsear la información.

Tito Livio narra el desembarco de Marco Porcio Catón en Ampurias y hace alusión a que la ciudad era una dípolis separada por una muralla, en la que habitaban en un lado griegos procedentes de focea y en el otro hispanos (Livio, 34, 9, 1-2). Si bien es cierto que Livio no menciona expresamente el etnónimo indigetes, Estrabón relata el mismo fragmento en su obra Geografía, y menciona explícitamente el etnónimo, de modo que le confiere validez a la diégesis de Livio (Estrabón, 3,4,8). Por otra parte, en su descripción de las costas de Iberia, Estrabón sitúa geográficamente a los indigetes al norte del río Iber (Estrabón, 3.4.1).

Otro autor que saca a colación a los indigetes y su territorio es Plinio el Viejo en su obra Historia Natural. Efectivamente, en su retrato de la Hispania Citerior, Plinio se refiere de forma expresa a este pueblo indígena y a los lacetanos, ubicando sus respectivos territorios al norte del río Rubricatum, que ha sido identificado con el río Llobregat (Plinio, Nat. hist. 3,21).

Hay una última alusión literaria que merece ser tenida en cuenta. Salustio reproduce una carta de Gneo Pompeyo dirigida al senado. La misiva se enmarca en los acontecimientos que tuvieron lugar en los años 76 y 75 del S.I a.C., y se centra concretamente en los enfrentamientos entre Pompeyo y Sertorio (Salustio, Hist. 2, 98). Según la carta, Pompeyo hizo retroceder a Sertorio y recuperó varios territorios indígenas, entre ellos el de los indiketes (Salustio, Hist. 2, 98).

Pese a tratarse de un documento relativamente tardío, el etnónimo también ha sido registrado en la numismática. Se emitieron monedas con la leyenda Untikesken, posiblemente la forma indígena del etnónimo *indigetae* (Sanmartí et al., 2016, 120).

Contamos, sin embargo, con un documento epigráfico de excepcional valor para corroborar la existencia del etnónimo en el ámbito indígena y especialmente su continuidad en el tiempo. Por ello tiene una particular relevancia en relación con el proceso de etnogénesis y la etnicidad. Me estoy refiriendo a las conocidas como *tabellae defixionum*. Las tablillas fueron descubiertas por Martín Almagro en la

necrópolis Ballesta de Ampurias y han sido estudiadas recientemente por Marta Pi Vázquez. El lote lo componen tres pequeñas láminas de plomo, escritas en latín por ambos lados y enterradas en una tumba colectiva con ocho urnas cinerarias (Pi-Vázquez, 2003, 23). De acuerdo a Pi, el texto de los plomos fue escrito por una persona que claramente era ajena a la aristocracia intelectual del imperio, pues fueron escritas usando el alfabeto cotidiano (Pi-Vázquez, 2003, 23). A saber, se sobreentiende que el personaje era indígena y de bajo rango social (Pi-Vázquez, 2003, 23). Este tipo de inscripciones están relacionadas con rituales de magia, aunque aquí lo que nos interesa es la lectura que podamos realizar en términos de la identidad étnica de la persona que las escribió. El contenido, de hecho, es de capital importancia, pues en principio, al tratarse de un texto que se enmarca en un contexto sin trascendencia política, carece de las usuales connotaciones ideológicas y la información de carácter étnico puede ser considerada bastante válida. A nivel político no sólo se menciona el consejo del delegado imperial, sino al consejo de los indigetes (Pi-Vázquez, 2003, 26), en la que seguramente es la única alusión por escrito de una institución política de los indigetes. Las láminas hacen referencia, junto a los *legatus augusti*, a los representantes de dos pueblos indígenas, los *advocati indigetani* y *olossitani* (Pi-Vázquez, 2003, 30). La importancia de este documento epigráfico en lo que concierne al proceso de etnogénesis se podría sintetizar de la siguiente manera:

1) Supone y/o sugiere, junto a la evidencia arqueológica, el desarrollo de un correlato paralelo por medio de una fuente epigráfica. Por consiguiente se puede abordar la dinámica etnogenética y la etnicidad.

2) Confirma el etnónimo mencionado por las fuentes clásicas y su continuidad en el tiempo en relación con una base poblacional.

3) La alusión al delegado de los indiketes indica, probablemente, un sentimiento de pertenencia y una demarcación geográfica. Es decir, hace posible reconocer la existencia de un territorio, la Indigecia. Cabe recordar, en ese sentido, que la pertenencia desempeña un papel clave en la formación del grupo étnico como explicaba anteriormente.

4) Consolidación del etnónimo por una fuente que no pertenecía al circuito cultural de la élite. Esto le confiere a las tablillas un extraordinario valor al no tratarse de un escrito oficial; además permite señalar que los miembros de la comunidad reconocían su identidad étnica.

5.14.4. El dinamismo de la etnicidad

La etnicidad es, de entre todas las identidades que puede asumir un actor social, la que más relación guarda con el pasado y los orígenes de la entidad étnica (Curta, 2005, 201). Surge en un primer momento, aunque después es asumida por el resto de agentes sociales, entre las élites en el marco del proceso de etnogénesis, que desarrollan valores conducentes a legitimar su función hegemónica en el núcleo dirigente (Curta, 2005, 202; Mantel, 2017, 83). Las propuestas más recientes, procedentes de las corrientes posprocesuales, han redefinido el concepto de etnicidad, destacando su carácter dinámico, circunstancial y subjetivo (Roymans, 2004, 2; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 220). Desde el trabajo pionero de Barth, la etnicidad es contemplada como una categoría de "autoadscripción" étnica por medio de la cual se autoidentifica y clasifica a las personas o grupos -organización- sociales (Barth, 1976, 15). Se ha superado, por lo tanto, la visión dominante hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, que consideraba al grupo étnico como una unidad social caracterizada por la escasa fluidez de su funcionamiento interno (Roymans, 2004, 1; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 219).

El debate sobre etnicidad ha estado marcado por dos enfoques distintos, el primordialista y el

instrumentalista. El paradigma primordialista describe la etnicidad como un sentimiento compartido de pertenencia a un agrupamiento con afinidades culturales. Mientras que la perspectiva instrumentalista concibe la etnicidad como un medio mediante el cual adquirir ventajas políticas, económicas o sociales (Wells, 2001, 23; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 221).

La mayoría de estudios sobre etnicidad, aunque lógicamente difieran en sus planteamientos teórico-metodológicos, están de acuerdo en señalar una serie de rasgos comunes (Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 224). La conciencia de adscribirse a un clan, en el que se comparten costumbres, tradiciones y un origen histórico similar, desempeña un papel crucial en el proceso de formación de la identidad étnica y la etnicidad (Mullin, 2012, 18). Es, además, un catalizador territorial, en el sentido de que es imprescindible para la reclamación y la creación de territorios (Mullin, 2012, 18). Otra característica en la que coincide la comunidad científica es en atribuir a la percepción del grupo un rol esencial, puesto que lleva a la construcción de la identidad (Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 224). También convergen en indicar que para la organización tribal es fundamental delimitar, como veremos a continuación, su espacio social (Ruiz-Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002, 258; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 224). La continuidad, real o ficticia, a partir de un pasado mítico representado por los ancestros comunes, es otro denominador compartido por casi todas las definiciones de etnicidad (Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 224). Es importante, asimismo, la "auto-conceptualización", resultado de la imagen colectiva de la comunidad que se desarrolla en un contexto de interacción y oposición a otras unidades étnicas (Roymans, 2004, 2; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 224).

Con el objetivo de profundizar en el estudio de la etnicidad es primordial realizar sus aspectos emic y etic. La perspectiva emic se corresponde con micro categorías organizadas en pequeñas comunidades políticas. Constituyen la base de la identidad (Roymans y Derks, 2009, 1; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 229). Por otro lado, el punto de vista etic también es imprescindible, habida cuenta que uno de los atributos de la etnicidad es que se construye en un escenario de oposición y contacto con otros grupos étnicos; como resultado la autodefinición externa es de vital importancia porque condiciona las formas en que una comunidad percibe su identidad grupal (Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 229).

5.14.5. Frontera étnica-Frontera en Cadena-Frontera Ecológica

La expresión espacial de las jefaturas ha sido analizada en términos de su naturaleza defensiva. Sin embargo, la ordenación territorial que subyace en el paisaje social de los *oppida* permite realizar una segunda lectura teórica de los datos, complementaria de la anterior y relacionada con la posible existencia de una frontera en el territorio indikete. Si las observaciones que siguen a continuación son correctas, como parece sugerir el análisis espacial, la ubicación en el espacio de los centros de hábitat podría obedecer al mantenimiento de una frontera étnica que en la tipología de Ruiz y Molinos se correspondería con la delimitación Ecológica y en Cadena (Molinos y Ruiz, 2008, 54).

Cuando se habla de fronteras se deben evaluar dos niveles interconectados, el interno y el externo (Santiago-García, 2001, 73). Por un lado, según Barth, la frontera externa canaliza las relaciones sociales entre grupos étnicos y marca la diferencia sociocultural entre ellos (Barth, 1976, 15; Santiago-García, 2001, 73). Por otro lado, la frontera interna articula el vínculo que el grupo social establece con sus tradiciones, mitos, el territorio y su propia historia como agrupación de individuos (Santiago-García, 2001, 73).

Según apunta Grau, las organizaciones sociopolíticas del mundo ibérico septentrional pudieron tener

fronteras como corresponde a unidades territoriales (Grau-Mira, 2012, 31). El marco de observación del territorio y el paisaje constituye un instrumento con potencial para explorar, mediante el ordenamiento del paisaje a la escala micro-regional, la formación de fronteras. El cinturón de fortificación conformado por los *oppida* en torno a Ampurias es quizá la evidencia más notable en relación con la configuración de una frontera étnica en este periodo, teniendo en cuenta que permite señalar la existencia de una estrategia defensiva común que supera las competencias del grupo local. Manifiesta, a su vez, la presencia de formas de organización supralocal detrás de la estructuración del poblamiento, que se pueden atribuir al hecho de compartir identidad etnoespacial, valores culturales y elementos ideológicos asociados al proyecto etnogenético. El modelo de ocupación del espacio dibuja la materialización de una realidad étnico-territorial compleja, la Indigecia, que cuenta según hemos visto a través del uso de herramientas espaciales, con unos límites geográficos y políticos bien definidos. Además de mostrar el elevado grado de cohesión grupal, lo que sugiere que una aproximación en términos de etnógenesis dejaría entrever claves importantes por constituir el indicio arqueológico más significativo con respecto a la formación de esta sociedad tribal y su identidad étnica. El patrón de asentamiento se erige, de esta forma, en una referencia inequívoca de etnicidad y la articulación de un sistema fronterizo cuya finalidad es defender el territorio y delimitar, en sentido barthiano, el espacio social y simbólico de las estructuras étnicas jerarquizadas de los indigetes. Ello se logra por vía de la construcción de una línea de protección arquitectónica orientada a separar en función de la diferencia.

Para que este análisis sea relevante, se antoja conveniente profundizar, partiendo de la teoría de Ruiz y Molinos para categorizar las realidades fronterizas, en la ordenación del espacio en el marco general de la territorialidad. A partir de los datos espaciales y la propuesta de los autores citados, la estructuración del paisaje social, formado por varios territorios políticos, encajaría bien con los conceptos de Frontera en Cadena y Frontera Ecológica formulados por estos investigadores. De acuerdo a su clasificación de límites desde la arqueología, se distinguen dos patrones básicos, dependiendo de si la delimitación es arquitectónica o se fundamenta en la distribución de la población (Molinos y Ruiz, 2008, 54; Grau-Mira, 2012, 24). La Frontera en Cadena es, básicamente, una estructura con una articulación espacial en la que un sistema de puntos (fortificaciones) se ordenan en el espacio formando una cadena, mientras que la Ecológica se define por medio del paisaje, el medio físico natural y factores geográficos (Molinos y Ruiz, 2008, 54). En el área de estudio, la alineación de poblados fortificados forma un cinturón defensivo en torno a Ampurias que podría tipológicamente ser interpretado como una Frontera en Cadena, habida cuenta que su organización espacial es coherente con este modelo. Sin embargo, el análisis territorial llevado a cabo ha puesto de manifiesto que los territorios teóricos de las jefaturas se corresponden, en función de los indicadores analizados, con la extensión de las cuencas hidrográficas. Esto es, sus bordes parecen demarcados por accidentes naturales, con lo cual también puede ser considerada una Frontera Ecológica. La línea de razonamiento más lógica, derivada de la discusión precedente, es suponer que se trata de una frontera étnica con dos niveles interrelacionados: uno constructivo, determinado por la posición de los núcleos de habitación y otro condicionado por las formas del paisaje.

5.14.6. La cerámica de pintura blanca indikete. Un marcador étnico de la élite indígena

La relación de la cerámica con la etnicidad es compleja, por cuanto el territorio y la frontera étnica son una forma de expresión de la organización social y no de la cultura material, que puede ser compartida



Figura 5.32: Cerámica de pintura blanca indikete. Archivo del MAC-Ullastret

por varios grupos étnicos (Barth, 1976, 17). Por consiguiente hace tiempo que se ha superado el esquema reduccionista que asociaba los rasgos materiales de la cultura con la identidad o la etnicidad (López-Quiroga, 2011, 57). Existe consenso, sin embargo, como han mostrado múltiples estudios, en reconocer que la variabilidad en el estilo de la decoración cerámica puede constituir un indicador de la identidad colectiva (Ruiz-Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002, 266; Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 227).

La producción de este tipo de cerámica comienza en la segunda mitad del S.V a.C. y se circunscribe al territorio de la Indigecia, aunque se han recuperado algunas piezas, muy pocas en realidad, en el Languedoc y el área layetana (Sanmartí, 2007, 259; Codina et al., 2017, 151). Ha sido documentada en la mayoría de yacimientos indigetes, aunque es en Ullastret donde su presencia es numéricamente más representativa y se encuentran los recipientes con una decoración más trabajada (Codina et al., 2017, 151). La pintura blanca característica de estas producciones se aplicaba después de la cocción (Martín, 1978, 148). De acuerdo al reducido número de hallazgos y su contexto de aparición, se infiere un uso restringido de las mismas reservado a las élites sociales (Sanmartí, 2007, 259; Codina et al., 2017, 153). Se trata de ejemplares que se pintaban de manera muy elaborada, en los que normalmente se utilizaba arcilla de la mejor calidad en su producción y en la cocción se empleaba la técnica de la reducción (Martín, 1978, 148). La decoración ornamental más común es de naturaleza geométrica, como volutas y palmetas, aunque también destacan los motivos en líneas o bandas paralelas y la decoración vegetal (Sanmartí, 2007, 259; Codina et al., 2017, 153). Solo se ha identificado hasta la fecha un vaso con una escena figurada, el conocido como *vas dels cavalls*, hallado en Ullastret y cuyo tema narrativo, que supuestamente representa a un aristócrata que sujeta las riendas de un caballo, ha sido relacionado con los usos y costumbres del estamento dirigente (Sanmartí, 2007, 259).

Lo realmente significativo en estas producciones cerámicas en términos de etnicidad no son realmente los motivos decorativos, sino la característica pintura blanca empleada en su decoración, que es el rasgo que la distingue del resto de repertorios formales. El color, de hecho, es un elemento que fue usado en la antigüedad, y lo sigue siendo aún hoy en día en las sociedades preindustriales, para personificar el estatus social, el económico y, por ende, la adscripción étnica de la persona mediante su utilización en tejidos y

otros materiales. Baste recordar, en ese sentido, que los ciudadanos en la antigua Roma se diferenciaban socialmente por el color de la franja de sus togas. Otro ejemplo igualmente relevante para esta discusión lo encontramos en el atuendo tradicional de los clanes escoceses, que desde muy antiguo se identificaban entre ellos y especificaban el clan al que pertenecían por los colores y las formas de los cuadros en el *kilt*. Conforme a todas las consideraciones expuestas, es legítimo formular la hipótesis de que la producción de esta clase de cerámicas pudiera haber tenido una función social de autoreconocimiento de la etnicidad de la aristocracia indigete, manifestada mediante el uso simbólico y elitista de la pintura blanca en un tipo de vajilla destinado al consumo del núcleo dirigente. En otras palabras, este estilo decorativo quizá constituya un código étnico visual para establecer un vínculo en el proceso de etnogénesis entre la élite tribal y la identidad del grupo.

5.15. Consideraciones finales del capítulo

El planteamiento interpretativo subyacente está fundado en la relación dialéctica que se establece entre la formación de una sociedad de jefatura y la etnogénesis, cuyo desarrollo dibuja el proceso formativo y la configuración de la Cultura Ibérica en la región de estudio. La base documental y la doble naturaleza, política y étnica, de la estructuración espacial, han permitido señalar que se trata de fenómenos sociohistóricos relacionados entre sí que se complementan y se construyen de forma paralela. En el marco de la etnogénesis se produce la creación de mitos y el complejo de creencias que explican el mundo y la construcción ideológica de la organización sociopolítica (Mantel, 2017, 72), fundamentales para controlar los resortes del poder. En el otro extremo de la escala dialéctica se encuentra la jefatura, fuente de los mecanismos políticos que estimularían el desarrollo de la etnogénesis y los medios de persuasión para implantar las formas de pensamiento y conciencia social del renovado conjunto de valores culturales. Para abordar la dinámica de naturalización de la ideología se han retomado dos conceptos foucaultianos, norma y normalización (Foucault, 1978, 28; Foucault, 1980, 253), que proporcionan un esquema teórico para comprender mejor cómo y por qué un segmento de la sociedad pudo imponer sus ancestros y genealogías a la organización tribal. La expresión material de la normalización de las desigualdades se evidencia en el drástico descenso del número de espacios funerarios. Este enfoque parte de una concepción dialéctico-materialista de la evolución histórica para poner el énfasis en los procesos de cambio que tienen lugar mediante la interacción entre el sistema de jefaturas y la estructura etnogenética, reflejados en la materialización del nuevo orden social y la ordenación del paisaje.

El principal objetivo de este capítulo es contribuir a valorar en toda su extensión el surgimiento de sociedades complejas. Partiendo de una perspectiva territorial-paisajística, la articulación del espacio y el modelo de ocupación del territorio constituyen unidades de análisis para trazar la formación del grupo étnico y los rasgos para saber cómo estaba estructurado el poder político (Grau-Mira, 2019a, 150). Es por ello que para la observación de estos elementos se ha elaborado una propuesta teórico-metodológica que incorpora técnicas y herramientas de análisis espacial que permiten realizar una aproximación al estudio del paisaje y proponer lecturas de la realidad social que manifiesta el cuadro del registro arqueológico.

Con la finalidad de llevar a la práctica la formulación teórica se han seleccionado cuatro funciones analíticas para crear unidades estructurales: los polígonos Thiessen, el mapa de distribución de costes, cálculo de cuencas visuales y el análisis fisiográfico del terreno. Con estos indicadores espaciales se han podido construir modelos de ordenamiento territorial según diferentes criterios y evaluar la solidez

de la metodología de trabajo. El resultado conseguido con la combinación de los cuatro métodos ha sido bastante válido, puesto que la definición de áreas geográficas en todos ellos es muy parecida. En lo esencial, el límite y la dimensión de los territorios teóricos obtenidos por medio del uso de herramientas de geoprocésamiento encaja, en gran medida, con la extensión del marco físico y natural de las cuencas hidrográficas del Ampurdán. Este referente induce a proponer la existencia de territorios durante el Ibérico Antiguo, cuya fisonomía espacial se correspondería, grosso modo, con las formas de las depresiones de los ríos, tal y como sugirió recientemente I. Grau (Grau-Mira, 2019a, 149). La atenta observación de la realidad territorial es de interés porque ha servido para desvelar implicaciones geopolíticas que ponen de relieve modos de organización más complejos. En la sucesión de paisajes planteada al comienzo de este trabajo (cf. capítulo I), por primera vez se observa la formación de un paisaje que he definido como jerárquico.

Una cuestión central relacionada con la jefatura es la valoración del modelo social para ponderar si la toma de decisiones es centralizada y jerárquica o, si por el contrario, nos encontramos ante una estructura de poder heterárquica y escalada (Crumley, 1995, 1). El análisis espacial ofrece elementos de referencia para debatir esta temática (Duque-Espino et al., 2010, 44). Para tal propósito se ha llevado a cabo una aproximación al sistema de integración sociopolítica a través del estudio de la organización del paisaje. Para ello se ha tenido en cuenta el modelo locacional, el paisaje visual y la distancia entre núcleos fortificados. El análisis de cuencas visuales ha revelado que la línea de visibilidad de los *oppida* se circunscribe al territorio bajo su dominio, puesto que no existe contacto visual entre ellos. La distribución de puntos en el espacio no es aleatoria (Grau-Mira, 2007, 124), más bien señala una estrategia territorial en la que cada punto (*oppidum*) ocupa un territorio delimitado por criterios naturales (cuenca hidrográfica). Por último, se ha advertido un pauta simétrica establecida a partir de la distancia entre asentamientos, que es aproximadamente de 20 kilómetros. Cabría por lo tanto colegir que el ejercicio del poder muestra un patrón descentralizado, de tipo heterárquico. En suma, el grupo étnico indigete parece dividido políticamente en la primera facies del Complejo Cultural Ibérico en varias jefaturas que no habrían alcanzado el estadio de unificación política (Grau-Mira, 2019b, 344); sobre todo debido a las luchas interétnicas, como parece demostrar el nivel de destrucción en Pontós y la inmediata construcción del poblado fortificado, desarrolladas en el seno de la etnogénesis por identificarse con la tradición y la historia mítica del grupo tribal. Creo que los resultados obtenidos muestran un modelo de sociedad de jefaturas con estructuras de poder heterárquicas.

Por otra parte, la investigación ha sacado a la luz elementos de convicción para analizar de manera crítica y pormenorizada la construcción de la identidad étnica. Para afrontar el estudio de la etnogénesis se han confrontado los datos arqueológicos y literarios con el fin de buscar la trayectoria de su desarrollo histórico y trazar la línea de evidencias de la génesis étnica. Especialmente relevante es la mención explícita del etnónimo *indigetae* en las fuentes clásicas y una inscripción epigráfica de gran valor por su naturaleza para reflexionar sobre la etnicidad, las *tabellae defixionum* de la necrópolis Ballesta. Ello ha permitido documentar que el discurso etnogenético se pone en marcha a la vez que emerge la Cultura Ibérica. Pero más allá de la imagen proporcionada por los textos greco-latinos, encontramos un correlato material en el registro arqueológico, donde la etnogénesis ha dejado su huella en la estructuración del poblamiento y la conformación de un sistema de fortificación (Fernández-Götz y Ruiz-Zapatero, 2011, 224). En la figura 5.11 se puede apreciar que la configuración del paisaje tiende a representar un cinturón defensivo en forma de frontera entorno al enclave comercial de Ampurias. Para desarrollar una lógica

locacional y principios estratégicos de estas características se requiere un grado de vinculación que supera el ámbito del grupo local, detrás de lo cual se infiere la presencia de una organización cuyo nexo de unión es la identidad espacial y el proceso de etnogénesis.

En el próximo capítulo, como se verá a continuación, el escenario sociopolítico y territorial es diametralmente opuesto. El proceso sociohistórico descrito hasta aquí, en el que predominan las configuraciones políticas de tipo heterárquico, será sustituido por un modelo social centralizado y jerarquizado, equiparable en términos antropológicos al concepto de estado tribal (Collis, 2016, 268). La evidencia arqueológica más relevante en ese sentido reside en la nueva ordenación territorial que emerge en el S.IV a.C., en la que desaparecen algunos de los *oppida* estudiados en esta fase histórica y surge un número significativo de pequeños núcleos fortificados en la línea de costa de la Indigecia.

Capítulo 6

La formación de estructuras estatales: el tránsito de un modelo heterárquico al Estado tribal centralizado de Ullastret (S.IV-III a.C.)

6.1. Introducción

A grandes rasgos, el siguiente capítulo se propone contribuir al esquema general de este caso de estudio reflexionando sobre la evolución sociopolítica de los indigetes y abriendo nuevas vías de investigación en relación con el modelo organizativo que, según la mayoría de autores, emerge en la segunda mitad del S.VI a.C. y se consolida durante el S.IV a.C. La idea principal que articula la discusión e interrelaciona los diferentes ejes temáticos reside en enfocar el proceso de unificación política que parece sugerir la organización territorial desde el punto de vista del concepto antropológico del estado tribal (Collis, 2016, 268).

En contraposición a los resultados obtenidos en el estudio de la fase histórica anterior, en la que se sugería la existencia de un modelo heterárquico basado en jefaturas complejas que no habían alcanzado el estadio de centralización política, en el S.IV a.C. se atisba por primera vez una dinámica del poblamiento fuertemente jerarquizada (Sanmartí, 2010, 102; Asensio et al., 2019, 91). La reorganización macroespacial del patrón de asentamiento y el consiguiente paisaje social, cuya evidencia más significativa quizás sea el abandono de los *oppida* de Pontós y Peralada y el crecimiento de Ullastret, que se consolida como lugar central y centro político territorial, parecen responder a la formación de estructuras estatales (Sanmartí, 2004, 25; Sanmartí, 2010, 100), definidas como tribales. El escenario social que surge a principios del S.IV a.C. se complementa con la eclosión de nuevos centros fortificados. La mayoría de ellos son de pequeñas dimensiones y se sitúan geográficamente al sur de Ullastret, extendiéndose el territorio inicial de la Indigecia hasta Lloret de Mar, donde es fundado el *oppidum* de Montbarbat. Otra novedad de gran calado es la aparición y consolidación de un sistema de fronteras políticas, articulado en torno de Sant Julià de Ramis y Montbarbat en el sur.

El planteamiento general de esta sección de la tesis se fundamenta en la implementación de tres grandes líneas de indagación íntimamente vinculadas entre sí, pues todas arrojan luz sobre el objetivo

central, que no es otro sino determinar la génesis del estado a partir de la evidencia arqueológica. En la primera de ellas se realiza un examen exhaustivo del territorio y el paisaje social, ya que ambas unidades constituyen el marco que mejor refleja la evolución sociopolítica de los indigetes y la nueva estrategia político-territorial de la aristocracia tribal (Molinos y Ruiz, 2008, 53). Análogamente, con el fin de evaluar en toda su extensión la complejidad de la ordenación social del espacio, era necesario abordar la estructura espacial subyacente. Con este propósito en mente, he llevado a la práctica una segunda propuesta metodológica apoyada en la combinación de dos métodos de estadística espacial, el de Monte-Carlo y el del vecino más próximo, de manera que los resultados fueran más sólidos. La finalidad era establecer si el patrón espacial era aleatorio y definir su posible relación con la formación social. En el segundo bloque de contenidos se explora en profundidad la naturaleza urbana de los *oppida* y la formación del estado, puesto que en numerosas ocasiones ambos procesos se originan simultáneamente y en estrecha relación (Barceló et al., 2002, 49; Asensio et al., 2019, 102). En este subapartado se examinan los rasgos y atributos del fenómeno urbano, qué es una ciudad y el rol social de los santuarios públicos. Se pone el énfasis, igualmente, en el origen del estado, sus elementos constitutivos y se considera el concepto de Estado tribal centralizado y sus indicadores arqueológicos. La otra gran línea de estudio se centra en el papel de la etnogénesis en la estructuración social de los indigetes y su vínculo con las instituciones sociopolíticas, entre las que destacan la asamblea pública, el senado tribal aristocrático y el linaje real (Roymans, 1990, 16; Alvar-Ezquerro, 2004, 64; Fernández-Götz, 2014, 64). Para esto último la evidencia es un tanto elusiva, aunque existen vestigios suficientes para reflexionar, como el denominado templo B de Ullastret, la zona 14 o el área sacra situada en la cima del Puig de Sant Andreu.

Considero necesario remarcar que el uso del término tribal en este caso de estudio está exento de cualquier connotación peyorativa. Es empleado, siguiendo a Godelier en este punto, para designar la unión de un grupo de clanes que habitan un territorio que reclaman como propio (Godelier, 1998c, 20). A su vez, un conjunto de grupos tribales conforman una entidad étnica (Godelier, 1998c, 20). Se ha evitado, en todo momento, la utilización de la expresión tribu, por su vinculación con conceptos racistas de la época colonial (Fernández-Götz, 2014, 52).

6.2. El contexto histórico del Ibérico Pleno

Como han mostrado múltiples estudios, en el transcurso del S.IV a.C. se produce una transformación de la estructura política de la sociedad ibérica. Aun a riesgo de simplificar, el modelo de jefaturas complejas da paso a configuraciones sociales de tipo estatal. A ello no es ajeno la atomización del poder en Ullastret, que se concentra y centraliza, sustituyendo a las redes de poder heterárquicas que se habían caracterizado por su lucha por identificarse con los mitos y las visiones cosmológicas de la *gens*.

Durante este periodo se vuelve a documentar un significativo incremento demográfico que se revela a nivel arqueológico en el aumento del tamaño de los asentamientos y la proliferación de núcleos rurales, provocando la formación de un paisaje social densamente poblado (Sanmartí, 2009a, 24; Sanmartí, 2010, 100). La impresión de conjunto es que la capacidad de carga del territorio, condicionada por el desarrollo de la población, llegó a un punto en el que fue necesario un nuevo crecimiento de la economía política para sustentar a las comunidades (Sanmartí, 2004, 25; Sanmartí, 2010, 100). Se produce, en realidad, una transformación del modo de producción, que se articula en torno a una estructura tributaria (Ruiz-Rodríguez, 2018, 208). La intensificación económica es probable que diera lugar a la puesta en marcha de

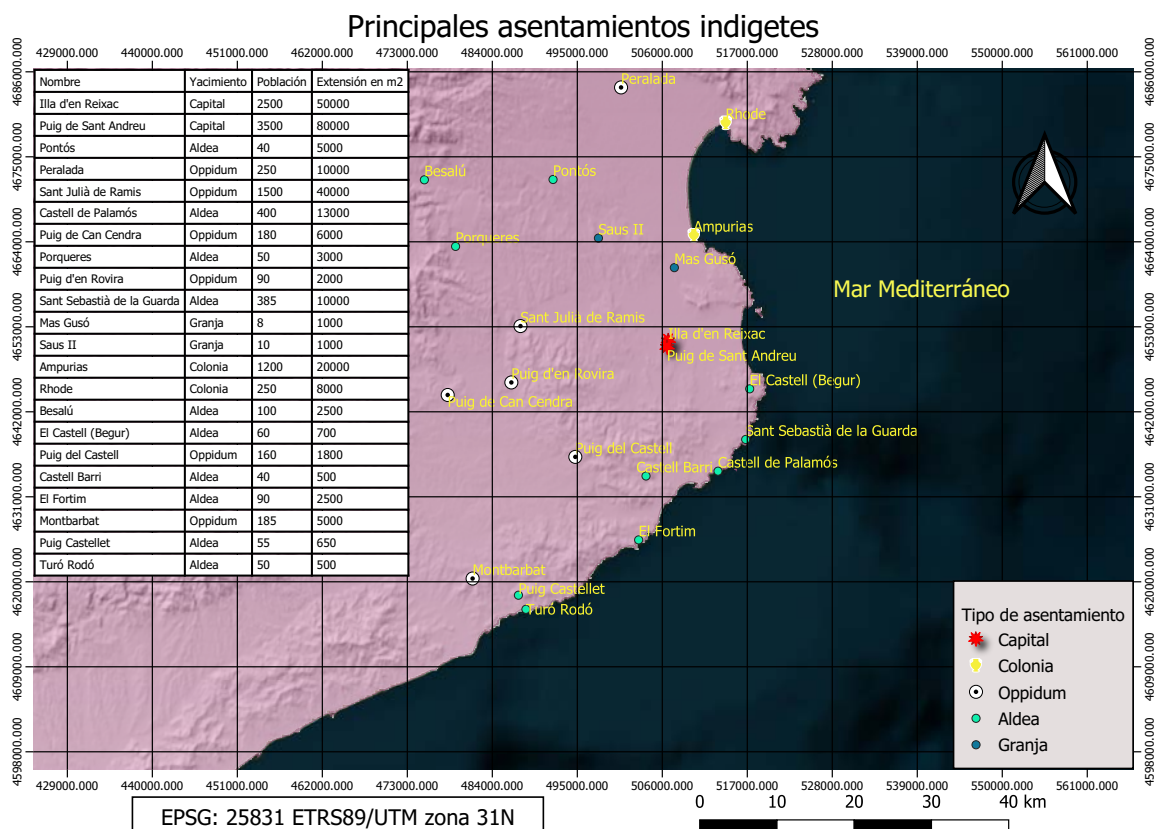


Figura 6.1: Mapa de la Indigecia con los principales yacimientos del Ibérico Pleno, su tamaño y número de habitantes aproximado

un sistema administrativo e institucional, indicativo de estructuras estatales (Sanmartí, 2004, 25; Sanmartí, 2010, 100). La situación esbozada anteriormente se ve reforzada por la gran difusión de la escritura en el S.IV a.C., especialmente en Ullastret (Sanmartí, 2010, 100; Quesada-Sanz, 2017, 498). Existe, de hecho, consenso entre los especialistas en catalogar los textos más complejos como administrativos o con funciones comerciales (Velaza, 2009, 150; Ferrer et al., 2015, 169).

Por primera vez se observa en el área costera catalana un patrón de poblamiento complejo y muy jerarquizado, dominado por grandes urbes que ejercerían el rol de capitales de entidades políticas que, en general, se corresponden con los "territorios étnicos mencionados por las fuentes clásicas" (Sanmartí, 2010, 102; Asensio et al., 2019, 91). La organización macroespacial del patrón de asentamiento refleja, en lo esencial, la posible existencia de varios niveles de toma de decisiones, indicativo de una administración compleja (Sanmartí et al., 2016, 128; Asensio et al., 2019, 94). Los tres rangos de jerarquía que se manifiestan en la estructura territorial son los siguientes: el lugar central o centro político, en este caso Ullastret, ciudad rectora que llegaría a alcanzar las 18 hectáreas de extensión y controlaría un territorio considerable; se le puede atribuir, sin duda, categoría urbana. Asentamientos de segundo orden como Sant Julià de Ramis, la Creueta o Montbarbat, que alcanzarían las 4 hectáreas y desempeñarían funciones especializadas. Y, por último, un número relevante de aldeas fortificadas, con una superficie aproximada de 0.5 a 1 hectárea, como Castell en Palamós, Sant Sebastià de la Guarda o Puig Castellet en Lloret de Mar, vinculadas en su mayoría a la explotación agrícola (Sanmartí et al., 2016, 128; Asensio et al., 2019, 94). Hay, no obstante, una cuarta categoría compuesta por granjas (Sanmartí et al., 2016, 128; Asensio et



Figura 6.2: Azada procedente del Puig de Sant Andreu. Foto del archivo del MAC Ullastret

al., 2019, 94).

La mejoría y progreso de la economía política, sin embargo, no fue solo debido al aumento de la población. La innovación tecnológica, muy ligada a la metalurgia del hierro, cumple un papel crucial en el proceso de cambio social y el crecimiento progresivo de la producción agrícola y el excedente (Belarte et al., 2020c, 7). La extensión de la siderurgia y metalurgia del hierro se produce durante el S.IV a.C., cuando su uso se generalizó masiva y aceleradamente (Quesada-Sanz, 2017, 519; Belarte et al., 2020c, 9). Se trata de un recurso fundamental para el mantenimiento del estatus social, la violencia y la economía de subsistencia, como denotan los hallazgos de armamento y utensilios agrícolas, muy superiores a los de la fase anterior (Belarte et al., 2020c, 9; Belarte et al., 2020b, 127). En la Indigecia, el 58 % de los artefactos metálicos han sido hallados en asentamientos y el 42 % restante en un contexto funerario (Belarte et al., 2020b, 128). El conjunto de instrumentos de metal férreo procedente de yacimientos protohistóricos presenta una enorme diversidad funcional. Destacan por su valor simbólico y social las espadas y sus vainas, puntas de lanza, dagas y armas defensivas como los escudos (Belarte et al., 2020b, 133). Un grupo particularmente bien representado es el de las herramientas agrícolas, compuesto por hoces, rejas de arado, podadoras, hachas, azadas y otros aperos minoritarios (Belarte et al., 2020b, 133). Otras categorías importantes de objetos son: los artículos de cuidado personal, atuendos de vestir y ornamentales como las fíbulas, piezas para caballería, carros y la construcción, punzones, cinceles, cizallas y artilugios culinarios de varios tipos (Belarte et al., 2020b, 133).

La única cadena de producción de hierro completa documentada hasta la fecha en la zona catalana es la del yacimiento de Les Guàrdies, en el Vendrell, Tarragona (Belarte et al., 2020b, 134). Aquí

fueron localizados los puntos de extracción de mineral al aire libre, junto a los hornos y herrería para su procesamiento (Belarte et al., 2020b, 134). Sin embargo, talleres de herrero han sido registrados en numerosos núcleos rurales, pequeñas aldeas y en áreas extramuros de grandes asentamientos como Ullastret, lo que indica que debió de ser una actividad bien desarrollada durante el Ibérico Pleno para reparar y fabricar objetos metálicos (Belarte et al., 2020b, 135). El otro contexto en el que hay indicios de actividades relacionadas con la transformación y tratamiento de los metales es el de las grandes casas aristocráticas de la élite social (Belarte et al., 2020b, 135). Efectivamente, en la Illa d'en Reixac, la zona 14 y las grandes residencias del establecimiento rural de Pontós se han encontrado restos de hornos metalúrgicos y evidencias de reducción y posreducción de desechos de hierro, así como abundante escoria de esta materia prima (Belarte et al., 2020b, 135).

Aunque esto permanece como una cuestión para especular, una de las tesis principales defendidas por Sanmartí y sus colaboradores es que el estamento dirigente pudo haber controlado la producción de hierro en toda su extensión (Belarte et al., 2020b, 136). Merece la pena ser destacado que los herreros artesanales de aldeas y granjas es posible que solo se hubieran dedicado a la producción a pequeña escala de utensilios para la vida diaria, mientras que la producción de armamento y herramientas agrícolas recaería en los talleres de las viviendas señoriales, que es donde mayormente aparecen (Belarte et al., 2020b, 136). Esta interpretación es atractiva porque es posible complementarla con otra idea y un análisis en la misma línea. El dato de hecho de partida es que la mayoría de campos de silos, con la salvedad del establecimiento agrario de Pontós, están vigilados, pues se encuentran o bien dentro de los poblados fortificados o en el exterior pero junto a las murallas. Cabría suponer con buenas razones que cuando el excedente agrícola es custodiado y defendido por la élite guerrera es porque recibirían a cambio de sus servicios una parte de la producción, muy probablemente en forma de pago o tributo, base del nuevo modelo socioeconómico. Este gravamen podría haber sido movilizado por el grupo dirigente para asegurar el aprovisionamiento de la población en época de carestía, para la importación de bienes de prestigio con los que reafirmar su estatus o para el mantenimiento de la administración (Sanmartí, 2009a, 25; Sanmartí, 2010, 102).

El panorama descrito nos conduce a un eslabón crucial, el de la tenencia del *ager* público. Soy consciente de que estoy entrando en un campo de escasa evidencia arqueológica, en el que probablemente nunca llegaremos a conocer la realidad, aunque por analogías es posible proferir alguna sugerencia. Marx se percató, en su estudio de la propiedad privada, que mientras que los clanes escoceses e irlandeses mantuvieron el dominio colectivo de la tierra, esta estuvo excesivamente poblada (Marx, 1967, 773). Sin embargo, las privatizaciones del S. XVIII ocasionaron una severa disminución de la población (Marx, 1967, 750). Esto es, Marx estableció un vínculo muy interesante entre el régimen de posesión comunal, al que se accedía como miembro de la comunidad, y el índice demográfico. En buena lógica, se podría aventurar la hipótesis de que el crecimiento poblacional documentado, plausiblemente, este indicando el derecho y disfrute de uso del suelo de todo el grupo étnico. En tanto que una parte de la producción, el excedente, almacenado en silos y vigilado desde las murallas, sería de facto privado, monopolizado y controlado por la aristocracia en el poder, que lo canalizaría para sus propios fines sociales mediante las relaciones clientelares. Esta dinámica contradictoria entre propiedad comunal y privatización del excedente permite comprender la naturaleza de los lazos políticos entre patrón y cliente, habida cuenta que era imprescindible tener garantizada la subsistencia para poder disponer del sobrante con el que pagar el tributo que concedía el ingreso al sistema clientelar (Ruiz-Rodríguez, 2000, 19).

6.3. La articulación del espacio territorial

Una cuestión clave, con rasgos que permiten desarrollar el potencial interpretativo para abordar la articulación del nuevo orden que surge en el S.IV a.C., es el estudio de la reorganización que se observa en el territorio y la estructuración espacial implícita en la ordenación del paisaje y el sistema de fronteras. El territorio político posee una dimensión ligada a la identidad étnica del grupo y otra que lo vincula a la aristocracia tribal, puesto que constituye el espacio social sobre el que el poder ejerce su control y dominio (Molinos y Ruiz, 2008, 53); mientras que el paisaje es uno de los componentes de la estructura política de la formación social (Molinos y Ruiz, 2008, 53). Es por ello que las transformaciones que se operan en este doble marco narrativo parecen estar asociadas a los procesos sociohistóricos que se llevan a cabo durante este periodo, que se materializarán en la formación del Estado tribal centralizado de Ullastret.

6.3.1. La transformación política del territorio y el paisaje social

Pese a que la información es bastante irregular, los datos espaciales y el registro arqueológico inducen a pensar en una serie de cambios geopolíticos que se reflejan en la configuración del paisaje social. De hecho, la geografía estructural de la Indigecia dibuja en este periodo histórico un paisaje centralizado y delimitado por fronteras políticas. A la vista de las evidencias, la dinámica de territorialización pone de manifiesto la jerarquización del espacio y la sustitución de los lazos de parentesco por el territorio como principio organizador de la sociedad (Sanmartí et al., 2016, 19).

Desde una perspectiva político-territorial, una de las modificaciones más significativas que acontecen en el S.IV es el abandono de dos de los principales *oppida* de la fase anterior, el de Peralada y el de Pontós. Este es un acontecimiento, como veremos a continuación, decisivo para comprender la transición hacia un modelo estatal. Tradicionalmente, la historiografía ha atribuido la amortización de estos dos establecimientos indígenas a la influencia de la vecina Ampurias y la hipotética existencia de un hinterland ampuritano bajo el control político de la colonia focea (Asensio y Pons, 2009, 283; Burch et al., 2010, 213). No obstante, con la debida cautela y prevención, los datos permiten realizar otro tipo de lecturas. Desde un punto de vista más cercano al funcionamiento de los pueblos indígenas, es tentador relacionar estos sucesos con la dinámica de la etnogénesis, entendida aquí como un elemento para la integración de comunidades subétnicas. Esta se caracteriza por ser un proceso permanente en el tiempo que, en el caso de los indigetes, se alargará hasta el comienzo de la romanización, como bien atestiguan las *tabellae defixionum* de la necrópolis Ballesta.

El mecanismo interno de la etnogénesis permitía que en las luchas de poder intertribales de los estamentos aristocráticos, la población vencida, incluyendo toda su estructura social y guerrera, fuera integrada en la sociedad del vencedor de la contienda (López-Quiroga, 2011, 55). Sobre este último aspecto, cabe destacar dos aspectos relevantes. En primer lugar, podemos añadir que una comunidad sin un aparato defensivo se encuentra desarticulada a nivel político y por lo tanto es susceptible de ser fácilmente agregada a la unidad del grupo dominante. No menos importante, el desmantelamiento de murallas es un instrumento de dominación con el que evitar rebeliones internas y ejercer el control sobre el resto de organizaciones sociales que conforman la entidad étnica. Esto favorecería, lógicamente, la concentración de poder en algunos clanes. Por ello, la amortización de estos *oppida* no se puede relacionar con Ampurias, cuyo perímetro fortificado no se construyó hasta bien entrado el siglo IV a.C. Y, de hecho, no se ha documentado hasta la fecha una extensión del área primitiva de Ampurias. Sin embargo, la investigación

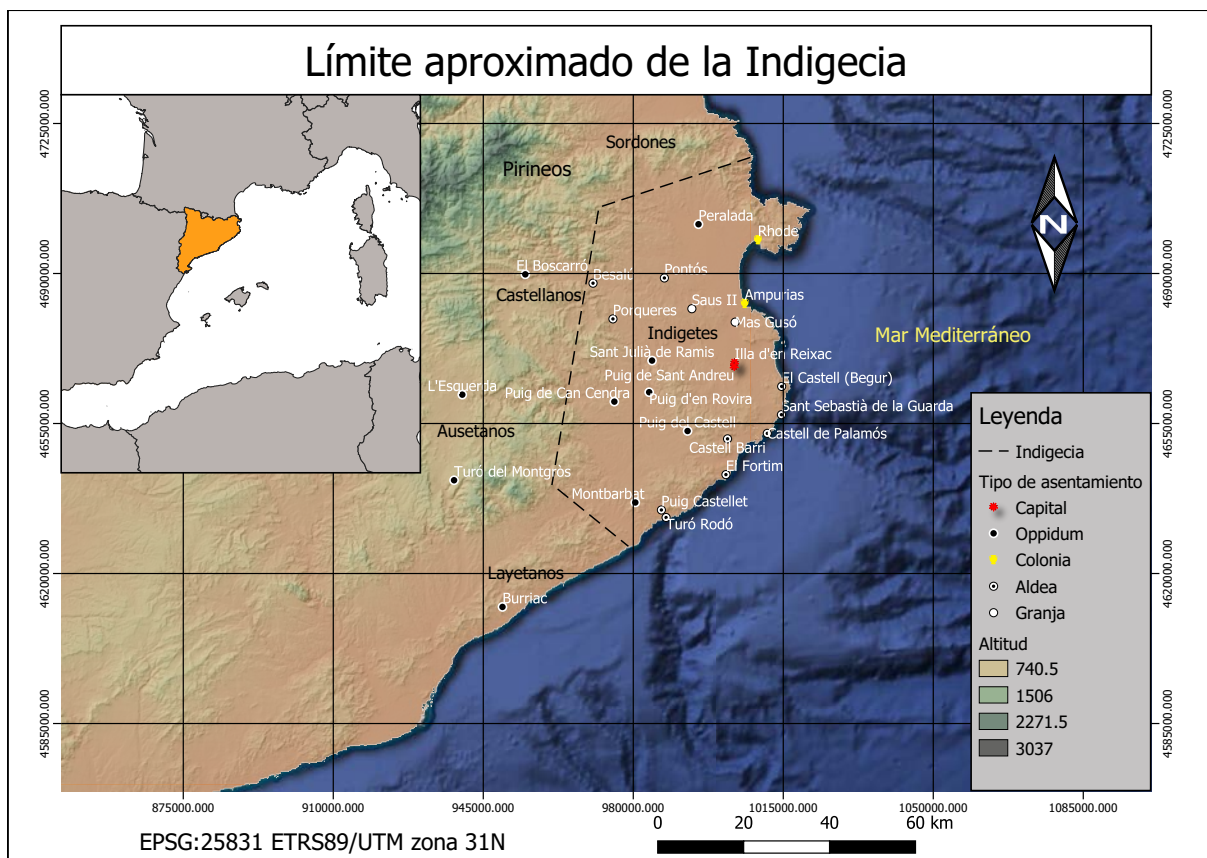


Figura 6.3: Límites aproximados de la Indigecia

ha desvelado en numerosas ocasiones que la amortización de los *oppida* citados coincide en la línea del tiempo con el periodo en el que Ullastret alcanza su apogeo máximo, incrementa su superficie, refuerza sus fortificaciones y establece su base de poder político y territorial. Esta serie de indicios sugieren una vinculación etnopolítica entre el abandono de estos núcleos fortificados y la consolidación de Ullastret como centro hegemónico y lugar central del emergente ordenamiento estatal.

No faltan, sin embargo, vestigios que apuntan a otras transformaciones de gran calado en el panorama poblacional. A tenor de los datos disponibles, serán fundados en el S.IV a.C. un número considerable de nuevos asentamientos fortificados, la mayoría de ellos emplazados al sur de Ullastret, a lo largo de la línea de costa. Algunos de estos yacimientos son: el Castell (Begur), Castell Barri, El Fortim (Sant Feliu de Guíxols), Montbarbat, Puig Castellet y Turó Rodó en Lloret de Mar. Casi en su totalidad, por su tamaño, pueden ser consideradas pequeñas aldeas amuralladas, con la excepción del poblado de Montbarbat, que tiene una superficie ligeramente mayor, calculada en unos 5.673 m² (Burch et al., 2010, 359). Si hacemos memoria, esto supone una gran novedad con respecto a la fase anterior, en la que el hábitat rural no contaba con un sistema defensivo. Otra innovación que merece ser tomada en cuenta es la fortificación de núcleos preexistentes, como denota el yacimiento de Castell (Palamós), cuyas defensas han sido datadas a finales del S.IV o principios del S.III a.C. (Aquilué, 2015, 144). La consecuencia directa de estos cambios en el paisaje social es que la geografía política de la Indigecia se modifica de manera sensible. El resultado es, según lo expuesto, una expansión territorial del núcleo originario de la Indigecia, que alcanza por el sur el límite marcado por el río Tordera. En este lugar se establece, a juzgar por el contacto visual de Montbarbat y Puig Castellet con el curso inferior de la cuenca del Tordera, la frontera política con los



Figura 6.4: Península de Sa Coberterella, donde se sitúa el poblado indígena de Castell, Palamós. Fotografía realizada por el autor

layetanos (Burch et al., 2010, 359).

6.3.2. El patrón de asentamiento

La estructura jerárquica del poblamiento refleja las diferencias con el modelo heterárquico del Ibérico Antiguo. En efecto, durante la primera facies del iberismo no parece haber ningún poblado amurallado que se imponga, ni por su tamaño, si exceptuamos el Puig de Sant Andreu, con una superficie de 3 hectáreas, ni por su población, ni por la extensión de su territorio, por encima de los demás. Si bien es cierto que algunos rasgos de Ullastret, como su sistema defensivo, el volumen de importaciones o las viviendas complejas del S.V a.C en la zona 9, permitían vislumbrar su futuro papel hegemónico como lugar central. El análisis territorial llevado a cabo en el capítulo anterior sugería la existencia de territorios que se correspondían, grosso modo, con las cuencas hidrológicas. A saber, ninguno de los establecimientos indígenas controlaba políticamente todo el territorio del grupo étnico. En consecuencia se proponía un patrón de asentamiento estructurado en núcleos fortificados primarios y secundarios.

El horizonte descrito contrasta con la complejidad del poblamiento en el periodo de transición al Estado tribal. Se documentan por primera vez en el área costera catalana grandes ciudades que asumirían el rol de capitales en un sistema de poder político de tipo territorial y estatal (Sanmartí et al., 2016, 128; Asensio et al., 2019, 91). Ullastret, probablemente la *Indika* de las fuentes clásicas, con 18 hectáreas y una población cercana a las 7.000 habitantes, pasó a ser el centro neurálgico y ceremonial de los indigetes



(a) Sant Julià de Ramis

(b) Aldea fortificada de Puig Castellet

Figura 6.5: Fotografías realizadas por el autor

(Sanmartí, 2010, 102; Asensio et al., 2019, 93). A la luz del registro arqueológico, todo parecería indicar que este *oppida* presidiría un extenso territorio centralizado, calculado en unos 3.000 km² y organizado jerárquicamente en varios niveles, dependiendo del tamaño y función del asentamiento (Sanmartí, 2010, 102; Asensio et al., 2019, 94).

Conforme a su tipología, se distinguen yacimientos de segundo orden que estructurarían zonas geográficas concretas (Sanmartí et al., 2016, 128; Asensio et al., 2019, 94). Dentro de esta categoría encontramos aglomeraciones medianas cuya planificación es similar a la de las grandes ciudades pero de menor tamaño, ya que su extensión ha sido estimada en 3 o 4 hectáreas (Asensio y Martín, 2004, 51). En este grupo podríamos incluir núcleos habitados como Sant Julià de Ramis o la Creueta, cuya función social pudo estar relacionada con el control de la circulación de la producción cerealícola desde las zonas del interior hacia la costa (Asensio y Martín, 2004, 53).

En el rango inferior encontramos hábitats fortificados con una superficie de 0.5 a 1 hectárea. Estas aldeas estarían vinculadas a la explotación agrícola y la vigilancia del territorio, constituyendo la base del poblamiento indikete. Hay, no obstante, una última categoría, muy mal conocida pero de la que tenemos constancia, las granjas agrícolas, que conformarían la unidad más básica de la estructura jerárquica (Asensio y Martín, 2004, 53; Asensio et al., 2019, 94).

6.3.3. La centralidad del territorio

La centralidad del territorio es una idea que ya ha sido analizada, si bien parcialmente, en capítulos anteriores, por lo que no voy a incidir en los mismos aspectos. Sin embargo, se pueden ofrecer nuevas pinceladas relacionadas con el propósito que nos ocupa, la formación de estructuras estatales.

El concepto hace referencia al medio físico que sustenta económicamente a la formación social e identifica al grupo étnico, en la medida en que es el ámbito en el que se desarrollan las actividades económicas y la historia mítica de los orígenes. La centralidad del territorio es, por expresarlo sucintamente, la fisicalidad de la entidad política, puesto que proporciona el sustrato material que determina factores tan relevantes como la estrategia defensiva, la red de comunicaciones, la explotación de los recursos, el régimen alimenticio o el comercio con Ampurias. La centralidad del territorio indikete se inserta en la dinámica económica del S.IV a.C. gracias a la conectividad con el Mediterráneo a través de Ampurias, por lo que es un catalizador de la jerarquización centralizadora e incentiva la aparición de las primeras

formas estatales.

En este sentido, de hecho, pese a las enormes diferencias conceptuales que les separan, la centralidad del territorio guarda ciertas similitudes con una de las teorías más aceptadas sobre el origen del estado, la de la Circunscripción Geográfica de Carneiro. Ambas propuestas coinciden en subrayar, aunque por razones distintas, el papel crucial que desempeña el territorio en los procesos de evolución política que conducen al origen y construcción del estado (Carneiro, 1985, 11). La noción de territorio en ambas teorías reúne unas características fisiográficas concretas, entre las que destaca el ser un espacio sociopolítico delimitado por accidentes geográficos naturales, como cadenas montañosas, mares o desiertos, en cuyo epicentro hay comúnmente tierras de labor con un alto potencial agrícola (Carneiro, 1985, 11); esta definición es consecuente con la línea de lo que argumentaba en capítulos anteriores en relación con la orografía del Ampurdán en particular y la Indigecia en general (Carneiro, 1985, 11). La hipótesis de Carneiro, empero, pone el foco de atención en la circunscripción de la sociedad a un área determinada, bien sea por razones geográficas, al tratarse de una región ecológicamente favorecida, o de índole política, pues pueden haber grupos hostiles en los ámbitos limítrofes, lo que generaría presión demográfica e incrementaría los conflictos bélicos (Carneiro, 1985, 11 y 14; Martínez-Peñas, 2018, 95). Los factores mencionados, en conjunción, serían el detonante, según Carneiro, que activaría el mecanismo que proporciona las condiciones para la emergencia del estado (Carneiro, 1985, 14).

Sin embargo, la centralidad del territorio, reconociendo la importancia de la circunscripción geográfica y la ubicación central de la Indigecia, pone el énfasis en otro elemento clave, la capacidad de producción del territorio. Esto es, cuánto se produce es crucial no solo para asegurar la subsistencia, sino para sostener el aumento demográfico ya señalado en ocasiones anteriores, para lo que fueron necesarios los medios materiales y recursos naturales que suministraba y/o se obtenían del territorio indigete. De ahí la relevancia de la centralidad del territorio, que propiciaría que se pudieran concentrar recursos y produjera excedente, atestiguado por la proliferación de campos de silos, con los que se financiarían las estrategias del estamento dirigente y el proceso de jerarquización (Sanmartí, 2009a, 25; Sanmartí, 2010, 102). Otra particularidad de la centralidad del territorio, muy relacionada con la hipótesis de trabajo, la simbiosis entre Ullastret y Ampurias, es precisamente la presencia de la colonia focea. El *port of trade* conectaría el hasta entonces extremo occidental del mundo griego tanto con el circuito sociocultural mediterráneo como con el peninsular; siendo en este sentido el punto de entrada de ideas, de bienes de prestigio con los que mantener la ideología de la élite social y de innovaciones tecnológicas, puestas de manifiesto en algunas técnicas constructivas de la muralla de Ullastret, algunos rasgos de la arquitectura doméstica o las cisternas del S.III a.C.

A modo de síntesis, cabría aventurar a nivel teórico que la centralidad del territorio, entendida de forma amplia, es probable que jugara un papel relevante en el establecimiento de las condiciones para la transición al Estado tribal centralizado de Ullastret, evidentemente junto a otros componentes de la dinámica de cambio social como el desarrollo de la metalurgia del hierro y demás causas ya expuestas. Cabe suponer, en todo caso, que un solo factor es a todas luces insuficiente para explicar la complejidad de un proceso histórico de tan hondo calado. Sin embargo, ayuda a comprender mejor fenómenos tan decisivos para el desarrollo del estado como el crecimiento demográfico, la intensificación de la agricultura o la acumulación de excedente. Estos factores no se hubieran plausiblemente producido, o al menos no de igual forma, sin un territorio central que dispusiera de los medios para incentivar la producción, que parece ejercer de base material de la sociedad. Todo ello, indudablemente, en cooperación con la

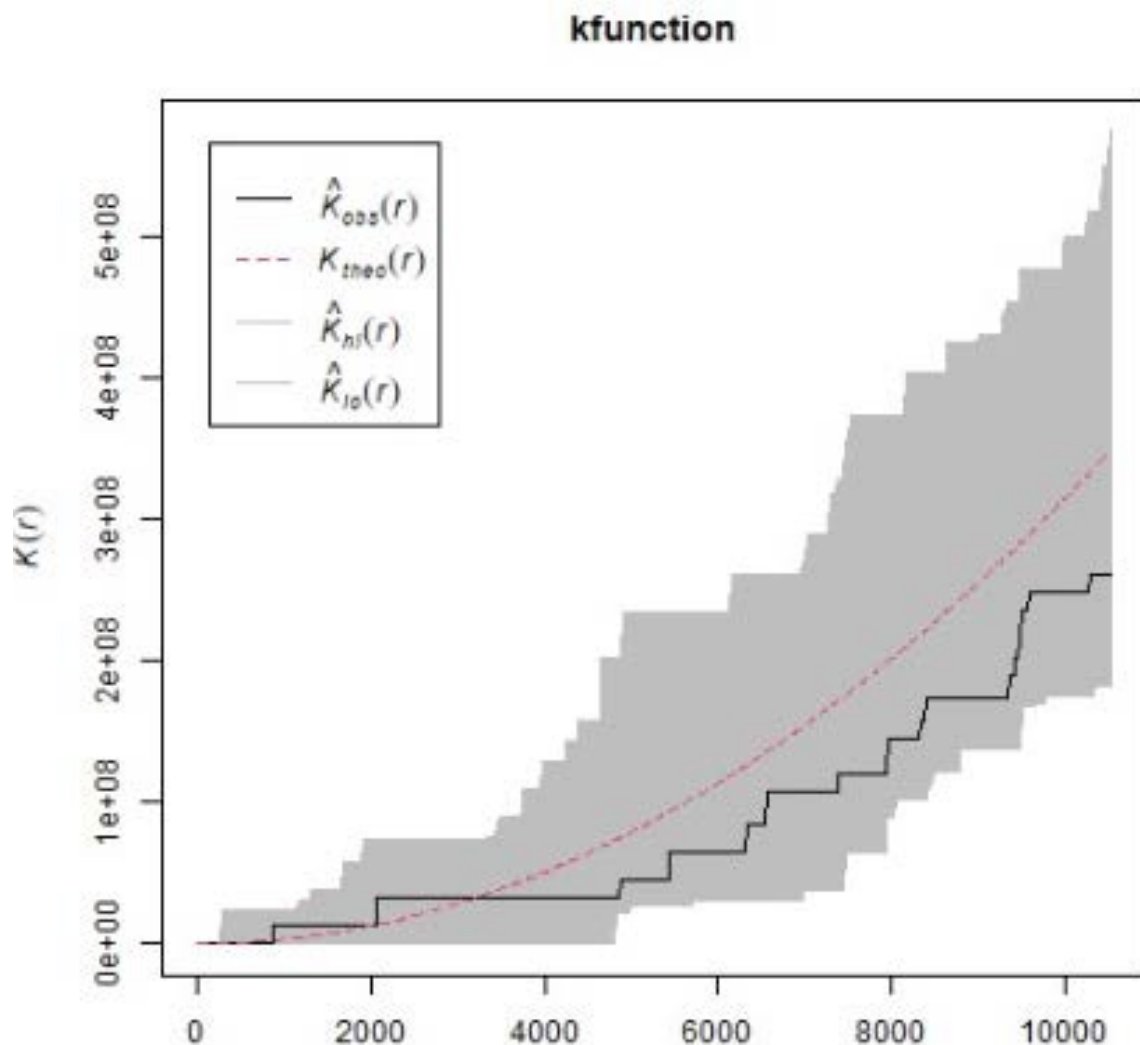


Figura 6.6: Método estadístico Monte-Carlo. Gráfica realizada con el software R incorporado en el núcleo de QGIS

agencia colectiva de la organización social, que fue en última instancia la encargada de poner en marcha el engranaje productivo.

6.3.4. Estadística espacial I. El método Monte-Carlo y el análisis del vecino más próximo

Con el fin de evaluar en toda su extensión la complejidad de la articulación del espacio, es necesario abordar la estructura espacial que subyace en el territorio, dado el rol esencial que desempeña el análisis espacial en este caso de estudio para acometer la investigación del poblamiento y la organización sociopolítica de los indigetas. El objetivo es arrojar luz sobre la cuestión de la configuración territorial y su posible relación con la formación social, a la vez que se complementan con nuevos métodos los análisis llevados a cabo en las páginas precedentes.

La estadística, en especial la espacial y la geoestadística, son campos que día a día ganan más adeptos en los círculos académicos por su potencial para interpretar el registro arqueológico (Barceló, 1988, 51).

Como señala el propio Barceló "la estadística tal como es entendida actualmente es la lógica a través de la cual podemos subir un peldaño en la escalera que nos lleva de los datos a la información" (Barceló, 2007, 23). La estadística en arqueología busca, principalmente, regularidades fruto de la acción social y las causas de las diferencias observadas, junto a la continuidad o la variación en la reproducción social (Barceló, 2007, 14 y 15). Lo observable es generalmente atribuible a la acción del trabajo, ya sea este realizado de forma individual o en grupo, la reproducción social o la actividad colectiva, factores que habitualmente alteran la naturaleza y dejan huella, por lo que pueden ser estudiados (Barceló, 2007, 12). Cabe hacer notar, además, que los datos espaciales son susceptibles de ser analizados estadísticamente como cualquier otro tipo de información, ya que pueden aplicarse sobre ellos las técnicas estadísticas habituales.

Con el objetivo de ahondar en el análisis territorial, he puesto en práctica una metodología basada en la combinación de dos métodos estadísticos complementarios, el de Monte-Carlo y el del vecino más próximo, con el fin de obtener resultados más sólidos. Con ello, asimismo, se evita el mayor problema del análisis del vecino más próximo. A saber, que solo utiliza una escala y puede pasar por alto patrones de puntos complejos o multiescalas (Conolly y Lake, 2009, 220). Se pretendía discernir si la capa de puntos, compuesta por todos los núcleos fortificados indigetas de este periodo, albergaba algún tipo de patrón de distribución y, en caso afirmativo, de qué clase. En términos generales, si los puntos que constituyen la capa de yacimientos se distribuyen de forma aleatoria, se sobreentiende que no existe ningún tipo de estructura espacial, mientras que si adoptan una configuración dispersa o concentrada se asume lo contrario (Bevan y Conolly, 2006, 218). Aunque en realidad, casi nunca encontramos una división tan prístina, ya que el patrón de asentamiento, en general, es bastante complejo (Bevan y Conolly, 2006, 218).

La simulación de Monte-Carlo es un potente método de muestreo estadístico que permite el análisis de conjuntos de datos complejos y a varias escalas (Conolly y Lake, 2009, 216). Se utilizaba mucho antes de la llegada de la era digital y los softwares estadísticos como R, que han facilitado mucho la creación de gráficos y los cálculos estadísticos (Conolly y Lake, 2009, 216). La base de la técnica se basa en asumir que a partir de una muestra aleatoria de la población se pueden obtener los rasgos esenciales de la misma (Conolly y Lake, 2009, 216). Para ello la simulación toma el número máximo de muestras arbitrarias, analizando su distribución de valores (Conolly y Lake, 2009, 216). El método ha sido ampliamente empleado, con muy buenos resultados, en el análisis espacial, para establecer cómo es una distribución de puntos (Conolly y Lake, 2009, 216). A la hora de interpretar la gráfica hemos de tener en cuenta varios detalles. Vayamos por partes. K_{obs} es el valor observado de K para nuestros datos; mientras que K_{theo} es el valor teórico de K , es decir, la línea de aleatoriedad. Los otros dos valores marcan la envolvente superior e inferior de K en las simulaciones. Si la función K_{obs} se sitúa por encima de la función teórica esperada, la distribución tiende a la agrupación. Si la función K_{obs} se encuentra por debajo de la línea teórica, tenderá hacia la dispersión. Y, por último, si se sitúa entre la envolvente superior e inferior la distribución será aleatoria o no significativa. De acuerdo a la simulación de Monte-Carlo llevada a cabo, la función K_{obs} se emplaza por debajo de la línea teórica, aunque se mantiene dentro de la envolvente, por lo que el patrón de puntos es de tipo disperso con una cierta tendencia a la aleatoriedad, puesto que no se desvía significativamente de un proceso aleatorio. Se puede colegir que los asentamientos se distribuyen de manera homogénea por todo el territorio, quizá debido a la disponibilidad de recursos, agua o tierras fértiles (Conolly y Lake, 2009, 219).

El análisis del vecino más próximo de Clark y Evans, todavía muy empleado en estudios arqueológicos,

Observed mean distance: 7071.73797566329
Expected mean distance: 5684.148775922229
Nearest neighbour index: 1.244115566717539
Number of points: 22
Z-Score: 2.1904719569753848

Figura 6.7: Análisis del vecino más próximo

no es suficiente por si solo para establecer con certeza la distribución de un patrón de puntos (Bevan y Conolly, 2006, 219). Sin embargo, en combinación con la potente simulación de Monte-Carlo, es una herramienta eficaz para reafirmar y consolidar los resultados obtenidos. El análisis muestra que la distancia media observada es muy superior a la esperada. Esto es indicativo de que las entidades espaciales están dispersas. El índice del vecino más próximo también aporta información significativa, ya que cuando es menor de 1 se relaciona con fenómenos de clusterización y cuando es superior indica que la tendencia espacial es la dispersión. Dado que el índice marca 1.24 se puede asumir la dispersión. El último indicador que merece atención es el Z-Score, generalmente vinculado con la hipótesis nula, que se sitúa en valores próximos a cero. El Z-Score es bastante superior, 2.19, lo que invita a rechazar la hipótesis nula y por consiguiente que la distribución de establecimientos indígenas siga una pauta de tipo aleatorio.

Llegada la hora de realizar la interpretación arqueológica de las pruebas estadísticas, merece resaltarse que los resultados obtenidos son bastante parecidos, motivo por el cual ambas pruebas estadísticas pueden ser consideradas bastante válidas. La primera lectura interesante es que en la distribución de asentamientos subyace una estructura espacial homogénea y regular, lo que frecuentemente se atribuye a formas de competición entre núcleos habitados y la existencia de áreas de captación de recursos (Bevan y Conolly, 2006, 219). La proliferación de yacimientos en el S.IV y su distribución uniforme es posible que fuera debido a procesos sociales a gran escala, detrás de los cuales es fácil intuir la presencia del nuevo centro político territorial, Ullastret. Si este análisis es correcto, la reorganización del paisaje social no debió de ser un hecho inconexo, sino que respondió a criterios políticos y una estrategia centralizadora que se manifiestan bien definidas en el espacio, mediante la cual probablemente se canalizó, por ejemplo, el aumento demográfico.

6.3.5. Estadística espacial II. Medidas centrográficas

La geoestadística es una rama de la estadística que está adquiriendo un peso importante en los estudios arqueológicos más recientes. Muy sintéticamente, es un conjunto de técnicas enfocadas al análisis de la variabilidad y dependencia espacial, al igual que examina la distribución de un evento en el espacio (Maxímiano-Castillejo, 2012, 83; Maxímiano-Castillejo, 2016, 206). Su función básica es ponderar y analizar las relaciones espaciales, así como evaluar la influencia de la ubicación geográfica sobre una variable determinada (Maxímiano-Castillejo, 2012, 84; Maxímiano-Castillejo, 2016, 205). Además, existe una relación muy estrecha y fructífera entre los SIG y la geoestadística, pues una vez obtenidos los datos estadísticos es posible cartografiarlos con un SIG de escritorio, con el fin de facilitar su estudio (Maxímiano-Castillejo, 2016, 205).

Las medidas centrográficas son el equivalente espacial de las medidas de tendencia central de la

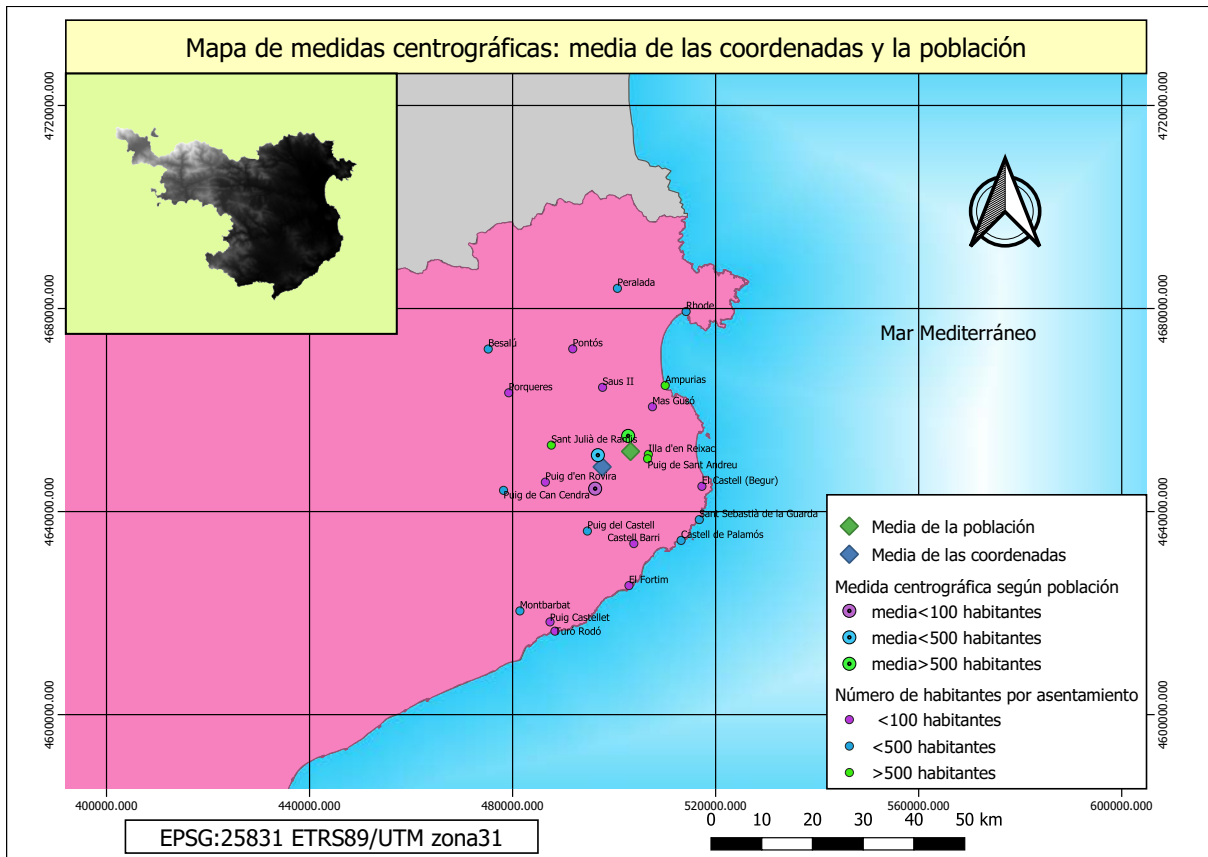


Figura 6.8: Mapa con la media de las coordenadas y de la población

estadística clásica, como el momento de primer orden (media) o la mediana, junto a las de dispersión, tales como el momento de segundo orden (desviación estándar). El cálculo de medidas centrográficas resulta de gran interés para evaluar la centralidad espacial de un conjunto de valores, bien en base a su localización espacial o bien valorando el peso de alguno de sus atributos. El software QGIS incorpora una herramienta que permite realizar este tipo de operaciones, calculando dónde se ubica exactamente la media de las coordenadas de cualquier capa de tipo puntual.

El primer paso para realizar este análisis ha consistido en calcular la media de las coordenadas de la capa con todos los yacimientos fortificados indigetes. Es decir, el lugar exacto en el que se encuentra el centro de gravedad o punto central del territorio. El resultado, que se puede observar en el mapa de esta sección, es llamativo y ofrece un considerable potencial interpretativo. Para empezar, la media de las coordenadas se localiza al oeste de Ullastret, a 12 km en dirección a Sant Julià de Ramis. Esto constituye una prueba más que subraya el role dirigente de este asentamiento. Ni la ubicación, ni la relación con el espacio de este *oppida* parece fruto de la casualidad, sino más bien revela su vocación central, patente desde la construcción del primer sistema defensivo. El emplazamiento de Ullastret junto al punto neurálgico o central del territorio manifiesta, en el plano geográfico y espacial, su importancia en la articulación del poblamiento, en la que asume el rol de capital y centro de poder con previsibles funciones político-administrativas. Es factible, por más que no pase del umbral de la hipótesis, que la ubicación tan cercana de Ullastret al punto central del territorio tuviera connotaciones mágico-religiosas, posiblemente motivadas por el vínculo de las estructuras familiares del lugar con determinadas formas del paisaje; estoy pensando en particular, por ejemplo, en el caso ya analizado de la laguna de ullastret (cf.

Capítulo 4, sección 4.3.4., página 59), que posiblemente conectaba el asentamiento con la línea de costa (Brill et al., 2010, 293).

El siguiente objetivo ha sido modificar la tabla de atributos de la capa de asentamientos para poder incluir una columna más con la población de cada núcleo habitado, con la finalidad de calcular su medida centrográfica. Para ello he utilizado los parámetros proporcionados por Sanmartí y su equipo en un trabajo reciente, según los cuales habría un promedio de 385 habitantes por hectárea (Belarte et al., 2019, 16). Debe puntualizarse, no obstante, que se desconoce la extensión exacta de alguno de los yacimientos, aun cuando son muy pocos, por lo que su población se ha estimado en base a otros criterios o por analogías. En cualquier caso, cualquier aproximación al índice demográfico en la protohistoria es siempre especulativa, aunque aporta claves sugerentes. En último lugar, he clasificado los yacimientos en tres clases. Una con los hábitats de menos de 100 habitantes. Otra que abarca los establecimientos con una franja de población comprendida entre 100 y 500 personas. Y, un tercer grupo, formado por los asentamientos con más de 500 individuos. Este procedimiento me ha permitido analizar los centros de gravedad de distintas categorías de una misma variable y valorar su comportamiento espacial.

Una vez está preparada la capa con toda la información, se procede a obtener la medida centrográfica de la variable población, que contiene los datos relativos a la densidad demográfica de cada poblado. El centro de gravedad de esta variable se ubica muy próxima a la media de coordenadas, lo que sugiere que la distribución de la población es bastante equitativa a lo largo del territorio. Aún más, su comportamiento estadístico según este indicador parece ser bastante homogéneo. El siguiente geoprocésos es calcular la media de los tres grupos establecidos a partir del número medio de habitantes; sus coordenadas se concentran geográficamente en torno al punto central del territorio y muy cerca de la media de la población. Esto, por un lado, nos indica que no existe una gran variabilidad espacial; y, por otro, que la media por categorías comparte los mismos rasgos estadísticos que la media de la población.

Sin embargo, hay matices que merecen ser reseñados. Comparando los resultados de las medidas centrográficas, es discernible que la media de los núcleos habitados con un rango superior a 100 habitantes se desplaza ligeramente hacia el norte de la media de las coordenadas, mientras que el marcador del grupo con menos de 100 personas, claramente, se localiza al sur. Dicho de otro modo, el hábitat más poblado predomina en el eje territorial que se corresponde con la primera delimitación geográfica de la Indigecia, a la vez que en el sur es más significativo el conjunto de yacimientos con menos de 100 individuos. Esta tendencia en el tamaño poblacional es probable que fuera motivada por la dinámica político-territorial. Ya se ha comentado que uno de los grandes cambios de este periodo fue expandir el territorio hasta el río Tordera. El indicio directo más claro en este sentido es la proliferación de establecimientos datados en el Ibérico Pleno. De ello se infiere que la misma existencia de un núcleo territorial originario, en el que se aglomeraban los núcleos fortificados más antiguos, el lugar central y la base de poder, junto al hecho de que el poblamiento en el sur fuese más reciente, explicarían porque el paisaje urbano en esta parte de la Indigecia era menos denso y el porcentaje de residentes por asentamiento más reducido en términos generales.

Finalmente, si realizamos una comparativa entre los resultados obtenidos con el cálculo de las medidas centrográficas de la población y el análisis del patrón de distribución de puntos implementado en la sección anterior, se comprobará que ambos comparten una tendencia común que se complementa. Efectivamente, la estructura espacial del patrón de puntos es regular y homogénea en todo el territorio, a la par que la distribución demográfica es, en general, equitativa. Esto es, la variabilidad espacial de la población se

corresponde, grosso modo, con la disposición de los yacimientos en la organización territorial.

6.3.6. Las fronteras políticas de la Indigencia

Uno de los aspectos esenciales del proceso de territorialización y la articulación del espacio es la creación de fronteras políticas. La delimitación del territorio es un elemento fundamental para establecer la cohesión grupal y el sentido de pertenencia a una sociedad. Pero además, tiene otra faceta relacionada con la etnicidad y los límites de la realidad geográfica del grupo social. Su dimensión política hace de ella un ámbito simbólico y manipulable en el que el poder puede implantar su ideología (Perales-Munguía, 2004, 515). También hay que observar que la frontera adopta una configuración espacial determinada y concomitante con el nuevo modelo estatal. Cabe aseverar, igualmente, que el establecimiento de bordes territoriales actúa como un mecanismo que permite controlar a la población, que queda circunscrita al área bajo el dominio de la estructura de poder (Perales-Munguía, 2004, 520). Y, por ende, la frontera opera en tres niveles distintos pero interrelacionados: "el real, el simbólico y el imaginario" (Santiago-García, 2001, 56). El primero de ellos, el real, presente en todas las formas de demarcación, erige el escenario físico de la organización sociopolítica (Santiago-García, 2001, 56). El aspecto simbólico es crucial, por cuanto justifica la filiación del sujeto al grupo étnico, con sus mitos fundacionales y cosmovisión (Santiago-García, 2001, 56). El imaginario, por su parte, está relacionado con la identidad espacial de la comunidad y determina el margen que separa a la formación tribal del "otro", es decir, delimita la diferencia entre "nosotros" y "ellos" (Santiago-García, 2001, 56).

La articulación de líneas divisorias tiene lugar en el doble marco espacial conformado por el territorio y el paisaje (Molinos y Ruiz, 2008, 54). Hay que distinguir entre la creación de límites y fronteras, puesto que pueden tener significados distintos (Molinos y Ruiz, 2008, 54; Grau-Mira, 2012, 25). El límite está asociado con el paisaje y el espacio controlado por cada *oppida*, mientras que la frontera se desarrolla en la esfera regional y está vinculada con el contexto político, definiendo las formas de ordenación territorial (Molinos y Ruiz, 2008, 54; Grau-Mira, 2012, 24). El punto de partida, antes de entrar a analizar la información disponible, es asumir la dificultad para reconocer expresiones fronterizas en el territorio y su significado, sobre todo si consideramos que en la mayoría de zonas donde se sitúan los bordes de la Indigencia la evidencia es un tanto elusiva (García-Riaza et al., 2015, 70). En cualquier caso, la estructuración del poblamiento permite delinear las trazas generales de los diferentes modelos de demarcación geográfica. La metodología empleada para llevar a cabo este estudio ha consistido en entablar un diálogo entre los datos y el marco de referencia propuesto por Ruiz y Molinos para delimitar el espacio desde la arqueología. Ello posibilita confrontar el registro empírico con una base teórica lo bastante sólida como para obtener una visión general completa del estado de la cuestión (Ruiz y Molinos, 2008). El objetivo último es determinar si las nuevas y complejas formas de organización estatal disponían de fronteras políticas y, en caso de confirmarse, cuál era su tipología, toda vez que en su conjunto componen un indicador arqueológico muy relevante en relación con la formación del estado.

Estoy de acuerdo con una idea señalada previamente por Perales Munguía es su estudio de las fronteras del imperio incaico, según la cual en una entidad estatal puede haber más de un tipo de frontera política (Perales-Munguía, 2004, 515). Convendrá tener en consideración esta aseveración porque es coherente con el registro arqueológico del Ibérico Pleno. Quiérese expresar con lo dicho que a diferencia de lo que se proponía en el capítulo anterior, en el que la articulación espacial de los *oppida* apuntaba a un modelo defensivo único, la transformación del territorio y el paisaje en el S.IV a.C. y la complejidad del

poblamiento sugieren la puesta en marcha de diferentes estrategias fronterizas que señalan la existencia de una realidad cambiante y bien adaptada a las necesidades del poder. Esto constituye en sí mismo un indicio inequívoco de la transición hacia las primeras formas estatales, puesto que la creación de límites y divisiones políticas es uno de los rasgos característicos de las configuraciones estatales.

Si recapitulamos, en su tipología de límites y fronteras, Ruiz y Molinos sugieren la existencia de dos tipos básicos de frontera, dependiendo de si se organizan por medio de una delimitación arquitectónica o en función de la demografía (Molinos y Ruiz, 2008, 54; Grau-Mira, 2012, 24). En el primer caso distinguen varios subgrupos, con base en si la creación de bordes es en Barrera, en Cadena, que se caracteriza por un sistema de fortificaciones alineadas, Ecológica, definida por la orografía del terreno o por Hitos Singulares (Molinos y Ruiz, 2008, 54; Grau-Mira, 2012, 24). En el segundo nivel, el demográfico, se diferencian dos modelos: el conocido en la jerga anglosajona como *Black Hole* o de tipo desierto, que se identifica por la ausencia de población a ambos lados de la frontera; y el denominado como *Buffer Zone*, en el que los contingentes humanos se concentran a ambos lados de la demarcación a modo de estado tapón (Molinos y Ruiz, 2008, 54; Grau-Mira, 2012, 24). Esta distinción resulta sumamente útil debido a que permite interpretar los datos de acuerdo con una propuesta teórica congruente. De hecho, como veremos a continuación, la frontera norte parece ajustarse a los parámetros clásicos del *Black Hole*, mientras que el espacio fronterizo en torno al río Tordera, en el sur del territorio, se podría clasificar como una *Buffer Zone*. En dichos ámbitos parece predominar el nivel demográfico, en la medida en que la distribución de la población es el factor clave que explica su ordenación espacial (Molinos y Ruiz, 2008, 54). Sin embargo, en el oeste se emplaza el límite geopolítico que controla las rutas de acceso provenientes de los asentamientos ausetanos y el interior de Cataluña, en el que Sant Julià de Ramis ejerce la función de centro de ocupación principal. Junto a este importante núcleo habitado se ubican una serie de pequeños *oppida* fortificados, como el Puig d'en Rovira, el Puig de Can Cendra y un poco más al norte el de Besalú, lo que sugiere que en este sistema defensivo la delimitación es arquitectónica, concretamente del tipo en Cadena de la tipología de Ruiz y Molinos.

Tal y como he adelantado, se distinguen en la Indigecia tres patrones para delimitar el espacio político, cada uno con sus propias características. Por ello parece pertinente analizar cada zona de frontera por separado, aunque se debe reconocer que la conformación de estas realidades que marcan la línea divisoria con el mundo exterior responden a trayectorias colaterales dentro de un mismo proceso histórico.

En el norte del territorio, la frontera parece consecuente con el modelo de *Black Holes* propuesto por Groube hace algunos años. Según este autor, los *Black Holes* pueden ser de varios tipos, aunque aquí nos interesa los de naturaleza sociopolítica, pues son los que establecen los límites territoriales (Groube, 1981, 191). Estos se caracterizan, en ausencia de marcadores físicos, por la escasez de poblamiento en ellos o en las áreas circundantes (Groube, 1981, 191). Hemos de recordar que durante el Ibérico Antiguo esta zona geográfica estaba defendida por dos pequeños núcleos fortificados, el de Peralada y el de Pontós. Sin embargo, el abandono de estos *oppida* creó posiblemente una realidad demográfica diferente basada en nuevas formas de relacionarse con el entorno, que se materializó en una delimitación del espacio distinta, el *Black Hole*. No es fácil ofrecer una interpretación que explique la transición de un sistema fronterizo a otro, pues la parquedad y el carácter de los datos impiden profundizar en la cuestión. A pesar de ello, se puede colegir un cambio muy significativo en las circunstancias que motivaron la implantación de la frontera étnica en la fase histórica precedente. Resulta complicado inferir las causas y/o razones que provocaron la transformación del paisaje defensivo en el *hinterland* fronterizo del norte, dado que

se podría argumentar desde la puesta en marcha de un sistema de alianzas con los pueblos indígenas vecinos, en especial los sordones que habitaban más allá de los Pirineos y los olositani, hasta estrategias y motivaciones políticas relacionadas con el surgimiento del Estado tribal centralizado de Ullastret.

El panorama en el sur del territorio, de acuerdo con la base documental, presenta rasgos diferenciales y específicos que lo definen como una *Buffer Zone*. Como elemento comparativo, la delimitación en esta localización geográfica tiene un marcador físico, el río Tordera. Si adaptamos el enfoque y los conceptos teóricos al contexto del sur de la Indigecia, la clave para interpretar este espacio la encontramos en la acción poblacional llevada a cabo en las dos orillas del río Tordera. Efectivamente, en la parte más septentrional de la Layetania se posicionan tres pequeños, aunque muy mal conocidos, núcleos fortificados, el de Montpalau en Pineda de Mar, el Puig Castell en Sant Cebrià de Vallalta y el Puig Castell de Vallgorguina (Cela-Espin et al., 2001, 206, 207 y 220). Lo interesante sobre estos yacimientos en el orden de la argumentación es su disposición espacial, coherente con la distribución de la población en regiones limítrofes cuya planificación de la frontera se fundamenta en el elemento demográfico (Molinos y Ruiz, 2008, 54).

El escenario en el lado indigete es, en general, bastante parecido. En esta vertiente del Tordera la frontera no se basa tampoco en un modelo constructivo determinado, ya que el único poblado documentado es el de Montbarbat (con posterioridad serán fundados otros dos pequeños *oppida*, Puig Castellet y Turó Rodó). Este *oppidum* ocupa la cima de una montaña, motivo que le proporciona una gran visibilidad, incluyendo la Depresión Prelitoral y el curso inferior del río Tordera, evidenciando su rol como enclave fronterizo (Burch et al., 2010, 359). El hecho de que solo haya un puesto avanzado en la línea divisoria entre layetanos e indigetes, junto a una estructura del poblamiento conformada por un hábitat disperso, son factores consistentes con la existencia de una *Buffer Zone*, que supuestamente habría funcionado a modo de colchón entre el eje central del territorio y el límite espacial con los layetanos. Con todo, resulta llamativa la ausencia de un sistema de defensa y control más complejo en una zona de convergencia de dos entidades sociales. De ello se podría deducir que su funcionalidad no sería tanto la de resistir una ofensiva bélica, sino más bien la de repeler un ataque durante un corto periodo de tiempo, el necesario para reaccionar y reorganizarse. Hay un aspecto más a valorar en este análisis. El equipo de investigación de la Universidad de Girona planteó hace años una idea muy atractiva. A saber, es muy probable que junto al lugar central, Ullastret, hubiera una serie de "pequeñas capitales territoriales" como Montbarbat o Sant Julià de Ramis (Nolla et al., 2001, 181). En virtud de lo antedicho Montbarbat, por su tamaño, complejidad en comparación al resto de yacimientos de la circunscripción y por su ubicación espacial estratégica, es viable que fuera el asentamiento rector del poblamiento en el sur (Nolla et al., 2001, 181). Toda vez que la ausencia de otras fortificaciones en su entorno le confiere una dimensión simbólica especial, tanto o más significativa que su función defensiva, pues vincula la identidad del grupo tribal al territorio y el paisaje.

Los datos permiten identificar otra estructura espacial de naturaleza defensiva que delimita la Indigecia por el flanco oeste, de manera que puede ser considerada una frontera. La distribución poblacional de esta delimitación se articula en torno a Sant Julià de Ramis, que por sus características urbanísticas sería el poblado fortificado principal de esta demarcación. A diferencia de los modelos previos, en este caso la tipología de la frontera responde estructuralmente a la Delimitación en Cadena, con una serie de *oppida* alineados (Puig de Can Cendra, Puig d'en Rovira, Sant Julià de Ramis, Besalú) que cerrarían y controlarían las rutas de acceso al territorio (Molinos y Ruiz, 2008, 54). Desde un punto de vista defensivo, se trata de un sistema sofisticado y complejo que denota la preocupación de la organización sociopolítica

por reforzar el límite con los ausetanos. Pone de manifiesto, igualmente, cierto grado de inseguridad y de inestabilidad política con los vecinos que no se percibía en los otros espacios fronterizos. En línea con este marco interpretativo se vislumbra un contexto marcado por una frontera de conflicto. Esta lectura se ve reforzada por el patrón de poblamiento, que a tenor de los datos se caracteriza por la ausencia notable de asentamientos rurales de tipo granja y el predominio de núcleos fortificados de control territorial emplazados en la cima de cerros (Nolla et al., 2001, 178). Evidencia esta última que invita a reflexionar, pues presupone, sin desmerecer otras explicaciones, que la población campesina no se sentía segura pernoctando en un hábitat sin fortificar, probablemente por la incertidumbre ante posibles escaramuzas bélicas. Con todo, y por otro lado, la matriz espacial de esta zona limítrofe invita a ser leída en términos de un plausible foco de tensión permanente, consistente con unas circunstancias fronterizas de conflicto.

El análisis llevado a cabo aporta claves significativas en relación con el argumento central de este capítulo. Se ha constatado, con la debida cautela, la puesta en valor de un proceso de delimitación territorial que en principio es atribuible a un poder central, habida cuenta que la consolidación de Ullastret como capital y el establecimiento de fronteras bien definidas comparten contexto histórico en el marco organizativo que revela la dinámica de cambio social. La creación de límites espaciales, elaboración social que obedece a las directrices de un proyecto político con base jerarquizante y centralizadora, constituyen un indicio elocuente que subraya la emergencia de formas estatales en la región de estudio durante el S.IV a.C.

6.4. Cambio social y urbanismo. La transformación urbana de los *oppida*

Otro de los temas esenciales sobre los que pivota la discusión es el auge del urbanismo y la aparición de las primeras ciudades en la protohistoria. Su estudio es relevante porque existe una correspondencia entre la expansión del fenómeno urbano y los procesos políticos que tienen lugar durante la Edad del Hierro (Smith, 2016, 164). Para muchas voces autorizadas en la materia, la aparición de urbes durante el primer milenio no solo reforzó la cohesión de las sociedades complejas, sino que contribuyó a instituir la desigualdad social (Fernández-Götz y Krausse, 2016a, 13; Belarte et al., 2019, 12). Pero además y al mismo tiempo, fue un elemento decisivo en la constitución de entidades con carácter estatal (Fernández-Götz y Krausse, 2016a, 13; Belarte et al., 2019, 12). Se puede imaginar, siguiendo en este punto a Barceló, que la serie de interacciones sociales que acontecen en el seno de la sociedad y originan los principios urbanísticos, son las mismas dinámicas que se manifiestan en el surgimiento del estado (Barceló et al., 2002, 48).

6.4.1. Qué es y cómo definir una ciudad

Debe señalarse que hoy en día la mayoría de los arqueólogos acepta la naturaleza urbana de los grandes *oppida* de la Edad del Hierro, toda vez que comparten atributos como un complejo defensivo planificado y una red de puertas de entrada (Smith, 2016, 164). Las urbes protohistóricas son el foco central en el que convergen la transmisión de conocimiento que circulaba por el Mediterráneo, las innovaciones tecnológicas y el flujo de mercancías (Fernández-Götz y Krausse, 2016a, 5). No son entidades que surjan espontáneamente, sino sistemas interactivos que emergen en función de su contexto político y las formas de organización económica, en los que se observa una tendencia a articular relaciones de poder más



Figura 6.9: Trazado urbano del Puig de Sant Andreu y la Illa d'en Reixac. Imagen del archivo del MAC Ullastret

jerarquizadas y centralizadas (Fernández-Götz y Krausse, 2016a, 11). Conforme a estas consideraciones, una ciudad es un enclave habitacional con un núcleo dirigente y administrativo vinculado con la población que habita en su territorio (Barceló et al., 2002, 43). En oposición a otros tipos de asentamientos, cuyo modo de vida se basa en explotar económicamente el territorio, los centros urbanos son el lugar en el que se intercambian bienes y productos producidos en su entorno, siendo por tanto donde se acumula la riqueza (Barceló et al., 2002, 43). Dicho con otras palabras, la localización central es la receptora de todo lo que se produce en su *hinterland*, esto es, se traspasa el capital desde el medio rural al urbano (Barceló et al., 2002, 45). Esta transferencia de excedente conecta el centro con la periferia mediante un conjunto de redes sociales complejas que conforman lo que conocemos como un "sistema urbano" (Barceló et al., 2002, 45). Por tanto, lo que en principio parecía un mero vínculo funcional entre el campo y la ciudad, en realidad enmascara una relación de desigualdad, control político y dominación social (Barceló et al., 2002, 44).

El proceso de urbanización ha sido objeto de numerosos estudios y publicaciones, entre las que destaca la contribución reciente de Sanmartí y sus colaboradores (2019), la de Fernández Götz y Krausse (2016), Smith (2016), Fernández Götz (2014) y Barceló et al. (2002), entre otros. Una cuestión peliaguda pero crucial es abordar los rasgos que definen a la ciudad premoderna. Esta es una tarea complicada, pues como reconoce Smith, la gran variación entre los distintos tipos de urbanismo y la diversidad tipológica de los núcleos urbanos han dificultado encontrar una definición con la que identificar si un asentamiento

reúne los atributos urbanos de una ciudad (Smith, 2016, 164).

Marcus y Sabloff, citado en Belarte et al. (2019), proponen una lista de siete características que definirían a la urbe (Belarte et al., 2019, 13). Su contribución se podría sintetizar en la "existencia de diversidad política y social" en un ámbito delimitado y estructurado en áreas funcionales, en las que se constata un uso organizado del espacio, que incluiría la presencia de un centro religioso, dependencias administrativas y diversos barrios (Belarte et al., 2019, 13). Otro factor clave para determinar si una aglomeración tiene carácter urbano es el demográfico, es decir, un mínimo de habitantes es necesario para que un asentamiento pueda ser considerado una ciudad (Fernández-Götz y Krausse, 2016b, 323; Belarte et al., 2019, 14). La propuesta de Smith resulta muy atractiva porque es aplicable a nivel arqueológico; este arqueólogo plantea una metodología basada en el análisis de lo que él denomina "archaeological urban attributes", con el objetivo de establecer mediante su estudio si un yacimiento, con base en ciertos indicadores arqueológicos, es un núcleo urbano (Smith, 2016, 158). La lista de atributos se enumera sucintamente a continuación:

1) **Settlement size:** en este apartado se tienen en cuenta elementos como la población, la densidad y el área ocupada por el establecimiento (Smith, 2016, 159).

2) **Social impact (urban functions):** se considera la función urbana y el impacto social sobre otros núcleos de población. Por ejemplo, un palacio hace referencia a la dominación política, mientras que templos, como los de Ullastret, normalmente tienen repercusión religiosa sobre otras comunidades esparcidas por el territorio. En esta categoría también se incluye la arquitectura civil o la producción artesanal (Smith, 2016, 159).

3) **Built environment:** fortificaciones, puertas, posibles espacios públicos, la planificación urbana y la arquitectura doméstica (Smith, 2016, 159).

4) **Social and economic features:** diversidad social, barrios o el porcentaje de importaciones documentado (Smith, 2016, 159).

El inconveniente de una definición meramente funcional de la ciudad es que tales funciones pueden ser asumidas por asentamientos de diversa índole y naturaleza, resultando a veces muy complicado distinguir un centro urbano de un pequeño núcleo fortificado o incluso de una aldea grande, ya que este tipo de hábitat también podría cumplir ciertas funciones urbanas, pero sin llegar a alcanzar la categoría de urbe (Belarte et al., 2019, 14). De ello se desprende que la ciudad no solo es un espacio en el que se desempeñan ciertas funciones, sino que es una entidad material en la que sus habitantes, condicionados por el tamaño, la densidad y la distancia social, gozan de un modo de vida distinto al de otro tipo de núcleos habitados (Belarte et al., 2019, 14). Esto último abre la puerta al enfoque sociológico. Basándose en los estudios de Weber y Wirth, el equipo de Sanmartí ha puesto de manifiesto la importancia de los diferentes tipos de relaciones personales que coexisten en la ciudad, incluyendo el concepto de "impersonality", considerando que para su desarrollo se requiere una población mínima y un medio físico con un tamaño significativo (Belarte et al., 2019, 14). Es por ello que una alta densidad poblacional es una de las características esenciales de los centros urbanos, por cuanto tiene un impacto sociológico sobre las relaciones sociales de la comunidad, inexistente en otros tipos de estructuras espaciales en las que la concentración de habitantes es mucho más baja (Belarte et al., 2019, 15).

Lo que llevamos visto hasta aquí revela de manera indiscutible la necesidad de definir con precisión qué es una ciudad. Esta labor ha sido acometida por el equipo de investigación de Sanmartí, aun reconociendo las dificultades existentes para desarrollar con éxito dicha iniciativa. La definición de Sanmartí resulta

sugerente por varias razones. Primeramente porque se ha pensado para su puesta en práctica en el campo de la investigación arqueológica (Belarte et al., 2019, 15). En segundo plano destaca debido a que los rasgos sociológicos y los atributos funcionales involucrados en su propuesta son reconocibles en el registro arqueológico (Belarte et al., 2019, 15). Y, en última instancia, es relevante por romper la dicotomía entre la perspectiva funcional y la sociológica, es decir, su definición se fundamenta en los aspectos más significativos de ambos enfoques, permitiendo clasificar los yacimientos en función de ciertos parámetros, como el tamaño del asentamiento, la diversidad social o la densidad de la población (Belarte et al., 2019, 15). Por todo lo anteriormente expuesto, parece oportuno citar textualmente esta definición. Una ciudad es:

”A densely occupied settlement whose size is too large for all its inhabitants (who number not less than one thousand) to maintain a neighbourhood-type relationship (Weber), that controls and exploits a neighbouring territory (Grove), and that, as a consequence of the latter, is inhabited by people of diverse social levels who undertake specialized activities of different types (agriculture, crafts, administration, priesthood, military)(Wirth, Kostof)” (Belarte et al., 2019, 16).

6.4.2. El rol central de Ullastret

El proceso de cambio social y jerarquización que conduce a la formación del Estado tribal centralizado de Ullastret está unido al desarrollo urbanístico y se manifiesta en el rol de lugar central asumido por Ullastret dentro de su comunidad étnica (Roymans, 2004, 147). La presencia de la mayor necrópolis y los únicos templos documentados hasta la fecha justifican su denominación como capital de la organización sociopolítica (Roymans, 2004, 134). Por este motivo es un lugar de memoria para toda la entidad tribal (Roymans, 2004, 148). Las razones antes mencionadas inducen a pensar que Ullastret, como espacio de culto territorial, es muy probable que fuese el centro en el que se pusieron en funcionamiento las estrategias de poder y competición de la aristocracia dirigente (Roymans, 2004, 147).

La función social principal de la capital de los indigetes es dotar a la estructura estatal de un espacio urbano en el que fomentar la práctica de la política tribal, promoviendo el sentimiento de pertenencia a un proyecto sociopolítico común mediante la cohesión social y la reproducción de la identidad étnica a través de la celebración de festividades religiosas y rituales comunales (Roymans, 2004, 147; Gerritsen y Roymans, 2007, 251). Tanto es así que el lugar central es el ámbito espacial en el que convergen y se interrelacionan elementos esenciales para el establecimiento del gobierno tribal estatal, como los procesos políticos, los etnogenéticos y las funciones religiosas de carácter supralocal (Gerritsen y Roymans, 2007, 255). Sin embargo, el papel de este gran establecimiento central no se restringe a la dimensión político-simbólica. Es el núcleo de población en el que tiene lugar la implantación del marco económico de la organización sociopolítica. En este sentido, es interesante señalar que la aglomeración de gente permite formas de producción centralizadas y el desarrollo de una economía más diversificada y especializada (Gerritsen y Roymans, 2007, 254; Müller, 2016, 107). En lo tocante a la actividad económica, es factible suponer que el enclave rector de los indigetes fuera la sede de un mercado regional, posiblemente emplazado en su entorno inmediato, en el que se reunirían mercaderes procedentes de Ampurias y la población agrícola indígena para comerciar e intercambiar sus productos y mercancías (Collis, 2016, 266).

A juicio de los expertos la nucleación demográfica tiene consecuencias político-territoriales que se extienden más allá del mero ámbito local del asentamiento central (Bintliff, 2016, 248; Stoddart, 2016, 307). A nivel político, la concentración poblacional en Ullastret conduce a un proceso de complejidad



(a) Rostro de posible personaje mitológico

(b) Exvoto de terracota

Figura 6.10: Fotografías pertenecientes al archivo del MAC Ullastret

social que desembocó en un "comportamiento estatal" (Bintliff, 2016, 248). Por otra parte, la dinámica de nucleación en la capital indigeta y otros centros menores provocó una explosión demográfica y la intensificación de la economía política, a raíz de lo cual se expandió y se consolidó, como vimos en secciones anteriores, el territorio de la entidad social y se establecieron sus límites fronterizos (Stoddart, 2016, 307).

6.4.3. La función de los templos en la construcción de la comunidad de culto

El siguiente punto trata sobre el supuesto papel desempeñado por los conocidos como templos A y C del Puig de Sant Andreu en la articulación de la comunidad de culto y la consolidación de la identidad étnica de los indigetes. Es cierto que la historiografía sobre el tema ha identificado otro posible espacio religioso, el denominado templo B, que por razones que se expondrán más adelante, será analizado en otra sección de este caso de estudio. Ambos recintos sagrados están situados en la parte más alta del asentamiento, muy próximos a la torre número siete (Codina et al., 2019c, 158; Codina et al., 2019d, 98). El templo C es el más antiguo de los dos y ha sido datado, gracias a los restos de mortero y otros materiales aparecidos, en la primera mitad del S.IV a.C., mientras que el otro edificio sacro es ligeramente más tardío, de principios del S.III a.C. (Codina et al., 2019c, 158; Codina et al., 2019d, 104).

En una cultura en la que la relación entre lo sagrado (religión) y lo secular (política) confluía en el culto público, la construcción de una zona sacra podría haber jugado un papel esencial en el proceso de estratificación social y su institucionalización mediante recitales y nuevos símbolos (Roymans, 2004, 20; Fernández-Götz y Roymans, 2015, 18). De hecho, la separación de poderes no llegó hasta la eclosión de la Revolución Francesa. Los santuarios contribuyeron significativamente a redefinir simbólicamente al grupo social en su conjunto, que se transformaría en una comunidad de culto (Roymans, 2004, 147; Gerritsen y Roymans, 2007, 255). Una de sus funciones clave es proporcionar un espacio físico en el que escenificar la etnogénesis y transmitir los valores que ordenan jerárquicamente la estructura social a través de la representación de la tradición, ejemplificada en historias ancestrales expresadas con la ayuda de actuaciones dramáticas que rememoran mitos fundacionales y la memoria colectiva (Gerritsen



Figura 6.11: Planta de detalle de los templos A y C en el área sagrada de Ullastret. Imagen: archivo MAC-Ullastret

y Roymans, 2007, 255; Fernández-Götz y Roymans, 2015, 18). Su ubicación espacial en la parte más visible del asentamiento hace de ellos un punto de referencia territorial para las reuniones y asambleas públicas (Derks y Roymans, 2009, 8; Fernández-Götz y Roymans, 2015, 18).

Crielaard se aproxima mucho al enfoque defendido en este caso de estudio cuando sugiere que los templos preceden al comercio y a la actividad económica institucionalizada con la comunidad mercantil mediterránea (Crielaard, 2009, 70). El lugar de culto es posiblemente el foco central de las relaciones económicas e interculturales entre Ampurias y Ullastret, a la vez que es la puerta de acceso a la participación de los mercaderes extranjeros en las ferias comunales y la introducción de sus mercancías en el mercado regional (Crielaard, 2009, 67). Tal vez sea por esa razón que existe tanta similitud entre la arquitectura religiosa indígena y su homóloga griega, habida cuenta que el santuario actuaba en cierto modo también como nexo de unión entre el mundo exterior y la formación social.

Las estructuras del recinto sagrado muestran fuertes influencias edilicias de los modelos vigentes en el Mediterráneo, patentes en las técnicas constructivas y la decoración (Codina et al., 2019c, 158; Codina et al., 2019d, 98). La planta de ambos edificios es de tendencia rectangular y están orientados hacia el este (Codina et al., 2019d, 99). El diseño arquitectónico se compone de una cella principal precedida por un pequeño porche (Codina et al., 2019d, 99). El aparejo de las elevaciones es de tipo poligonal, compuesto por bloques que mantienen una forma regular (Codina et al., 2019c, 159; Codina et al., 2019d, 99). Las paredes, además, estaban revestidas por una capa de *opus signinum* y estaban decoradas por frisos con motivos vegetales en relieve y cornisas de orden jónico (Codina et al., 2019c, 159; Codina et al., 2019d, 101). Se ha constatado que toda la piedra empleada para su construcción era de procedencia local (Codina et al., 2019c, 159; Codina et al., 2019d, 104). El pavimento documentado es muy elaborado y destaca por su superficie decorativa de *opus signinum*, que contenía incrustaciones de teselas y fragmentos de

mosaicos realizados con cerámicas de varios colores (Codina et al., 2019d, 101). Otra huella material que merece atención son los exvotos de terracota hallados en el templo A (Codina et al., 2019d, 102). Se trata de pequeñas mascarar, como se puede apreciar en la figura 6.10, en su mayoría de producción local, que ornamentaban la estructura muraria (Codina et al., 2019d, 101). Generalmente han sido consideradas como figuras relacionadas con la mitología griega (Codina et al., 2019d, 101). Sin embargo, resulta cuanto menos difícil conciliar este argumento con el rol etnogenético de los templos. Una lectura más acorde con el discurso político y el contexto religioso indígena es interpretarlas como la representación de rostros de personajes mitológicos indígetes o ancestros de la *gens* que habrían plausiblemente cumplido un papel relevante en los mitos fundacionales, con los que la aristocracia dirigente se identificaría por su posible asociación con el proceso de etnogénesis. No obstante, la ausencia de documentación escrita restringe el análisis e impide profundizar en la naturaleza y significado del panteón indígete y los personajes a los que se rendía culto (Codina et al., 2019d, 104).

En conclusión a este subapartado, se puede colegir que los templos son el núcleo de la identidad étnica de los indígetes. Asimismo, el hecho de ser los únicos edificios de índole religiosa en el paisaje urbano y social parece señalar que su ámbito de competencia es de carácter supraterritorial por su vinculación con el "ethnos" tribal, lo que indica que Ullastret cumple una función regional especializada.

6.5. El surgimiento del Estado tribal centralizado de Ullastret

Antes de proceder a exponer los datos y comenzar el debate, sería interesante plantearse una cuestión que formuló Quesada hace pocos años (Quesada-Sanz, 2017, 532). A saber ¿qué entendemos por estado? La respuesta dependerá del significado que le asignemos al concepto de estado (Grinin, 2011, 245; Quesada-Sanz, 2017, 532). Si lo definimos como una estructura de poder con la capacidad suficiente para gobernar la sociedad, que además dispone de una serie de mecanismos internos para ejercer la autoridad y establecer normas en el territorio bajo su control, se podría defender la existencia de un sistema estatal (Quesada-Sanz, 2017, 532). Si, por el contrario, le atribuimos una mayor complejidad organizativa y burocrática, con un código de leyes e instituciones propias como una administración al servicio de la élite social y el ejército, resulta algo más complicado justificar el surgimiento de un régimen político de tipo estatal en la configuración social indígeta (Quesada-Sanz, 2017, 533). Con todo, si interpretamos el término de manera más flexible, en un punto intermedio entre las definiciones antes mencionadas, parece viable, como veremos, hablar de formas de estado tribales (Godelier, 1998c, 14; Quesada-Sanz, 2017, 533).

6.5.1. Reflexiones sobre el camino hacia el Estado de Ullastret

El estado surge mediante un proceso dinámico en el que se cambia la forma en la que estaba estructurada la organización del poder con respecto al modelo de jefaturas heterárquicas de la fase anterior (Carneiro, 1985, 5; Godelier, 1998c, 14). Esta transformación en la escala de poder se manifiesta de modo claro e inequívoco en la sustitución de los lazos de parentesco como elemento clave de la reproducción social por un sistema político territorializado con una incipiente administración que posiblemente asumiría funciones legislativas (Godelier, 1998c, 14; Martínez-Peñas, 2018, 93).

Una consecuencia social fundamental de la formación del estado es la concentración de poder, que adquiere especial relevancia en el campo de las creencias, en el que se percibe una apropiación por parte



Figura 6.12: Características generales del estado según Godelier (1998c), Grinin (2011), Martínez Peñas (2018) y Bondarenko (2014). Elaboración propia

de ciertos linajes de las relaciones con lo sobrenatural (Godelier, 1998c, 18; Sanmartí et al., 2016, 129). Y, en la práctica, en una sociedad imbuida por los dioses y el culto a los ancestros, la religión desempeña un papel político esencial para legitimar a la nueva organización estatal (Godelier, 1998c, 18; Martínez-Peñas, 2018, 93). Se entiende por ello que un rasgo indicativo del estado sea la construcción de los templos, que coinciden en la dimensión espacio-temporal con la formulación del Estado tribal centralizado de Ullastret en el S.IV a.C. (Godelier, 1998c, 18; Martínez-Peñas, 2018, 89). Por eso creo que Godelier está en lo cierto cuando puntualiza que no se puede materializar el tránsito de la jefatura al estado tribal sin que se produzcan primero modificaciones sustanciales en el terreno de la ideología y la religión, cuya evidencia material más reveladora la encontramos en los nuevos lugares de culto religiosos (Godelier, 1998c, 18), que pudieron pasar a ser los templos del Estado.

Otro elemento indiciario muy relacionado con la génesis del estado es la presencia en la ciudad de edificios aristocráticos con funciones palaciales, donde residiría el príncipe (Godelier, 1998c, 18). Una contribución reciente ha interpretado la zona 14 del Puig de Sant Andreu, por sus atributos arquitectónicos fusionados con el concepto de poder, como el presumible centro palacial de Ullastret (Cebrián-Martínez,



Figura 6.13: Planimetría de detalle de la zona 14. Imagen: archivo MAC-Ullastret

2018, 57). El palacio manifiesta el poder principesco a través de la apropiación de la torre número 3, la privatización de una calle, la zona 23, por el hecho de disponer de una poterna privada (la puerta 7) y suministro de agua propio, atestiguado por una estructura circular ubicada muy cerca de los talleres metalúrgicos (Cebrián-Martínez, 2018, 57 y 58). Y, en especial, por su vinculación con el aparato defensivo, que se muestra así como una extensión subordinada al *princeps* y su residencia palaciega (Cebrián-Martínez, 2018, 57). Esta es una cuestión a la que me referiré en profundidad más adelante, en la sección 6.8.3.

Se dan, no obstante, otras condiciones objetivas para la constitución de estructuras con carácter estatal, entre las que destacan por su contribución a los estudios sobre el origen del estado la tendencia hacia la centralización política y la aparición de una administración especializada (Bondarenko, 2014, 221; Martínez-Peñas, 2018, 98). Con respecto a la administración, Bondarenko menciona una idea que resulta aplicable al contexto histórico en el que surge el Estado tribal de Ullastret. Esto es, pueden existir estados preburocráticos, en los que el sistema de organización se fundamenta en la lealtad al príncipe y las relaciones clientelares, que reemplazan a los especialistas en el embrionario aparato administrativo (Bondarenko, 2014, 223). En lo concerniente a la gobernación central, contamos con bastantes indicios que apuntan a una centralización de funciones en Ullastret. Y, de facto, por su correlación con la maquinaria del poder, los templos y el palacio pueden ser consideradas instituciones supralocales centralizadoras. Aunque, sin duda (alguna), el más significativo es la territorialización, puesta de manifiesto en los cambios acaecidos en el paisaje social y el proceso de delimitación territorial que venimos analizando a lo largo de este capítulo. La importancia de la territorialidad se refleja en la sustitución de la división territorial basada en la consanguinidad (jefaturas heterárquicas), por otra articulada en unidades administrativas vinculadas con el gobierno central mediante lazos clientelares (Grinin, 2011, 245; Bondarenko, 2014, 220). Conviene matizar, sin embargo, esta última aseveración. Si bien es cierto que el parentesco pierde relevancia como principio organizativo, su peso en la batalla por el liderazgo en el seno de la etnogénesis se mantiene intacto, como veremos más adelante (Roymans, 2004, 211).

Otros criterios verificables de la figura 6.12, ya mencionados y convenientemente referenciados, son la capitalidad de Ullastret, el desarrollo de un sistema de escritura posiblemente relacionado, según sugiere el conocido plomo de Ampurias, con actividades económico-mercantiles y administrativas, una fuerte estratificación y jerarquización social, ostensible en el patrón de asentamiento y una intensificación económica capaz de producir excedente (campos de silos).

6.5.2. El concepto de Estado tribal centralizado de Ullastret. Su definición arqueológica

Durante los últimos años, la historiografía ha puesto de relieve numerosos términos para referirse a la formación de estructuras estatales en la protohistoria. Cabe mencionar, respecto a lo comentado anteriormente, conceptos como ciudad-estado, estado tribal, estado arcaico o protoestado. De ello se desprende que existen múltiples formas de estado (Godelier, 1998c, 14). Tal y como sugirió pertinentemente Fernández Götz, en la mayoría de casos resulta metodológicamente complicado clasificar el tipo de estado de una entidad político-territorial, puesto que en innumerables ocasiones confluyen en el registro arqueológico características morfológicas atribuibles a diferentes sistemas de organización estatal (Fernández-Götz, 2014, 58). De manera que en el modelo teórico propuesto, pese a que predominan los rasgos del estado tribal, también se manifiestan atributos de la ciudad-estado (Fernández-Götz, 2014, 58; Collis, 2016, 265).

Una cuestión trascendental a la hora de definir un proyecto político, es establecer el alcance y el funcionamiento de su estructura de poder. En relación con las configuraciones estatales, los eruditos diferencian entre dos tipos de formaciones, dependiendo de los criterios de ejercicio del poder: una en la que esta función recae en las redes clientelares y, otra, en la que esta facultad es ejercida por especialistas y una administración institucionalizada de corte jerarquizante (Bondarenko, 2014, 223; Fernández-Götz, 2014, 58). La base documental manejada permite sugerir que el Estado tribal centralizado de Ullastret es muy probable que se emplazase en un estadio intermedio entre estos dos extremos, pues parece compartir características de ambas formas de estado (Fernández-Götz, 2014, 58).

El marco general del proceso de formación del estado en los territorios de la costa catalana ha sido establecido, como hemos visto en secciones anteriores, por Sanmartí en sucesivos trabajos de investigación (2004, 2009a, 2009b, 2015, 2019). La propuesta científica más novedosa en este sentido sugiere la existencia de un modelo de ciudades-estado del que Ullastret formaría parte (Asensio et al., 2019, 103). La base del análisis anterior, a grandes rasgos, es la jerarquización del patrón de asentamiento en el S.IV a.C., la extensión territorial de las entidades políticas, la diseminación de la escritura y el papel destacado desempeñado por las capitales como centros de la actividad político-administrativa, sede del poder religioso y núcleo socioeconómico de la organización sociopolítica (Asensio et al., 2019, 103). Convendrá prestar atención a esta teorización, puesto que algunos de sus elementos están presentes también en el estado tribal.

Sin embargo, de acuerdo con múltiples estudios, hay formas de estado cuya estructura interna se establece a partir de bases tribales (Godelier, 1998c, 14; Collis, 2016, 268). Me refiero al estado tribal. Lo más importante es que el registro empírico es coherente con este tipo de etnosistema, pues no parece producirse una ruptura de la organización clánica preexistente, que en su conjunto sale sustancialmente reforzada del proceso de transición hacia el estado. El destacado papel de la estructura clánica en la reproducción social y simbólica de la comunidad, evidenciado por la presencia de los templos y su rol



Figura 6.14: Rasgos que definen al Estado tribal centralizado de Ullastret según el autor

en la etnogénesis, es un buen indicador de ello. Es más, las jefaturas del periodo previo y la emergente configuración estatal comparten atributos comunes (Godelier, 1998c, 14), lo que en sí constituye un indicio importante del carácter tribal del Estado en Ullastret. Esto es especialmente perceptible en la pervivencia del sistema clientelar, que no deja de ser una expresión de las relaciones de poder en la esfera de la política tribal. También en la continuidad de las relaciones etnogenéticas, que en una primera fase se distinguían en el contexto de la lucha por identificarse con el *ethnos*, pero que en un momento posterior adoptan una función clave en el dibujo de la arquitectura del modelo principesco, habida cuenta que justifican el dominio y posición privilegiada del príncipe y la aristocracia tribal, desempeñando una labor crucial a nivel político. El concepto ha sido utilizado con éxito por Fernández Götz en su estudio de las organizaciones sociopolíticas de la Galia, aunque señala acertadamente que se trata de un modelo aplicable al análisis de otros pueblos protohistóricos de la Edad del Hierro europea (Fernández-Götz, 2014, 57).

Con el objetivo de definir con mayor precisión las características arqueológicas del estado tribal y observar las diferencias con otro tipo de configuraciones estatales, en especial la ciudad-estado, Collis ha implementado una metodología que puede ser de gran ayuda a la hora de interpretar los datos (Fernández-Götz, 2014, 56; Collis, 2016, 267 y 268). Su propuesta resulta convincente para descifrar los rasgos en que difieren muchas sociedades indígenas y sus homologas mediterráneas, puesto que ciertos atributos de su conformación interna, expuestos a continuación, contrastan marcadamente en ambos modelos (Fernández-Götz, 2014, 57; Collis, 2016, 274). En todo caso, se debería tener en cuenta que la división entre *polis* y *ethnos* puede empobrecer el análisis de una realidad mucho más compleja, toda vez que el límite que los separa nunca fue hermético y es fácil que en un mismo contexto estatal coincidan valores inherentes a dichas formas de organización social (Fernández-Götz, 2014, 58). Sea como fuere, en correspondencia con el método de Collis, es plausible delimitar y establecer diferencias a nivel arqueológico entre estas dos clases de sistemas organizativos, con el fin de arrojar luz sobre la naturaleza del estado en Ullastret (Fernández-Götz, 2014, 58).

1) Un primer indicador lo encontramos en el tamaño del territorio, por lo general bastante más amplio en el estado tribal, con la salvedad de alguna de las grandes *polis* griegas (Fernández-Götz, 2014, 58; Collis, 2016, 274). Conforme a los datos proporcionados por Fernández Götz, el área ocupada por la mayoría de ciudades-estado helénicas no excedería los 200 km², mientras que la extensión media territorial de las entidades etnopolíticas ha sido calculada en unos 10.000 km² (Fernández-Götz, 2014, 58). En vista de que la superficie de la Indigecia ha sido estimada en 3.000 km² en su momento de máximo esplendor (Asensio et al., 2019, 95), es complicado precisar si el espacio territorial es indicativo de la forma de estado, debido a que en principio su amplitud encajaría bien en ambos tipos de sociedad.

2) En línea con lo anterior, la población parece ser mucho más elevada en los estados tribales que en las ciudades-estado, si excluimos casos como el de Atenas, Cartago y otras notables urbes del mundo mediterráneo (Fernández-Götz, 2014, 58). Para ejemplificar lo dicho, el promedio demográfico en el ámbito heleno ha sido valorado en no más de 1.500 ciudadanos con derechos por ciudad-estado (Fernández-Götz, 2014, 58). En tanto que tan solo la capital indiketa albergaría una comunidad de cerca de 7.000 habitantes (Asensio et al., 2019, 93). Si a este número le añadimos la densidad poblacional del resto de asentamientos, la cifra total del grupo tribal podría superar de largo las 10.000 personas.

3) De entre las múltiples características del estado tribal, probablemente la más destacada y la que mejor lo define es la reclamación de un territorio (Collis, 2016, 274). El hecho indicador más significativo lo hallamos en el proceso de territorialización que subyace en la transformación del paisaje social. El cuerpo de la evidencia se manifiesta en la dinámica político-territorial, especialmente en la aparición y desaparición de *oppida*, lo que seguramente permitió al estamento tribal de Ullastret reclamar el dominio territorial. Otros indicios evidentes son la jerarquización del patrón de poblamiento y el giro de un modelo heterárquico a otro centralizado en el que Ullastret se sitúa en la cúspide de la pirámide sociopolítica.

4) Otro rasgo fundamental es la identificación del lugar central con el nombre del grupo étnico (Fernández-Götz, 2014, 58; Collis, 2016, 268). Este vínculo es apreciable, siempre que aceptemos como parece plausible, que Ullastret es la Indika de las fuentes clásicas (Asensio et al., 2019, 93), en el nombre indígena de la capital de los indigetes y en la emisión de la ceca con la leyenda untikesken. Esta última es una cuestión interesante que habrá que enfrentar en el futuro, pues si bien es cierto que la ceca está ubicada en Ampurias y se emite con posterioridad al abandono de Ullastret, tal vez sea el reflejo de una estructura social y política indígena anterior.

5) Una cuestión básica consistente con la situación esbozada hasta aquí, es la de la identidad primordial (Collis, 2016, 274). En las sociedades indígenas predomina la identidad étnica sobre la ciudadana, pues la adscripción se materializaba por medio de la pertenencia a uno de los clanes que formaban el grupo tribal y, por ende, el estado tribal (Collis, 2016, 274). Por tal motivo ser miembro de un linaje era esencial para formar parte del sistema etnopolítico y disfrutar de los derechos consustanciales al mismo (Ruiz-Rodríguez, 2000, 19).

6) La aparición del etnónimo es de suma relevancia porque en los estados con base tribal se antepone al desarrollo del fenómeno urbano (Fernández-Götz, 2014, 58). Esto es particularmente importante en el caso de los indigetes. El comienzo de la etnogénesis, documentado por medio de fuentes escritas y arqueológicas a finales del S.VI, antecede al periodo en el que se establece la estructura urbana definitiva de la mayoría de asentamientos, que se inicia en el S.V a.C. y alcanzaría su apogeo, según el equipo del MAC de Ullastret, en la fase siguiente (Codina et al., 2019c, 153).

7) Hay, por último, una diferencia más a valorar citada por Fernández Götz, aunque a mi parecer se trata de un criterio aplicable tanto a la polis clásica como a formaciones regidas por estructuras de poder con una base étnica. A saber, en las sociedades con gobiernos tribales, la ordenación territorial se estructura en una jerarquía de asentamientos que desempeñan distintas funciones "políticas, religiosas y económicas" (tal y como puede apreciarse en la Indigencia [Asensio et al., 2019, 94]), de entre los que uno asumiría el rol de capital (Fernández-Götz, 2014, 58).

En el mapa de indicios hay un dato más a evaluar. La pervivencia de las estructuras clánicas, que se transmiten de la jefatura al estado, sugiere que el *populus*, como forma de organización política, no desaparece (Ruiz-Rodríguez, 2018, 215). Más bien, en el transcurso de su devenir histórico, se produce un proceso de complejificación que dará lugar a la configuración de una sociedad estatal con una destacada base tribal. Indica, además, el carácter indigenista del estado en Ullastret y su tribalización. Otra evidencia sugestiva es, según Godelier, la "divinización" del príncipe y su linaje, inherente a ciertas formas de estado (Godelier, 1998c, 19). Si hacemos memoria y volvemos la mirada atrás, la anexión de la torre número 3 al palacio y la comunicación directa de este edificio con el paso de ronda mediante una escalera, se presta a una doble lectura en la línea del pensamiento de Godelier. En primer lugar, la incorporación de la torre, uno de los principales elementos defensivos del *oppidum*, equivale a una exhibición de ostentación de poder por parte del linaje dominante y el (supuesto) *princeps*, que en principio son los únicos con la autoridad suficiente para llevar a cabo una acción de tal envergadura, visible a los ojos de toda la comunidad (Cebrián-Martínez, 2018, 57). En segundo lugar, la apropiación de la torre, más que un acto funcional parece un hecho simbólico con connotaciones ideológicas, no solo porque fuera visible, sino porque es uno de los medios a través de los cuales se mostraría la posición de poder del príncipe y su grupo de parentesco en la estructura social y estatal (Cebrián-Martínez, 2018, 57). En un contexto cultural imbuido por la religión, la potestad y prerrogativas para llevar a la práctica una política arquitectónica de estas características, pone de manifiesto un privilegio muy especial, tal vez indirectamente relacionado con alguna forma y/o proceso de heroización del jefe supremo y la consiguiente mitificación de su linaje, en consonancia con las características del clan cónico (Godelier, 1998c, 19). Dicho con otras palabras, la concentración de poder en el edificio con funciones palaciales, el príncipe y por extensión su linaje, parece revelar su posible carácter sagrado o al menos que la dinámica para divinizarlos estaba en marcha (Godelier, 1998c, 19).

A modo de epílogo, a la luz del registro arqueológico y la información disponible, parece plausible

aventurar, por supuesto sin desmerecer otras posibles explicaciones, la teoría del Estado tribal centralizado de Ullastret como la forma de organización más probable a partir del S.IV a.C. Siempre considerando que los límites y criterios que separaban a las distintas formas estatales no eran barreras impenetrables ni estáticas (Fernández-Götz, 2014, 58). Al contrario, eran dinámicos y flexibles, no siendo extraño que algunos atributos sean comunes a diferentes clases de formaciones político-territoriales (Fernández-Götz, 2014, 58). Esta reflexión es especialmente importante en el caso de Ullastret, puesto que su cercanía y simbiosis con Ampurias pudo haber creado puntos de encuentro de evidente influencia en el modelo político. A tal efecto, valga señalar la huella de inspiración griega en los templos indígenas de la ciudad. Tampoco parece casualidad que la inscripción ibérica más antigua fuera hallada precisamente en este lugar central (Codina et al., 2019c, 158).

6.5.3. El modelo de organización administrativa tribal

Es importante señalar, pues los datos no lo desmienten, la probable existencia de un sistema administrativo, que a tenor de la información disponible se encontraría en sus albores (Bondarenko, 2014, 223). La intensificación de la economía, incentivada por el aumento demográfico y los avances tecnológicos, pudo acelerar la puesta en marcha de una estructura organizativa -aún incipiente- al servicio de la aristocracia tribal, destinada a ejercer un control más exhaustivo de la reproducción social y económica de la sociedad (Sanmartí, 2009a, 24; Sanmartí, 2010, 100). Sobre las inscripciones en lengua ibérica, pese a no haber sido descifradas aún, existe unanimidad entre los especialistas en reconocerlas como posibles documentos administrativos o en asignarles un carácter económico (Velaza, 2009, 150; Ferrer et al., 2015, 169). En la organización jerárquica del poblamiento, en la que se distinguen asentamientos que asumen funciones especializadas, como Ullastret, Sant Julià de Ramis o el núcleo rural de Pontós, se perciben diferentes niveles administrativos, indicativo de la presencia de estructuras estatales (Sanmartí, 2004, 25; Sanmartí, 2009a, 24).

De forma concomitante (y complementaria) a las consideraciones expuestas, el hallazgo de dos tesorillos de dracmas en Ullastret, ambos compuestos por 54 monedas de plata emporitanas, son lo suficientemente significativos como para contribuir al debate sobre el sistema administrativo. Dado que la similitud en su valor monetario, esto es, el número de piezas coincide en los dos casos, incita a pensar que se trata de depósitos cuya plausible finalidad sería, siempre en el caso de admitirlo, realizar un pago administrativo o satisfacer algún tipo de tributo (Cebrián-Martínez, 2018, 66).

El primer conjunto de monedas, datado a principios del S.II a.C., posiblemente durante el periodo de la Segunda Guerra Púnica, fue encontrado en 1964 en el denominado Campo Triangular del Puig de Sant Andreu (Campo, 2007, 66; Campo, 2022, 36). Se componía de 54 ejemplares de plata y estaba formado por dracmas y divisores (Campo, 2007, 66). El depósito numismático estaba muy poco deteriorado, de donde se deduce que su funcionalidad no era tanto la circulación para realizar pagos relacionados con actividades económicas cotidianas, sino más bien contar con un fondo de reserva para transacciones comerciales más complejas (Campo, 2007, 71). El segundo hallazgo se produce en 2006, en el sector 10 de la reinterpretada zona 14 (Codina et al., 2007, 59; Campo, 2007, 65). Estaba integrado, al igual que el primero, por 54 dracmas emporitanas, fechadas en el inicio de la Segunda Guerra Púnica (Codina et al., 2007, 57; Campo, 2022, 36). Por consiguiente, cronológicamente es ligeramente anterior al tesorillo descubierto en 1964 (Campo, 2007, 66). Más adelante volveré a esta cuestión.

Una de las funciones básicas de la administración en las primeras formas estatales era la regulación de



Figura 6.15: Tesorillo de dracmas hallado en la zona 10 del edificio con funciones palaciales. Imagen cedida por el MAC de Ullastret

las prestaciones tributarias y la fuerza de trabajo procedentes de las diferentes divisiones administrativas (Bondarenko, 2014, 220), necesarias para el mantenimiento del orden social, la celebración de festividades religiosas que cohesionaban el grupo tribal y la realización de obras colectivas para la comunidad. Importa advertir que el concepto de tributo no hace referencia a un impuesto como la capitación en Roma, sino más bien a un tipo de gravamen que se pagaba en especie, generalmente grano, como sugiere la proliferación y extensión de los campos de silos. Sanmartí ha contribuido al debate en el ámbito de la Iberia septentrional con interesantes argumentos. Según propone este autor, los mecanismos de la élite social para controlar las estructuras de producción y redistribución, tal vez reflejen el establecimiento de un sistema tributario, conforme se desprende de las grandes concentraciones de silos (Sanmartí, 2010, 102). Las aglomeraciones de depósitos de almacenaje constituyen una reserva de excedente, administrada por el estamento dirigente, con el objetivo de atender las necesidades colectivas en épocas de carestía, cumpliendo así la aristocracia tribal con uno de sus cometidos sociales (Sanmartí, 2009a, 25; Sanmartí, 2010, 102). Pero además, representan una "acumulación de capital" con la que movilizar recursos para las actividades económicas y comerciales de los aristócratas y el sostenimiento de su aparato institucional y administrativo (Sanmartí, 2009a, 25; Sanmartí, 2010, 102).

Los datos invitan a formular la siguiente pregunta ¿por qué surge la maquinaria administrativa y cuál es su tipología social? La administración es, en el contexto indígena, una estructura de dominación que incluiría otros micropoderes como el militar y el coercitivo, y que además dispone de la capacidad y los medios para recolectar tributos y asumir otras funciones especializadas (Sanmartí, 2004, 25). Seguramente fue puesta en marcha por el núcleo de poder, con la intención de controlar el aumento de la presión demográfica, mantener el statu quo imperante y preservar el orden jerárquico y social (Sanmartí, 2004, 25). La clave para responder a la segunda pregunta nos la proporciona Martínez Peñas en un sugestivo estudio sobre la formación del estado. En las sociedades en las que se evoluciona de la jefatura al estado, los puestos institucionales en las primeras fases de la naciente configuración estatal eran ocupados por la élite aristocrática, en particular la emparentada genealógicamente con el linaje de más alto rango, el del gobernante supremo (Martínez-Peñas, 2018, 98). Ello explicaría la ausencia de estructuras urbanas en el registro arqueológico que se puedan relacionar con el sistema administrativo, teniendo en cuenta que

estas funciones posiblemente se llevaron a cabo en las grandes casas de familias pertenecientes al clan gobernante, presentes sobre todo en los dos asentamientos de Ullastret. Se trataría, pues, de un modelo de organización administrativa tribal, preburocrática si se prefiere, en el que no existía aún un sistema profesionalizado porque los cargos estaban relacionados con la jerarquía de rango de la estructura social, que es la que legitima su funcionamiento, autoridad y actividad social (Martínez-Peñas, 2018, 98). En definitiva, podría definirse como una administración de tipo clientelar.

Habiendo planteado con argumentos sólidos el establecimiento de una unidad organizativa compleja, parece pertinente analizar desde una perspectiva arqueológica el hallazgo de los tesorillos, puesto que pueden aportar matices interesantes a la discusión. El conjunto de monedas de 2006 fue encontrado en el sector 10, la única estancia del complejo residencial que comunica directamente con el eje de circulación (Codina et al., 2007, 59). Su disposición espacial y orientación hacia el exterior, indican una funcionalidad diferente a la del resto de espacios del edificio. Durante su excavación se documentó un enlosado con forma de plataforma, considerada una estructura para colocar ánforas, tinajas y otros recipientes cerámicos, hecho confirmado por el hallazgo *in situ* de una ingente cantidad de fragmentos anfóricos (Codina et al., 2007, 61). Ello ha llevado a interpretar esta habitación como una tienda o almacén (Codina et al., 2007, 59). El panorama indiciario se complementa con una espada La Tène, expuesta en la antesala porticada, sobre el travesaño de la puerta de entrada (Codina et al., 2007, 61).

Cuestionando, en el buen sentido de la palabra, la interpretación de este recinto habitacional como espacio dedicado al almacenamiento, puesto que resulta difícil conciliar este argumento con la superficie del habitáculo, me ha parecido interesante reinterpretar los datos en una línea más consistente con los contenidos de esta sección. De entrada, la exhibición de la espada señala el alto valor simbólico de este espacio físico, cuya entrada es la única de la fachada en la que se muestra el principal emblema de la élite guerrera, revelando su estatus especial y su vínculo con alguna actividad relacionada con el ejercicio del poder. Por otra parte, su conexión con la vía de paso, junto a la naturaleza de la evidencia material recuperada, básicamente un soporte para ánforas y un tesorillo, indican también su singularidad económica. Parece, conforme a lo expuesto, legítimo sugerir que fuera una dependencia especializada, con una función pública (se accede desde la calle), unida a los poderes político-administrativos (espada), que permite pensar en un uso para recolectar tributos (ánforas y monedas). Hemos de suponer que el sistema recaudatorio, sea cual fuere su funcionamiento, se realizase en establecimientos de prestigio, como las grandes casas aristocráticas. En esta misma dirección apunta el hecho de que en estas estructuras domésticas se concentren las mayores acumulaciones de molinos rotatorios y ánforas.

El otro tesorillo también aporta matices contextuales atractivos para el debate. El hallazgo se produjo muy cerca de una lámina de plomo con una inscripción ibérica, de donde puede deducirse que ambos elementos tal vez estuvieran relacionados (Aquiluè et al., 2008, 280; Cebrián-Martínez, 2018, 66). No conocemos, lógicamente, el significado del texto, pero la asociación entre documento escrito y reserva de monedas invita a reflexionar, por cuanto es bien conocido que la escritura, en sus inicios, se desarrolló para registrar las cuentas de la administración. Es decir, tenía un carácter económico.

Según Marta Campo, los dos conjuntos monetarios constituyen reservas de riqueza (Campo, 2007, 67), aunque estadísticamente es complicado sostener la coincidencia en el número de ejemplares. Parece más lógico atribuirles una funcionalidad similar, toda vez que los depósitos contienen la misma cantidad de piezas metálicas. En último término, si solo hubiera un tesorillo o no concordase el número de dracmas, sería muy especulativo considerar que responden a la necesidad de satisfacer un pago administrativo, pero

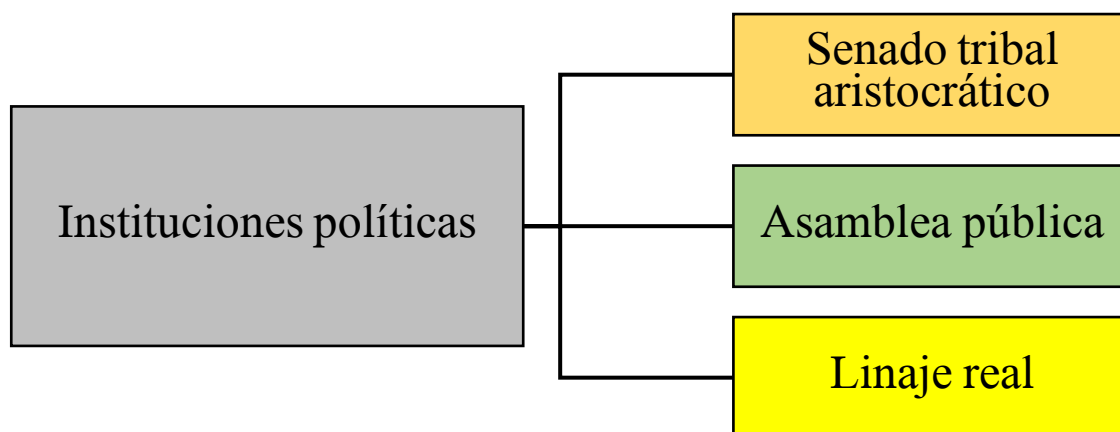


Figura 6.16: Instituciones políticas

el hecho de compartir un valor económico idéntico y pertenecer al mismo horizonte cronológico le otorga verosimilitud a esta propuesta.

6.6. Las instituciones políticas

Cuando se afronta el estudio de la organización política, surge una pregunta obvia: ¿cómo estaba regulado el ordenamiento político-institucional indigete? A tenor de la información disponible en los textos clásicos, las fuentes arqueológicas y los trabajos académicos que se han centrado en el análisis de las estructuras organizativas, hemos de tener en consideración tres instituciones: el senado aristocrático, la asamblea pública y la realeza -linaje real- (Roymans, 1990, 16; Alvar-Ezquerria, 2004, 64; Fernández-Götz, 2014, 64). La institucionalización es un mecanismo de dominación y el proceso mediante el cual el grupo hegemónico controla el orden social y la reproducción del poder. El mundo institucional, pese a su importancia para comprender el orden político de la sociedad, es un campo de la investigación al que se le ha prestado una atención inadecuada hasta ahora, excepción hecha de la realeza ibérica (Alvar-Ezquerria, 2004, 12 y 13). Y confieso, además, que la información al respecto en obras literarias antiguas es insuficiente y difusa en lo concerniente a las formas de gobierno, a la vez que en el contexto arqueológico resulta complicado identificar sus rasgos, puesto que estos organismos son arqueológicamente elusivos (Roymans, 1990, 16; Alvar-Ezquerria, 2004, 15). Con todo, los datos permiten sugerir pautas enfocadas a contribuir, modestamente, a fomentar la discusión sobre estas cuestiones.

6.6.1. El Senado tribal aristocrático

El senado forma parte, desde el punto de vista del materialismo histórico, de la superestructura política de la sociedad (Marx y Engels, 1980, 74). Es una institución que ha sido documentada en la mayoría de pueblos prerromanos y en las configuraciones estatales del Mediterráneo antiguo (Silgo-Gauche, 2010, 80; Ruiz-Zapatero, 2014, 48). Tenemos constancia de que los iberos contaban con consejos por su mención en los textos grecorromanos (Uroz-Saez, 1981, 27; Muñiz-Coello, 1994, 95; Alvar-Ezquerria, 2004, 21). Se refieren a este órgano como *senatus*, y a los miembros que lo componían los denominan *maiores*, *nobiles* o *senatores* (Muñiz-Coello, 1994, 95; Alvar-Ezquerria, 2004, 21; Fernández-Götz, 2014, 66). Las fuentes literarias, evidentemente, utilizan una terminología basada en expresiones que les eran conocidas, pero

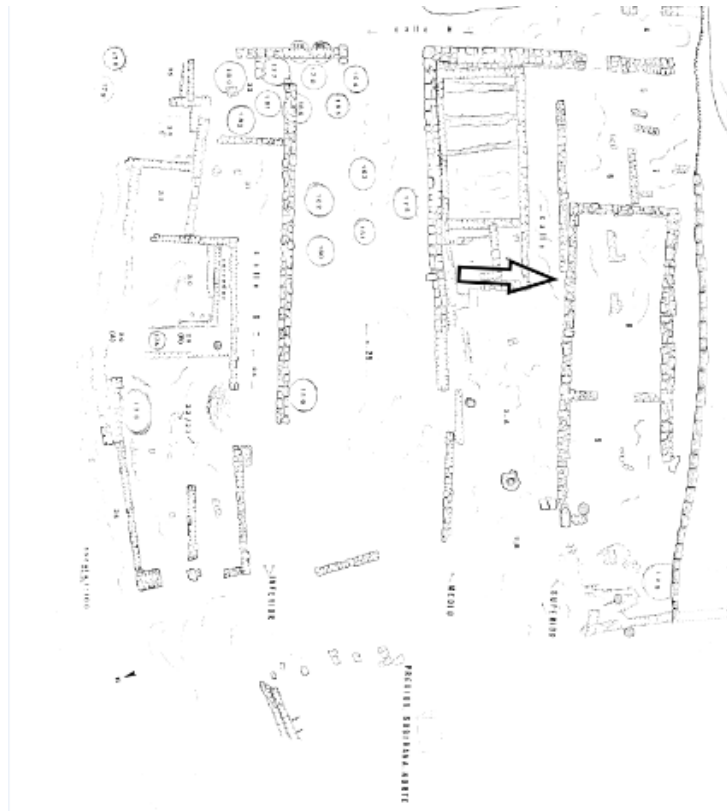


Figura 6.17: Edificio singular (antiguo templo B, situado en los ámbitos 8 y 9). Posible sede del consejo de notables. Imagen antigua del MAC-Ullastret

eso no niega la validez del argumento (Uroz-Saez, 1981, 27). Son de sobra conocidas las alusiones de Livio al senado indígena en dos contextos específicos, el sitio de Sagunto (Livio XXI, 12-14) y la rebelión de 197-195 a.C. sofocada por el cónsul Catón, quien convocó a los senadores de las ciudades vencidas para pactar el fin de las hostilidades (Livio XXXIV, 17, 7-10).

El senado tribal es la cámara de representación del *ordo* aristocrático, siendo en consecuencia una institución más restringida y con un carácter mucho más elitista que la asamblea pública (Roymans, 1990, 31; Muñiz-Coello, 1994, 95; Alvar-Ezquerria, 2004, 21). Es un organismo que contaba con una estructura para tomar decisiones y una autoridad jerárquica con potestad en el ejercicio del poder político (Muñiz-Coello, 1994, 104; Fernández-Götz, 2014, 66). Parece que la principal atribución de la reunión de notables era asesorar al líder del estamento dirigente (Roymans, 1990, 31). Su autoridad y prestigio era tal que Roymans la considera, en las sociedades pretéritas, la principal institución del ordenamiento político (Roymans, 1990, 31). Con toda probabilidad este consejo estaba compuesto por una oligarquía de guerreros pertenecientes a los principales linajes de los *pagi* que conformaban la *civitas* (Roymans, 1990, 31; Ruiz-Rodríguez, 1998, 290; Ruiz-Rodríguez, 2018, 209). Ideas similares en Muñiz Coello (1994, 95), Ruiz Rodríguez (2000, 15), Alvar Ezquerria (2004, 22) y Fernández Götz (2014, 66).

Lo más lógico, llegados a este punto de la discusión, es evaluar las huellas materiales que permiten identificar una construcción (templo B) con un espacio institucional, donde tal vez se celebrasen cónclaves de notables. Los edificios singulares, por sus peculiaridades arquitectónicas, permiten indagar en aspectos institucionales no perceptibles en la edificación doméstica ni en el registro arqueológico (Alvar-Ezquerria, 2004, 15). Estudios recientes han planteado con sugestivos argumentos contextuales que en esta edificación, posiblemente, tuvieron lugar consejos y/o reuniones con funciones políticas (Cebrián-Martínez, 2018,

64; Asensio et al., 2019, 97). Su dimensión y forma, muy diferentes a las normales en la arquitectura doméstica, incluyendo las grandes casas aristocráticas, así lo avalan (Cebrián-Martínez, 2018, 64).

Debe señalarse por su importancia que el relato arqueológico se puede contrastar con la documentación epigráfica. Efectivamente, las *tabellae defixionum* mencionan explícitamente el consejo de los indigetes y el *legatus augusti*, que son los encargados de dirimir una disputa (Pi-Vázquez, 2003, 26). La información que proporcionan las láminas de plomo a nivel político es, aunque escueta, muy valiosa, puesto que es la única referencia por escrito que alude expresamente a este organismo, homologable en términos prácticos al senado tribal descrito previamente. El contenido de la inscripción es, básicamente, un maleficio practicado por un personaje de la comunidad local por haber perdido un litigio (Pi-Vázquez, 2003, 33). Sin embargo, resulta de gran interés constatar como junto al legado imperial, interviene en el pleito el consejo de los indigetes, de donde se desprende que se trata de una institución de gran prestigio y carácter aristocrático, puesto que es equiparable en el ámbito indígena al máximo representante de Roma. El documento, por su propia naturaleza, no pone en entredicho la veracidad de la información relativa al orden político, habida cuenta que la maldición va dirigida, precisamente, al aparato burocrático (Pi-Vázquez, 2003, 32). De modo que es lógico suponer que la referencia a las instituciones involucradas en el juicio fuera lo más fidedigna posible con el fin de que el maleficio funcionase de la manera más eficiente.

6.6.2. La asamblea pública

La asamblea pública es una institución clave para el funcionamiento de la sala de máquinas del poder, no solo debido a que en ella se tomaran decisiones políticas vitales para la reproducción social de la comunidad, sino porque sus resoluciones eran en muchos casos ritualizadas mediante actos simbólicos y religiosos, dotándolas de legitimidad. En los pueblos indígenas con una estructura social muy jerarquizada es común la celebración de reuniones colectivas (Gerritsen y Roymans, 2007, 255; Ruiz-Zapatero, 2014, 48). Tenemos constancia, por las fuentes literarias, que los íberos realizaban también actos comunitarios de esta índole (Muñiz-Coello, 1994, 101). La información en Livio es parca en detalles sobre las funciones y estructura de la asamblea, pero aporta una miríada de pistas interesantes, especialmente en el libro XXI. En el pasaje que narra el suicidio de los saguntinos y la quema del tesoro público de la ciudad, se menciona explícitamente la asamblea (Livio, 1984, XXI, 14, 1). Pese a la parquedad de la cita, resulta muy valiosa porque diferencia, de manera clara, el senado de la asamblea, dando a entender que eran organismos bien diferenciados en el complejo entramado institucional indígena. En otro fragmento célebre, Livio se refiere a una delegación de embajadores romanos que es enviada a *Hispania* para buscar alianzas, llevándose a cabo las negociaciones con los pueblos prerromanos en la asamblea pública (Livio, 1984, XXI, 19, 8). La narración de este episodio es muy significativa, teniendo en cuenta que pone de manifiesto que las cuestiones diplomáticas y los acuerdos políticos eran competencia de este órgano colectivo, crucial en el mantenimiento del orden social, las estrategias de poder de la comunidad y el funcionamiento del sistema de gobierno etnopolítico.

Una pregunta fundamental a la que se debe responder cuando se realiza una aproximación arqueológica a esta cuestión, es dónde se efectuarían estas reuniones sociales. Conforme viene demostrando la investigación, la naturaleza cúltero-religiosa de estas asambleas, en las que tenían lugar funciones ceremoniales y manifestaciones de las creencias míticas, sugiere que se festejaban en el espacio público contiguo a los templos del *oppidum* (Roymans, 1990, 31; Fernández-Götz, 2014, 65; Fernández-Götz y Roymans, 2015, 19). Tal sería el caso de Ullastret, donde según Gabriel de Prado (en conversación

privada), no se ha documentado ningún tipo de estructura edilicia en las inmediaciones de los santuarios emplazados en la cima del asentamiento. También hay que observar, para reforzar este argumento, que en el mundo griego era habitual celebrar las asambleas en espacios públicos como el agora. En estas celebraciones generales podían participar todas aquellas personas libres con derecho a portar armas (Livio, 1984, XXI, 20, 1; Alvar-Ezquerria, 2004, 22; Silgo-Gauche, 2010, 81). Aunque ello no es óbice para pensar que todos tuvieran el mismo peso en la toma de decisiones (Roymans, 1990, 31; Muñiz-Coello, 1994, 101; Fernández-Götz, 2014, 65). En realidad, era un órgano político con una estructura interna jerarquizada, compuesta por grupos clientelares de diferente rango que representaban los intereses de sus respectivas facciones (Roymans, 1990, 31; Muñiz-Coello, 1994, 101; Fernández-Götz, 2014, 65).

La asamblea general tenía amplias atribuciones en materias civiles y militares. Cuestiones importantes relacionadas con la guerra, la paz y la elección de líderes militares (*duces e imperatores*), eran resueltas en ellas (Livio, 1984, XXI, 14, 1; Roymans, 1990, 30; Muñiz-Coello, 1994, 94). También poseían competencias en asuntos legislativos y el ejercicio de la justicia (Roymans, 1990, 30; Muñiz-Coello, 1994, 94; Fernández-Götz, 2014, 65). Constituían, igualmente, el espacio público al que acudían regularmente los clanes que conformaban la entidad etnopolítica para dirimir sus desavenencias (Muñiz-Coello, 1994, 103). Y, al mismo tiempo, estos acontecimientos permitían juntarse a los habitantes de *oppida* más pequeños y establecimientos rurales, con el fin de realizar actividades económicas e intercambiar productos (en ferias), estrechar vínculos sociales (a través de celebraciones comunes), o concertar alianzas familiares y organizar matrimonios (Fernández-Götz, 2014, 65; Fernández-Götz y Roymans, 2015, 21). Aunque, tal vez, su función social más relevante fuera reafirmar, mediante ceremonias religiosas y actos simbólicos, la cohesión, el sentimiento de pertenencia y la unidad de toda la comunidad tribal como grupo político con una misma ideología y origen mítico (Fernández-Götz, 2014, 65; Fernández-Götz y Roymans, 2015, 21).

6.6.3. Poder y etnogénesis. (Re)definiendo la realeza ibérica: el linaje real clientelar

Ha de convenirse que de entre todas las instituciones que conforman el ordenamiento político de los iberos, la realeza es la que se ha estudiado en mayor profundidad y a la que recientemente se le ha prestado una atención mucho más detenida (Muñiz-Coello, 1994, 91; Almagro-Gorbea, 1996, 94; Ruiz-Rodríguez, 1999, 102; Ruiz-Rodríguez, 2000, 14; Alvar-Ezquerria, 2004, 13; Ruiz-Rodríguez, 2018, 207). Sin embargo, la investigación se enfrenta a dos problemas metodológicos a la hora de abordar la cuestión de la evolución de la institución monárquica. 1) la lectura de los datos que se puede extraer de los autores clásicos es compleja, debido a que los contenidos son limitados y muchas veces muy difusos; 2) las connotaciones del léxico se caracterizan por ser ambiguas y confusas, puesto que el significado de términos como *rex*, *regulus*, *princeps* y otros similares depende, en última instancia, del escenario narrativo en el que se emplean (Muñiz-Coello, 1994, 91; Alvar-Ezquerria, 2004, 14; Sanmartí, 2009a, 26).

Determinar la forma de organización del poder es esencial para definir la naturaleza y el desarrollo institucional de la monarquía en la Cultura Ibérica. Almagro planteó un esquema general, asumido por la mayoría de especialistas, basado en las transformaciones organizativas en el seno de las estructuras de poder y su evolución histórica en la sociedad ibérica, en el que distinguía tres modos de ejercer el liderazgo, contruidos a partir de diversas concepciones del ordenamiento político (Almagro-Gorbea, 1996, 94; Quesada-Sanz, 2017, 526). La tesis principal de esta propuesta sugiere que la monarquía heroica de la primera facies del complejo cultural ibérico habría dejado paso, a lo largo del S.IV a.C., a un

contexto dominado por regímenes aristocráticos constituidos por una estructura guerrera político-militar, que a su vez evolucionaría, a comienzos del siglo III a.C., hacia un patrón de gobierno conformado por oligarquías urbanas (Almagro-Gorbea, 1996, 94; Ruiz-Rodríguez, 1999, 102; Quesada-Sanz, 2017, 527). El problema con el sistema teórico de Almagro, tal y como han criticado algunos eruditos, radica en que la base del poder social en la Iberia septentrional es diametralmente opuesta a la de otros pueblos ibéricos que se desarrollaron en otras regiones de la Península Ibérica, razón por la cual el modelo no es válido en los territorios situados al norte del río Ebro (Almagro-Gorbea, 1996, 28; Quesada-Sanz, 2017, 526; Ruiz-Rodríguez, 2018, 216). Por consiguiente, parece necesario un nuevo enfoque que trace trayectorias paralelas y explore la figura del príncipe, posiblemente el cargo de más alto rango en el estamento indigete, desde un prisma distinto. Con un método de análisis que tenga en consideración que se trata de una sociedad con un elevado número de elementos culturales étnicos, en la que la organización político-social y la estructuración del poder recaen en la configuración del clan cónico y su superestructura, la etnogénesis, cuyo núcleo político lo componían el linaje real y las principales familias aristocráticas.

El tránsito hacia formas de organización estatales en el S.IV a.C. fue acompañado de transformaciones en el ordenamiento político (Alvar-Ezquerria, 2004, 22; Ruiz-Rodríguez, 2018, 214). En ese proceso probablemente surge el príncipe íbero, tal vez debido a que el modo de ejercer el poder de las nuevas aristocracias guerreras podría haber favorecido el surgimiento de estructuras monárquicas (Alvar-Ezquerria, 2004, 20; Ruiz-Rodríguez, 2018, 214). Siguiendo en este punto a Roymans, la pérdida de importancia de la consanguinidad fomentó el nacimiento de casas reales, en las que se consolidó, a nivel político, el papel dominante de la estirpe real (Roymans, 2004, 61 y 211; Roymans, 2009, 229). A decir verdad, la dinámica evolutiva de la etnogénesis se caracteriza por la constitución de estirpes regias, legitimadas por su vinculación con los mitos fundacionales y el orden cósmico del grupo tribal (Roymans, 2004, 148; López-Quiroga, 2011, 53; Mantel, 2017, 83). En este sentido creo que la lenta disolución del parentesco no repercutió en el desarrollo de los procesos etnogenéticos, donde seguiría siendo el mecanismo de la élite social para acceder a la fuente de poder. Ahora bien, ¿hasta dónde podemos hablar de linaje real en el estamento indigete? La respuesta reside en confrontar la escasa información disponible en los textos clásicos con el relato de las fuentes arqueológicas (Alvar-Ezquerria, 2004, 15).

A favor de la instauración de un linaje real se podría traer a colación un testimonio de Livio, ciertamente inspirador, en el que se menciona explícitamente que los reyes ilergetes, Indíbil y Mandonio, eran de estirpe regia (Livio, XXVIII, 27, 5). Lo interesante de esta cita es que se puede establecer su correlato material desde un punto de vista arqueológico. Hemos, para ello, de retomar el proceso de formación étnica y los cambios generados por el crecimiento del fenómeno urbano en Ullastret.

El recorrido del concepto de etnogénesis en este caso de estudio difiere, en gran medida, de las primeras visiones monolíticas, en las que se consideraba al grupo étnico una entidad estática y homogénea. Aquí el proceso es dinámico y está en continua evolución, interactúa dialécticamente con otros componentes estructurales de la sociedad y se fundamenta en la integración de comunidades subétnicas en una escala superior, que abarca al conjunto étnico en su totalidad. Recuérdese a este respecto el análisis llevado a cabo en secciones anteriores para explicar el abandono de los *oppida* de Peralada y Pontós, cuyos grupos sociales se habrían incorporado, gracias a la ampliación del perímetro amurallado del Puig de Sant Andreu, a la naciente formación territorial, el Estado tribal centralizado de Ullastret. Es complicado definir con precisión la posición y el estatus de los grupos que se integran en la estructura social resultante de las luchas de poder intertribales (Ruiz-Rodríguez, 2018, 214). Aunque, teniendo en cuenta que en la



Figura 6.18: Sala de reuniones aristocráticas y celebración de banquetes del palacio

sociedad indígena las relaciones sociales están atravesadas por vínculos de patronazgo y se articulan a través de los lazos que se establecen entre patrón-cliente, es posible imaginar que se agregan mediante alguna fórmula de subordinación o pacto clientelar (Roymans, 2004, 205; Ruiz-Rodríguez, 2018, 214). Ese proceso histórico induce a pensar que los fundamentos del poder de la fase preestatal han cambiado hacia formas más jerárquicas.

Hay otro hecho, con connotaciones urbanas, que merece atención por su importancia para el desarrollo de la discusión. Durante el S.IV a.C. en Ullastret, a la par que se extendió el espacio fortificado, se construyeron grandes casas aristocráticas, documentadas en la Illa d'en Reixac y el Puig de Sant Andreu (Codina et al., 2019c, 157). Una de ellas, la conocida como zona 14, ya ha sido definida por sus patrones arquitectónicos como un complejo palacial (Cebrián-Martínez, 2018, 57), que en organizaciones tribales jerárquicas se asocia a la residencia de un príncipe (Cebrián-Martínez, 2018, 57; Ruiz-Rodríguez, 2018, 212). La exhibición en este conjunto residencial de emblemas de prestigio de la élite social gobernante, como espadas La Tène y cráneos enclavados (Cebrián-Martínez, 2018, 62; Codina et al., 2019c, 158), y especialmente su vinculación simbólica con la arquitectura defensiva, con la que comparte espacio (Cebrián-Martínez, 2018, 57), no solo legitima la autoridad de su grupo social (Cebrián-Martínez, 2018, 57; Ruiz-Rodríguez, 2018, 214), sino que parece proyectar el liderazgo político de su linaje en la estructura de poder (Cebrián-Martínez, 2018, 57).

La naturaleza de los datos invita a ser cautos en su interpretación. Empero, en función de la coherencia del modelo teórico propuesto con el registro arqueológico y las fuentes literarias, es lícito plantear una

hipótesis sugestiva. Es probable que en el mismo proceso sociohistórico que conduce a la sociedad a un modelo estatal, hubiera surgido una institución monárquica. En la cúspide de la jerarquía real habría un príncipe de regia stirpe (palacio), cuyo linaje sería el portador de la tradición indigeta (integración de comunidades subétnicas mediante la etnogénesis), que terminará por aglutinar en torno suyo a todo el grupo étnico (lazos clientelares entre el príncipe y el resto de líderes tribales). A efectos prácticos un linaje real. La elección del término príncipe se justifica por sí sola, debido a que es el más utilizado en la historiografía especializada en el estudio de las instituciones políticas ibéricas.

El concepto de realeza en la Edad del Hierro es muy distinto al de otros periodos históricos, puesto que su poder era mucho más inestable y estaba limitado por la competición política con otras facciones de la élite (Roymans, 1990, 34; Muñiz-Coello, 1994, 104; Fernández-Götz, 2014, 66). En realidad, el príncipe es un *primus inter pares*, con una red de alianzas clientelares superior a la de sus competidores y capital suficiente para invertir en su generosidad, por ejemplo a través de banquetes competitivos (Roymans, 1990, 56; Fernández-Götz, 2014, 66). Tal podría ser la funcionalidad de la gran sala majestuosa del palacio (sector 1 en la bibliografía), la celebración de banquetes con los que el príncipe reforzaría su prestigio y aumentaría su base social en la escala de poder, estableciendo relaciones de dependencia clientelar mediante estos festines en los que exhibía su generosidad (Cebrián-Martínez, 2018, 61). Así parece sugerirlo el hallazgo en esta sala de útiles relacionados con el consumo de bebidas alcohólicas, como ánforas púnico-ebusitanas y vasos de cerámica ática de barniz negro (Cebrián-Martínez, 2018, 61).

6.7. Relaciones de poder: los lazos políticos de dependencia clientelar

La aristocracia está ligada históricamente al nacimiento del tributo y a las relaciones sociales que sostienen su existencia y que se fijan por formas de dependencia entre clases sociales; para definirla, propongo tres horizontes de análisis. El primer campo lo constituye la servidumbre como estructura básica de las relaciones sociales de producción

Ruiz Rodríguez 2018, 209

Según la cita seleccionada para abrir esta sección, avalada por el testimonio de los eruditos romanos, la base del poder de la aristocracia indígena se articulaba por medio de una compleja red de relaciones de dependencia (César, 2000, VI, XII y VI, XV; Tácito, 2000, 13 y 14; Livio, 2008, XXVIII, 24, 4 y XXIX, 1, 25). En la guerra de las Galias, Julio César relata que la estructura jerárquica del clientelismo se fundamentaba en la acumulación de riqueza y la concentración de poder (César, 2000, VI, XV). El sistema de relaciones clientelares era el mecanismo que integraba a todos los estratos sociales en el proceso de jerarquización política mediante un entramado de interacciones recíprocas y disimétricas entre el patrono y sus clientes (Roymans, 1990, 29; Izard y Bonte, 2005, 581; Fernández-Götz, 2014, 42). El clientelaje es un fenómeno social que, por su polivalencia funcional, impregna todos los segmentos de la sociedad ibérica,

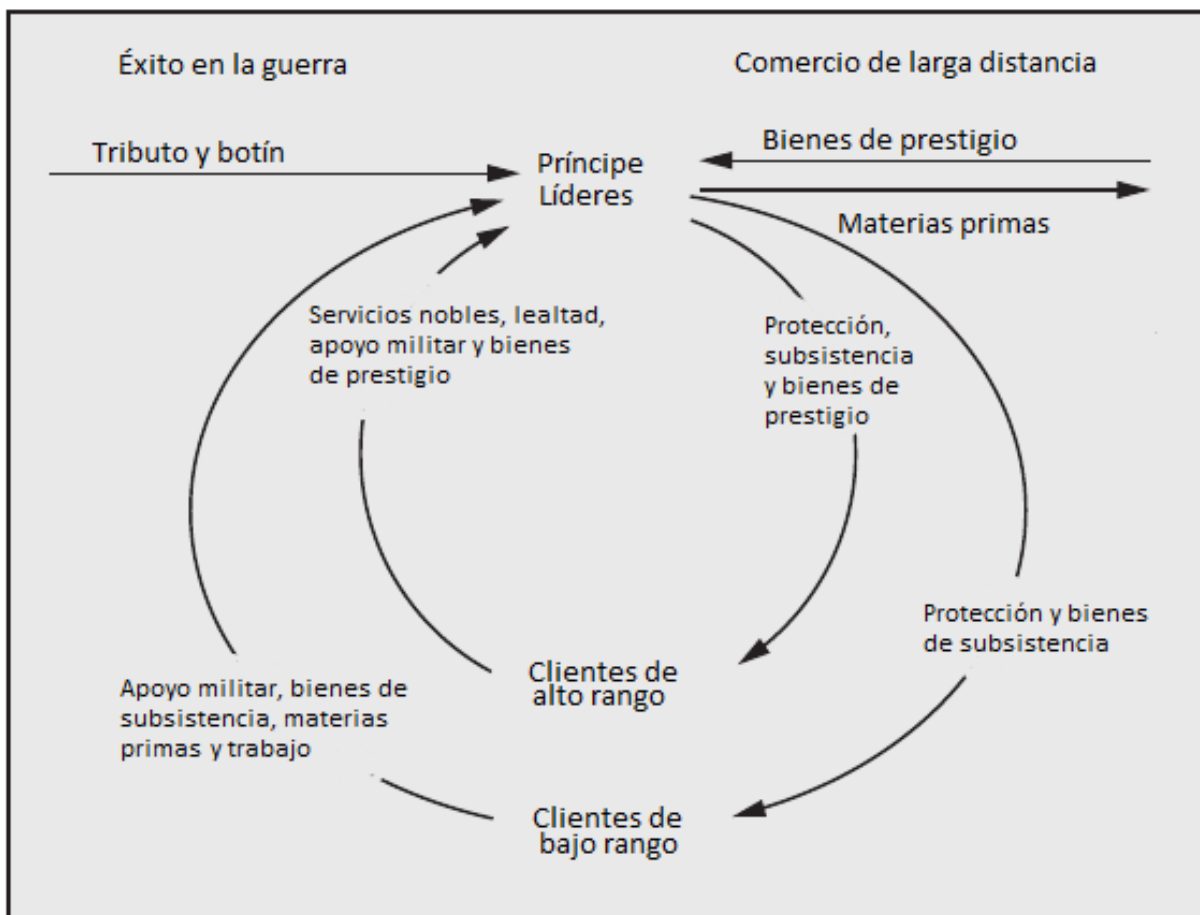


Figura 6.19: Esquema general de las relaciones clientelares según Roymans (1990) y Fernández Götz (2014), con algunas modificaciones

desde los vínculos del príncipe con los líderes tribales, hasta las relaciones entre facciones aristocráticas, entre el estamento dirigente y los grupos de más bajo rango o entre entidades étnicas (Roymans, 1990, 39; César, 2000, VI, XII; Livio, 2008, XXIX, 1, 25; Fernández-Götz, 2014, 42). El principio organizador de las relaciones clientelares es la reciprocidad entre el patrono y su cliente, pues ambos tenían obligaciones (Roymans, 1990, 29; Izard y Bonte, 2005, 581; Sanmartí, 2009a, 26; Fernández-Götz, 2014, 42). En la figura 6.19 se muestran los principales rasgos de la clientela y su dinámica interna.

El clientelismo consistía, generalmente, en un pacto por medio del cual el patrono ofrecía protección y retribuciones materiales, en forma de bienes de prestigio, a su cliente, que a cambio prestaba obediencia, cooperación militar, apoyo en la asamblea pública y otros servicios, como días de trabajo (Roymans, 1990, 29; Muñiz-Coello, 1994, 101; Izard y Bonte, 2005, 581; Sanmartí, 2009a, 26; Fernández-Götz, 2014, 42). En consonancia con el pensamiento de Marx, en cada periodo histórico el modelo económico de producción crea su propio sistema de relaciones sociales (Marx, 1970, 37; Ruiz-Rodríguez, 2018, 208). En época ibérica, las relaciones de dependencia y sumisión clientelar se corresponden con un patrón económico en el que la producción social y su sustentabilidad se basaban en el tributo (Marx, 1970, 37; Ruiz-Rodríguez, 2018, 208). Hecho confirmado por varios pasajes de Julio César (César, 2000, IV, VI y V, XXVII).

Es más, una de las finalidades políticas del tributo era permitir la integración en la estructura clientelar para, consecuentemente, poder participar en el proceso de reproducción social de la comunidad (Ruiz-

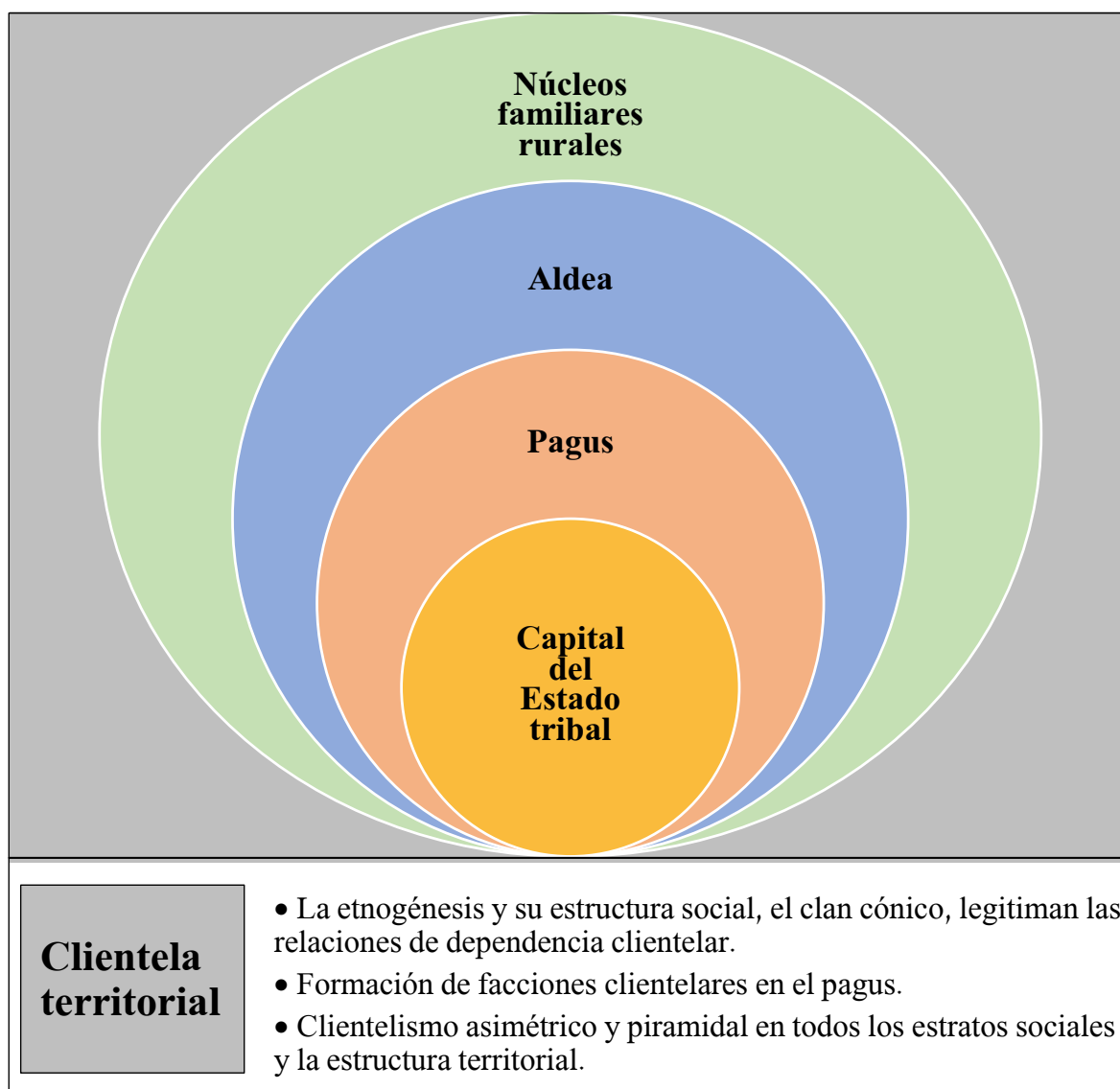


Figura 6.20: Niveles en que se estructura la clientela territorial

Rodríguez, 2000, 19; Izard y Bonte, 2005, 582). El alcance de la economía política, en ningún caso, se restringe a un sistema recaudatorio de tributos. La élite tribal desarrolló estrategias económicas conducentes a consolidar y expandir la base social de sus redes clientelares, por ejemplo a través de alianzas matrimoniales (boda de Anfbal con Himilce), festines competitivos, el intercambio de regalos (Don agonístico) o las acciones bélicas que proporcionaban botín (Ruiz-Rodríguez, 1998, 299; Ruiz-Rodríguez, 2000, 19; Fernández-Götz, 2014, 44; Ruiz-Rodríguez, 2018, 210).

Como bien han señalado varios autores, las prácticas clientelares también se desarrollaron en los *populi* del área catalana (Ruiz-Rodríguez, 1998, 298; Ruiz-Rodríguez, 2000, 17; Sanmartí, 2009a, 27; Sanmartí, 2010, 104; Sanmartí et al., 2016, 129; Ruiz-Rodríguez, 2018, 211). El caso más citado por la historiografía es el de los príncipes ilergetes Indíbil y Mandonio, que encabezaban un ejército interétnico organizado militarmente, al parecer, por vínculos sociales de tipo clientelar (Ruiz-Rodríguez, 1998, 298; Ruiz-Rodríguez, 2000, 17; Sanmartí, 2010, 104; Ruiz-Rodríguez, 2018, 214).

La institución de la clientela no es uniforme ni homogénea, en la medida que está sujeta o supeditada

al modelo socioeconómico, la estructura social o el peso del componente étnico en la organización sociopolítica. Por consiguiente se han documentado diversas formas de clientela (Roymans, 1990, 39; Ruiz-Rodríguez, 2000, 18; Ruiz-Rodríguez, 2018, 209). Arturo Ruiz ha identificado tres tipos básicos de clientela, dependiendo de si los clientes formaban parte de la red de parentesco o procedían de una estructura externa (Ruiz-Rodríguez, 2018, 209). La primera de ellas se manifiesta en la organización jerárquica del clan cónico (Ruiz-Rodríguez, 2018, 209); la segunda se configura a partir de un "grupo tributario" que no guarda una relación de consanguinidad con el segmento dominante, estableciéndose vínculos territoriales entre ellos por medio de un acuerdo (Ruiz-Rodríguez, 2018, 210); la tercera es la forma clásica de la clientela, que se erige sobre la base de un pacto *in fides* entre las dos partes implicadas (Ruiz-Rodríguez, 2018, 210). Hay, sin embargo, otra forma clientelar que coexiste con las tres anteriores y se expresa en su escala superior, la clientela entre miembros del estamento aristocrático, de naturaleza territorial y carácter jerárquico, conocida como "clientela piramidal" (Roymans, 1990, 39; Fernández-Götz, 2014, 42; Ruiz-Rodríguez, 2018, 210). También hay que observar que no se trata de modelos antagónicos entre sí, pues todos pueden estar presentes, en mayor o menor medida, en una relación clientelar determinada (Ruiz-Rodríguez, 2018, 210). Sobre esto último, la clave consiste en precisar qué forma de clientela es preponderante en el sistema de relaciones sociales (Ruiz-Rodríguez, 2018, 210).

Para el propósito que nos ocupa, se ha de valorar el patrón de asentamiento y la distribución espacial de los grupos sociales involucrados en el clientelismo (Ruiz-Rodríguez, 2000, 17; Ruiz-Rodríguez, 2018, 210). A la cabeza del poblamiento se sitúa Ullastret, sede del poder y las instituciones políticas, en torno al cual se estructuran dos divisiones administrativas o *pagi*, uno alrededor de Sant Julià de Ramis y otro en el ámbito territorial de Montbarbat (Ruiz-Rodríguez, 2000, 17; Sanmartí, 2009a, 27; Ruiz-Rodríguez, 2018, 211). Aunque no se puede descartar la existencia de un tercer *pagus* en el norte de la Indigecia. Esta cuestión será abordada en la sección 6.10. Conviene señalar que el *pagus* se compone de un hábitat disperso formado por pequeños núcleos fortificados, aldeas y granjas (Ruiz-Rodríguez, 2000, 17; Sanmartí, 2009a, 27; Ruiz-Rodríguez, 2018, 212). Este modelo espacial es característico de la clientela territorial, donde patrono y cliente habitan en asentamientos diferentes (Ruiz-Rodríguez, 2018, 210). La dependencia territorial de un único lugar central, es un indicio significativo de que los lazos clientelares se basaban en estructuras de parentesco articuladas con arreglo a los principios del clan cónico (Ruiz-Rodríguez, 2018, 211). Aunque el clientelaje, debido a su dinámica interna, trasciende este marco y se establece en un contexto más amplio, el de la etnogénesis y el grupo étnico, como pone al descubierto el liderazgo intertribal de Indíbil (Ruiz-Rodríguez, 2000, 17; Ruiz-Rodríguez, 2018, 215). Todo ello conduce al desarrollo de la clientela piramidal (Ruiz-Rodríguez, 2018, 215).

Resumiendo el fondo de la cuestión, la consolidación de Ullastret como capital de los indigetes, en la que se construyen edificios de carácter supraterritorial relacionados con las instituciones políticas y templos, edificados con el objetivo de expresar la identidad del grupo étnico, sugiere que el clientelismo estaba organizado en unidades de parentesco, sobre todo entre los miembros de la jerarquía tribal (Ruiz-Rodríguez, 2018, 215). La pervivencia de las estructuras étnicas, de las que formaba parte el príncipe a través de la etnogénesis, favoreció posiblemente el auge de la clientela territorial y piramidal; pero además, permitió el surgimiento del estado con base tribal, esto es, el Estado tribal centralizado de Ullastret (Ruiz-Rodríguez, 2018, 215).

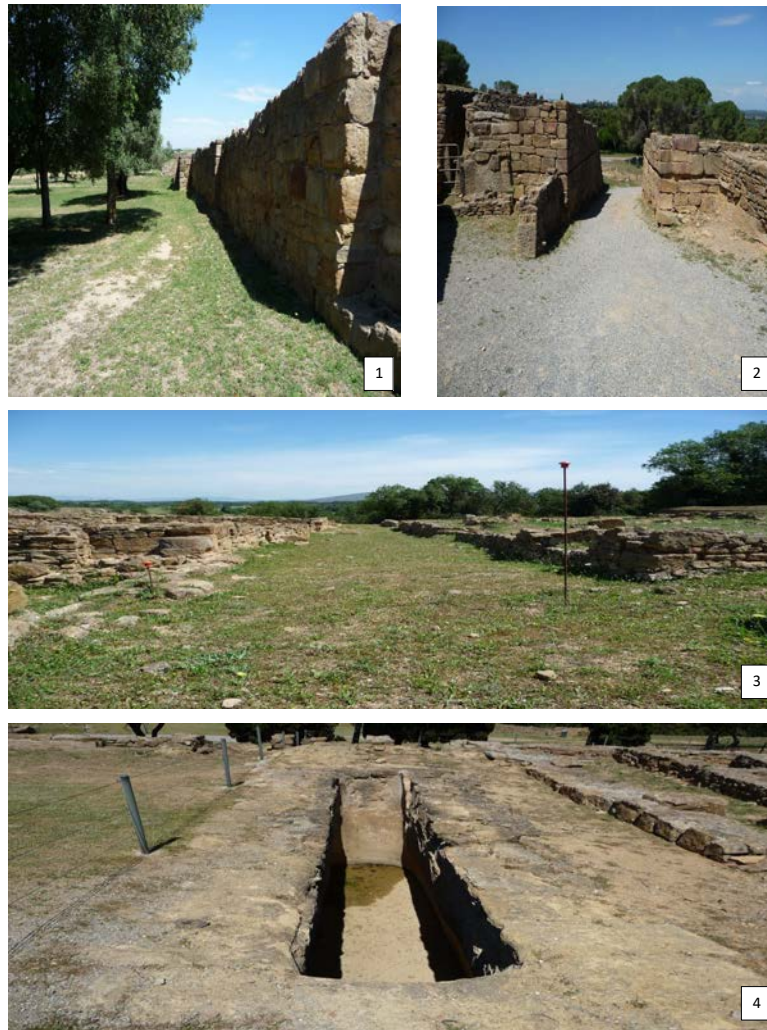


Figura 6.21: 1) muralla S.IV a.C., 2) puerta de acceso número uno, 3) calle número 2 y 4) cisterna pública número dos

6.8. La dípolis de Ullastret. Un modelo urbano indígena

Tanto si aplicamos un enfoque sociológico, como desde un punto de mira funcionalista, los atributos urbanos de esta dípolis son, de acuerdo a la definición de ciudad proporcionada en la sección 6.4.1, página 207, los característicos de una urbe (Asensio et al., 2019, 96; Codina et al., 2019c, 149). La organización de su trazado urbano, la diversidad de áreas funcionales, la complejidad de la arquitectura doméstica, en la que conviven viviendas de una o dos estancias con casas aristocráticas de grandes dimensiones, la presencia de edificios públicos o el hallazgo de numerosos documentos escritos, son rasgos que definen a Ullastret como una ciudad indígena (Asensio et al., 2019, 97; Codina et al., 2019c, 149).

Gracias a la prospección geofísica llevada a cabo en la Illa d'en Reixac en el marco de un congreso internacional, se ha llegado a la conclusión de que la planificación urbanística de los dos yacimientos comparte más elementos en común de lo que se pensaba en un principio (Asensio et al., 2019, 97; Codina et al., 2019c, 157). Esto se pone de manifiesto en la estructuración de las vías primarias y secundarias, la ordenación casi rectangular de los bloques de casas, claramente perceptible en la figura 6.22 y, sobre todo, en la intencionalidad por compartimentar el espacio de manera regular (Codina et al., 2019c, 157). En ambos asentamientos el centro de gravedad de la trama urbana gira en torno a un eje viario que discurre de



Figura 6.22: Trazado urbano de la Illa d'en Reixac obtenido a través de una prospección geofísica. Imagen del archivo del MAC Ullastret. Cedida gentilmente por Gabriel de Prado

norte a sur, la calle 9 en la Illa d'en Reixac y la vía 2 en el Puig de Sant Andreu (Goossens et al., 2016, 61; Codina et al., 2019c, 152). Como ya he argumentado, la planificación urbana en el Puig de Sant Andreu es de tendencia regular, adaptada a la orografía de la colina, mientras que en la Illa d'en Reixac tiene una disposición más ortogonal (Martín y Plana-Mallart, 2012, 124; Goossens et al., 2016, 61; Codina et al., 2019c, 153). El desarrollo urbano alcanzó su punto culminante en el S.IV a.C., cuando se fortificó la Illa d'en Reixac y en el Puig de Sant Andreu se amplió el espacio de hábitat, mediante la construcción de nuevos tramos de muralla en los lados norte y este del núcleo poblacional (Martín y Plana-Mallart, 2012, 134; Codina et al., 2019c, 153).

6.8.1. La Illa d'en Reixac

Basándose en los resultados obtenidos en la prospección de la Illa d'en Reixac, el yacimiento ha sido dividido en cinco grandes áreas (Codina et al., 2016b, 91). Justo en el punto en el que la prospección geofísica localizó la posición del istmo, se hallaron los restos de lo que podría ser la principal puerta

de acceso al asentamiento, que recuerda por su fisonomía a las entradas 1 y 6 del Puig de Sant Andreu (Codina et al., 2016b, 100). Es interesante constatar que se han documentado diversos espacios públicos, posiblemente plazas, de forma ligeramente triangular (Codina et al., 2016b, 95; Codina et al., 2019c, 153). Igualmente, como se puede apreciar en su plano urbano (figura 6.22), se ha corroborado la existencia de un número importante de casas señoriales que destacan por su tamaño, mayormente concentradas en el sector cuatro (Codina et al., 2016b, 91; Codina et al., 2019c, 153). La dimensión regular de las manzanas sugiere la utilización de un módulo basado en el pie griego, similar al empleado en la construcción de la primera muralla del Puig de Sant Andreu (Codina et al., 2019c, 153).

Pese a que se ha verificado la presencia en la Illa d'en Reixac de diversas casas con una distribución multicompartimentada, hasta la fecha solo se ha excavado una, la conocida como zona 15. Se trata de una residencia aristocrática, de unos 800 m², que por sus particularidades constructivas y los hallazgos materiales rememora el edificio con funciones palaciales del Puig de Sant Andreu (Caravaca et al., 1997, 45; Martín y Plana-Mallart, 2012, 135; Sanmartí et al., 2016, 124). La vivienda se emplaza muy cerca de una plaza pública, al sur del eje viario principal y adosada a la muralla (Caravaca et al., 1997, 45; Codina et al., 2019c, 157). Dispone de un gran patio, alrededor del cual se construyeron dos bloques arquitectónicos compuestos de varias estancias precedidas, la mayoría de ellas, por un porche porticado de columnas de madera apoyadas sobre un soporte de piedra (Caravaca et al., 1997, 50-53). Durante su excavación, se certificó la conocida asociación, verificada en otras moradas de la élite social, entre cráneos y espadas La Tène, expuestos conjuntamente en distintos espacios de la edificación (Caravaca et al., 1997, 51; Martín y Plana-Mallart, 2012, 135; Sanmartí et al., 2016, 125; Codina et al., 2019c, 158). De manera análoga, se identificaron numerosas ofrendas fundacionales, entre las que se distinguen diferentes especies domésticas, como un équido en conexión anatómica, un suido y ovicápridos (Caravaca et al., 1997, 51; Martín y Plana-Mallart, 2012, 135; Sanmartí et al., 2016, 125).

6.8.2. El Puig de Sant Andreu

A lo largo del S.IV a.C. se consolida también el proceso de reurbanización en el Puig de Sant Andreu, definiéndose la planificación urbanística que se mantendrá vigente hasta el abandono del *oppidum* (Martín y Plana-Mallart, 2012, 129; Sanmartí et al., 2016, 124; Codina et al., 2019c, 149; Asensio et al., 2019, 97).

La organización espacial del tejido urbano se articulaba por medio del entramado viario, íntimamente conectado con el sistema defensivo, y la construcción de plataformas escalonadas, que permitían aprovechar el área intramuros al máximo y dividir el espacio en conjuntos habitacionales, a los que se accedía a través de una malla de vías que comunicaban toda la estructura urbana (Martín y Plana-Mallart, 2012, 134; Codina et al., 2019c, 156). Simultáneamente, se produce una importante remodelación de la muralla y se amplía el perímetro fortificado, incorporándose al asentamiento el barrio extramuros situado en la zona del istmo (Martín y Plana-Mallart, 2012, 134; Sanmartí et al., 2016, 124; Codina et al., 2019c, 154; Belarte et al., 2020a, 126). Efectivamente, los trabajos de excavación desarrollados en el transcurso de los últimos años en la zona del istmo han sacado a la luz un barrio periurbano levantado en el exterior (fase II), a unos 90 m del asentamiento; sin embargo, durante la primera mitad del siglo IV a.C. se produce una importante ampliación del recinto fortificado que va a arrasar las estructuras del periodo anterior (fase III), construyéndose un nuevo suburbio intramuros (Belarte et al., 2020a, 126). La reconstrucción de la arquitectura defensiva, que incluía por primera vez torres de planta cuadrangular, se llevó a cabo utilizando como base los cimientos de la estructura muraria anterior (Martín y Plana-Mallart, 2012, 134;

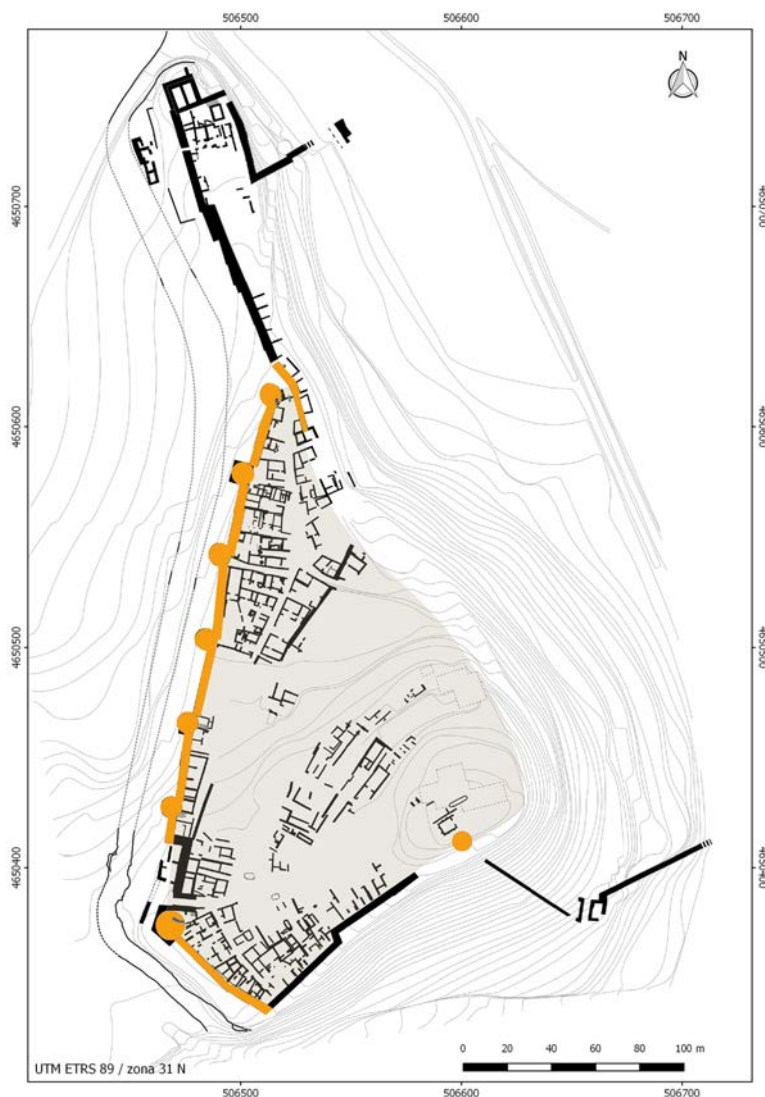


Figura 6.23: Zona excavada y plano urbanístico del Puig de Sant Andreu. Archivo perteneciente al MAC Ullastret. Amablemente cedida por Gabriel de Prado

Codina et al., 2019c, 156; Asensio et al., 2019, 97).

La complejidad del planteamiento urbanístico se hace patente en el elaborado procedimiento para el aprovechamiento y la evacuación de aguas (Prado, 2008, 185; Cebrián-Martínez, 2018, 53). El abastecimiento de agua se realizaba mediante la captación de aguas pluviales, que eran canalizadas hacia cisternas construidas a tal efecto (Prado, 2008, 189; Martín y Plana-Mallart, 2012, 135; Cebrián-Martínez, 2018, 53). Hasta la fecha se han documentado dos depósitos de agua excavados en la roca, y tres cisternas públicas de planta elíptica e influencia helenística, revestidas de mortero hidráulico y con un diseño mucho más sofisticado (Prado, 2008, 191; Martín y Plana-Mallart, 2012, 135; Cebrián-Martínez, 2018, 53). El yacimiento contaba, igualmente, con un entramado de infraestructuras de drenaje, destinadas a evacuar el agua sobrante de lluvia hacia las zonas de desagüe (Prado, 2008, 193). La red de drenaje integraba, en un sistema bien planificado, la orientación de la cubierta de la casa, la pendiente de la calle, el canal para conducir el caudal sobrante hacia el exterior del *oppidum* y barbacanas para la filtración de crecidas en épocas con un promedio pluviométrico más alto (Prado, 2008, 194 y 195).



(a) Entrada principal al palacio

(b) Barbacana en la muralla occidental

Figura 6.24: Fotografías realizadas por el autor

6.8.3. El palacio de Ullastret

Habiendo expuesto con diversas estrategias argumentativas que la zona 14 era concebible que fuera la residencia del príncipe y tuviera funciones palaciales, parece razonable y justificado aportar más datos que ayuden a corroborar empíricamente la interpretación propuesta. Resumiendo cuanto se ha planteado hasta aquí, la usurpación de espacio público y la apropiación de elementos del proyecto defensivo comunitario, vitales para la protección de la población, ponían de relieve la naturaleza especial de este complejo edilicio y el grupo que lo habitaba (Cebrián-Martínez, 2018, 57). La vinculación tan directa de una estructura doméstica con el sistema defensivo constituye, en realidad, un caso único, no solo en Ullastret, sino en todos los asentamientos ibéricos de la zona catalana, razón por la cual resulta legítimo definir a este edificio como un palacio (Cebrián-Martínez, 2018, 57). Sobre este punto, contribuciones en línea con este marco interpretativo, han destacado los atributos singulares de este conjunto residencial y la alta condición social de sus moradores (Casas et al., 2004, 265; Codina et al., 2008, 99; Sanmartí et al., 2016, 124).

La residencia principesca se divide en dos grandes bloques arquitectónicos, cada uno de los cuales con su propia puerta de entrada. En los dos sectores el espacio se compartimenta en áreas funcionales (Sanmartí et al., 2016, 124). La superficie construida es de 800 m² y se emplaza adosada a la muralla, entre las torres tres y cuatro (Casas et al., 2004, 266; Sanmartí et al., 2016, 124). Se han excavado los niveles fundacionales, llegándose a la conclusión de que la fase más antigua se remonta a mediados del S.IV a.C. y está relacionada con la última reestructuración urbana del asentamiento (Codina et al., 2008, 99).

La zona norte del complejo conforma una unidad espacial, donde se almacenaban los recursos y tenían lugar los trabajos domésticos (Casas et al., 2004, 275; Cebrián-Martínez, 2018, 66). Evidencia esta última avalada por el hallazgo de restos anfóricos y molinos de piedra en una cantidad que excede con creces las necesidades familiares (Casas et al., 2004, 272; Martín y Plana-Mallart, 2012, 135; Cebrián-Martínez, 2018, 66). La capacidad de almacenamiento y de acumular recursos, muy vinculada al modelo tributario, es un rasgo económico propio de un palacio (Cebrián-Martínez, 2018, 66). Esta área se compone de varios sectores. Uno de ellos, con una planta de 20 m², es la cocina (Casas et al., 2004, 272). Junto a ella se encontró un horno doméstico de gran tamaño, de dos metros de diámetro, y otro de dimensiones más modestas (Casas et al., 2004, 272). La escala suprafamiliar del horno principal es un dato muy interesante, puesto que para la celebración de banquetes, mencionados en la sección 6.6.3, se requería que hubiera una



Figura 6.25: Poterna del palacio y escalera de acceso al adarve

dependencia para la gastronomía adecuada para tal fin (Cebrián-Martínez, 2018, 61). Y las características constructivas de la mayor de estas estructuras son apropiadas para preparar eventos de consumo masivo en festines clientelares, toda vez que los usos culinarios destinados a satisfacer las necesidades diarias del grupo familiar se podrían cubrir con el horno doméstico más pequeño (Cebrián-Martínez, 2018, 61).

La otra sección constructiva se dispone alrededor del patio (Casas et al., 2004, 267; Sanmartí et al., 2016, 124). Aquí se reconocieron evidencias de un modesto taller metalúrgico (Casas et al., 2004, 272; Martín y Plana-Mallart, 2012, 135). En el espacio adyacente se documentó, como ya he comentado anteriormente, una estructura circular de medidas considerables, que por su morfología parece ser un pozo de agua (Cebrián-Martínez, 2018, 58). No depender de las cisternas públicas para el suministro de agua, reafirma el rango y la idiosincrasia excepcional de este edificio, además de constituir un ejemplo único en Ullastret (Cebrián-Martínez, 2018, 58). Aunque indudablemente, el ámbito más significativo, por su relevancia política y social, quizá sea el sector 1. Es una cámara precedida por un porche, con una superficie de 60 m² y un gran hogar cuadrado en su centro (Casas et al., 2004, 269; Sanmartí et al., 2016, 124; Cebrián-Martínez, 2018, 61). En su construcción se emplearon técnicas, materiales y un estilo decorativo que distinguen a este espacio del resto de estancias, visible en el revestimiento de los muros internos con mortero hidráulico, en las pinturas que adornaban las paredes, y en el pavimento, hecho de mortero de cal mezclado con un preparado de grava (Casas et al., 2004, 270; Sanmartí et al., 2016, 124; Cebrián-Martínez, 2018, 61). En palabras de los especialistas, este espacio era un ámbito de representación gentilicia (Casas et al., 2004, 275; Sanmartí et al., 2016, 124). La sala se encuentra enfrente de la escalera de acceso al adarve (es decir, estaba conectada a la muralla y dos puertas del *oppidum*), y también comunicaba con la entrada principal a través de un pasillo enlosado (Cebrián-Martínez, 2018, 61); en consecuencia, se la puede considerar un lugar de reuniones aristocráticas y celebraciones lujosas, con las que el príncipe reforzaría la estructura de dependencia clientelar.

Hay, finalmente, un dato crucial más a valorar en este análisis. Estoy pensando en la gran cantidad de

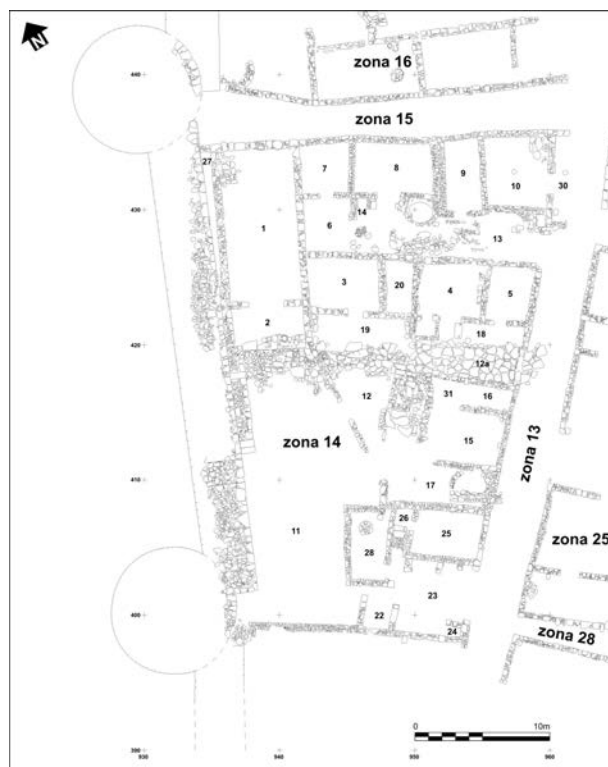


Figura 6.26: Planta de detalle de los sectores de la zona 14, redefinida como conjunto palacial. Imagen: archivo MAC-Ullastret

ofrendas fundacionales aparecidas durante las excavaciones (Codina et al., 2008, 107; Martín y Plana-Mallart, 2012, 135; Sanmartí et al., 2016, 124). Se han hallado, hasta la fecha, 73 depósitos rituales enterrados bajo el pavimento, la mayoría de ellos ovicápridos y compuestos por tres animales (Codina et al., 2008, 107; Cebrián-Martínez, 2018, 59). Si contabilizamos el número total de ofrendas votivas, obtenemos que se sacrificaron más de 200 cabezas de ganado, lo que representa una cabaña ganadera extraordinaria por su enorme tamaño. No es necesario reiterar, pues es de sobra conocido, que este tipo de prácticas culturales forman parte de rituales propiciatorios. Si cabe realizar, sin embargo, una interpretación económica a partir del contenido faunístico de los depósitos. El primer rasgo a destacar es que el palacio quizá fuera propietario de una inmensa explotación de ovicápridos, posiblemente desempeñando, por ello, un importante papel (o, control) en el sistema de producción ganadera y en la práctica del pastoreo (Cebrián-Martínez, 2018, 59). Es decir, no solo sería, junto al resto de instituciones, uno de los ejes del poder político indigete, sino que seguramente era también un centro con funciones económicas especializadas, tal como sugiere la concentración de molinos de mano y los numerosos restos de fauna. En segundo lugar, el conjunto de ofrendas manifiesta la acumulación de capital en el palacio y la familia de alto rango que lo habitaba.

Si realizamos una puesta en común y valoramos conjuntamente todas las evidencias, parece legítimo plantear, con base en la relación dialéctica que siempre ha existido entre poder y arquitectura doméstica, la hipótesis de que la zona 14 fuese, en efecto, el palacio de Ullastret y, su grupo social, el linaje real, representado por la figura del príncipe (Cebrián-Martínez, 2018, 54). La concentración de poder, evidente en la vinculación arquitectónica del complejo edilicio con el dispositivo defensivo (Codina et al., 2019c, 157); la dimensión política de la residencia principesca, expresada a través de banquetes competitivos en la gran sala de reuniones aristocráticas (Cebrián-Martínez, 2018, 61); su riqueza monumental y decorativa;

la diversidad de áreas funcionales y de almacenamiento (Sanmartí et al., 2016, 124); además de la acumulación de capital (número de ofrendas, de molinos de mano y conjuntos anfóricos); constituyen rasgos indicativos sólidos, muchos de ellos únicamente presentes en este edificio singular, que permiten llevar a cabo una lectura teórica de los datos en esta línea argumentativa.

6.9. Los cráneos enclavados de Ullastret

La costumbre de cercenar cabezas está bien documentada desde el neolítico en Anatolia hasta en Roma, donde se decapitaba a todo aquel que osara levantarse contra el Estado (Gracia-Alonso, 2017, 21 y 92). La violencia, expresada a través de la exhibición de cabezas enclavadas, pone a la vista un lenguaje comprensible para todos, es una especie de mecanismo de propaganda (Gracia-Alonso, 2017, 27). Es, además, un acto que no solo difunde el temor y el miedo, sino que reafirma la "muerte social" del derrotado, dilatando en el tiempo el ultraje de su cuerpo (Gracia-Alonso, 2017, 28). Una condición *sine qua non* para que el trofeo logre sus fines sociales, es exponerlo para que pueda ser contemplado por todos (Gracia-Alonso, 2017, 29). Diodoro Sículo hace referencia a la práctica de cortar cabezas en el sur de la Galia (Sículo, 2004, V, 27-29). Hecho confirmado por otros pasajes de Estrabón y Posidonio (Gracia-Alonso, 2017, 111 y 112). El hábito de mostrar cráneos en espacios públicos ha sido también constatado en el mundo celta de la Galia, especialmente en los yacimientos de Le Cailar, Entremont, Roquepertuse y Montmartin (Gracia-Alonso, 2017, 113).

Vestigios de cabezas cortadas y fragmentos de mandíbulas han aparecido asociados a panoplia guerrera en cinco asentamientos indigetes: los dos de Ullastret, Sant Julià de Ramis -en el Bosc del Congost-, Sant Sebastià de la Guarda (en un silo) y en el establecimiento rural de Pontós en dos escenarios distintos, la vía de acceso y los complejos arquitectónicos 1 y 2 (Gracia-Alonso, 2017, 133-138). Indicios de esta tradición se han hallado, esencialmente, en tres ámbitos diferenciados: en silos, exhibidos en residencias aristocráticas y en lienzos de la estructura muraria, incluyendo el alzado de alguna torre (Gracia-Alonso, 2017, 133-136; Cebrián-Martínez, 2018, 62; Codina et al., 2019c, 158). El contexto de uso en el que se ha evidenciado la presencia de restos humanos en Ullastret, estratigráficamente relacionados con espadas La Tenè, se circunscribe a la edificación multicompartimentada -zona 15 y palacio- (Gracia-Alonso, 2017, 136; Cebrián-Martínez, 2018, 62; Codina et al., 2019c, 158); a la fachada de recintos habitacionales de la calle dos, en el Puig de Sant Andreu, y la nueve, en la Illa d'en Reixac (Casas et al., 2004, 280; Gracia-Alonso, 2017, 136); y en el silo 146, emplazado en el exterior de la muralla construida en la zona del istmo, muy próximo a la entrada número tres, y compuesto por tres cráneos y una vaina de espada que, seguramente, fueron expuestos en la parte externa del muro de la fortificación (Casas et al., 2004, 280; Gracia-Alonso, 2017, 136). La cronología de estos hallazgos bascula entre el S.IV y el S.III a.C. (Gracia-Alonso, 2017, 135).

Si nos fijamos en el marco en el que se documentaron la mayoría de cabezas cortadas, observaremos que todas tienen un denominador en común, puesto que fueron localizadas en un contexto claramente vinculado con el grupo hegemónico, como sus estructuras domésticas o el aparato defensivo, que es el elemento arquitectónico que más identifica a la élite guerrera (Gracia-Alonso, 2017, 136; Cebrián-Martínez, 2018, 62; Codina et al., 2019c, 158). Por ello, más que tener un carácter punitivo, parezcan ser una expresión de poder y prestigio del estamento indigete (Gracia-Alonso, 2017, 136; Cebrián-



Figura 6.27: Cráneo enclavado del Puig de Sant Andreu. Fotografía del archivo del MAC Ullastret

Martínez, 2018, 62; Codina et al., 2019c, 158). Si esta interpretación es correcta, esta costumbre estaría intrínsecamente unida a la ideología social de la aristocracia tribal (Gracia-Alonso, 2017, 143), y a la vertiente política de la etnogénesis, que es la esfera en la que se interrelacionan los linajes de más alto rango, puesto que en la antigüedad no existía una separación nítida entre poder, ideología y el espacio simbólico de la cosmovisión (Cebrián-Martínez, 2018, 62). Me resulta llamativo, a la par que sospechoso, que a diferencia del ámbito en el que se contextualizan los hallazgos de cráneos en los yacimientos franceses, en Ullastret no se hayan descubierto restos humanos en los templos (Gracia-Alonso, 2017, 150). Ahora bien, también es cierto que los exvotos de terracota de los santuarios reproducen, precisamente, el rostro y la parte superior del cuerpo humano.

Parece haber cierta analogía (o, si se prefiere, subyace la misma intención social) en la representación figurada de la cabeza, manifestada mediante piezas de terracota expuestas en el espacio de culto, y los trofeos craneales que se exhibían en lugares públicos y privados, pero siempre ligados a la jerarquía social. Lógicamente, se trata de ámbitos con un significado distinto, pero comparten un lenguaje y una forma común de expresar un mensaje social a través de la conceptualización de la cabeza humana, bien sea esta real o escultórica. Ello me ha llevado a pensar que en el área cultural de los indiketes, los cráneos debieron de tener un alto valor simbólico y político, tanto en el sentido de reafirmación del poder como de quién ostentaba el derecho a ejercerlo. Con suma prudencia, se podría tal vez plantear que los cráneos enclavados transmiten una advertencia de carácter coercitivo que no solo establece, sino que legitima, con la ayuda de la violencia implícita en esta práctica, el estatus y la posición privilegiada de los dirigentes en la estructura organizativa de la sociedad. Por esta razón, cabría otorgarles la categoría de símbolo del *ethos* guerrero del estamento indigete.

Solo en los asentamientos de Ullastret, se ha constatado la exposición de casi 50 cráneos enclavados, aunque la cifra podría aumentar considerablemente conforme avancen las excavaciones y los trabajos de investigación (Gracia-Alonso, 2017, 137). Ello indica que se trata de una práctica socialmente aprobada

por la comunidad, más relacionada con costumbres arraigadas en ella, de naturaleza guerrera, que con episodios de represión (Gracia-Alonso, 2017, 137). El análisis paleoantropológico de los restos humanos, ha puesto de manifiesto que pertenecían a individuos varones, con una edad comprendida entre los 20 y los 50 años (Gracia-Alonso, 2017, 138); además se piensa que eran miembros del estamento guerrero (Gracia-Alonso, 2017, 139).

6.10. Las unidades territoriales (¿pagi?) del Estado tribal centralizado de Ullastret

Uno de los rasgos fundamentales de la formación estatal es la fragmentación de su espacio político en unidades territoriales, que sustituyen a la división geográfica previa basada en grupos familiares gentilicios (Bondarenko, 2008, 22; Kradin, 2009, 30; Grinin, 2011, 245; Bondarenko, 2014, 220). Su objetivo era establecer distritos administrativos supeditados al poder central de Ullastret, encargados de recaudar el tributo del sistema socioeconómico, proporcionar apoyo militar y prestaciones laborales, en forma de corveas, a la comunidad (Bondarenko, 2008, 25; Kradin, 2009, 30; Bondarenko, 2014, 220; Sanmartí et al., 2016, 130). En el ámbito de los pueblos ibéricos, estas demarcaciones político-territoriales se corresponden, según múltiples estudios, con el *pagus* prerromano que, a partir del S.IV a.C., caracteriza el modelo principesco (Ruiz-Rodríguez, 2000, 15; Bellón-Ruiz et al., 2008, 25; Bellón-Ruiz et al., 2013, 204; Ruiz-Rodríguez, 2018, 215).

Es necesario, y a la vez pertinente, justificar la elección del término latino *pagus* como unidad de análisis para abordar una de las categorías del esquema organizativo de los indigetes. La razón principal estriba en que su uso ha sido extensamente aceptado por buena parte de la tradición académica dedicada al estudio de las sociedades indígenas protohistóricas (entre ellos Roymans 1990; Ruiz Rodríguez 1998, 2000, 2018; Gerritsen y Roymans 2007; Bellón Ruiz et al., 2008 y 2013; Fernández Götz 2011, 2014 y 2019 con Licerias Garrido). El *pagus*, en la escala de niveles sociopolíticos, es la forma de agregación social situada por debajo del centro de poder y las estructuras de estado, pero por encima del marco de los asentamientos rurales y de tipo aldea (Fernández-Götz, 2014, 52). Supuestamente es una estructura intermedia en la jerarquía territorial de Ullastret, compuesta por agrupaciones multifamiliares que conforman una comunidad subétnica politizada en un grupo tribal jerarquizado (Gerritsen y Roymans, 2007, 255; Fernández-Götz, 2011, 14; Fernández-Götz, 2014, 52; Fernández-Götz y Licerias-Garrido, 2019, 184). Y, además, según el planteamiento y el postulado de numerosos estudios relacionados con sociedades prerromanas en distintos ámbitos geográficos, es una subunidad social, política y, sobre todo, territorial (Roymans, 1990, 21; Ruiz-Rodríguez, 2000, 15; Bellón-Ruiz et al., 2008, 25; Bellón-Ruiz et al., 2013, 206; Fernández-Götz, 2014, 53; Ruiz-Rodríguez, 2018, 212). Pienso que en el sentido explicitado anteriormente podría leerse la evidencia, como veremos a continuación, que hace alusión a la subdivisión de la Indigencia en áreas político-administrativas (posibles pagi territoriales), vinculadas a la jerarquía de Ullastret mediante lazos de clientela territorial (Sanmartí et al., 2016, 130; Ruiz-Rodríguez, 2018, 215).

Continuando con la línea argumental iniciada en esta sección, hemos de retomar el tema de la etnogénesis, especialmente su componente político y espacial, con la finalidad de comprender la forma en que la sociedad indigeta organizó el espacio y su relación con la naciente estructura estatal. Un factor crucial en esta dinámica lo constituye el abandono de los *oppida* de Pontós y Peralada en el S.IV a.C. (Asensio y Pons, 2009, 283; Burch et al., 2010, 213). Sus respectivas agrupaciones familiares se integraron,



(a) Sant Sebastià de la Guarda

(b) Puig Castellet

Figura 6.28: Concentración de silos en poblados indigetes. Musealizados para su presentación al público

posiblemente a través de los mecanismos políticos de la etnogénesis, en la estructura social de Ullastret (López-Quiroga, 2011, 55), que no solo reforzaría su base de poder, sino que así conformaría la principal comunidad política subétnica dentro del *populus* indigete. Desde tal perspectiva, cabe en buena lógica suponer que los territorios políticos de estos núcleos fortificados se incorporarían mediante un proceso de territorialización en la nueva realidad político-territorial de Ullastret, que apunta a la configuración de un paisaje social más centralizado y unificado. Pero también hay que señalar, eso sí, dejando de lado el establecimiento rural de Pontós, dado que queda fuera del marco cronológico de este trabajo, que existen evidencias de una mínima estructura de poblamiento dispersa y sin fortificar, puesto que se han documentado silos en ambos yacimientos después de su amortización en el siglo IV a.C. (Casas et al., 2011, 7; Asensio y Pons, 2016b, 157). Aunque ello no altera sustancialmente el alcance y significado del discurso interpretativo en relación con el proceso de abandono de los *oppida* y su lectura sociopolítica. Sea como fuere, solo la continuación de los trabajos de investigación permitirá despejar las incógnitas de este proceso sociohistórico que siguen sin resolver.

Dando un paso más allá, es en el marco descrito previamente donde se inscribe el papel de Ullastret como ciudad rectora y capital del territorio, pues se convertirá en el nodo central de agregación para varias comunidades subétnicas (Grau-Mira, 2007, 138; Fernández-Götz y Licerias-Garrido, 2019, 187). Hecho bien documentado arqueológicamente, puesto que el Puig de Sant Andreu extendió considerablemente su espacio fortificado en el flanco norte (Asensio et al., 2019, 97; Codina et al., 2019c, 149). Esto dio pie, en términos políticos y etnogenéticos, como hemos visto en la sección 6.6.3, a la formación de una nueva institución política, el linaje real, regido por la figura del príncipe, indicadores inequívocos del surgimiento del estado en Ullastret (Gordillo-Pérez, 2016, 569; Paniego-Díaz, 2018, 19).

Hay que valorar también un segundo horizonte. El proceso sociohistórico que conduce a la transición hacia el Estado tribal centralizado de Ullastret, llevó aparejada la desarticulación de la jefatura de Sant Julià de Ramis. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede con Pontós y Peralada, Sant Julià de Ramis y el resto de poblados fortificados de su esfera política, siguieron funcionando y se incorporaron en la entidad territorial centralizada de Ullastret. Se ha de señalar que antes de esta recomposición social, la jefatura era la forma de organización sociopolítica de los diferentes subgrupos étnicos indigetes. Por ello, resulta lógico suponer que en Sant Julià de Ramis y su área de influencia, se mantuvieran vigentes tanto la estructura social preexistente, constituida por una comunidad perteneciente al grupo tribal desde los

inicios de la etnogénesis (Ruiz-Rodríguez, 2018, 215), como la territorial, basada en los límites de la cuenca hidrográfica (Grau-Mira, 2019a, 140), conformando una unidad espacial y subétnica dentro de la sociedad estatal.

Por último, la documentación arqueológica ha puesto de manifiesto otro modelo de paisaje social en el sur de la Indigecia, dominado por pequeños núcleos fortificados emplazados en la línea de costa (Aquiluè, 2001, 5; Burch et al., 2008, 45). Destacan el Fortim de Guíxols, el Castell de Begur, Montbarbat (no está en la costa), el Castell de la Fosca de Palamós y Sant Sebastià de la Guarda (Aquiluè, 2001, 1; Burch et al., 2008, 45; Burch et al., 2010, 256 y 359). Cabría conjeturar, con mucha prudencia, que esta estructura de poblamiento fuera igualmente una unidad territorial correlacionada con el ámbito social de una comunidad tribal politizada. El mejor indicio, en este caso, para reconocer e identificar a este posible subgrupo indigete, es el carácter homogéneo del paisaje social y el patrón de asentamiento.

En la configuración de la organización centralizada del estado en Ullastret conviven, en un mismo espacio político, la estructura étnica en *populi*, con las nuevas formas estatales (Ruiz-Rodríguez, 2018, 215; Asensio et al., 2019, 92). Pero a su vez, además, basándome por un lado en el proceso de etnogénesis y agregación social, y por otro en los rasgos esenciales que definen el patrón de poblamiento, se ha constatado la probable división, aunque carecemos de datos para reconocerla claramente, del grupo cultural indigete en tres grandes comunidades subétnicas. Estas se corresponden, en el sistema macroespacial y jerárquico del hábitat (Sanmartí et al., 2016, 129; Asensio et al., 2019, 94), con el núcleo principal (Ullastret), con Sant Julià de Ramis y los poblados fortificados de su órbita territorial (Puig de Can Cendra, Puig d'en Rovira, etc), y con los asentamientos del área costera, que conforman los tres paisajes sociales en este periodo histórico de la Indigecia. Este modelo no contradice, sino que más bien es complementario al propuesto por Sanmartí, que ha identificado grados y unidades político-territoriales en el orden jerárquico de los establecimientos indígenas de la costa catalana (Sanmartí, 2010, 102; Sanmartí et al., 2016, 129; Asensio et al., 2019, 94). Todo ello conduce a pensar que la segmentación administrativa y territorial que caracteriza al estado (Bondarenko, 2008, 25; Kradin, 2009, 30; Bondarenko, 2014, 220; Sanmartí et al., 2016, 130), pudo haberse articulado y consolidado a través de una línea de acción en la que coexistían factores étnicos y políticos en la misma matriz.

Por otra parte, siguiendo los planteamientos de Roymans y Fernández Götz, he definido el *pagus* como una comunidad politizada, perteneciente a un grupo tribal con una acentuada jerarquía social en la que predomina el componente guerrero, y en el seno del cual se han desarrollado instituciones políticas, como el senado y la realeza (Gerritsen y Roymans, 2007, 255; Fernández-Götz, 2014, 53; Fernández-Götz y Licerias-Garrido, 2019, 184). El conjunto de atributos sociopolíticos a que se ha hecho alusión, teniendo en cuenta todos los aspectos que hemos discutido a lo largo del capítulo, se pueden constatar en la organización estatal de los indigetes, por lo que mi propuesta, que debe ser tomada con cautela, se enmarcaría en la línea de los autores mencionados anteriormente. Así, sería factible, al menos teóricamente, que el *pagus*, en términos de escala, constituyera una realidad de grado intermedio en la estructura socio-organizativa de Ullastret (Fernández-Götz, 2014, 52), consecuente con el trasfondo étnico de la práctica política, reflejado en el ejemplo de las formas clientelares o la naturaleza de las instituciones indigetes. En definitiva, el análisis llevado a cabo es coherente con los principios de la etnogénesis (estructuración del grupo tribal en comunidades subétnicas), con los niveles jerárquicos de la escala de asentamientos, y con el paisaje social de la Indigecia.

Resulta necesario realizar una breve aclaración sobre la tesis central escogida para abordar los niveles

de organización sociopolítica en los que se integraban las comunidades. La intención subyacente en el esquema esbozado no es demostrar la existencia del *pagus*. Esta es una cuestión muy difícil de rastrear -especialmente en el registro arqueológico- sin conocer el contenido de los documentos escritos en lengua ibérica. Se antoja muy complicado, por consiguiente, conocer en detalle aspectos concretos acerca de las distintas formas de agrupación social (Fernández-Götz, 2014, 53). Sin embargo, a mi parecer, el debate se debe enriquecer con enfoques, desde luego basados en los datos, que inviten a reflexionar. De tal forma que me ha parecido constructivo plantear el análisis desde la perspectiva de la antropología política y el paisaje, puesto que tanto la etnogénesis como la ordenación espacial proporcionan elementos de juicio valiosos para proponer un modelo compatible con la base étnico-política del *populi indigete*.

Como bien ha señalado Fernández Götz, la implantación de una estructura política centralizada no está en desacuerdo con la presencia en ella de *pagi*, pues ambas entidades pueden convivir en un mismo complejo cultural (Fernández-Götz, 2014, 55). En otro orden de ideas, no todas las comunidades subétnicas tendrían idéntico rango jerárquico ni igual peso en la toma de decisiones y la formación social (Sanmartí, 2010, 102; Fernández-Götz, 2014, 53; Sanmartí et al., 2016, 130). Las unidades territoriales de segundo orden estarían subordinadas, posiblemente mediante pactos de clientela entre los linajes principales y relaciones de poder, a la comunidad más importante, Ullastret, sede de las instituciones políticas y núcleo religioso supralocal (Sanmartí, 2010, 102; Fernández-Götz, 2014, 53; Sanmartí et al., 2016, 130).

La complejidad y jerarquización de la dinámica espacial indican el establecimiento de un nuevo modelo territorial como parte del proceso de redefinición política, en el que se reconocen posibles *pagi* -o quizá simplemente fueran unidades administrativas de corte tribal- que desempeñan funciones especializadas, según se desprende de las distintas formas de asentamiento. De manera que se distinguen, como mínimo, tres ámbitos en el que el *pagus* tendría competencias. El primero de ellos es la defensa de la comunidad y la frontera (Grau-Mira, 2007, 135). Su segunda atribución es de tipo político-militar, habida cuenta que contribuían, reclutando guerreros entre los grupos dirigentes locales, a fortalecer el ejercicio del poder y sustentar la estructura estatal (Fernández-Götz, 2014, 54). En tercer lugar, podrían haber funcionado como centros encargados de hacer cumplir las decisiones administrativas que emanaban del núcleo principal (Grau-Mira, 2007, 124), como el pago de tributos (Sanmartí et al., 2016, 130), evidenciado en la proliferación de campos de silos. En ese sentido, resulta llamativo que las formas de almacenamiento del producto cerealícola se multipliquen, a partir del S.IV a.C., en poblados como Sant Sebastià de la Guarda (Burch et al., 2003, 16; Burch et al., 2008, 53), en Ullastret (Martín y Plana-Mallart, 2012, 133), en Pontós (Burch et al., 2010, 213), y en Sant Julià de Ramis, donde el Bosc del Congost, su más importante área de almacenaje, ha sido datada en el mismo horizonte cronológico (Burch et al., 2010, 320).

6.11. Conclusión general del capítulo

Trabajos de investigación recientes, en especial los llevados a cabo por Sanmartí y su equipo (Sanmartí 2004, 2009a, 2010, 2015, Asensio et al., 2019, Belarte et al., 2020b y 2020c), han abordado con gran acierto el proceso de evolución social y cambio sociopolítico en los pueblos indígenas de la costa catalana. Estos estudios, en su conjunto, han elaborado un modelo teórico de sociedad que ha constituido, pese a la diferencia en matices inherente a la valoración de la evidencia arqueológica, un marco de referencia para

establecer la línea de razonamiento que subyace en este capítulo. Esto es, la génesis y el tránsito hacia las primeras formas estatales durante el Ibérico Pleno en la región de estudio (Asensio et al., 2019, 95; Belarte et al., 2020c, 9; Belarte et al., 2020b, 135). En el plano metodológico, se ha partido de un enfoque que aúna una perspectiva de corte antropológico con el análisis espacial del territorio. De ese modo se ha podido ofrecer una lectura conjunta de los rasgos más relevantes de la etnogénesis y la ordenación del paisaje, aspectos complementarios que interactúan y se retroalimentan mutuamente a través de una relación dialéctica, perceptible en la dinámica de aparición y desaparición de los *oppida*.

La amortización en el S.IV a.C. de los poblados fortificados de Pontós y Peralada (Asensio y Pons, 2009, 283; Burch et al., 2010, 213), es un hecho crucial y determinante que pudo contribuir significativamente a la construcción de la nueva realidad política. Toda vez que favorecería el desarrollo de formas de ordenamiento social más centralizadas y jerárquicas, conducentes a la formación de estructuras estatales. De manera concomitante a estos sucesos, se produce la ampliación del perímetro amurallado del Puig de Sant Andreu en la zona del istmo (Asensio et al., 2019, 97; Codina et al., 2019c, 149). Ello sugiere la agregación, posiblemente mediante los mecanismos de la etnogénesis (López-Quiroga, 2011, 55), de estos grupos subétnicos y sus dominios territoriales en la configuración social de Ullastret (Grau-Mira, 2007, 138; Fernández-Götz y Licerias-Garrido, 2019, 187). Como resultado de este proceso se materializa la puesta en funcionamiento de una remodelación del modelo de organización del *populi* indigete, que llevará a la comunidad de Ullastret, tanto a nivel simbólico como sociopolítico y cultural, a situarse en la escala superior de la entidad étnica.

La tesis central que dibuja el discurso antropológico y social de las páginas precedentes, tiene como eje fundamental de discusión la creación del Estado tribal centralizado de Ullastret. Cabría subrayar que se trata de una realidad compleja, aunque existen elementos indiciarios en los documentos materiales para aproximarnos a ella con la ayuda del urbanismo, el paisaje social o la territorialización. Resulta complicado diferenciar las distintas formas político-territoriales en el registro empírico, teniendo en cuenta que en muchos casos convergen características que pueden ser atribuidas a regímenes de muy diversa naturaleza (Fernández-Götz, 2014, 58). En el modelo teórico que se propone, de hecho, aun cuando prevalecen factores que se relacionan con el estado tribal, también han salido a la luz rasgos de la ciudad-estado (Fernández-Götz, 2014, 58; Collis, 2016, 265).

Por lo que respecta al surgimiento del estado, ha sido posible debatir su estudio desde una perspectiva arqueológica. El registro material de Ullastret es un mosaico de evidencias y contextos que hacen referencia a una formación sociopolítica de índole estatal. La configuración del urbanismo, que se alinea con el establecimiento de formas de gobierno complejas (Barceló et al., 2002, 49; Asensio et al., 2019, 102), y la presencia de edificios públicos y templos, junto a la existencia de un palacio (Cebrián-Martínez, 2018, 57), considerados elementos indicativos del estado (Gordillo-Pérez, 2016, 429; Paniego-Díaz, 2018, 17), por citar solo algunos ejemplos representativos, serían reflejo de una realidad política propia de una sociedad estatal. Como veremos seguidamente, una de las múltiples formas de estado es la tribal (Godelier, 1998c, 14). En la formulación del régimen jerarquizado y centralizado de Ullastret conviven, en la misma organización, la estructura étnica en *populi* con expresiones del nuevo sistema de poder político (Ruiz-Rodríguez, 2018, 215; Asensio et al., 2019, 92). Con este referente como punto de partida, se ha interpretado la trayectoria social y organizativa en el marco del estado tribal. Este se caracteriza por un amplio espectro de atributos que se constatan en el cuerpo de la evidencia material disponible en el área de estudio. Entre estos es de interés mentar, a modo de síntesis, la reclamación de un territorio

como propio, su extensión y la densidad de la población (Fernández-Götz, 2014, 58; Collis, 2016, 274); la identificación del lugar central con el etnónimo (Fernández-Götz, 2014, 58; Collis, 2016, 268); y la adscripción del grupo social, que se realiza por medio de la identidad étnica (Collis, 2016, 274).

En la misma línea estructural, se ha reconocido a nivel arqueológico, y se ha corroborado en las fuentes literarias, la implantación y desarrollo de prácticas institucionales. Se distinguen, en opinión de la mayoría de autores consultados, tres instituciones en el ordenamiento político de los iberos: el senado aristocrático, la asamblea pública y la realeza (Roymans, 1990, 16; Alvar-Ezquerria, 2004, 64; Fernández-Götz, 2014, 64). En relación con el senado, aparece mencionado en varios pasajes de Livio (XXI, 12-14 y XXXIV, 17, 7-10). Es interesante observar que la narración de Livio encuentra su correlato en un edificio singular (templo B), interpretado como una sala de reuniones (Cebrián-Martínez, 2018, 64; Asensio et al., 2019, 97), y en un documento epigráfico de excepcional valor, las *tabellae defixionum* de la necrópolis Ballesta, que aluden explícitamente al consejo de los indigetes. La celebración de asambleas era una costumbre habitual en pueblos prerromanos con un orden social muy jerarquizado (Gerritsen y Roymans, 2007, 255; Ruiz-Zapatero, 2014, 48). Livio se refiere a ella principalmente en el libro XXI. Por su naturaleza cúltilo-religiosa es muy posible que tuvieran lugar en el espacio público situado junto a los templos de Ullastret (Roymans, 1990, 31; Fernández-Götz, 2014, 65; Fernández-Götz y Roymans, 2015, 19). Y, por último, al tratarse de una organización étnico-política, se ha vuelto a tomar el enfoque de la etnogénesis, en especial su dinámica evolutiva, para explicar la eclosión y consolidación de la institución de la realeza, puesta en evidencia en la cartografía de los hallazgos en el planteamiento edilicio de la zona 14, interpretada como el palacio de Ullastret (Cebrián-Martínez, 2018, 57).

Dentro de este proceso general, cuando surge el estado parece llevarse a efecto una división del espacio político en unidades territoriales cuya función sería recaudar el tributo, prestar apoyo militar, dar cumplimiento a las decisiones administrativas emitidas en la capital o articular la defensa de las fronteras (Grau-Mira, 2007, 124; Fernández-Götz, 2014, 54; Sanmartí et al., 2016, 130). A partir del análisis del paisaje social se han documentado tres distritos geográficos sometidos administrativamente a la base de poder del estado, uno en Ullastret, que incorporaría los dominios de Pontós y Peralada, otro en el ámbito de Sant Julià de Ramis y, el último, en el área de los establecimientos de la costa en el sur de la Indigecia. Estos se corresponderían con las tres comunidades subétnicas que compondrían el *populi* de los indigetes según los tres paisajes sociales documentados. Estas demarcaciones político-territoriales han sido definidas, por paralelos culturales y arqueológicos, como posibles *pagi*.

Capítulo 7

Epílogo

7.1. Nota introductoria

No tendría mucho sentido en mi opinión plantear esta última parte del documento como un resumen o síntesis final, puesto que cada capítulo del bloque de contenidos cuenta con una introducción y una sección final extensas en las que se recogen las observaciones y contribuciones más significativas. Esto sería una práctica particularmente repetitiva y con un marcado carácter reiterativo. Me ha parecido bastante más adecuado e interesante ensayar una reflexión sobre los aspectos más destacados, y a veces controvertidos como veremos a continuación, de los debates y desarrollos que estructuran el núcleo del trabajo. He dividido estas consideraciones en cuatro apartados que estimo esenciales: cuestiones metodológicas, consideraciones crítico-interpretativas, lista de contribuciones y líneas de investigación para el futuro. Con ello pretendo realizar una reflexión general para tratar de dibujar a grandes rasgos la arquitectura interna de este caso de estudio.

7.2. Cuestiones metodológicas

Este proyecto está enfocado a examinar el proceso histórico que conduce a la estructuración y posterior desarrollo de la organización sociopolítica de uno de los pueblos indígenas ibéricos, los indigetes. Esto es, la investigación trata sobre los hechos y cambios socioculturales acaecidos durante la Edad del Hierro en una región de estudio determinada y con un encuadre territorial bien definido, la Indigecia. Desde la perspectiva de la *longue durée*, el examen de la evidencia cubre un arco cronológico amplio, de aproximadamente 400 años, que se extiende desde principios del S.VII hasta mediados del S.III a.C. El planteamiento esbozado desde el primer momento es de naturaleza holística, por cuanto la utilización de fuentes no se limita a los datos obtenidos a partir del registro arqueológico, sino que ha sido complementada con la documentación proporcionada por las fuentes literarias, constantes referencias de corte antropológico y las valiosas aportaciones de la teoría social.

La línea metodológica principal que ha guiado todo mi trabajo ha estado dirigida a explorar los rasgos sistémicos de la configuración sociopolítica, para lo cual ha sido necesario entablar un diálogo permanente entre ésta y el objeto de estudio paisaje por un lado y el sujeto *populi* y su etnogénesis por otro. La finalidad ha sido proporcionar un marco para evaluar la expresión de las formas políticas de la formación social en la ordenación del paisaje y las pretensiones de territorialidad de la etnogénesis. Por ese motivo en la estructura del trabajo se le ha otorgado prioridad a la relación entre la organización

espacial y los patrones locacionales y territoriales. La segunda línea metodológica se ha centrado en analizar los elementos estructurales del registro arqueológico relacionados con los objetivos específicos preestablecidos : la base económica, el paisaje funerario y el urbanismo. En consecuencia se han analizado las necrópolis y los yacimientos arqueológicos, prestando una especial atención a los atributos urbanos y al registro arqueobotánico.

La delimitación de objetivos, aunque inevitable para alcanzar las metas propuestas, conlleva aparejada el abandono de ciertas variables relevantes, como por ejemplo el estudio de contextos cerámicos para valorar los patrones de consumo, o una aproximación más detallada a los roles de género o la articulación espacial interna de las unidades domésticas (Parcero, 2002, 279). Pero también estoy pensando especialmente en el análisis porcentual de las importaciones para determinar el grado de acceso a estos bienes de prestigio según los diferentes actores sociales. He de clarificar que algunos de estos aspectos han sido tratados, pero no con la profundidad que se merecen. ¿Supone esto un problema a la hora de interpretar el registro material? En este punto comparto la opinión de César Parcero. Pretender integrar toda la base documental en el análisis arqueológico puede desembocar en no conocer de forma minuciosa ninguna de las partes que componen el cuerpo físico de la evidencia, además de ser una tarea prácticamente inabarcable (Parcero, 2002, 279). Por el contrario, se pueden lograr avances en áreas de conocimiento concretas del pasado si se trabaja con los componentes del registro arqueológico que hacen posible establecer una relación entre datos y objetivos. Esto es, se requiere interpelar a los elementos que permiten realizar lecturas conducentes a desarrollar la estructura de la investigación para hacer progresos en los objetivos planteados.

Con respecto a la hipótesis de trabajo, se han documentado formas arqueológicas estructurales que sugieren la simbiosis entre Ampurias y Ullastret. Cabría citar entre ellas la metrología griega de la estructura muraria del Puig de Sant Andreu (Moret, 1998, 84; Gracia-Alonso, 2015, 229); y la posible utilización del pie griego para trazar el diseño urbano de la Illa d'en Reixac (Codina et. al. 2019c, 153). Aunque quizá el indicio más significativo sea de índole espacial. Como se puede apreciar en la figura 5.11, la primera ordenación jerárquica del espacio parece organizarse en torno a la colonia focea, conformando un anillo defensivo que no solo defendería el territorio, sino a Ampurias y el monopolio del comercio con el enclave colonial. Si bien resulta complicado obtener conclusiones definitivas, sí que es plausible elaborar algunas de las líneas maestras que apuntan a una pujante colaboración entre ambos yacimientos. La primera y más evidente es la existencia de un intenso intercambio cultural y tecnológico, puesta de manifiesto por la presencia de edificios religiosos construidos a imagen de los modelos mediterráneos y un sistema de cisternas para recoger el agua con unas características técnicas y arquitectónicas similares a las empleadas en la construcción de las cisternas de la vecina Ampurias. Pero además, la simbiosis es la que abre la puerta de conexión con el mundo mediterráneo para el grupo social indígena. Volveré a retomar esta cuestión en la sección final del epílogo con una propuesta.

7.3. Reflexiones crítico-interpretativas

La creación de modelos de explicación no pretende fragmentar la unicidad del proceso histórico, que en sí mismo constituye una unidad estructural en la que todos sus parámetros están relacionados. Mas bien responde a la necesidad de formular un método analítico para contextualizar la realidad social y las dinámicas de cambio sociocultural reflejadas en la construcción de paisajes. La contextualización es, pues,

una herramienta para el conocimiento que permite la observación del desarrollo cultural en sus diferentes fases y obtener un modelo final.....o de inicio.

Entiendo, y además asumo, que la propuesta que he concebido para analizar el complejo cultural de la Primera Edad del Hierro pueda resultar insuficiente en determinados aspectos y/o contener planteamientos para abordar cuestiones clave que llaman a la prudencia en cuanto a la lectura de los datos. Aunque tampoco debe descartarse que sea en términos generales una aproximación correcta en función de la documentación disponible. He proyectado una imagen de sociedad cuyo rasgo más destacado es la aparición de las primeras formas de jerarquización. Aquí reside precisamente el hecho que me ha llevado a concederle a nivel interpretativo un valor superior a la evidencia funeraria para desarrollar el análisis social. El amplio abanico de necrópolis conocidas muestran, a través de la variada tipología de enterramientos, su organización espacial y los ajuares depositados en los sepulcros, indicios de una emergente estratificación de rango que me ha permitido proponer un cambio en la estructura social (cf. capítulo IV).

Por el contrario, ni la ordenación del paisaje, ni el sistema de poblamiento, formado por pequeñas aldeas sin fortificar, revelan indicadores que inviten a pensar en la existencia de una clara gradación de rango. Esta es una contradicción de términos que subyace en el registro arqueológico y que la investigación deberá clarificar conforme vaya incrementando el volumen de información existente, por cuanto las formas que organizan tanto el espacio como el hábitat y las del paisaje funerario manifiestan patrones de representación social contrapuestos. En todo caso, es probable que esta incoherencia sea provocada por el propio registro arqueológico, habida cuenta que aún no se ha podido excavar ningún asentamiento en extensión y, además, en el caso de Ullastret siempre se le ha dado prioridad a las fases ibéricas en el trabajo de campo. Por otra parte, creo que mi proposición sobre la configuración de una comunidad política, que operaría por encima del nivel de la aldea autónoma para cohesionar a las comunidades en temas de interés común como las creencias compartidas, la identidad grupal y la participación en las redes comerciales, como ilustra la similitud en los hallazgos de cultura material mueble en necrópolis y núcleos de habitación, requiere ser cautos. La ausencia de datos induce al terreno de lo hipotético, por lo cual esta lectura tendrá que ser revisada en la medida que se vayan produciendo nuevos resultados y avances en el conocimiento de los grupos indígenas de la Primera Edad del Hierro. Ahora bien, como ha señalado Parceró Oubiña, hay aspectos que "se apoyan muchas veces en la no evidencia" (Parceró, 2002, 280), que puede aportar detalles para explicar hechos o acontecimientos que tal vez sean invisibles en cuanto a su huella material, pero que no por ello dejan de constituir criterios valorables para el estudio. Por lo demás, mi propuesta se apoya en un punto crítico en el que posiblemente todos estaremos de acuerdo en mayor o menor grado. A saber, para el surgimiento de una sociedad de jefatura y para poner en marcha la dinámica de formación de la etnogénesis en un momento posterior parece preciso que se establezcan las bases para la creación de unos antecedentes que permitan el desarrollo del proceso histórico que conduce a la eclosión de la Cultura Ibérica.

He partido de un escenario metodológico distinto para estudiar la emergencia de la Cultura Ibérica y la conformación de las primeras entidades político-territoriales que dibujan, ahora sí, un paisaje jerarquizado (cf. capítulo V). Antes que nada, como consecuencia de que surge una red de *oppida* para la que contamos con información de relativa calidad acerca de su origen y la fisonomía de su compleja malla de estructuras. Y, más aún, debido a que el paisaje funerario se restringe a una única necrópolis. Me gustaría subrayar que hay una premisa con un valor argumental de tal importancia que no solo enmarca toda la discusión, sino que proporciona claves de significado que inciden sobre la mayoría de desarrollos de este capítulo. Me

estoy refiriendo a las técnicas de análisis espacial empleadas para analizar la articulación del panorama poblacional y para modelizar la territorialidad teórica. A tal efecto, he diseñado un método que funciona como una cadena de operaciones espaciales en la que la puesta en práctica del conjunto crea un marco interpretativo del que se derivan implicaciones geopolíticas de interés y criterios para sopesar el ejercicio del poder que facilitan una aproximación a las configuraciones sociales de tipo jefatura. Ahora bien ¿cuál es su grado de eficacia? Aquí entran en juego los objetivos a seguir. Si finalmente me he decidido por esta estrategia y no por otra es porque creo que es válida para conocer con mayor detalle el mapa de indicios de la organización sociopolítica y aporta una importante significación para comprender el contexto histórico del Ibérico Antiguo.

Una cuestión capital pero conflictiva a la vez en la historiografía es la de la centralización política y la atomización del poder en el horizonte Ibérico Antiguo. Las tendencias en la literatura arqueológica han asumido con demasiada frecuencia el rol de Ullastret como lugar central (p.e. Asensio y Martín 2004, 51; Burch et al., 2010, 173; Sanmartí 2010, 99,...). El asunto reviste una especial relevancia en todo lo concerniente a preparar un modelo de sociedad. En relación con esta polémica el análisis espacial me ha permitido participar en este atractivo debate desde una perspectiva diferente y contribuir mediante el uso de esta herramienta científica a revelar matices, interrelaciones y estructuras de índole política que generalmente no son visibles en el registro arqueológico convencional, como el movimiento de oscilación que he identificado en la articulación espacial entre un sistema heterárquico descentralizado -Ibérico Antiguo- y un ordenamiento jerárquico centralizado -Ibérico Pleno-. En este sentido creo que mi propuesta de patrones espaciales y locacionales representa una posición intermedia en el seno de la discusión que ha tratado de poner en valor el equilibrio de la balanza entre jerarquía y heterarquía en las relaciones de poder indígenas (esta línea interpretativa la siguen Duque-Espino et al., 2010 y 2015; Grau-Mira 2019b,...). Esto me parece que tiene una importancia vital porque los sistemas de integración sociopolítica afectan a otras dinámicas sociales como por ejemplo los procesos de cambio sociocultural y la evolución de la etnógenes, a la par que determinan las formas de territorialización que se suceden en el tiempo.

Otro de los grandes temas de debate es el de la formación del estado (cf. capítulo VI). No cabe duda de que esta es una cuestión conflictiva en el sentido de que pueden llegar a surgir interrogantes de calado en cuanto a la forma del mismo. Yo he optado, mirando a la cuestión tras un proceso de reflexión en términos antropológicos, por asumir el modelo de estado tribal, que he definido como políticamente centralizado y jerarquizado. ¿Era posible plantear el asunto de manera diferente? La respuesta es claramente que sí. De hecho, la última contribución a la discusión, con tantos visos de plausibilidad como la mía, propone un modelo de ciudades-estado para las entidades políticas de la costa catalana (Asensio et al., 2019, 103). Sea como fuere, cualquier aproximación arqueológica pasa por valorar de forma crítica la evidencia en el registro empírico que apunta a la existencia de una sociedad estatal y observar su grado de adaptación a los planteamientos y fundamentos teóricos de la materia. Así de este modo es como debe entenderse mi lectura de los indicadores arqueológicos y espacio-territoriales que he podido relacionar con la construcción de este tipo de sistema organizativo en Ullastret, lo que también me ha permitido realizar comparaciones con sus homologas mediterráneas, toda vez que ambas formas de organización social comparten rasgos y valores comunes como ha señalado Fernández Götzt (2014).

En forma de síntesis, me gustaría terminar este breve análisis crítico subrayando que los modelos propuestos, a pesar de los interrogantes sin resolver que quedan por el camino y sus vacíos e incertidumbres, fruto en muchas ocasiones de un registro arqueológico sesgado y la vaguedad de los datos, han logrado el

objetivo -parcialmente- de abrir nuevas líneas de investigación que han permitido vertebrar y estimular diferentes niveles de reflexión. Pero más allá de estas consideraciones, espero que los grandes ejes de discusión desarrollados en los capítulos precedentes servirán, tal y como sugirió hace unos años Parcero Oubiña (2002), como elementos para articular debates en trabajos futuros que se centren igualmente -y posiblemente con mayor acierto- en el estudio de la organización social y política de los indigetes.

7.4. Contribuciones más relevantes

Se antojaba necesario y oportuno como complementación de la sección anterior y para continuar con la valoración general del trabajo presentar de forma esquemática las principales contribuciones hechas a lo largo del proceso de investigación, que se pueden sintetizar de la siguiente manera:

1) Reconocer un cambio en la **estructura social** en el paisaje funerario de la Primera Edad del Hierro, donde se expresa una jerarquía de rango cada vez más pronunciada y congruente con los principios organizativos del clan cónico.

2) Valorar y examinar en toda su extensión el papel político desempeñado por la **introducción del mijo** en el proceso de jerarquización que conduce a la emergencia de la Cultura Ibérica (p.e. en la línea de Jones et al., 2011 y 2019).

3) Formular un **modelo de etnogénesis** basado por un lado en la integración de comunidades subétnicas en grupos sociales más complejos políticamente, reflejado en el abandono de Pontós y Peralada y el fortalecimiento de Ullastret como centro de poder. Y, por otro lado, en la conflictividad social para explicar las luchas de poder interétnicas y el surgimiento de instituciones como la realeza ibérica.

4) Desarrollar un método de análisis espacial novedoso para analizar la territorialidad teórica.

5) Evaluar de forma crítica las pautas de **comportamiento territorial** de los indigetes y proponer la construcción de un paisaje simbólico para el periodo formativo de la Indigecia y un patrón de ocupación espacial centralizado y unificado para la fase de formación de las estructuras estatales (recuérdese la figura 1.3 en el capítulo I).

6) Señalar la puesta en marcha de procedimientos sociales y estrategias para delimitar el territorio que dieron pie a la creación de **fronteras**, étnico-defensiva en primera instancia y políticas en un momento posterior.

7) Presentar una lectura, a la luz del registro arqueológico y las estructuras espaciales, de una sociedad en el Ibérico Antiguo compuesta por varias jefaturas articuladas por medio de un **sistema de poder heterárquico**.

8) Identificar la conocida zona 14 de Ullastret con un **edificio palacial**, donde plausiblemente se celebrarían banquetes competitivos para reforzar el prestigio y aumentar la base social del príncipe.

9) Confrontar la información proporcionada por el registro material, en especial la relativa a edificios singulares y espacios públicos, y las fuentes literarias, para plantear la existencia de **instituciones políticas** como la asamblea pública, el senado tribal y la realeza.

10) Explorar el potencial explicativo de un concepto nuevo, **la centralidad del territorio**, para contribuir a poner en claro fenómenos sociales como el aumento demográfico o el rol del territorio en el desarrollo de la intensificación económica, puesta de manifiesto por la acumulación de excedentes. Cabe finalmente señalar su función como uno de los mecanismos para estimular las condiciones para el nacimiento del estado en el S.IV a.C.

7.5. Líneas de investigación futuras

Cabría, en último término, exponer algunas consideraciones con la intención de establecer posibles líneas de investigación futuras que permitan ampliar los contenidos y las observaciones llevadas a cabo en el marco de este trabajo. Con ello pretendo hacer hincapié en el hecho de que no pienso que estemos llegando a un punto final o al límite de los planteamientos que se pueden realizar a partir de los datos disponibles o los que seguro surgirán a corto plazo. Muy al contrario, creo que aquí comienza un nuevo tramo del camino para continuar con el estudio de la organización sociopolítica en época ibérica y seguir examinando, desde nuevos puntos de vista, la dinámica de transformación del paisaje social, con la finalidad de tratar de mostrar trayectorias y variables que no se hayan podido abordar por cuestiones de tiempo y espacio, metodológicas o simplemente por falta de información en el registro arqueológico.

Según lo comentado en la sección de cuestiones metodológicas (7.2), me parece pertinente retomar el asunto de la hipótesis de trabajo para sugerir cómo se podría ahondar en el tema. Resulta realmente claro que el relato de la simbiosis entre Ampurias y Ullastret se ha acometido principalmente desde la perspectiva de su manifestación en la articulación espacial y en las estructuras arqueológicas de la ciudad rectora del territorio. Habrá quien argumentará que ha sido analizada de forma parcial. Y esto tal vez sea cierto. Pero hemos de tener en cuenta que incluir todo el registro material de la colonia focea hubiera constituido en sí mismo una obra faraónica que quizá me habría impelido potenciar el análisis de otros aspectos igualmente relevantes. Por tanto, creo conveniente proponer cómo proseguir la línea de trabajo en este campo, puesto que es posible que arroje luz sobre el grado de simbiosis y las formas de las relaciones culturales entre ambos yacimientos. En este sentido, pienso que se debería investigar más a fondo el *hinterland* ampuritano y los asentamientos rurales como el de Mas Gusó, para corroborar o desmentir mi propuesta sobre la inexistencia de una supuesta cora ampuritana. Por supuesto, como indicaba en el capítulo 5, esto no significa que el puerto comercial no dispusiese de los mecanismos para controlar y dominar su entorno inmediato. Pero asumo también que una contribución sustancial y necesaria para conocer e interpretar las relaciones simbióticas entre el enclave colonial y el mundo indígena, pasa por analizar en detalle los conjuntos de cerámicas domésticas y de importación en Ampurias y Ullastret, para buscar patrones de consumo y de "prácticas cotidianas" compartidas por los colonos foceos y los grupos sociales indígenas. De hecho, un estudio reciente de cerámicas vinculadas con los hábitos de consumo y las labores cotidianas, ha puesto de relieve una importante "imbricación cultural" en Ampurias, muy alejada de la visión tradicional que postulaba la separación espacial de comunidades (Delgado et al., 2020, 79). El examen de elementos cerámicos ha servido para revelar que la heterogeneidad no se restringía al orden material, sino que se extendía a un conjunto bastante amplio de actividades sociales, indicando la presencia de una comunidad en la Neápolis culturalmente mixta y con múltiples tradiciones y ascendencias (Delgado et al., 2020, 104). El trabajo desarrollado por Ana Delgado y Meritxell Ferrer, pero añadiendo el componente del análisis comparativo con los contextos de cerámicas en el ámbito indígena, me parece una línea de observación muy interesante para el futuro.

Quisiera volver la mirada hacia el objeto de estudio, el paisaje. A este respecto, el trabajo se ha centrado en estudiar la construcción de paisajes desde la Primera Edad del Hierro hasta el Ibérico Pleno, con el fin de explorar las diferentes realidades de la organización sociopolítica. A tal efecto, he creado una secuenciación de escenarios político-territoriales que se interrumpe con el advenimiento de estructuras estatales en el S.IV a.C. Esto es, como he indicado en alguna ocasión en el texto, se ha quedado fuera del análisis las modificaciones que se materializan en el paisaje a raíz de la llegada de Roma a *Hispania* con

motivo del inicio de la Segunda Guerra Púnica. De modo que para completar la sucesión de formaciones paisajísticas se requiere tratar de forma análoga a como se hizo con el resto de paisajes sociales la creación de la nueva realidad espacial que surge como consecuencia del enfrentamiento entre Roma y Cartago. Aquí se incorpora al contexto político-social indígena una dimensión distinta que va a cambiar el proceso de estructuración de la sociedad, definido sobre todo a nivel territorial por el abandono de la capital de los indígetes, Ullastret, y otros centros menores. ¿Cómo plantear el debate? Es muy posible que el renunciar a residir en el centro de poder supusiera de facto abandonar, al menos en parte, la ideología establecida entre las élites dirigentes, puesto que la retirada de Ullastret conlleva implícitamente dejar de un lado elementos simbólicos tan significativos como los templos, las instituciones políticas -que residían en la capital- el palacio o los cráneos enclavados, por citar algunos ejemplos. Sería por tanto estimulante revisar la configuración de un paisaje que podríamos denominar "de romanización", para indagar si en la nueva expresión espacial y urbana -recordemos que el segundo núcleo de habitación, Sant Julià de Ramis, continua habitado- aparecen marcadores ideológicos que apunten hacia una transición en el sistema de creencias.

Hay una última línea de reflexión para el futuro, mencionada brevemente en el Estado de la cuestión (cf. capítulo II), que merece por su trascendencia algunos comentarios, en especial sobre cómo afrontar su abordaje. Estoy pensando, siguiendo en este punto al teórico marxista italiano Antonio Gramsci y en relación con sus estudios de la subalternidad, en realizar un acercamiento a nivel arqueológico a la Historia de los grupos marginales situados generalmente en los márgenes de la Historia (Gramsci, 1992, 52), bien sea debido a la falta de interés de la historiografía o por un problema de invisibilidad en el registro empírico. La documentación disponible para los tres periodos históricos objeto de estudio es en cualquier caso y desafortunadamente muy desigual. Para la Primera Edad del Hierro, el paisaje funerario, de modo concreto la tipología de fosas de enterramiento y la composición de los ajuares depositados junto al difunto, siendo especialmente relevante su ausencia o inexistencia, puede aportar pistas para impulsar estrategias sobre la conformación de las estructuras campesinas y los grupos subalternos. La información para el Ibérico Antiguo es muy escueta y no creo que contribuya a desarrollar el estado de esta cuestión. Sin embargo, para el Ibérico Pleno el corpus de datos es de buena calidad. El equipo del MAC de Ullastret ha efectuado prospecciones muy valiosas y además se han emprendido numerosas actuaciones de campo en los últimos treinta años, recogidas en las memorias de excavación. A decir verdad, se ha logrado registrar una amplia gama de establecimientos de pequeño tamaño que ejercían funciones sociales diversas, desde tareas de vigilancia del territorio hasta actividades económicas especializadas o barrios artesanales periurbanos (Martín y Plana-Mallart 2012). Tomando en cuenta todo lo dicho se colige que sería crucial, aunque suponga una tarea ciclópea, recabar todo el material documental recopilado en los informes de excavaciones; pero ojo, solo el asociado a intervenciones ejecutadas en el espacio de dominación de Ullastret y en el periodo cronológico del Ibérico Pleno, para calibrar en su justa medida el papel de los grupos campesinos y subalternos en la organización sociopolítica. Es muy probable que a través de la confrontación de datos del registro funerario y el paisaje rural mediante la observación y técnicas analíticas, sea factible esbozar y hacer una lectura social del rol de la subalternidad en el largo proceso histórico que se origina en el horizonte cultural de la Primera Edad del Hierro y culmina con la integración del sistema sociocultural indígena en la órbita de Roma.

Bibliografía

- Acevedo, Benjamín (2014). «Geoarqueología: interpretaciones interdisciplinarias para la investigación arqueológica». *Revista Geológica de América Central*, núm. especial, págs. 123–131.
- Aguilera, G. y Flors, Enric (2009). «La arqueología de la Ribera de Cabanes en su contexto territorial: un primer análisis mediante SIG». En: Enric Flors (editor), *Evolución del paisaje antrópico desde la prehistoria hasta el medievo*, Monografíes de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques 8, págs. 445–456. Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas.
- Agustí, Bibiana; Codina, Dolors; Dehesa, Rafael; Llinas, Joan; Merino, Jordi; Montalban, Carme y Vargas, Anna (2004). «Excavacions arqueològiques a Vilanera (l'Escala, Alt Empordà)». *Tribuna d'Arqueologia*, págs. 99–114.
- Allué, Ethel; Burjachs, Frances y Piqué, Raquel (2004). «Evolució del paisatge: de l'edat del Bronze a l'edat del Ferro». En: Museu d'arqueologia de Catalunya-Girona (editor), *Eines i feines del camp a Catalunya. L'estudi de l'agricultura a través de l'arqueologia*, págs. 40–43. Generalitat de Catalunya.
- Almagro, Martín (1955). «Las necrópolis indígenas». En: *Las necrópolis de Ampurias*, Volumen III de *Monografías Ampuritanas*. Barcelona.
- Almagro-Gorbea, Martín (1996). *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico. Discurso en la Real Academia de la Historia*. Industrias gráficas Caro, S.L..
- Alonso, Natalia (2000). «Cultivos y producción agrícola en época ibérica». En: Departament de Prehistòria i Arqueologia de la Universitat de València (editor), *III reunió sobre economia en el Món Ibèric*, págs. 25–46. SAGVNTVM-PLAV, Extra-3.
- Alvar-Ezquerria, Jaime (2004). «Discusión sobre las instituciones ibéricas». En: Besancon (editor), *Histoire, espaces et marges de l'Antiquité: hommages à Monique Clavel-Léveque*, Número 3 en Collection de l'Institut des Sciences et Techniques de l'Antiquité, págs. 11–31. Institut des Sciences et Techniques de l'Antiquité.
- Aquilué, Xabier (2001). «Pla d'actuacions arqueològiques a desenvolupar al poblat ibèric de Castell (Palamós, Baix Empordà)». *Museu d'arqueologia de Catalunya, Empúries*, págs. 1–18.
- Aquilué, Xabier (2015). «Un conjunto de ofrendas votivas procedentes del poblado ibérico de Castell (Palamós, Girona)». En: Isidro Aguilera Aragón; Francisco Beltrán Lloris; María Jesús Dueñas Jiménez; Concepción Lomba Serrano y Ángel Paz Peralta (editores), *De las ánforas al museo. Estudios dedicados a Miguel Beltrán Lloris*, págs. 141–153. Institución Fernando el Católico.

- Aquilué, Xabier; Burés, Iurdes; Castanyer, Pera; Esteba, Quim; Pons, Enriqueta; Santos, Marta y Tremoleda, Joaquim (2000). «Els assentaments indígenes i l'ocupació grega arcaica de Sant Martí d'Empúries». En: Ramon Buxó i Capdevila y Enriqueta Pons i Brun (editores), *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Roselló i Llenguadoc occidental*, Volumen 19 de *Sèrie monogràfica de Girona*, pàgs. 19–32. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Aquilué, Xabier; Castanyer, Pere; Santos, Marta y Tremoleda, Joaquim (2012). «El paisatge funerari en el territori d'Empúries entre el Bronze Final i la Primera Edat del Ferro». En: Fco. Javier López-Cachero; Carme Rovira y Florent Mazière (editores), *Les necròpolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI aC): metodologia, pràctiques funeràries i societat*, Volumen 14 de *Sèrie monogràfica de Girona*, pàgs. 75–90. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Aquilué, Xabier; Castanyer, Pere; Santos, Marta; Tremoleda, Joaquim; Martín, Aurora; Pons, Enriqueta; Rovira, Carmen y Mata, J.M. (2008). «Elaboración y comercio de plata y plomo en la Emporion griega y en los hábitats ibéricos de su entorno». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, núm. 18, pàgs. 270–291.
- Aranegui, Carmen (1998). «Las estructuras de poder en la sociedad ibérica». En: Carmen Aranegui Gascó (editor), *Actas del congreso internacional "Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica"*, Volumen I, pàgs. 9–12. Universitat de València.
- Asensio, David (2005). «La incidencia fenicia entre las comunidades indígenas de la costa catalana (siglos VII-VI a.C.): ¿un fenómeno orientalizante?» En: Sebastián Celestino Pérez y Javier Jiménez Ávila (editores), *Actas del III simposio internacional de arqueología de Mérida: protohistoria del Mediterráneo occidental. Anejos de AEsPA XXXV*, Volumen I, pàgs. 551–564. CSIC.
- Asensio, David (2017a). «Pottery in the Northern Iberian World: identity, society and economy». En: Gabriel de Prado y M. Carme Rovira (editores), *Northern Iberians: life, death and rituals beyond the Pyrenees*, pàgs. 31–40. Archaeological Museum of Zagreb.
- Asensio, David; Belarte, Carme; Jornet, Rafel; Morer, Jordi; Noguera, Jaume y Sanmartí, Joan (2019). «A city-state system in the pre-roman western mediterranean: the iberian cities of eastern Catalonia». En: Carme Belarte; Jaume Noguera; Rosa Plana-Mallart y Joan Sanmartí (editores), *Urbanization in Iberia and mediterranean Gaul in the first millennium BC*, Número 7 en TRAMA, pàgs. 91–108. Institut Català d'Arqueologia Clàssica.
- Asensio, David; Bouso, Mónica; Fuertes, Maribel y Pons, Enriqueta (2010). «El yacimiento del Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà, Girona): un núcleo indígena en la órbita de la colonia focea de Emporion». En: Henry Tréziny (editor), *Greco et indigènes de la Catalogne à la Mer Noire*, Volumen 3 de *Bibliothèque d'Archéologie Méditerranéenne et Africaine*, pàgs. 105–118. Centre Camille Jullian.
- Asensio, David; Estebe, Xabier; Farrè, Jordi; Fabrique, Thaís; Feliu, Josep M.; Guàrdia, Marc; Jornet, Rafel; Mestres, Josep; Morer, Jordi y Pedro, Mireia (2012). «Pràctiques d'inhumació en contextos de Primera Edat del Ferro (segle VII a. C.): noves troballes a l'àrea Penedesenca». En: Fco. Javier López-Cachero; Carme Rovira y Florent Mazière (editores), *Les necròpolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI aC): metodologia, pràctiques funeràries i societat*, Volumen 14 de *Sèrie monogràfica de Girona*, pàgs. 433–443. Museu d'Arqueologia de Catalunya.

- Asensio, David; Fuertes, Maribel y Pons, Enriqueta (2007). «La darrera fase d'ocupació del Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà, Girona)». En: Josep Maria Nolla; Lluís Palahí y David Vivó (editores), *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, págs. 97–131. Ajuntament de Girona.
- Asensio, David; Jornet, Rafel; Morer, Jordi y Pons, Enriqueta (2016a). «Un edifici singular del segle V aC trobat sota la torre de defensa de l'oppidum ibèric (Mas Castellar-Pontós, Alt Empordà)». *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, núm. 47, págs. 13–46.
- Asensio, David; Jornet, Rafel; Morer, Jordi y Pons, Enriqueta (2017b). «Aportación de la cerámica griega fina y sus contextos cerámicos a la caracterización de la secuencia de asentamientos superpuestos entre el siglo VI y el siglo IV a.C. en el Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà, Girona)». En: Xavier Aquilué; Paloma Cabrera y Margarita Orfila (editores), *Homenaje a Glòria Trias Rubiés. Cerámicas griegas de la Península Ibérica: cincuenta años después (1967-2017)*, págs. 125–139. Centro Iberia Graeca.
- Asensio, David y Martín, Aurora (2004). «La segona edat del ferro: el món ibèric». En: Ramon Buxó (editor), *Eines i feines del camp a Catalunya. L'estudi de l'agricultura a través de l'arqueologia*, págs. 27–55. Museu d'arqueologia de Catalunya-Girona.
- Asensio, David y Pons, Enriqueta (2009). «L'entrada meridional del nucli ibèric fortificat del Mas Castellar (Pontós, Alt Empordà): una porta complexa del SV aC.» *Revista d'Arqueologia de Ponent*, núm. 19, págs. 271–286.
- Asensio, David y Pons, Enriqueta (2016b). «Manifestacions materials de prestigi i distinció social en les diferents ocupacions del Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà, Catalunya) (segles V-III aC)». En: Maria Carme Belarte; Dominique Garcia y Joan Sanmartí (editores), *Les estructures socials protohistòriques a la Gàl·lia i a Ibèria. Homenatge a Aurora Martín i Enriqueta Pons*, págs. 151–164. Arqueo Mediterrània 14.
- Aubet, María Eugenia (2005). «El orientalizante: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales». En: Sebastián Celestino Pérez y Javier Jiménez Ávila (editores), *Actas del III simposio internacional de arqueología de Mérida: protohistoria del Mediterráneo occidental. Anejos de AEspA XXXV, Volumen I*, págs. 117–128. CSIC.
- Barberà, Josep (1990). «La necrópolis de la Muralla N.E. de Ampurias en el proceso de iberización». *Verdolay*, núm. 2, págs. 201–206.
- Barceló, Joan (1988). «Introducción al razonamiento estadístico aplicado a la arqueología: un análisis de las estelas antropomorfas de la península ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, núm. 45, págs. 51–85.
- Barceló, Joan (2007). *Arqueología y estadística*. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Barceló, Joan; Mandolesi, Alessandro y Pelfer, Giuliano (2002). «The origins of the city from social theory to archaeological description». *Archeologia e calcolatory*, núm. 13, págs. 41–63.
- Barth, Fredrik (1976). «Introducción». En: Fredrik Barth (editor), *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, págs. 9–49. Fondo de Cultura Económica. México.

- Belarte, Carme (2018). «Casas, familias linajes, comunidades. El caso del mundo ibérico septentrional». En: Alonso Rodríguez Díaz; Ignacio Pavón Soldevilla y David M. Duque Espino (editores), *Familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular*, págs. 111–138. Universidad de Extremadura.
- Belarte, Carme; Codina, Ferran; Noguera, Jaume; Prado, Gabriel de y Sanmartí, Joan (2020a). «Intervencions arqueològiques a la zona istme del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Baix Empordà)». En: Josep Burch; Ramon Buxó; Joan Frigola; Maribel Fuertes; Susana Manzano y Montserrat Mataró (editores), *Quinzenes jornades d'Arqueologia de les comarques de Girona*, págs. 123–127. Documenta Universitaria.
- Belarte, Carme; López-Cachero, F. Javier; Pons, Enriqueta; Rovira, Carme y Sanmartí, Joan (2020b). «From prestige objects to the productive revolution: iron and siderurgy in Catalonia during the first millennium BC». En: Carme Belarte; Carme Rovira y Joan Sanmartí (editores), *Iron metallurgy and the formation of complex societies in the western Mediterranean (1st millennium BC)*, Número 15 en Arqueo Mediterrània, págs. 125–139. Universitat de Barcelona.
- Belarte, Carme; Noguera, Jaume; Plana-Mallart, Rosa y Sanmartí, Joan (2019). «On the notion of the city and its relevance for the study of western mediterranean protohistory». En: Carme Belarte; Jaume Noguera; Rosa Plana-Mallart y Joan Sanmartí (editores), *Urbanization in Iberia and mediterranean Gaul in the first millennium BC*, Número 7 en TRAMA, págs. 11–18. Institut Català d'Arqueologia Clàssica.
- Belarte, Carme; Rovira, Carme y Sanmartí, Joan (2020c). «Introduction». En: Carme Belarte; Carme Rovira y Joan Sanmartí (editores), *Iron metallurgy and the formation of complex societies in the western Mediterranean (1st millennium BC)*, Número 15 en Arqueo Mediterrània, págs. 7–10. Universitat de Barcelona.
- Bellón-Ruiz, Juan Pedro; Gómez-Cabeza, Francisco; Rueda-Galán, Carmen y Ruiz-Rodríguez, Arturo (2013). «El factor ibero en la batalla de Baecula: los efectos colaterales de la guerra». *CPAG*, núm. 23, págs. 199–225.
- Bellón-Ruiz, Juan Pedro; Gutiérrez, Luis y Rueda-Galán, Carmen (2008). «Aportación desde los procesos territoriales a las lecturas iconográficas de los santuarios del Alto Guadalquivir». *Anales de Arqueología Cordobesa*, núm. 19, págs. 23–48.
- Belmonte-Mas, Daniel; Molina-Hernández, Francisco J.; Satorre-Pérez, Ana; Tarrío-Vinagre, Antonio; Hernández-Gómez, Manuel y Galván-Santos, Bertila (2018). «Datos preliminares acerca de los recursos litológicos en el sur de Alicante (España): el sílex veleta y el ejemplo del área de captación y talla del paleolítico medio de Bardissa (Hondón de las Nieves)». *MARQ. Arqueología y Museos*, núm. 9, págs. 9–25.
- Benito-Calvo, Alfonso; Campaña-Lozano, Isidoro y Karampagládi, Theodoros (2014). «Conceptos básicos y métodos en geoarqueología: geomorfología, estratigrafía sedimentología». *Treballs d'Arqueologia*, núm. 20, págs. 41–54.
- Bevan, Andrew y Conolly, James (2006). «Multiscalar approaches to settlement pattern analysis». En: Gary Lock y Brian Leigh-Molyneux (editores), *Confronting scale in archaeology. Issues of theory and practice*, págs. 217–234. Springer.

- Bintliff, John (2016). «Agency, structure, and the unconscious in the *longue durée*». En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 243–253. Cambridge University Press.
- Bondarenko, Dimitri (2008). «Kinship, territoriality and the early state lower limit». *Social Evolution and History*, 7(1), págs. 19–53.
- Bondarenko, Dimitri (2014). «On the nature and features of the (early) state: an anthropological reanalysis». *Zeitschrift für Ethnologie*, núm. 2, págs. 215–232.
- Bonet-Rosado, Helena; Grau-Mira, Ignacio y Vives-Ferrándiz, Jaime (2015). «Estructura social y poder en las comunidades de la franja central mediterránea». En: Maria Carme Belarte; Dominique Garcia y Joan Sanmartí (editores), *Les estructures socials protohistòriques a la Gàl·lia i a Ibèria. Homenatge a Aurora Martín i Enriqueta Pons*, págs. 251–272. Arqueo Mediterrània 14.
- Bosque, Isabel del; Fernández-Freire, Carlos; Martín-Forero, Lourdes y Pérez-Asensio, Esther (2012). *Los Sistemas de Información Geográfica y la investigación en ciencias humanas y sociales*. CSIC.
- Bourdieu, Pierre (1991). *Language and symbolic power*. Polity Press, Cambridge, UK.
- Bravo, Gonzalo (1989). *Poder político y desarrollo social en la Roma antigua*. Taurus Universitaria.
- Brill, Dominic; Bruckner, Helmut; Martín, Aurora y Uncu, Levent (2010). «Els oppida ibèrics d'Ullastret (Baix Empordà): interaccions entre l'evolució de l'assentament i l'entorn natural». *Cypsela*, núm. 18, págs. 283–297.
- Burch, Josep; Casas, Josep; Costa, Ana; Nolla, Josep Maria; Palahí, Lluís; Rojas, Antoni; Sagrera, Jordi; Vivó, David; Vivo, Jordi y Simon, Josefina (2010). *De l'oppidum a la ciutats. La romanització inicial de la indigència*. Universitat de Girona.
- Burch, Josep; Nolla, Josep Maria; Palahí, Lluís; Rojas, Antoni; Sagrera, Jordi; Vivó, David y Vivo, Jordi (2009). *La muntanya de Sant Julià de Ramis*. Ajuntament de Sant Julià de Ramis.
- Burch, Josep; Nolla, Josep Maria; Palahí, Lluís; Sagrera, Jordi; Vivó, David y Sureda, Marc (2001). *Excavacions arqueològiques a la muntanya de Sant Julià de Ramis 1. El sector de l'antiga església parroquial*. Ajuntament de Sant Julià de Ramis.
- Burch, Josep; Nolla, Josep Maria y Sagrera, Jordi (2012). *Excavacions arqueològiques a la muntanya de Sant Julià de Ramis 4. Les defenses de l'oppidum de Kerunta*. Universitat de Girona y Ajuntament de Sant Julià de Ramis.
- Burch, Josep; Rojas, Antoni y Vivo, Jordi (2003). «Noves aportacions per al coneixement del poblat ibèric de Sant Sebastià de la Guarda (Llafranc, Palafrugell)». *Estudis del Baix Empordà. Institut d'Estudis del Baix Empordà*, núm. 22, págs. 9–54.
- Burch, Josep; Rojas, Antoni y Vivo, Jordi (2008). «L'assentament ibèric de Sant Sebastià de la Guarda (Palafrugell, Baix Empordà)». *Tribuna d'Arqueologia*, núm. 2008-2009, págs. 45–58.

- Burgers, Gert-Jan (2012). «Landscape and identity of Greek colonists and indigenous communities in southeast Italy». En: Simon Stoddart y Gabrielle Cifani (editores), *Landscape, ethnicity and identity in the archaic Mediterranean area*, págs. 64–76. Oxbow Books.
- Burjachs, Francesc (1999). «El pol·len». En: Ramon Buxó; Joan B. López; Aurora Martín y Montserrat Mataró (editores), *Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixac (1987-1992)*, Volum I de *Monografies d'Ullastret*, págs. 255–257. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Ullastret.
- Burjachs, Francesc; Blech, Michael; Julia, Ramón y Marzoli, Dirce (2000). «Evolución del paisaje vegetal en relación con el uso del territorio en la Edad del Hierro». En: Ramon Buxó y Enriqueta Pons (editores), *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum*, Volum 18 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 31–42. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Buxó, Ramon (1997). *Arqueología de las plantas*. Editorial Crítica.
- Buxó, Ramon (1999a). «Comentaris introductoris al paleopaisatge i restitució medioambiental». En: *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996)*. De l'assentament precolonial a l'Empúries actual, Volum IX de *Monografies Emporitanes*, págs. 87–88. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Buxó, Ramon (1999b). «Les llavors i els fruits». En: Ramon Buxó; Joan B. López; Aurora Martín y Montserrat Mataró (editores), *Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixac (1987-1992)*, Volum I de *Monografies d'Ullastret*, págs. 269–277. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Ullastret.
- Buxó, Ramon (2004). «El món colonial i l'agricultura: les dades arqueobotàniques». En: Ramon Buxó (editor), *Eines i feines del camp a Catalunya. L'estudi de l'agricultura a través de l'arqueologia*, págs. 70–71. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Buxó, Ramon (2007a). «L'agricultura. Aproximació a l'explotació dels recursos vegetals». En: Xavier Carlús; Fco. Javier Lopez-Cachero; Mónica Oliva; Antoni Palomo; Alba Rodríguez; Noemí Terrats; Carmen Lara y Núria Villena (editores), *Cabanes, sitges i tombes. El paratge de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental) del 1300 al 500 a.C.*, Volum 4 de *Quaderns d'arqueologia de Sabadell*, págs. 75–77. Museu d'Història de Sabadell.
- Buxó, Ramon (2007b). «Aproximació als sistemes agrícoles durant la prehistòria y protohistòria de l'Empordà». *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, págs. 179–195.
- Buxó, Ramon (2009). «Botanical and archaeological dimensions of the colonial encounter». En: Michael Dietler y Carolina López (editores), *Colonial encounters in ancient Iberia. Phoenician, Greek and indigenous relations*, págs. 155–168. University of Chicago Press.
- Buxó, Ramon; Bouso, Mónica; Canal, David; Casellas, S.; Fernández, Maria José; Fuentes, M.; Gago, Noélia; González, Helena; Pons, Enriqueta y Rovira, Núria (2000). «El establecimiento agrario de Mas Castellar de Pontós (S.III-II a.C.)». En: Ramon Buxó i Capdevila y Enriqueta Pons i Brun (editores), *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Roselló i Lluçanès occidental*, Volum 19 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 147–159. Museu d'Arqueologia de Catalunya.

- Buxó, Ramon y Piqué, Raquel (2008). *Arqueobotánica. Los usos de las plantas en la península ibérica*. Ariel Prehistoria.
- Campo, Marta (2007). «Tesoro de dracmas emporitanas hallado en el Puig de Sant Andreu (Ullastret), II. Estudio de las monedas». *Numisma*, 251, págs. 65–78.
- Campo, Marta (2022). «Las acuñaciones de la ciudad griega de Emporion». En: Xavier Aquilué y Pere Pau Ripollès (editores), *La moneda griega en Iberia. Cecas y circulación monetaria. In memoriam Paloma Cabrera Bonet*, págs. 29–40. Museu d'Arqueologia de Catalunya- Centre Iberia Graeca.
- Canal, David (2002). «L'explotació dels recursos vegetals: les anàlisis paleocarpològiques». En: Enriqueta Pons (editor), *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (excavacions 1990-1998)*, Volum 21 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 443–476. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Canal, David y Rovira, Núria (2000). «La agricultura y la alimentación vegetal de la Edad del Hierro en la Cataluña oriental». En: Ramon Buxó y Enriqueta Pons (editores), *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum*, Volum 18 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 139–150. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Caravaca, Jordi; Mataró, Montserrat y Martín, Aurora (1997). «Un edifici cultural de la segona meitat del segle III a.C. a l'Illa d'en Reixac (Ullastret, Girona)». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, núm. 18, págs. 43–70.
- Cardoso, Roberto (2007). *Etnicidad y estructura social*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Carlús, Xabier; Lara, Carmen; López-Cachero, Fco. Javier; Marlasca, Ricard y Rovira-Hortalá, M. Carmen (2005). «Materiales de importación en la necrópolis de incineración de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona)». En: Sebastián Celestino Pérez y Javier Jiménez Ávila (editores), *Actas del III simposio internacional de arqueología de Mérida: protohistoria del Mediterráneo occidental. Anejos de AEspA XXXV*, Volumen II, págs. 1039–1040. CSIC.
- Carlús, Xabier; Lara, Carmen; López-Cachero, Fco. Javier y Villena, Núria (2007). «La necrópolis d'incineració de Can Piteu-Can Roqueta». En: Xavier Carlús; Fco. Javier Lopez-Cachero; Mónica Oliva; Antoni Palomo; Alba Rodríguez; Noemí Terrats; Carmen Lara y Núria Villena (editores), *Cabanes, sitges i tombes. El paratge de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental) del 1300 al 500 a.C.*, Volum 4 de *Quaderns d'arqueologia de Sabadell*, págs. 137–182. Museu d'Història de Sabadell.
- Carneiro, Robert L. (1985). «Reflexiones sobre el origen del Estado». *Ágora: papeles de filosofía*, núm. 5, págs. 5–20.
- Carneiro, Robert L. (2002). «The tribal village and its culture: an evolutionary stage in the history of human society». En: Willian A. Parkinson (editor), *The archaeology of tribal societies*, International monographs in prehistory, págs. 34–52. Berghahn Books.
- Carneiro, Robert L. (2003). *Evolutionism in cultural anthropology. A critical history*. Westview Press, Cambridge MA.

- Casas, Josep (1997). «Poblament antic entorn l'estany de Camallera i la seva zona de influència». *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, Vol. 30, págs. 63–80.
- Casas, Josep (2007). «La via Heraclea i la xarxa de comunicacions en el territori de la Girona prerromana». En: Josep Maria Nolla; Lluís Palahí y David Vivó (editores), *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, págs. 43–49. Ajuntament de Girona.
- Casas, Josep (2010). «Prensas para la elaboración de aceite en el establecimiento rural ibérico de Saus (Girona). Notas sobre la explotación del campo en el territorio de Emporion». *Archivo Español de Arqueología*, págs. 67–84.
- Casas, Josep; Llinàs, Joan; Montalbán, Carme y Vivo, Jordi (2011). «Els nivells d'època ibèrica de la casa de les Bombes (Peralada)». *Butlletí Arqueològic*, Vol. V(33), págs. 5–24.
- Casas, Josep y Soler, Victòria (2013). «Algunes consideracions sobre la ceràmica grisa monocroma de l'assentament ibèric de Saus». *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, núm. 44, págs. 333–349.
- Casas, Josep y Soler, Victòria (2019). «Algunes observacions sobre la ceràmica ibèrica pintada. Els exemples de Saus i Mas Gusó». *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, LX, págs. 85–114.
- Casas, Josep y Varena, Alba (2016). «Importaciones etruscas en Mas Gusó (Bellcaire d'Empordà, Girona, Catalunya)». *Pyrenae*, 47(1), págs. 119–142.
- Casas, Sandra; Codina, Ferran; de Prado, Gabriel; Margall, Joan y Martín, Aurora (2004). «La zona 14 del oppidum del Puig de Sant Andreu d'Ullastret. Un conjunt arquitectònic dels segles IV i III a.C.». *Cypsela*, núm. 15, págs. 265–285.
- Casillas, Juan Miguel (1997). *La antigua Esparta*. Volumen 39 Cuadernos de historia. Arco Libros, S.L.
- Castaneda-Fernández, Vicente (2017). «Territorio, sociedad y movilidad durante el paleolítico. El ejemplo proporcionado por las sociedades adscritas al modo técnico 2 en el Campo de Gibraltar». *Revista Atlántica-Mediterránea* 19, págs. 15–28.
- Castanyer, Pera; Esteba, Quim; Pons, Enriqueta; Santos, Marta y Tremoleda, Joaquim (1999a). «La primera etapa de l'hàbitat de l'Edat del Ferro: fase IIa». En: *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996)*. De l'assentament precolonial a l'Empúries actual, Volumen IX de *Monografies Emporitanes*, págs. 105–138. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Castanyer, Pera; Esteba, Quim; Pons, Enriqueta; Santos, Marta y Tremoleda, Joaquim (1999b). «La segona etapa de l'hàbitat de l'Edat del Ferro: fase IIb». En: *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996)*. De l'assentament precolonial a l'Empúries actual, Volumen IX de *Monografies Emporitanes*, págs. 139–216. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Castanyer, Pera; Pons, Enriqueta; Santos, Marta y Tremoleda, Joaquim (1999c). «L'assentament d'època arcaica: fase III». En: *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996)*. De l'assentament precolonial a l'Empúries actual, Volumen IX de *Monografies Emporitanes*, págs. 217–330. Museu d'Arqueologia de Catalunya.

- Castanyer, Pere; Santos, Marta y Tremoleda, Joaquim (2011). «Darreres recerques sobre la gènesi de l'enclavament grec d'Emporion». *Empúries*, núm. 56, págs. 55–73.
- Cebrián-Martínez, David (2018). «Dynamics of power: an architectural reading of the concentration of power (Ullastret, 4th-3rd century BC)». *Panta Rei. Revista Digital de Ciència y Didáctica de la Historia*, págs. 51–71.
- Ceccarelli, Letizia (2012). «Ethnicity and the identity of the Latins. The evidence from sanctuaries between the sixth and the fourth centuries BC». En: Simon Stoddart y Gabrielle Cifani (editores), *Landscape, ethnicity and identity in the archaic Mediterranean area*, págs. 108–119. Oxbow Books.
- Cela-Espin, Xavier; García-Roselló, Joaquim; Pujol, Jaume y Zamora-Moreno, Dolors (2001). «El poblament a la Laietània central i septentrional durant el període Ibèric Ple. Una proposta d'organització territorial». En: Aurora Martín y Rosa Plana-Mallart (editores), *Territori polític i territori rural durant l'edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*, Monografies d'Ullastret 2, págs. 203–226. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Ullastret.
- César, Cayo Julio (2000). *La guerra de las Galias*. Editorial Gredos, S.A.
- Chapa, María Teresa; Mayoral, Victorino y Pereira, Juan (2007). «Las sociedades de la Edad del Hierro peninsular y su relación con los procesos de salud, enfermedad y muerte». En: Francisco Javier Barca Durán y Javier Jiménez Avila (editores), *Enfermedad, muerte y cultura en las sociedades del pasado*, págs. 65–90. Fundación Academia Europea de Yuste.
- Cicerón, Marco Tulio (1984). *Sobre la república*. Editorial Gredos.
- Cintas, Marta y García, Leonardo (2019). «Gender inequalities in Neolithic Iberia: a multi-proxy approach». *European Journal of Archaeology*, págs. 1–24.
- Codina, Dolors y Montalban, Carme (2012). «Tipologia dels enterraments localitzats al sector 3 de la necròpolis de Vilanera (l'Escala, Alt Empordà)». En: Fco. Javier López-Cachero; Carme Rovira y Florent Mazière (editores), *Les necròpolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI aC): metodologia, pràctiques funeràries i societat*, Volum 14 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 153–157. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Codina, Dolors y Pullia, M. Franchesca (2018). «Intervenció arqueològica a la necròpolis de Vilanera, l'Escala, Alt Empordà, 2016-2017». En: Ramon Buxó i Capdevila; Susana Manzano; Montserrat Mataró y Josep Maria Nolla (editores), *Catorzenes jornades d'arqueologia de les comarques de Girona*, págs. 89–96. Museu d'Arqueologia de Catalunya y Universitat de Girona.
- Codina, Ferran; Ferrer, Joan y Prado, Gabriel de (2018). «L'enigmàtic objecte de plom amb inscripció ibèrica del fossat del Puig de Sant Andreu (Ullastret)». *Cypsela*, 21, págs. 135–154.
- Codina, Ferran; García, Ekhine; Martín, Aurora; Prado, Gabriel de; Sala, Roger y Tamba, Robert (2016b). «Combined results, interpretation and conclusions of all the systems». En: Ekhine García-García; Gabriel de Prado y Jordi Principal (editores), *Working with buried remains at Ullastret (Catalonia). Proceedings of the 1st MAC international workshop of archaeological geophysics*, Monografies d'Ullastret 3, págs. 87–110. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Ullastret.

- Codina, Ferran; García, Ekhine; Prado, Gabriel de y Sala, Roger (2019b). «Resultats preliminars de les intervencions de prospecció i excavació arqueològica al fossat del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Baix Empordà)». *Tribuna d'Arqueologia*, 2016-2017, págs. 52–62.
- Codina, Ferran; Martín, Aurora y Prado, Gabriel de (2007). «Tesoro de dracmas emporitanas hallado en el Puig de Sant Andreu (Ullastret), I. El contexto arqueológico». *Numisma*, 251, págs. 57–64.
- Codina, Ferran; Martín, Aurora y Prado, Gabriel de (2008). «Excavació dels nivells fundacionals i precedents de la zona 14 a l'oppidum del Puig de Sant Andreu (Baix Empordà), anys 2006 i 2007». En: Joaquim Soler (editor), *Novenes jornades d'arqueologia de les comarques de Girona*, Volum 1, págs. 99–116. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Empúries.
- Codina, Ferran; Martín, Aurora y Prado, Gabriel de (2012). «La recerca arqueològica al conjunt ibèric d'Ullastret en els darrers anys (1995-2010)». *Tribuna d'Arqueologia 2010-2011*, págs. 63–99.
- Codina, Ferran; Martín, Aurora y Prado, Gabriel de (2016a). «La cerámica ática de la necrópolis del Puig de Serra (serra de Daró-Ullastret, Catalunya)». En: Éric Gailledrat (editor), *Vie quotidienne, tombes et symboles des sociétés protohistoriques de Méditerranée nord-occidentale*, Volum 2 de *Monographies d'Archéologie Méditerranée*, págs. 479–496. ADAL.
- Codina, Ferran; Martín, Aurora y Prado, Gabriel de (2017). «La influencia de la cerámica ática en las producciones del periodo ibérico pleno en Ullastret». En: Xavier Aquilué; Paloma Cabrera y Margarita Orfila (editores), *Homenaje a Glòria Trias Rubiés. Cerámicas griegas de la Península Ibérica: cincuenta años después (1967-2017)*, págs. 150–162. Centro Iberia Graeca.
- Codina, Ferran; Martín, Aurora y Prado, Gabriel de (2019a). *Els ibers indigets*. 200. Quaderns de la Revista de Girona.
- Codina, Ferran; Ortiz, Helena; Prado, Gabriel de; Roqué, Carles y Sala, Roger (2020). «Fase I de l'excavació en extensió d'un tram del fossat del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Baix Empordà)». En: Josep Burch; Ramon Buxó; Joan Frigola; Maribel Fuertes; Susana Manzano y Montserrat Mataró (editores), *Quinzenes jornades d'arqueologia de les comarques de Girona*, págs. 117–121. Documenta Universitaria.
- Codina, Ferran; Plana-Mallart, Rosa y Prado, Gabriel de (2019c). «The iberian town of Ullastret (Catalonia): town planning and urban characteristics». En: Carme Belarte; Jaume Noguera; Rosa Plana-Mallart y Joan Sanmartí (editores), *Urbanization in Iberia and mediterranean Gaul in the first millennium BC*, Número 7 en TRAMA, págs. 149–163. Institut Català d'Arqueologia Clàssica.
- Codina, Ferran; Plana-Mallart, Rosa; Prado, Gabriel de y Roque, Carles (2019d). «Les temples de la ville iberique d'Ullastret (Catalogne)». En: Philippe Barral y Matthieu Thivet (editores), *Santuares de l'Âge du Fer*, Número 1 en Collection Afeat, págs. 95–110. Prensa Sepec.
- Collis, John (2016). «Spheres of interaction: Temperate Europe and the Mediterranean world in the Iron Age». En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 265–276. Cambridge University Press.

- Conolly, James y Lake, Mark (2009). *Sistemas de información geográfica aplicados a la arqueología*. Bellaterra Arqueología.
- Corso, Marta Dal; Filipovic, Dragana y Kirleis, Wiebke (2022). «Conclusion: early cultivation of millet in Europe: what else and where next? Concluding the workshop proceedings». En: Marta Dal Corso; Dragana Filipovic y Wiebke Kirleis (editores), *Millet and what else? The wider context of the adoption of millet cultivation in Europe*, Volumen 14 de *Scales of transformation in prehistoric and archaic societies*, págs. 293–308. Sidestone Press, Leiden.
- Criado-Boado, Felipe (1993). «Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje». *SPAL*, núm. 2, págs. 9–55.
- Criado-Boado, Felipe (1999). *Del terreno al espacio: planteamiento y perspectivas para la Arqueología del Paisaje*. Universidad de Santiago de Compostela.
- Crielaard, Jan (2009). «The Ionians in the archaic period. Shifting identities in a changing world». En: Ton Derks y Nico Roymans (editores), *Ethnic constructs in antiquity. The role of power and tradition*, págs. 37–84. Amsterdam University Press.
- Crow, Peter y Crutchley, Simon (2018). *Using Airborne lidar in archaeological survey. The light fantastic*. Historic England.
- Crumley, Carol L. (1979). «Three locational models: an epistemological assessment for anthropology and archaeology». *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 2, págs. 141–173.
- Crumley, Carol L. (1995). «Heterarchy and the analysis of complex societies». En: Carol L. Crumley; Robert M. Ehrenreich y Janet E. Levy (editores), *Heterarchy and the analysis of complex societies*, 6, págs. 1–6. Archaeological Papers of the American Anthropological Association.
- Curta, Florin (2005). «Frontier ethnogenesis in Late Antiquity: the Danube, The Tervingi, and the Slavs». En: Florin Curta (editor), *Borders, barriers, and ethnogenesis. Frontiers in Late Antiquity and the Middle Ages*, págs. 173–204. Brepols, Belgium.
- Delgado, Ana; Ferrer, Meritxell y Santos, Marta (2020). «¿Dualidad étnica o heterogeneidad social? Equipos cerámicos y Prácticas cotidianas en la Neápolis de Emporion, C. 425-375 a.C.» *Zephyrus*, núm. LXXXV, págs. 79–108.
- Derks, Ton y Roymans, Nico (2009). «Introduction». En: Ton Derks y Nico Roymans (editores), *Ethnic construct in antiquity. The role of power and tradition*, págs. 1–10. Amsterdam University Press.
- Dietler, Michael (2018). «Emporia: spaces of encounter and entanglement». En: Michael Dietler; Éric Gailledrat y Rosa Plana (editores), *The emporion in the ancient western Mediterranean. Trade and colonial encounters from the archaic to the Hellenistic period*, págs. 231–242. Presses Universitaires de la Méditerranée.
- Duque-Espino, David; Pavón-Soldevilla, Ignacio y Rodríguez-Díaz, Alonso (2010). «Población, poblamiento y modelos sociales de la Primera Edad del Hierro en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo». *Arqueología Espacial*, núm. 28, págs. 41–64.

- Duque-Espino, David; Pavón-Soldevilla, Ignacio y Rodríguez-Díaz, Alonso (2015). «Jerarquía y heterarquía en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo durante el período Orientalizante». En: Maria Carme Belarte; Dominique Garcia y Joan Sanmartí (editores), *Les estructures socials protohistòriques a la Gàl·lia i a Ibèria. Homenatge a Aurora Martín i Enriqueta Pons*, págs. 295–314. Arqueo Mediterrània 14.
- Earle, Timothy (1991). «The evolution of chiefdoms». En: Timothy Earle (editor), *Chiefdoms: power, economy, and ideology*, págs. 1–15. Cambridge University Press.
- Earle, Timothy (1997). *How chiefs come to power. The political economy in prehistory*. Stanford University Press.
- Engels, Fredrich (1977). *Anti-Dühring*. Crítica. Editorial Grijalbo.
- Engels, Fredrich (1979). *Dialéctica de la naturaleza*. Crítica. Editorial Grijalbo.
- Engels, Friedrich (1980). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Archivo Marx-Engels de la sección en español del Marxist Internet Archive.
- Esteba, Quim y Pons, Enriqueta (1999). «El primer hábitat a Sant Martí: fase I». En: *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996). De l'assentament precolonial a l'Empúries actual*, Volum IX de *Monografies Emporitanes*, págs. 89–95. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Estrabón (1992). *Geografía. Libros III-IV*. Editorial Gredos.
- Fernández-Götz, Manuel (2011). «Niveles sociopolíticos y órganos de gobierno en la Galia de finales de la protohistoria». *Habis*, núm. 42, págs. 7–26.
- Fernández-Götz, Manuel (2014). *Identity and power. The transformation of Iron Age societies in northeast Gaul*. Amsterdam University Press.
- Fernández-Götz, Manuel (2018). «Urbanization in Iron Age Europe: trajectories, patterns, and social dynamics». *J Archaeol Res*, núm. 26, págs. 117–162.
- Fernández-Götz, Manuel y Krausse, Dirk (2016a). «Materialities of complexity in ancient Eurasia». En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 3–22. Cambridge University Press.
- Fernández-Götz, Manuel y Krausse, Dirk (2016b). «Urbanization processes and cultural change in the Early Iron Age of central Europe». En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 319–335. Cambridge University Press.
- Fernández-Götz, Manuel y Liceras-Garrido, Raquel (2019). «Las comunidades medievales de villa y tierra: ¿una analogía válida para la Protohistoria Final?» *Complutum*, 30(1), págs. 179–196.
- Fernández-Götz, Manuel y Roymans, Nico (2015). «The politics of identity: Late Iron Age sanctuaries in the Rhineland». *Journal of the North Atlantic*, núm. 8, págs. 18–32.
- Fernández-Götz, Manuel y Ruiz-Zapatero, Gonzalo (2011). «Hacia una arqueología de la etnicidad». *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 68(2), págs. 219–236.

- Ferrer, Joan; Lorrio, Alberto y Velaza, Javier (2015). «Las inscripciones ibéricas en escritura suroriental del Castellar de Meca (Ayora)». *Paleohispanica*, núm. 15, págs. 161–176.
- Fontis, César (2016). *Esparta. La historia, el cosmos y la leyenda de los antiguos espartanos*. Universidad de Sevilla.
- Foucault, Michel (1978). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Siglo Veintiuno Editores.
- Foucault, Michel (1980). *Power and knowledge. Selected interviews and other writings 1972-1977*. The Harvest Press.
- Fowles, Severin M. (2002). «From social type to social process: placing tribe in a historical framework». En: William A. Parkinson (editor), *The archaeology of tribal societies*, International monographs in prehistory, págs. 13–33. Berghahn Books.
- Francés, Joan (2000). «Características y evolución de los hábitats de la Primera Edad del Hierro en la depresión prelitoral catalana». En: Ramon Buxó i Capdevila y Enriqueta Pons i Brun (editores), *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Roselló i Lluçanès occidental*, Volumen 19 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 33–42. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Francés, Joan y Pons, Enriqueta (1998). «L'hàbitat del Bronze Final i la Primera edat del Ferro a la Catalunya litoral i prelitoral». *Cypselà*, núm. 12, págs. 31–46.
- Friedman, Jonathan (1977). «Tribus, estados y transformaciones». En: Maurice Bloch (editor), *Análisis marxista y antropología social*, págs. 191–239. Editorial Anagrama.
- Gándara, Manuel (2006). «La inferencia por analogía: más allá de la analogía etnográfica». En: *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, Volumen 6 de *Treballs d'Etnoarqueologia*, págs. 13–23. Institució Milà i Fontanals (CSIC).
- García, Manuel Jesús (1988). *Derecho privado romano. Acciones, casos, instituciones*. Dykinson, Madrid.
- García-Riaza, Enrique; Pérez-Rubio, Alberto y Sánchez-Moreno, Eduardo (2015). «Fronteras y agregaciones políticas en Celtiberia: datos para un debate». *CuPAUAM*, núm. 41, págs. 69–85.
- García-Rubert, David (2015). «Jefes del Sénia. Sobre la emergencia de jefaturas durante la Primera Edad del Hierro en el nordeste de la península ibérica». *Munibe*, núm. 66, págs. 223–243.
- García-Sanjuan, Leonardo (2005). *Introducción al reconocimiento y análisis arqueológico del territorio*. Ariel Prehistoria.
- García-Sanjuan, Leonardo; Metcalfe-Wood, Steve; Ribera-Jiménez, Timoteo y Wheatley, David W. (2006). «Análisis de pautas de visibilidad en la distribución de monumentos megalíticos de Sierra Morena occidental». En: Ignacio Grau (editor), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, págs. 181–200. Universidad de Alicante.
- García-Sanjuan, Leonardo; Murrieta, Patricia; Wheatley, David W. y Márquez, Joaquín (2009). «Los SIG y el análisis espacial en arqueología. Aplicaciones en la prehistoria reciente del sur de España». En: Miguel Ángel Cau y Francisco Xavier Nieto (editores), *Arqueología náutica mediterránea*, págs. 163–180. Centre d'Arqueologia Subacuàtica de Catalunya.

- Garcia, Dominique (2000). «Sistemas agrarios, cultivo de los cereales y urbanización en Galia meridional». En: Ramon Buxó y Enriqueta Pons (editores), *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum*, Volumen 18 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 189–196. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Gehrke, Hans-Joachim (2009). «From Athenian identity to European ethnicity -the cultural biography of the myth of Marathon». En: Ton Derks y Nico Roymans (editores), *Ethnic constructs in antiquity. The role of power and tradition*, págs. 85–99. Amsterdam University Press.
- Gerritsen, F.A. y Roymans, N. (2007). «Central places and the construction of tribal identities: the case of the Late Iron Age lower Rhine region». En: Colin Haselgrove (editor), *Celtes et Gaulois, l'archeologie face a l'histoire. 4: les mutations de la fin de l'age du Fer*, Número 12/4 en Collection Bibracte, págs. 251–266. Centre archèologique européen, Glux-en-Glenne.
- Gledhill, John (2000). *El poder y sus disfraces*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Godelier, Maurice (1974). *Economía, fetichismo y religiones en las sociedades primitivas*. Siglo veintiuno de España editores.
- Godelier, Maurice (1991). «An unfinished attempt at reconstructing the social processes which may have prompted the transformation of great-men societies into big-men societies». En: Maurice Godelier y Marilyn Strathern (editores), *Big men and great men. Personifications of power in Melanesia*, págs. 275–304. Cambridge University Press.
- Godelier, Maurice (1998a). *El enigma del don*. Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona.
- Godelier, Maurice (1998b). «Afterword: transformations and lines of evolution». En: Maurice Godelier; Thomas R. Trautmann y Franklin Tjon (editores), *Transformations of kinship*, Smithsonian series in ethnographic inquiry, págs. 386–413. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Godelier, Maurice (1998c). «Funciones, formas y figuras del poder político». En: Carmen Aranegui Gascó (editor), *Actas del congreso internacional "los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica"*, Volumen I, págs. 13–21. Universitat de València.
- González, Aurora; Grau, Jorge y San Román, Teresa (2003). *Las relaciones de parentesco*. Universidad Autónoma de Barcelona.
- González, Aurora; San Román, Teresa y Valdés, Ramón (1983). *Tres escritos introductorios al estudio del parentesco*. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Goossens, Lise; Kniess, Rudolf y Meyer, Cornelius (2016). «Magnetic prospection at Illa d'en Reixac». En: Ekhine García-García; Gabriel de Prado y Jordi Principal (editores), *Working with buried remains at Ullastret (Catalonia). Proceedings of the 1st MAC international workshop of archaeological geophysics*, Monografies d'Ullastret 3, págs. 59–62. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Ullastret.
- Gordillo-Pérez, Luis (2016). «¿Por qué surge el Estado? Una metodología holística para entender el origen, la función y los retos del poder público». *Pensamiento*, núm. 72, págs. 563–591.

- Goude, Gwenaëlle (2012). «Prehistoric food behaviours and physical anthropology in the Northwestern Mediterranean». *Cuadernos de prehistoria y arqueología de la Universidad de Granada*, núm. 22, págs. 111–126.
- Gracia-Alonso, Francisco (2015). *Roma, Cartago, Iberos y Celtiberos. Las grandes guerras de la península ibérica*. Ariel.
- Gracia-Alonso, Francisco (2017). *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados. De la prehistoria al Estado Islámico*. Desperta Ferro Ediciones.
- Gracia-Alonso, Francisco; García-Rubert, David y Munilla, Gloria (2000). «Puig de Sant Andreu (Ullastret, Girona). Zona Universidad de Barcelona. Intervenciones 1997-1999». En: Miguel Bodro y Quim Esteba (editores), *V jornades d'Arqueologia de les comarques de Girona*, págs. 60–67. Generalitat de Catalunya.
- Graells, Raimon (2004). «Indicis d'emergència aristocràtica al registre funerari del nord-est peninsular. La tomba Agullana 184». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, núm. 14, págs. 61–83.
- Graells, Raimon; Pons, Enriqueta y Valldepérez, Mariona (2010). *La formación de las sociedades protourbanas en el NE de la península ibérica a partir de los contextos funerarios (1100-510 ANE cal.)*. BAR International series.
- Gramsci, Antonio (1992). *Selections from the prison notebooks of Antonio Gramsci*. International Publishers.
- Grau-Mira, Ignasi (2002). *La organización del territorio en el área central de la Contestania ibérica*. Universidad de Alicante.
- Grau-Mira, Ignasi (2004). «La contrucción del paisaje ibérico: aproximación SIG al territorio protohistórico de la Marina Alta». *SAGVNTVM (P.L.A.V.)*, núm. 36, págs. 61–75.
- Grau-Mira, Ignasi (2006). «Transformaciones culturales y modelos espaciales. Aproximación SIG a los paisajes de la romanización». En: Ignacio Grau (editor), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, págs. 211–226. Universidad de Alicante.
- Grau-Mira, Ignasi (2007). «Dinámica social, paisaje y teoría de la práctica. Propuestas sobre la evolución de la sociedad ibérica en el área central del oriente peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, núm. 2, págs. 119–142.
- Grau-Mira, Ignasi (2012). «Límite, confín, margen, frontera...conceptos y nociones en la antigua Iberia». En: Fernando Prados; Juan García y Bernard Gwladys (editores), *Confines. El extremo del mundo durante la antigüedad*, págs. 23–47. Publicaciones Universidad de Alicante.
- Grau-Mira, Ignasi (2019a). «Power on the hills. Warfare, symbolic violence and landscape in the eastern iberian Iron Age». *Journal of anthropological archaeology*, núm. 53, págs. 147–160.
- Grau-Mira, Ignasi (2019b). «Social dynamics in eastern Iberia Iron Age. Between inclusive and exclusionary strategies». En: B. Currás e Ines Sastre (editores), *Alternative Iron Ages: social theory from archaeological analysis*, págs. 337–358. Routledge.

- Grinin, Leonid (2011). «Complex chiefdom: precursor of the state or its analogue?» *Social Evolution and History*, 10(1), págs. 234–275.
- Groube, Les (1981). «Black holes in British prehistory: the analysis of settlement distributions». En: Ian Hodder; Glynn Isaac y Norman Hammond (editores), *Pattern of the past. Studies in honour of David Clark*, págs. 185–211. Cambridge University Press.
- Güimil, Alejandro y Santos-Estévez, Manuel (2013). «Territorialidad en la Edad del Bronce del noroeste de la Península Ibérica». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, núm. 23, págs. 9–26.
- Hall, Jonathan M. (2016). «The determinacy of space and state formation in archaic Greece». En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 279–290. Cambridge University Press.
- Harnecker, Marta (1976). *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Siglo Veintiuno editores, S.A.
- Hernando-Gonzalo, Almudena (1992). «Enfoques teóricos en Arqueología». *SPAL*, núm. 1, págs. 11–35.
- Hernando-Gonzalo, Almudena (2016). «The impact of social differentiation on identity: lights and shadows of the individualization process». En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 52–64. Cambridge University Press.
- Hill, J.D. (1989). «Re-thinking the Iron Age». *Scottish Archaeological Review*, núm. 6, págs. 16–24.
- Hunt, Mark A.; López-Cachero, Fco. Javier; Montero, Ignacio; Rovira, M. Carme y Rovira, Salvador (2008). «Caracterización elemental e isotópica de bronce de la necrópolis protohistórica Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona)». En: Manuel Garcia Heras; Marc Gener Moret; Ignacio Montero Ruiz y Salvador Rovira Llorens (editores), *Actas VII congreso ibérico de arqueometría*, págs. 448–457. Edición electrónica. Quadro 2008.
- Izard, Michel y Bonte, Pierre (2005). *Diccionario Akal de etnología y antropología*. Ediciones Akal, S.A.
- Johnson, Allen W. y Earle, Timothy (2003). *La evolución de las sociedades humanas*. Ariel Prehistoria.
- Johnson, Allen W. y Earle, Timothy (2011). *La evolución de las sociedades humanas*. Editorial Ariel.
- Jones, Martin (2008). *Feast: why humans share food*. Oxford University Press.
- Jones, Martin; Liu, Xinyi; Jones, Penelope; Motuzaite, Giedre; Hunt, Harriet; Lister, Diane; Ting, An; Pezelomska, Natalia; Kneale, Catherine y Zhijun, Zhao (2019). «From ecological opportunism to multi-cropping: mapping food globalization in prehistory». *Quaternary Science Reviews*, Volume 206, págs. 21–28.
- Jones, Martin; Liu, Xinyi; Motuzaite, Giedre; Hunt, Harriet; Lister, Diane y Lightfoot, Emma (2011). «Food globalization in prehistory». *World Archaeology*, Volume 43(4), págs. 665–675.
- Justino (1995). *Libro XVIII*. Editorial clásica Gredos.

- Kim, Jangsuk (2001). «Elite strategies and the spread of technological innovation: the spread of iron in the Bronze Age societies of Denmark and southern Korea». *Journal of Anthropological Archaeology*, Volume 20, págs. 442–478.
- Kirchhoff, Paul (1977). «Los principios del sistema clánico en la sociedad humana». *Nueva Antropología*, núm. 7, págs. 47–62. UNAM.
- Kradin, Nikolay (2009). «State origins in anthropological thought». *Social Evolution and History*, 8(1), págs. 25–51.
- Kristiansen, Kristian (1991). «Chieftdoms, states, and systems of social evolution». En: Timothy Earle (editor), *Chieftdoms: power, economy, and ideology*, págs. 16–43. Cambridge University Press.
- Lafuente, Angel y Martín, Aurora (1999). «Caracterització dels conjunts ceràmics per fases: produccions indígenes i importacions». En: Ramon Buxó; Joan B. López; Aurora Martín y Montserrat Mataró (editores), *Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixac (1987-1992)*, Volumen I de *Monografies d'Ullastret*, págs. 319–324. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Ullastret.
- Livio, Tito (1984). *Ab urbe condita. Libro XXI*. Editorial Gredos, S.A.
- Livio, Tito (2001). *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*. Editorial Gredos, S.A.
- Livio, Tito (2008). *Historia de Roma desde su fundación*. Editorial Gredos, S.A.
- Llinàs-Pol, Joan; Merino-Serra, Jordi; Miró-Alaix, Manel; Montalban-Martínez, Carme; Palahí-Grimal, Lluís y Sagrera-Aradilla, Jordi (1998). *La Peralada ibèrica i medieval segons l'arqueologia*. Institut d'Estudis Empordanesos.
- López, Joan B. (1999). «Evolució general de l'estratigrafia i l'urbanisme». En: Ramon Buxó; Joan B. López; Aurora Martín y Montserrat Mataró (editores), *Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixac (1987-1992)*, Volumen I de *Monografies d'Ullastret*, págs. 315–317. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Ullastret.
- López-Cachero, Fco. Javier (2007a). «Sociedad y economía durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el noreste peninsular: una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas». *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 64(1), págs. 99–120.
- López-Cachero, Fco. Javier (2007b). «El Bronce Final i la Primera Edat del Ferro: estat de la qüestió». En: Xavier Carlús; Fco. Javier Lopez-Cachero; Mónica Oliva; Antoni Palomo; Alba Rodríguez; Noemí Terrats; Carmen Lara y Núria Villena (editores), *Cabanes, sitges i tombes. El paratge de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental) del 1300 al 500 a.C.*, Volumen 4 de *Quaderns d'arqueologia de Sabadell*, págs. 29–33. Museu d'Història de Sabadell.
- López-Cachero, Fco. Javier y Rovira-Hortalá, M. Carme (2012). «El món funerari a la depressió prelitoral catalana entre el Bronce Final i la Primera Edat del Ferro: ritual i dinamisme social a partir del registre arqueològic». En: Fco. Javier López-Cachero; Carme Rovira y Florent Mazière (editores), *Les necròpolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI aC): metodologia, pràctiques funeràries i societat*, Volumen 14 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 37–55. Museu d'Arqueologia de Catalunya.

- López-Cachero, Fco. Javier y Rovira-Hortalá, M. Carme (2017). «Iberian cemeteries in Catalonia: the memory of the elites». En: Gabriel de Prado y M. Carme Rovira (editores), *Northern iberians: life, death and rituals beyond the Pyrenees*, págs. 31–40. Archaeological Museum of Zagreb.
- López-Castro, José Luis (2005). «Aristocracia fenicia y aristocracias autóctonas. Relaciones de intercambio». En: Sebastián Celestino Pérez y Javier Jiménez Ávila (editores), *Actas del III simposio internacional de arqueología de Mérida: protohistoria del Mediterráneo occidental. Anejos de AEspA XXXV*, Volumen I, págs. 405–421. CSIC.
- López-Quiroga, Jorge (2011). «Gentes barbarae. Los bárbaros, entre el mito y la realidad». *Antigüedad y Cristianismo*, XV.
- López-Romero, Raúl (2005). «Cálculo de rutas óptimas mediante SIG en el territorio de la ciudad celtibérica de Segeda. Propuesta metodológica». *SALDVIE*, núm. 5, págs. 95–111.
- Lévi-Strauss, Claude (2000). *El hombre moderno*. Siglo veintiuno editores, S.A.
- Mantel, María Marcela (2017). «Etnogénesis, relatos de origen, etnicidad e identidad étnica: en torno a los conceptos y sus definiciones». *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, núm. 51, págs. 71–86.
- Martín, Aurora (1976-77). «Los orígenes de la iberización en la zona costera del nordeste de Cataluña». *Empúries*, núm. 38-40, págs. 187–196.
- Martín, Aurora (1978). «La cerámica amb pintura blanca de les comarques costeres del N.E. de Catalunya». *Cypsela*, núm. 2, págs. 145–160.
- Martín, Aurora (1990). «El S. III aC. a Ullastret (Baix Empordà): excavació del tall Ll.1». En: Josep Padró i Parcerisa y Josep de la Vega i Gómez (editores), *La romanització del Pirineu: homenatge al Prof. Dr. Miquel Tarradell i Mateu. 8è col·loqui internacional d'arqueologia de puigcerdà*, Número 15 en Publicacions de l'Institut d'Estudis Ceretans, págs. 35–42. CYMYS i Universitat Autònoma de Barcelona per l'Institut d'Estudis Ceretans.
- Martín, Aurora (1994). «Els antecedents ibèrics de la ciutat de Gerunta». *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, núm. XXXIII, págs. 89–108.
- Martín, Aurora (1998). «Les cabanes enfonsades de l'Illa d'en Reixac: el poblament de la Primera Edat del Ferro a Ullastret, Baix Empordà». *Cypsela*, núm. 12, págs. 47–61.
- Martín, Aurora (2007). «La ciutat ibèrica d'Ullastret: dels orígens a la romanització». En: Josep Maria Nolla; Lluís Palahí y David Vivó (editores), *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, págs. 71–96. Ajuntament de Girona.
- Martín, Aurora y Plana-Mallart, Rosa (2012). «El paisatge periurbà de l'oppidum d'Ullastret: una nova imatge de la morfologia i del funcionament d'una ciutat ibèrica». En: Maria Carme Belarte y Rosa Plana-Mallart (editores), *El paisatge periurbà a la Mediterrània occidental durant la protohistòria i l'antiguitat*, págs. 123–148. Institut Català d'Arqueologia Clàssica. Documenta 26.

- Martín, Aurora y Sanmartí, Enric (1976-78). «Aportación de las excavaciones de la Illa d'en Reixac al conocimiento del fenómeno de la iberización en el norte de Cataluña». *Empúries*, núm. 38-40, págs. 431-447.
- Martínez-Peñas, Leandro (2018). «El camino hacia el estado como forma de organización político-social». *Aequitas*, núm. 11, págs. 73-102.
- Marx, Karl (1967). *El capital. Crítica de la economía política*. E.D.A.F, Goya 12, Madrid.
- Marx, Karl (1970). *Contribución a la crítica de la economía política*. Aldus S.A, Madrid.
- Marx, Karl (1979). *Formaciones económicas precapitalistas*. Editorial Crítica.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (1980). *Obras escogidas. Tomo III*. Editorial Progreso.
- Maxímiano-Castillejo, Alfredo (2012). «Geoestadística y arqueología: una nueva perspectiva analítico-interpretativa en el análisis espacial intra-site». *Analitika. Revista de análisis estadístico*, núm. 2, págs. 83-95.
- Maxímiano-Castillejo, Alfredo (2016). «Análisis espacial arqueológico: una revisión desde la geoestadística». En: Carmen Mínguez García y Enrique Capdevila Montes (editores), *Manual de tecnologías de la Información Geográfica aplicadas a la arqueología*, págs. 203-240. Comunidad de Madrid.
- McGuire, Randall H. (2018). «Dialogues with the dead. Ideology and the cemetery». *Vestígios. Revista latino-americana de Arqueología Histórica*, 12(1), págs. 123-158.
- Minois, Georges (1989). *Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*. Editorial Nerea.
- Miró, Manel y Miró, María Teresa (1990). «El poblament antic de Peralada: noves dades». *Cypsela*, núm. VIII, págs. 73-70.
- Molinos, Manuel y Ruiz, Arturo (2005). «En la vida y en la muerte: el final del período orientalizante en el Alto Guadalquivir». En: Sebastián Celestino Pérez y Javier Jiménez Ávila (editores), *Actas del III simposio internacional de arqueología de Mérida: protohistoria del Mediterráneo occidental. Anejos de AEspA XXXV*, Volumen II, págs. 787-798. CSIC.
- Molinos, Manuel y Ruiz, Arturo (2008). «Las fuentes del Guadalquivir. Límites y fronteras para el norte de la Bastetania». En: Andrés María Adroher y Juan Blanquéz (editores), *1º Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, Volumen Varia 9, págs. 51-72. Universidad Autónoma de Madrid.
- Molinos, Manuel y Ruiz, Arturo (2018). «Genealogía, matrimonio y residencia en el proceso político de los iberos del Alto Guadalquivir». En: Alonso Rodríguez Díaz; Ignacio Pavón Soldevilla y David M. Duque Espino (editores), *Familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular*, págs. 41-72. Universidad de Extremadura.
- Moret, Pierre (1998). «Rostros de piedra. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibéricas». En: Carmen Aranegui Gascó (editor), *Actas del congreso internacional "Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica"*, Volumen I, págs. 83-92. Universitat de València.

- Müller, Johannes (2016). «From the Neolithic to the Iron Age demography and social agglomeration: the development of centralized power?» En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 106–124. Cambridge University Press.
- Mullin, David (2012). *A landscape of borders: the prehistory of the Anglo-Welsh borderland*. Bar British Series 572. British Archaeological Reports.
- Muñiz-Coello, Joaquín (1994). «Instituciones políticas celtas e ibéricas. Un análisis de las fuentes literarias». *Habis*, núm. 25, págs. 91–105.
- Nocete-Calvo, Francisco (1984). «Jefaturas y territorio: una visión crítica». *CPAG*, 9, págs. 289–304.
- Nolla, Josep Maria (2007). «Kerunta: l'oppidum de Sant Julià de Ramis». En: Josep Maria Nolla; Lluís Palahí y David Vivó (editores), *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, págs. 187–197. Ajuntament de Girona.
- Nolla, Josep Maria; Burch, Josep; Palahí, Lluís; Sagrera, Jordi; Sureda, Marc y Vivó, David (2001). «El poblament ibèric de Sant Julià de Ramis i el seu territori». En: Aurora Martín y Rosa Plana-Mallart (editores), *Territori polític i territori rural durant l'edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*, Monografies d'Ullastret 2, págs. 177–182. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Ullastret.
- Oliva, Miquel y Riuró, Francesc (1968). «Nuevos hallazgos en la necrópolis hallstättica de Anglès (Gerona)». *Pyrenae*, IV, págs. 67–99.
- Pallí, Lluís; Roqué, Carles y Rocas, Xavier (2002). «Els Clots de Sant Julià (Forallac, Baix Empordà): anàlisi geoarqueològica». *Estudis del Baix Empordà. Institut d'Estudis del Baix Empordà*, núm. 21, págs. 17–86.
- Palol, Pere (1948). «Una necrópolis de la Edad del Hierro descubierta en Camallera». *Institut d'Estudis Gironins*, III, págs. 252–256.
- Palol, Pere y Toledo, Assumpció (2006). *La necrópolis d'incineració del Bronce Final transició a l'edat del Ferro de Can Bech de Baix, Agullana (Alt Empordà, Girona)*. Volumen 24 de *Sèrie monogràfica de Girona*. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Paniego-Díaz, Pablo (2018). «Jefaturas o Estados. Sociedades de transición en la cuenca media del Guadiana». *Anales de Arqueología Cordobesa*, núm. 29, págs. 11–40.
- Parcero, César (2002). *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del noroeste ibérico*. 1. Ortegalia. Monografías de Arqueología e Patrimonio. CSIC-Xunta de Galicia.
- Parcero, César y Fábrega, Pastor (2006). «Diseño metodológico para el análisis locacional de asentamientos a través de un SIG de base raster». En: Ignacio Grau (editor), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, págs. 68–89. Universidad de Alicante.
- Parcero, César y Fábrega, Pastor (2019). «Now you see me. An assesment of the visual recognition and control of individuals in archaeological landscapes». *Journal of Archaeological Science*, núm. 54, págs. 56–74.

- Pautreau, Jean Pierre y Pons, Enriqueta (1994). «La nécropole d' Anglès (La Selva, Gérone, Espagne) et les relations Atlantique-Méditerranée à travers les Pyrénées au début de l' Age du Fer». *Aquitania: une revue inter-régionale d'archéologie*, 12, págs. 353–375.
- Perales-Munguía, Manuel (2004). «El control inka de las fronteras étnicas: reflexiones desde el valle de Ricrán en la sierra central del Peru». *Chungara. Revista de antropología chilena*, 36(2), págs. 515–523.
- Pi-Vázquez, Marta (2003). «Les tabellae defixionum de la necrópolis Ballesta d'Empúries». *AIEE, Figueres*, págs. 21–34.
- Plinio (1998). *Historia Natural. Libros III-IV*. Editorial Gredos.
- Pohl, Walter (2002). «Ethnicity, theory and tradition: a response». En: Andrew I. Gillet (editor), *On barbarian identity. Critical approaches to ethnicity in the early middle ages*, Volumen 4, págs. 221–239. Turnhout.
- Polanyi, Karl (1976). «La economía como actividad institucionalizada». En: Karl Polanyi; Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson (editores), *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, págs. 289–316. Labor Universitaria.
- Pons, Enriqueta (1984). *L'Empordà, de l'Edat del Bronze a l'edat del Ferro. 1100-600 a.C.* Volumen 4 de *Sèrie monogràfica de Girona*. Generalitat de Catalunya. Diputació de Girona.
- Pons, Enriqueta (1987). «El principio de la metalurgia del hierro en Cataluña». *Zephyrus*, núm. 39-40, págs. 251–263.
- Pons, Enriqueta (1999). «L'assentament d'època arcaica: fase III. Objectes metàl·lics». En: *Intervencions arqueològiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996). De l'assentament precolonial a l'Empúries actual*, Volumen IX de *Monografies Emporitanes*, págs. 277–280. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Pons, Enriqueta (2012a). «Los orígenes de la reocupación definitiva del territorio del Empordà (NE de Catalunya-NE de España)». En: *Les plaines littorales en Meiterranée nord-occidentale. Regards croisés d'histoire, d'archèologie et de gèographie de la protohistoire au Moyen Age*, págs. 71–92. Montagnac. Éditions Monique Mergoil.
- Pons, Enriqueta (2012b). «Les necròpolis d'incineració en el Nord-Est català (1150-550 ANE): una nova síntesi». En: Fco. Javier López-Cachero; Carme Rovira y Florent Mazzière (editores), *Les necròpolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI aC): metodologia, pràctiques funeràries i societat*, Volumen 14 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 57–74. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Prado, Gabriel de (2008). «La gestió de l'aigua a l'oppidum del Puig de Sant Andreu (Ullastret)». *Cypsela*, núm. 17, págs. 185–200.
- Prado, Gabriel de (2010). «La fortificación ibérica del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Cataluña): aspectos técnicos, formales y funcionales». En: Henry Tréziny (editor), *Greco et indigènes de la Catalogne à la Mer Noire*, Volumen 3 de *Bibliothèque d'Archéologie Méditerranéenne et Africaine*, págs. 567–580. Centre Camille Jullian.

- Quesada-Sanz, Fernando (2017). «Los iberos y la cultura ibérica». En: Sebastián Celestino-Pérez (editor), *La protohistoria de la península ibérica*, Volumen II de *Historia de España*, págs. 441–643. Ediciones Akal, S.A.
- Rafel, Núria (2017). «El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en la fachada oriental peninsular y las Baleares». En: Sebastián Celestino Pérez (editor), *La protohistoria en la península ibérica*, Volumen II de *Historia de España*, págs. 341–440. Ediciones Akal, S.A.
- Reyes, Laureano; Fonseca, Socorro; Palacios, Ana Verónica y Villasana, Susana (2003). «La gerontocracia y el consejo de ancianos». *Península*, Vol. 8(1), págs. 7–24.
- Riuró, F. (1943). «El poblado ibérico de la Creueta». *Ampurias*, núm. V, págs. 117–131.
- Rolland-Calvo, Jorge (2005). «Yo [tampoco] soy marxista. Reflexiones teóricas en torno a la relación entre marxismo y arqueología». *Complutum*, núm. 16, págs. 7–32.
- Rovira, Jordi y Sanmartí, Enric (1983). «Els orígens de l'Empuries precolonial i colonial». *Informació Arqueològica*, 7(Vol. 40), págs. 95–110.
- Rovira-Hortalá, M. Carme (2000). «Aproximación a la agricultura protohistórica del noreste de la península ibérica mediante el utillaje metálico». En: Ramon Buxó y Enriqueta Pons (editores), *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'Edat del Ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum*, Volumen 18 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 269–280. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Rovira-Hortalá, M. Carme (2008). «Tecnología de las primeras manufacturas férricas en el noreste de la península ibérica». En: Manuel Garcia Heras; Marc Gener Moret; Ignacio Montero Ruiz y Salvador Rovira Llorens (editores), *Actas VII congreso ibérico de arqueometría*, págs. 458–467. Edición electrónica. Quadro 2008.
- Roymans, Nico (1990). *Tribal societies in northern Gaul. An anthropological perspective*. University of Amsterdam.
- Roymans, Nico (2004). *Ethnic identity and imperial power. The Batavians in the Early Roman Empire*. Amsterdam University Press.
- Roymans, Nico (2009). «Hercules and the construction of a Batavian identity in the context of the Roman empire». En: Ton Derks y Nico Roymans (editores), *Ethnic constructs in antiquity. The role of power and tradition*, págs. 219–238. Amsterdam University Press.
- Roymans, Nico y Derks, Ton (2009). «Introduction». En: Ton Derks y Nico Roymans (editores), *Ethnic constructs in antiquity. The role of power and tradition*, págs. 1–9. Amsterdam University Press.
- Ruiz-Rodríguez, Arturo (1998). «Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales». En: Carmen Aranegui Gascó (editor), *Actas del congreso internacional "Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica"*, Volumen I, págs. 289–300. Universitat de València.

- Ruiz-Rodríguez, Arturo (1999). «Orígen y desarrollo de la aristocracia en época ibérica, en el alto Valle del Guadalquivir». En: Centre Jean Bérard (editor), *Les princes de la protohistoire et l'émergence de l'État. Actes de la table ronde internationale organisée par la Centre Jean Bérard et l'Ecole française de Rome, 27-29 octobre*, 252, págs. 97–106. L'Ecole française de Rome.
- Ruiz-Rodríguez, Arturo (2000). «El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes». *SAGVNTVM-PLAV*, núm. 3, págs. 11–20.
- Ruiz-Rodríguez, Arturo (2018). «Historias paralelas: la fortaleza de Els Vilars y el oppidum de Puente Tablas». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, núm. 28, págs. 207–218.
- Ruiz-Zapatero, Gonzalo (1985). *Los campos de urnas del NE. de la península ibérica*. Volumen I y II. Universidad Complutense de Madrid.
- Ruiz-Zapatero, Gonzalo (2010). «Arqueología del proceso de etnogénesis en la meseta prerromana: los Vacceos». En: Fernando Romero Carnicero y Carlos Sanz Mínguez (editores), *De la región Vaccea a la arqueología vaccea*, págs. 37–63. Universidad de Valladolid.
- Ruiz-Zapatero, Gonzalo (2014). *Gentes de la Edad del Hierro*. Comunidad de Madrid. Dirección General de Patrimonio Histórico.
- Ruiz-Zapatero, Gonzalo y Álvarez Sanchís, Jesús (2002). «Etnicidad y arqueología: tras la identidad de los Vettones». *SPAL*, núm. 11, págs. 253–275.
- Sahlins, D. Marshall (1972). *Las sociedades tribales*. Editorial Labor.
- Salustio, Gayo (2018). *Obras. Historias. Libro II*. Editorial Cátedra.
- Sanmartí, Joan (2004). «From local groups to early states: the development of complexity in protohistoric Catalonia». *Pyrenae*, Vol. 35(1), págs. 7–41.
- Sanmartí, Joan (2007). «El arte de la Iberia septentrional». En: Lorenzo Abad-Casal y Jorge Soler-Díaz (editores), *Congreso de Arte Ibérico de la España mediterránea*, págs. 239–264. Instituto Alicantino de Cultura.
- Sanmartí, Joan (2009a). «From the archaic states to romanization: a historical and evolutionary perspective on the Iberians». *Catalan Historical Review*, núm. 2, págs. 9–32.
- Sanmartí, Joan (2009b). «Colonial relations and social change in Iberia (seventh to third centuries BC)». En: Michael Dietler y Carolina López-Ruiz (editores), *Colonial encounters in ancient Iberia. Phoenician, Greek, and indigenous relations*, págs. 49–88. University of Chicago Press.
- Sanmartí, Joan (2010). «Demografía y cambio socio-cultural: el caso de la Iberia septentrional». *Arqueología Espacial*, núm. 28, págs. 91–108.
- Sanmartí, Joan; Martín, Aurora y Plana, Rosa (2016). «Les estructures socials en els estats ibèrics de la costa de Catalunya». En: Maria Carme Belarte; Dominique Garcia y Joan Sanmartí (editores), *Les estructures socials protohistòriques a la Gàl·lia i a Ibèria. Homenatge a Aurora Martín i Enriqueta Pons*, págs. 251–272. Arqueo Mediterrània 14.

- Sanmartí, Joan y Santacana, Joan (2005). *Els ibers del nord*. Editorial Dalmau.
- Santiago-García, José (2001). «Las fronteras (étnicas) de la nación y los tropos del nacionalismo». *Política y Sociedad*, núm. 36, págs. 55–70.
- Santos, Marta (2009). «Les primeres manifestacions funeràries a Empúries». En: *El mon funerari a l'antiga Empúries*, págs. 29–32. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Schulten, Adolf (1922). *Fontes Hispaniae Antiquae. Avieno: Ora marítima*. Libreria Universitaria de A. Bosh.
- Sículo, Diodoro (2004). *Biblioteca histórica. Libros IV-VIII*. Biblioteca clásica Gredos.
- Silgo-Gauche, Luis (2010). «La organización política de los íberos en la Segunda Guerra Púnica según Tito Livio y Polibio (237-195 a.C.)». *Arse*, núm. 44, págs. 67–83.
- Smith, Michael (2016). «How can archaeologist identify early cities? Definitions, types and attributes». En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 153–168. Cambridge University Press.
- Snow, Dean (2002). «The dynamics of ethnicity in tribal society: a Penobscot case study». En: Willian A. Parkinson (editor), *The archaeology of tribal societies*, International monographs in prehistory, págs. 97–108. Berghahn Books.
- Stoddart, Simon (2016). «Power and place in Etruria». En: Manuel Fernández-Götz y Dirk Krausse (editores), *Eurasia at the dawn of history. Urbanization and social change*, págs. 304–318. Cambridge University Press.
- Stoddart, Simon; Ceccarelli, Letizia y Cifani, Gabrielle (2012). «Exploring a frontier area in Etruria: the civita di Grotte di Castro survey». En: Simon Stoddart y Gabrielle Cifani (editores), *Landscape, ethnicity and identity in the archaic Mediterranean area*, págs. 163–173. Oxbow Books.
- Tácito, Cornelio (2000). *Agrícola, Germania, Diálogo sobre los oradores*. Editorial Gredos.
- Tafari, M.A.; Canci, A. y Craig, O.E. (2009). «Stable isotope evidence for the consumption of millet and other plants in Bronze Age Italy». *American Journal of physical Anthropology*, Vol. 139, págs. 146–153.
- Ther-Ríos, Francisco (2012). «Antropología del territorio». *Polis*, núm. 32, págs. 1–32.
- Toledo, Assumpció (2012). «La necròpolis de Can Bech de Baix, Agullana (Alt Empordà, Girona)». En: Fco. Javier López-Cachero; Carme Rovira y Florent Mazzière (editores), *Les necròpolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI aC): metodologia, pràctiques funeràries i societat*, Volum 14 de *Sèrie monogràfica de Girona*, págs. 161–170. Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- Uroz-Saez, José (1981). «Sobre la sociedad edetana». *ITEM. Revista de Ciencias Humanas*, núm. 5, págs. 21–38.

- Van-Leusen, Martijn (1999). «Viewshed and cost surface analysis using GIS (cartographic modelling in a cell based GIS II)». En: Juan A. Barceló; Ivan Briz y Assumpció Vila (editores), *New techniques for old times. Computer applications and quantitative methods in archaeology*, págs. 215–229. BAR International Series 757.
- Velaza, Javier (2009). «Escritura, autorrepresentación y poder en el mundo ibérico». *Cultura escrita y sociedad*, núm. 9, págs. 144–167.
- Wagner, Carlos G. (2005). «Consideraciones sobre un nuevo modelo colonial fenicio en la península ibérica». En: Sebastián Celestino Pérez y Javier Jiménez Ávila (editores), *Actas del III simposio internacional de arqueología de Mérida: protohistoria del Mediterráneo occidental. Anejos de AEspA XXXV*, Volumen I, págs. 149–165. CSIC.
- Weber, Max (1960). «Los tipos de dominación». En: Peter Heintz (editor), *Sociología del poder*, págs. 20–53. Editorial Andrés Bello, Chile.
- Wells, Peter (2001). *Beyond Celts, Germans and Scythians. Archaeology and identity in Iron Age Europe*. Duckworth, London.
- Wheatley, David y Gillings, Mark (2002). *Spatial technology and archaeology. The archaeological applications of GIS*. Taylor and Francis.
- Yoffee, Norman (1993). «Too many chiefs? (or safe texts for the '90s)». En: Andrew Sherratt y Norman Yoffee (editores), *Archaeological theory: who sets the agenda?*, págs. 60–78. Cambridge University Press.
- Zamora-Merchón, Mar (2006). «Visibilidad y SIG en arqueología: mucho más que ceros y unos». En: Ignacio Grau (editor), *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*, págs. 41–54. Universidad de Alicante.
- Zamora-Merchón, Mar (2013). «Análisis territorial en arqueología: percepción visual y accesibilidad del entorno». *Comechingonia. Revista de arqueología*, núm. 17, págs. 83–106.